

7102-27
DRAMAS POLICIALES

EL CHACHO

POR

EDUARDO GUTIERREZ



BUENOS AIRES

Casa editora, LUIS MAUCCI y Ca., General Lavalle, 1276

1895

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES

Un caudillo

El Chacho ha sido el único caudillo verdaderamente prestigioso que haya tenido la República Argentina.

Aquel prestigio asombroso que lo hacia reunir diez mil hombres que lo rodeaban sin preguntarle jamás dónde los llevaba, ni contra quién, habia hecho del Chacho una personalidad temible, que mantenía en pié á todo el poder de la Nación, por años enteros, sin que lograra quebrar su influencia ni acobardar al valiente caudillo.

A su llamada, las provincias del interior se ponian de pié como un solo hombre, y sin moverse de su puesto, tenia á los seis ú ocho dias dos, cuatro ó seis mil hombres de pelea dispuestos á obedecer su voluntad fuera cual fuese.

Los paisanos de La Rioja, de Catamarca, de Santiago y de Mendoza mismo, lo rodeaban con verdadera adoracion, y los mismos hombres de cierta importancia é inteligencia le acompañaban ayudándolo en todas sus empresas dificiles y escabrosas.

El Chacho no tenia elementos de dinero ni para mantener en pié de guerra una compañía.

Y sin embargo, él levantaba ejércitos poderosos, mal armados y peor comidos, que solo se preocupaban de contentar á aquel hombre extraordinario.

El Chacho no tenia artilleria, pero sus soldados la fabricaban con cañones de cuero y madera, que se servian con piedra en vez de metralla, pero piedra que hacia estragos bárbaros entre las tropas que lo perseguian.

Nó tenían lanzas, pero aunque fuera con clavos atados en el extremo de un palo, sus soldados las improvisaban y se creian invencibles. El que no tenia sable lo suplía con un tronco de algarrobo, convertido en sus manos en terrible maza de armas, y si faltaba el alimento comian algarrobo, y era lo mismo.

De esta manera el Chacho tenia en pié un ejército con el que hacia la guerra al Gobierno Nacional, sin que hubiera ejemplo de que se le desertase un solo soldado, porque todos sus soldados eran voluntarios y partidarios de Peñaloza hasta el fanatismo.

El Chacho era valiente sobre toda exageracion. Era un Juan Moreira, en otro campo de accion, con otros medios y otras inclinaciones. Generoso y bueno, no queria nada para si: todo era para su tropa y para los amigos que lo acompañaban.

Para éstos no tenía nada reservado, ni su puñal de engastadura de oro, única prenda que llevaba consigo y que en mejores tiempos le regalara su amigo el general Urquiza.

Este puñal tenía una inscripción en su puño que le había hecho grabar el mismo Chacho, y que decía así:

«El que desgraciado nace
Entre los remedios muere.»

Rara inscripción que se presta á tantas interpretaciones y que prueba el horror que tenía Peñaloza á la ciencia médica.

Este solo bien de fortuna que poseía el Chacho, era la especie de varita de virtud que lo sacaba de apuros, en sus trances más amargos.

Cuando algún amigo, que para él lo eran todos sus oficiales y soldados, acudía al Chacho en demanda de dinero para salvar un compromiso, éste en el momento sacaba su puñal y lo entregaba para remediar el mal.

—Si la necesidad es grande, decía con su acento bondadoso, vaya y empeñe esa prenda por cincuenta ó cien pesos, que ya habrá tiempo para sacarla.

El feliz poseedor de la prenda acudía con ella á la casa de negocio más fuerte, solicitaba los cincuenta ó cien pesos que necesitaba, sobre el puñal del Chacho que todos conocían.

¿Quién iba á negar el dinero cuando era Peñaloza quien lo pedía sobre su puñal?

El comerciante entregaba su dinero y la alhaja que volvía á poder de su dueño.

Su corazón, rico de sentimientos generosos, no conocía el rencor ni la pasión cobarde de la venganza. Era tan grande y magnánimo con su peor enemigo, como con sus más leales amigos. Así el oficial ó el soldado que cayó prisionero entre las fuerzas del Chacho, fué obsequiado como el mejor de sus partidarios.

En todo el largo tiempo que hizo la guerra al Gobierno Nacional, uno solo de los prisioneros tomados por el Chacho, no pudo quejarse del menor maltrato ni de la más leve crueldad.

Herido ó enfermo, era asistido por sus partidarios, y una vez restablecido, entregado á las fuerzas nacionales sin que le faltara un solo botón de la ropa.

En el campamento era el mejor compañero de sus tropas, hasta el extremo de jugar con todos ellos y conversar larguísima hora alrededor del fogón.

Si llegaba un día en que los soldados no habían comido, pudiendo él hacerlo, porque no faltaba quien le regalara un pedazo de charque ó de patay, no probaba bocado, porque no era justo, decía, que el jefe se hartara mientras los soldados morían de hambre.

Único juez entre los suyos, él se daba maña para arreglar todas las cuestiones, de manera que todas las partes quedaran igualmente contentas y sin resentimientos de ninguna especie.

Cuando el Chacho tenía, todos tenían, pues su lujo era partir entre todos cuanto tenía á la mano.

El Chacho era un hombre de una salud de bronce y de una naturaleza especial para resistir la fatiga inmensa de aquellas marchas prodigiosas, que dejaban asombrados, y á treinta leguas de distancia, á sus más tenaces perseguidores.

La esposa de Chacho venia con frecuencia al campamento y al combate, á partir con su marido y sus tropas los peligros y las vicisitudes.

Entonces el entusiasmo de aquella buena gente llegaba á su último limite y solo pensaban en protestar á la Chacha, como la llamaban, su lealtad hasta la muerte.

Cuando llegaba la hora de pelear, el Chacho era el primero que entraba al combate, y el último que se retiraba si eran derrotados.

Antes de entrar en batalla, el Chacho daba siempre á sus tropas un punto de reunion, para el caso en que tuviera que dispersarlas.

Y así se veía que el Chacho, derrotado hoy con 2000 hombres, reaparecia tres ó cuatro dias despues con un ejército de 3000.

El Chacho no tuvo jamás una palabra dura para sus subordinados, y cuando alguno cometia alguna falta grave se contentaba con espulsarlo de su lado, prohibiendo terminantemente que formara parte de su ejército.

Manso y complaciente, accedia con la mayor facilidad á cualquier insinuacion que se le hacia y que él creia sana.

Cuando él la creia mala ó veia que lo que se le pedia, podria perjudicar á su causa, la rechazaba redondamente y una vez que el Chacho decia, nó, era inútil insistir.

El Chacho combatia por el pueblo, por sus libertades y por los derechos que creia conculcados.

Para si no queria nada ni pidió nada jamás, en tiempo en que por hacer con él la paz, el Gobierno le hubiera dado cuanto hubiera pedido.

De aquí dimanaba principalmente el gran prestigio de que gozaba el Chacho y la cantidad de hombres que lo rodeaban.

Porque él habia encarnado en el mismo la causa del pueblo, y cada hombre de los suyos sabia que peleaba por su propia felicidad y en su propio provecho.

El Chacho era un hombre alto y musculoso, de una fuerza de hércules y de una contestura de acero.

Su mirada suavísima y bondadosa solia irradiar á veces destellos de cólera que hacian temblar á los que estaban á su lado.

Esto era cuando llegaba á sus oidos la noticia de alguna cobardía ó uno de tantos fusilamientos que de chachistas hacian las fuerzas nacionales.

Peñaloza se mostraba entonces en todo el esplendor de su nobleza, y como una vengauza terrible, mandaba redoblar sus atenciones para los prisioneros.

Las injusticias del Gobierno lo habian irritado, porque ningun Gobierno debia ser cruel é injusto; luego la iniquidades cometidas con los paisanos por la autoridad de los pueblos habian conmovido su corazon hidalgo y habia derrocado al Gobierno que creia malo.

Pero el Chacho tenia la debilidad de escuchar las opiniones de los amigos que creia ilustrados, prestar su apoyo, para suceder en el Gobierno derrocado, muchas veces á un hombre más indigno que el que derrocó.

Así los aspirantes á gobernador y los negociantes de la política, mantenian relacion íntima con el Chacho para servirse de él

llegado el caso, sorprendiendo su buena fé y engañándolo en cuanto les era posible.

Sumamente astuto, aunque inocente en los enredos políticos, se dejaba engañar hasta cierto punto, haciendo á un lado al pretendiente una vez que lo habia calado.

Triunfando el Chacho, triunfaba la buena causa, la causa del pueblo, y entónces el Chacho pedia una contribucion de dinero para repartirlo entre sus soldados, que andaban siempre careciendo de aquello mas necesario.

En el ejército del Chacho no habia más ordenanzas militares que la palabra de éste, ni más ley obligatoria que el empeño que cada cual tenia en servirlo y morir por él si era necesario.

El Chacho detestaba el sacrificio estéril de sus tropas, no aceptando un combate sino cuando creia estar seguro del éxito, ni se empeñaba mucho en la batalla de éxito dudoso, para conservar enteros sus elementos.

Con una seguridad asombrosa y una rapidez notable, el Chacho calculaba cuál debia ser el fin del combate que sostenia, y si lo creia nulo, desbandaba su ejército en todas direcciones para evitar la persecucion.

Por eso es que el Chacho antes de entrar en pelea daba á sus tropas el punto de reunion para un dia fijo, encontrándolas reunidas cuando llegaba el punto indicado, y aumentadas con los amigos que se plegaban á los derrotados.

Y esta era la causa de que derrotado el Chacho, se le viera en seguida con mayor número de gauchos y mayores elementos.

Conocedor del terreno en que operaba, como cualquiera puede conocer su aposento, el Chacho, hacia marchas tan asombrosas y rápidas, que muchas veces el ejército que creia irlo persiguiendo, lo sentia á su espalda picándole la retaguardia y tomándole todos los rezagados que iba dejando en la marcha.

Es que, mientras el Chacho disponia de los mejores rastreadores y de toda la gente de algun valor en los Ejércitos, el jefe que lo perseguia marchaba á ciegas la mayor parte del tiempo sin encontrar quien quisiera darle el menor informe, aun bajo la mayor amenaza.

Un dato perjudicial al Chacho, un informe que pudiera ocasionar una sorpresa era un crimen que no habia paisano capaz de cometer ni por todo el oro del mundo ni por todas las torturas conocidas.

Esto habia causado más de una vez el fusilamiento de algun paisano que se habia resistido á dar los informes pedidos, ó el martirio de algun prisionero por la misma causa.

Pero esto producía un efecto contrario al que se buscaba, pues con este proceder los paisanos huían del ejército regular como de la calamidad más espantosa.

Cada vez que el Chacho tenia conocimiento de algun hecho de estos, su indignacion no conocia límites.

— ¡Y ese es el ejército civilizado que nos persigue como á horda de salvajes! esclamaba conmovido, y degüella nuestros leales y azota nuestras mujeres! ¡Y esos son los valientes que vienen á enseñarnos el goce de la ley bajo las banderas del gobierno!

Y conmovido ó indignado apuntaba el nombre de la victima en

su memoria fabulosa, para atender en lo que necesitaban á los huérfanos.

El, pudiendo hacerlo, no tomaba nunca venganza con los prisioneros que hacia.

Por el contrario cuando algun jefe ú oficial era tomado prisionero por los suyos, lo hacia tratar con todas las consideraciones á su alcance, proporcionándole todos aquellos recursos cuya adquisicion no era posible.

Pero el poder del Chacho no llegaba hasta evitar las justas represalias que tomaban los suyos, heridos en sus deudos más cercanos.

Muchos de sus jefes más prestigiosos se habian acercado al Chacho pidiéndole que mandara lancear los prisioneros que tenia en su poder, como justo desquite á las matanzas ordenadas por los jefes nacionales, pero nunca habian podido arrancarle su consentimiento.

—El que un jefe sea un bandido y un asesino, no autoriza para que yo lo sea, respondia el Chacho dulcemente. ¿Cómo voy á hacer pagar á un prisionero el delito que cometió un jefe, cuando tal vez ese fué el primero en condenarlo? Matar en la batalla es necesario puesto que es el único medio del triunfo. Pero matar á prisioneros de guerra ó á hombres inocentes porque no quieren hacer traicion á su causa, es una cobardia infame. Dejemos cométerselas al ejército de la civilizacion que nos manda el Gobierno, no nos mancharemos nosotros.

Y mientras el Chacho prohibia severamente las represalias, el ejército seguia su sistema, cada vez más bárbaro y cobarde.

El hogar del montonero era botin de la tropa, que lo saqueaba y destruia con una ferocidad de indio.

Los hombres eran degollados ó lanceados sin el menor escrúpulo y porque no sabian dar informes del paraje donde se hallaba el Chacho.

Y las mujeres eran azotadas, despues de sufrir toda clase de vejámenes y actos vergonzosos.

Así cuando alguna fuerza del Chacho lograba hacer algunos prisioneros se vengaban de la misma manera, antes que lo supiera el Chacho y pudiera impedirlo.

—¿Por qué nosotros hemos de ser los buenos y los estúpidos, decian, mientras ellos manchan nuestras mujeres y nuestras hijas, degollándolas despues como á reses de carneada? ¿Por qué hemos de guardarles lástimas y consideraciones, desde que ellos nos pagan todo eso con el filo del puñal y el robo de nuestra hacienda? Que paguen siquiera una de las tantas que hacen.

Y antes que lo supiera el Chacho tomaban su represalia que creian justa y arreglada á derecho.

Cuando el Chacho llegaba á saber que habian muerto prisioneros, se enojaba y reprendia á sus tropas, haciendo pesar sobre el jefe ó el oficial inmediato la responsabilidad del hecho, pero éstos decian:

—Es preciso hacer así, señor; si ven que nosotros, lejos de vengar á nuestras victimas premiamos á sus verdugos, no van á pasar hasta no concluir con la última mujer de las poblaciones. Es preciso ser duro alguna vez, á ver si así escarmientan de miedo, y si no escarmientan peor para ellos!

Y era verdaderamente salvaje lo que hacían las tropas del Gobierno, bajo las órdenes del tremendo Sandes y del infame Iseas!

Allí se degollaba por ver cómo ponía la cara una mujer, como se lanceaba por ver si un individuo era ágil ó pesado.

El degüello ó ejecución á lanza de prisioneros de guerra, era un espectáculo lleno de interés para aquellas verdaderas hordas de bárbaros que marchaban bajo el nombre de Ejército Nacional.

Los horrores cometidos fueron tantos y tales, que las poblaciones aterradas, huían de un batallón de línea como de una invasión de salvajes, mientras que miraban al Chacho y su ejército como la única salvaguardia de su decoro, de su fortuna y de su vida.

Las tropas de línea entraban á las poblaciones como conquistadores en tierra extranjera, cometiendo toda clase de vejámenes y monstruosidades.

Y si alguno se quejaba, ahí estaban las lanzas de los regimientos de caballería para hacerles guardar silencio.

El dinero, como las mujeres y los hombres mismo, eran propiedad de los jefes nacionales, porque eran familias y bienes de montoneros, y éstos estaban fuera de la ley.

Los regimientos se remontaban con jóvenes montoneros, por el único delito de que debían de ser Chachistas, ó porque habían andado montonereando, ó porque tenían una cara que no había caído en gracia al jefe que los destinaba.

Los soldados también mataban montoneros por su cuenta y violentaban cuanto se les ponía á tiro.

Aquel, para la buena gente de las provincias no era un ejército regular, sino una cuadrilla de bandidos amparados por el poder de la Nación y contra los que no había otro recurso que la resistencia armada y lo que cada cual pudiera hacer en su legítima defensa.

De ahí se explica cómo de todas partes acudían los hombres á alistarse voluntariamente en las filas del Chacho para defenderse del enemigo común.

Así era recibido el Ejército Nacional en las provincias del Norte, donde aún queda fresca y sangrienta su antigua leyenda de sangre á que empezó á poner coto el general Arredondo en sus campañas contra el Chacho, Felipe Varela y Juan Saá.

Veamos ahora quién era el Chacho, esta entidad respetable que se levantaba airada y vengativa contra todo el poder de la Nación, de donde había surgido.

El Chacho era un hombre sin vicios; criado en los campamentos militares y teniendo cerca de sí viciosos de todo género, él no bebía, no jugaba, ni parrandeaba siquiera.

Loco por las carreras, era capaz de galopar cincuenta leguas por asistir á una fiesta de éstas, sobre todo cuando sabía que corrían buenos caballos.

Nunca corrían caballos suyos, á pesar de la gran afición que tenía por las carreras, porque los parejeros no se veían en sus tropillas.

El Chacho los había tenido muy buenos, pero le habían durado poco, porque ó los daba para que se remediaran los que andaban

mal de caballos, ó para que los empeñaran ó los vendieran los que tenían alguna necesidad imperiosa, como daba cuanto tenía, sin escluir su propio puñal de cabo de oro.

El Chacho no castigó nunca ni hizo armas contra nadie aún en sus momentos de mayor irritacion, que era cuando veía cometer alguna mala accion ó una cobardia.

Entónces castigaba con algun moquete ó un rebencazo, y el que lo recibía olvidaba el dolor que el golpe podía haberle causado, para pensar en la desgracia de haber enojado al Chacho.

A pesar de tratarlos bien y de impedir que sus soldados los mataran cuando caían prisioneros, el Chacho no tenía la menor simpatía por los soldados del ejército, abrigando el mayor desprecio por los jefes, á consecuencia de las iniquidades que hemos apuntado.

Porque para hacer que un paisano declarara dónde estaba el Chacho, lo ahorcaban de un algarrobo como á Linares, ó lo hacían lancear con clavos como Iseas.

Recien cuando fué el general Arredondo á hacer la guerra al Chacho, éste se hizo más tratable y cesaron por completo todos los horrores á que eran sometidos los pueblos ocupados por tropas nacionales.

Es que la guerra había dejado de ser guerra de salvajes, para tomar su verdadero carácter

Antecedentes juveniles

Peñaloza había nacido en Huaja, pequeña poblacion situada á treinta y cinco leguas al Sur de La Rioja, en el departamento de la Costa Alta, en los Llanos.

Huaja es hoy una poblacion de quinientos habitantes, más ó menos, compuesta de ranchos diseminados y alguna que otra casa de adobe.

Nuestros lectores podrán calcular lo que sería aquello el año 6, época á que se remonta nuestro relato.

Cerca de Huaja, á unas tres leguas más ó menos, vivía Quiroga, el tremendo Quiroga, que en aquella época había empezado á sacar las uñas y á mostrarse en toda la deformidad de su alma.

Ya Quiroga acaudillaba grupos de muchachos grandes, á los que trataba duramente, castigándolos como se puede castigar á un soldado.

Quiroga se había impuesto, por su valor y su maldad, al extremo de que sus compañeros lo obedecían ciegamente como si fuera una autoridad suprema.

Peñaloza era hijo de gente pobre, pero de cierta importancia porque estaba emparentado con lo mejor de La Rioja y contaba con un cura en la familia que era lo mismo que decir un Sumo Pontífice.

Bastaba que una familia tuviera un hijo cura para que fuera

mirada como una familia celeste que disponia á su antojo de la voluntad de Dios.

El cura era la primera autoridad de los pueblos, pues á ellos se les consultaba desde la cosa mas sencilla é inocente hasta la más grave disposicion de gobierno, bastando su más leve indicacion para que se cambiara la más firme determinacion.

Los padres de Peñaloza tenian honor con este hijo que, siendo el protejido del cura Peñaloza su tio, era el mimado de todo el departamento.

Desde que tuvo diez años el cura su tio se habia hecho cargo de él con el proyecto de educarlo para la Iglesia.

Pero aunque Peñaloza era de un carácter dulcísimo y bondadoso no mostraba ninguna inclinacion por la carrera que queria darle su tio.

El preferia andar acaudillando muchachos como Quiroga y montando á caballo para pasear por su departamento que cono- cía palmo á palmo.

Así como Quiroga se habia hecho de prestigio por su crueldad sin limites, Peñaloza empezaba á tenerlo por la proverbial bondad de su carácter y la generosidad de su corazón hidalgo.

Si alguna vez se veia en la necesidad de pelear por alguna de tantas cuestiones entre muchachos, siempre siempre lo hacia sin la menor ventaja, y tratando de que tres ó cuatro cayeran sobre él, porque le parecia una cobardía pelear contra uno solo.

Es que Peñaloza tenia una fuerza terrible y tal tino para dar trompis, que no bien empezaba la pelea, ya su adversario estaba chocolata de fuera.

Cuando Peñaloza hacia uno de estos estragos, era él quien se acercaba á su mal parado adversario manifestándole el profundo pesar que sentia de haberle causado daño.

Y lo ayudaba á estancar la sangre y si era poseedor de algunos reales, se los daba tambien, para que se consolara y olvidara mas pronto.

Y como tenia conciencia de su poder por el resultado de las primeras riñas, le parecia que pelear contra uno solo era una acción cobarde, y no aceptaba combate si su adversario no se juntaba, por lo ménos, con uno más.

Entónces Peñaloza peleaba duro, y era cosa sabida que en los pocos minutos de lucha sus adversarios quedaban derrotados y con la chocolata de fuera.

Algunos muchachos mal intencionados y que pretendian tener prestigio de mas valientes, habian llegado hasta atacarlo con armas, pero no por eso lo habian intimidado ni vencido.

Sin más que sus puños famosos, habia desarmado á sus adversarios y los habia golpeado de firme, pero sin causarles el menor mal.

Los muchachos habian concluido por convencerse que Peñaloza era el más valiente, y el más fortacho, y lo habian dejado, en paz.

Su tio, el cura, lo reprendia severamente cuando tenia conocimiento de estas peleas, pero Peñaloza se disculpaba con grandeza demostrando á su tio cómo lo habian obligado á pelear.

El sabia disculpar las debilidades ajenas y sus labios tenian

siempre una palabra cariñosa, aún para aquel que más hondamente lo había ofendido.

Era de un natural bondadoso y humilde, en el que su tío el cura había sabido grabar el sentimiento del bien y la generosidad llevada á su último límite.

El cura le decía habitualmente muchacho, y cuando andaba en el campo, para llamarlo, hacía sonar las dos últimas sílabas, gritando: chachoooo!

El hábito de oírlo llamar siempre así, fué acostumbrando á sus compañeros y amigos que no lo nombraban sino Chacho, y Chacho se le fué quedando, sin que él protestara jamás del apodo.

Cuando Peñaloza, ya mozo y hombre de bailes, empezó á figurar, ya no se le conocía sino por Chacho, y el Chacho decían los que á él querían referirse.

No habían reunion alegre ni fiesta completa, sin la presencia del Chacho, porque además de su bondad natural, era su carácter sumamente alegre y sonriente.

Su tío, el cura, quería instruirlo como se instruía en aquella época, enseñándole á leer y escribir lo ménos malamente que le fuera posible, pero para esto era el Chacho rebelde como un demonio.

—¿Para qué quiero yo saber todo esto—decía asombrado el Chacho, si no tengo qué leer ni á quién escribirle? Déjeme, tío, montar á caballo y andar rastreando, que es más entretenido.

—Es que con eso solo no pasarás de ser un salvaje y yo quiero que cuando muera, puedas reemplazarme tú en mi santo oficio.

Quede eso de ser cura para los buenos y sábios como usted, respondía sonriendo el Chacho; ¡qué voy á ser cura, un animal como yo que apenas puedo darme cuenta de lo que es Huajal ni siquiera conozco los alrededores del cielo!

—Yo te los haré conocer, muchacho, para que seas un hombre útil á la humanidad y á tus conciudadanos.

Y durante dos ó tres días lograba tenerlo á su lado trasmitiéndole sus lecciones.

Pero el cuarto día el Chacho se le disparaba á sus correrías, y cuando volvía á echarle el guante las había olvidado de tal manera que no recordaba la diferencia que había entre una *a* y una *i*.

Y no era que Chacho fuera rudo ó tuviera mala memoria.

Por el contrario, su inteligencia era clara y despejada y su memoria extraordinaria, lo que podía conocerse en el recuerdo que tenía de los sucesos más remotos.

Es que el tío tenía una manera de enseñar que lo fastidiaba horribilmente, al extremo de mirar el estudio de sus lecciones como el castigo más horrible que pudiera darle.

El cura se desesperaba pensando que nunca saldría un cura de Peñaloza, y lo encerraba días enteros haciéndole estudiar las letras.

Pero entónces Chacho se ponía á pensar en tal ó cual caballo ó en tal ó cual muchacha, y lo que menos le preocupaba era la forma de las letras que tenía por delante.

Así, cuando el tío iba á tomarle la lección para apreciar los adelantos hechos se encontraba con que no acertaba con la *e*.

—Es una desesperacion, decia: ¿por qué no has estudiado una cosa tan fácil como esta?

A la edad de las parrandas el Chacho salia de la Costa Alta y se pasaba una ó dos semanas recorriendo otros Departamentos, donde lo habian invitado á un baile, y de esta manera iba echando tambien su prestigio fuera de Huaja, y haciéndose de toda clase de relaciones.

Estas escursiones ponian en alarma al cura Peñaloza que echaba al Chacho formidables discursos, demostrándole que aquella era la vida del infierno y que era necesario rompiera con aquellos hábitos, pues de lo contrario romperia con él entregándole á su destino.

Sumiso y obediente, por el doble motivo de ser su tío y ser cura, el Chacho prometia no andar más en los bailes y no moverse de Huaja sinó con su expreso permiso.

El buen cura temia que detrás del baile viniera el juego y la bebida y que su sobrino se hiciera un perdido de cuenta, y trataba de impedir por los medios á su alcance que esto sucediera, evitando que Chacho se juntara con ciertos perdidos ó jóvenes de mala reputacion.

Pero Chacho se veia acosado por sus amigos de tal manera, que olvidaba las promesas hechas al tío y cuando aquel menos acordaba ya salia en escursion á la hacienda de tal ó cual familia amiga que lo mandaba invitar para una fiesta.

Su tío lo reprendia ágramente, pero el Chacho pedia perdon con tal humildad y prometia con tal seriedad no volver á incurrir en la misma, que se le perdonaba sobre tablas bajo la condicion espresa de no volver á caer en pecado.

Hombre viejo ya y teniendo idolatria por aquel sobrino, no se conformaba con la aversion que el Chacho mostraba por el estudio y con almirable paciencia persistia en sus proyectos de enseñanza, pero el Chacho se sentia más inclinado por el lado de la milicia y no queria saber nada de misas ni de historia sagrada.

Su natural inclinacion eran las armas, y cuando pensaba que algun dia podia llegar á ser capitán de milicias, se sentia completamente feliz.

Su tío perdió la esperanza de verlo cura algun dia y se concretó á enseñarle á leer y escribir.

El Chacho no teniendo nada mejor que hacer, formaba sus amigos en grupos y hacia grandes simulacros de batallas contra los grupos de algun otro capitán que de entre ellos surjia.

Estas siempre eran luchas de caballeria, en que los ejércitos esgrimian sendas ramas de algarrobo que simulaban lanzas ó sables. Y el Chacho obtenia siempre la vitoria contra sus contrarios que, acosados de todos modos, concluian por abandonarle el campo.

Chacho mostraba una particular tendencia á proteger siempre al desvalido y al pobre que le pedia amparo contra los desmanes de la justicia.

Entonces el alcalde de un pueblo era una especie de déspota que por la mayor frusleria metia á un hombre de cabeza en el cepo, y lo tenia así tanto tiempo como le daba la gana.

El cepo en las Provincias del Norte, era un tronco de algarrobo aserrado á lo largo y con algunos agujeros, colocado á

campo raso bajo algun algarrobo, para evitar que el sol ardiente derritiera los sesos del preso.

Muchas veces el cepo se hallaba colocado á más de una legua de casa del alcalde, y allí penaba el preso sin la menor vigilancia y sin que nadie se atreviera á sacarlo ó llevarle algun alimento ó vaso de agua por temor de despertar las iras del supremo alcalde.

No hace muchos años que vimos nosotros mismos en la provincia de Santiago, un hombre trincado así en uno de estos cepos originales y que puesto en libertad por nosotros se negó á salir porque el alcalde, dijo, era capaz de matarlo á azotes.

Los que se encontraban en situacion semejante se empeñaban con el Chacho para que hiciera jugar la influencia de su tío en su favor, y como no habia alcalde que se resistiera al pedido del cura Peñaloza, el Chacho conseguia siempre la libertad de los presos, que quedaban obligados á él de todos modos.

De aquí venia que en cada rancho tenia el Chacho un amigo dispuesto á pagarle el servicio con la vida si era posible.

Si el delito era muy grave y necesitaba hacer á la justicia alguna untada de mano para que quedara conforme, el Chacho no repitaba de deshacerse de alguna prenda ó algun animal que levara la codicia del alcalde obteniendo así la libertad del preso.

Así Chacho se habia hecho de un gran prestigio entre la gente del pueblo, que lo miraba como un protector celeste contra todos los desmanes de aquellas autoridades miserables.

Y estas tales autoridades, conociendo el desinterés de Chacho y el poco apego que tenia á sus cosas, no le soltaban ya los presos sinó por medio de alguna dádiva.

Así el Chacho en su sagacidad asombrosa comprendia el manejo y aunque nada decia, habia concluido por cobrar un profundo desprecio por todo lo se llamaba justicia.

— La mejor y más mansa de las justicias, decia, son los pesos y las mulas: tenga uno reales disponibles y podrá hacer todo aquello que le dé la gana. Pero que aquel que no tenga no se meta á zonzos porque la pagará por todos.

Sucedió una vez que por asunto de mujeres un jóven dió unos trompis al alcalde, por lo que éste resovió secarlo en el cepo de cabeza.

El preso se mandó empeñar con el Chacho y éste puso en juego todos sus recursos y todas sus mulas para sacarlo en libertad pero esta vez se estrelló con el rencor del alcalde y la vejez que queria ejercer á todo trance.

Esta vez los empeños del cura y las ofertas del Chacho se estrellaron contra el deseo de vengarse que tenia el alcalde y el interés en mantener preso al jóven no solo por vengar los trompis, sino para quedar dueño de la mujer que de tales trompis habia sido causa.

El Chacho se convenció que por esta vez no valian los ruegos y los regalos, sintió que por primera vez la mostaza se le subia á las narices y se encaprichó en que el alcalde habia de poner en libertad al preso ó lo pondria él mismo.

El alcalde se sulfuró y dijo al Chacho que si se le volvia á poner por delante á él tambien lo iba á meter de cabeza en el cepo.

El Chacho se fué adonde estaba el cepo y puso en libertad

preso, comprometiéndolo á pelear contra el alcalde si persistia en su empeño y queria prenderlo de nuevo.

Aquello fué un acontecimiento fabuloso en Huaja, que vino á conmovier todo el Departamento.

Era la primera vez que un hombre se permitia desacatar la autoridad al extremo de poner en libertad los presos desafiando sus iras.

El alcalde mandó en el acto prender al Chacho ó traerlo á su presencia, con la santa intencion de ponerlo en el cepo y castigar así el desacato cometido.

Pero esta era una cosa mas difícil de realizar por el cariño que al Chacho tenían y porque ya sabian que éste se resistiria á mano armada.

Toda la fuerza de que disponia el alcalde para hacerse respetar eran dos hombres erigidos en soldados de la ley y con el derecho de usar una cosa que habia sido sable en sus mocedades.

Los dos representantes de la ley se apersonaron al Chacho y le intimaron orden de prision en nombre del alcalde, pero se encontraron con que éste se negó redondamente á obedecer.

Quisieron hacer uso de la fuerza, pero el Chacho les dijo que les iba á romper la crisma si insistian y que se retiraran á llevar su contestacion.

Decidido á resistirse de todas maneras, Chacho juntó al que habia puesto en libertad y dos amigos más para pelear al alcalde y no dejarse prender.

El escándalo estaba dado y la poblacion de Huaja pendiente de lo que iba á suceder.

El alcalde, profundamente irritado con la contestacion de sus soldados, decidió ir en persona á prender al Chacho, y con ese objeto se armó hasta los dientes y acompañado de sus dos soldados salió en busca de éste.

Chacho y sus amigos se habian armado de garrotes de algarrobo para dar con ellos una soberana paliza á la autoridad.

Y como los dos enemigos se buscaban, no tardaron en encontrarse, deseosos de venirse á las manos.

En cuanto se encontraron, el alcalde intimó al Chacho que se entregara preso y entregara tambien el causante de todo aquel escándalo.

—Mire amigo, dijo el Chacho ¿pa qué está embromando? Es mejor que se retire y se deje de caprichos, porque puede sucederle algo malo: en cuanto á ustedes, no se metan á guapos, dijo á los soldados, porque el asunto puede salirles caros pa sus huesos.

—Si no se entregan, gritó el alcalde completamente sulfurado, soy yo quien los va á inoler á garrotazos, y á algo más si fuera necesario.

Algunos mozos que sabian lo que pasaba se habian juntado por allí cerca, dispuestos á tomar parte á favor del Chacho si la cosa se formalizaba, de modo que todas las probabilidades estaban contra el alcalde.

Como el Chacho y sus amigos soltaron una gran carcajada ante la amenaza, el alcalde arremetiό lata en mano contra el grupo, seguido de sus dos milicos.

Guapos todos, pues en La Rioja no hay hombres flojos, empezaron a menudearse cada garrolazo que sonaban los huesos de una manera formidable.

El Chacho se habia trezado con el mismo alcalde, mientras los compañeros valpuleaban á los milicos con su garrote de algarrobo.

El Chacho no tardó mucho en avasallar al alcalde—le sacudió el garrotaza de gracia y lo echó al suelo desmayándolo sobre tablas, acudiendo en auxilio de sus amigos, dos de los cuales habian recibido contusiones serias.

La justicia quedó completamente en derrota y mal parada sobre el campo de batalla.

En vano el alcalde pedia auxilio á los vecinos que miraban, todos habian rodeado al Chacho, complacidos de que hubiera acogotado á aquel trompeta.

Aquel fué un colmo en el tranquilo pueblo de Huaja. Pelear á la autoridad del pueblo y ponerla en derrota, era cosa que jamás habia sucedido, era algo como una revolucion inverosímil que la imaginacion se resistia á creer.

El alcalde se quejaria, el Juez de Paz pondria el grito en el cielo y el gobernador citaria la Guardia Nacional para castigar de firme tan terrible crimen.

El mismo Chacho hizo llevar á su domicilio al alcalde y sus milicos para que los curaran como Dios les diera á entender, porque debian tener los huesos descangallados, pensando en seguida en los amigos, que no estaban mucho mejor.

Cuando el cura supo lo sucedido se queria morir de pura desesperacion, porque aquel escándalo dejaba á su sobrino como un bandido, y le hacia acreedor á un serio castigo.

—¿Es posible que seas tú quien cometa un barro de esta naturaleza, rebelándote contra la autoridad del pueblo y peleándola con una cuadrilla de foragidos?

—¿Y pa qué andan embromando? contestaba Chacho, que no daba á la cosa tanta importancia—por qué no quiso poner en libertad á Agenor que no le habia hecho nada, cuando yo le ofreci pagar lo que era necesario?

—¿Y qué tienes que meterte tú en esas cosas? si él estaba preso su delito habria cometido—cuántas veces te dije yo que tus amigos habian de ser tu perdicion! vamos á ver cómo sales de esta.

—Bien no mas—cómo quiere que salga? este alcalde no sabe mas que hacer iniquidades para sacar plata por la libertad de los presos y alguna vez habia de sucederle un descalabro. La Charcarera que le hemos bailado en los huesos, se la tenía que bailar alguno de todos, porque ya sus procederes no se podian aguantar.

—Pero es que ahora el Juez de Paz del Departamento te vá á mandar buscar preso y van á hacerte alguna atrocidad.

—Es que no he de ir, y si se empeña como el alcalde, en llevarme, hay algarrobos para él tambien y le hemos de manear duro y parejo para que no se meta á apoyar picaros.

—Pero esa es la revolucion, Angel, y tú no tienes fundillos para revolucionario.

—¿Y por eso se ha de dejar uno llevar por delante? Está bien ser bueno, tío, pero no tanto que se parezca á zonzo.

—¡Ay, Angell quiera Dios protegerte y protegernos, porque me parece que vamos á pasar un mal rato.

Tan grave era la situacion para el buen cura, que por primera vez llamaba al Chacho por su nombre propio.

Ya se lo figuraba preso como un criminal famoso y cubierto de heridas y grillos.

Todos los jóvenes de Huaja no solo encontraban que Chacho habia tenido razon, sino que se felicitaban de la paliza que habia dado á aquel alcalde á quien todos odiaban á muerte por bárbaro y por injusto.

Para ninguno era un misterio que el juez mandaria aprehender á Peñaloza, y que éste se resistiria, pero todos, en este caso estaban dispuestos á sostener al Chacho y librar una batalla antes que permitir que lo prendieran y lo llevaran.

Aquella paliza dada al alcalde habia acentuado su prestigio de un modo fabuloso, hasta el extremo de creerlo invencible.

—¡Ah! si nosotros tuviéramos armas, exclamaban; ni aunque vinieran con un ejército llevaban á Chacho: hemos de pelearlos hasta que reventemos.

Por fin sucedió lo que tanto temia el cura Peñaloza; el alcalde mandó dar cuenta de lo que sucedia al Juez de Paz del departamento, y éste mandó ordenar al Chacho que inmediatamente se presentara preso.

—¡Ya voy ir! exclamó el Chacho—ya voy ir por el aire! como si no tuviera mas que hacer que obedecer á cuanta burrada le manden. Diga usted al Juez que no he dir nada, que no quiero ir y que es en vano que mande chasques porque tendrian que volver como han venido.

El Juez de Paz que estaba acostumbrado á que sus órdenes se obedecieran sobre tablas, sin discutir las ni observarlas, sintió que el diablo se lo llevaba cuando le dieron la respuesta del Chacho.

—¿Que no ha de venir? exclamó lleno de ira—¿que no ha de venir? pues lo haré traer atado codo con codo y á garrotazos—yo le he de preguntar si soy yo como el alcalde ó algun trompeta como él.

Y previendo que el Chacho se le pudiera resistir, mandó seis hombres y un oficial con la orden de traerle preso el Chacho de cualquier modo, amarrándolo en caso que se resistiera.

El oficial y los soldados llegaron á Huaja dispuestos á cumplir el pié de la letra la orden que habian recibido, pero no contaron con el recibimiento que se les preparaba.

El Chacho suponiendo que el Juez no se habia de tragar su respuesta así no mas y que alguna medida sería habia de tomar se habia preparado á una resistencia á toda regla.

Habia juntado quince mozos, que se habian armado de gruesos garrotes de algarrobo, dispuestos á romperles el bautismo á los que allí aparecieran en son de guerra, aunque viniera con ellos el mismo Juez de Paz.

En vano el cura se empeñó con Chacho para que no se resistiera y obedeciera las órdenes de la autoridad, éste declaró terminantemente que no se entregaba porque sus amigos no querian que se entregara y que estaba dispuesto á no dejarse atropellar por la justicia.

—No te entregues, les decían sus amigos—nosotros te hemos de sostener hasta el último aliento y no te han de llevar.

Esta era la disposición en que estaba el Chacho y su gente cuando llegaron los enviados del Juez de Paz.

El oficial que venía conocía al Chacho como lo conocían todos los habitantes de la Costa Alta, por lo que quiso hablar con él antes de emplear los medios violentos.

—Yo como amigo, le dijo, le aconsejo que nos acompañe y arregle con el Juez esta cuestión, sin necesidad de complicarla más todavía. Con buena voluntad todo se arregla y entre usted y el Juez se han de entender debidamente.

—Yo no voy nada, porque no he dado motivo para que me pongan preso y porque no quiero. Si el Juez de Paz quiere arreglar algo conmigo ó averiguar cómo ha sido el suceso del alcalde, puede venir no más que yo tendré muchísimo gusto en recibirlo, pero eso de ir yo preso, es una fantasía que debe quitarse de la cabeza porque no ha de suceder.

—Es que yo tengo orden de llevarlo de todos modos, y si no quiere venir á buenas tendrá que venir á malas, porque así es la orden que traigo.

—Bueno amigo, y antes de venirnos á las manos quiero darle un consejo, y espero seguirá por la cuenta que tiene.

—Ya he dicho que no quiero ir, si ustedes me forzan, van á obligarme á sacudirles y cuando yo pego soy muy grosero—ya vé lo que le ha sucedido al alcalde por haberse metido á zonzo.

—Yo me iría, contestó el oficial, porque lo estimo á usted en lo que vale, pero es el caso que me han dado la orden de llevarlo de todos modos y yo no me puedo ir sin usted.

—Pues la única compañía que de aquí pueden llevar serán los chirlos que yo les sacuda, porque otra cosa no es posible.

Ya hemos dicho que en la provincia de La Rioja no hay hombres flojos, así es que el oficial, aunque sabía que la empresa era peligrosa y arriesgada, intimó al Chacho que lo siguiera.

Para él no había otro camino que este : cumplir la orden que había recibido.

El Chacho se sentó en el suelo con el garrote entre las piernas y miró el oficial con la expresión bondadosa y tranquila de su mirada.

—¡Caramba! siento mucho, pero veo que no hay más remedio, dijo el oficial, y bajándose del caballo se acercó al Chacho como para tomarlo de un brazo.

La escena tenía lugar en medio del campo siendo testigo de ella toda la población de Huaja, que al ver llegar fuerzas del Juzgado había acudido previendo lo que iba á suceder.

Y esta cantidad de público obligaba el oficial á echar el resto en el cumplimiento de sus órdenes.

Cuando Chacho vió que el oficial iba á ponerle la mano encima, se puso de pié y le dió un leve empujón en el pecho diciéndole :

—Cuidado con lo que se hace porque cada uno tiene la paciencia puesta en su lugar y yo siento que la mía se me va acabando.

El oficial se demudó palideció intensamente y volvió sobre el Chacho siempre en ademán de tomarlo de un brazo.

Chacho entonces le dió un empujon tan violento que por un poco no lo volteó de espaldas.

Esta fué la señal de la lucha, lucha terrible porque tenía lugar entre hombres bravos y dispuestos á salir con la suya ó de dejar allí el pellejo.

—Pues entonces, y ya que no hay más remedio. ¡firme y no se queje! dijo el oficial cargando sobre Chacho espada en mano.

Los soldados sacaron su simulacro de sable y se aproximaron á secundar la acción de su oficial.

Pero no habían aun llegado adonde aquel estaba cuando Chacho le hacía volar la espada de un garrotazo.

El combate empezaba por las cabezas, con una enorme desventaja para el oficial que no tenía mas que su rebenque para hacer al garrote del Chacho.

Los soldados avanzaron en protección del oficial, el Chacho se vió en el acto rodeado de sus amigos y la batalla empezó violentísima por una y otra parte.

Los milicos tiraban cada sablazo capaz de dividir hasta el estómago al que tomaran por la cabeza.

Pero los amigos del Chacho, ágiles y jóvenes, los evitaban como podían devolviendo por cada uno de ellos, garrotazos verdaderamente matadores.

Este género de luchas no son muy largas, porque tratando los combatientes de herir antes que cubrirse, se reciben golpes terribles y los combatientes se sienten muy pronto postrados.

El primero que cayó bajo los golpes del garrote del Chacho, fué el oficial, que había recibido un golpe en la cabeza y otro golpe en el brazo derecho que se lo había roto de la manera mas dolorosa. El Chacho acudió al grupo donde mas ríe se peleaba decidiendo bien pronto su garrote la victoria por parte de los suyos, que eran mas numerosos y peleaban apasionados.

Como sucede siempre que los combatientes son igualmente bravos, los heridos y contusos eran muchos, casi todos lo estaban.

Quien tenía la cabeza abierta de un sablazo, quien la nariz rota de un palo, quien una mano fuera de su lugar ó la dentadura fuera.

Los combatientes se habían pegado firme, así es que cada palo había levantado una contusión terrible.

El único que no estaba herido era el Chacho, y esto porque era el mas hábil y práctico de todos ellos.

El Chacho cuerpaba los golpes con una limpieza de pruebista y los devolvía con una rapidez endiablada.

La derrota no podía ser mas famosa ni completa, pues no había un solo milico que, por lo menos, no hubiera recibido un par de garrotazos, con excepción del oficial que había recibido una paliza de primera fuerza.

Todo el pueblo de Huaja, sin excepción de sexos y edades, había acudido al campo de batalla y presenciado la pelea.

Los viejos no estaban conformes con aquel acto revolucionario, que podía tener malas consecuencias, pero los jóvenes entusiasmados felicitaban á los amigos que habían tomado parte en la jornada y se disponían á pelear ellos mismos si el Juez insistía en llevarse á Chacho.

El Chacho con esto se habia hecho célebre, aumentando su prestigio de cumplido Capitan.

Los vencedores habian querido rematar la funcion con una gran paliza aplicada al lomo de los vencidos, pero Chacho se opuso, mostrando que aquello no era generoso ni noble y que hartos golpes habian recibido porque esa les remachará el clavo con otros nuevos.

Las mismas muchachas felicitaban á los vencedores, pues para el pueblo de Huaja aquella era una batalla formidable.

El cura Peñaloza se queria morir de espanto, pues creia que, por lo menos, el Chacho seria fusilado.

La sagrada autoridad de un alcalde no habia sido jamás desconocida y el hecho de apalear al alcalde y á las fuerzas del juzgado debia ser un crimen digno de algun castigo bárbaro.

Así Huaja, célebre hasta entonces por su mazamorra especial, empezaba á hacerse célebre por el Chacho y la guapeza fabulosa de sus hijos.

—¡Qué seria si estos diablos tuvieran armas! exclamaban los viejos, cuando á garrote limpio han hecho tanto destrozol no hubiera vuelto uno solo con vida.

Los que podian andar, se habian vuelto á llevar el parte del desastre, quedando los mas estropeados en Huaja, para ser allí curados como Dios les diera á entender.

—¿Y ahora qué vas á hacer? preguntaba el cura al Chacho, afligidísimo— mira que esto no va á quedar así y que la fiesta puede costarte cara.

—¿Y qué he de hacer? esperar no mas á que vengan otros para que lleven tambien su parte.

— Pero ese es un desatino, mi hijo, porque al fin y al cabo ellos tienen la fuerza y la posibilidad de embromarte.

Es preciso que te escondas por lo menos donde no te vean ni sepan que estás, mira que es el Juez de Paz y puede venir él mismo.

—Pues si viene él mismo peor para él, porque si ellos tienen la fuerza, yo tengo los amigos que valen mas, segun se ha visto ya. Lo que es á mí, mi tío, no me llevan preso, porque yo no he nacido para que nadie se limpie las manos en mi cuero, ni para que me metan de cabeza al cepo como á cualquier perdido. Para eso, tío, es preciso que yo me muera y gracias á Dios tengo la vida bien pegada á los huesos.

—Es que yo me voy á morir del disgusto, porque desde que andas en esto no me llega la camisa al cuerpo.

— Confórtese, tío, pues mucho peor seria que me llevaran é hicieran conmigo alguna herejia: ya sabe usted lo que es esta gente de justicia y lo que se aprovechan cuando á uno lo tienen seguro de la cabeza.

—Dios nos ayude, hijo mio, exclamó el cura, y quiera que esto no concluya en alguna desgracia horrible.

—Hasta ahora no ha habido ninguna desgracia mayor, puesto que no ha habido ningun muerto—esperemos que no suceda nada grave.

La poblacion de Huaja seguia cada vez mas conmovida, porque comprendia que aquello no podia concluir así, y que el Juez de

Paz persistiría en prender á Chacho y lo mandaría llevar con mayores fuerzas.

Unos cuarenta jóvenes y paisanos habian rodeado al Chacho, constituyéndose en regimiento y poniéndose bajo sus ordenes y pasaban el dia y la noche en la confeccion de grandes garrotes destinados á dragonear de sables.

Estas eran las armas con que esperaban el segundo avance de la Justicia de Paz.

Algunos se habian provisto de piedras, con las que hacian ejercicio mañana y tarde, para tener mayor punteria el dia del combate.

Y Chacho, semejante á un gran general, se ponía á la cabeza del escuadron, improvisando los movimientos que se le ocurrian, porque no tenia la menor teoria de lo que era la milicia.

En el Juzgado de Paz tenian lugar los mismos preparativos, pues la conducta del Chacho habia conmovido á todo el Departamento. Cuando el Juez tuvo conocimiento por los contusos que volvieron de lo que habia hecho el Chacho, su indignacion no reconoció limites.

No solo no reconocian su autoridad y desobedecian sus ordenes, sino que apaleaban los agentes que habia mandado para que las ejecutaran.

Aquello era para él el colmo del ridiculo, pues lo esponía á la burla de toda la poblacion y á que todos se creyeran con el derecho de hacer lo mismo que desobedecerlo, armando partidas para pelear con sus milicos.

—Aunque tenga que ir yo mismo y aunque tenga que dejar el pellejo en la demanda, es preciso que yo traiga aquí al Chacho y á los que lo han ayudado en su insolencia, y los castigue de una manera ejemplar, para que nadie se atreva á repetir lo mismo.

—Es que todo Huaja ha tomado el partido del Chacho, le decian, y están dispuesto á sostenerlo á todo trance.

—¿Y qué son esos cuatro inservibles para poder conmigo? es que la partida que fué era compuesta de fregados que no han sido capaces ni siquiera de traerme las orejas de uno de ellos. Esta vez iré yo mismo y veremos si los traigo ó no los traigo.

—El Juez de Paz era un hombre de genio fuerte y atropellado. Estaba ensoberbecido con la autoridad que revestia, y se sentia capaz de colgar en los algarrobos del camino á todos los que se habian levantado en su contra.

Si hoy mismo un Juez de Paz en las Provincias del Norte se cree con tanta autoridad como un monarca, ya se podrá calcular lo que serian entonces, en que sus actos no tenian control y hacian su mas brutal capricho sin dar cuenta á nadie.

Habian tomado los puntos á las despóticas y soberbias autoridades españolas y no podian convencerse de que los tiempos, el año 25, habian cambiado de una manera radical.

Y estos atropellos y pequeñas iniquidades de las autoridades mas subalternas era precisamente lo que habian precipitado la accion del Chacho.

—No es que yo pelee por mí ni por librarme de algun castigo que haya merecido, decia Peñaloza, sino para enseñar á esta jente que no somos una majada de chivos y que tenemos nuestros derechos tambien, que ellos están obligados á respetar y

á hacer respetar. Adónde iríamos á parar si para sus negocios privados ó pequeñas venganzas, cada alcalde de estos tuviera el derecho de secar á un hombre en el cepo? Eso es tratarnos peor que esclavos y es bueno que sepan que esto no es posible y que somos hombres y tenemos tambien nuestros derechos y libertad de hacer lo que nos dá la gana, sin que nadie se meta con nosotros, mientras no ofendamos á nadie.

Estas eran las ideas que sostenia el Chacho, arrastrando con ellas á todo aquel que tenia fuerzas para enarbolar un garrote.

Y cada uno se sentia fuerte en su derecho, pues defendia su libertad personal y colectiva contra los desmanes y avances de la justicia, justicia solo en la palabra, pues en el hecho no era sino el capricho de las autoridades.

El Juez de Paz de la Costa Alta, juntó los ocho milicos que representaban toda la fuerza de su autoridad, citando á unos doce vecinos á quienes ordenó le prestaran su concurso para ir á prender á Chacho. Estos vecinos simpatizaban profundamente por la causa del Chacho, pero no se atrevian á resistir á las órdenes del Juez y tomando los viejos sables que éste les daba, se dispusieron á marchar con la peor voluntad de este mundo, pero firmemente resueltos á no usar de estas armas contra el Chacho, cuya causa era la de todos. Con estos veinte hombres armados de sable y uno que otro fusil de chispa, el Juez se creyó bastante fuerte, porque creyó que solo tendria que vérsela con los ocho ó diez perdidos que habian atacado á su oficial y marchó sobre Huaja. De todos modos aquellos no tenian otra arma que sus garrotes, y con semejantes armas no era posible luchar. Y frotrandose las manos de satisfaccion al pensar que volveria con un revoltoso en ancas del caballo de cada milico y Chacho á las ancas del suyo, tomó la direccion de Huaja.

En cuanto se movió el Juez, tuvo aviso el Chacho y formó y preparó su improvisada tropa, esperando al enemigo en son de guerra. Eran mas ó menos cuarenta mocetones dispuestos á triunfar á toda costa; el resto de la poblacion se preparaba á presenciar la batalla, la mas formidable y descomunal que hasta entonces se habia librado en las cercanias de Huaja.

Quando el Juez vió semejante ala de caballeria tan superior á la suya, se conmovió profundamente, no por el peligro que corria sino por el fiasco que podia dar. Pero desesperazado en la desventaja de las armas, desplegó sus veinte ginetes, sable en mano, y avanzó resueltamente.

—¿Quién de ustedes es Angel Peñaloza, conocido por el Chacho? preguntó en tono de amenaza.

—Presente y para lo que usted guste mandar, contestó el Chacho avanzando á su vez y sacándose el sombrero—¿en qué puedo serle útil? añadió sonriendo.

Aquella sacada de sombrero y aquel respecto en el modo de hablar fué de muy buen augurio para el Juez, que se habia figurado que el Chacho era un guapo insolente y camorrista que lo recibiria con palabras descomedidas agrediéndole en seguida.

—¿Usted es, preguntó, el que ha lastimado al alcalde de este punto y el que ha peleado con la comision que yo le mandé buscar?

—El mismo si señor contestó el Chacho con igual comedi-

miento como si agradeciera un elogio; el mismo. Yo no quise ir porque no soy ningún criminal, no he dado motivo para que se me lleve preso como un trompeta, y como me quisieron llevar á la fuerza, no he tenido más remedio que defenderme. Es esto todo lo que ha habido y nada más; nadie tiene el derecho de pegar á nadie y el que pega se expone á recibir también.

—¿Y no sabés, bribon, que es preciso respetar la autoridad y que el que le hace armas se hace acreedor á un castigo?

—¿Y no sabés, pillo, respondió el Chacho tomando el mismo tono que el Juez, que es preciso respetar á los hombres y que quien no los respeta se expone á que uno haga uso de sus medios de defensa y les rompa el alma? Nosotros no somos perros, amigo juez, concluyó con una energía soberbia; somos hombres y tenemos derechos que no se pueden atropellar, so pena de exponerse á ser atropellado también.

—¡Bravo, muy bien, tiene razón! gritaron los amigos del Chacho; no somos carneros para que se nos atropelle y nos hemos de defender.

El Juez se iba calentando poco á poco, pero no quería precipitarse y contenía su genio hasta ver dónde paraba aquello.

—¿Y por qué no han acudido á mí en demanda de justicia, antes que sublevarse á la autoridad?

—¿Y por qué no han venido á averiguar lo que pasaba antes de mandarnos prender? preguntó el Chacho. En cuanto á pedir justicia, ya sé yo cómo se administra y no será el hijo de mi madre quien vaya á pedirla; la compraré cuando tenga plata y san se acabó.

Aquello ya era inaguantable, el Juez estaba haciendo un papel ridículo, pues era el Chacho quien lo retaba en vez de ser él quien retara al Chacho. Perdida entonces toda paciencia, toda reflexión, el Juez dijo al Chacho que lo siguiera hasta el Juzgado, donde debía quedar hasta tanto averiguara él como habían pasado los hechos.

—Para eso no hay necesidad de que yo vaya puesto que ya usted está aquí, puede tomar las declaraciones que quiera sin necesidad de que yo vaya hasta allí.

—Es que yo quiero que venga porque así debe ser, exclamó el Juez perdiendo la paciencia; yo quiero que vengas y te prevengo que dejes á un lado las bravatas y manotadas, porque yo soy el Juez de Paz y como tal sé hacerme obedecer.

—Mande en justicia y seré yo el primero en obedecerlo, pero eso de que he de ir preso, nada más que porque usted lo quiere, no puede ser; no voy nada, y déjeme de andar embromando.

Los de Huaja aplaudieron con entusiasmo, dando en alta voz la razón al Chacho y diciendo que aquello era una injusticia.

—¿Quiere decir que te resistes á obedecerme, preguntó el Juez, y quieres obligarme á que use de la fuerza?

—Use todo lo que quiera, respondió el Chacho alegremente; pero lo que es á mí, yo le garantizo que no me va á usar.

—Pues entonces te he de llevar del cogote, y veremos si cualquier compadrito ha de hacer lo que le dé gusto y gana.

Y dirigiéndose á sus milicos, mandó á dos que fueran á atar al Chacho.

—No sean zonzos, les dijo Chacho, y no lleguen hasta mí, porque al que me venga á agarrar le rompo el mate. ¿Por qué no viene usted, pues, ya que es tan malo y compromete á esos infelices echándomelos para que les pegue?

—Ateno y ateno bien, dijo el Juez á los suyos, que ahora verá ese sinvergüenza quien pega á quien.

El primero que se acercó al Chacho dió dos vueltas en el aire como quien baila un valse, y cayó de espaldas al suelo. Peña-loza le habia pegado una de aquellas cachetadas que parecian dadas con mano de fierro, preguntando en seguida:—¿Quién quiere el par?

Aquella era la señal del combate y no habia que hacer. Los amigos de Peñaloza lo rodearon en el acto y rebolearon sus largas macanas de algarrobo en señal de reto. El Juez se puso á la cabeza de los suyos y les cayó con el sable sin ningun miramiento, pues á su modo de ver era preciso escarmentar de firme aquella gente, y la mejor manera de escarmentarla era matar cuatro ó cinco y colgarlos de los algarrobos para escarmiento de los demás. Pero es que los de Huaja no eran muñecos, ya habian dado pruebas de que tampoco eran mancos para el garrote. Los milicos, guiados por el mismo Juez cargaron, creyendo que á los dos ó tres sablazos todo habria terminado, pero fueron recibidos con tal bravura que se contuvieron un poco sin poder avanzar. Aquello era una lluvia espantosa de garrotazos, imposibles de evitar.

El Juez hizo cargar á los vecinos que traia de refuerzo, pero éstos lo hicieron flojamente, no porque tuvieran miedo de pelear, sino porque se trataba de pelear con el Chacho, que era quien tenta todas sus simpatias. El juez, á pesar de la ira que lo dominaba, empezó á comprender que se habia metido en un empresa difícilísima, pero era demasiado tarde para retroceder sin mengua de su autoridad.

Chacho buscaba siempre encontrarse con el Juez para medirle las costillas, pero los combatientes se interponian y no lo dejaban llegar hasta él.

Los milicos habian herido ya á dos ó tres jóvenes, pero éstos garroteaban con tal fé, que dentro de poco no iba á quedar milico sano. No era posible dudar del triunfo del Chacho, porque cada minuto que pasaba se le veia ganar terreno sobre sus enemigos. Todos habian echado pié á tierra para pelear mejor, lo que prueba que ninguno tenia la intencion de disparar.

El Juez mandó á los vecinos que lo acompañaban que pelesen, de tal manera que éstos no tuvieron más remedio que obedecer y entrar en pelea, aunque muy flojamente y nada más que por cumplir.

A los cinco minutos de tan sin igual batalla, el campo empezó á despejarse y á dejar ver á los del Chacho venciendo ya sobre sus adversarios. En el suelo habia cuatro ó cinco milicos gravemente lastimados y otros tantos amigos del Chacho heridos de sable.

De los vecinos que habian venido con el Juez, tres habian quedado mal parados, habiéndose los demás retirado del combate, viendo que la causa del Juez estaba allí perdida.

Encerrado el Juez de Paz en un círculo de mozos, habia sido

hecho prisionero de guerra á pesar de sus bravatas y terribles sablazos.

—No me toquen que soy el Juez de Paz y puede costarles caro, gritaba éste desesperadamente.

—A ese pillo atenmeló, atenmeló firme, dijo el Chacho, pero no le peguen, no por lo que él vale, sino porque es bueno que vean la diferencia que hay entre ellos y nosotros. Ellos en cuanto lo tienen á uno bien seguro, se le duermen á palos, no hagamos nosotros lo mismo y mostrémosles que somos generosos.

—Yo haria con ellos lo que ellos han querido hacer con nosotros, dijo uno, los colgaria de un algarrobo.

—Bien lo merecian, contestó el Chacho, pero estos pobres no tienen la culpa, porque los mandan, y no tienen más remedio que obedecer aunque no quieran. A él que es el que manda las iniquidades es á quien es preciso castigar y yo me encargo de hacerlo de la manera que le sea más dolorosa y no nos comprometa gravemente.

El Juez de Paz estaba ciego de ira, se debatía con todas sus fuerzas y trataba de escapárseles de todos modos. Pero entre todos lo tenían bien sujeto y apretado, mientras los demás preparaban las cuerdas con que lo habían de atar.

—¡Bandidos! ¡cobardes! gritaba el Juez de Paz, trémulo de coraje, ¡ya verán lo que esto les cuesta! ¡ya verán cómo el Gobierno castiga este acto de verdaderos bandidos, colgándolos de los algarrobos!

—No nos han de hacer nada, porque no hemos hecho más que defendernos, y la prueba es que pudiendo matarlos no hemos querido hacerlo, limitándonos á castigarlo no más.

Como lo había dispuesto el Chacho, el Juez fué perfectamente atado con dos maneadores, que le ligaban los brazos á la espalda. Y era tan ridícula la atadura del pobre Juez, amarrado como un ladrón y amenazando al cielo y la tierra.

—Si no ha de hacer nada, decía el Chacho riéndose, si quien le va á hacer á usted somos nosotros, señor Juez de injusticias.

Y era tan ridícula la actitud del Juez que los mismos milicos contusos olvidaban sus dolores para reirse un poco. Y esto irritaba más y más á aquel hombre, haciéndolo prorrumpir en las palabras más soeces y groseras, cada una de las cuales levantaban un coro de carcajadas.

Una vez que estuvo atado y se hubieron divertido con los despropósitos que la ira le hacia ensartar, el Chacho mandó que trajeran el caballo del Juez, haciéndolo montar con la cara hácia la cola.

Las risotadas parecían un inmenso coro que no terminaba nunca.

El Chacho lo mandó atar de los piés por debajo de la barriga del caballo, castigándole en seguida el mancarrón que rompió á galopar del lado de la querencia.

Aquel hombre enfurecido, galopando con la cara para atrás y amarrado sobre el mancarrón, ofrecía la figura más endiablada y curiosa. Los mismos milicos sanos y contusos, echaron á reir y palmotear, aumentando aquel coro tan terriblemente infernal. Y como no se movieron de allí, el Chacho les dirigió la palabra diciéndoles:

—Los que quieran quedarse á curar aquí pueden hacerlo, pero los que estén buenos á puedan andar que se vayan y que no me vuelvan á pisar por aquí, aunque los mande el mismo Gobierno.

Los milicos no podían hacerlo, montaron á caballo sin el menor apuro y se fueron al tranquito detrás del enfurecido Juez.

Cuatro quedaban á curarse en Huaja, no pudiéndose mover á causa de los golpes recibidos, habiendo dos de ellos que tenían la cabeza dividida en varias partes.

Los vecinos que habían acompañado al Juez se quedaron en Huaja de visita, á disculpase por haber venido, explicando que no habían tenido otro remedio, pero ya que veían que no habían tomado una parte firme en el combate.

—Estan disculpados, decía el Chacho sonriendo, ya sé yo que los han de haber obligado á venir y que no han de haber tenido más remedio; lo que es ahora me parece que no intentarán volver á meterse con nosotros.

Inmediatamente los amigos empezaron á llevarse los contusos á sus respectivas casas, habiendo entre ellos algunos serios, pues los milicos habían sacudido fuerte con sus sables que, por lo mismo que eran poco filosos, habían hecho heridas más dolorosas.

El Chacho ayudaba á acompañar á cada uno, dirigiéndole sus palabras más afectuosas. El no había recibido ni un rasguño.

El Tigre de los Llanos

Con el triunfo del Chacho la población de Huajo estaba en un estado de excitación imponderable. Los milicos habían sido desarmados, de modo que para otro encuentro los amigos del Chacho eran poseedores de diez sables que se preparaban á esgrimir en primera oportunidad contra el diablo mismo, se el diablo venía á pelearlos.

—Ellos nos han dañado de hacha y de alma, decía, pero ahora nosotros les vamos á devolver los hachazos hasta cansarnos y veremos quién puede más.

Y se habían prendido á los sables los sacos ó levitas presentando el aspecto de ciudadanos en estado de revolución. El Chacho como jefe tenía derecho á un sable: podía usar el del Juez de Paz mismo, que le había tomado él en persona, pero lo cedió á uno de sus compañeros, asegurando que él tenía suficiente con su macana de algarrobo, porque con ella se encontraba mejor y más liviano.

El cura Peñaloza se había enfermado de desesperación, pues para él era indudable que aquello concluiría mal para su sobrino, porque el Juez de Paz se quejaría al gobierno y éste mandaría reducir al Chacho con fuerzas superiores. Y llamó á su sobrino

para pedirle se escondiera ó se fuera de Huaja, hasta que pasara el chubasco.

—¿Adónde quiere que me vaya, tío? en todas partes me han de perseguir, si es que lo merezco.

—Pues andate á Chile, yo te daré dinero, y así viviremos todos tranquilos sabiendo que nada malo puede sucederte.

—Es que yo no puedo irme ahora, tío, porque los amigos se han comprometido por mí, por mí han peleado y se han hecho lastimar, y por mí van á ser perseguidos ahora. Si yo los abandonara sería un cobarde que merecería me escupieran á la cara: yo no puedo moverme de aquí, tío, sin quedar como un cochino.

—Es que quedándote aquí te va á suceder una desgracia, porque no tengas dudas que no han de dejar las cosas así.

—No lo creo, tío, ahora tenemos diez sables y somos más combatientes, pues de todas partes vienen amigos á ofrecerse, porque esta no es ahora una simple cuestion de justicia, se trata de defender los derechos de un pueblo, atropellados violentamente por un Juez de Paz que no sabe cumplir con su deber.

Este era efectivamente el carácter que habia tomado la cuestion.

Los hombres de Huaja, entusiasmados con el triunfo del Chacho se reunian en todas partes diciendo que era preciso defender la soberanía del pueblo, y los vivas á Huaja y el Chacho atronaban el pueblo, como si se tratara de una guerra.

Los heridos era visitados y regalados, pues gracias á su valor y esfuerzo, el Juez habia sido contenido en sus violencias y Huaja se habia librado de ser conquistada.

Si el Juez de Paz hubiera triunfado, hubiera hecho mil iniquidades, puesto que él mismo decia que iba á ahorcar una docena de chachistas, de modo que el pueblo se habia librado de todas aquellas atrocidades por el esfuerzo heróico de sus hijos y el genio guerrero del Chacho.

Como el enemigo no tardaria en volver más fuerte, puesto que ya sabia lo que le esperaba, era necesario prepararse á la lucha y juntar todos los elementos de combate.

El Chacho comenzó á organizar un regimiento en toda regla, que en los primeros momentos llegó á tener más de cincuenta plazas de primer orden. El Chacho armó una compañía á sable, con los tomados al enemigo y unos cuatro ó cinco que se juntaron en el pueblo. Los demás no tenian más que garrotes y piedras, armas terribles cuando eran esgrimadas por aquellos mocetones fuertes y llenos de vida.

Chacho les enseñaba ejercicio tarde y mañana, esperando que el día menos pensado se presentaria el enemigo á atacar el pueblo, momento que los de Huaja esperaban ansiosos, pues tenian ciega confianza en sus fuerzas y sobre todo en su capitán.

Tres dias hacia ya que Chacho estaba dedicado á sus preparativos y ejercicios, cuando recibió un chasque de Facundo Quiroga que vivia en Atilé, pueblo inmediato á Huaja y perteneciente al mismo departamento.

Facundo Quiroga, natural de Atilé, era allí entonces un gran caudillo, que tenia completamente dominado su pueblo, pueblo de mayor importancia y más elementos que Huaja.

Quiroga tenia un gran prestigio por su valor personal asombroso y la sagacidad incomparable que lo hacia superior á cuantos se le acercaban. Así como Chacho se habia hecho prestigioso por el cariño que todos le tenian y la generosidad hidalga de su carácter, Quiroga se habia impuesto á los suyos por una crueldad sin limites y una ferocidad salvaje. Por la menor desobediencia á una órden suya, Quiroga azolaba por su propia mano y de una manera bárbara al que la habia cometido, no teniendo inconveniente en darle de puñaladas si se negaba á recibir los azotes. Tres ó cuatro bandidos de que se habia rodeado al principio y que lo habian obedecido ciegamente, lo habian ayudado hasta que Quiroga, por aquellos medios acentuó su dominacion de un modo indiscutible, protegiendo siempre al bárbaro contra el hombre de culto y de posicion. Todos los criminales y vagos se ponian bajo la proteccion de Quiroga, que los amparaba de todos modos, ocultándolos en su casa y no permitiendo á la justicia les tocara un pelo de la ropa. Allí no habia más justicia ni se obedecia más autoridad que la de Quiroga, al estremo de que los que tenian alguna dificultad no ocurrían jamás al alcalde ó al juez para que los arreglara, sinó á Quiroga, cuyo fallo justo ó injusto, era acatado sobre tablas y cumplido sin la menor observacion.

Y era tal el dominio personal que tenia sobre los suyos, que los más bandidos temblaban en su presencia como criaturas y le aguantaban un cachetazo ó un palo, sintiéndose felices con que no pasara de ahí.

Quiroga era un jóven de unas fuerzas de hércules, que habia ejercitado siempre en el manejo de las armas. Nadie montaba á caballo mejor que él, nadie tenia más coraje y nadie era capaz de meterse en las pellejeras que él se metia.

El guapo que habia querido meterse á medir con él sus fuerzas, si habia salvado con vida habia quedado convencido que con Quiroga no era posible luchar.

Una vez se juntaron dos entrañados para pelearlo, porque no era posible que un hombre solo los dominara de aquella manera, y para mejor éxito le salieron de noche y por sorpresa. Quiroga recibió la primer puñalada, pero cayó como una tempestad sobre los que le atacaron.

Muchos que estaban en el secreto de la cosa habian formado un grupo y miraban la desigual lucha sin tomar parte en ella, pues todos deseaban que mataran á Quiroga. Quiroga, que se habia apercebido de esto, se habia enfurecido y con una agilidad de tigre saltaba en toda direccion, evitando los golpes de sus contrarios y tirándoles puñaladas terribles.

Pero sus contrarios eran tan bravos y duchos, que habian tenido el coraje de provocar al gran caudillo, y lo acosaban de todos modos, tratando de ultimarle cuanto antes.

Facundo, comprendiendo tal vez que si se prolongaba la lucha su resultado seria fatal para él, echó mano de sus grandes recursos para hacerla terminar pronto y victoriosamente. Mientras que con su manta riojana envolvía la cabeza de uno, dándole un terrible ponchazo con la mano izquierda, con la derecha hundía el puñal hasta la empuñadura en el pecho del otro. La victoria estaba decidida y solo era cuestion de tiempo. Al ver que su

compañero caía y aun aturdido por el ponchazo, el otro bandido medio se descompaginó, siendo este el momento que aprovechó Quiroga para irsele encima y darle de puñaladas. Aun no habían tenido tiempo los mirones de volver de su asombro, cuando Quiroga se había metido entre ellos, arriador en mano, dándoles una soberbia vuelta de azotes.

—¿Con que habían venido á verme matar?—les decía—y les envolvía el cuerpo en cada azote que les cortaba la carne.

El grupo se disolvió como por encanto, no sin que la mayor parte de los que lo componían llevara la marca del arriador de Facundo.

Disuelto el grupo, Quiroga se volvió al sitio donde habían caído los dos bandidos, á los que examinó prolijamente. El primero, que no había recibido más que una sola puñalada en el pecho, estaba vivo: el otro no respiraba ya.

Con su propia faja y las de los dos bandidos, atadas unas con otras, Quiroga hizo un lazo con el que ató del cogote al moribundo y lo cruzó sobre la rama de un algarrobo ahorcándole y dejándolo allí para escarmiento de los demás. Quiroga se retiró en seguida á su casa, donde fueron en el acto á visitarlo sus amigos.

El suceso había cundido por todo el pueblo, referido por los mismos curiosos á quienes castigó Quiroga, y de todas partes venían á visitarlo, cumplimentándolo por la manera valerosa con que se había conducido y el ejemplar hecho con asesinos y curiosos.

Recien supieron que Quiroga tenía catorce heridas entre puñaladas, puntazos y tajos recibidos en la lucha, y que con aquellas heridas había muerto á los bandidos y había tenido suficiente aliento para azotar despues á los curiosos y ahorcar al moribundo.

Escusado es decir que desde entonces Quiroga se hizo fabulosamente temible, no habiendo quien se atreviera ni siquiera á pensar que sería posible vencerlo. Jugador habilísimo, bebedor en toda regla, y guapo como nadie, él se metía en todas partes, alternando con la gente mas perdida. Nunca usaba más arma que un grueso arriador, y un pequeño puñalito, pues éstas eran mas de las que necesitaba para hacerse respetar.

En las pulperías mas sucias, en las reuniones más escandalosas, allí estaba metido Quiroga jugando y chupando con los mayores perdidos, á los que trataba como á perros, sin que ninguno se atreviera ni siquiera á levantar la voz.

Quiroga se les había impuesto por su valor y crueldad, al extremo que por la menor tontera agarraba á un hombre á cachetadas y lo golpeaba furiosamente de todos modos.

Por la razón ó por la fuerza, como el escudo chileno, él salía vencedor en todas las jugadas, y si acaso había entre los jugadores alguna cuestion, él la resolvía en el acto de la manera que le daba la gana, sin que nadie se atreviera á protestar.

La autoridad no se había atrevido nunca á decirle la menor palabra, las quejas habían llegado hasta el gobierno, que había resuelto contemplar á Quiroga y tenerlo como un gran elemento de sostén desde que era un caudillo á cuya sola palabra se

levantaban dos ó trescientos hombres que lo vedobedecian negamente.

Entre los más bandidos habia elegido veinte ó treinta que formaban su escolta, pues siendo solo un simple comandante de milicias, rango á que lo elevó el gobierno, se manejaba como un general en jefe y andaba siempre con escolta para darse mayor importancia y dominar mejor.

Y Quiroga habia cobrado tal influencia, que se entendia directamente con el gobierno, que le daba armas y facultades para organizar fuerzas de Guardia Nacionales que él manejaba como jefe supremo.

Este era el célebre Facundo Quiroga cuando mandó llamar á su vecino el Chacho, de quien tenia noticias desde que éste empezó á guerrear con las justicias, dejándolo solo para ver lo que aquel era capaz de hacer.

Quiroga, impuesto de lo que pasaba, deseaba ayudar al Chacho porque le habian dicho que era un mozo de grandes prendas, pero ante todo queria estar seguro de que Chacho era hombre de provecho.

Así es que fué recien despues del combate con el Juez que Quiroga caló al hombre y lo mandó llamar para tener con él una entrevista.

El Chacho conocia á Quiroga por sus hechos, como lo conocian ya en toda La Rioja, pero nunca habia cambiado con él una palabra.

—¿Por qué podia mandarlo buscar Quiroga? pensaba Chacho. ¿Lo habrán comisionado á él para prenderme, creyendo que me va á dominar como á los demás? ¿Habrá tomado cartas á favor del Juez de Paz? Mucho lo sentiria, pero lo que es á mí ni Quiroga mismo me prende y andaríamos en guerra los de un pueblo con otro.

Chacho avisó á sus amigos más íntimos lo que pasaba.

—No vayas, le dijeron algunos; Quiroga es un bandido y te puede hacer alguna porqueria; mandale decir que venga él aquí si quiere.

—Es que entónces vá á creer que le tengo miedo ó que lo quiero provocar, y no es que crea ni una ni otra cosa. Voy á ver qué quiere, y entretanto ya saben ustedes dónde estoy, si algo se ofrece, avisenlo á mi tío para que tome sus medidas.

Chacho se puso en la cintura el puñalito que llevaba habitualmente y se fué á ver á Quiroga, dispuesto á todo.

Facundo lo esperaba alegremente, de modo que salió á encontrarlo en el camino, viniendo juntos hasta su casa.

La conferencia fué la más cordial que podia esperarse. Quiroga era el comandante de milicias de aquellos departamentos, y algun respeto tenia que inspirar á Chacho, que no era nada.

—No es por meterme en lo que no me importa, dijo, pero yo quisiera saber lo que ha sucedido con ustedes, para prestarles mi ayuda si fuera necesario. Yo tengo de usted los mejores informes y sé que los otros son una manga de pillos, pero quisiera saber lo que ha pasado para obrar con toda conciencia.

Chacho miró profundamente á Quiroga, como si quisier sondearle hasta el fondo de su alma y convencido de que tal v

fuese hecha de buena fé la pregunta, esplicó á Quiroga todo lo que habia sucedido.

—Si Agenor fuese un pillo, concluyó, yo no me hubiera metido con nadie por defenderlo; pero él es un mozo bueno y honrado, que jamás dió motivo para que la justicia se metiera en sus cosas: el alcalde pretendia que una muchacha que estaba enamorada de Agenor habia de quererlo á la fuerza y éste era todo el motivo que habia tenido para meterlo al cepo como un criminal. Fué por esto que yo le puse en libertad, y por esto que tanto el alcalde como el juez quisieron llevarme por delante, obligándome á darles una buena leccion

—Muy bien hecho, contestó Quiroga; eso es lo que se debe hacer para que á uno lo respeten, sinó lo echan por delante y hacen lo que se les dá la gana. A otra cosa ahora, y es por esto que lo he mandado llamar: el Juez se va á quejar ahora al gobierno y al diablo, pidiendo que lo reduzcan, y con ese objeto han de venir fuerzas á Huaja; ¿qué piensan hacer allí, porque no es á used solo á quien han de perseguir, sinó á sus amigos tambien

—Lo que yo pienso hacer es defenderme y no permitir que se atropellen los derechos del pueblo de que soy hijo y jefe de mis amigos. Pelearemos comó Dios nos ayude y hasta caer el último, pero no nos han de llevar por delante.

—¡Soberbio! veo que no me he equivocado al juzgarlo, y en esa empresa puede contar conmigo, que yo les he de proteger en todo lo que pueda. A mí me conocen ya, saben que con el comandante Quiroga no se juega, y tal vez solo esto basta para contenerlos. ¿Acepta mi ayuda?

—¿Y cómo no la he de aceptar? quedo por ella muy reconocido y le garanto á mí vez que puede contar conmigo en todo cuanto llegue á necesitarle.

El Chacho quedaba así ganado por Quiroga y obligado á su reconocimiento. La ayuda que le ofrecia Quiroga era sumamente importante para el Chacho, no solo por lo que ésta podia valer como apoyo moral, sinó que protegido por Quiroga, y dada la importancia de este caudillo, estaba seguro de no ser perseguido por el Gobierno, que entre el Juez de Paz y el comandante Quiroga no vacilaria.

Chacho se mostró cada vez más agradecido, pues Quiroga habia llegado hasta ofrecerle no solo algunas armas sinó algunos hombres tambien para apoyar á los de Huaja.

—Lo que han de hacer ahora es no aflojarles, dijo, porque para que éstos lo respeten á uno, es preciso ser duro y romperles el alma por la menor cosa. Probablemente ahora el Juez se va á desquitar con los vecinos que no han querido ayudarlo, tratándolos como á hijos malos, para obligarlos á ayudarle en otra tentativa.

—Es que yo no puedo abandonar á mis amigos en la desgracia, y si el Juez hace eso me obligará á agredirlo en sus propios dominios y libertado como hice con Agenor, á cuantos haya prendido.

—Eso me parece lo más acertado, y de esa manera le tendrán más respeto.

El Chacho y Quiroga despues de hacerse mil ofrecimientos de

amistad se separaron, quedando en verse con más frecuencia en adelante por lo que pudiera suceder.

La verdad es que el Chacho se había ganado la simpatía de Quiroga, que no le pareció tan malo como decían ni tan intratable y dominante.

—Ese muchacho vale lo que pesa, pensaba Quiroga viendo alejarse al Chacho: es preciso que yo lo traiga á mi lado y lo haga Capitan de milicias: así detrás de él se vendrían los de Huaja, que son algo soberbios y que parece lo siguen con gusto.

Cuando Chacho llegó á Huaja ya sus amigos lo estaban esperando con impaciencia y consultándose sobre lo que debían hacer.

Quiroga no les merecía la menor confianza, lo creían capaz de todo, y si se había aliado con el Juez de Paz, alguna mala treta les iba á jugar. Y sabía ellos que Quiroga era capaz de todo y no podían estar tranquilos desde que Chacho tardaba.

Así es que cuando lo vieron llegar la alegría fué general y íntima. Todos lo rodearon en el acto, preguntándole lo que habían hablado y lo que debían esperar de Quiroga.

Chacho hizo una especie de consejo y narró á sus amigos con los mayores detalles lo que habían hablado con Quiroga y las ofertas que éste le había hecho, en el sentido de proteger su causa que era la de Huaja.

—Pues si Quiroga nos protege, dijeron todos, se van á divertir nuestros amigos! y á los vivas á Chacho y á Huaja, se unieron los más estruendosos vivas al comandante Quiroga.

Solo con su aprobacion y sus ofertas Quiroga acababa de conquistarse la simpatía de Huaja, cuyos habitantes, como ya hemos visto, habían hecho de aquella riña una cuestion de derechos y de soberanía desconocida.

Con las armas que Quiroga había ofrecido podían armar bien el regimiento, y entonces ser fuertes é invencibles.

Si con simples garrotas habían acogotado al Juez y sus milicos, ¿qué sería cuando tuvieran sables y lanzas?

Entonces serían ellos los que podrían poner la ley á la justicia y obligarla á conducirse como debía.

Una comision nombrada á iniciativa del Chacho fué á dár las gracias á Quiroga por sus ofrecimientos, y á asegurarle que podía contar con ellos, que estarían siempre prontos á su llamado.

Quiroga, que ante todo lo que quería era hacerse de prestigio, entregó á aquella comision ocho sables y tres lanzas para que les llevaran al Chacho, asegurando que era todo cuanto tenía disponible por el momento, pero que si la necesidad urgía, no solo les facilitaría más armas, sino gente de pelea.

—Confíen en mí, les dijo despidiéndolos, y avísenme de cualquier dificultad que puedan tener.

Quiroga fué desde entonces como quien dice un protector honorario de Huaja. Puede decirse que Chacho se había subordinado á él y deseaba complacerlo por todos medios á su alcance. Ya tenía como veinte hombres armados á sable y lanza y con esto se creía capaz de pelear con el mismo diablo.

El pobre cura Peñaloza era quien no se hallaba conforme con todo esto.

—Te estás metiendo en muchas honduras ya, le decía, y esto no puede concluir bien, no tengas duda. Que sacas con tener un re-

gimiento si no tienes elementos para mantenerlo? Creeme, Angel, dejate de esas locuras, que lo que quiere Quiroga es embaucarte para que seas un instrumento y le sirvas á su insaciable ambicion de mando.

—No es tan fiero el leon como lo pintan, tio; Quiroga es un hombre bueno y comedido que me ayuda porque quiere y nada más. ¿De qué podria servirle yo?

—Nada menos que de sosten, puesto que representas á Huaja puede decirse; sobre todo, y ya que te has dejado seducir así, piensa bien lo que haces y no te comprometas.

El pobre cura miraba con dolor el camino que tomaba su sobrino, pues conocia á Quiroga y temia que hiciese del muchacho un gran bandido.

Entre tanto y mientras esto tenia lugar en el pueblo de la mazamorra, el Juez de Paz preparaba su desquite, en la esperanza de tomar al Chacho y sus amigos.

Habia pasado una nota tremenda al gobierno, pidiendo se ordenara al Comandante Quiroga le prestase auxilio, pues era el único que podia sostener su autoridad contra los desmanes del Chacho y la gente que éste habia reclutado y armado por su cuenta. Y para intimidar á los vecinos y obligarles á prestarle ayuda eficaz cuando se la pidiera, habia empezado por meter al cepo á seis de los vecinos que segun él se habian resistido á atacar al Chacho. Ganas de hacer lo mismo con todos no le faltaban, pero es el caso que en el cepo no cabian mas que media docena y no se podia improvisar un cepo nuevo.

Con esto y con la amenaza de ahorcar á los que en adelante se negaran á obedecerle, creyó que en cualquier momento de apuro podia obligar al vecindario á pelear firme.

Este, por el contrario, se habia irritado contra aquellas medidas despóticas, resolviendo dar cuenta al Chacho de lo que sucedia y pedirle viniera á librarlo de semejante bandido.

Con el mayor sigilo para evitar que fuera á tomarlos, salió una comision de dos vecinos á verse con el Chacho para imponerle de lo que sucedia y pedir viniera á protegerlos, en la seguridad que habia muy pocos milicos capaces de pelear, y que los vecinos no se habian de meter en nada.

En cuanto el Chacho supo lo que pasaba con el Juez de Paz y los vecinos que se habian negado á pelear contra él, adoptó la resolucion de ir á libertarlos.

Tenia la espalda guardada por Quiroga y en estas condiciones bien podia animarse á todo.

Consultó con sus amigos y todos fueron de su misma opinion. Aquella gente se habia comprometido por ellos, por ellos estaba sufriendo y era preciso entónces irlos á ayudar á toda costa.

Como habia seguridad de que los vecinos no obedecerian al Juez de Paz, Chacho tomó veinte hombres de sable, que era lo suficiente para su empresa, y con aquel famoso escuadron y á pesar de todos los ruegos del cura, marchó sobre el juzgado en son de guerra.

El Juez de Paz, que no se figuró nunca que Chacho se atreviera á traerle un ataque en su mismo juzgado, estrañó ver llegar aquel

grupo, pensando mas bien que el Chacho, convencido de la barbaridad que habia hecho, iria á pedirle disculpa.

Así es que mandó echar pié á tierra en el juzgado dejando su gente á caballo, y le preguntó severamente qué era lo que allí queria.

Allí á campo, y á algunas varas del juzgado estaba el cepo con los seis presos que miraban al Chacho como su salvador.

Sabiendo á lo que el Chacho iba, los vecinos en numerosos grupos habian acudido al juzgado á refocilarse en la vergüenza y el ridiculo en que iba á caer aquel Juez arbitrario y grosero.

El Juez atribuia la venida del Chacho al motivo que ya hemos indicado, aunque no podia explicarse cómo se presentaba allí con veinte hombres armados. De todos modos, estaba rodeado de vecinos y tenia así á mano con qué repeler cualquier agresion ó insolencia.

Para mayor seguridad mandó un milico con un oficio para Quiroga, en el que le pedia su auxilio con fuerza armada para acudir y estar prevenido á cualquier caso imprevisto. Así es que con tono autoritario y bastante insolencia, intimó al Chacho le dijera qué queria y explicara por qué iba allí con gente armada.

—Es muy sencillo lo que vengo á pedirle, dijo Peñaloza sonriendo y con la mayor naturalidad: quiero que usted me ponga en libertad inmediatamente á esos amigos que tiene presos sin motivo alguno. Usted anda embromando mucho y es bueno que sepa que ciertas cosas no se pueden hacer impunemente.

El Juez sintió que toda la sangre se le subia á la cabeza, pero trató de contenerse, haciendo tiempo para que llegara el auxilio pedido á Quiroga. En el juzgado no tenia fuerza para contrarrestar las que traia el Chacho y no era prudente irritarlo. Con la ayuda de Quiroga ya era distinto, entónces podia dejar presos al Chacho y comparra, despues de darle la merecida paliza. Así es que fingiendo un buen humor que estaba muy lejos de tener sonrió y contestó al Chacho.

—¡Vaya que ha amanecido de buen humor el amigo Chacho! como si él fuera el Juez y como si uno no tuviera mas remedio que obedecerlo en lo que gustara mandar.

—De bueno ó de mala humor usted me pone en libertad á sus vecinos, que injustamente tiene en el cepo, ó los pongo en libertad yo mismo, lo que seria peor para usted.

—Hombre, no sea loco y vaya á dormir la tranca, que yo no estoy para perder el tiempo de esta manera, á no ser que quiera quedarse usted á hacerles compañía.

Aunque el Juez hacia todo lo posible por dar á su palabra un tono de tranquilidad, no podia disimular el temblor de su voz y la palidez de su semblante, que acusaban claramente la excitacion poderosa de que era presa interiormente.

Los del Chacho estaban impacientes porque su jefe arremetiera cuanto antes contra todos ellos, pero no decian la menor palabra, para no precipitarlo en su idea.

Los vecinos aglomerados allí en gran número, sonreian ante el apuro del Juez y se felicitaban íntimamente de la humillacion de que era objeto.

Así á la expectativa no era posible estar mucho tiempo.

Chacho comprendió que el Juez queria ganar tiempo porque es-

peraba algo, y por eso entretenía con palabras de fingida tranquilidad y resolvió terminar de una vez.

—Bueno amigo, dijo con acento duro y terminante, yo necesito una contestacion pronta porque no es posible estar aquí todo el día: ¿va usted á soltar ahora mismo esos hombres, sí ó nó?

El Juez tembló de coraje, miró á los pocos milicos que tenía á su lado, angustiosamente, y echó una proclama á los numerosos vecinos que allí se habian juntado.

—Los vecindarios tienen obligacion de sostener sus autoridades: yo espéro que ustedes no vacilarán en prestarme su ayuda contra estos insolentes.

Los vecinos no respondieron una sola palabra, y miraron para otro lado, esquivando toda contestacion. El Juez estaba solo con sus milicos, no podia equivocarse, pues la muda actitud de los vecinos era demasiado elocuente para no comprenderla. La contestacion de Quiroga no llegaba, tardanza que bien podia significar que aquel se preparaba para venir en su socorro. Si el Juez podia entretener siquiera media hora al Chacho, la cuestion estaba ganada, pero el caso era que el Chacho no esperaria y llevaria su pretension á las vias de hecho.

Así sucedió en efecto: el Chacho avanzó sobre el Juez y le intimó cumpliera en el acto su pedido, ó lo cumplía él mismo.

—Cuando yo los tengo presos es porque lo merecerán y así deberá ser: yo soy aquí la autoridad suprema y prevengo que el menor avance á ella puede muy bien costarles la cabeza.

—Mi cabeza no es la de ningun criminal ni la de un bandido para encontrarse en ese caso; así como usted ha hecho lo que le parece, yo hago lo que me dá la gana, porque soy el más fuerte y aquí la justicia es la fuerza. Esos hombres están presos porque se han negado á apoyar sus iniquidades contra Huaja y yo tengo la obligacion de protegerlos contra semejante insolencia. Vamos pronto, mande que esos hombres sean puestos en libertad.

El Juez de Paz, no pudiendo hacer otra cosa, soltó una cargada nerviosa, que no fué más que un ruido seco y sin expresion.

El Chacho avanzó entónces hasta el cepo, rápidamente y empezó á abrirlo.

—¡A ver dos! gritó el Juez á sus milicos, ¡prendan á ese insolente!

Chacho hizo señas á los suyos que no se movieran y siguió tranquilamente abriendo el cepo.

Los dos milicos, resueltos á obedecer las órdenes del Juez llegaron adonde estaba Chacho, y le echaron mano para prenderlo, pero el primero que llegó adonde estaba, recibió un sopapo tan violento que cayó al suelo dando vueltas como una barrica de azúcar.

El otro soldado se detuvo, sacó su sable y se fué sobre el Chacho en actitud de herir. Pero el golpe de la macana de algarrobo no tardó en caer sobre su cabeza, postrándolo de firme.

No habia más que esperar para empezar el desigual combate, y juez y milicos llegaron al cepo, queriendo impedir á Chacho que lo abriera.

—¡Firme con ellos mientras yo abro! gritó el Chacho á los suyos, ¡firme con ellos y hagan lo posible por no lastimarlos! Otro

va á ser el desquite que yo pienso tomar y que será mejor que la mejor paliza!

Los de Huaja rodearon á juez y milicos y el combate empezó como siempre, sin que ninguno aflojara. Pero aquellos pocos milicos ni siquiera podían defenderse de aquella rociada.

—¡Favor á la justicia! ¡favor á la justicia! gritaba el Juez á los vecinos. En nombre del gobierno, vecinos! favor al Juez de Paz!

Pero los vecinos tenían á bien no moverse y reír como uno descosidos ante la fabulosa angustia de la autoridad.

Mientras los suyos acorralaban á Juez y milicos, el Chacho había abierto el cepo y puesto en libertad á los en él aprisionados. Estos salieron retozando y dando vivas al Chacho y á Huaja, lo que aumentó la confusion del combate.

El Juez de Paz se defendía con toda la energia de su carácter, auxiliado por dos milicos que, aunque contusos, permanecían fieles. Pero los de Huaja eran muchos y acometían con un brio inaguantable.

El Chacho se aproximó al Juez de Paz y evitando el sablazo con que lo recibió, lo tomó del cogote, lo volteó al suelo y lo amarró con su faja.

Los milicos fueron en su proteccion, amenazando matar al Chacho, ocupado en amarrar al Juez, pero los de Huaja se fueron detrás de éstos y en un segundo los acogotaron y los ataron.

Amarrado el Juez de Paz ya no había que hacer, pues todo quedaba concluido. Los libertados andaban de un lado al otro, más alegres que gatos chicos, mientras que el Juez de Paz, dominado por la ira y desesperacion más estupenda, echaba espuma por la boca, y fuego por los ojos, lo que provocaba la risa de toda la gente allí amontonada. Era tal la furia, que no estaba de hablar y maldecir un momento, pero nadie podía entenderle la menor palabra.

El Chacho y los suyos se retiraron de donde estaba el cepo, para que todos gozaran del espectáculo y se sentó un momento á descansar. En seguida dispuso que todos fueran puestos en el cepo y que los que no cupieran con él fueron atados de á zarta y amarrados en la argolla que había al extremo del cepo.

La caída del Juez no podía ser mejor, puesto que era condenado á ocupar el mismo lugar de los presos que él había querido castigar. Estaba el Chacho metiendo al Juez en el cepo cuando apareció el chasque mandado por Quiroga.

—¡Ahora verán lo que les pasa, hijos de mala madre! gritó: veremos quién los salva de la tormenta que se les viene encima! Y queriendo intimar á los amotinados, preguntó al chasque en alta voz: ¿Qué te ha contestado el comandante Quiroga? ¿viene ya en mi proteccion?

Aturdido el chasque con lo que veía, no atinó á contestar una palabra al Juez de Paz; miraba el cepo como cosa que jamás había imaginado.

—¡Contesta, animal! volvió á gritarle el Juez; ¿qué te ha dicho el comandante Quiroga?

El milico obedeció á su modo y como no se atrevía á acercarse donde el Juez estaba por temor á lo que pudieran hacerle, se puso las manos en la boca en forma de vocina y con todas las fuerzas de su pulmones dió el siguiente grito ;

—¡Me ha dicho el comandante Quiroga que le diga que quién lo mete á zonzo, que él no está para defender pillerías de nadie y que si usted se ha metido en alguna iniquidad, que se las campañee solo y no cuente con él para nada!

Aquello fué como un balde de nieve echado sobre el Juez: se puso livido y se agitó en un movimiento como una convulsion. La contestacion de Quiroga equivalia á sancionar lo que habia hecho el Chacho, condenando y desconociendo su autoridad en el departamento de la Costa Alta.

Tan pronto como escucharon la contestacion de Quiroga, un inmenso clamoreo se levantó por todas partes y los vivos al comandante Quiroga atronaron los aires, mezclados al más furioso palmeteo de ruidos de toda especie

Huaja quedaba salvada y reconocida su actitud por el mismo gobierno, pues si Quiroga la aprobaba, el éxito tenia que ser completo y quedar condenado el proceder del Juez de Paz.

Fué tal la impresion que causó en éste la respuesta de Quiroga que no volvió á escuchársele una sola palabra. Parecia que hubiera enmudecido.

El Chacho tomó de las orejas al chasque y le quitó sus armas, como al sesto de los milicos, retirándose con sus tropas á Huaja despues de echar el siguiente discurso:

—Aquí en el cepo quedan éstos, porque si, y porque me dá la gana, en castigo de las iniquidades que han hecho. Yo no vuelvo hasta mañana, pero en mi representacion y como custodia quedan dos amigos: ¿está contento el vecindario?

Un inmenso y prolongado ¡sí! salió de todas las bocas, seguido de vivos entusiastas al Chacho, á Huaja y al comandante Quiroga.

Chacho dejó al Juez en el cepo con dos centinelas de vista y regresó á Huaja, donde lo esperaba la poblacion y el resto de su regimiento, ávidos de conocer el desenlace de la empresa que habia acometido.

Todo fué fiesta en Huaja; por la noche hubieron serenatas famosísimas, y se festejó el acontecimiento como una fiesta pátria.

El Capitan Peñaloza

Al dia siguiente el Chacho mandó poner el libertad al Juez de Paz y á los milicos haciéndole decir que si volvía á meterse en lo que no le importaba, lo tendria una semana en el cepo.

Chacho era visitado y festejado hasta por personas que se costeaban de grandes distancias á felicitarlo por lo que habia hecho. Su prestigio habia crecido de una manera asombrosa, al extremo de que lo miraban como autoridad suprema, obedeciendo como una orden su observacion más insignificante. Y los de Huaja, orgullosos de su capitan, seguian en sus aprestos bélicos, decididos á sostenerlo aun contra el gobierno mismo, si el gobierno tomaba parte sosteniendo al Juez de Paz. Para ellos habian llegado al colmo del poder desde que Quiroga les prestaba su apoyo.

El Juez de Paz, en cuanto se vió en libertad montó su mejor mula y se vino á La Rioja, á poner personalmente la queja de lo que pasaba y acusar al Comandante Quiroga por no haberle prestado el apoyo solicitado.

La Costa Alta quedó sin autoridad, y nunca sus habitantes fueron más felices que desde entónces. Chacho pasó á visitar á Quiroga para agradecerle la actitud que habia tomado en la emergencia, y asegurarle que podia contar con él y todo Huaja en cualquier ocasion y para cualquier cosa. Quiroga recibió al Chacho afablemente, cumplimentándolo por lo que habia hecho.

—Ha tenido mucha razon en proceder así, le decia, y ya verá cómo con esto no vuelven á meterse con ustedes y los dejan tranquilos. El Juez de Paz se ha ido á La Rioja á quejarse contra mí sin duda, pero no le van á tomar atadero y el gobierno me vá á pedir informes antes de tomar medida alguna. Sus condiciones militares me gustan, Chacho; nosotros podemos hacer mucho y en la primera ocasion yo lo voy á hacer nombrar capitán de milicias, que es lo que le conviene. Usted es hombre de provecho y no se debe limitar á estar oyendo los consejos del Cura y comiendo mazamorra; véngase á mi lado y entre de lleno en la milicia, que así hará carrera provechosa y podrá figurar.

Chacho estaba encantado con Quiroga y la manera con que éste lo trataba; no comprendia cómo podian decir que Quiroga era un mal hombre. Inocente y puro, incapaz de cometer una accion mala ni de fingir afectos que no sentia, creia que Quiroga era lo mismo y que cuanto le decia debia ser exactamente lo que sentia.

Y Quiroga no tenia por el Chacho el menor afecto, porque era incapaz de tenerlo para nadie, pero le convenia traerlo á su lado por la influencia que representaba, y trataba de engañarlo. En el poco tiempo que lo habia tratado, habia comprendido que Chacho era indomable por el rigor; era sumamente accesible á los buenos modos y sumamente agradecido á los servicios que le prestaran, y era este el único móvil que impulsara á conducirse como se habia conducido.

—De este modo lo ligo á mí por el agradecimiento, evito que á mi lado se levante una influencia que puede hacerme sombra, y el Chacho me es útil, provechosamente útil en mis aspiraciones.

Porque Quiroga tenia una desmedida ambicion de mando y esperaba no solo á mandar en la Provincia de La Rioja, sino en todas las del Norte. Estudiando bien á Chacho habia visto que era un hombre leal, incapaz de una accion mala, y por eso desde el principio trató de dominarlo por el agradecimiento, para disponer de su influencia disponiendo de él mismo. Ya Quiroga tenia noticias de las manifestaciones de simpatia que se le habian hecho en Huaja, al celebrar el triunfo del Chacho, y queria hacer todo lo que en su mano estuviera por aumentar esa simpatia. Así es que cuando Chacho se preparó á retirarse, repitió sus ofrecimientos en término extremadamente bondadosos.

—Ustedes pueden contar conmigo para todo y sin ninguna

reserva, le dijo, ya con el apoyo de mi persona como con el de toda la gente de que yo disponga. En cualquier apuro no tiene más que venirse aquí, que lo hemos de ayudar en toda regla.

Chacho estaba encantado, no sabía cómo agradecer á Quiroga sus ofrecimientos, así como hacerle presente su alegría.

—Yo nada valgo á su lado, le decía, pero si puedo serle útil en algo, aquí me tiene á sus órdenes; mande no más que será obedecido. Cuando yo me ofrezco lo hago de todo corazón y hasta la muerte; cuente conmigo entonces como con su más humilde servidor y sin la menor reserva.

Y ambos se estrecharon la mano como en corroboración de las palabras que acababan de decirse. Y Chacho regresó á Huaja entusiasmado, no haciendo otra cosa que ponderar á Quiroga, y proclamar por todas partes que era el mejor de los hombres que había tratado en su vida.

—No te fies, Angel, le decía su tío el Cura, que conocía á Quiroga en toda su deformidad moral; no te fies de ese hombre, porque cuando menos lo pienses te saldrá el tigre donde creas hallar el hombre. Quiroga es un ser perverso que solo puede dominar por el terror que inspira: no te dejes halagar por sus ofrecimientos y huye de él como de una mala tentación.

Pero Chacho estaba completamente ganado por Quiroga y creía que su tío decía un disparate al clasificar á Quiroga de aquel modo.

—Es un leal amigo, decía, y la prueba de ello es lo que ha hecho conmigo. El podía haberme echado al diablo y ayudar al Juez de Paz en mi contra; y sin embargo ya ve que ha llegado hasta darme armas y negarse á prestar el menor auxilio al Juez de Paz.

—Es que le conviene estar bien contigo por la influencia de que dispones y porque ha visto que eres un hombre de corazón; de otro modo no creas que te hubiera prestado el menor apoyo.

—Esos son modos de pensar y nada más; el Comandante Quiroga me ha ayudado, me ha servido como nadie me hubiera servido y yo le estoy profundamente grato, como debe estarle Huaja. Por mi parte, si alguna vez puedo retribuirle los servicios prestados, me consideraré feliz.

Así Quiroga no se había equivocado, y tenía en el Chacho un amigo leal y un aliado de quien podía disponer de todas maneras. Y al darle importancia y poder á aquella naciente influencia, comprendía que hacía crecer el suyo propio.

Huaja estuvo de fiesta una semana entera, festejando sus triunfos con bailes y grandes serenatas. Y era curioso ver á aquella gente bailar su zamba ó chacarera, al compás de un bombo, único instrumento musical que allí se conocía.

Era tal el prestigio que había criado el Chacho, que de todas partes le llovían quejas contra tal ó cual autoridad que había cometido una injusticia. Chacho mandaba un recado al alcalde que la había cometido, quien en el acto modificaba su sentencia en beneficio del que se había quejado, porque ningún alcalde se atrevía á contrariar á una persona que, como el Chacho, ponía en el cepo á al mismo Juez de Paz.

Así los paisanos tenían adoración por aquel hombre que se

habia convertido en el amparo del desvalido contra los avances de la justicia, cuya palabra habia sido siempre para ellos sinónimo de un atropello ó un ladrocinio. Y como Chacho era incajizable de una mala accion y hasta de hacer valer un servicio, aquel cariño aumentaba grandemente hasta convertirse en idolatría.

El Gobierno habia escuchado la queja que llevaba el Juez de Paz de Costa Alta, queja aumentada de un modo fabuloso en la narracion de los hechos. Y no pudiendo creer lo que se le decia, mandó pedir informes á Quiroga, cuya palabra merecia la mayor fé. Quiroga pasó un informe formidable, con su lenguaje rudo y franco.

— Este Juez de Paz, como la mayor parte de ellos, decia, es un pillo autor de las mayores injusticias y atropellos. La poblacion de Huaja, obligada á defenderse contra sus iniquidades, le ha dado una leccion severa, y esto es toda. El Gobierno puede estar seguro de que el órden no ha sido alterado, cosa que yo no hubiera permitido, y que todo ha sido una cuestion personal entre el tal pillastre y Peñaloza, que es una persona de la mejor conducta á quien recomiendo al Gobierno.

Aquel informe tenia que ser apasionado según lo que de él mismo se desprendia, pero el Gobierno estaba interesado en complacer á Quiroga, por la influencia que representaba, aunque hubiera tenido que sacrificar á todos los Jueces de Paz.

Un alcalde y un juez era cosa fácil de reemplazar, pero el Comandante Quiroga no solo era irremplazable sino que no convenia en manera alguna digustarlo.

Entónces un gobierno de provincia disponia de pocos elementos de accion, y quien como Quiroga manejaba doscientos hombres, era digno de toda contemplacion, pues el gobierno no podia desprenderse de elementos tan valiosos. Así es que cuando recibió el informe de Quiroga, no solo separó de sus empleos á juez y alcalde, sino que escribió á aquel le indicara las personas que debia nombrar en su reemplazo.

Con esta resolucion quedaba plenamente justificada la conducta del Chacho, y condenadas de hecho todas las justicias que procedieran de idéntica manera.

Como era natural, esta medida del Gobierno, hizo duplicar la influencia del Chacho, con grande asombro del Cura Peñaloza que veia á su sobrino convertido de la noche á la mañana en un personaje de influencia con Quiroga y con el Gobierno mismo.

Para la Costa Alta se nombró como Juez de Paz la persona que Quiroga quiso indicar y para Alcalde de Huaja á un amigo de Chacho que éste indicó á pedido Quiroga.

Con este golpe Quiroga extendió su influencia poderosa por todos los llanos, á fuerza de rigor y con el prestigio de su valor personal, mientras Chacho aumentaba su influencia por el cariño y la estimacion de cuantos lo trataban. Con el apoyo de Quiroga, que queria á todo trance tenerlo á su lado, Chacho habia organizado y armado un regimiento de más de cien hombres, que servian con amor y anhelo. Y así como Quiroga mantenia la disciplina mas completa á fuerza de rigor y de castigos, Chacho la mantenia por el cariño y el compañerismo.

La política de Rosas empezaba á agitar la República con el sistema sangriento y los Gobiernos de las Provincias que seguían la influencia de Lopez en Santa Fé, empezaban á organizar Guardias Nacionales, siendo Quiroga el nombrado para organizar la de La Rioja.

Como era natural, Quiroga trajo á Chacho á su lado, nombrándolo capitán de las milicias de la Costa Alta, nombramiento que fué plenamente aprobado por el Gobierno. Y mientras Quiroga se alejaba ya á conferenciar con el Gobierno, ya á vigilar las demás milicias de La Rioja, quedaba Chacho encargado de las milicias de la Costa Alta que lo miraban como al segundo de Quiroga.

Chacho era un buen compañero de sus tropas, pareciendo mucho mas bondadoso de lo que realmente era, por el contraste que ofrecia con el feroz Quiroga. Mientras éste castigaba con un exagerado rigor la menor falta, aquel reprendia moderadamente á los soldados, aconsejándoles cómo debian portarse para ganar el aprecio de su jefe superior. Así es que los soldados habituados al rigor de Quiroga, miraban á Chacho como á la suprema bondad, deseando que las ausencias de Quiroga se prolongaran lo mas posible. Es que á Quiroga le temian al extremo de no atreverse á levantar los ojos en su presencia, mientras que delante de Chacho estaban como delante del mejor amigo, pues éste llevaba su bondad al extremo de no dar cuenta de aquellas faltas que podian excitar la crueldad de Quiroga.

Entre los soldados de Atile, habia bandidos como hombres buenos.

Dos ó tres de aquellos que Quiroga tenia como á sus perros más bravos, engañados por la bondad del Chacho, quisieron ver la diferencia que habia entre éste y Quiroga y empezaron á buscarles las pulgas como ellos decian.

—A nosotros puede gobernarnos Quiroga, pero todos no son Quiroga y si éste quiere mandarnos es preciso que sea nuestro.

En vano los de Huaja les decian qué clase de hombre era Chacho, pero como éste les dispensaba sus faltas intencionales, creian que esto era porque les tenia miedo, y querian destaparlo.

Poco tiempo les duró su curiosidad. El Chacho, bondadoso por naturaleza, les dispensaba sus faltas y ni siquiera los reprendia ó retaba, se limitaba á aconsejarles que cambiaran de conducta, porque si Quiroga sabia lo que hacian, los iba á castigar severamente.

Los dos bandidos, que no eran otra cosa, se reian de los retos del Chacho, y como éste no insistia, creian á puño cerrado que les tenia miedo y que por esto no los castigaba. Y cometian las faltas unas tras otras, sin lograr irritarlo, porque Chacho no solo tenia paciencia á toda prueba sino una gran lástima á los que él llamaba mas infelices, por la dureza con que los trataba Quiroga.

—Chacho es muy bueno, les decian los de Huaje, pero no es bueno tantearle mucho el bulto, porque si se enoja les va á dar un buen dolor de cabeza.

Convencidos de que Chacho no valia nada se echaron una tarde unas copas de vino al estómago y se presentaron á Chacho, decididos á demostrarle que no valia un ochavo.

Chacho los retó con dureza y los trató de sinvergüenzas, diciéndoles que aquel no era modo de presentarse á su presencia, porque si lo sabia el comandante, los habia colgar de un algarrobo.

—El Comandante podrá hacer lo que le dé la gana, pero Vd. no tiene l^{eya} para hacer lo mismo: Vd. es una criatura y muy poca cosa, y no es con nosotros con quien se va á estrenar.

—Yo no pretendo estrenarme con nadie, contestó bondadosamente el Chacho, yo les doy ese consejo por bien de ustedes, y nada más: ahora si no quieren hacer caso, peor para ustedes.

—¿Y quién le va á hacer caso á Vd. si es zonzo, y á mas de zonzo inservible? No se gobierna á los hombres como nosotros sin tener el alma bien puesta, y Vd. es un cualquier cosa.

Chacho no comprendió que aquello era estudiado de antemano, creyendo que los dos milicos estaban borrachos y no sabian lo que decian, y se encogió de hombros mandándolos á dormir la tranca.

—Mas tranca será la suya, contestaron, y riéndose del Chacho empezaron á insultarlo de una manera inaguantable.

Los de Huaja estaban asombrados de que Chacho tolerara tanto, mientras los soldados de Quiroga empezaban á reir tambien, sospechando que el capitán no era tan famoso como lo querian pintar.

—Yo puedo dispensar las faltas que se cometan, dijo el Chacho severamente, pero no puedo dispensar que se me falte al respeto porque no puede ser.

—Es que le hemos de faltar no mas, porque Vd. es una maula y tendrá que aguantarnos no mas por la cuenta que le tiene.

El Chacho, que jamás se ponía espada sino cuando estaba en pelea, y asimismo no la sacaba nunca, manoteó su macana y ordenó á los soldados salieran de su presencia en el acto.

Estos soltaron una carajada pifándose del Chacho, y declarándole que no le obedecian y que mientras el Comandante no viniese, no reconocian ningun superior.

—Desgraciadamente es preciso que me reconozcan como su único jefe cuando no está el Comandante, y el que no quiera obedecer tendrá que hacerlo á la fuerza.

Los dos soldados siguieron riéndose del Chacho, y diciéndole mil insolencias, hasta que éste se les fué encima enarbolando su macana. Los dos soldados sacaron sus cuchillos y avanzaron sobre el Chacho.

Chacho ni siquiera se preocupó en tomar la menor precaucion de defensa, atropelló á los milicos y empezó á sacudirles tal lluvia de macanazos que les eran pocas las manos para proteger la cabeza. A los dos ó tres minutos estaban en el suelo desarmados y sin alientos ni para pedir gracia.

—Hasta que uno no les pega de firme, no están contentos estos tontos con quienes ni siquiera se puede ser bueno, porque creen que se les tiene miedo.

Y sin preocuparse de averiguar qué les habia hecho ó la clase de heridas que tenian, se retiró mandándolos llevar de allí.

Aquello fué como con la mano: todos valoraron entonces lo que era el Chacho y la bondad extrema de su carácter, conde-

nando el proceder de los castigados en cuya cabezas y lomos la macana del Chacho habia dejado recuerdos que durarian mucho.

Con este solo hecho el Chacho se impuso á sus tropas, ó mejor dicho á las tropas de Quiroga, porque las suyas, que lo conocian ya, lo amaban con verdadera idolatria.

Quiroga habia habituado á sus tropas á ciertas costumbres vandálicas que no estaban en armonia con el carácter del Chacho. Quiroga no los castigaba nunca por riñas, robos ó borracheras, mientras lo que mas irritaba al Chacho era un robo ó una riña á mano armada.

—El que roba es un infame, les decia, que merece le rompan el alma, y el que se pelea con un compañero no es digno de mi aprecio.

Y cuando Quiroga andaba ausente, no habia ejemplo de una riña ó robo, porque Chacho era capaz de una atrocidad.

—Déjelos, le decia Quiroga: es natural que los muchachos se entretengan en algo.

—Menos en hacer daño, contestaba Chacho, porque los soldados deben hacerse querer y tener abiertas todas las puertas para un caso de necesidad. De esa manera todos los ayudarán, mientras del otro modo tendrán en los mismos habitantes del pueblo su peor enemigo.

Quiroga comprendia que Chacho tenia razon, pero no hacia nada por ayudarlo en ese sentido. Para él, la manera de hacerse querer por la tropa era consentirle todas sus vicios—sabia que esto le enajenaba la simpatia de las poblaciones, pero en cambio por el terror él obtendria siempre lo que necesitaba y venia á ser lo mismo. Dominar por el cariño ó el miedo, todo era igual y era el segundo modo que estaba mas en armonia con las inclinaciones de su espíritu.

Así se veia que, mientras los soldados de Quiroga estando éste presente eran temidos y odiados por todos, los del Chacho eran recibidos con agrado en todas partes y auxiliados con cuanto podian necesitar.

Pero Quiroga dominaba, que era su objeto y poco le importaba de los demás. No contradecia tampoco el proceder del Chacho, porque aunque creia que el mejor modo de dominar á los demás era el rigor, el Chacho que era un elemento suyo lo hacia por el cariño y era él de todos modos el que recogia los resultados benéficos.

Quiroga era vicioso por naturaleza: él jugaba con sus soldados y se embriagaba con ellos, vicios que no habian podido hacer tomar al Chacho, porque no estaban en sus condiciones ni modo de ser. Y así como capaz de jugar en una carrera cuanto tenia, era incapaz de jugar un centavo en las cartas ó en otro juego cualquiera. No desdeñaba jugar con los soldados á quienes miraba y trataba como amigos y compañeros, pero lo hacia sin interés de dinero. De dia, cuando no habia nada que hacer y de noche, se reunia en rueda con sus milicos y conversaba alegremente y jugaba á las cartas, pero sin dinero.

En cambio, en la rueda de Quiroga se descamisaban de firme, siendo siempre Quiroga el que ganaba, porque era preciso tenerlo de buen humor y que se retirara contento. Como los malos humores de Quiroga se traducian siempre en garrotazos y mu-

chas veces en lanzadas, todo el afán de los soldados era tenerlo contento y no dar lugar á que le aplicaran sus bárbaros castigos.

El cura Peñalosa, convencido al fin de que el Chacho había tomado su camino en la vida, dejó de fastidiarlo con sus consejos y prácticas, renunciando hacer de su sobrino un buen cristiano y mejor cura.

—Siento mucho que se haya dedicado á las armas, decía, pero si esa es su vocacion ¡qué le hemos de hacer!

Rosas empezó á extender, su poder y sus agentes, Lopez en Santa Fé y Aldao en Mendoza, empezaron á echar mano de todos los elementos de accion.

Quiroga era una potencia en La Rioja y á él se le encargó la organizacion militar rosista de aquella provincia, reconociéndole como coronel.

El Gobierno de Catamarca fué el primero que intentó resistir las barbaridades de Quiroga, negándose á sus pretensiones. Quiroga tuvo con él un fuerte altercado diciéndole que era preciso entendiera que allí no habia mas poder que el suyo. Pero el Gobierno se negó á poner las milicias de la Provincia bajo sus órdenes, que era lo que Quiroga queria, y á darle las armas de que disponia.

Quiroga lo insultó y el Gobernador de Catamarca lo hizo retirar bajo la amenaza de hacerlo fusilar.

Quiroga volvió á La Rioja, previno al Gobernador de que avisara á Buenos Aires que la situacion de Catamarca respondia á los Unitarios y preparó sus elementos para cambiarla, sin esperar autorizacion alguna.

El Gobernador de Catamarca, sabedor de lo que sucedia, preparó sus elementos para resistir á Quiroga que habia invadido ya la Provincia, dejando en los pueblos por donde pasaba autoridades riojanas y arriando no solo con la guardia nacional, sino con todo hombre susceptible de manejar una lanza.

Cuando Quiroga llegó á Catamarca, llevaba como mil hombres de caballeria. Hizo alto en los alrededores del pueblo y mandó intimar al Gobernador, con un ayudante, que se entregara y renunciara al mando de la Provincia, ó entraria á la ciudad á sable y lanza.

El Gobernador de Catamarca, hombre enérgico y enemigo realmente de la politica de Rosas, puso preso al ayudante de Quiroga y salió al encuentro de éste, con unos mil quinientos hombres de infanteria y de caballeria.

Quiroga, cuyas fuerzas eran solo de esta arma, las dividió en dos grupos, dejando uno de reserva á sus órdenes inmediatas y dando el mando del otro al Chacho para que llevara el ataque.

Apenas tuvo tiempo de formar el ejército de Catamarca que venia mandado por el mismo Gobernador, cuando cayó el Chacho sobre él como una tormenta, á sable y lanza. La infanteria rompió sus fuegos sobre aquella masa de caballeria, pero ésta no se detuvo á pesar de los claros abiertos en sus filas. Con el Chacho á la cabeza cargaron con increíble impetuosidad, arrollándola y echándola por delante á sable y lanza.

Quiroga que vió esto no esperó más, y con su reserva cayó sobre la caballeria catamarqueña, trabándose entre ambas un

combate sangriento y encarnizado. Por todas partes se veía á Quiroga hiriendo y matando sin piedad, y con un valor imponente acudía allí donde el combate era mas recio, sin que su brazo reposara un momento.

Pronto la caballería tomó el camino de la infantería y Quiroga empezó la persecución mas sangrienta de que allí hubiera memoria.

Los soldados no daban cuartel, como no lo daba él mismo, y el que quedaba ó era alcanzado era lanceado sin ninguna especie de consideración.

¡Grande era el contraste que ofrecían aquellas dos divisiones!

Mientras el Chacho contenía á los suyos á los gritos de ¡No maten! y arrancaba de manos de sus soldados á las víctimas que querían sacrificar, Quiroga incitaba á los suyos á la matanza, y mataba él mismo á los que quedaban al alcance de su brazo.

Chacho mandó hacer alto como único medio de evitar la matanza y empezó él mismo á dirigir la tomada de prisioneros y salvamento de heridos.

Quiroga, por el contrario, excitaba á su gente para que siguiera lanceando sin tregua. Y los bandidos de Quiroga, en su elemento, seguían la persecución con un encono tremendo.

Chacho y Quiroga entraron á Catamarca por dos puntos diferentes, matando el uno y protejiendo el otro á los que iban tomando sus tropas.

Una vez dentro de la ciudad, Chacho mandó pedir órdenes á Quiroga y éste le hizo decir que campara en la Policía y Casa de Gobierno, ocupando los dos puntos. Allí empezó Quiroga á mandar darle personas, sin distinción de posición social ó política para que los hiciera lancear.

Y Chacho, comprendiendo que en la confusión no se acordaría de ellos al día siguiente, daba escape á unos y ocultaba á los otros de manera que pudieran salvarse de aquella matanza bárbara.

Quiroga había desparramado su gente por la ciudad, empezando á saquear las casas de negocio y donde vivían las personas de fortuna. Quiroga personalmente andaba entre los grupos mandando él mismo y enardeciendo la ferocidad de su tropa infame.

Catamarca estaba dominada por completo y en poder de Quiroga que nada quiso respetar. El Gobernador tuvo que entregarse, mandándolo Quiroga á Santa Fé, con una escolta, para que el general Lopez dispusiera lo que tuviera por conveniente. Y ocupó Catamarca mientras le indicaban lo que debía hacer respecto á la elección del nuevo Gobernador.

La ocupación por Quiroga fué fatal á Catamarca, porque empezó á sacar contribuciones de todo género y á echar á sus filas á los amigos del gobernador derrocado ó á los que él quería declarar como tales. Y mientras él quedaba en la capital, mandó á Chacho que recorriese los diversos departamentos, restableciendo el orden donde se hubiera alterado y haciendo las mismas herejías, como sacar contribuciones de dinero y lancear á los que no estuvieran conformes con sus actos.

Chacho partió con cuatrocientos hombres á cumplir las órde-

denes recibidas, en su primera parte solamente, pues harto hacia Quiroga en la Capital para que él lo secundara en los departamentos.

Los horrores cometidos por Quiroga habian cundido en toda la Provincia, narrados por los mismos fujitivos de la batalla y los que habian logrado escapar despues. El miedo les hacia exagerar los hechos, de modo que las poblaciones estaban aterradas, preparándose todos á huir en cuanto aquel bárbaro se aproximara.

Uno contaba cómo Quiroga hacia lancear á los hombres y azotar á las mujeres, por el solo delito de ser catamarqueños, otros narraban cómo la ciudad estaba en poder de la soldadesca, que saqueaba las casas, apuñaleando al que no queria entregar sus aliajas y sus mujeres, y así cada persona que llegaba referia un nuevo horror.

La primera poblacion á que llegó Chacho, mas impuesta de lo que pasaba en Catamarca por estar mas cerca, se aterró completamente á la aproximacion del Chacho, al extremo de no haber quien acertara á huir, por temor de ser visto y muerto por este solo delito.

Chacho la ocupó tranquilamente, alojándose en el Juzgado de Paz donde mandó comparecer á los vecinos mas influyentes y ricos.

Por los derrotados y dispersos se sabia que Chacho no era tan feroz como Quiroga, pero por bueno que fuese no tendria mas que cumplir las órdenes que indudablemente traia.

Chacho tenia sus tropas formadas sin haber permitido que un solo soldado se moviera de sus filas; por temor que se entregara á algunos excesos. Cuando hubo reunido una media docena de vecinos, les manifestó bondadosamente las órdenes recibidas y de qué manera estaba dispuesto á cumplirlas.

—Las contribuciones se me pagarán equitativamente, les dijo, es decir, que cada uno me dará lo que pueda y el que nada pueda nada me dará. El vecindario será respetado de todos modos por la tropa á mis órdenes, para lo cual es necesario que se me dé cuenta del menor abuso que lleguen á cometer mis soldados. Esté tranquilo el vecindario que en esa tranquilidad está su salvacion, pues así Quiroga no tendrá á qué venir y por consiguiente nada malo podrá suceder.

Esta especie de proclama repetia por los ánimos mas aflijidos la mayor tranquilidad.

—Chacho, que es quien manda estas fuerzas, es un hombre humano y bondadoso, es preciso no dar motivo á que venga el mismo Quiroga y lo pasaremos mejor.

Cada cual entregó á Chacho el poco dinero de que disponia, y nadie fué molestado en lo mas mínimo.

Dos dias permaneció allí Chacho, y ninguno tuvo de él ni de su tropa el menor motivo de queja.

En los departamentos de Catamarca no habia negocios de ninguna clase, de modo que solo podia sacarse contribuciones en víveres, pero Chacho no incomodó ni molestó á nadie. Recibió complacido lo que cada cual quiso llevarle, y se retiró dejando las mismas autoridades que habia encontrado.

—Es necesario que ustedes acepten buenamente lo que les man-

de el coronel Quiroga, les dijo á las despedida y yo les garanto que no tendrán que arrepentirse.

Esta fué la conducta que siguió el Chacho en todos los departamentos que recorrió hasta su vuelta á Catamarca.

Un dia fueron á quejársele dos mujeres de que habian sido robadas y violentadas por un grupo de soldados á quienes habia permitido la noche antes salir á pasear, pues acostumbraba á darles puerta franca por turno de diez hombres.

Chacho llamó á todos los soldados que habian salido y fácilmente averiguó quienes habian sido los autores del atentado que se le denunciaba. En el acto les quitó el robo, que consistia en unos pocos pesos y algunas alhajas, devolvió el todo á aquellas infelices, y en presencia de ellas mismas dió á los soldados, que eran tres, una vuelta de azotes y palos con su arriador de algarrobo.

Esto bastó para que nadie incurriese en igual delito, pudiendo Chacho licenciar á toda su tropa, en la seguridad de que nada malo habia de suceder.

Chacho empezó así á extender su prestigio por Catamarca y el cariño que en todas partes le demostraban. Todo cuanto le llevaban, fuera en artículos ó dinero, lo repartia entre su tropa, sin reservar para él absolutamente nada. Así se verá que cuando lo apuraba la necesidad, se acercaba al fogan de sus soldados, pidiéndoles lo convidaran con lo que tuvieran. Y los soldados, que veian esto, se habian habituado á respetarlo mas por sus prendas que por su valor mismo.

Cuando regresó á Catamarca y dió cuenta á Quiroga de lo que habia hecho, éste aprobó cuanto dijo, puesto que de un modo ó de otro, conseguia su objeto, que era la dominacion.

—Las autoridades que quedan en todas partes, responden al coronel Quiroga, y harán lo que éste les mande, dijo: puede usted estar seguro de ello.

El Chacho no pudo menos de asombrarse al conocer todos los excesos y violencias que habia cometido Quiroga en la capital. Las casas de negocio, las pocas casas de negocio que habia en Catamarca, habian sido saqueadas por la soldadesca que, desparramada en todo el pueblo, cometia todo género de abusos y de horrores. Los que se habian atrevido á llevar la queja á Quiroga, habian recibido de sus manos unos buenos puñetazos, como prevencion á lo que les sucederia si insistian en sus quejas. De modo que no tenian mas recurso que dejarse saquear impunemente, dándose por felices de que no les sucediera algo peor.

Quiroga no habia respetado nada ni á nadie, cruel hasta la última exasperacion, él mismo calculaba lo que las personas tenían, imponiéndoles la cantidad que le habian de llevar como contribucion y si no podian completarla, los castigaba sin mas trámite con una buena paliza.

Los partidarios de Rosas habian rodeado á Quiroga, aplaudiendo sus hechos bárbaros y felicitándolo por las bárbaras medidas que tomaba. Y daban bailes y fiestas de todo género en honor del feroz caudillo, los unos porque eran tan bandidos como él y á su sombra podrian hacer mil iniquidades, y los otros por-

que comprendían que esta era la única manera de escapar á las atrocidades que se cometían.

Y Quiroga lo pasaba de fiesta en fiesta y de jugada en jugada, mientras sus soldados, si no se entregaban á mayores excesos era porque no querían.

Rosas no podía menos que aplaudir los actos de Quiroga, que estaba poderosamente sostenido por Lopez de Santa Fé, y que era un elemento incomparable para sostener aquella política de sangre y robo.

Así es que la conducta de Quiroga no solo fué aprobada con las palabras más entusiastas, sino que se le facultó para que, antes de retirarse de Catamarca, dejara un gobernador rosista, con quien pudiese marchar de perfecto acuerdo en todo.

Quiroga dominaba por completo á las provincias de La Rioja y Catamarca, pero aspiraba á extender su dominación á Santiago y las demás del Norte, que empezaban ya á conocerlo de nombre y de hechos.

Chacho respetaba sus órdenes como superior y las cumplía de la manera que hemos indicado, pero no se prestaba á ejecutar las crueldades por él dispuestas, siguiendo en su sistema bondadoso.

De esto habia resultado que los mismos perseguidos por Quiroga, se amparaban del Chacho, buscando en él la protección necesaria, habiendo muchos que venían á su lado para estar más seguros.

Quiroga se retiró á La Rioja, una vez que estableció el gobierno que quería, dejando á Chacho un poco de tiempo más para que lo sostuviera y lo afianzara por completo.

Ya él entraba más de lleno en los manejos y combinaciones de la política federal, no pudiendo atender sino por medio del Chacho á la estabilidad de sus ideas y sistema especial de gobierno.

Aquellos dos gobernadores respondían á Quiroga de tal manera, que no daban ni un solo paso sin consultarlo, obedeciendo inmediatamente sus menores indicaciones. Podía decirse que él era el único gobernador de ambos, siendo ellos simples empleados suyos que no se atrevían á contrariarlo en lo más mínimo.

El derrumbamiento del gobierno de Catamarca le habia dado un crédito fabuloso como militar, crédito que se habia repartido con el Chacho, cuya fama de bueno cundía, haciendo poderoso contraste con la crueldad proverbial de Quiroga.

Todo el tiempo que Chacho estuvo en Catamarca fué ganando en la estimación del pueblo, que veía en él una garantía de paz y seguridad. Chacho habia quedado solamente con las milicias de la Costa Alta, que eran las que se distinguían por su orden y conducta irreprochable.

Así, cuando Chacho recibió orden de retirarse á Huaja y esperar allí órdenes, el sentimiento público fué grande, acompañándolo todo el pueblo hasta su salida de la capital y siendo victoreado y obsequiado cariñosamente en todos los departamentos por donde pasaba. Buen mozo, y con el prestigio de su valor á sus hechos, las familias lo habian obsequiado de todos modos, repartiendo él los regalos recibidos entre sus oficiales y su tropa. Así éstos cobraron por Chacho verdadera adoración y profundo respeto.

La muerte de un justo

El cura Peñaloza se consideraba completamente feliz con la posición adquirida por su sobrino. No había podido educarlo como él deseaba ni logrado hacerle tomar la carrera eclesiástica, pero en cambio veía con placer que Peñaloza, su sobrino, era un joven de conciencia y de corazón, piadoso como pocos y honrado como el que más.

—En todas partes puede servirse á Dios, le decía, ayudando al desvalido y protegiendo al desamparado. No hagas mal á nadie ni te prestes á hacerlo por cuenta ajena, y Dios te ha de ayudar y te ha de amparar en tus momentos desesperados.

Chacho y los milicianos del Huaja habían sido recibidos en el pueblo con muestras del mayor regocijo. Los bombos y los triángulos sonaban por todas partes, en señal de alegría, y la casa del cura Peñaloza estaba de reunión perenne.

Allí se invitaba á todo el mundo con el rico anisado y la esquisita mazamorra, que ha hecho célebre á Huaja, y el baile parecía no terminar nunca, siguiendo la zamba á la chacarera y la chacarera á la zamba.

—Estoy orgulloso de ver á mi sobrino en la posición que ha alcanzado, mereciendo la confianza del gobierno, decía el buen cura. pero me siento más orgulloso al verlo que es un buen cristiano y hombre de corazón. Esto me consuela profundamente ya que no he podido cumplir mi deseo, y solo aspiro antes de morir á verlo casado y con un par de hijos: tal vez de entre ellos salga algún curita ¡quién sabe!

—Estas palabras del buen cura engendraban preciosísimas bromas que dirigían á Chacho señalándole novia entre las muchachas más lindas. Y Chacho se ponía colorado como un tomate, y se disparaba afuera cuando la lluvia de bromas arreciaba, porque á este respecto no solo era sumamente vergonzoso, sino que no le gustaba lo embromaran con mujeres delante del tío, ¡or quien tenía un gran respeto. Y por esto mismo sus amigos hacían subir las bromas de punto tomando parte en ellas el mismo cura, que le decía que antes de morir quería casarlo él mismo.

—Es que yo no quiero casarme, decía Chacho, porque un hombre no se debe casar sino para hacer feliz á su mujer, y un militar por su género de vida, no puede dar á su mujer más que disgustos de todos géneros, por la vida expuesta y vagamunda que lleva. Y concluía pidiendo se hablara de otra cosa.

Quiroga consiguió se nombrase á Chacho comandante de las milicias de la Costa Alta, lo que llenó de orgullo á Peñaloza, á su tío el cura y á todos los habitantes de Huaja, que ya hemos dicho cómo querían á Chacho.

Aquel era un honor que nunca había esperado y el principio de una carrera brillante, pues siguiendo así, Chacho podía llegar á ser coronel, general y hasta gobernador de La Rioja.

El cura estaba tan entusiasmado, que hasta se hizo partidario de Quiroga, á quien antes detestaba cordialmente.

Quiroga vino á Buenos Aires á conferenciar con Rosas y quedó Chacho representando todo su poder. Fué entonces que los habitantes de la Costa Alta apreciaron todo lo que valia Chacho. Nadie fué molestado por él durante el tiempo que faltó Quiroga, puso en libertad á los que estaban presos y no hubo soldado que diera motivo para ser preso ó castigado.

Nadie se hizo justicia por su mano, porque Chacho atendia todas las quejas y arreglaba amigablemente todas las cuestiones. Se puede decir que la justicia civil habia caducado, pues ninguno acudia á los jueces de paz ni alcaldes sinó á Chacho, como antes acudian á Quiroga. Este fallaba todas las cuestiones del mal lado siempre, por la tendencia que tenia siempre para hacer daño y Chach), íntegro como pocos, se inclinaba siempre del lado de la justicia y de razon.

Huaja parecia siempre un campamento, pues aunque los Guardias Nacionales no estaban en pié, la mayor parte de los soldados querian estar á su lado, porque de todos modos no tenian nada que hacer. El trabajo era entonces muy escaso en las provincias del Norte, como lo es hoy mismo, y los paisanos se aburrían no teniendo nada mejor en que emplear el tiempo.

Y allí vivían á su lado de una manera miserable, pues el Chacho no tenia que darles y el dinero escaseaba mucho. Quiroga volvió á representar de hecho la política y las aspiraciones de Rosas. Ellos se habian entendido, volviendo con un poder limitado, y facultades plenas para hacer lo que les diera la gana.

Traía dinero en abundancia, armamento para sus tropas y sueldos para Chacho, á quien traía una rica lanza y un kepi de comandante. Quiroga vestía un lujosísimo uniforme de coronel, lleno de galones y bordados de oro, como jamás se habia visto en la provincia de La Rioja.

Rosas, que conocía á la gente con que trataba, penetrando al momento sus gustos é inclinaciones, habia regalado á Quiroga todo aquel lujo de entorchados, para entrársele más en el corazón, pues habia comprendido que Quiroga era sumamente vanidoso y amigo de los relumbrones y bordados.

Si solamente el kepi de Chacho hacia abrir la boca á los buenos habitantes de Huaja, incluyendo al cura, ya se calculará la impresion que causaría el vistoso y rico uniforme de Quiroga, cuyas prendas éste solo se sacaba para dormir y eso, las que más podían incomodarle.

Rosas le habia regalado además una montura llena de adornos de plata y un par de espuelas de plata que le tomaban todo el pié.

Las poblaciones salían asombradas á su paso para verle el uniforme, ante el cual se extasiaban los milicos.

Con el armamento traído, compuesto de lanzas y sables, venia una cantidad de gorras de manga coloradas las que se apresuró á repartir entre la tropa para darle un aspecto más militar. Los buenos soldados, que hasta entonces no habian tenido ningun distintivo militar daban vuelta la cabeza mirándose la manga de la gorra, y se hamacaban llenos de orgullo. Así es que con sus gorros y sus lanzas ó sables se creían llenos de magnificen-

cia. Chacho con su kepi y la espada que le regaló Quiroga parecía un general europeo y éste con su flamante uniforme de coronel, era algo como un emperador ó como un rey.

El dinero que trajo Quiroga para el Chacho, como doscientos pesos, plata que allí era una suma nunca vista, los repartió Chacho generosamente entre los milicianos de Huaja, viniendo á tocarles unos dos pesos por cabeza, suma que muchos de ellos no habian visto junta en toda su vida.

Con este rasgo de generosidad el prestigio de Chacho no tuvo límites, se hubieran dejado hacer picadillo por él. Los que habian recibido el dinero porque lo recibieran y los demás al saber la generosidad de su jefe y por estar en iguales condiciones en un próximo reparto, adoraban á Chacho como á un ser supremo.

Quiroga, que habia probado ya lo que era la vida en Buenos Aires, y lo que se podia hacer teniendo dinero, no se desprendió de un solo peso. Los soldados, segun él, no necesitaban dinero para nada y el que lo quisiera, que se lo proporcionara. Esto disgustó mucho á las tropas, disgusto que nadie se atrevió á manifestar, pues podia costarle caro.

—¿Tienes valor de haber repartido todo tu dinero? preguntaba el cura á su sobrino, ¿y con qué te has quedado tú?

—Con nada, tío; ¿para qué necesito yo plata? nada me hace falta y cuando tenga necesidad de algo ellos me lo darán.

—Es bueno ser generoso, pero hasta cierto punto, porque la caridad empieza por casa y tú andas tan necesitado como ellos.

—Es que por ahora nada necesito, tío, y cuando necesite no me ha de faltar quien me dé; usted mismo me ha dicho que quien siembra recoje.

Derrotado así por sus propias palabras, el cura no insistía, pero decia á Chacho que era necesario no fuese tan desprendido y que dejara algo para él. Pero Chacho se sonreía bondadosamente, mostrando el ningun apego que tenia por las grandezas de la vida.

Con la nueva posicion adquirida y árbitro de los destinos de aquellas provincias, con su magnífico uniforme y la representacion que le habia dado Rosas, Quiroga no podia estar oscurecido en un Departamento y decidió trasladarse á la capital, donde la vida era más agradable y más cómoda. Y efectuó la traslacion en el acto, dejando á Chacho representando allí su poder tremendo.

El Chacho extendió entonces su benéfica influencia por todas partes, siendo su casa, desde entonces, en movimiento y concurrencia lo que habia sido antes la casa de Quiroga.

Facundo Quiroga, que empezaba ya á ser conocido bajo el apodo del «Tigre de los Llanos», se instaló en La Rioja, con cierto descontento del Gobernador, que miraba en Quiroga un control en todos sus actos y una amenaza á su poder.

Quiroga era un hombre de Rosas, más caprichoso y autoritario que Rosas mismo, de una astucia incuestionable y á quien seria muy difícil sinó imposible engañar. Quiroga era allí un peligro para el Gobernador, pero era necesario mostrarse satisfecho y contento, pues peor seria que aquel se apercibiera del

disgusto que causaba su presencia y empezara á hostilizarlo sin más trámites.

Quiroga se habia trasladado á La Rioja con una escolta que habia vestido y armado con algunos uniformes completos que le dió Rosas, de modo que parecia todo un general en jefe de ejército en campaña. Inmediatamente se entregó á la vida licenciosa y calavera que habia probado en Buenos Aires y que era tan de su agrado. No habia fiesta, por infima que fuese, que no lo contara en el número de sus invitados más alegres. Si no habia sido invitado se entraba no más, porque nadie se habia de atrever á rechazarlo, unos por temor y otros por respeto á aquel lujosísimo uniforme.

Con todos los vicios y sin ninguna de las virtudes, las muchachas más lindas de La Rioja empezaron á ser festejadas y solicitadas por el terrible caudillo, que en su insolencia y poderio habia llegado á figurarse que las mujeres, como la fortuna de los demás, era propiedad suya y que haria honor á sus dueños apoderándose de ellas.

La Rioja es una provincia de mujeres hermosas, estupendamente hermosas. La belleza riojana es una belleza pasible y calma; tienen sus mujeres ojos magníficos, de expresion cariñosa, que irradian toda la tranquilidad de un espíritu inocente y puro. Hay algo del corte de la fisonomia romana, con toda la molicie y pereza de la napolitana y la gracia chispeante que ilumina la fisonomia de la andaluza. Hay en ellas la pureza de una juventud exuberante que se prolonga hasta la edad madura, sin alterar aquellos semblantes virginales y de cútis espléndido. La tez de las mujeres de La Rioja es especial; parecen semblantes sobre los cuales se hubiera extendido una hoja de rosa, pero una hoja de rosa más suave, con más vida en el color y con la frescura humana que deslumbra y conmueve.

Hay en Buenos Aires algunas damas de La Rioja, que pueden dar una idea de lo que son las mujeres de aquella provincia encantada, por el carácter de sus habitantes, su naturaleza poderosa y sus mujeres preciosas. Inocente y sin idea de mal, con el espíritu abierto á todas las impresiones puras, ellas brindan la amistad, una amistad leal y pura al viajero que golpea sus puertas; tienen la religion de la hospitalidad, que llevan hasta privarse ellas mismas de lo necesario, para atender á las necesidades de su huésped.

La mujer de La Rioja, bondadosa sobre toda exageracion y con el carácter más dulce y generoso que pueda darse, contrasta poderosamente con sus hombres, esencialmente valientes y de carácter firme y caballeresco. Allí el hombre es el compañero cariñoso y protector de la mujer, cuya mision está en el hogar, santificado por el amor de la familia y la abnegacion profunda que guarda para los padres como para los hijos.

La mujer de La Rioja es el bello ideal de la mujer del hogar, caritativa y buena, considera un deber ineludible el alivio de la desgracia ajena, llevando su abnegacion hasta el sacrificio propio.

Así el alma negra de Quiroga fué deslumbrada por aquellas mujeres cuya belleza era incomparable. Jugador consumado,

no faltaba á ninguna reunion de tahures por pobre que fuera, jugando en todas ellas segun lo que habia sobre le mesa.

Quiroga se enamoró de una dama que vivia frente á su casa, pero aquella dama era casada y por más brillante que fuera el uniforme del caudillo, no estaba dispuesta á faltar á sus deberes ni al cariño que tenia por su marido. Quiroga la visitaba diariamente, pasando larguissimas horas en su contemplacion, sin atraverse á decirle una palabra. Aquella jóven era espléndidamente bella: era una especie de Maria Elia con toda la exuberante frescura de Maria Luisa Ocampo.

El caudillo se sintió deslumbrado, dominado por la belleza de aquella mujer y pasaba las horas muertas á su lado, no encontrando una frase digna de ella para manifestarle el amor que lo devoraba. Y cuando se encontraban las dos miradas, ella sonreia y él bajaba la suya, como quien huye la vista de algo que le inspira miedo. En su suprema inocencia la jóven concluia por reir no conociendo el peligro que corria y preguntaba á Quiroga:

—¿Por qué no me quiere mirar? ¿tengo algo en la cara que le causa espanto?

—No es que no quiera, contestaba Facundo trémulo y agitado, es que no puedo.

—¿Y por qué no puede?

—Yo no sé; quiero, pero no puedo: me sucede al encontrar sus ojos, lo mismo que me sucede al mirar al sol—me encandilo.

Es que la belleza magnífica de la jóven deslumbraba á Quiroga de una manera fabulosa, tratando él de explicar en su lenguaje rudo la fuerza de aquella impresion.

Quiroga no habia encontrado una mujer que se impusiera á su espíritu como aquella jóven, al extremo de dominarlo por completo.

—Yo siento en mí que soy capaz de algo tremendo, le decia, pero de algo que no podria explicar bien aunque lo siento, porque pasa por mi corazon como la ráfaga de una tormenta.

—¿Qué mi amigo! decia ella, riendo siempre en su inocencia: siempre está de huasa y de juguete.

—Yo no juego, contestaba Quiroga, yo no juego porque no tengo alientos para tanto: usted es la que juega conmigo porque me ha ganado la voluntad. Hay algo que me empuja hasta usted con la fuerza del deseo, pero hay algo tambien que me contiene con el temor de disgustarla, porque usted para mí es algo como un Dios.

Y ella volvía á reir en su suprema inocencia, desconociendo el peligro que corria. Porque para la jóven, Quiroga era un hombre simpático á quien profesaba el cariño de la amistad leal.

Cuando Quiroga llegaba á su casa, despues de su larga visita, se enrostraba amargamente su cobardia y hacia la resolucion de declarar al dia siguiente su amor á Angela.

—Es una estúpidez, pensaba, que yo me deje dominar así por una mocosa y no me atreva á decirle que la quiero con toda mi alma. Mañana se lo digo, mañana le pido todo su cariño para calmar esta inmensa y rara sed que me devora, y si no quiere, ¡oh! ¡si no quiere la haré querer á la fuerza!

Y al día siguiente iba á la casa de Angela resuelto á cumplir su propósito, pero una vez en su presencia volvía á sentirse cobarde y no se atrevía á decir una palabra. En el corazón de Quiroga se daba una batalla; batalla terrible, que lo había de hacer estallar de alguna manera. Cuando Quiroga estaba en casa de Angela, cambiaban así todas sus resoluciones, contentándose con decir alguna galantería á su modo, que ningún resultado podía darle en su propósito.

Un día fué tal la lucha que sostuvo en su corazón en presencia de la joven, que aquel hombre cuyo corazón jamás se había conmovido ante la mayor desventura, sintió los ojos húmedos por la primera vez de su vida, y dos gruesas lágrimas rodaron por sus pómulos morenos y varoniles.

—¿Por qué eso? preguntó la joven ligeramente turbada y conmovida, ¿por qué llora, amigo mío; he hecho yo algo que haya podido causarle pena?

—Yo no lloro, contestó Quiroga, es que el dolor del alma, como el cariño, debe asomarse á los ojos bajo alguna forma, lo mismo entre dos rayos que entre dos lágrimas.

—¿Y usted, tiene algun dolor Quiroga?

—Sí, tengo el dolor de este cariño terrible que me roe las entrañas. Yo la quiero á usted, Angela, como jamás se ha querido á nadie, como no es posible querer en este mundo.

—Pero en eso no hay nada de malo, amigo mío; yo también lo quiero á usted, lo quiero y lo aprecio como puede querirme y apreciarme usted.

La mirada de Quiroga se había iluminado con un brillo fabuloso; estaba trémulo, y su boca, completamente seca, apenas podía pronunciar las palabras.

—Es que yo la quiero como solo se quiere una vez en la vida, yo la quiero con el poder de la pasión más violenta; hay algo que me empuja entre sus brazos, pero como usted no los abre, siento que esa misma fuerza me hace caer á sus piés que besaría como se besa la mano de Dios.

Y Quiroga, el terrible Quiroga, dobló la rodilla y buscó con el labio trémulo los piés de Angela.

La joven estaba asombrada y sorprendida al extremo de que no tuvo tino de moverse de allí ni retirar sus piés que besaba apasionadamente los labios de Quiroga.

Embellecido por la suprema pasión que lo dominaba, Quiroga seguía pronunciando palabras de amor casi poético, que llegaban al corazón de la joven como la revelación de un mundo desconocido, lleno de atractivos encantadores. Aquella palabra cargada de pasión y de sentimiento, llegaba á su alma de una manera sumamente agradable, haciéndole caer en un éxtasis extraño. Quiroga se alzó en una especie de vértigo, oprimió á la joven entre sus brazos y la besó en la boca con violencia frenética. Aquel beso volvió á Angela á la realidad de la vida y de su situación.

—¡Por Dios, Quiroga! dijo, mi cariño no puede pasar de la amistad franca que hemos tenido siempre; recuerde por Dios que yo no me pertenezco, que tengo mi marido y que esto es mal hecho!

—Yo no pienso en nada, exclamó frenético el caudillo: solo

pienso en que mi cariño no reconoce límites y en que usted es necesaria á mi existencia.

La palabra ardiente de Quiroga habia conmovido á la jóven de una manera poderosa, porque ella le habia hablado un lenguaje de pasion que nunca habia escuchado. Ella se habia casado porque todos se casaban, sin averiguar si amaba ó no á su marido. Así su corazon adormecido despertaba violentamente á la vida del amor, de ese amor que todo lo avasalla y lo subleva. Angela creia poder amar á Quiroga sin faltar á su marido; por eso aceptaba su palabra de amor, rechazando su ademan que consideraba grave é inaceptable.

Quiroga quiso abrazar de nuevo á Angela, pero ella lo contuvo, suplicándole la dejara.

—¡Angela! ¡Angela! ¡no, Angela! dijo Quiroga, porque eres un Angel, ¡mi vida entera por una palabra de amor!

—Yo no puedo dejar de quererlo, dijo ella entrecearando los ojos, pero déjeme hoy, estoy postrada; despues hablaremos más largo.

Quiroga la tomó entre sus brazos Crotonianos, y la oprimió contra su pecho de bronce.

—¡Por Dios Quiroga! dijo ella sollozando y bañando con sus lágrimas el semblante de Facundo; yo le pido que me deje y se vaya ¿me negará esta súplica?

Y Quiroga á quien no bastaban todos los ruegos y lágrimas de este mundo para disuadir de un propósito, soltó á Angela, y se retiró dominado por su palabra melodiosa y suplicante. Y con el semblante livido y descompuesto salió de aquella casa.

¿Qué secreto mantenía la palabra de Angela para hacerse obedecer por el indómito caudillo?

Y ella quedó llorando y conmovida, mientras Quiroga salía con toda la violencia de su genio terrible, murmurando:

—¡Y es preciso obedecer ó hacer una atrocidad, esa mujer puede más que yo!

Si Quiroga se hubiera quedado y cometido un acto violento como era de esperarse de él, hubiera muerto toda ilusion en el corazon de la jóven. Pero, sin saberlo, sin quererlo, seguía precisamente el camino más seguro de cautivar el corazon de la jóven.

Y ella, ante aquella misma docilidad, se sintió más inclinada al amor de Quiroga, en quien veía un hombre bondadoso y noble.

Amar á Quiroga para ella no era faltar á sus deberes de esposa, y amó á Quiroga con toda la virginidad y fuerza de su alma. Y extasiada en el recuerdo de sus últimas palabras solo pensó en el momento de volverlo á ver.

Aquella misma rusticidad del ademan viril, aquel sonido imperativo de la voz, aquel semblante feo si se quiere, pero poderosamente simpático y aquellos ojos negros de mirada imponente y severa, la seducían con una fuerza desconocida.

Angela comparó y de la comparacion saltó la superioridad de Quiroga, que estaba rodeado además, del prestigio de su valor inmenso y de su posicion brillante. El marido fué hallado inferior al amante y Angela se entregó por completo al sueño de aquel amor que ella idealizaba á su manera.

Quiroga, una vez en su casa, se recriminó el haber sido tan débil con Angela.

—¡Quién sabe! exclamó, tal vez tenga razon el Chacho al decir que tambien se domina por el cariño. Pero de un modo ó de otro, esa mujer tiene que ser mia ó dejo de llamarme Quiroga!

Poco delicado y obediente á cierta groseria de su espíritu inculto, quiso obsequiar á Angela y no encontró mejor manera de hacerlo, que mandarle á Angela una bandejita llena de onzas de oro. Aquel era un regalo espléndido de que no se tenia idea en La Rioja, pero un regalo que comprometia ante los demás la honra de Angela. El marido de ésta no habia mirado siempre con ojos complacientes las frecuentes visitas de Quiroga, pero no se atrevia á decir nada. No hubiera tenido otro recurso que despedir de su casa á Quiroga, pero esto hubiera sido provocar al Tigre de la manera más violenta. Él empezó á demostrar á Angela lo peligroso de aquella visita y lo necesario que era alejarlo de su casa, pero ya sabemos de qué clase de sentimientos estaba ella poseída y la poca voluntad que tenia en seguir los consejos del marido.

—Sin embargo, decia, este es preciso que lo despidas porque su presencia compromete nuestra tranquilidad.

—¿Y cómo hago para despedirlo? despídelo tú que eres el dueño de casa, yo no tengo valor para hacerlo, y él probablemente no me hará caso.

Esta misma resistencia cobarde y pasiva del marido empujaba á Angela hacia Quiroga, que encontraba en él una superioridad incuestionable.

El amor de Quiroga por Angela era ya conocido por toda La Rioja, porque él no hacia ningun misterio de su pasion, desde que cuando no estaba en casa de Angela, estaba mirándola desde la puerta de la suya. Y aconsejaban á Pintos que despidiese á Quiroga de su casa si no queria que le sucediera una desgracia.

—Es que tal vez lo provoque despidiéndolo, decia él, pues ya ven que con Quiroga ni el mismo gobierno puede.

Es que Pintos, que conocia todas las atrocidades de Quiroga, tenia recelo de que si lo despedia fuese á cometer con él alguna enfermedad, y creia que la mejor manera de despedirlo seria que Angela lo hiciera ya directamente, ya por medio de una indiferencia glacial y estudiada.

Estos eran los trabajos de Pintos cuando tuvo lugar la escena amorosa que hemos narrado y el regalo de la bandejita de onzas enviada á Angela por un asistente de confianza. Ya aquello era más de lo que Pintos podia aguantar, por más temor que le inspirara Quiroga. Aquel regalo era un regalo vergonzoso que no podia aceptar de ninguna manera, pues habria sido como aceptar el escárnio público.

Y Pintos aconsejó á Angela que devolviera el obsequio, haciéndole comprender la significacion terrible que tenia.

—Pero devolvérselo, tal vez lo tome por un insulto, decia la jóven, y creo que esto no lo merece quien manda un regalo, tal vez con la mayor intencion; ¿por qué han de tomarse las cosas por el lado ofensivo?

Pintos se resolvió á devolver el obsequio, aunque el mundo se le viniera encima. Aceptarlo era aceptar una vergüenza y provocar que se le hiciera otra mayor.

Pintos, que era un jóven santiaguense, resolvió devolver las onzas á Quiroga y ausentarse con su esposa á Santiago si Quiroga empezaba á perseguirlo ó pretendía hacerles mal. Así es que remitió la bandeja con una carta atenta, en la que hacia presente á Quiroga en términos comedidos, que no era posible para una mujer aceptar dinero de una persona que no era su marido ó su padre. Que no tomara á mal aquello, porque como marido no podia hacer otra cosa.

Quiroga recibió carta y bandeja de una manera tremenda, sintiendo que toda la sangre le subia á la cabeza en un vértigo de muerte.

—Y voy á enseñarle á esa porqueria, dijo, quién es el coronel Facundo Quiroga.

Y llamando á su asistente, le entregó la bandeja y la carta, con el siguiente recado:

—Lleva esto y se lo entregas de mi parte á Pintos, para que se lo pase á su mujer, diciéndole que no sea zonzo, y si no la quiere recibir, se la sacudis por la cabeza sin decir una palabra y venis á darme cuenta.

Cuando llegó el asistente, Pintos estaba esperando lo que contestara Quiroga para saber á qué atenerse.

Angela se habia quedado en su cuarto, sumamente disgustada, porque preveía el desquite que tomaria Quiroga y el violento estallido de su cólera.

—Aquí manda el Coronel esto, dijo el asistente presentando á Pintos la bandeja sin siquiera saludarlo: dice que no sea zonzo y que la reciba.

—Diga al Coronel que no puedo complacerlo por los motivos que ya le he expuesto, que perdone, pero no puedo.

El asistente retiró la bandeja y dijo:

—¿Quiere decir que usted no quiere recibir este obsequio de mi Coronel y se niega á obedecer sus órdenes de recibirlo no más?

—Ya he manifestado al Coronel las razones que tengo, amigo: lleve no más la bandeja y dígame lo que yo le he contestado.

El asistente levantó entónces la bandeja y la estrelló en la cabeza de Pintos.

El golpe fué terrible, no solo por el vigor del que le daba como por el peso de la bandeja. Pintos quedó aturdido y bañado en sangre, pues cada onza le habia hecho una herida ó lastimadura en la cabeza y la cara, que se habian convertido puede decirse, en una sangrienta flor de regadera.

Al desparramo de las monedas y al grito que lanzó al recibir el golpe Pintos, acudió Angela muy asustadísima, preguntando lo que habia sucedido. Y se encontró con el cuerpo de su marido estirado entre la bandeja y las onzas.

—¡Pobre de mí exclamó la jóven, ¿qué habrá sucedido aquí? ¿qué habrá habido entre mi marido y Quiroga?

—Y aflijidísima con lo que veía, llamó á grandes voces acudiendo en su auxilio las gentes de la casa.

Pronto fué recogido y llevado á su cama, donde se le prodigaron todos los cuidados que se creyeron necesarios.

A falta de médicos, que no los había entonces en La Rioja, vino el curandero que estancó prolijamente la sangre, y vendó la herida causada por la bandeja. Las demás eran contusiones y lastimaduras que ningún mal podían causar, fuera del dolor del golpe.

Angela se había apresurado á recoger y hacer recoger las onzas desaparramadas, que venían á ser el cuerpo del delito y la prueba de que todo aquello sucedía por causa suya. Desde el principio comprendió que aquello no podía haber sido sinó una grosería de su marido, contestada de aquella manera terrible por Quiroga.

Cuando Pintos volvió en sí, no se dió cuenta inmediatamente de su situación, pero poco á poco fué recordando, hasta que pronto se dió cuenta de todo lo sucedido.

—¿Pero qué es eso? preguntaron los extraños ó parientes que lo rodeaban: qué le ha sucedido?

—No es nada, contestó Pintos que se apercibió del mal que podía hacerle la narración de la verdad—me he caído con una bandeja llena de cosas pesadas, y todo se me ha caído sobre la frente.

Y miró á Angela de una manera dolorosa. Con la desesperación de los celos, su amor por su esposa había aumentado inmensamente y al pensar que podían arrebatarle su cariño, su desesperación era poderosa.

Ahora Quiroga lo perseguiría á muerte por arrebatarle su esposa, y sabe Dios si no se le ocurriría hacerlo matar por el mismo asistente que había ido á maltratarlo con la bandeja de onzas.

Cuando quedaron solos, para lo cual Pintos tuvo que valerse del pretexto de que se sentía con deseos de dormir, los dos esposos tuvieron una explicación sobre aquel suceso.

—Lo que ha sucedido, dijo Pintos, es que Quiroga me ha mandado nuevamente la maldecida bandeja de onzas y el asistente que la traía me la ha sacudido por la cabeza. Esto va á acabar mal, porque va á concluir por una gran desgracia en mi contra. Ese hombre, que es un bandido, me ha tomado entre ojos, y ya que ha empezado no concluirá hasta no hacer conmigo una iniquidad. Es preciso que salgamos de La Rioja cuanto antes, y nos vamos á Santiago con mi familia.

Angela estaba aturdida con lo que le decía su marido, y con aquel viaje repentino que rompía todas sus ilusiones. Se había enamorado de Quiroga con toda su inocencia y buena fé, su marido se le había hecho antipático, pero este amor y esta antipatía no podía arrastrarse al extremo de olvidar sus deberes y caer en la perdición más vergonzosa.

—Si él ha ofendido á Quiroga, pensaba, es justo que Quiroga se haya dejado llevar por su genio militar y haya hecho esta maldad. Pero yo no puedo sublevarme contra mi marido, al extremo de abandonarlo al odio de su rival.

—Lo que sucede es vergonzoso, añadió Pintos: vas á quedar afrentada ante toda La Rioja, porque lo que hay aquí en plata es que Quiroga se ha enamorado de tí, y quiere arrancarte de mi lado para lo cual no se detendrá ni ante mi muerte misma. No hay más remedio que huir de La Rioja, á no ser que tú quieras verme muerto el día menos pensado.

—¡Dios me libre! exclamó Angela llorosa, yo haré lo que tú me

mandes, y nada más, porque no quiero que tengas nada que reprocharme.

Así, entre los dos esposos quedó concertado el viaje á Santiago, que los libraria de la persecucion de Quiroga. Angela estaba vencida por el dolor, sentia lo que pasaba á su marido, pero sentia tener que abandonar á Quiroga en quien habia fundado tanta ilusion feliz. Con el cuerpo dolorido por los golpes y el espíritu tranquilo por la promesa de Angela, Pintos cayó en un sueño repador, y profundo.

Al oscurecer se presentó Quiroga, que conocia perfectamente bien los detalles de lo que habia pasado. Hasta el proyecto de viaje lo conocia, pues antes del suceso él mismo lo habia puesto en conocimiento de amigos que lo trasmitieron á Quiroga.

El amor de Facundo no era un misterio para la sociedad riojana puesto que él mismo era encargado de propalarlo y dejarlo traslucir de todos. Así es que todos presagiaban á Pintos un mal fin, si pretendia disputarle la posesion de su mujer.

Tampoco era un misterio que Angela amase á Quiroga porque ella, no creyendo que aquella amistad fuera un delito, no lo habia tratado de disimular con aquel misterio impenetrable muchas veces, con que las mujeres ocultan las pasiones más intimas de su corazon.

¿Qué oposicion podia Pintos hacer al tremendo caudillo? No tenia más remedio que huir de La Rioja abandonando su esposa, ó quedarse con ella aceptando la vergüenza que venia ligada á la aceptacion de una situacion tan terrible.

Aquella misma noche Quiroga fué á visitar á Angela, á quien encontró llorando, vencida por los más tristes pensamientos.

—¿Por qué llora la virgen de La Rioja? preguntó Quiroga con voz tan dulce, que él mismo la extrañó; ¿quién ha podido hacer llorar á la vida de Quiroga?

—A mí no me ha hecho llorar nadie, contestó ella embalsamando con su aliento purísimo el espíritu del caudillo. Lloro por lo que ha sucedido, porque Pintos está lastimado y quiere que ya nos vayamos de La Rioja para evitar que le suceda alguna desgracia.

—Pintos es un imbécil, él ha cometido conmigo una insolencia que yo no podia tolerar, y me he visto obligado á castigarla, para no dar lugar á otra mayor. Pintos puede irse de La Rioja cuando quiera, en la seguridad que nada he de hacerle, pero que no me toque el corazon, que no quiera privarme de la luz de tus ojos, porque entonces yo me defenderia con toda la fuerza de que soy capaz.

—Es que él quiere llevarme por lo mismo que usted está enamorado de mí y tiene miedo de defenderse; por eso quiere que nos vayamos para Santiago donde está su familia.

Y Angela, en su inocencia, hablaba de esto como de la cosa más natural del mundo.

—Ni en Santiago, ni en Córdoba, ni en la luna, quedaria fuera del alcance de mi brazo! exclamó Quiroga, con la mirada brillante de pasion. Donde tú fueras, ahí iria Facundo porque te ama sobre todas las cosas de la vida.

Y tomó una mano de Angela, que ésta le abandonó sin la menor resistencia.

—Sí, exclamaba; pero yo no quiero que por mí le suceda á Pin-

tos una desgracia, yo siento que no lo quiero, que me es un ser indiferente como cualquiera extraño, pero por lo mismo y ya que le quito mi cariño, no quiero que le suceda nada.

—Y nada le sucederá, contestó Quiroga, porque Angela me lo pide, porque nada le puedo negar desde que le he dado mi alma.

—Entonces iremos á Santiago y allí podré tener noticias y esperar que algun día nos volvamos á ver.

Es que Angela estaba penetrada del amor de Quiroga, pero creía también que, sin perjuicio de amarlo, debía obedecer la voluntad de su marido, voluntad incontrastable para ella.

—Por todos los infiernos, exclamó Quiroga, mostrando en su mirada uno de aquellos relámpagos que la iluminaban en sus momentos de ira. Ni un momento, ni un minuto me separo yo de ti, aunque así lo quieran todos los Pintos del mundo.

—Y si él me manda que lo siga, ¿qué vamos á hacer? ¿cómo podré resistirme á su voluntad?

—Donde está el coronel Quiroga, él solo es el que manda: Pintos podrá irse solo donde quiera, pero contigo jamás!

—Yo tampoco quiero irme, pero ¿cómo hago si él me manda seguirlo?

—No te opongas, acepta el viaje, pero mandame avisar en el acto: lo demás corre de mi cuenta.

—¿Pero nada malo sucederá? ¿no le harán daño alguno?

—Ninguno, te lo juro por mi fé, yo impediré tu viaje sin tocarle á él el pelo de la ropa.

Desde aquel momento Angela se entregó por completo al amor de Quiroga, sin que su conciencia le hiciera el menor reproche.

Desde que su amor no podía acarrear ningun perjuicio físico á su marido, creía que no cometería ninguna acción mala.

Quiroga salió de la casa más tarde que nunca, verdaderamente enloquecido por el amor de Angela. Estaba dominado por aquel cariño de una manera asombrosa, el extremo de que no vivía sinó pensando en ella y en la manera de serle agradable.

Poco tiempo tuvo Pintos que guardar cama, pues los golpes recibidos, con un poco de reposo quedaron casi curados. No había mas que el tajo de la cabeza y éste no era bastante grave para tenerlo en cama. Dos dias despues estaba perfectamente sano y preparando su viaje á Santiago.

Durante aquellos dos dias Quiroga había estado en constante contacto con Angela, hablando de su amor y diciéndole palabras como arrullos. El amor de Angela había modificado el carácter del caudillo, que se había vuelto delicado y suave.

Pintos preparó sus mulas y armó su viaje para el dia siguiente, arreglando sus petacas y las de Angela, que mandó prevenir á Quiroga lo que sucedía.

Facundo mandó llamar á Pintos, que acudió en el acto, no sin algun temor, pues no podía sospecharse lo que Quiroga quería de él.

Me han dicho que ustedes se van de La Rioja—usted es libre de hacer lo que le dé la gana, sin que yo me tenga que meter en ello. Pero me han dicho que usted se lleva á su mujer, y esto no puede ser porque á mí no me conviene. Yo no quiero que Angela salga de La Rioja, porque no y nada más, y para notificarle esto es que lo he llamado: queda despachado usted.

Aunque aturdido por semejante declaración, Pintos protestó de la orden que la daban.

—Yo soy el dueño de mi hogar y de mi mujer, dijo con cierta energía, y hago lo que quiero sin que nadie tenga derecho de mezclarse en lo que yo haga. No sé con qué derecho usted se mete en estas cosas, ni por qué razón yo deba obedecerle.

—Si usted manda en su casa, amiguito, yo mando en La Rioja, y ya he hablado más de lo que debía.

Aquello era humillante en último grado, y Pintos no tenía más remedio que hacerse matar por su decoro y honor, atropellado de aquella manera. Y salió de casa de Quiroga sin replicar una palabra, pero firmemente resuelto á cumplir su propósito. Comprendiendo que por la fuerza no podría hacer nada, resolvió esperar á la noche para realizar su viaje. Y así lo previno á Angela, diciéndole que la conducta de Quiroga era infamante para ella, y que para evitar un cataclismo era necesario salir de La Rioja esa misma noche.

Aquella mandó prevenirle á Quiroga lo que sucedía y éste se preparó á impedir el viaje de Angela, sin hacer el menor daño á Pintos, como lo había prometido, de la siguiente manera:

—Yo no quiero, Angela, que mi amor te cueste una sola lágrima: confía en mí y no tengas cuidado.

Por eso Angela no se afligía en lo más mínimo, aunque Pintos se preparaba á hacerse matar cien veces antes que ceder á la orden infamante del caudillo.

Desde que había sido amenazado del peligro de perderla, Pintos amaba á su esposa de una manera entrañable. Le parecía cada día más bella, más hermosa y creía que sin su amor no había para él vida posible.

Lo que sucedía entre Pintos y Quiroga era del dominio público. En un pueblo tan chico, donde las habitantes no tienen en qué distraerse, la vida privada es conocida de todos, al extremo de que no hay medio de ocultar los actos más íntimos. Así, desde que vieron á Pintos preparar viaje, se sospecharon que Quiroga no lo consentiría, é ignorando el compromiso que había entre éste y Angela se prepararon á asistir á una tragedia.

Apenas había la noche oscurecido por completo, cuando Pintos y Angela subieron en sus mulas y salieron de sus casas por los fondos.

Quiroga no estaba en la suya y Pintos creía poder salir sin que aquel se lo sospechara siquiera. Estaba firmemente resuelto á defenderse de cualquier avance y á acometer al mismo Quiroga en caso de una agresión.

Quiroga, acompañado de dos asistentes había salido temprano, apostándose en el camino, á unas dos leguas de distancia, esperando en compañía de los asistentes. De modo que Pintos anduvo aquellas dos leguas creyendo que todo peligro había desaparecido, pues Quiroga no sospechaba siquiera de su viaje.

No llevaba más compañía que el arriero que conducía las mulas y un peon de toda confianza. Sus armas se reducían á un gran cuchillo, pero con éste tenía lo bastante para defenderse de todo avance.

La misma Angela había extrañado andar tanto sin que nada

hubiera sucedido, pero tenia confianza en su amante y esperaba verlo aparecer en el momento menos pensado.

Pintos, más inocente é ignorante tambien de las relaciones de su mujer y Quiroga, lo suponía entretenido en alguna jugada ó parranda.

Buen chasco se vá dar mañana cuando sepa lo sucedido, decia, entónces va á querer darnos alcance, pero es inútil; habiundo marchado nosotros toda la noche, no nos alcanza con el mejor caballo, á pesar de sus iras.

Y Angela, al escucharlo sonreía y exclamaba entre sí ¡si supieras!

Y esperaba que el momento menos pensado saldría Quiroga á detenerlos.

Cuando menos lo esperaba Pintos, cuando su espíritu empezaba á desprenderse de todo temor, el mulo que montaba pegó una gran tendida, asustado de un bulto que se le había puesto delante.

Era Quiroga, el tremendo Facundo Quiroga, que los atajaba cerrándoles el paso.

—A su servicio, caballero Pintos, dijo, á su servicio; ya ve los buenos amigos salen cuando uno menos piensa, ¿en qué puedo serle útil?

Pintos pegó un grito á sus peones y acudió al lado de su mujer, pues Quiroga allí no podía pretender otra cosa que robarla.

Los asistentes de Quiroga entre tanto habían detenido al arriero y al peon diciéndole: de orden del Coronel Quiroga, que ustedes no se muevan de aquí.

Aquella era la orden que nadie se hubiera resistido á cumplir y los peones, para que vieran mejor su acatamiento, echaron pié á tierra y se sentaron en el suelo.

La noche estaba tan clara que se percibía hasta el juego de las fisonomías.

Angela había bajado los ojos tímidamente, huyendo el encontrarse con la mirada de Pintos. Este, pasada un poco su primer sorpresa, preguntó á Quiroga qué quería y con qué objeto lo atajaba en medio del camino como un bandido.

La desesperacion de los celos había vuelto temerario á Pintos, que lo provocaba resueltamente sin el menor temor.

—Hombre, lo que yo quiero, contestó éste lanzando en la mirada llamaradas de cólera, es impedir que prive usted á La Rioja de la luz de esa estrella, porque no tiene ningun derecho para hacerlo.

—Soy su marido, contestó Pintos, y tengo para llevarla conmigo todos los derechos que me dá este título.

—Las estrellas no tienen marido, señor Pintos, todos tenemos derechos á gozar de su luz y á contemplar su esplendor, porque para eso las puso Dios en el mundo y sobre la bóveda de los cielos.

El amor de Angela hacia en el espíritu oscuro del caudillo una trasformacion completa. Hablaba con todo el encanto que le prestaba su pasión, usando un lenguaje bello, que extasiaba á Angela y lo sorprendía á él mismo.

Este lenguaje galante y enamorado irritaba á Pintos, á quien la angustia empezaba ya á sofocar. El no tenia miedo, pues

estaba en una situación que hacia arrostrar todo peligro, pero el temor de que le arrancaran á Angela de su lado empezaba á turbar su razón. En aquel momento sentia que la amaba más que nunca y se estrechaba á ella como si así fuese á protegerla mejor.

—Señor Quiroga, dijo por fin mascando las palabras, á mi no me conviene vivir en La Rioja y me voy á otra parte, y como es natural me llevo á mi mujer; nadie tiene el derecho de meterse en esto ni de impedirme hacer lo que yo quiero: basta; pues ¡de estupideces que estoy apurado, y nadie tiene por qué detenerme.

—Si á usted no le conviene La Rioja replicó Quiroga, contentiéndose á duras penas por no asustar á Angela, puede usted irse á Santiago ó al santo infierno, que para mí es indiferente. Pero usted no puede llevarse á Angela que no es propiedad suya y cuya luz, ya lo he dicho, pertenece á todos. Lárguese usted cuanto antes, que ya empieza á fastidiarme, pero solo, sin llevarse á esa estrella.

—Ella me sigue voluntariamente, y si hay en todo esto alguna violencia es la que usted quiere cometer, yo no se en qué nombre.

—En nombre de mi amor, rugió Quiroga, abriendo una válvula á su cólera, en nombre de mi amor, que vale sobre todos los derechos y de mi voluntad que es superior á todo. Buen viaje, pues amigo, y usted señora, puede regresar cuando quiera, que la acompañaré.

Una agonía inmensa cruzó el semblante de Pintos que buscó su puñal en la cintura.

—Si usted es más fuerte, Coronel, porque trae gente que lo acompaña, yo traigo en mi la fuerza de mi derecho y de mi corazón. Usted puede hacerle regresar porque el que tiene la fuerza todo lo puede, pero en ese caso su compañía está de más porque con la mía sobra.

Quiroga soltó una prolongada carcajada ante la pretensión de Pintos, y mirándolo con el más profundo desprecio, le dijo:

—Y se figura el zongo que para hacerlo regresar me he incomodado yo? ¡qué me importa á mí de semejante jumento? Usted va á Santiago voluntariamente, pues así le ha dado la gana; en cuanto á Angela que es lo que me interesa, se volverá á La Rioja sola. Con que, buenas noches y buen viaje, amigo Pintos, será hasta un día de estos. Vamos señora, dijo á Angela poniéndosele al lado.

La joven no habia pronunciado una palabra mientras los dos hombres hablaban, pero aceptaba lo que decia Quiroga, desde que no se trataba de hacer á su marido mal alguno.

—¡Angela! gritó Pintos, viendo que su esposa se disponia á hacer lo que Quiroga decia; ¡Angela, no te muevas!

—Vamos, señora, volvió á decir Facundo; adiós amigo y buen viaje.

Pintos ya no pudo resistir más y avanzó sobre Quiroga blandiendo su puñal. Herido en su amor y en la desesperación de ver que Angela lo abandonaba, se habia resuelto á todo: á matar á Quiroga ó á morir en sus manos.

Quiroga, con el rebenque, evitó aquella primer puñalada, levantándolo en seguida para descargárselo sobre la cabeza.

—Por Dios, ¡Facundo! gritó Angela tomándole el brazo: no le vayas á lastimar.

Y la palabra de la joven deluvo el brazo de Quiroga como una mano atlética.

—¡Infamel le gritó entónces Pintos, con la razon trastornada por los celos: tú eres la pérfida y la miserable que has hecho todo eso, pero algun dia caerás tambien entre mis manos.

Y acometió de nuevo á Quiroga, decidido á matarlo.

—¡Aquil gritó Quiroga, y sus dos asistentes se lanzaron sobre Pintos, sujetándolo fuertemente. No le toquen ni un pelo de la ropa ni le apreten las manos siquiera: les dijo Quiroga, desármelo no más y átenle las manos á la espalda.

Aquella órden fué ejecutada con increíble rapidez, quedando Pintos perfectamente amarrado.

—¡Cobardel ¡cobardel gritaba éste llorando, algun dia yo te agarraré como yo quiero y te sacaré el corazon á pedazos. Y tú maldita, mala mujer autora de este crimen, ya te llevarás tu merecido.

Y furioso y no pudiendo hacer otra cosa, los escupió en la cara.

Quiroga saltó como un verdadero tigre sobre la injuria, sacó su sable y cayó sobre Pintos con ánimo de hacerlo pedazos.

—¡Quiroga! gritó nuevamente Angela, ¡Quiroga! y Facundo al sonido de aquella voz volvió á contener el brazo como si éste hubiera sido sujetado por otro más vigoroso.

—Es la segunda vez que te salva la vida, dijo, por lo que, en vez de amenazarla debes estarle agradecido. Tené cuidado de no irritarme otra vez, porque quien sabe si su palabra sonará á tiempo. A ver ustedes, dijo á los asistentes, á ese me lo montan sobre su mula, así con los brazos atados y me lo llevan hasta Santiago, donde recien lo desatan y lo dejan ir para donde quiera, no siendo volver á La Rioja, porque si quiere hacerlo, me lo atan en el primer árbol que encuentren y lo dejan allí no más, volviendo á buscarme en seguida. Vamos, vida, dijo á Angela poniéndose á su lado, ya nada tenemos que hacer aquí.

—¿Responde que nada podrá sucederle á Pintos? preguntó con la voz ligeramente conmovida.

—Respondo que no se le hará más que lo que he mandado, puedes estar perfectamente segura de ello.

Angela bajó la cabeza, y al lado de Quiroga se puso en camino de regreso á La Rioja.

Pintos quedó lanzando toda especie de gritos y maldiciones, mientras los soldados lo amarraban sobre la mula, tomándola del cabestro.

Quiroga iba radiante de alegría, la felicidad se desbordaba en sus ojos expresivos y sonreía de una manera suprema ante la belleza purísima de Angela.

—¡En esa mula, vas mall dijo Facundo, sube aquí á mi caballo que andaremos con más rapidez.

Y Angela pasó á las ancas del de Facundo, que puso su caballo al galope. Bien pronto, al perderse entre el monte del camino, dejaron de escuchar la palabra dura é injuriosa de Pintos, que no habia cesado de gritarles todo género de injurias y amenazas.

Cuando Quiroga llegó á La Rioja era más de media noche, de modo que nadie lo vió entrar, y al otro dia fué la sorpresa de todos al ver que Angela se habia regresado sola, sin saberse lo

que habia sido de Pintos, suponiendo muchos que lo habian asesinado.

Quiroga se habia instalado en casa de Pintos, de donde no sabia ni para asistir á las jugadas que siempre lo habian tenido presente.

A los diez dias regresaron los asistentes con el parte de lo que habia sucedido. Pintos, comprendiendo que si lo ataban á un árbol moriria de hambre ó comido por algun animal feroz, no opuso la menor resistencia, y apenas llegó á Santiago y lo desataron, se internó en la Provincia fingiendo una tranquilidad que estaba muy lejos de tener.

—Para lograr mi venganza es preciso finjir, pensó, para que me dejen libre, lo demás corre por cuenta mia. y veremos si Quiroga es invulnerable para mi puñal.

Cuando los asistentes vieron que Pintos se internaba en Santiago esperaron perderlo de vista y recién entónces emprendieron el viaje de regreso.

Y recién se supo en La Rioja, con todos los detalles, lo que habia sucedido.

Los amores de Quiroga y de Angela eran públicos y harto conocidos de todos como era natural, puesto que Quiroga se habia trasladado á casa de Pintos hasta con sus asistentes que no salian de allí, una vez que allí estaba el jefe.

Las damas de La Rioja se habian alejado del trato de Angela, lo que no impedía la invitaran á sus reuniones y fiestas, porque era preciso invitar á Quiroga y era peligroso hacer desaire á Angela, que de rechazo iba sobre Quiroga.

Y la pasion de éste por Angela aumentaba poderosamente por la frecuencia de estar con ella, al extremo de ser la única influencia que sobre el caudillo riojano se conocia.

Angela vino á ser así el amparo de los que caian en desgracia con Quiroga. Cuando alguno iba á avisarle que tal ó cual individuo habia sido condenado á recibir azotes ó algun otro castigo, intercedia con Facundo y conseguia muy pronto su perdon.

—Si yo fuera á hacerte caso, le decia el caudillo, concluirian por perderme todo respeto, sabiendo que no los puedo castigar. Estos canallas son hijos del rigor, mi querida, decia, en cuanto les levanten el rebenque no hay cristó que los aguante.

Angela callaba, callaba, pero cuando volvian á pedirle intercediese en favor de alguna nueva víctima, lo hacia siempre con el mismo buen éxito.

No pudiendo negarle nada y convencido que seria imposible castigar á nadie, Quiroga, cuando queria hacer pegar algunos azotes ó aplicar algun castigo violento, hacia sacar la víctima fuera de La Rioja. Y habia prohibido terminantemente que nadie fuera á pedir gracia á Angela, bajo las más severas penas.

Así pasó cerca de un año sin que Pintos diera señales de vida y sin que variara en nada la vida que llevaban los dos amantes.

Quiroga habia vuelto á asistir á las jugadas, pero no con la frecuencia de antes. Sin embargo, cuando habia mucho dinero que ganar, pasaba la noche en la reunion, dominado por el vértigo del juego.

Una de tantas noches salía Quiroga de una reunion de jugadores, despues de haberles ganado cuanto medio habian apuntado.

Quiroga llevaba en las manos dos bolsitas llenas con las monedas que habia ganado, monedas de oro y plata boliviana, que por lo menos pesarian seis libras.

Preocupado con los incidentes del juego y con el disgusto que tendria Angela al ver que tardaba tanto, Facundo no sintió los pasos de un hombre que se habia desprendido del hueco de una puerta y se ponía en su seguimiento. Quiroga marchaba un poco de prisa para llegar más pronto, y aquel hombre avanzaba, estrechando la distancia que habia entre los dos, hasta reducirla á uno ó dos pasos.

Al volver de una esquina, algo brilló en la mano de aquel hombre y su mano cayó sobre la espalda de Facundo.

Le habia dado una puñalada.

Al contacto del acero y al pinchazo del puñal, giró Facundo rápidamente sobre sus talones, y con toda la fuerza de sus brazos poderosos, estrelló una despues de otra, las dos talegas sobre la cabeza de quien lo habia herido.

Los dos golpes fueron tremendos y violentos. El primero aturdió al asesino misterioso y el segundo lo postró en el suelo, exánime; le habia roto la cabeza.

Rápido y enérgico, despues de pasear su mirada á todos lados por si habria otro hombre, Quiroga arrancó el puñal que brillaba aun en la mano del caído, y se lo hundió en el cuello. Y dejándolo enterrado allí y sin preocuparse de averiguar quien era, recogió sus dos talegas y siguió en direccion á su casa.

La herida recibida le causaba un dolor agudísimo. En cuanto sintió la punta del puñal en la espalda, habia girado con una rapidez vertiginosa coma para no darle tiempo á que entrara, pero asimismo la herida habia sido bastante profunda, aunque inferida de arriba abajo, por lo que era menos peligrosa.

Si la herida hubiera sido recta, probablemente Quiroga quedaba muerto en el sitio.

Angela fué la primera en aterrarse ante el semblante algo desencajado de Quiroga.

Cuando éste se hubo despojado de la ropa y vió la sangre que empapaba su espalda, Angela no pudo ahogar un grito de espanto y principió á llamar, llorando desconsoladamente.

— ¡Te han asesinado! decia, ¡y te vas á morir! yo tambien quiero morirme, quiero hacerme heridas iguales para que muéramos juntos.

Extasiado ante estas demostraciones de amor, Facundo no sentia ya el escozor de su herida, y trataba solo de tranquilizar á Angela que le pedia con desesperacion le hiriese á ella del mismo modo que él lo estaba.

A los gritos de Angela acudieron los asistentes, primero, y algunos vecinos más tarde, los que fueron aumentando poco á poco hasta llenar la casa.

El rumor de que habian asesinado á Quiroga corria por todos lados, llevando la alarma al espíritu de sus parciales y la alegría más profunda al de aquellos que le temian y tenian con él algun resentimiento. Y todos se preguntaban quién podia haberse

atrevido á asesinar á Quiroga sin poder darse una respuesta satisfactoria, pues el único que tenía motivos y entrañas para nacerlo, que era Pintos, no estaba en La Rioja. A no ser que fuese algun otro que tuviese iguales motivos de venganza y que ellos no conocian.

El gobernador de La Rioja no tardó en llegar, avisado en la cama de lo que sucedia, y fué tal el escándalo, que poco tiempo despues toda la cuadra estaba llena de gente, que se preguntaba lo que habia sucedido.

De un sufrimiento asombroso, Quiroga no demostraba el dolor que podia causarle la herida, pero la pérdida de sangre le habia hecho palidecer intensamente y debilitado un poco.

En vano le pedian se pusiera en cama para curarlo, él no queria.

—La vida de Quiroga, no se arranca con una puñalada, les decia con una sonrisa altiva; hay mucho que hacer para matarme y eso no lo sabia el imbécil que creyó que con un pinchazo se me sacaba de en medio.

La pérdida de sangre habia sido enorme, toda su ropa estaba empapada y al abrirle la camisa, un gran coágulo cayó al suelo.

Angela, que nunca habia visto sangre en aquella cantidad, creia que Quiroga se iba á morir sin remedio, y lloraba de una manera desconsolada.

—No te aflijas, le decia Facundo, esto que tú crees una enormidad, no es más que un pinchazo de alfiler que con un poco de agua fria se cura. No te aflijas, mi alma, en cuanto me limpien un poco verás cómo ella sola se cura.

La herida era bárbara, ya sus labios se habian inflamado muchísimo y solo una naturaleza como la de Quiroga podia mostrarse sereno y tranquilo en aquel estado. Por complacer á Angela se dejó lavar la herida y curarla en seguida como mejor se pudo, y siempre bajo su direccion.

Los soldados de Quiroga estaban desesperados por salir á buscar al asesino, y matar, sinó lo encontraban á media poblacion, pero Quiroga los contenia, diciendo que ya hablarian de eso.

—¿Pero quién ha sido el autor de semejante crimen? preguntó el gobernador, es preciso que usted nos dé alguna luz para que la policia pueda proceder.

—No hay tal necesidad, contestaba Facundo, porque ya he procedido; el que intente matarme estén ustedes seguros que no ha de caminar una cuadra.

—¿Pero no tiene usted idea de quién pueda ser el autor de este crimen horrible?

—Yo no sé quien es, pero él lo podrá decir.

Todos sonrieron creyendo que eso fuese una simpleza de Quiroga, pero Facundo explicó en seguida todo el alcance de sus palabras.

—El que me ha herido lo encontrarán ustedes en el mismo paraje donde me dió la puñalada, apenas tuvo tiempo para retirar el puñal cuando recibió su merecido. Vayan á buscarlo y llévenlo al cuartel para que en seguida lo entierren.

—¿Qué está muerto? preguntaron algunos.

¿Que lo habian dudado ustedes? lo que es ese, no volverá á atentar contra la vida de nadie.

Cuatro soldados fueron al sitio que indicaba Quiroga, hallando el cadáver del asesino, con el puñal clavado aún en el cuello. No habia pasado nadie por allí, y por consiguiente nadie lo habia visto.

Entonces no se conocia en La Rioja ni angarilla ni otro modo de transportar un cadáver que tomándolo de los piés y arrastrándolo hasta el sitio de su destino. Si era en la campaña se ataba un lazo de las piernas del difunto y se llevaba á la cincha hasta el sitio de su destino. Si era en la ciudad, la arrastrada se hacia á mano, de la misma manera.

El cadáver fué llevado hasta la casa de Quiroga, que era lo que éste llamaba el cuartel, y reconocido allí por las personas que llenas de curiosidad lo esperaban.

Este cadáver era el de Pintos. de Pintos que habia vuelto á La Rioja con el mayor misterio, dispuesto á vengarse de Quiroga, matándolo y á llevarse á su mujer adonde no se conociera su vergüenza. El les habia seguido los pasos durante dos dias, hasta que se convenció que era imposible llegar á su mujer sin que lo supiese Quiroga. Buscar á éste y pelearlo era un desatino, porque Quiroga era un hombre tremendo, superior á él físicamente y aun moralmente tambien. Irlo á matar á su casa, haciendo uso de todos sus derechos era expuesto tambien, pues allí estaban dia y noche los asistentes del coronel.

No es que Pintos tuviera miedo á la muerte, puesto que en su situacion tremenda la vida se le habia hecho odiosa. Es que no queria morir sin haberse vengado no dejando á su mujer y á Quiroga gozar de las felicidades de la vida.

Pintos se decidió entonces á matarlo por la espalda y entre las sombras de la noche, para poder regresar á Santiago sin que nadie lo viera. Y como Quiroga andaba siempre solo, lo espío aquella noche á la salida de la jugada, seguro de realizar su venganza.

Quiroga salió solo, como de costumbre, llevando la ganancia en las dos bolsitas, y completamente ageno del peligro que corria.

Y Pintos siguió sus pasos con el largo cuchillo en la mano espiondo el momento oportuno de herirlo. Tan seguro estaba de matarlo, que iba pensando mentalmente en el sitio donde le habia de pegar.

El gozo de la seguridad turbó su criterio, y ya se ha visto el triste resultado que tuvo.

Si la puñalada hubiera sido recta y de afuera adentro, indudablemente Quiroga habria muerto, pues le hubiera bundeado el corazon. Pero la puñalada fué de arriba abajo, metiéndose entre la carne y rozando apenas las costillas.

—¡Maldicion! gritó Pintos cuando sintió el primer bolsazo, comprendiendo que habia errado el golpe.

Y no pudo decir más, porque el segundo bolsazo le rompió los huesos de la cabeza y en seguida vino la puñalada que le dió muerte instantánea.

Reconocido su cadáver, resultó que tenia los huesos de la ca-

beza hechos pedazos y que el puñal que entraba por al cuello, iba á asomar su punta por la nuca.

Solo el brazo de Quiroga podia haber dado semejante puñalada.

El golpe revelaba una verdadera fuerza de Hércules y una seguridad pasmosa; era una mano práctica.

El poder del Chacho

El asombro fué grande al reconocer en el cadáver á Pintos, operándose un movimiento general de conmiseracion. Al fin y al cabo Pintos habia tenido perfecta razon de hacer aquello, puesto que Quiroga lo habia herido en su honor y en sus sentimientos. Y los mismos que antes reian de Pintos por la mansedumbre con que habia aceptado su afrenta, tuvieron por él un sentimiento de tardio respecto. El habia tratado de vengarse de la manera que habia creido más segura y si habia sido desgraciado en la empresa no era suya la culpa. Solo asesinándolo habia creido vengarse y lo habia intentado con toda la conviccion de su alma. La suert; no lo habia ayudado, pero por eso mismo era más digno de respeto y de lastima.

Aquella muerte era para La Rioja la voz de alarma que le prevenia un gran peligro. El hogar y el honor de todos quedaba á merced de Quiroga que castigaria al que no quisiera dejárselo arrebatat de la manera tremenda que habia castigado á Pintos.

Quiroga se hacia dueño así delas mujeres cuya belleza golpeara sus sentidos, y como en La Rioja todas las mujeres eran más ó menos bellas, todas sintieron el peligro de cerca.

¿Y quién podria defenderse contra aquel hombre cuyo prestigio era inmenso y sostenido por el gobierno, que era un ser sumiso á todos sus caprichos? Intentar una venganza personal era exponerse á lo que habia sucedido á Pintos: pensar en un movimiento colectivo era un disparate, porque contra Quiroga no podrian reunir elementos de gente ni armas.

Así se aceptó la muerte desgraciada de Pintos, no atreviéndose ni siquiera á dejar traslucir el pesar que les habia causado.

— Si yo hubiera sabido que era Pintos, decia Quiroga, me hubiera contentado con pegarle una patada, porque no merecia otra cosa, pero yo no podia sospecharme que él era: senti que alguien me apuñalaba por la espalda, é hice lo que cualquiera hubiera hecho en mi lugar: le sacudi con lo que tenia en la mano y en seguida le pegué con la misma arma que él me habia pegado, sin meterme á averiguar quién era. ¡Pobre Pintos! él tiene la culpa, porque yo nunca pensé en hacerle el menor daño, aunque bien hubiera merecido una buena rebenqueadura para que no se metiera á zonzos.

Cuando Angela supo que el muerto era su marido, lloró amargamente mostrándole la falta de cumplimiento á su palabra de no hacer el menor daño á Pintos.

— ¡Pero si yo no sabia que era él! exclamaba Quiroga, seriamente mortificado por el pesar de Angela; ¿cómo me iba á suponer que

ese imbécil estuviera en La Rioja cuando lo creíamos en Santiago? Nada puedes reprocharme sino el delito de no ser adivino.

Pero Angela seguía llorando amargamente, comprendiendo que ella era la única culpable de aquella muerte, por su conducta liviana y punible.

—Dime, preguntó Quiroga, buscando en su imaginación los argumentos necesarios para consolar á Angela: entre Pintos y yo, qué prefieres?

—Sabes que te amo con toda mi alma, y que el pobre me era tan indiferente, que desde que se fué no tuve para él el más remoto recuerdo.

—¿Hubieras preferido que Pintos me hubiera muerto ó que las cosas hayan concluido con su muerte?

Por toda contestación Angela echó los brazos al cuello de Facundo y lo oprimió estrechamente.

—Pues para librarme yo de la muerte, era preciso que matase al que venía á asesinarme, y me había herido ya de gravedad: de otro modo hubiera sido mi cadáver y no el de Pintos el que hubiesen traído á La Rioja.

Angela secó sus lágrimas y selló con un beso leve como una brisa, la boca gruesa y ardiente de Facundo.

—Tú no tienes la culpa de lo que ha sucedido, ni la tengo yo mismo que ignoraba quien me venía asesinar. Solo él es el culpable, el que ha venido á asesinarme con toda cobardía y premeditación, él, que si no soy yo quien soy, te hubiera traído mi cadáver para gozarse en tu desesperación. No llores, Angela mía, pues ese hombre venía á hacernos todo el mal posible. Muerto yo, y á su lado, hubieras llevado una vida de infinitos martirios, pues está visto que ese hombre era un cobarde y sabe Dios lo que hubiera hecho contigo. ¿Y quién te hubiera protegido entonces, cuando tu Facundo estuviera bajo la tierra?

Quiroga la había tomado por el lado sensible y la había vencido por completo.

Angela se echó en los brazos de Facundo y lloró, pero no ya de pena por la muerte de Pintos, sino de satisfacción al ver salvo á su amante y verse libre ella misma de la amenaza que en su contra representaría siempre su marido. Lo que más seriamente le afligía era que la familia de Pintos fuera á echarle la culpa de su muerte.

Quiroga curó rápidamente, su carnadura privilegiada, como la de Sandes, cicatrizaba al momento. Y siguió instalado en casa de Pintos como su único dueño.

Los sucesos de la política de Rosas empezaron á precipitarse y Quiroga fué llamado á Buenos Aires.

Lavalle y Lamadrid por un lado y Paz por otro eran para el tirano una amenaza á muerte.

Era necesario en el interior un ejército respetable, y nadie más á propósito para ello que Facundo Quiroga.

Con Lopez en Santa Fé y Quiroga en las provincias del Norte, no había quien pudiera contrarrestarlo.

Rosas daría á Quiroga armas y planteles para formar sus cuerpos, y Quiroga, como se ha dicho, le respondería de un ejército de cinco mil hombres por lo pronto y diez mil más adelante.

Quiroga no quiso abandonar su cuartel general de La Rioja

mismo, y mandó llamar á Chacho, haciéndole decir que montara las milicias de la Costa Alta, y se viniera con ellas á la ciudad.

Chacho obedeció en el acto y como sus milicianos estaban siempre prontos á la primera orden, los hizo montar en el acto, marchando con ellos á La Rioja.

Grande era la prueba de confianza que iba á darle Quiroga, pues iba á dejarlo en La Rioja como á otro, dándole él instrucciones delicadísimas. El no sabia cuánto tiempo demoraría en Buenos Aires, y temía que durante su ausencia los Gobernadores de Catamarca, La Rioja y Santiago se aliaran para ir en su contra y arrebatárle su prestigio.

—Yo me voy al llamado del General Rosas, le dijo, y usted va á quedar en mi representación, respondiéndome que la situación actual no será alterada. Es preciso sostener al Gobierno actual mientras él marcha de la misma manera. De lo contrario, es preciso derrocarlo y que usted asuma el Gobierno hasta que yo regrese. El poder militar de La Rioja queda á sus órdenes inmediatas, y todo lo que de mí dependa, con esto su prestigio propio y la conciencia de que obedece mis órdenes, no habrá quien se atreva á oponérsele.

—Puede irse, Coronel, con la ciega confianza de que encontrará á La Rioja y Catamarca en la misma situación que la deja. Mantendré en ella el orden y obligaré al Gobierno á marchar de acuerdo con sus instrucciones.

Quiroga tenia en el Chacho una confianza ilimitada, sabia que cumpliría sus órdenes al pié de la letra y que se haria respetar, con sus buenos modos primero, y con todo rigor si por este medio no podia conseguir nada.

El Chacho tenia ya un gran prestigio sin sus propias prendas, prestigio que, como se sabe, no se limitaba solo á La Rioja, puesto que se extendia tambien á Catamarca.

Quiroga era más temido, nadie se hubiera atrevido á desobedecer una orden suya, pero Chacho era obedecido de mejor voluntad, viéndole constantemente rodeado de oficiales prestigiosos, cada uno de los cuales respondian de grupos de hombres más ó menos numerosos.

Quiroga reunió á toda la Guardia Nacional de la ciudad y los departamentos más próximos, para presentarla á Chacho como único jefe mientras durara su ausencia.

—Lo que Chacho mande será obedecido al punto como si lo mandara yo mismo, dijo Quiroga en forma de proclama; él queda facultado á todo y si alguno falta en la menor cosa, se entenderá conmigo á mi regreso, fuera de lo que Chacho le haya hecho en justo castigo de su falta.

—¡Viva el Chacho! ¡viva el Chacho! gritaron de todas partes.

Y un entusiasmo indescriptible estalló en las filas de los milicos.

Y como si las autoridades de La Rioja fueran subalternas, del Gobernador abajo, Quiroga les presentó á Chacho en la misma forma que lo habia presentado á los soldados.

—El queda representando mi autoridad, lo que quiere decir que queda representando la del General Rosas; es preciso entonces que marchen de acuerdo, bajo la inteligencia que lo que él haga será lo que yo aprobaré y lo que aprobará el Gobierno de la Confederación.

Aquello era lo mismo que decir: dejó á Chacho de Gobernador de La Rioja, y las autoridades acataron la disposicion, puesto que no tenian mas remedio. Oponerse á lo que Quiroga mandaba era correr la misma suerte que el Gobernador de Catamarca, así es que no habia mas que bajar la cabeza y someterse.

Quiroga dispuso así mismo que la Guardia Nacional quedase movilizada para que con ella y las milicias de la Costa Alta pudiera Chacho acudir inmediatamente adonde fuera necesario.

Quiroga llevó á Chacho á casa de Pintos, que era la suya, haciéndole la presentacion de Angela como el tesoro más precioso que encerraba La Rioja.

—Ella es el alma de Facundo, le dijo, y la única vida que hace latir mi corazón. No sería extraño que en mi ausencia alguien turbar quiera la paz de esta casa, le dijo con la voz trémula: en ese caso me lo cuelga de un árbol y me guarda el esqueleto.

Chacho, como toda la provincia de La Rioja, conocia la triste historia de Pintos, crimen que habia reprochado desde el fondo de su corazón bueno y noble. Pero Angela estaba ya con Quiroga, aquel estado de cosas habia sido sancionado por la sociedad donde vivia, y no habia más que aceptarlo. Chacho no podia meterse á redentor de un muerto, mucho más desde que Pintos habia sido muerto á consecuencia de la acción más cobarde: el asesinato alevoso.

—Esa señora queda tan segura como si usted estuviera con ella, Coronel! Chacho le responde no solo de su persona, sino de la tranquilidad de su espíritu.

—Es la luz de mis ojos, decía Quiroga, no tengo más amor sobre la tierra y si no fuese por la incomodidad del supremo viaje, la llevaria conmigo. Pero quién sabe lo que el general Rosas quiere de mí, puede mandarme á algo apremiante y entonces tendria que dejarla en Buenos Aires, lo que sería mucho peor.

—Lo único que te pido es que no tardes, le decía Angela llorando: lejos de tu lado la vida va á ser para mí una eterna congoja.

—No tardaré, el tiempo necesario para recibir las órdenes que quieran darme y regreso en seguida: reposa en mi amor y en la seguridad, que me hallarás más amante que nunca.

A pesar de estar Chacho en La Rioja, Quiroga permaneció allí más de una semana, para dejarlo con todo bien arreglado.

Peñaloza era un joven de una astucia infinita, astucia que habia aguzado más todavía en sus últimos tiempos.

El cura Peñaloza, previendo los destinos á que su sobrino estaba llamado, le habia dado nociones profundas de sociabilidad y aun de sana política, lecciones que el Chacho habia aprovechado, porque las conceptuaba sanas y benéficas para él. De todas las autoridades de La Rioja puede decirse que era el Chacho el mejor preparado, pues su tío era un hombre de ilustración y de reposo que lo aconsejaria reclamente en cualquier caso de apuro.

Con la ausencia de Quiroga La Rioja quedaba en mejores condiciones, puesto que dejaría de imperar la ley del capricho del caudillo, que era la única que imperaba. ¿Quién se atrevía á contradecirlo, ni observar las disposiciones por él tomadas? Era exponerse á recibir el estallido de su cólera.

A la salida de Quiroga todas las autoridades lo acompañaron hasta la frontera de Santiago, y el Chacho con sus tropas rigurosamente formadas en columna, le hizo los honores.

El regreso de la comitiva fué aun mas alegre, pues ya se veían libres de Quiroga a quien todos temían.

Chacho se instaló en casa de Quiroga, frente á la de Pintos, pero Angela lo hizo llamar á la suya para que se alojara allí y poder atenderlo como era debido. Pero Chacho rehusó la invitacion con argumentos que Angela no podia rechazar.

—Usted es demasiado bella, niña, le decia, yo soy jóven aun y las gentes tienen la lengua mas larga que un maneador. Yo no tengo necesidad de que una habladora vaya á disgustarme con el Coronel y provocar cuestion que nunca he tenido. Su casa puedo cuidarla desde allí como si ella estuviera, no tenga por ella el menor cuidado, pero de venir aquí no es posible.

Angela comprendió aquellas razones y no insistió mas, su objeto al ser fina y atenta con el Chacho era contentar á Quiroga, pero se convenció que lo mismo podia atenderlo desde su casa, sin dar lugar á hablillas ni chismes que pudieran traerle un disgusto.

Chacho tenia toda la nobleza de su juventud vigorosa y simpática. Era un jóven cuya harba empezaba recién á cuadrar su fisonomía viril y manza, donde brillaban dos ojos de un negro intensísimo y de una soberbia belleza de expresion. Alto y delgado, era sumamente musculoso y ágil, lo que le daba una flexibilidad elegante y graciosa. La sonrisa eterna de sus labios suavemente ondulados, mostraba siempre aquella doble fila de dientes blanquísimos y perfectamente iguales, que daban á su boca un aspecto de fresca jovialidad.

Al saber que habia quedado recomendado á Angela, los maliciosos rieron pensando que la escena de Pintos podia repetirse con Quiroga de una manera poco agradable para éste; pero la conducta reservada y seria de Chacho apagó bien pronto aquellas risas y aquellas sospechas tan poco favorables á Angela. La que ha faltado á su marido no es extraño que falte á su amante, decían, pero es que aun en la posibilidad de hacerlo Angela no tendria con quien.

Cada dos ó tres ó más dias, Chacho hacia una visita á Angela, preguntándole en qué podia serle útil, pero se volvía á su casa poco despues, para volver á hacer lo mismo cuando lo creia prudente. O Angela tenia pocos atractivos para el Chacho, ó éste tenia demasiada amistad por Quiroga y no deseaba darle el más leve disgusto. Desde que Chacho se instaló en La Rioja, empezaron á lloverle visitas de todos lados, que venían á cumplimentarlo y á ponerse á sus órdenes de todos modos. Y Chacho los recibía con todo agasajo, agradeciéndoles la atencion y prometiéndoles ocuparlos en cuanto llegara la oportunidad.

El Chacho no ocupaba á nadie, aunque fuera su último soldado, sin pedirselo por favor, y sin hacer valer su influencia personal ó el poder que le daba su posicion. Su humildad llegaba al extremo de que, aun en la cosa de riguroso servicio, decia á sus soldados: Hágame el favor, amigo, de hacer tal ó cual servicio.

Así es que aquella gente, habituada á la brusquedad de Quiroga, que muchas veces no daba una orden sin acompañarla de una trompada, no tenia palabras con qué ponderar al Chacho y sus modos suavísimos. Y como sabian que no lo hacia aquello por debilidad ni por falta de valor, pues ya sabian qué clase de entrañas tenia, lo querian con locura y deseaban que Quiroga no volviera nunca para que quedara éste mandando en La Rioja.

Comprendiendo el Gobernador que Chacho era el único poder capaz de luchar con éxito contra Quiroga, habia tratado de ganarle el lado, flaco mostrándosele su amigo y visitándolo con frecuencia. Cuando creyó que Chacho era completamente suyo, empezó á hablarle mal de Facundo, diciéndole que era un monstruo á quien era preciso aplastar y antes que tomara más poder. A usted lo sigue toda la Rioja y gran parte de Catamarca, nosotros lo ayudamos y usted puede ocupar entonces la posicion más fuerte y respetable de las Provincias del Norte.

—Mire, amigo, dijo Chacho, desde que se sintió pinchado por el Gobernador para ir contra Quiroga: no me busque por este lado, porque yo no soy lo que usted puede haber creido. Soy amigo de Quiroga sobre todas las cosas, les dijo, porque él lo merece y porque como amigo leal se ha portado conmigo toda la vida. A él le debo la posicion que tengo y he de guardarle la más profunda consecuencia, cualquiera que sean sus pretensiones. Yo soy leal, amigo, y como leal le digo que no intente nada contra Quiroga porque en el acto me tendrian á mí encima.

El Gobernador comprendió que habia dado un golpe en falso, pero era ya tarde para retroceder. Miró con recelo á Chacho, pues pensó que éste lo descubriría cuando viniera Quiroga, y presintió que en el Chacho tenia ya un enemigo y un fiscal de sus acciones.

El Chacho comprendió en seguida lo que pasaba en el espíritu del Gobernador y trató en el acto de calmarlo: dándole todo género de seguridades.

—Por mí no esté receloso, amigo mio, le dijo, pues conforme soy leal para el Coronel Quiroga, lo seré para usted mismo. Lo que usted me ha dicho ahora, ni lo sabrá jamás de mi boca ni el Coronel Quiroga, ni nadie, puede estar seguro. Pero por ahora y mientras él no esté en La Rioja no intenten nada, no den el menor paso contra Quiroga, porque le iria encima con todo el rigor de que soy capaz. Yo le he respondido de la paz de La Rioja, de Catamarca y aun de Santiago mismo, y tengo que mantenerla á toda costa hasta que él venga. Una vez que vuelva y yo deje de representarlo, hagan ustedes lo que gusten, pero tengan muchísimo cuidado porque Quiroga es un hombre muy vivo y no van á poderlo engañar, además que todo movimiento contra él no podría dar un buen resultado porque todos lo temen y los mismos que estuvieron en su contra serian los primeros en obedecer su palabra y venir con él en contra de ustedes.

Con este motivo y comprendiendo todo el valor que tenian las palabras del Chacho, el Gobernador desistió de toda tentativa contra Quiroga y se hizo mas amigo que nunca de Peñaloza.

Tal vez, de todos modos los acontecimientos políticos llamarían

á Quiroga á otro teatro, y La Rioja quedaria en poder del Chacho á quien todos querian y respetaban.

El cura Peñaloza, que era hombre muy rico, relativamente á aquellas provincias miserables, habia enviado á Chacho mil pesos, para que pudiera atender con lujo sus necesidades mientras durara la ausencia de Quiroga.

—De todos modos lo que yo tengo es tuyo, porque á tí ha de venir á parar cuando yo me muera, solia decirle. No pases ninguna necesidad y pídemelo lo que quieras, que mi deseo es que hagas una buena figura.

Y aquellos mil pesos fueron empleados por el Chacho, no en su persona, que nada necesitaba, sino en atender las necesidades de sus soldados y oficiales más pobres. Estos en sus mayores apuros acudian al Chacho como quien acude á un padre, en la seguridad de que teniendo el Chacho, no los habia de dejar en apuros. Y así mas tardaban ellos en hacerle el pedido, que él en complacerlos.

La fama de su generosidad habia cundido al extremo de que de los departamentos más lejanos se costeaban las familias hasta La Rioja para implorar la ayuda del Chacho, porque tenian la seguridad de no volver con las manos vacias.

Así los mil pesos que recibió el Chacho de su tio se fueron en dádivas y prestados que nunca serian devueltos, pero el prestigio del jóven caudillo habia aumentado de una manera fabulosa.

Cuando ya no tenia que dar, daba sus prendas y hasta sus mulas mejores para que fueran empeñadas, pues teniendo él algo que dar no le gustaba que ninguno pasara necesidades.

Estas noticias llegaban hasta el Cura Peñaloza que aplaudia el desprendimiento de su sobrino, remitiéndole dinero para que desempeñara sus prendas ó mulas.

Por las mañanas Chacho salia á pasear por los alrededores de La Rioja, con cuidado de dejar en casa de Angela dos asistentes de mayor confianza. Y aquí un cuarto, allí un peso y mas allá dos reales, cada paseo de éstos le costaba ocho ó diez pesos, verdadero caudal en aquellos tiempos y en aquellos parajes.

Si las autoridades cometian alguna injusticia con alguien, al momento venia la queja á Chacho, quien se empeñaba hasta que el de la injusticia quedaba en libertad. Pudiendo imponerse por su posicion y por los medios que tenia á su alcance, siempre intercedia pidiendo la libertad del preso como un favor especial, de modo que las autoridades inferiores ó superiores no tenian inconvenientes en hacer lo que les pedia, puesto que el empeño no revestia un carácter de imposicion que rebajara la autoridad del funcionario.

Por la noche el Chacho armaba tertulia con sus subalternos que se venian á reunir en su casa á pasar un rato agradable. Allí se jugaba al truco ó á cualquier otro juego de naipes, pero sin interés, porque Chacho jugaba solo para matar el rato y sin que las cartas tuvieran para él mayor aliciente.

Las familias lo buscaban para que las visitara, pero Chacho huia como del diablo de las etiquetas sociales; odiaba cordialmente los cumplidos y no podia soportar la falta de confianza que reinaba en las visitas de cumplimiento.

Solo visitaba en tres ó cuatro casas con cuyos dueños habia

estrechadas relaciones, y en la casa de sus oficiales y soldados, donde no tenia que andar con cumplidos y encojimientos.

Así los subalternos no veian en el Chacho un jefe sino un amigo ante quien podian abrirse con la mayor franqueza. Porque Chacho habia logrado este dificilísimo resultado que habia de hacer de él lo que fué mas tarde: inspirar confianza, cariño y profundo respeto.

Las jóvenes de La Rioja que miraban en el Chacho un partido soberbio, le hacian sus inocentes agasajos, solicitando su presencia en sus fiestas y reuniones.

El Chacho, cuando no tenia cómo sacar el cuerpo asistia á ellas, pero no galanteaba á ninguna, aunque algunas habia que les gustaba el mando. Como por el momento estaba decidido á no casarse no queria festejar á ninguna, ni hacer caso á las indicaciones que en este sentido le hacian los amigos.

—¿Que no te gusta ninguna? le decian empujándolo hácia las mas bellas.

—Por el contrario, respondia picarescamente, me gustan todas de tal manera, que no quiero dar la preferencia á una, por no renunciar á las demás. Todas son mas lindas que todas y como yo no soy mas que uno solo, preferir á una es para inhabilitarme con las demás. Así me encuentro mejor y puedo mirarlas á todas con igual libertad.

Así pasaba su vida, repartiéndola entre sus amigos y entre sus soldados que le querian con locura.

Este cariño era tal, que muchísima gente que no pertenecia ni á la Guardia Nacional ni á las milicias de Costa Alta, únicas fuerzas movilizadas, rodeaban al Chacho y no salian del cuartel, prestando todo género de servicios.

El Chacho les habia dicho desde el principio que no necesitaba más gente, que se fueran á sus casas y que él los llamaria en caso de necesidad. Pero ellos le habian respondido que se encontraban muy bien á su lado y que no pensaban en moverse de allí.

Como quienes vienen á un paseo, tanto de Huaja como de Malligasta y otros departamentos, venian los grupos de paisanos á visitar al Chacho y á pasar dos ó tres dias en compañía suya.

El les hacia regalos de dinero y de animales, con lo que se retiraban felices y llenos de orgullo: por servir al Chacho no habia sacrificio que no se sintieran capaces de hacer.

Así en cuanto Chacho lo hubiera necesitado, habria tenido dos mil hombres á su alrededor.

Los enemigos de Quiroga y los que deseaban que el caudillo no adquiriera más poder, veian con satisfaccion profunda la preponderancia que iba adquiriendo Chacho y el crecimiento fabuloso de su prestigio, porque aquel seria el único elemento que en un caso dado podrian ofrecer á Quiroga. Pero con desesperacion profunda veian tambien que esta esperanza seria irrealizable, porque todos aquellos elementos, hasta su persona misma, el Chacho los pondria al servicio de la causa que precisamente querian combatir.

Chacho era un hombre de una inquebrantable lealtad, estaba estrechamente ligado con Quiroga y no habia que pensar en que faltara á esta lealtad ni abusara siquiera de la confianza que aquél habia depositado en él.

Así los elementos que por medio del terror había adquirido Quiroga y los que por el cariño había adquirido Chacho, se juntaban para servir a la más infame de las causas y consolidarla en las provincias de una manera incommovible.

Angela veía á Chacho con sumo agrado, porque sus modos suaves y cariñosos contrastaban tanto con las maneras bruscas y hasta cierto punto groseras de Quiroga, aún para ella misma que, el caudillo se esmeraba en complacer. Y lo hacía invitar con frecuencia á comer con ella ó á pasar un momento en su compañía. El Chacho aceptaba é iba cuando le parecía prudente, pues no quería tampoco provocar una enemistad en la jóven, que pudiera dar lugar al menor disgusto.

Todos se llevaban bien con el Chacho: todos lo querían y todos deseaban que la ausencia de Quiroga se prolongase el mayor tiempo posible, ya que no se veían nunca libres de él. Estando lejos, cometería sus iniquidades por otra parte, no acordándose de La Rioja para nada. Pero Facundo no podía tardar, puesto que en Angela había dejado su vida en La Rioja. Cuando antes no había venido es porque materialmente no le habría sido posible. Pero ya lo tendrían allí más soberbio y más bárbaro que nunca: no tendrían mucho que esperar.

El coronel Peñaloza

A los dos meses de haberse ido Quiroga de La Rioja, recibió Chacho una carta suya en la que explicaba la causa de su tardanza. Organice un ejército, le decía, para marchar sobre La Madrid, que anda maleando. Una vez que lo pelee y lo venza, me tendrá por allí. Es bueno entre tanto que me vaya poniendo en pié de guerra toda la gente que pueda, para lo cual yo le mandaré armas. Quiero tener allí un ejército para poder rehacerme con él en caso de un contraste.

Y Quiroga adjuntaba una carta para Angela, rogándole tuviera paciencia, pues no le era posible venir antes, consolándola con mil frases apasionadas y hasta poéticas, de que no se hubiera creído capaz á Quiroga.

—Pronto estarás orgullosa de tu Quiroga, concluía aquella carta, que sin embargo no es más que el más miserable de tus esclavos.

Angela, que andaba triste y pensativa porque no podía explicarse la causa de la larga ausencia de su amante, volvió á irradiar en sus ojos toda la felicidad en que sintió bañado su espíritu.

Quiroga no se demoraba porque la hubiese olvidado ni dejado de amar como antes. Estaba retenido por obligaciones ineludibles, según las explicaciones que Chacho le daba, y no había más que tener conformidad para poder esperarlo tal vez convertido en un general.

Chacho, para mejor cumplir los deseos de Quiroga, salió personalmente á recorrer los diversos departamentos, citando á los Guardias Nacionales en nombre del coronel, y diciéndoles qu

cuanto antes era necesario se encontraran reunidos en La Rioja para recibirlo y ponerse á sus órdenes.

Chacho, que estaba en todo porque su espíritu no se turbaba jamás, había dejado en casa de Angela un piquete de diez hombres de su mayor confianza, á las órdenes del más bravo de sus capitanes, quien le respondía de la tranquilidad de la jóven. Así Chacho podía atenderlo todo sin que Quiroga tuviera á su vuelta el menor disgusto.

Ocho dias despues de haber salido Chacho de La Rioja, había reunido cuatro mil hombres, pues al saber que él reclutaba gente, hasta de Catamarca y Santiago habían venido á presentársele voluntariamente.

Chacho era recibido en todas partes con muestras del mayor regocijo. Todos se disputaban el derecho de alojarlo en su choza ó en su rancho, teniendo él que parar á campo para contentar á todos igualmente. Y apenas les daba la órden de prepararse y les señalaba como punto de reunion la ciudad de La Rioja, pasaba á otra parte á hacer la misma operacion.

Así Chacho se recorrió toda la provincia, reclutando la mayor cantidad de gente que le fué posible. Cuando regresó á La Rioja ya lo esperaba reunido un inmenso ejército, con el que podía acometer cualquier otra empresa, aunque la mayor parte de aquella gente se hallaba sin armas y sin organizacion.

En cuanto á la reorganizacion, en un mes haria el Chacho de ellos otros tantos veteranos, y en cuanto á las armas, las traeria Quiroga y así no había nada perdido.

El cura Peñaloza acudia en socorro de su sobrino cada vez que éste le hacia alguna consulta grave, y así el pueblo y las autoridades militares y civiles vivian en una perfecta armonia.

Quiroga entretanto permanecia en Buenos Aires, bebiendo en la inspiracion infame del tirano las más sangrientas ideas, y recibiendo las más terribles instrucciones.

La Madrid, el héroe La Madrid, querido y respetado por todos, levantaba un ejército en Tucuman, ejército terrible, que Rosas no podia dejar en pié, porque era una amenaza de muerte para su Gobierno. Era preciso destruirlo á toda costa, y el único capaz de llevar á cabo aquella destruccion, era Facundo, el terrible Facundo Quiroga.

Despues de explicarle Rosas lo que queria de él, le preguntó qué necesitaba para batir á La Madrid y concluir con su ejército.

—Lo único que yo puedo necesitar, si algo necesito, replicó Quiroga con infinita soberbia, son armas. Gente me sobrará porque todo el interior se alza á mi voz, y el que por casualidad no se alce lo hago levantar yo. Aunque La Madrid tenga el primer ejército yo concluiré con él, no dejando ni un solo soldado para que le haga de comer.

—Eso es lo que yo quiero para que concluyamos de una vez con estas alzadas ridiculas, que solo sirven para convulsionar la República y alterar la paz federal que en ella reina.

—Hágame dar las armas necesarias y yo le garanto que no queda en toda la República ni un Lamadrid para remedio.

—Es preciso que no olvide que La Madrid es un buen táctico y un jefe brillante, que maneja muy bien la infanteria y sabe aprovechar muy bien las ventajas de la artilleria.

—No hay cañon que resista al poncho de Facundo: en cuanto á la infanteria la echaremos por delante con una buena masa de caballeria, si es que no se me ocurre hacerle infanteria mejor.

—Seria prudente pues, una buena infanteria: es ventajoso.

—Llevaré entónces caballeria é infanteria: en cuanto á artilleria no pensemos, puesto que haré uso de la suya. Seria conveniente que me proporcionaran algunos buenos planteles para la formacion de nuevos cuerpos, y me diera algunos oficiales de los que aquí están de más. Yo en cambio le ofrezco de la manera más formal y terminante, que en el primer encuentro sucumbe La Madrid y los suyos

Rosas tenia profunda fé en Quiroga, porque era en su tiempo el mejor jefe de caballeria de que se tuviera idea, y porque su valor era estupendo.

Lo que hay es que iba á encontrarse con un jefe de primer órden, algo aturdido, pero valiente hasta la temeridad y un táctico distinguido.

—Yo solo pido armas para la gente y una lanza para mí, donde po ter ensartar como mojarras á esos salvajes perdidos. Yo en la vanguardia y en la retaguardia Chacho, y deje no más venir á los Unitarios.

—¿Y quién es Chacho? preguntó Rosas sumamente agradado al sentir pronunciar un nombre de guerra.

—Chacho es mi segundo, mi otro yo, contestó satisfecho Quiroga: un muchacho que si le empujo un tantito, es capaz de venirse á Buenos Aires mismo, pasando por todos los peligros y calamidades. Chacho es el que ha quedado reemplazándome en el Norte, y le tengo tanta fé que ya sé yo que estando él allí, no hace falta Quiroga.

Rosas, que era amigo de traer á su lado á todo hombre que descollara por su reputacion militar, paró el oido al momento y concibió la idea de atraerlo á su lado y á su causa.

—Está en ella desde que está conmigo, contestó Quiroga: yo dispongo de Chacho como de mi mismo, y la mayor prueba que puedo dar es el venirme de La Rioja dejándolo en mi lugar. Chacho es mozo de provechó y de avería: y verá la figura que hace en esta campaña.

—Cuando usted se vaya yo le he de dar algo para que le lleve, una lanza, que no tendrá, estoy seguro, y unos pesos que le han de hacer falta.

—Esto último sobre todo, contestó Quiroga, en las provincias la gente es muy pobre, y en las del Norte sobre todo. Allí no se vé un centavo con frecuencia, y la gente muchas veces tiene que empeñar por una miseria sus más lujosas prendas.

—Pues le daré un poco de plata para que les lleve á esos buenos muchachos y le vayan tomando amor á la federacion. Es preciso que los que se sacrifican por una causa participen en sus beneficios.

—Como usted lo disponga, pues es hombre que está en todo y comprende las necesidades de uno.

—Bueno, yo voy á hacer entregar y arreglar cuanto necesite, pues es necesario que se ponga en campaña cuanto antes para impedir que aquello tome cuerpo.

Las cárceles fueron abiertas y entregados sus presos á Quiroga

para que sirvieran de plantel á los cuerpos de infantería que debían formar. Los presos de San Nicolás, los de Martín García, y los de Buenos Aires mismo, donde había bandidos formidables, fueron entregadas con el objeto de librarse de ellos y de que Quiroga formara buenos batallones de línea, pues todos aquellos presos, el que más ó el que menos habían sido ya soldado del Ejército.

¿Quién no lo había sido en aquellos tiempos de constante batalla y constante lucha?

Rosas hizo poner aparte una buena cantidad de fusiles y lanzas, entregándoselos á Quiroga con la munición correspondiente. Rosas entregó á Quiroga dinero para él, dinero que supliera las primeras necesidades de sus tropas y dinero para que diera á Chacho, como un regalo que le hacía el Gobierno y fuera de los sueldos que pudiera devengar.

Rosa disponía de la fortuna pública y podía ser espléndido, y si no bastaba ésta, ahí estaban los bienes de los salvajes unitarios para responder á todos sus caprichos.

Rosas regaló un espléndida lanza á Quiroga y otra no menos famosa al Chacho, con un vistoso uniforme para que le fuera tomando cariño á las glorias militares.

Quiroga se puso en marcha seguido de una tropa de carros llenos de pertrechos de guerra, y de unos quinientos presidiarios con los que debía formar sus batallones de infantería.

Aquellos honorables bandidos creyeron que aquella era su libertad completa: no conocían á Quiroga y esperaban solo salir de Buenos Aires para sublevarse y mandarse mudar.

Rosas había dado á Quiroga cuatro oficiales que debían ayudarlo á conducir los presos á su destino.

En el Rosario estaba el general Lopez con todo su poder, así es que solo á la salida del Carcarañá hicieron su primera evolucion en ese sentido.

Uno de los batallones, pues en batallones los había dividido Quiroga, se declaró libre y en el mismo campamento dijeron los soldados que estaban fuera del alcance de Rosas y que no querían servir ni reconocían jefe alguno.

Quiroga no esperó más; tomó un gran garrote y recorrió las filas de los sublevados, de tal manera que cuando llegó al extremo opuesto del que había empezado, quedaban ocho soldados en el suelo con las cabezas partidas. Dos ó tres más guapos y más bandidos lo asaltaron cuchillo en mano creyendo que lo podrían ultimar, pero bien pronto cayeron al suelo, y allí los ultimó Quiroga á garrotazos. Los oficiales vinieron en su auxilio con algunos soldados, pero Facundo los contuvo inmediatamente haciéndolos retroceder.

—Yo no necesito para estos hombres más auxilio que el del garrote, dijo: ¡lindos quedaríamos si no pudiera yo contener á cuatro borrachos!

Y siguió sacudiendo garrotazos tremendos sobre aquellos desventurados, que empezaron á comprender, aunque demasiado tarde qué clase de hombre se habían echado encima.

Aquella tentativa de motin, que costó bastante caro, vino á demostrarles que con Quiroga no se podía jugar y que era peligroso intentar sublevarse.

Quiroga no se dió por satisfecho hasta que verdaderamente no se cansó de pegar. Los oficiales estaban asombrados del valor de Facundo y aterrízados ante su ferocidad brutal.

Los otros batallones no se dieron por vencidos y creyeron que Quiroga hacia aquello porque ellos no tenían armas todavía, pero que una vez que se les diera, no se atrevería á hacer lo mismo.

Facundo mandó un chasque al Chacho para que se le incorporara con todas las milicias que pudiera reunir, sin preocuparse de las armas porque él se las daría.

Nadie sabe si alguien se le dijo á Quiroga ó si él lo sospecharía pero apenas salió de Córdoba, proclamó á los presos de una manera original.

—Ustedes creen que yo los he sujetado porque no tenía armas, pero que teniéndolas podrían conmigo. Como es preciso que sepan que conmigo no puede nadie y que cuando yo mando, mando, voy á hacerles repartir armas y para que escarmienten, les voy á romper el alma con arma y todo!

Quiroga hizo entregar fusiles á uno de los batallones, y despues de hacerlos formar, tomó un garrote y empezó á recorrer las compañías pegando palos de muerte. Pero los soldados, solo con la simple demostracion de que no les tenía miedo, habían sido dominados. De aquella primera prueba quedaron dos soldados muertos y diez ó doce contusos de una manera gravísima. El que menos, tenía la cabeza rota.

Tales cosas hizo con ellos, que el ascendiente que cobró sobre aquellas tropas presidiarias fue completo.

Para demostrarles mejor qué clase de hombre era él y lo que podrían esperar, si no se sometían por completo, Quiroga hizo repartir á todos el fusil que les correspondía, con un paquete de cartuchos. Y esa noche se acostó á dormir entre los mismos soldados, sin más arma que un garrote de algarrobo. ¿Dormía ó no dormía Quiroga? Parecía entregado á un más profundo sueño, pero ninguno se atrevía á cerciorarse temiendo que Quiroga fuese á sorprenderlo y á matarlo á palos.

Desde entónces todos aceptaron á Quiroga como jefe supremo; al extremo de que los más bandidos temblaban á su menor indicacion, pues Quiroga se les había impuesto y los había dominado con su valor personal y el poder pasmoso de su brazo de Hércules.

Al pasar por Santiago, Facundo pidió un contingente de caballería, que se le entregó al momento sin la menor resistencia, pues ya sabían de lo que Quiroga era capaz. Y de allí mismo hizo un chasque á Mendoza, ordenando al gobernador le remitiera un contingente de seiscientos hombres.

El gobernador de Mendoza desobedeció, mandándole decir que lo conocía como no superior, lo que irritó inmensamente á Quiroga que dijo que ahora no solamente sacaría de Mendoza dos mil hombres, sino que se traería entre ellos al mismo gobernador para que sirviese unos días como el último individuo de tropa, y aprendiera entónces á respetarlo y obedecerlo como era debido.

—Estos pillos creen, decía, que porque son gobernadores lo son todo, sin ver muchas veces que si no los echan abajo es por temor á lo que yo haría.

Y marchó en seguida buscando la incorporacion del Chacho, á quien suponía ya muy próximo al punto convenido.

Peñaloza, en cuanto recibió el chasque de Quiroga, se puso en movimiento con cerca de cuatro mil hombres que tenía listos para el primer aviso. A su paso por todos los departamentos y poblaciones, Chacho iba reclutando gente, pues había muchos que, queriendo seguir aquella patriada se le presentaban voluntarios con su caballo y su garrote á falta de otra arma.

Chacho los incorporaba á su larga columna, contento por el cañño que se le demostraba en todas partes, y el prestigio de que gozaba entre sus tropas que cruzaban las poblaciones sin hacer el menor daño.

El cura Peñaloza había puesto en las petacas de su sobrino una buena cantidad de charque y todos los pesos de que pudo disponer por el momento.

Todo el afán del buen cura era que su sobrino hiciera una figura lucida y que no careciese de nada. Sabiendo que éste andaba contento, ya se consideraba feliz. No tenía más pariente que su sobrino y para él eran todos sus cariños y sus afanes.

Chacho y Quiroga se encontraron al fin, maravillado el segundo de la gran masa de caballería que traía el primero. Es que la mayor parte del dinero que le diera su tío lo había empleado en socorrer á las familias de los que venían con él, de modo que ninguno había tenido reparo en dejar la suya para seguirlo.

Por más que Quiroga esperara ver llegar á Chacho con una buena cantidad de gauchos, no pudo menos que asombrarse del número de éstos. Había allí con que pelear un mes seguido sin fatigar á la gente.

La primera pregunta de Facundo fué para informarse de Angela, cuyo recuerdo no se había debilitado en su corazón á pesar de los múltiples pensamientos que ocupaban su imaginación.

Quiroga era un hombre de una ambición desmedida por todo lo que era mando: venciendo á La Madrid estaba seguro que su poder sería inmenso en todo el interior y que podría llegar hasta imponérsele á Rosas mismo, presentándosele como un igual en prestigio y en poder.

Así es que miró con un placer inmenso al ejército del Chacho, preguntándole después por Angela.

— Ahí está contenta y feliz, contestó Chacho: sabiendo que yo venía á su encuentro, me ha dado para usted esta carta, añadiendo que espera no se vaya sin contestársela por un chasque.

Era aquella una carta llena de pasión y de enamorados conceptos, que trastornó la imaginación de Facundo.

A no ser por el temor de que La Madrid saliera de Tucuman y se incorporara á algún otro de los jefes unitarios que andaban en campaña, hubiera volado á La Rioja á visitar su amante. Pero no podía perder tiempo sin exponerse á un fracaso que le hiciera perder enormemente en la opinión de Rosas, que al fin y al cabo era su proveedor de dinero y de armas.

Así es que allí mismo y sobre un escritorio de campaña que le regaló Rosas, contestó la tierna carta con sus frases

más cariñosas y la mandó inmediatamente por medio de un chasque.

Recien empezó á hablar con Chacho, siendo lo primero informarse de si la habia dejado en seguridad.

—En seguridad perfecta, contestó Peñaloza, satisfecho de lo que hiciera en este sentido. He dejado el mejor y más guapo de mis oficiales con veinte hombres mejor armados y de más confianza que tenia entre los mios. Esto me permite asegurarle que nadie le locará un pelo de la ropa.

Quiroga estrechó la mano de Chacho, y le dió las gracias por cuanto habia hecho, pasando en seguida á informarse de la marcha de la provincia en general.

Chacho consecuente con lo que habia ofrecido, no dijo una sola palabra de lo que habia intentado el gobernador. A su salida de La Rioja le habia recordado su conversacion y su promesa, agregando:—Cuidado con lo que se hace, porque aunque yo me voy de La Rioja puedo volver con un ejército.

—No tenga cuidado, habia respondido el gobernador; nada intentaré por mi parte, esperando que usted será consecuente con el secreto pedido.

—El Chacho no tiene más que una sola palabra: el Coronel no sabra jamás de mi boca lo que ha pasado y como supongo que usted no lo habrá dicho á alguien más, espero que no lo sabrá nunca.

Con esto el Chacho creyó poder asegurar y aseguró á Quiroga, que las cosas permanecian y permanecerian en el mismo estado que él las dejó.

—El gobernador es bueno y leal: lo estima á usted y lo respeta como es debido, lo que significa que pondrá todo su esfuerzo para que el orden no sea turbado.

Plenamente satisfecho por este lado, Quiroga no pensó ya más que en arreglar su ejército y marchar sobre Tucuman. La conducta del Gobernador de Mendoza lo preocupaba algo, pero pensaba tomar su desquite en la primera oportunidad, así es que dejó aquel asunto para resolverlo cuando terminara con La Madrid.

El caudillo prestigioso que allí habia, era el fraile Aldao, hombre de accion y de nervio, pero que si algun prestigio tenia en Mendoza, fuera de allí no podría contrarrestar la influencia de Facundo. Todavía Aldao no se habia revelado en la feroz crueldad que lo distinguió más tarde; era un tigre que recien empezaba á sacar las uñas y que disponia de algunos cientos de hombres. Sumamente sagaz y comprendiendo lo que era Quiroga y adónde podia llegar éste, su posicion y prestigio, habia cambiado con él algunas cartas, significándole que podia contar con él en todos los casos.

—Este es consejo del pícaro padre, dijo Quiroga al Chacho cuando la negativa del Gobernador de Mendoza, pero el día que yo lo agarre le voy á mandar á decir una misa en el infierno.

Decidido á no preocuparse de Mendoza hasta terminar, en Tucuman, empezó á repartir las armas que traia; y á distribuir fuerzas en divisiones de las dos armas.

Los milicos estaban maravillados ante aquellos brillantes sables y agudas lanzas.

Pocos fueron los hombres que pudo destinar á la infantería, por el momento, pues la mayor parte de los soldados de Chacho no tenían ni idea del manejo del fusil. Pero más tarde podría reclutarla con elementos que sacaría de Tucuman, aunque éi tenia poca fé en la infantería, siendo la caballería el arma de su predilección.

Una especie de estupor se apoderó del Chacho cuando vió la espléndida lanza que le remitía el general Rosas y recibió los pesotes que la acompañaban.

—Esta lanza secundará sus esfuerzos, coronel Quiroga, dijo el Chacho al recibirla, todo impresionado, y estará siempre al servicio del Gobierno del general Rosas y su sábia política.

En seguida Quiroga se puso en marcha sobre Tucuman, no sin haber enviado á Rosas una comunicacion en la que le significaba que el Gobernador de Mendoza no éra leal á su política y que á su regreso lo cambiaria. Si usted dispone otra cosa, concluía aquella comunicacion, hágamelo saber con tiempo.

Cuando Quiroga llegó á los alrededores de Tucuman, mandó intimar á La Madrid que se rindiera con todos sus libertadores: famosos, que de lo contrario entraria á sangre y fuego.

Quiroga traía su caballería perfectamente armada y ávida de entrar en pelea, su infantería aunque escasa no éra mala, y con estos elementos creía tener lo suficiente para entrar en pelea ventajosamente.

La Madrid que tenia una division de las tres armas, pero poco numerosa, miserable puede decirse, ante el ejército de Quiroga. Sin embargo, tenia la más pobre idea de Quiroga y de aquellas tropas sui géneris, y creyó que no resistirian ni al empuje de su infantería ni á los disparos de su artillería de campaña.

Soberbio y altanero, el valiente La Madrid respondió á Quiroga que salía á su encuentro, que si no se entregaba en el acto haría con él un escarmiento en toda regla.

Quiroga tendió una larga línea de batalla, cuyo mando inmediato dió al Chacho, dejando como reserva una fuerte columna de caballería. El se reservaba su puesto en todas partes, para poder acudir como siempre, al paraje donde flaquearan sus tropas.

El orillante y noble La Madrid iba á encontrarse por primera vez frente al tremendo y feroz Quiroga. Y con esa confianza ciega que le daba su valor y la disciplina de sus escasas tropas, salió de Tucuman, creyendo que, jugando su artillería en campo abierto, los guapos de Quiroga no resistirian á sus disparos.

La Madrid formó su línea protegiendo los cuerpos unos con otros y rompió sobre el inmenso blanco que ofrecían los regimientos de Quiroga, el fuego de sus tres piezas de artillería.

Quiroga, semejante al tigre que salta tras del fognazo del arma, salió al frente de sus tropas mandando romper el fuego de su fusilería.

El combate estaba reciamente empeñado y la artillería de La Madrid funcionada de un modo bárbaro, abriendo claros que hacian vacilar al resto de la tropa.

—¡Es preciso apagar el fuego de aquellas piezas! gritó Facundo

incitando á sus tropas y animándolas con su ejemplo. ¡A ver los de la Costa Alta, aquí conmigo— que atiende el Chacho el resto de la línea!

Y Quiroga, revoleando su poncho de gaucho y seguido de la caballería de la Costa Alta, cayó sobre las piezas, á pesar del fuego violento de fusilería con que intentaron contenerlo.

Los soldados empezaron á caer, pero el resto animados por el ejemplo de aquel jefe tremendo, siguieron adelante revoleando sus ponchos y sus sables.

Chacho en prevision de un rechazo que era fácil, habia enviado tras de Quiroga dos regimientos más en su proteccion, mientras él cargaba á la caballería con terrible violencia.

Solo la reserva de Quiroga permanecia sin combatir, contemplando extasiada aquel combate bárbaro, cuerpo á cuerpo y al arma blanca. Facundo habia llegado á las piezas apagando los fuegos con su propio poncho y matando allí á lanzadas á los artilleros de las otras. Allí habia acudido La Madrid, comprendiendo que era punto á que debia dedicar toda su atencion, aglomerando sus infanterías.

Pero Quiroga ya se habia apoderado de las piezas, que, á pesar del fuego terrible que recibian, no tardaron en atarlas á la cincha de sus caballos.

Perdida la artillería no quedaba nada que hacer: su infantería era cargada con brio asombroso, mientras que su caballería era arrollada y perseguida por el Chacho, cuyo empuje no habia podido resistir: se desbandaba por todas direcciones.

No quedaban en el campo más que las infanterías de La Madrid envueltas por una tremenda masa de caballería. El fragor del combate era inmeso, por todas partes se oían gritos desesperados y maldiciones de muerte.

Los que huían del campo de batalla eran perseguidos y muertos ó aprisionados por las fuerzas de Chacho. E-te, como siempre, contenia á los suyos en lo posible para que no mataran más gente. Pero Quiroga por su lado los incitaba á la matanza.

En este estado del combate se apareció una ligera columna de caballería, que se situó al lado de las reservas que habian quedado en el campo. Era el fraile Aldao que venia con un refuerzo en socorro de Quiroga.

El fraile, que era quien habia aconsejado al gobernador de Mendoza, para intrigarlo, negase á Quiroga el contingente pedido, se habia puesto en marcha en su socorro para lograr mejor su intriga. Y abriéndose paso por entre lo más duro del combate, se acercó á Facundo y le dijo:

— A pesar del Gobierno y de todo, aquí vengo á ponerme á sus órdenes con la poca fuerza que he podido reunir.

Ante aquella demostracion Quiroga vió en el fraile Aldao un aliado de su causa y lo mandó cargarse con sus mendocinos para concluir de una vez aquel combate que se prolongaba ya más de lo debido. Aprovechando aquel momento, La Madrid se puso en retirada con la infantería que habia logrado salvar, entrando en Tucuman, que ninguna resistencia podria ya oponer.

Era preciso retirarse á toda costa porque Quiroga no tardaria en seguirlo, y triste y perdida toda esperanza, el desgraciado La Madrid pudo retirarse del lado de Salta con el propósito de pasar

á Bolivia. El campo de batalla quedó convertido en un inmenso horror.

Las tropas de Quiroga no daban cuarteles, degollando á los heridos y tratando de alcanzar á los que huían.

Aquellos foragidos que habia llevado de las cárceles de Buenos Aires estaban en su elemento, desde que podían robar y matar impunemente.

Chacho habia concluido su persecucion y volvía con bastantes prisioneros.

Quiroga y Aldao presenciaban el degüello que hacían sus tropas satisfechos de ver correr la sangre en abundancia.

—Chacho trae más prisioneros, gritó Quiroga al ver que éste regresaba: la fiesta va á durar todo el día.

Al oír esto, los soldados aplaudieron con estrépito, pues no solo les traían nuevas víctimas, sino nuevas personas que robar.

Pero Chacho no permitió que le tocaran un solo prisionero, pasando á conferenciar con Quiroga.

—Los prisioneros míos, son todos soldados y oficiales que pueden sernos de gran utilidad en adelante es mejor dejarlos para que yo los destine á mis regimientos, que matarlos. Demasiado han matado ya, Coronel, yo le pido que haga cesar el degüello.

No se sabe por qué, pero lo cierto es que el Chacho influía de una manera poderosa en el ánimo de Quiroga.

—¡No maten más, que así lo pide el Chacho, dijo, no maten más!

Pero los bandidos estaban tan entusiasmados, que no oyeron la palabra de su jefe y siguieron la matanza y el robo.

Quiroga empuñó como un garrote un pedazo de lanza y empezó á sacudir á sus soldados de una manera tremenda. Cinco minutos después la matanza habia concluido, ocupándose los soldados en desnudar los cadáveres.

Los prisioneros del Chacho y los que éste habia salvado de una muerte segura y bárbara, lo miraban como un ser milagroso, no sabiendo cómo agradecer el servicio recibido.

—Conduciéndose bien, yo me consideraré satisfecho, les decía Chacho, y así no habrá motivo para que el Coronel haga una herejía. Mientras estén conmigo, serán tan bien tratados que en nada han de extrañar á sus antiguos jefes. Pero es preciso que se porten bien y que no den motivo para la menor queja, pues el Coronel es áspero y duro, y no siempre estará dispuesto á hacer lo que le pida yo ni nadie.

Aquellos infelices que consideraban un milagro el hecho de estar vivos siendo prisioneros de tropas federales, prometieron obedecer en un todo á Chacho, y no darle motivo para que les hiciera la menor observacion.

En Tucuman estaban aterrados con la derrota de La Madrid, cuyo resultado sería la ocupacion de la plaza y saqueo de la ciudad á que se entregarían las tropas de Rosas, pues Quiroga no era considerado allí sino como un teniente del tirano. Y al saber que el fraile Aldao estaba entre ellos, el terror no conocía límites.

A la tarde, las autoridades que quedaban en Tucuman, tenían solo las pocas fuerzas existentes para imponer algun temor á

Facundo. ¿Pero qué iba éste á imponerse, cuando habia artilleria de línea para reducirlos á la obediencia?

Quiroga les mandó intimar que se entregaran sobre tablas ó entraria á cuchillo con todos.

Resistir era ridiculo: La Madrid se habia retirado con un puñado de leales, y si él no habia podido resistir á Facundo, era ridiculo que ellos intentaran una resistencia que solo servia para irritar más á Quiroga y hacerlo cometer mayores excesos.

Chacho fué el encargado de llevar la segunda intimacion, intimacion perentoria, que debia ser contestada sobre tablas, si no querian que Quiroga entrara á sangre y fuego.

Chacho persuadió á las autoridades que debian entregarse para evitar que Quiroga hiciera alguna iniquidad sin nombre.

— Pero de todos modos Quiroga no respetará nada; ¿quién nos garante la vida si lo dejamos entrar?

— ¿Y quién se las garante si entra á la fuerza? Yo me comprometo á hacer todo lo que pueda en beneficio de ustedes, pero les aconsejo que se entreguen, porque si Quiroga entra irritado, va á pasar á degüello á todo el mundo: es un hombre tremendo. El sabe por los prisioneros que aqui no hay defensa posible, y aunque la hubiera, tiene fuerzas bastantes para vencerlos: llévense de mi consejo y no lo irriten, es lo mejor que pueden hacer.

Aquella tarde misma, Tucuman permitió á Quiroga que entrara sin condiciones y atenedos solo al amparo que pudiera prestarle el Chacho. Este, por su parte, habia tratado de influir en el ánimo de Facundo para que no permitiera el desborde de sus tropas, y Quiroga dijo que aquello era difícil, porque los ánimos estaban enconados, pero lo facultó para que se encargara de mantener el orden en la ciudad. Era cuanto pedia Chacho para poder garantir la vida de los habitantes, en lo posible.

Quiroga por un lado, y el fraile Aldao por otro, empezaron á cometer to la clase de horrores, haciendo lancear á unos y fusilar á los otros. Los presidiarios se habian desbordado por la ciudad, saqueando las casas de negocio y matando dentro y fuera de las casas.

Chacho envió con fuertes grupos á sus mejores oficiales para que recorrieran la ciudad y evitaran en lo posible el saqueo y la matanza, saliendo él mismo á recorrer el centro con aquel propósito, y evitando de esta manera muchos crímenes.

Así la reputacion de humano y bueno que iba creando el Chacho, se extendia á la par que crecia la de bárbaro y feroz que tenia ya conquistada Quiroga.

Todo fué cambiado en Tucuman, autoridades y gobierno, quedando Quiroga por el momento al frente de todo. Fué entonces que Quiroga por sí y ante sí hizo Coronel al Chacho, coronelato que fué confirmado por Rosas.

El fraile Aldao

En nuestra historia de Rosas hemos hecho un bosquejo de este tipo repugnante y feroz, como vicio y como crueldad. Su traicion y su intriga al Gobernador de Mendoza, lo habian levantado ante la consideracion de Quiroga, que lo creia un buen aliado de su causa.

Aldao era más cruel y más corrompido que Quiroga mismo, por lo cual aquellos dos corazones tenian que simpatizar y ligarse estrechamente.

Su venida inesperada con un socorro de fuerzas, contrariando la voluntad del gobernador, era una prueba de su lealtad hácia Facundo, para éste, aunque todo no habia sido mas que una intriga para quedar bien parado. El aspiraba al gobierno de Mendoza y comprendia que, protegido con el poder de Quiroga, el conseguirlo seria cosa bien fácil.

Por esto es que habia puesto mal á aquél con éste, y se habia recostado al último, comprendiendo que de este lado estaba todo el poder y el amparo de Rosas. Y en Tucuman mismo se empezó á influir más en el ánimo del caudillo, para que diera su golpe de manos á Mendoza.

—Lo que es prestigio en Mendoza yo tengo, decia el fraile, y la prueba es que á pesar de toda su mala voluntad y su capricho, he reunido gente para venir á cumplir con su pedido. Yo hubiera traído mucha más gente, pero carezco absolutamente de elementos, y traer gente desarmada no valia la pena. La situacion de Mendoza me parece que responde á los unitarios, y no seria extraño que éstos hagan allí cuartel general el dia que quieran.

—Pues es preciso cambiar la situacion de Mendoza: yo voy á esperar aquí una respuesta de Rosás que debe enviarme, y en seguida caeremos sobre Mendoza.

La entrada de Quiroga á Tucuman, costó á su poblacion martirios de todos géneros: era cuestion de caer ó no caer en gracia á Facundo.

Por simple antipatia hacia lancear ó lanceaba él mismo á cualquier persona.

—Has de ser unitario, decia, tenés cara de unitario, andá que te corten la cabeza; y sin más preámbulos se la hacia cortar.

Los que querian medrar á la sombra de Quiroga ó estar bien con él para conservar la cabeza, delataban como unitarios y enemigos del caudillo, á personas que habian ó no habian estado mezcladas á los sucesos políticos, delacion que, como sucedia en Buenos Aires, era el equivalente de una sentencia de muerte.

Chacho impedía muchos horrores, pero no podia impedirlos todos. Sus tropas estaban campadas fuera de la ciudad, no permitiéndoles entrar por temor á los desórdenes y excesos á que indudablemente se entregarían, siguiendo el ejemplo de la division que Quiroga habia alojado dentro de la ciudad.

Muchas familias oyendo lo que del Chacho se decia, y alarmadas

con las brutalidades que cometia Quiroga, habian salido á ampararse del Chacho.

Pero éste, poco podia hacer por ellas, puesto que no podia contrariar las disposiciones de Quiroga. Sin embargo, daba á cada una un oficial de su confianza para que lo alojaran en su casa y pudieran servirles de garantia contra cualquier avance de la tropa. Así el Chacho era la única garantia de vida y orden que habia en Tucuman.

Quiroga solia enviar á su campamento tal ó cual individuo para que lo hiciera lancear, pero estas fueron órdenes que jamás cumplió Chacho, proporcionando á los que venian en aquellas condiciones, todo lo necesario para salir de Tucuman.

Quiroga, preocupado en la eterna orgia á que se hallaba entregado en sociedad con el fraile, confiaba en el Chacho y poco se ocupaba de lo demás, puesto que el dia lo dedicaba al sueño y la noche á la orgia.

Chacho era invitado con frecuencia á estas fiestas infernales que concluian siempre con una borrachera, pero siempre reusaba moverse de su campamento bajos pretextos diferentes.

Así es que nunca se le vió formar parte de aquellas escenas repugnantes y bárbaras.

Quiroga, en su desenfreno espantoso no respetaba cosa alguna, armaba la parranda donde le parecia mejor sin que nadie se atreviera á protestar ni con la expresion de la mirada.

¿Quién se hubiera atrevido á provocar la cólera de Facundo, más cuando ningún beneficio hubiera obtenido? Todos callaban y sufrían esperando que algun dia terminara aquello.

La contestacion que de Rosas esperaba Quiroga, no tardó en llegarle. El tirano se mostraba plenamente satisfecho de la campaña contra La Madrid, y autorizaba á Quiroga para cambiar la situacion de Mendoza, apoyando al elemento federal.

—El fraile Aldao es mio, le decia, puede dejarlo en Mendoza, que él los arreglará como es debido. Es preciso no abandonar á Tucuman sin dejar allí bien establecido el gobierno, pero un Gobierno que sea federal y capaz de hacerse temer y respetar.

Quiroga marchó entónces á Mendoza despues de haber sacado á Tucuman una fuerte contribucion en dinero para atender á los gastos y necesidades de su ejército. Y dejó allí á Chacho con una division para que mantuviera el estado de cosas que dejaba, hasta que quedase bien consolidado.

Los habitantes de Tucuman, que miraban la presencia de Chacho como una verdadera garantia de orden, festejaron como un triunfo verdadero la permanencia del jóven caudillo.

Quiroga y Aldao siguieron á Mendoza, á hacer idéntica cosa de lo que habian hecho en Tucuman de una manera más sangrienta aún, puesto que Mendoza iba á quedar en poder de Aldao, que era más bandido y más perverso que el mismo Quiroga.

Junto con la aprobacion de su conducta Rosas le habia mandado su nombramiento de General y un espléndido uniforme correspondiente á su grado. Así Quiroga venia á ser en aquellas provincias, lo que Rosas en Buenos Aires: el poder supremo é inapelable.

Quiroga no queria entrar personalmente á Mendoza, quedando solo como una garantia de Aldao, que seria su vanguardia. Así

envió al fraile con la mayor parte del ejército, quedando él afuera con una reserva para el caso posible en que éste fuera rechazado.

Mendoza era una provincia brava y fuerte, cuyas autoridades disponían de buenos elementos de guerra. Si Quiroga se presentaba como conquistador, iba á provocar grandes resistencias, lo que no sucedería con Aldao, que tenía allí su prestigio y sus amigos. No habría que combatir tanto y el triunfo sería más rápido.

Esta era la razón que había influido en Quiroga para no presentarse él en Mendoza, y mandar al fraile Aldao, quedando él para apoyarlo en caso de un desastre.

Desde que pisaron territorio de Mendoza, el fraile Aldao empezó á reclutar partidarios que salían á su encuentro. Unos de miedo y otros por precaución, todos se presentaban al fraile ofreciéndosele en todo. Lo veían llegar al frente de un ejército y no querían ser después perseguidos y degollados, por no haberse presentado á tiempo poniéndose á sus órdenes. Muchos que por fanatismo lo seguían con su simpatía y esfuerzo, salían á su encuentro y lo recibían con muestras del mayor regocijo, lo que persuadió á Quiroga de que Aldao era el verdadero caudillo de Mendoza.

Facundo campó á dos leguas de la Capital enviando á Aldao con sus mejores tropas, para que entrara á la ciudad y se apoderara de ella. El fraile Aldao entró á la ciudad á sangre y fuego, y por sorpresa—nadie lo esperaba: lo más ageno que tenían las autoridades era un asalto de aquella naturaleza, así es que los tomó desprevenidos, sin que siquiera pudieran intentar una defensa débil.

Algunas tropas que tenía el Gobernador se resistieron duramente, pero poco después se entregaban á discreción al fraile Aldao.

Este empezó desde el primer momento á ejercer las venganzas más bárbaras. Aquellos que habían sido sus enemigos de alguna manera, ó que le habían hecho oposición en sus aspiraciones, fueron pasados á cuchillo de la manera más bárbara, asaltando sus casas y arrancándolos de entre los brazos de la familia.

Demasiado conocidos son los horrores cometidos por el fraile Aldao, para que intentemos narrarlos de nuevo.

Avisado Quiroga de lo que había hecho Aldao, entró á Mendoza seguido de su reserva, á aumentar el horror de la matanza y del saqueo.

Mendoza tuvo que pagar á fuerza de sangre y plata la permanencia de Quiroga, huésped tremendo, que inspiró á Aldao sus más bárbaras iniquidades. Este se había apoderado completamente de Mendoza erigiéndose en su Gobernador, que el aplauso del elemento bárbaro y de aquellos que querían conquistar aún de esta manera, la garantía de sus vidas ó intereses.

Aldao cambió inmediatamente todas las autoridades, colocando en todas partes á gente exclusivamente suya, sin reparar si podían ó no ocupar el puesto á que se les destinaba. Puso sobre las armas él mismo tropas suficientes para sostenerse en el poder, y se entregó sin reserva á la vida de crápula que había llevado siempre.

Quiroga no tenia nada que hacer ya allí: la situacion de Mendoza le pertenecia, como le pertenecia La Rioja, Catamarca y Santiago. Su poder se extendia así por todas partes, quedando como único árbitro de aquellas provincias y de las otras que recibian sus órdenes sin discutir, por temor de que el caudillo hiciera con ellos lo que habia hecho en otras partes.

Quiroga se retiró de Mendoza despues de haberse hecho entregar con Aldao una buena contribucion en dinero para repartirla entre su gente.

—Ya sabe que Mendoza es suya, le dijo el fraile al despedirlo, y que puede contar conmigo para todo. No tiene más que mandarme un aviso, en la seguridad que será obedecido sobre tablas.

—Cuento con ello, contestó el terrible Quiroga, y sinó peor para usted, porque á mí no se me desobece, sin sentir en el acto las consecuencias. Yo lo dejo aquí en mi lugar, concluyó Quiroga de una manera sombría, pues otra cosa no puede ser. Mis órdenes deben ser cumplidas en el acto, sinó usted caerá con la misma facilidad con que se ha elevado.

Aldao no tenia más remedio que acatar lo que le dijera Quiroga, y lo acató sin la menor observacion.

—A su llamado, dijo, Mendoza estará de pié.

— Y si no lo está, replicó el soberbio Facundo, vendré yo á hacerla levantar.

Y emprendió su marcha hácia La Rioja, para licenciar á sus tropas y regresar á Buenos Aires, cuya vida le gustaba de una manera poderosa. Se habia habituado á los placeres de la gran ciudad y no pensaba en otra cosa.

—Si todo queda bien en Tucuman, venga á La Rioja donde lo espero, mandó decir á Chacho, pues tengo que volver á Buenos Aires.

Chacho, que deseaba volver cuanto antes á Huaja, se apresuró á complacer á Quiroga, poniéndose en camino el mismo dia de recibir el mensaje.

El pueblo de Tucuman no hallaba frâses bastante expresivas para ponderar la conducta del Chacho. Por todas partes no se escuchaban sinó elogios de su bondad y su rectitud, extendiéndose allí su influencia benéfica como se habia extendido en La Rioja y en Catamarca. Es que con todos habia sido igualmente bueno, no permitiendo se cometieran injusticias y venganzas. Para él no habia Unitarios ni Federales, todos eran hombres, acreedores á ser tratados con igual bondad y consideracion.

Así es que todos, sin distincion de ninguna especie, acompañaron á Chacho á su salida deseándole toda clase de felicidades.

Ni él ni sus tropas dejaban en Tucuman la menor odiosidad ni un solo mal recuerdo, pues cediendo á la influencia del jefe, la conducta de la tropa habia sido irreprochable.

Chacho habia repartido entre ellas cuanto dinero tenia y una buena suma que le entregó Quiroga al retirarse, de modo que los soldados pagaban al contado lo que consumian, sin hacer ningun daño al comercio.

Cuando la autoridad dejada por Quiroga habia intentado cometer algun atropello, Chacho habia sido el primero en oponerse, protegiendo siempre al débil y dando la razon al que la

tenia. Y como él era allí la autoridad suprema, puesto que tenia la fuerza, no habia más remedio que acatar y cumplir sus disposiciones.

Chacho y sus tropas dejaron así en Tucuman el mejor recuerdo de su permanencia. Todos sintieron su partida, indicándole influyese con Quiroga para que lo volviera á mandar.

Mendoza, en cambio, quedaba entregada sin defensa al abismo que representaba el gobierno del fraile Aldao, gobierno de robo y muerte, mil veces peor si esto es posible, que el que regia en la misma Buenos Aires.

Eternamente estaba borracho, llevando una vida de crápula y vicio en todo sentido; y las únicas horas que su cabeza estaba fuera de la influencia del alcohol, las empleaba en hacer daño, encarcelando á unos y matando á otros, segun el grado de antipatia que les tenia ó el monto de la fortuna que les queria robar.

Así empezó la via crucis de aquella provincia desventurada, via crucis que debia prolongarse de una manera terrible é indefinida.

Quiroga pasó á La Rioja, donde licenció las milicias que á ella pertenecian, como á las de Catamarca y Santiago, esperando la llegada de Chacho. Solo conservaba en pié la infanteria que habia organizado con los presidiarios de Buenos Aires y los salvajes de Tucuman.

Con estas fuerzas y las milicias de Chacho, habia lo suficiente para acudir al punto que fuera necesario.

El primer cuidado de Quiroga fué acudir á la casa de Angela, á quien no habia olvidado aún en medio de sus mayores agitaciones y fatigas.

Pero allí esperaba á Quiroga el primero y el último dolor que tuvo en toda su vida. Angela estaba en la cama, postrada por una fiebre terrible que habia llegado hasta turbar su razon. La vista de su amante pareció reanimarla un poco, pero poco despues volvió á caer en el terrible sopor que causaba en ella la fuerza de la fiebre.

Quiroga estaba dominado por una desesperacion suprema. El que habia visto morir á tantos con la más glacial indiferencia, él que habia ordenado la muerte de tantos seres inocentes á quienes la vida sonreia de todos modos, no podia conformarse con la desgracia tremenda que importaba para su corazon la muerte de Angela.

Como se entregaba Quiroga por completo á su dolor, era asombroso, pues se encontraba impotente para dominar una enfermedad miserable, él que disponia á su antojo de costumbres y cosas: llegaba hasta maldecir de si mismo.

Los chasques de Quiroga recorrian todas las provincias en busca de un médico que pudiera salvar á Angela, pero los chasques no volvian y ella se iba consumiendo gradualmente, al extremo de presentar ya un aspecto cadavérico.

Y lo más desesperante para Facundo era que Angela no lo conocia ni respondia á sus palabras más apasionadas. Parecia mirarlo con la vaguedad de un loco ó del idiota, sin que su presencia causara en ella la más leve sensacion. Lo contemplaba con una indiferencia suprema, permaneciendo insensible

á los cariños y aún á las lágrimas de Quiroga, lágrimas que le arrancaba la desesperacion de la impotencia.

—Así está desde hace mucho tiempo, decia el oficial que habia dejado Chacho cuidándola. Ha ido agravándose poco á poco hasta quedar en el estado en que usted la vé.

—¿Pero es posible que no haya ningun remedio para volverla á la vida? gritaba Quiroga enfurecido. Mi vida, mi poder, mi esclavitud para el que me salve á Angela y me la vuelva á la vida!

Y Angela enflaquecia por momentos, puede decirse, sin que los remedios que le aplicaban con profusion los viejos curanderos, bastaran tan solo á detener el mal. La vida de Angela se iba acabando por momentos.

—¡Angela! ¡Angela! gritaba Quiroga en el colmo del dolor, y la sacudia fuertemente como si de aquella manera fuera á volverla la vida.

En uno de aquellos sacudimientos Angela volcó completamente la cabeza para no volverla á alzar más: habia muerto.

En el primer momento Quiroga quedó preso de un estupor inmenso. Poco á poco aquel estupor fué desapareciendo, hasta que el tremendo caudillo empezó á dar escape á su dolor, por actos de una crueldad espantosa. Aquel no era un hombre sinó un tigre que no se saciaba jamás de sangre.

El regreso del Chacho es lo que vino á distraerlo, entreteniéndole el espíritu, y salvando así á La Rioja de los excesos tremendos á que se habria lanzado Quiroga.

Una historia triste

Chacho no podia llegar á La Rioja en mejor oportunidad, porque lo que hacia Quiroga ya no tenia nombre.

Todos vivian aterrados, esperando que de un momento á otro se le ocurriera prender fuego á la ciudad ó salir á degollar por las calles.

El dolor que le habia causado la muerte de Angela lo habia enloquecido, locura que él aumentaba enormemente con el uso desmedido de los alcoholes. Su irritabilidad era inaguantable y brutal, puesto que la desahogaba cometiendo actos de crueldad inaudita que habian concluido por aterrar á la poblacion.

Para él no existia mas pena que la de muerte y la aplicaba por cualquiera causa, aún la más leve. Una respuesta dada por mal humor, á su juicio bastaba para que en el acto mandara degollar ó lancear al que la habia dado.

Sus pobres soldados ya no sabian qué hacer para contentarlo, pues de todos modos se irritaba haciéndoles pagar la falta que daba por cometida, muchas veces con un lanzaso que él mismo les pegaba. Esta era la situacion de La Rioja cuando llegó Chacho.

Cuando éste supo lo que pasaba, temió que Quiroga hubiera per-

dido la cabeza y fuera á emprenderla con él mismo dándolo por enemigo.

—Quiroga está loco, decia, y yo no sé lo que sera de La Rioja si esta locura no le pasa pronto.

Y fué en el acto á ver á Facundo, temiendo que, en el estado que estaba, fuese á interpretar mal su tardanza atribuyéndola á malos móviles.

Facundo lo recibió con un cariño inesperado.

—Ya sabrá la desgracia que me ha sucedido, le dijo abrazándolo, y se puso á sollozar de una manera conmovedora.

—Es preciso tener paciencia, General, respondió Chacho: nadie está libre de la muerte, esto es natural y desde que no tiene remedio, no hay más que conformarse que la vida no está encerrada en una sola mujer.

—Es que yo la queria como no es posible querer más, Chacho, es que ella era el sol de mi alma, Chacho, y no voy á poder vivir sin ella!

—Eso le parece, General, porque recien la pierde: ya se acostumbrará á su ausencia, y otro nuevo sol vendrá á calentar el frio de su corazon.

—Imposible, Chacho: esa mujer parece que se ha llevado á la tumba algo de mi cuerpo, algo que no comprendo, pero que siento que me falta. Yo siento en su palabra, Chacho, el único consuelo que he experimentado desde que murió Angela, porque usted es la única persona que me quiere verdaderamente. A mí nadie me quiere, nadie es mi amigo, me rodean porque me tienen miedo y nada más: el día que me vieran postrado, solo se acercarian á mí los que vinieran á hacerme mal ó los que quisieran saber primero que nadie la feliz noticia de mi muerte.

—No crea, señor, estas son ideas que le sugieren su tristeza y nada más, ya se convencerá que usted tiene amigos que lo quieren. Pasada esa tristeza que lo ha invadido verá las cosas de otro modo.

—Sí, veo que necesito distraerme para olvidar algo que siento en la cabeza como golpes de martillo: usted llega como mi salvacion, porque yo creo que me iba á volver loco. Licencie las tropas que no necesite y véngase para que me acompañe á la Costa Alta y otros Departamentos, un paseito así me ha de distraer bastante.

Chacho licenció todas las milicias, diciéndoles que estuvieran siempre prontas á su primer llamado, y que de cuando en cuando los buscaran sus capitanes para informarse de si ocurría algo nuevo.

El resto del dinero que le quedaba y algo más que con aquel objeto pidió á Quiroga, lo repartió entre los licenciados, para que tuvieran que llevar á sus familias.

Aquellos buenos milicos se desparramaron en distintas direcciones, contentos de poder gozar algun descanso entre las familias, llevándoles algun buen pasar.

Todos ellos, poco ó mucho habian pilchado algo de los muertos y prisioneros, habiendo algunos que á escondidas de Chacho, que no podia vigilarlo todo, habian tambien dado su golpecito en las poblaciones. Así volvian satisfechos despues de cuatro meses de ausencia, á reposar fanta fatiga y tanto mal rato.

Estos milicos fueron los que más desparramaron la fama de bárbaro y cruel que tenía Quiroga, al mismo tiempo que no hallaban palabra bastante expresiva para ponderar la bondad suprema de Chacho y su valor fabuloso en la pelea.

Chacho era el orgullo de La Rioja, que veía en él el único freno que podría ponerse a los desmanes de Quiroga.

Ambos caudillos pasaron a la Costa Alta dirigiéndose Chacho a Huaja a visitar a su tío, y Quiroga a pasar unos días en los parajes donde había nacido.

El cura Peñaloza estaba muy gravemente enfermo. Ya era hombre bastante viejito, contaba entonces sus buenos ochenta años, y aunque en aquellos parajes la vida es larga, a esa edad todas las enfermedades tienen un carácter grave, porque el organismo está debilitado en sus puntos más resistentes. El pobre anciano experimentó un momento de placer infinito al ver llegar a su sobrino convertido en todo un señor Coronel.

—Gracias a Dios que te veo, Chacho hijo mío, creí que me iba a morir sin tener el gusto de darte mi último abrazo, y esto me tenía muy triste. Acércate, mi hijo, acércate ya que no puedo estirarme yo hasta donde estás.

Chacho se acercó al lecho del anciano y lo tomó entre sus brazos.

Las manos leves y finas del cura, cerrándose tras de su cuello, lo oprimieron en una íntima caricia.

—Este momento feliz, dijo me va a prolongar por lo menos unos días este pucho de vida que como una yapa del eterno me va quedando: Dios te bendiga, hijo mío.

—¿Pero quién piensa en morir? exclamó Chacho sonriendo dolorosamente, pues al oprimir en un abrazo aquel cuerpo descarnado y frío, comprendió que la muerte no andaba muy lejos. ¿Quién piensa en morir cuando está usted más fuerte que yo mismo, tío?

—Esas son ilusiones del cariño, hijo mío, ilusiones que no puedo tener yo que me siento apagar poco a poco.

—¿Qué morir, tío? ¡usted es más fuerte que un algarrobo, todavía nos ha de enterrar a todos!

—Pobre Chacho, ese es tu deseo, pero no es realizable, poca falta ha de hacer ya este pobre viejo: ya eres un hombre y hombre de provecho que no necesita más guía que su propio criterio. Soy feliz porque sé que has aprovechado mis consejos en todo, y eres honrado, valiente y bueno, puedo morir tranquilo. Ven ahora, acércate a mí para que te diga todo lo que tengo, a tí que eres mi único heredero.

—No hablemos de eso, señor, que ni usted se va a morir ni creo que tenga gusto en aflijirme.

—Déjate de niñerías, que aunque siento que tu presencia ha prolongado mi vida, el mal momento puede llegar cuando menos pensemos y agarrarnos sin haber arreglado nada.

Chacho cedió por no contrariar al anciano, y con semblante conmovido escuchó aquellas últimas disposiciones del hombre que había sido para él un padre amoroso que no pensó jamás sino en su felicidad más positiva.

El cura Peñaloza era mucho más rico que lo que el Chacho podía imaginarse. Tenía en buena plata española y ocultos allí

en su casita, unos tres mil patacones, fortuna considerable para La Rioja, y más aun para Huaja, cuya poblacion entera no valia tanto.

Peñaloza poseta allí mismo varias propiedades y algunas casitas en la ciudad de La Rioja, que bien valian entre todas otros tres ó cuatro mil duros más

—Aquí tienes la constancia de que todo esto es tuyo, hijo mío, porque yo te lo regalo á tí, mi único heredero y mi hijo querido, sabiendo que has de hacer de ellos un uso incriticable. Así mueró en paz y feliz, pues he llenado mi mision sobre la tierra, á satisfaccion de mi propia conciencia.

El Chacho obedeciendo á un sentimiento de delicadeza, se negó á recibir el papel, pero el buen cura sonriendo lo miró á la cara y le dijo:

—¡No importa! queda aquí guardado bajo mi pobre cabeza de donde lo tomarás cuando ella no pueda guardarlo más.

Y metió el pliego bajo su almohada, haciendo á Chacho una última caricia.

Desde aquel momento Chacho no se movió del lado del lecho del cura, mandando avisar á Quiroga lo que le sucedia. Este, en cuanto supo la desgracia de Chacho, acadió inmediatamente á acompañarlo, andando rápidamente las tres ó cuatro leguas que separaban su pueblo de Huaja.

Quiroga, aquel hombre feroz á quien se creía incapaz de tener el menor afecto por nadie, amaba sin embargo á Chacho, más aún, desde que habia muerto su Angela, única pasion que verdaderamente lo habia cautivado.

Así se explica como Chacho podia influir en su ánimo tan decididamente.

—Aquí me tiene para ayudarlo en lo que me sea posible, dijo: puede disponer de mí como lo crea necesario.

—Gracias general, respondió el Chacho, esto no tiene remedio; él mismo me lo ha dicho y es su mucha edad que lo mata.

Al otro dia á la madrugada Peñaloza se sentó en la cama, sonriendo de una manera suprema y mirando al jóven que no se habia alejado de su lado un solo momento.

—Me voy, hijo mío, y quiero irme bajo la impresion de un beso tuyo—acércate, que allá en el cielo con tus buenos padres seremos ya tres para velar por tí.

Chacho, con los ojos brillantes por las lágrimas que la emocion hacia brotar, se acercó á su tío é imprimió un beso sobre su frente que la muerte empezaba á helar.

El pobre anciano sonrió de una manera inmensa al contacto de aquella cabeza juvenil y se echo hácia atrás.

Chacho ayudó cariñosamente al descanso de aquella cabeza hasta que llegó á la almohada, dejándola reposar con la muyor delicadeza.

El cura parecia plácidamente dormido, pero estaba muerto. Sus manos fueron helándose poco á poco entre las manos del jóven, hasta que empezó á pronunciarse la rigidez en todo el cuerpo. La muerte no podia haber sido más plácida y más tranquila, una muerte tal cual la merecia aquel hombre justo y bondadoso.

Chacho inclinó la cabeza sobre aquel cadáver que le llevaba todo cuanto amó en la vida, y lloró silenciosa y dolorosamente.

Cuando alzó la juvenil cabeza, halló á su lado de pié y risueño á Facundo Quiroga que le devolvía sus mismas frases consoladoras.

— Este es el fin natural de las cosas de la vida: no hay nada eterno, y es preciso conformarse.

— Con una sola diferencia, respondió Chacho, y es que usted encontrará otras mujeres igualmente bellas, que lo amarán con la misma pasión que lo amó Angela. Yo no volveré á hallar otro hombre que, como éste, sea para mí un padre y una madre al mismo tiempo. A él le debo lo que soy y lo que seré, puesto que le debo la educación del corazón y el embellecimiento del espíritu: Dios le compensará lo bueno que ha sido en vida.

— Aquí me tiene á mí que soy su amigo y que lo quiero y lo estimo, y el tigre de los Llanos cerró en un apretón formidable de sus garras las cerradas manos del Chacho.

— Gracias, general, yo me haré digno de que esa amistad y ese cariño me duren tanto como me duró el de mi pobre tío.

La triste noticia se extendió rápidamente por todos los departamentos vecinos, donde el buen cura era estimado y querido, y bien pronto el Chacho se vió rodeado de amigos que se apresuraban á venir á darle el pésame y acompañarlo en su dolor.

Y el velorio de Peñaloza fué el más concurrido de cuantos hasta entonces hubiera, porque todas las relaciones del Chacho habían acudido á cumplir el fúnebre deber.

Enterrado Peñaloza, el Chacho nada tenía que hacer en Huaja y empezó á preparar su viaje á La Rioja, sin ánimo para volver más á Huaja, donde tan feliz había sido en su juventud al lado de su tío. Acomodó los patacones en las petacas y junto con Quiroga emprendió viaje á la ciudad, donde se estableció definitivamente.

Quiroga había empezado á olvidar á Angela, ocupado en los acontecimientos políticos y sus propias crueldades, decidiendo hacer un nuevo viaje á Buenos Aires.

Vivia entonces en la ciudad de La Rioja la hermosa joven Aurora Villafañe, cuñada del general de la Independencia y presidente del primer Congreso de Tucumán, don Francisco Ocampo.

Aurora, era verdaderamente una aurora de la vida. Su vida exhuberante y poderosa, asomaba á dos ojos negros y expresivos, sombreados por largas y sedosas pestañas, que daban una expresión particular y bella, á su fisonomía delicada y pura.

Aurora Villafañe era el encanto de La Rioja, no solo por su belleza incomparable, cuanto por la bondad angélica de su corazón puro y virtuoso.

Aun vive en la tradición riojana la descripción de aquella fisonomía bellísima, que tenía enloquecida á la juventud de aquel tiempo. Hay hombres viejos en La Rioja que al recordar á Aurora Villafañe, se conmueven y sienten en el espíritu como un soplo de vida que los transporta á aquellos tiempos en que Aurora irradiaba su luz esplendorosa en la sociedad riojana.

Era tal la belleza de Aurora, que las mismas damas riojanas, habituadas á ver caras lindas, se extasiaban ante la hermosura

arrebatadora de la joven y el encanto de su espíritu gentil y bondadoso.

Aurora vivía en compañía de una tía, Rosario Herrera, tipo concluido y rematado de las antiguas dueñas guardianes de virtudes imposibles, y directoras espirituales de las jóvenes fiadas á su tutela. La tal doña Rosario, á estar á lo que cuentan los viejos que la han conocido, era una señora más brava que un sinapismo inglés y más falsa que un cuarto boliviano.

Gruñía como cualquier perro de presa á quien se le quita un hueso, cuando cualquier joven miraba á Aurora; era muy capaz de sacar con el palo de la escoba al mozo que entrara á su casa sin su permiso especial. Ya había hecho varias veces esta prueba contundente, que le había dado resultado de primer orden.

Aurora reía dulcemente de las genialidades de la tía, risa que irritaba á la vieja hasta el extremo de decirle que ella tenía la culpa porque era cómplice de todos aquellos insolentes que paseaban su cuadra y la seguían á misa y á todas partes.

Pero Aurora reía más aún, sin darse por ofendida con los dichos de su tremenda tía.

Al través de sus enormes anteojos de empatiladura de búfalo, se veía asomar su mirada como una aguja finísima que penetraba hasta lo más recóndito de la intención.

Los jóvenes que seguían á Aurora cuando salía á la calle, se entretenían en desesperar á la vieja, haciéndole pagar de esta manera la bellaquería de no querer admitirlos en su casa.

Aurora reía alegremente de las rabiets de la vieja, que terminaban generalmente por un fuerte dolor de cabeza. Entonces le daba lástima y era la primera en prodigarle sus más solícitos cuidados y atenciones.

A pesar de esto, la vieja le echaba espantosas raspas declarándola culpable de todo lo que había sucedido. Pero no por esto se resentía Aurora, ni disminuía sus cuidados á la vieja.

Los recursos más traviosos para ver á Aurora se habían estrellado contra la mirada pinchante de la vieja, á quien no había forma de engañar, lo que más de una vez había arrancado esta frase que llegaba á sus oídos:

—¡Cuándo se morirá esta vieja maldita!

—Primero los he de enterrar á todos, contestaba doña Rosario, temblando de ira, y así mismo y por las dudas, me he de llevar á Aurora conmigo cuando me vaya de este mundo.

Para hacer contraste con el nombre de Aurora, los jóvenes llamaban á la vieja doña Ocaso, sobrenombre que le producía verdaderos paroxismos de ira.

—¡Ah! ¡malditos! les decía; siquiera los parta un rayo!

Así, á fuerza de guardar y ocultar á Aurora, la vida de la vieja se había convertido en un eterno y lento trago de acibar que le hacía apurar cada momento.

A la misma media noche, y cuando todos estaban entregados al más tranquilo reposo, la puerta de la calle de doña Rosario era fuertemente sacudida y golpeada como en noche de incendio. Y cuando la vieja salía á informarse de lo que ocurría, se encontraba con tres ó cuatro traviosos que habían armado todo aquel

escándalo para darse el placer de saludarla bajo el nombre de doña Ocaso y de vieja maldita.

—Yo me voy á morir, gritaba doña Rosario en el paroxismo de la ira: yo me voy á morir, y la culpa solo ellos la han de tener!

—Pero ¿por qué les hace caso, señora, respondia la jóven con su voz melodiosa y de purísimo timbre: no les haga usted caso y verá como la dejan en paz. Pero sabiendo que esta broma risueña la incomoda á usted hasta este extremo, han de seguir dándosela hasta el infinito.

—Porque yo los alientas, bribona y ellos saben que te gozas en mi desesperación.

—¿Pero qué les voy á alentar yo, que ni los conozco ni hablo con ellos jamás?

—¿Y cómo te ries entonces?

—Me rio porque es una travesura graciosa é inocente que no causa más mal que su enojo.

Es que Aurora, jóven y con un carácter naturalmente alegre, le hacia cosquilla no solo la travesura de los jóvenes sinó las iras de la vieja. Y reía alegremente hasta que alguna insolencia de la vieja venia á apagar la risa sobre sus labios de púrpura.

Así la vida para la pobre jóven, bajo la feroz tutela de su tia Ocaso, se iba convirtiendo poco á poco en un martirio intolerable. Y á pesar de lo que sufría, su belleza crecía en esplendor y en frescura.

Los jóvenes, corridos de la casa de doña Ocaso, de una manera formidable, se contentaban con mirarla en la iglesia y seguirla á su paso, como se sigue el paso luminoso de los astros.

No habia otra manera de verla, porque doña Rosario la ocultaba en las últimas piezas de la casa, adonde no entraba sinó el cura, única persona á quien la tremenda vieja respetaba.

Aurora acababa de cumplir los catorce años, siendo sus formas y cuerpo, los de una jóven de diez y ocho.

Tal era Aurora Villafañe cuando llegó á La Rioja Quiroga, acompañado de Chacho, de vuelta de Huaja.

Facundo no habia podido verla, porque él nunca iba á misa, única parte adonde doña Rosario llevaba á Aurora.

Pero una mañana que volvia de una casa de juego, la encontró en su camino y, como todo el que la veia por primera vez, quedó deslumbrado. Le parecia haber enceguecido como si hubiera mirado al sol mucho tiempo.

La jóven no conocia tampoco á Quiroga, lo veia por la primera vez, sintiendo hácia aquel hombre un extraño movimiento de repulsion.

—¿Quién es ese militar tan espantoso que nos mira como si nos quisiera comer? preguntó á su tia, aterrada ante aquel hombre que seguia con mirada ansiosa.

—Ese es Facundo Quiroga, respondió la tia, sintiéndose dominada por un terror instintivo: el terrible Facundo Quiroga.

Si Aurora no conocia á Facundo, conocia sus crímenes horribles y la triste historia de Angela; así es que al oír pronunciar el nombre del caudillo, se estremeció toda y apuró su paso lo más que le fué posible.

—¡Apúrese usted, tía, apúrese por Dios! dijo: yo tengo miedo de ese hombre y quiero llegar pronto á casa.

Y tan absorto habia quedado Quiroga ante la espléndida belleza de Aurora, que permaneció como clavado en la calle, siguiendo con la mirada asombrada, la estela luminosa que dejaba la jóven, semejante á un astro. No atinó á dar un solo paso ni á moverse de allí, ni quitar los ojos de sobre las dos mujeres que se deslizaban rápidamente. Fué cuando las hubo perdido de vista, cuando al doblar una esquina se perdió el escorzo gentil de Aurora, que Quiroga se dió cuenta de lo que le sucedia.

—¡Qué espléndida! exclamó como si hablara con alguien, ¡qué espléndida mujer! nunca he visto nada parecido; ¡quién será?

Quiroga pensaba que debia ser alguna recién llegada de otra provincia, pues ni la habia visto jamás en La Rioja, ni tenia idea que allí pudiera existir una belleza como aquella.

Angela se habia borrado completamente de su alma, que se sintió conmovida y extasiada ante la hermosura espléndida de Aurora. Y siguió su camino pensando en ella y en la manera como podria conquistar su cariño.

Quiroga no se detuvo á pensar que su aspecto monstruoso no podia inspirar otra cosa que horror en una niña y delicada como Aurora. Conforme Angela se habia enamorado de él, creia que todas se enamorarían con la misma facilidad, sintiéndose orgullosas ante el amor de un general á quien todos temblaban y obedecían sus órdenes sin atreverse á comentarlas.

Quiroga no pensaba que sus hechos sangrientos debían inspirar horror á todo el que no fuera un bandido como él, y creia que en cuanto la jóven supiera que el general Quiroga se habia enamorado de ella, se apresuraria á complacerlo en sus bárbaras pretensiones.

Aquel mismo dia Quiroga averiguó quién era la jóven y dónde vivia.

—Lo tremendo que hay es la vieja tía que se ha constituido en su guardian, dijeron á Facundo: esa vieja la tiene bajo siete llaves y solo por una casualidad puede vérselo.

—Arregleré á la vieja de manera que pueda verla cuantas veces me dé la gana, y si embroma mucho, será á ella á quien costará ver su sobrina.

Los enemigos de la vieja Ocaso, en cuanto vieron el interés que tenia Quiroga por la jóven, decidieron jugarle una mala pasada, comprendiendo que á Facundo no se atreveria ni siquiera á hacer lo que hacia á ellos.

Y como la vieja no se atreveria ni siquiera á disgustarse ante los dichos de Facundo, le dijeron que por doña Ocaso era más conocida, aunque suponían que se llamaba Rosario.

Y contaron cómo la vieja no permitia que nadie viera á la sobrina, corriendo de su casa á los que ella sospechaba tenían sus pretensiones amorosas,

—Lo que es conmigo, dijo, la vieja tendrá la bondad de tragarse la lengua y cerrar los ojos, porque de lo contrario se los cerraré yo por toda la vida.

Los traviesos se frotaron las manos, pensando en los tragos de ira que tendria que apurar la vieja en adelante, aunque sen-

tia n profundamente que Quiroga se hubiera enamorado de la jóven, porque presentian una desgracia.

No creían que Aurora hiciera lo que Angela, porque la jóven era un modelo de pureza, y no prestándose á las exigencias de Quiroga era indudable que éste cometería alguna violencia sin nombre ni precedente.

Aquella misma tarde, Quiroga, vestido de gran uniforme y ridículamente acicalado para presentar mejor y más atrayente aspecto, se presentó en casa de doña Rosario, y se entró en ella como á la suya propia.

La vieja, más muerta que viva, al ver semejante visita que no habia más remedio que recibir, se apresuró á abrir la puerta de la sala.

Quiroga miraba á todos lados como esperando la aparicion de la espléndida jóven, pero ésta no asomaba por parte alguna.

Quiroga, creyendo que estaria enpaquetándose para causarle mejor impresion, conversaba con la vieja de cosas indiferentes, y devoraba con una mirada ávida y curiosa la puerta cerrada que comunicaba con las otras piezas.

Práctica y maliciosa, desde el principio comprendió lo que Quiroga esperaba, pero no quiso darse por entendida.

Aburrido Facundo y recordando lo que le habian dicho sobre ocultacion que la vieja hacia de su sobrina, trajo la conversacion al grano, y acostumbrado á decir francamente lo que queria, espuso lacónicamente su pretension.

—Y su sobrina, señora Ocaso, dónde está su preciosa sobrina?

Al sentirse tratar de Ocaso, la vieja tembló de ira y miró á Quiroga con sus ojos de lanza, pero no se atrevió á lanzar el reniego que pendia de sus labios trémulos.

—Yo no me llamo Ocaso, sinó Rosario, para servir á usted: ese es mi verdadero nombre.

—Ocaso me dijeron que se llamaba, pero si le gusta más que la digan Rosario, no hay por mi parte inconveniente.

—Hay muchos bandidos mal intencionados que por desesperarme me ponen toda clase de sobrenombres: sin duda han hecho creer á usted que así me llamo, para que me desespere.

—Pues le diré Rosario y santas páscuas: no hay que afligirse por tan poco. Pero ¿y su sobrina, señora, dónde está su sobrina? preguntó Quiroga, usted se supondrá que no he venido solo á visitar á usted. Quiero ver á esa linda jóven á quien no conocia, para que mis ojos de salvaje se alumbren un poco con la luz de ese sol.

—Mi sobrina, balbuceó la vieja no sabiendo qué decir, está hoy un poco enferma y ha tenido que recogerse temprano.

—Es extraño, contestó Facundo frunciendo el ceño: es extraño porque hoy la he encontrado en la calle y parecia estar perfectamente buena.

—Es verdad, repuso la vieja, pero precisamente la salida es lo que le ha hecho daño, porque volvió con mucho dolor de cabeza y el estómago terriblemente descompuesto.

Quiroga se mordió los labios, pero logró dominarse, no por la vieja, sinó por no asustar á Aurora.

Y se despidió con el firme propósito de si aquello volvía á repetir, pegar á la vieja un susto tremendo que le sirviera en

lo sucesivo. El calculaba que la enfermedad era solo un pretexto de la vieja para no dejarle ver la sobrina, pero pasó por alto la cosa, preparándose para la siguiente visita.

-- Espero que la enfermedad no será nada, dijo al despedirse, y que mañana tendré el gusto de saludarla. Hasta mañana entonces y mis más finos recuerdos á la niña.

—Afilate no más, gruñó la vieja, que la verás tanto como hoy!

Era indudable que Quiroga se habia enamorado de Aurora, y habia que temer tanto de aquel amor como de la peor de las desgracias. No habia más remedio que salir de La Rioja, para huir de Quiroga y sus pretensiones; pero cómo huir sin que él lo supiera y cómo provocar con una fuga irrealizable la cólera del Tigre de los Llanos?

Doña Rosario estaba verdaderamente aterrada, porque sabia como toda La Rioja, que Quiroga no se detenia en nada para satisfacer sus caprichos y que sus instintos brutales lo llevaban á los peores excesos.

Aurora, que habia escuchado toda la conversacion desde la otra pieza, estaba más aterrada que su misma tia. La narracion de los horrores cometidos por Quiroga, habian impresionado su espiritu sensible y delicadísimo, y miraba á Facundo como un monstruo deforme contra quien toda precaucion era poca.

—Yo no quiero que vuelva, no quiero recibirlo, exclamó, porque á su sola presencia me moriria de miedo.

Y rompió á llorar con el mayor desconsuelo.

—Yo le haré entender que de mí no tiene que esperar más que el horror que me inspira, y que es inútil pretenda otra cosa.

—Esto seria lo peor que podrias hacer, porque al sentirse así rechazado se irritaria y no tardaríamos en sufrir las consecuencias de su ira. Es preciso fingir y disimular, hija mia, esperando un momento oportuno para huir de La Rioja.

—Es que si fingimos agrado al recibirlo no saldrá de aquí, se figurará que puede hacer lo que le dé la gana y tal vez esto tenga fatales consecuencias.

—Nada puede sernos más fatal que su cólera, es preciso ante todo evitar irritarlo y que no tenga motivo para proceder con violencia. El es el supremo poder, contra él no hay justicia en La Rioja y ya se sabe que él hará lo que más le dé la gana.

Es preciso tener paciencia por ahora y estar preparados á todo, con ese maldito no hay que descuidarse.

Tia y sobrina, convencidas de que corrian un peligro inminente con la amistad de Quiroga, se resolvieron á esperar pacientemente la oportunidad de salir de La Rioja.

Al otro dia, como lo habia anunciado, Facundo se presentó en la casa de Aurora, y entró á las habitaciones sin tomarse el trabajo de hacerse anunciar. Quiroga temia se hicieran negar ó se escondieran para no recibirlo, y queria evitar toda negatíva, presentándose así de golpe en las habitaciones.

Al sentir un hombre que entraba, doña Rosario que estaba en una pieza tejiendo con su sobrina, salió apresuradamente á ver quién era, quedándose helada de miedo y de rabia al ver el visitante á quien nada podia decir.

—Pero, General, baluceó entre amable y enojada, esa no es manera de entrar á una casa habitada por damas solas; siempre

se respeta su interior, donde éstas pueden estar en trajes livianos, entregadas á las faenas domésticas.

—No creia que usted se ofenderia, mi amiga, respondió Quiroga riendo como quien ha hecho una gracia: deseaba informarme cuanto antes de la salud de Aurora y por esto me apresuré á llegar.

—La niña está mejor, contestó la vieja Ocaso, pues lo de ayer no fué más que una indisposicion pasajera; pase adelante.

Y con más deseos de echarlo á la calle que otra cosa, lo condujo á la sala donde lo hizo sentar.

Poco importaba á Facundo que la vieja estuviera á no rabian-do: lo que él queria era ver á Aurora y nada más, hablar con ella de su amor, aunque doña Rosario hiciera y dijera lo que le diera la gana.

—¿Conque está mejor la niña? preguntó: lo celebro mucho, hágame el favor de prevenirle que yo estoy aquí expresamente á visitarla.

—Aurora está mejor efectivamente, dijo Rosario, pero no como para atender visitas, porque aún está con la cabeza aturdida y no se ha vestido. Le ruego que la perdone por hoy, pues la pobrecita ha sufrido bastante.

Te has entrado hasta adentro como á tu casa, pensaba la vieja, pues te has de ir sin ver á Aurora, hoy como cualquier otro día, á ver si así te convences que no quiere recibrte y te dejas de fastidiar.

Quiroga, que parecia adivinar la intencion de la vieja y que conocia sus hábitos por lo que le habian dicho, dejó de reir un momento y mirándola con fijeza, le dijo secamente:

—Doña Rosario, es preciso que se fije y recuerde que yo no soy ninguno de esos mocitos á quienes usted trata como quiere y les impide ver á su sobrina. Yo soy Facundo Quiroga, doña Ocaso ó doña Rosario, y no reconozco más voluntad que la mia: váyase digale á esa niña que aquí estoy yo á visitarla.

Aquello no admitia la menor contradiccion, y la vieja se echó á temblar, viendo que no habia más remedio que obedecer la voluntad de aquel hombre.

—Voy á avisarle para que se vista, dijo: la pobre está como entre casa y no es propio lo reciba así.

—Como yo no vengo á visitar la ropa sinó á ella misma, contestó Quiroga, que no se fije en trapos más ó menos, que todos serán lo mismo bajo la luz de sus ojos.

La vieja estaba dada al infierno; cada palabra de Quiroga era una puñalada para ella, y un nuevo motivo de indignacion suprema.

Quiroga se servia de ella misma para enviar á Aurora frases galantes, y aquello era intolerable.

Pero el miedo era más que la rabia, y peor seria que Quiroga se entrara no más á las piezas interiores é hiciera lo que le diera la gana.

Así es que salió de la sala dispuesta á hacer salir á Aurora, pero aleccionándola sobre lo que tenia que hacer.

—Ese hombre es un maldito, quiere verte á toda costa y no hay más remedio que obedecer: es preciso que salgas, hija mia, porque sinó vendrá él. Fíngete algo enferma y trátalo con dulzura

para no irritarlo, aunque con la mayor frialdad que puedas para que vea que de tí no pueda esperar amores

La jóven estaba contrariada: Quiroga le repugnaba de una manera invencible y le inspiraba un terror de muerte. Pero se decidió á salir, pues peor seria que él se viniera hasta su dormitorio, según lo que su tia le aseguraba.

A pesar de su modo de pensar respecto á Quiroga, Aurora se compuso con más cuidado que nunca, poniéndose su mejor vestido, y peinándose una especie de despeinado de gracia infinita.

Al fin era mujer, y mujer bonita, siendo su primer cuidado mostrarse en todo el esplendor de su belleza, aún al hombre que le inspiraba horror y repulsion. Una mujer alejará de su lado al hombre que no le gusta, por todos los medios á su alcance, menos éste: mostrársele fea, ridícula y sin interés alguno. No hay mujer que se haya resuelto á emplear esta arma, la más eficaz de todas para alejar á un hombre. Aunque vayan á hablar con su peor enemigo, no lo harán sin haberse antes compuesto y vestido de manera de hacer resaltar su belleza lo más posible, ú ocultar los defectos físicos que pueden llamar la atención.

Así Aurora, siguiendo los instintos de mujer, queria aparecer ante Quiroga en toda la exuberante magnificencia de su belleza, á pesar de ser un hombre á quien nunca hubiera deseado ver cerca de sí.

Facundo Quiroga, el tremendo Facundo Quiroga esperaba en la sala, estremecido como un colegial que asista á su primera cita. A su vez se habia vestido con su gran uniforme de gala y con un esmero ridículo, pues desdecia en todo con su persona brusca y grosera. Quiroga creia que para seducir á Aurora bastaria el brillo de su uniforme, y no habia cacharpa que no se hubiera puesto, lo que daba á su persona ese tinte de ridiculidad que tanto contrastaba con la ferocidad de su aspecto.

Cuando entró Aurora, Quiroga se puso de pié y abrió la boca positivamente deslumbrado. Nunca habia visto una mujer tan linda, ni tenia idea que la belleza femenina pudiera llegar á aquel grado de perfeccion.

—¡Esto no es posible! exclamó como si hablara con él mismo, y sin poder dominarse: yo no estoy aquí delante de un ser humano, esta es una vírgen del cielo, si es que en el cielo pueden haber bellezas de tal magnificencia.

Quiroga no podia volver de su asombro y miraba extasiado el rostro luminoso de la jóven, de tal manera que ésta no pudo menos de sonreír con una mansedumbre verdaderamente celeste.

—Perdon, perdon, exclamó Quiroga trémulo y sin volver de su éxtasis: perdon, si le he incomodado; perdon si mancho su persona divina con mis ojos de salvaje, pero estoy dominado. Déjeme que la siga mirando, que la siga mirando tan solo, y doy toda mi vida sin retirar una sola gota de sangre.

Aurora miraba sonriendo siempre al encantado Quiroga, gozándose en la impresion que en el feroz caudillo habia causado.

—Yo me creia un hombre de voluntad firme, siguió diciendo

éste, pero con su presencia he aprendido que soy un niño y un ser inferior. No mire usted en mí más que un esclavo, dijo, á quien puede mandar con la punta del pié. Facundo Quiroga, que no ha conocido un superior en este mundo, ha hallado en usted el único poder que podia subyugar su alma de león.

Y envolvió con su mirada candente y en una rafaga de fuego todo el ser de Aurora.

—Aurora de la vida, será desde hoy la Aurora de Quiroga: siento que mis pulmones son pequeños para aspirar la brisa balsámica que se desprende de su ser aéreo. Y es tan poderosa la influencia que sobre mí ejerce solo el brillo de su mirada, que yo mismo no comprendo las palabras que brotan de mis labios como arrancadas por un poder extraño.

La expresion que marcaba la pasion en la mirada expresiva del Tigre y el encanto de su palabra trémula y enamorada, habian borrado algo de la antipatia que sintiera por él en un principio la jóven. Ya no parecia feo ni ridiculo, ni experimentaba el terror que habia sentido al principio. Es que la pasion embellece en la expresion, y sabido es que la belleza de expresion es superior á la belleza de las formas mismas.

Doña Rosario miraba llena de ira el agrado que empezaba á demostrarle la jóven, temiendo que pudiera convertirse en cariño, y trató de mediar en la conversacion hablando de cosas indiferentes. Hacer el amor á su sobrina en sus propias narices, era una insolencia irritante que no podia tolerar, pero que tampoco se atrevia á suprimir directamente por miedo á Quiroga.

El sonido seco y agresivo de aquella voz acerada vino á quebrar el encanto que se habia establecido entre Aurora y Facundo.

Los ojos de éste, mirando á la vieja de una manera siniestra, volvieron á mostrar al Tigre, y Aurora se estremeció toda al recordar las atrocidades cometidas por aquel hombre. Recordó que estaba frente al hombre sanguinario y feroz, y su alma tímida y pura se estremeció pensando en el peligro que corria.

Quiroga quiso reanudar la conversacion amorosa, pero ya estaba roto el encanto y Aurora lo escuchaba con tan fria seriedad, que helaba todo el entusiasmo de su palabra.

Y aquella maldita mujer que cortaba el diálogo cada vez que empezaba á animarse, lo irritaba de una manera poderosa. El la hubiera deshecho entre sus manos más de una vez, mas de una vez habia sentido el deseo de apretarle el gañote, pero esto habiera asustado á Aurora, y Quiroga habria perdido en su corazon todo lo que calculaba haber ganado. Por esto se contenia á duras penas, aunque á sus ojos asomaban como relámpagos las intenciones siniestras de su espiritu. Y pensó en retirarse temiendo que la ira lo arrastrase á un acto violento á pesar de toda su voluntad, esperando una oportunidad de hallar sola á la jóven para tener con ella la explicacion que deseaba.

Cuando Quiroga salió de la casa, empezaba á anochecer, y la vieja Rosario alzó las manos al cielo en señal de gracias, por el peligro á que habia escapado.

Quiroga volvió al día siguiente y siguió haciendo su visita diaria.

Pero siempre doña Rosario se hallaba presente sin dejarlos solos un solo momento. Ella sabía que Quiroga nunca conquistaría el cariño de Aurora, pero como lo creía capaz de cualquier acto de violencia, no se atrevía á dejarlos solos un solo momento.

Y el amor de Facundo por la jóven, crecía de una manera póderosa, al extremo de que éste solo pensaba en la jóven. Ya no se reunía con sus amigos, ni asistía á las jugadas ni andaba en las parrandas de mujeres fáciles, porque todo su tiempo y su pensamiento lo tenía dedicado á Aurora, al extremo de que cuando no estaba en su casa con ella, se estacionaba en la esquina, contentándose con mirar la casa de lejos.

Así el amor de Quiroga por la jóven Aurora se habia hecho público en La Rioja, como el desden y la frialdad con que ésta lo recibía y atendía.

—El día menos pensado les va á pasar un chasco con Quiroga, decían; y esperaban de un momento á otro la noticia de alguna atrocidad cometida por el caudillo.

Pero éste estaba contenido por su misma pasion y el temor de asustar á Aurora. Poco á poco se iba irritando creyendo que la oposicion de la vieja era la causa de todo, y sintiendo la necesidad de hacer un descalabro.

—No voy á tener más remedio que hacer una enormidad con esa vieja, dijo un día á Chacho, y siento mucho, porque la mucha se me puede asustar y cobrarme miedo.

—Tenga paciencia, dijo Chacho con su calma reflexiva: las cosas vendrán naturalmente y sin que usted quede mal. Así la jóven nada tendrá que echarle en cara y usted se habrá salido con la suya.

Pero la pasion de Quiroga crecía, crecía de un modo evidente, y él mismo comprendía que no podría tardar en hacer un estallido. Pensando en la mejor manera de alejar á la tia, aunque fuera momentáneamente, Quiroga habia apostado dos soldados en la calle con la órden de echar el guante á la vieja en cuanto la vieran salir sola, y llevársela á su casa.

Doña Rosario solía salir á la vecindad sola, pero tardaba tan poco que nunca Quiroga, por prevenido que estuviera, habia podido aprovechar una sola de estas ausencias cortas.

—En cuanto yo tenga segura á la vieja por un par de horas, decía, mi triunfo será completo, pero la dificultad está en asegurarla sin que Aurora sepa que yo la tengo presa.

Y los soldados pasaron en su apostadero un par de días, sin que la vieja Rosario saliera de su casa.

Al tercer día y á eso de la siesta, la vieja salió de la casa muy apurada. Iba á ver á su otra sobrina, Máxima, que vivía á la cuadra siguiente. Deseando regresar lo más pronto posible, la vieja caminaba de prisa; había dejado cerrada la puerta de calle, y como no era aquella la hora que acostumbraba á ir Quiroga, iba perfectamente tranquila.

En cuanto los soldados la vieron salir, se lanzaron tras ella, y antes que llegara á la casa donde se dirigía la acometieron,

le taparon la boca con arreglo á las instrucciones que habian recibido y corrieron con ella al hombro á casa de Quiroga.

La vieja Ocaso hacia esfuerzos espantosos por arrancarse de manos de los soldados, pero no podia hacer el menor movimiento.

Aquellos habian recibido instrucciones terminantes del general, y por la cuenta que les tenia, habian asegurado á la vieja de tal manera, que cada dedo de sus manos parecia una atadura.

Doña Rosario habia comprendido inmediatamente de lo que se trataba, y se sentia dominada por un vértigo de locura, que en cuanto estuvo suelta en presencia de Quiroga, le asaltó á la cara como si fuera á estrangularlo.

Pero los soldados volvieron á sujetarla, dándole un moquete por via de advertencia.

¡Bandidos! gritó la vieja: ¡bandidos, suéltlenme, suéltlenme pronto!

Y Quiroga reia estruendosamente, dando su última mano de compostura á todo su traje.

—A ver, átenme á esa vieja en una silla, bien amarrada para que se esté quieta y pueda verle mejor la cara.

—¿Pero que es lo que usted pretende con esto, hombre infame? preguntaba doña Rosario, á quien la rabia habia hecho perder el miedo.

—Una cosa muy simple, contestaba Quiroga con su ademan más burlon, visitar á su sobrina sin que usted oiga lo que hablamos ni vea lo que hacemos, y sin que venga á interrumpir con burradas nuestra plática de palomos. Miren qué facha de vieja burra para venir á imponerme condiciones y estar de sayon impidiendo que yo diga lo que me dá la gana. No la suelto hasta que yo no vuelva, vieja de porqueria, á ver si así deja de meterse en lo que no le importa.

Doña Rosario estaba aterrada. Facundo iria á su casa á hacer lo que le diera la gana, y la pobre Aurora, indefensa, quedaria entregada á aquel bandido.

La vieja insultó, vociferó é hizo esfuerzos tremendos por soltarse, pero todo fué inútil.

Quiroga siguió riéndose como un loco y se preparó á salir.

Aquí la desesperacion de la vieja fué tremenda al extremo de ponerse á llorar y suplicar á Quiroga por todos los santos del cielo que la soltara y la llevara con él.

—No, vieja burra, respondió éste, no te suelto hasta que yo vuelva.

Al ver que se iba, doña Rosario empezó á gritar de un modo tremendo, al extremo que sus gritos y llanto podian oirse desde la esquina.

Entonces Quiroga mandó á sus soldados que si no se callaba le taparan la boca, y salió rápidamente hácia la casa de Aurora.

Un soldado lo seguia, soldado que llevaba Quiroga para que cuidase que nadie entrara á la casa mientras que él estuviera dentro. El milico se quedó en la puerta á cumplir su consigna y Quiroga se entró á la casa completamente dominado por su pasion.

Su amor por Aurora crecia de una manera imponderable, no conocia escollo á su pasion frenética y solo pensaba en la po-

sesion de aquel ángel. El creia en su insolente soberbia que Aurora correspondia á su pasion, pero que no se atrevia á decirselo por temor á la vieja.

Suprimido ese inconveniente, la jóven se entregaria á él sin ninguna reserva, y todo quedaria arreglado.

¿Qué mal podria hacerle la vieja despues? no tendria más remedio que conformarse con la situacion y aceptarla tal cual se le presentara, de otro modo la haria salir de La Rioja y se quedaria sin tener quien lo molestara.

Aurora estaba tegiendo en sus habitaciones completamente agena á lo que sucedia. Tal vez preocupada con su situacion no notaba el tiempo pasado desde que salió su tia y esperaba tranquilamente su vuelta. Cuando vió delante de ella de pié y sonriendo al general Quiroga una expresion de inmenso asombro asomó á su semblante bello, estaba sola con Quiroga y esto le causaba un miedo terrible.

—Por Dios, general, dijo toda trémula y cortada, pasemos á la sala, que si viene mi tia y lo encuentra aquí se vá á poner furiosa conmigo al extremo de golpearme. ¡Vamos por Dios, general! y se levantó queriendo pasar á la sala.

—No temas, dijo Quiroga tomándole suavemente de un brazo; la vieja no vendrá porque yo he tomado mis medidas para que no venga, y podemos entregarnos libremente al goce de nuestro amor.

Tan terribles eran aquellas palabras para la jóven, que quedó muda y azorada sin saber qué contestar.

Aunque inocente y purisima, empezaba á entrever el plan maldito de Quiroga y á comprender lo angustioso de su situacion. ¿Qué era lo que pretendia Quiroga? ¿qué queria decirle con aquello que podian entregarse al goce de su amor?

Quiroga interpretó favorablemente el asombro de la jóven, creyó que aquella sonrisa de terror era una sonrisa de placer, y tomó las manos de la jóven que ésta no atinó á retirar.

—No tengas cuidado, Aurora de mi noche más lóbrega, dijo Quiroga, tratando de poetizar: no tengas cuidado que aquí estoy yo para protejerte de todo mal.

Aurora se retiró, se arrancó de manos de Facundo y retrocediendo en direccion á la sala preguntó qué habia sido de su tia.

Quiroga, creyendo hacer gracia á Aurora, le refirió la rabieta que habia tomado la vieja y cómo quedaba en su casa segura hasta que él volviera.

—Pero eso es una iniquidad, gritó la jóven sobreponiéndose á la situacion, su presencia aquí me compromete de un modo horrible; cualquiera que entre aquí y lo vea va á pensar de mí cosas terribles y tal vez me va á creer cómplice en lo que usted ha hecho.

—Todo está previsto, en la puerta hay un soldado precisamente para que no deje entrar á nadie mientras yo esté aquí.

Con aquella última medida la jóven se veia perdida ante la sociedad que la creeria cómplice de Quiroga, y conteniendo las lágrimas que asomaban á sus ojos lánguidos, intimó á Quiroga que hiciera retirar á ese soldado y se retirara él mismo.

—Yo no puedo recibir visitas de nadie no estando mi tia, dijo,

váyase vor Dios y si usted quiere que yo le conserve mi estimacion, suelte á mi tia y no vuelva á esta casa sinó cuando ella esté presente. Así lo exige mi reputacion y buen nombre: de otra manera yo no lo puedo recibir.

Quiroga estaba atontado ante tan inesperada salida, ante aquellas palabras que caian como un balde de agua hirrada sobre su pasion verdaderamente volcánica.

Y su pasion, contrariada de aquella manera cuando él menos lo esperaba, empezó á irritarlo profundamente.

—No seas niña, alma mia, dijo, fingiendo una tranquilidad que no sentia; nadie se atreverá á pensar mal de la mujer en quien Quiroga ha puesto los ojos y el que lo piense, se entenderá conmigo. Yo te amo sobre todas las cosas de la vida, tú me amas tambien y á nadie tienes que dar cuenta de tus actos ni de tu persona. A tu tia no le ha de suceder nada, y si tú lo quieres así, yo la haré venir y todo quedará como estaba.

Y avanzó sobre Aurora queriéndola tomar las manos nuevamente.

Aurora escondió las suyas á la espalda para que no las tomara Quiroga y con el terror y la indignacion pintados en el semblante, azorada volvió á intimar á Quiroga que se retirara y no volviera mientras su tia estuviera ausente.

Facundo estaba tremendo de ira y loco de amor: él mis no se tenia miedo y hacia lo posible por contenerse para no hacer una barbaridad.

La jóven, aterrada ante la espresion de aquella fisonomia tremenda, rompió á llorar con verdadera desesperacion.

Ablandado ante las lágrimas de la jóven, se aproximó de nuevo á tomarle las manos y prodigarle sus caricias, pero ella, sintiendo una repulsion inmensa, lo rechazó de nuevo, con toda la indignacion de una mujer pura que se siente próxima á ser víctima de una accion cobarde. Exaltado por la pasion y enceguecido por sus instintos brutales, Facundo tomó á la jóven entre sus brazos de Hércules y la besó en la boca.

Al contacto de aquellos labios de fuego, Aurora hizo un esfuerzo supremo y jadeante y estremecida quiso arrancarse de aquellos brazos que la aprisionaban y la oprimian contra los botones del uniforme que se marcaban en sus carnes.

Quiroga se iba irritando cada vez mas por aquella resistencia violenta, y luchaba con Aurora como si hubiera luchado con un hombre. Y con el uniforme desgarrado y el semblante descompuesto, Quiroga ofrecia un espectáculo tremendo.

—¡Socorro que me muerdo! gritó la jóven sofocada y próxima á sucumbir.

Facundo abrió los brazos y ella aprovechando aquel momentáneo desahogo, empujó á aquel bárbaro y saltó al patio.

Quiroga saltó sobre ella nuevamente y trató de volverla á agarrar, pero ella empezó á correr por toda la casa. Quiroga corrió tras ella volteando los muebles que hallaba al paso, y haciendo un estrépito infernal.

La jóven hubiera salido á la calle en demanda de auxilio, pero la puerta no solo estaba cerrada, sino cuidada por el soldado que le habia anunciado el mismo Quiroga. Aurora, cerrado el paso

por aquel lado, huyó hacia el fondo, seguida siempre de Quiroga que se habia convertido en un verdadero loco.

En el fondo de la casa habia un pozo y allí en un borde se detuvo Aurora, mirando fijamente á Quiroga.

—Esta es mi única salvacion, le dijo con voz entrecortada por el cansancio: si usted no se detiene me tiro en él.

Quiroga, ciego por la pasion y la ira, avanzó rápidamente tratando de ganarle tiempo. Pero ella, mas rígida y decidida, invocó el nombre de Dios y se arrojó al pozo.

Un grito formidable salió del pecho de Quiroga al ver desaparecer á Aurora y sentir el golpe de su cuerpo en el fondo del pozo. Pero no fué un grito de dolor ó espanto, sino un rugido de ira. La presa se le escapaba y la ira de Quiroga era ya algo de espantoso.

—¡Cosmel! ¡Cosmel! gritó con voz poderosa, pasando al patio donde volvió á llamar á Cosme.

—Ordene V. S., gritó el soldado de la puerta entrando á toda prisa.

—Ahora misma, ya, le gritó Facundo antes que llegara á su lado, bájate al pozo y sácame á esa jóven que se ha caido.

El milico se metió al pozo y empezó á descender con una facilidad de gato.

Un negro Matias, negro viejo y enfermo que habia en la casa, se asomó á los gritos, y viendo que Quiroga mandaba sacar á la jóven, se apresuró á facilitar la operacion por medio de una sogá que trajo.

El negro habia visto lo que pasaba, habia oido cuando la jóven se tiró al pozo, pero no se atrevió á moverse.

El semblante de Quiroga, horriblemente descompuesto y sus ojos dilatados y centellantes, causaban verdadero espanto. Y parado á la orilla del pozo, con su uniforme hecho girones y el cabello alborotado, trataba de facilitar la operacion por medio de la sogá.

En el fondo del pozo Aurora habia entablado una lucha con el soldado que queria sacarla, pero aturdida con el golpe, su resistencia fué sumamente corta y débil.

El soldado le ató la sogá por debajo de los brazos y avisó que la subieran, operacion que empezó á hacer Quiroga con sus fuerzas de Hércules. La accion de la jóven habia irritado á Facundo de una manera imponderable.

En aquel momento él no la sacaba por salvarle la vida, sino para castigar su accion, la insolencia de haber huido de sus caricias.

La pobre niña lloraba de una manera triste y conmovedora, pero en vez de mover con su llanto la compacion de aquel bárbaro, lo irritaba cada vez mas.

Cuando llegó á la orilla del pozo, Quiroga la tomó de un brazo y la sacó afuera, dejándola caer al suelo con terrible violencia.

—¡Bribona, estúpida! le dijo: qué te figuras que conmigo se puede jugar de esa manera, ya te enseñaré yo á no ser bruta y á aceptar por la fuerza lo que no he podido hacerte aceptar: el mas puro cariño.

¡ La muerte mil veces antes que la infamia, balbuceó la jóven:

todas las muertes me son preferibles al amor sincero que usted me ha propuesto.

Quiroga, perdida ya toda reflexion, le dió un golpe con el pié diciéndole:

—A honor debias haber tenido ser querida por mi, bribona: ya te pesará lo que has hecho, y verás que el amor de Quiroga era grande y bello, cuando tengas que aceptar por fuerza lo que no has querido aceptar por amor!

—Jamás, contestó la jóven horrorizada: yo sé que usted es un bandido capaz de todo, pero que nada podrá contra mí. Prefiero mil veces que me hagan pedazos al horror de verlo á mi lado.

Quiroga avanzó sobre la jóven y le dió algunos golpes y sacudones.

—Así, dijo ella, mas fuerte, con eso me mata pronto y dejo de padecer y de oír sus palabras odiosas, mas fuerte, así, así mismo.

Y este así mismo se referia á los golpes violentos que daba Quiroga cada vez con mas fuerza.

Pero Facundo no queria matarla, porque no queria que la muerte robara á Aurora á sus deseos brutales. El creia que con el rigor conseguiria lo que no habia conseguido con las protestas de su amor; pero al fin se convenció que pegándole concluiria por matarla, y se detuvo.

La jóven estaba en un estado que inspiraba la mayor compasion. Su bello rostro lleno de horribles moretones y su ropa desgarrada por todas partes, le daban un aspecto tremendo. Y no tenia fuerzas ni valor para llorar siquiera.

Al ver el estado de la jóven, Quiroga se arrepintió de lo que habia hecho, no porque sintiera la menor compasion, sino porque su accion bárbara y cobarde le quitaba toda esperanza de ser amado por la jóven.

Y él la amaba á su manera, como aman los tigres, en quienes una caricia se traduce en un golpe de garras. Y dejando á Aurora estirada en el suelo, salió rápidamente, ordenando al soldado que se quedara allí para ayudar á atenderla.

Pasado el primer momento de ira y vuelta la calma á su espíritu sintió inmensamente lo que habia hecho, pero ya no tenia remedio, ahora no habia mas que soportar las consecuencias de su accion.

Quiroga entró á su casa, y al tropezar con la vieja, sintió una nueva ráfaga de ira que le subió á la cabeza.

Ésta al ver el estado en que volvía Facundo, comprendió que éste habia sostenido con Aurora una lucha tremenda: pero ¿cuál habia sido el resultado de aquella lucha? Conocidas las personas, era indudable que Aurora habia sucumbido, porque su fisico débil y delicado, no habria podido resistir á la presion de aquellos brazos formidables. La pobre mujer sintió su alma cruzada por una inmensa agonía y conteniendo apenas su llanto increpó á Quiroga lo que suponía habria hecho.

—¿Dónde está Aurora? preguntó de una manera agresiva, ¿qué ha hecho usted con mi sobrina, infame?

—Lo que voy á hacer contigo, vieja insolente, desátala.

Desatada la vieja, en vez de salir disparando, como era de es-

perarse, se cuadró delante de Quiroga queriendo obligarlo á responder á sus preguntas.

—¿Dónde está Aurora? ¿qué ha hecho usted con ella? ¿por qué vuelve en este estado?

—Porque me dá la gana, vieja de perra, contestó sulfurado Quiroga, y si no sale pronto de aquí le hago pegar Joscientos garrotazos.

—¡Infame! gritó la pobre vieja, Dios lo liere de haber cometido una iniquidad.

É iba á seguir en sus injurias, pero Quiroga le cortó la palabra de un cogotazo.

Doña Rosario dió un grito estridente, se agarró la nuca con ambas manos, y salió rápidamente maldiciendo del cielo y de la tierra. En menos de un minuto, la vieja estuvo en su casa, ávida de hablar con su sobrina y averiguar lo que habia sucedido. Por mas preparada que fuera la vieja á presenciar algo de monstruoso, la vista de su pobre sobrina fué superior á todo cuanto se habia imaginado. La cara angelical de Aurora, hinchada horriblemente por los golpes recibidas, estaba llena de moretones cárdenos y contusiones brutales. Por entre sus ropas desgarradas se veía las manchas moradas que los golpes habian producido en el cuerpo, y sus ojos enrojecidos por el llanto, acusaban de una manera conmovedora todo el dolor que experimentaba.

—¡Hija de mi alma! ¡hija de mi corazón! gritó la vieja mecándose los cabellos desesperadamente, ¿qué te ha sucedido? ¿qué ha hecho ese bandido cobarde?

—Me ha golpeado, me ha maltratado de esta manera porque me resistí á sus pretensiones. Desesperada y no pudiendo ya huir de él, que habia llegado hasta luchar conmigo como un infame, me arrojé al pozo del fondo y esto fué lo que más lo irritó. Me hizo sacar con un soldado y enfurecido, me ha pegado de una manera horrible.

Y la pobre niña abrazada del cuello de su tia, se puso á llorar con inmensa amargura. Era el primer desahogo que tenia.

—Por lo que ese hombre habrá hecho conmigo, balbuceó, creí que á usted la hubiera muerto; ¡bandido sea mi Dios que me la devuelve para consuelo de mis males!

Y la pobre jóven refirió á doña Rosario, con sus menores detalles lo que habia sucedido.

Tan enfurecida estaba ésta, que sin el menor miedo, echó á empujones al soldado, que aun estaba allí dominado por el horror de aquella situación especial. Y se puso á armar en seguida tal escándalo de gritos y maldiciones, que poco despues todo el barrio estaba en su casa comentando lo sucedido, y asombrándose de la virilidad ejemplar de la jóven.

Aquel suceso fué el tema de las conversaciones durante mucho tiempo. Y todos se ocultaban para condenar el proceder de Quiroga, temiendo que éste lo supiera y fuera á castigarlos de alguna manera bárbara. Todos aconsejaban á doña Rosario saliera de La Rioja, pues la segunda tentativa de Quiroga podria tener consecuencias más fatales y dolorosas. Y todos se ofrecían á ayudarla, sin que á ninguno se le ocurriera el medio de ponerlo en práctica.

Desde aquel día Quiroga se encerró en su casa, negándose á ver á persona alguna, con excepcion de Chacho. Estaba arrepentido de lo que habia hecho, no por el hecho en sí, sinó porque él importaba el ódio y el desprecio de la mujer que amaba.

Aurora no podia oirlo en adelante, sin sentir un movimiento de horror y huiria de él como de un peor enemigo.

—No tengo conformidad, decia á Chacho, no puedo olvidarme de ese momento maldecido, y siento que cada dia estoy más apasionado, y el amor de esa mujer es una necesidad de mi vida.

—Todo se olvida en la vida, contestaba Chacho, y no hay cosas que no puedan borrarse á fuerza de buenas acciones. Con la dulzura y el cariño, puede ser que ellas olviden lo sucedido, porque al fin y al cabo aquello no fué más que un estravio producido por la pasion más íntima.

—Siento una fuerza tremenda que me impulsa á buscarla nuevamente, pero me tengo miedo á mí mismo, porque la misma pasion puede conducirme muy lejos irritándome de una manera tremenda si sufriera otro rechazo.

—Pues déjelas en paz, contestaba Chacho: muchas otras mujeres superiores á Aurora misma, se considerarán felices con su amor, y usted nada habrá perdido.

—Sobre toda la tierra no hay otra mujer más linda que Aurora: no hay una mujer tan linda como Aurora, Chacho, y yo no puedo conformarme con esa pérdida. Ruego á Dios que las inspire, porque me siento capaz de hacer una barbaridad.

Aurora sabia esto; por lo que ya habia sucedido, calculaba de lo que era capaz Quiroga, pero estaba dispuesta á arrostrar la muerte antes que el deshonor.

Aquello era para ella cuestion de conviccion profunda y no habia que hacer.

Los ocho ó diez dias que ella guardó cama, curándose, Quiroga no dió señales de vida: se habia contentado con establecer centinelas en los alrededores de la casa para que le avisasen si las mujeres intentaban huir.

En La Rioja se comentaba mucho la actitud de Facundo, esperando de un momento á otro el estallido de su cólera, estallido tremendo que podia dar resultado de muerte.

Los movimientos políticos contra la política de Rosas se sucedian unos á otros. Paz por un lado, Lavalle por el otro, y el mismo Tucuman, que no se mostraba tan sometido como lo habia dejado Quiroga, se movian amenazadores.

Rosas alarmado habia mandado á llamar á Quiroga, ordenándole que pusiera nuevamente en pié su ejército y se moviera sobre Tucuman y sobre Córdoba, dejando á Chacho para mantener el órden en las provincias del Norte; manteniéndose al habla con Aldao, en prevision de cualquier movimiento por aquel lado, cosa difícil, pues los Unitarios tenian aglomerados sus elementos entre Tucuman y Córdoba.

Quiroga sintió profundamente aquel llamado, que lo arriancaba de La Rioja cuando más empeñado estaba en aquella conquista y cuando su ausencia de La Rioja podia costarle la pérdida de Aurora para siempre.

Quiroga se preparó para marchar, pero quiso antes tener una nueva entrevista con Aurora.

Después de organizar todas las tropas y formar el ejército que había de llevar consigo; después de escribir al fraile Aldao que le remitiera un fuerte contingente quedando él prevenido para cualquier revés, se fué de visita á casa de la vieja Rosario, la noche antes de su partida.

La presencia de Quiroga produjo en las mujeres una impresión de pánico terrible. Claro era que después de lo que había sucedido, Quiroga no podía ir allí á nada bueno. Como Facundo se entraba á la casa sin esperar que nadie le recibiera, salió la vieja á su encuentro preguntándole qué deseaba.

—Quiero ver á Aurora, dijo Facundo, quiero hablar con ella un momento.

Quiroga había hecho el propósito de no irritarse y hablar con una mansedumbre terrible por lo mismo que era fingida.

—Aurora está enferma, contestó la vieja, y no puede recibirlo: después de lo que ha pasado aquí, extraño mucho que usted vuelva á esta casa.

—Usted no tiene nada que extrañar porque no es á usted que yo vengo á ver. Llame usted á Aurora, que si ella no puede venir á donde yo estoy, iré yo á verla.

La vieja no se atrevía á echar á Quiroga, y temblaba de que éste, hallando siempre la misma resistencia fuera á irritarse y á cometer un crimen.

—He venido con todo el propósito de estar tranquilo, dijo viendo que la vieja no se movía: le ruego que no me irrite, porque siento que voy á hacer un descalabro.

La vieja tuvo miedo é hizo entrar á Quiroga á la sala y fué á llamar á Aurora!

No tengas miedo, le dijo, que yo estoy contigo, y si algo intenta entre las dos hemos de defendernos, llamando en nuestro socorro á todo el mundo.

A la sola noticia de que allí estaba Facundo, Aurora tembló de espanto y se resistió á obedecer á su tía.

—La muerte, dijo, la muerte mil veces antes que permitir que ese hombre se me acerque.

Fué necesario toda la buena lógica y autoridad de la tía, para que Aurora saliese á ver á Quiroga.

—Piensa que si te resistes será capaz de venir á buscarte él mismo y esto será mucho peor, tal vez arrepentido con lo que ha hecho y en víspera de marchar, quiera pedirte perdón por lo infame de su conducta.

La pobre jóven gimíó y se resignó á obedecer á la tía.

A la vista de la jóven, cada vez más bella por la misma tristeza marcada en su semblante, Quiroga sintió un golpe de pasión violenta y de deseo. Le parecía que la amaba más que nunca y que realmente el amor de Aurora era una necesidad de su vida.

Y aterrada la jóven, permanecía de pié sin atreverse á dar un paso.

—¡Por Dios, Aurora, dijo Facundo, acérquese sin desconfianza, escúcheme lo que voy á decirle!

—Yo la amo siempre de la misma manera, con la misma in-

tensidad; yo no estoy enojado, y si el otro día la traté mal, fué arrastrado por un vértigo de pasión, y porque usted me había instado á que me retirase. Sin embargo, estoy arrepentido; he sentido más dolor que usted misma, y haría cualquier cosa por borrar aquello de mi memoria. Yo la amo más que nunca, Aurora, y ahora al partir siento que mi pasión aumenta de una manera inmensa.

Al recordar aquellas escenas vergonzosas, al recordar que aquellas manos que se estiraban hacia ella trémulas de amor le habían golpeado de una manera tan cobarde, Aurora se sintió presa de la vergüenza más íntima, y dos hilos de lágrimas silenciosas cruzaron su semblante bello.

La vieja Rosario miraba á Quiroga de una manera agresiva, pensaba en que al fin al día siguiente debía de salir de La Rioja y guardaba un silencio profundo, calculando que sería mucho mejor guardar silencio y no irritarlo con recriminaciones que ningún buen resultado podían dar.

—Vamos, dijo Quiroga, conmovido ante el mudo dolor de la joven, yo no quiero irme de La Rioja sin la caricia de su palabra tierna: Aurora, el privilegio de la aurora es disipar las tinieblas de la noche, yo quiero que usted alumbre en mi espíritu y que su perdón y su sonrisa sean la prenda de amor que yo lleve en mi viaje.

Y se aproximó á la joven tratando siempre de tomarles las manos. Exaltado por sus mismas palabras, Facundo había palidecido, sus ojos brillaban con fulgor extraño y el vértigo del deseo empezaba á dominarlo.

La joven al verlo avanzar en aquella actitud, retrocedió hasta donde estaba la tía, guareciéndose en ella, y ésta la cubrió con su cuerpo, como si fuera aquel un escollo que Quiroga no se atrevería á saltar.

—Todo lo que usted quiera, dijo, si yo le perdono lo que ha hecho conmigo, yo quedo muy reconocida á usted, pero por Dios, váyase, porque siento que á su presencia yo me muero de miedo.

—¿Cómo puede inspirar miedo el esclavo que solo espera un ademán para obedecer sumiso? No es miedo lo que yo quiero inspirarle, sino amor, Aurora, un amor puro y tranquilo que calme en algo la sed que me devora: en cambio el General será su ciervo.

—Bien, todo lo que quiera, pero váyase, insistió la joven, váyase por lo que más ame en el mundo, se lo pido de rodillas.

Y la pobre joven, con el semblante bañado en lágrimas, cayó de rodillas al lado de su tía.

Quiroga empezaba á irritarse nuevamente por la resistencia de la joven y la presencia de la vieja, y aunque quería contener sus iras, su enojo salía á su mirada de tigre en rayos siniestros.

—Yo soy el que debe estar así ante usted, exclamó Facundo acercándose y levantándola: yo que la amo inmensamente y que miro con la mayor felicidad de la tierra poderme llamar su esclavo. Aconséjemela, doña Rosario, aconséjemela que me quiera y tendrá usted mis más vivo agradecimiento.

Al ver que Quiroga se acercaba, la joven se levantó rápidamente para que no la tocara y se enbrió con su tía nuevamente.

Eran Aurora y su tía de aquellas mujeres que estiman el honor

y la virtud como el primer bien de la tierra y que en su defensa arrostran la muerte sin el menor inconveniente.

Así es que Aurora, antes que ceder á las pretensiones de Quiroga, estaba dispuesta á sufrir todo. Si la primera vez le habia pegado de un modo tan bárbaro é inhumano, estaba segura que á la segunda tentativa la mataria ; pero así mismo estaba decidida á rechazarlo de una manera terminante. Ningun apoyo tenia ella en La Rioja, ni podia contar con más auxilio que las fuerzas que le diera su propia virtud, y sin embargo no se arredró, y resuelta á defenderse á toda costa, volvió á pedir á Quiroga que se retirara.

—Como amigo, le dijo, olvidando lo que ha pasado, no tendré inconveniente en recibirlo, pero como enamorado jamás.

—Me casaré contigo ahora mismo, gritó Quiroga completamente exaltado ya, me casaré contigo en el acto.

—¡No es posible, Quiroga! dijo entonces doña Rosario hablando por primera vez: deje en paz á la pobrecita, sea generoso, que no es mucho pedirle, y olvide lo que no es en usted más que un capricho de hombre acostumbrado á hacer su voluntad.

—¿Capricho mio? ¡eso es una locura! el amor de Aurora es una necesidad de mi vida ; yo lo necesito para poder respirar en libertad, para dormir tranquilo y para que la vida no me sea una cosa detestable. Yo necesito el cariño de Aurora para volver á ser Facundo Quiroga, porque sin él no soy más que un idiota, un ente que no tiene libertad de pensamiento porque su alma queda aquí, y su espíritu no sabe pensar más que en este amor divino que lo ha aprisionado por completo.

Y la voz de Quiroga temblaba, y su palabra conmovida expresaba toda la angustia porque pasaba en aquel momento.

—Yo no pido una cosa imposible, no pido más que un poco de cariño y esta es una cosa que hasta á los perros se le dá. En cambio yo me ofrezco como el más sumiso de los esclavos.

—Bueno, dijo Aurora queriendo terminar de una vez, pero váyase de aquí porque me siento enferma y necesito reposar.

Quiroga avanzó sobre Aurora con tal rapidez, que ésta no tuvo tiempo de huir, y él le tomó la cabeza con ambas manos, dándole un beso en la boca.

La jóven soltó un inmenso grito como si la hubiera picado un reptil, y se desprendió de Quiroga, huyendo por la pieza, mientras doña Rosario pretendia detener á Quiroga que avanzaba siempre con el semblante horriblemente descompuesto y pintaba en él toda la ignoble pasion que lo conmovia. El contacto de aquellos labios de brisa, aquel aliento tibio y perfumado y aquel capello de suavidad incomparable habian concluido de exaltar á Quiroga haciéndole perder todo su tino y todo resto de razon.

¡Mial ¡mia para siempre! gritó, y que mis labios febricentes puedan beber en los suyos siempre tambien, la vida de otro mundo que emane un ser magnífico como una promesa de los cielos.

Y enloquecido y furioso, saltó sobre la jóven como podia haber saltado un tigre.

Aurora recordó entonces la terrible escena del pozo, se imaginó que Quiroga la estrechaba ya entre sus brazos y empezó á correr

por la pieza dando gritos que ahogaba la propia desesperacion y el llanto.

Doña Rosario animada por la fuerza y el valor que le daban su desesperacion, se puso delante de Quiroga y pretendió sujetarlo de los brazos, mientras le decia :

—Quiroga, por piedad, por lo que más ame en el mundo, tenga usted compasion de nosotras y viviremos eternamente agradecidas.

Quiroga tenia la mirada ardiente fija en la jóven como si quisiera magnetizarla, y ni siquiera escuchaba lo que le decia la vieja.

Al sentirse detenido, dió un sacudon violento, arrojando á la pobre mujer á dos varas de distancia. Y avanzó sobre Aurora terrible y resuelto.

—Quiroga, ¡por Dios! ¿qué va usted á hacer? dijo doña Rosario cerrándole de nuevo el paso y tomándolo por la cintura: ¡deténgase por Dios!

Pero Quiroga no escuchaba ya, estaba dominado por el vértigo y no veia más que á Aurora que miraba en todas direcciones como si buscara un lugar seguro para esconderse y huir de aquella fiera.

Al sentirse nuevamente detenido por la vieja, Quiroga le puso una mano sobre el pecho y le dió tal empujon que la arrojó al suelo de espaldas.

Las dos mujeres empezaron entónces á llorar amargamente, y Rosario levantándose en seguida volvió á abrazar á Quiroga más resuelta que nunca, mientras gritaba á Aurora :

—Huye, ¡hija mia! huye á la calle y salvate.

Quiroga dió un nuevo empujon á la vieja, pero ésta se le habia prendido de tal manera, que no pudo arrojarla como las veces anteriores. Enfurecido entónces por esta resistencia, le dió un puñetazo tremendo.

La pobre mujer gimió bajo el dolor, pero lejos de soltarse se habia prendido con más fuerza, desgarrando el uniforme de Quiroga, á cuya cabeza subia ya un vértigo de sangre.

Aurora aterrada porque creia que Quiroga podia matar á su tia de tal manera le pegaba, avanzó imponente y magnífica de indignacion y hermosura.

La lucha era tremenda, las mujeres luchaban con Quiroga de una manera desesperada y éste no pudiendo vencerlas de otro modo las golpeaba furioso, como podia golpear un soldado. Frenético y perdida la razon, aturdido por los gritos de las mujeres y temiendo que éstos pusieron en alarma á toda la ciudad, dió un puñetazo en la cabeza de la vieja, que cayó en el suelo privada de sentido. Y siguió golpeando á Aurora de una manera frenética.

Era una manera de enamorar exclusivamente de Quiroga, que creia que lo que no cedia á la razon deberia ceder á los golpes.

La jóven viendo caída á su tia y no teniendo ya quien pudiera defenderla hacia esfuerzos tremendos por desprenderse del caudillo para huir á la calle.

Ambas tenian las ropas hechas pedazos, ¡porque ambas se habian prendido de ellas en sus momentos de desesperacion.

Quiroga no parecia ya un hombre: era un animal feroz cebán-

dose en una presa. Quiroga tropezó en una mesa y cayó cerca de doña Rosario, lo que concluyó de enfurecerlo. Y se levantó con ánimo de descalabrar de un golpe á Aurora, pero ésta había huido al patio y en dirección á la calle.

El escándalo se había producido en todo su apogeo, la cuadra se había llenado de curiosas que venían á informarse de la causa de aquellos gritos.

Cuando Quiroga salió, ya Aurora estaba en la calle, corriendo como una loca, sin dirección fija, porque le parecía que á cualquier parte que entrara iría á sacarla Quiroga.

Y al verla así, lastimada y desgarradas las ropas, todos se sentían conmovidos y asombrados ante la virtud ejemplar de la jóven.

Quiroga salió de la casa, enfurecido al extremo de abrirse paso á puñetazos por entre la gente que allí estaba aglomerada, pero no siguió á la infeliz Aurora, como todos se imaginaban sino que se dirigió á su casa, tratando de ocultar los girones de su uniforme despedazado.

El cuando llegó, mandó dos soldados que fueran en busca de Aurora y la condujeran allí inmediatamente.

Formado todo el ejército para marchar, la casa de Quiroga se hallaba llena de soldados y oficiales que rodeaban á Quiroga esperando el momento de la marcha. Allí estaba también el piquete de artillería, con las dos grandes piezas de fierro que lo formaban.

Irritado, terriblemente irritado, Facundo presentaba tal aspecto, que sus oficiales más bravos se retiraban, temiendo que por el menor motivo fuese á descargarse sobre ellos el chubasco. Llegado á sus piezas, empezó á cambiarse de ropa, dando tiempo á que volvieran los soldados que habían ido en busca de Aurora.

—No me ha querido por esclavo, decía, nó me ha querido por el más sumiso de los amantes, pues me tendrá como señor, como señor rígido que exige se le obedezca al pensamiento. Yo les he de enseñar como han de conducirse conmigo ó el diablo se los ha de llevar.

Y se vestía apurado, pensando en la venganza que había de tomar. Era tal la ferocidad de Quiroga que había olvidado hasta su pasión misma, para pensar en el castigo que había de aplicar á Aurora, para que con ella escarmentaran las que quisieran hacer lo mismo.

Y todos al saber que había mandado buscar á la jóven, temblaban pensando que por lo menos la iba á hacer lancear.

Ciudad pequeña y convulsionada por los preparativos de marcha de las fuerzas, todos estaban levantados en la calle aunque eran las dos de la mañana, y aterrados, esperaban saber lo que Quiroga iba á hacer con la jóven.

Conociendo que era el único capaz de contrariarlo, las principales personas de La Rioja fueron á ver á Chacho, á referirle lo que pasaba y á pedirle que viniera á proteger á la jóven é impedir que Quiroga hiciera con ella un atentado terrible.

—Mucho dudo poder conseguir nada si Quiroga está tan enfurecido como dicen, contestó el Chacho, pero haré lo que pueda.

Y decidido á jugar toda su influencia, el generoso Chacho se trasladó á casa de Quiroga.

Ya habian vuelto los soldados conduciendo á Aurora, cuyo terror era indescriptible. La jóven estaba perfectamente dispuesta á arrostrar la muerte, que miraba como una salvacion. Lo que la aterraba de aquella manera era en pensar en la violencia que podria cometer Quiroga, y era ese terror lo que le daba fuerzas y ánimo para mantenerse en pié á pesar de todo lo que habia sufrido aquella noche. Así es que cuando sintió que Quiroga la mandaba amarrar á un cañon, sonrió con la amarga mansedumbre de los mártires y dobló sobre el pecho la espléndida cabeza, aceptando aquella afrenta dolorosa, como una felicidad. De todo lo que habia pensado, era aquello lo mejor que le podia suceder.

Sin conmiseracion de ninguna clase, Aurora fué amarrada sobre el cañon, como si se tratase de un bandido, temiéndose que en seguida viniera la órden de azotarla, como parecia ser la intencion de Quiroga.

Y Aurora estaba más bella que nunca, aquella misma expresion de sufrimiento marcada en el semblante la hacia más simpática y bella.

—Ah, bribona, habia dicho Facundo al verla, ahora vas á aprender como se debe manejar y tratar á Quiroga y la diferencia que hay en obedecerlo y ser con él una insolente estúpida.

—Estoy conforme con todo, con la muerte misma, dijo suavemente la jóven, pues así me veré libre del oprobio de semejante cariño.

Iba Quiroga sin duda á hacerla azotar, cuando se apareció el noble Chacho, que no pudo reprimir un movimiento de profundo disgusto, ante aquel espectáculo bárbaro.

Quiroga hizo señas al Chacho que se le aproximara: sabia que Chacho le iba á pedir la libertad de Aurora, pero en cambio le proporcionara algun consuelo en su apurado trance.

—¿Admite un consejo de amigo, General? preguntó Chacho despues de saludarlo.

—De usted admito todo, respondió Quiroga entrándose á sus piezas para evitar que lo oyeran: ya sabe que lo estimo, ya sé yo que consejo ~~sujo~~ debe ser bueno, porque es la única persona que me quiere en el mundo.

—Bueno, General, haga desatar á esa mujer y déjela que se vaya á su casa. Por más grave que sea su falta, no se puede tratar á una mujer delicada como á un soldado, y esa demasiado castigada está con le que le ha sucedido.

—Es que han sido unas infames, es que yo las debia fusilar para enseñarles á respetarme.

—Demasiado castigada está con lo que se le ha hecho ya, suéltela, General, siquiera para que no digan que la trata así porque es una pobre mujer indefensa.

—Es que yo trato lo mismo al hombre más bravo, porque no hay nadie más bravo que yo, contestó Quiroga echando un ternero. A un hombre le habria dado yo mismo quinientos azotes, á ella me contento con atarla al lomo de un cañon.

Chacho estaba pálido y agitado, la vista de aquella jóven desgraciada lo habia conmovido hasta la vergüenza y se habia propuesto conseguir su libertad aún á costa de un altercado con Qui-

roga. Su corazón hidalgo no comprendía cómo se cometían actos de aquella naturaleza, y sentía que la indignación más justa invadía su espíritu. Sin embargo, sabiendo que la suavidad era el mejor medio á emplearse con Quiroga, sin alterar el tono de su voz agregó:

—Yo no le hecho más que darle un consejo que usted me ha pedido, si le parece malo no he dicho nada, pero sepa que nadie en este mundo ha de mirar con más amor que yo su reputación y sus conveniencias.

Quiroga acababa de ser vencido por la palabra suave y persuasiva del Chacho, encontrándose tan dispuesto á ceder, que le dijo:

—Está bueno, y sea lo que usted quiera, vaya y desátela: y póngala en libertad y haga lo que más le dé la gana, ya sabe que á usted no le niego nada.

—¡Bravo Quiroga! contestó el Chacho estrechándole la mano, estoy orgulloso de usted, y si fuera posible quererlo más de lo que lo quiero, este rasgo le hubiera captado todo mi cariño. Ahora voy á darle un consejo que usted no me pide, pero que lo necesita para reprimir cierta violencia de carácter. Por medio de la dulzura y el cariño, no hay cosa que no pueda obtenerse de una mujer: el rigor no sirve muchas veces sino para conquistar su odio, ó como en el caso presente, provocar una resistencia hasta la muerte. No hay nada tan accesible al cariño y á la súplica, como el espíritu de una mujer: tardará más ó menos tiempo, pero al fin concederá lo que se le pide.

—Vaya nomás, zalamero, dijo sonriendo el feroz caudillo, y empujó suavemente á Chacho que se dirigió al cañon donde estaba atada Aurora.

Y con una delicadeza de que nadie lo hubiera creído capaz, desató rápidamente á la jóven.

—No tenga miedo, niña, le dijo cariñosamente, que yo la desato para ponerla en libertad y llevarla hasta su casa: yo soy el Chacho, de mí no hay que tener miedo.

—Dios lo bendiga respondió la jóven, pero seria mejor que me dejara morir, porque de todos modos esto va á repetirse hasta el fastidio.

—No tenga miedo, yo le aseguro que nadie ha de volver á meterse con usted: vamos, yo voy á acompañarla.

Tan débil y postrada estaba Aurora, que no pudo dar un paso: Chacho la cargó entre sus robustos brazos, y con delicadeza de madre la condujo hasta su casa, entregándola á los parientes y amigos que cuidaban de doña Rosario.

—Adios, niña, le dijo, si yo llego á quedar en La Rioja, ya volveré á ponerme á sus órdenes cuando se vaya Quiroga y trataremos de remediar el mal que se le ha hecho.

—Adios, Chacho, contestó la jóven: Dios lo bendiga y si alguna vez puedo pagarlo el inmenso bien recibido, crea que me consideraré feliz.

—Usted no me debe nada, adios y sea feliz.

Y se alejó rápidamente, mas por huir á las frases de agradecimiento que porque tuviera necesidad de alejarse tan rápidamente.

Quiroga lo esperaba para informarse de la salud de Aurora.

Pasada la ira y el acceso de ferocidad, habia vuelto el amor por la jóven, con mas empeño que nunca.

—Ella ha de ser mia, pensaba, ó el diablo se la ha de llevar: en vano no soy Facundo Quiroga.

Cuando volvió el Chacho, se desató en un millon de preguntas referentes al estado de la jóven, preguntas á las que supo responder Chacho, halagando hábilmente su amor propio.

—Ella está bien, dijo, son golpes que pasarán, porque aunque recios no creo que ofrezcan la menor gravedad. Cuando usted vuelva ya estará curada, y quién sabe lo que de ella podrá esperar. Todo lo que se comete cediendo al vértigo de una pasion violenta, tiene siempre una disculpa ante los ojos de la mujer que la inspira; cuando Aurora vea que todo ha sido obra del amor que inspira y que usted ha obrado con la razon perturbada por su amor á ella, apreciará su conducta de modo diferente. Hay siempre la disculpa del amor.

—Dios le oiga Chacho, contestó, y si alguna vez habla con ella, hágalo en ese sentido.

—No tenga cuidado, General, yo influiré en su ánimo todo lo que me sea posible.

Esa misma madrugada se puso en marcha Quiroga con su ejército, dejando al Chacho de reserva en La Rioja, con órden de estar listo al primer aviso.

—

Todos estaban asombrados de la influencia de Chacho sobre Quiroga. Cuando lo creían mas enfurecido y mas dispuesto á matar á Aurora, lo habian visto ceder á las indicaciones de éste, quedando perfectamente conforme con lo que habia hecho. Y lo miraban como la salvacion de todos, puesto que Quiroga se ponía cada vez mas feroz.

El primer cuidado de Chacho fué volver á casa de doña Rosario, á informarse del estado en que se hallaban.

Como no tenian de qué tener miedo, todos los parientes y amigos habian acudido á la casa prestando sus sollicitos auxilios.

La vieja Rosario estaba dada al infierno, ella habia recibido menos golpes que Aurora, pero éstos habian sido mucho mas sérios, produciendo dos contusiones bastantes graves.

Aurora habia sido peor tratada, habia sufrido mucho mas, pero sus golpes habian sido menos violentos, aunque las manos de Quiroga no necesitaban caer con fuerza para producir un moreton; sin embargo, su cuerpo estaba lleno de contusiones cárdenas y su rostro arañado y moretoneado por los manotones recibidos en la violenta lucha.

—No importa, respondía la jóven á las palabras de consuelo que los demás le dirigian: todo lo doy por bien empleado, pues he podido escapar al plan terrible de Facundo.

Chacho fué recibido en medio de las demostraciones de mayor cariño, todos sabian que á él exclusivamente se debia la salvacion de Aurora, y trataban de mostrarle de todas maneras su agradecimiento, pidiéndole un consejo para evitar que aquello se repitiera.

—La mejor es salir de La Rioja, decía doña Rosario, y que ese hombre no pueda saber nunca dónde nos hallamos.

—El medio no es malo, pero tampoco es salvador, decía Chacho, mucho más, andando Quiroga de pueblo en pueblo y al frente de un ejército. En cualquier parte las encontraría y no faltaría quien por adularlo y quedar bien le diera noticias de su paradero.

—Lo mejor que puede hacerse lo tengo yo pensado, dijo Aurora: lo tenía ya pensado desde la primera iniquidad de Quiroga. En cuanto me sea posible me voy á Catamarca y entro de monja en el convento, lo más ocultamente que me sea posible; así no podrá saber donde me encuentro, y en caso que lo sepa estaré allí más segura que en cualquier otra parte.

—Es penoso echar mano de ese recurso, dijo Chacho, cuando se tiene un semblante como el suyo. Usted ha nacido para brillar en el mundo, Aurora, y no para enterrarse viva.

—¿Qué hemos de hacer! respondió la joven: ante todo es preciso huir de ese hombre fatal, y no hay por ahora otro recurso. Yo siento dejar el mundo más que nadie, pero veo que por ahora es preciso: quién sabe aún lo que me guarda el destino!

Con el prestigio de su proverbial bondad y del servicio inestimable que le había prestado, Chacho se había hecho fuertemente simpático á la joven.

Estaba entonces Peñalosa en todo el vigor de la vida y su fisonomía, donde asomaba toda la bondad de su espíritu noble, le inspiraba un cariño invencible. Tratado la primera vez, parecía un viejo amigo, inspiraba aquella confianza que solo dan los años de continuo trato y el íntimo conocimiento de las personas.

Chacho había sido á la vez deslumbrado por la belleza suprema de Aurora, su corazón había temblado de pasión, pero se había contenido, se había dominado y ocultado para sí, bajo una capa de indiferencia, aquella pasión naciente. No quería dejarla entrever, no porque tuviera miedo de Quiroga ni una complicación con aquél, sino porque no quería, por nada de este mundo, que el General fuese á enrostrarle un acto de deslealtad, creyendo que él le hubiera robado el amor posible de Aurora.

Así eso, empezó á observar con ésta la misma regla de conducta que había seguido con Angela, para que ni siquiera pudiera acusárselo de haber provocado una relación amorosa con la frecuencia de sus visitas.

Al principio y cuando la salud de las mujeres era aún delicada, venía todos los días á informarse de ella y ofrecerles cuanto podían necesitar. Pero así que se fueron mejorando empezó á economizar su presencia, al extremo de que solo se presentaba una vez cada dos días.

Doña Rosario y Aurora se habían habituado de tal manera á la presencia del Chacho, que lo mandaban buscar continuamente, pues él se resistía á acudir, alegando diversos pretextos.

¿Empezaba Aurora á enamorarse del Chacho, ó era una amistad sincera y reconocida por el servicio recibido? Es que la joven, cuyo corazón vírgen había permanecido cerrado á la manifestación de toda pasión cariñosa, se había sentido impresionada ante la bondad y desinterés delicado de Chacho que decía:

—No quiero que se interprete mal la frecuencia de mis visitas y por eso las escatimo, no es que ustedes me sean tan indiferentes como parece.

La misma doña Rosario, enemiga de todo hombre que pudiera tener un interés por Aurora, había cobrado á Chacho un gran cariño y una íntima estimación.

Llegado el momento de irse á Catamarca, pidieron á Chacho consejo y compañía, pero él les demostró que toda injerencia suya sería perjudicial para todos.

—No faltaría quien dijera á Quiroga que yo había influido en Aurora con interés personal, y tal vez irritado por la idea de una preferencia que no existe, cometiera entónces un verdadero crimen que nadie podría evitar. Lo único que yo puedo hacer, es dejarlas obrar con completa libertad, sin meterme para nada en lo que hagan.

Doña Rosario y Aurora se despidieron de Chacho jurándole una amistad sin límites. Y al separarse de Chacho, la jóven sintió que sin poder evitarlo, las lágrimas se agolparon á sus ojos bellos.

—Nunca he de olvidar lo que le debo, Chacho, y en cualquier situación de la vida, usted será siempre para mí el bien venido.

Chacho se retiró á su casa profundamente conmovido y sintiendo que aquella jóven llevaba algo suyo.

Se había habituado á verla, á sentir la impresión de su belleza y no iba á poder habituarse á pasar los días sin verla. Si no hubiera sido esta separación y á pesar de su voluntad puesta en juego, Chacho se habría enamorado de Aurora con toda la intensidad de su naturaleza vigorosa y ardiente. Y esto podía costarle un rompimiento con Quiroga, que sabe Dios dónde hubiera terminado. No tenía mas salvación su amor que la muerte de Quiroga, y esto era muy problemático porque aunque Quiroga combatía continuamente á la par de sus soldados, parecía que tenía hecho un pacto endiablado con la muerte: nunca le sucedía el menor contratiempo.

Aurora llegó á Catamarca ocultándose de todos y se dirigió al convento. Allí habló con la madre Abadesa, y de allí no volvió á salir más, decidida á quedarse hasta que las cosas cambiaran de manera que Quiroga no pudiera perseguirla más.

Conmovida con la relación que le hizo la jóven de sus desgracias, la buena madre Abadesa la admitió sin condiciones y sin compromiso de profesar si aquella no era su vocación ó su voluntad. Es que la Abadesa contaba con que el hábito por una parte y el temor por otra, la harían profesar tarde ó temprano.

La pobre tia, aunque tenía permiso para visitarla de cuando en cuando, quedó sumida en la mayor tristeza: le parecía que aquella separación debía ser eterna y que ya no volvería á ver más á su sobrina en el mundo de los vivos. Al salir del convento vaciló y estuvo tentada á volverse, pero se acordó de Quiroga, se acordó de aquella última y tremenda escena y siguió adelante.

Aquella separación sería lo único que podría salvar á Aurora,

pues Quiroga volvería más apasionado que nunca y sabe Dios lo que intentaría para satisfacer su capricho.

La pobre Aurora sufría inmensamente con aquella reclusion forzada. La pobre niña amaba la vida con toda su alma, porque recién empezaba á entrever todos los goces que la vida encierra, aunque ya habia probado algo de su amargura tambien: amaba á Chacho tanto como odiaba á Quiroga y esperaba de la vida encantos desconocidos que la ilusion embellecia poderosamente. Chacho se le habia presentado haciéndole conocer su espíritu viril y generoso y habia despertado su corazon á la vida del amor y del espíritu. ¡Ah si Quiroga no viviera, cuán feliz podría haber sido ella! La quietud del claustro y la privacion de todos los goces del espíritu contribuian á hacer mas poderosa aquella pasion naciente, y el pensamiento de Aurora se volvía al Chacho con toda la pureza de su alma y todo el poder de la imaginacion.

La vieja que veía levantarse en el Chacho el único poder capaz de contrarrestar la influencia de Quiroga, fomentaba aquella pasion de Aurora que podía ser salvadora si el Chacho llegaba á enamorarse de ella con la misma fuerza de la pasion.

Como Chacho sabia donde encontrar á la vieja, de cuando en cuando enviaba un soldado de su confianza á preguntar por la salud de ambas, atencion que doña Rosario agradecia cumplidamente en nombre de ella y de su sobrina que le mandaba todo género de buenos recuerdos.

Así se mantenía aquella relacion lejana y cariñosa, fomentada por aquella tia que, tratándose de amores, habia contrariado siempre el corazon de Aurora, no hallando un hombre que la mereciera lo suficiente. Chacho era feliz con aquel amor lejano y tranquilo que halagaba todos sus sentimientos.

Quiroga por su parte, aunque pensaba siempre en Aurora, tenia su imaginacion distraida por mil impresiones diversas. Sus amores con Dominga Rivadavia, mujer espléndida y habilitisima para engañar á hombres, lo habian entusiasmado de una manera poderosa, reconcentrando en ella toda la pasion del feroz caudillo. Quiroga estaba mareado no solo por la hermosura magnífica de Dominga, sino por la posicion brillante que en la corte de Rosas ocupaba entonces aquella mujer. Y ella cuyo corazon de loba tenia su encanto en todo lo feroz y lo informe, amaba á Quiroga, y se sentía orgullosa con el amor del caudillo, cuyo prestigio estaba entonces en todo su apogeo. Quiroga iba á batallar donde lo mandaba Rosas, con un éxito asombroso, y volvía siempre al lado de Dominga, encontrando en su regazo y en su amor, el mejor descanso á la fatiga y á la batalla.

Quiroga poco se preocupaba de mantener su influencia en el Interior, porque para esto estaba Aldao en Mendoza, Chacho en La Rioja y los mismos Reinafé en Córdoba, que le tenían un miedo tremendo. Con una sola palabra pasada á aquella especie de tenientes suyos, estaba seguro de que tendría inmediatamente reunido un ejército poderoso. Y Rosas contemplaba al caudillo llenándolo de honores y de oro, porque con él tenía segura la sumision de las provincias del Norte.

Los enamorados de Dominga Rivadavia, que eran muchos,

odiaban de muerte á Quiroga, pero quién se habia de atrever á decir nada á Quiroga que de mirarle la cara solamente se echaban á temblar de espanto, porque cualquier atrocidad que cometiera Quiroga, quedaba impune y aprobada.

Quiroga marchó á dar la famosa batalla de la Tablada que aseguró definitivamente el poder de Quiroga y de Rosas.

En aquella batalla, Chacho y Aldao acompañaban á Facundo, con sus mejores tropas, llevando Chacho la terrible carga que dió el éxito de la batalla.

Chacho fué herido en el estómago de una puñalada que le corrió hasta el vientre echándoles las tripas afuera. Como si se tratara de una herida de ninguna consecuencia mala, en medio del combate mismo, Chacho echó pié á tierra, se ató el vientre con el poncho, echando á dentro las tripas, no se retiró de lo recio del combate hasta que la batalla hubo terminado con toda la felicidad para las armas de Quiroga.

Recien se supo que Chacho estaba herido de una manera grave. El mismo Quiroga quedó asombrado cuando vió la magnitud de la herida; parecia imposible que con ella el Chacho hubiera podido seguir combatiendo. Se le acomodó con mucho cuidado. A pesar de que él decia no ser nada aquello, atendiéndosele de una manera especial, haciendo su naturaleza vigorosa que aquello no tuviera más consecuencias que las que podia haber tenido un arañon.

Algunos dispersos del principio de la batalla habian llevado la voz de que Quiroga habia sido vencido, lo que produjo un alzamiento en Catamarca y Mendoza. En todas partes se festejaba la derrota del Tigre de Llanos, con bailes y manifestaciones públicas de todo género.

Quiroga supo esto y marchó sobre Mendoza primero.

Imposible es pintar el terror de los que habian festejado el supuesto desastre de Facundo, al verse entrar vencedor con su ejército formidable. Maldecian á los que habian traído la noticia y se entregaban á la mayor desesperacion, temiendo la venganza que no tardaria en llegar.

Mendoza fué entregada al saqueo de la soldadesca, que no respetó á las familias más nobles, donde se habia bailado en honor de Lavalle. La carniceria en la ciudad fué enorme, pues Quiroga que no hacia sino derramar sangre desde hacia un mes, empezó á lancear y á fusilar á cuanta persona era acusada ó meramente sospechada de haber festejado su supuesta derrota. Y dejó en Mendoza al fraile Aldao, con el encargo de seguir las persecuciones y las venganzas mientras él pasaba á Catamarca á hacer lo mismo.

Al solo anuncio de que llegaba Quiroga y de lo que habia hecho en Mendoza, los más comprometidos en los festejos salieron de Catamarca á ocultarse en los departamentos de La Rioja, y tomando muchos el camino de Chile. No quedaron sino aquellos que no podian moverse ó los que se creyeron muy seguros.

Quiroga entró á Catamarca con todo su ejército, empezando por poner á sus habitantes una fuerte contribucion que debian pagar con la cabeza los que no pudieran hacerle en dinero, segun el bando que hizo conocer en toda la ciudad. Y la matanza y las

persecuciones empezaron de una manera bárbara. Parece que Facundo, al pisar aquellas provincias aspirara otra clase de aire pues era en ellas donde desplegaba todo el vértigo de su ferocidad incomparable. El desgüello se ejercía sin la menor distinción de personas y no era extraño ver á Quiroga levantar en la punta de la lanza á aquel en cuya fisonomía creía haber visto una mirada de simple disgusto.

Fue entonces que debido á la casualidad y al terror de la muerte, conoció Quiroga el paradero de Aurora, de Aurora que recordaba con más pasión que nunca, desde que pisó aquellos parajes.

Habia mandado degollar á un hombre, porque le habían dicho que éste festejó con una gran fiesta la noticia de su derrota, invitando á todo el mundo. Aquello era cierto y el individuo se veía perdido sin remedio. Y veía llegar su último momento con suprema desesperación, pues sus hijos quedarían entregados á purgar el delito de ser hijos de un enemigo de Quiroga, delito que traía aparejado un verdadero cúmulo de desventuras.

—Déjeme la vida, dijo á Quiroga, y yo lo pongo en posesión de un secreto que usted pagaría á peso de oro.

—Te concedo la vida si el secreto vale la pena, dijo Quiroga, pero anda pronto que mi tiempo es necesario para otras cosas.

—El precio de mi vida es la revelación del paradero de Aurora, dijo el hombre completamente seguro del éxito.

Quiroga sabía por Chacho que Aurora y su tía habían desaparecido de La Rioja sin que nadie supiera su paradero y venía dispuesto á buscarlas á toda costa.

Así es que en cuanto oyó la propuesta la aceptó sobre tablas diciendo:

—Si me haces encontrar á Aurora, no solo te dejo la vida, sino que te hago feliz: ya sabes que la palabra de Quiroga es como palabra de rey. Pero cuidado de engañarme porque te haría hacer picadillo vivo.

—Bueno, me basta con la palabra empeñada, yo sé dónde está Aurora y dónde usted la debe encontrar buscándola aunque le digan que allí no está.

Y contó en seguida á Quiroga cómo las dos mujeres habían venido de La Rioja ocultamente y se habían metido en el convento, quedando allí Aurora solamente.

—Yo he sabido esto casualmente, dijo, pero lo he sabido, que es lo que interesa: usted vaya allí á cosa hecha, y aunque le juren que Aurora Villafañe no está, mándela salir no más que ella se encuentra en el convento.

Aquella noticia había producido en Quiroga una alegría inmensa. Cuando creía á Aurora perdida para siempre, venía á encontrarla donde menos se imaginaba. El deseo, al saber donde estaba saltó á su cabeza como una llamarada y decidió entonces hacer suya á la joven á toda costa é inmediatamente.

Quiroga estaba ferozmente ensoberbecido con la importancia fabulosa que le diera Rosas en sus últimos tiempos y con el importante rol que el miedo había hecho desempeñar en la sociedad de Buenos Aires. Acostumbrado á conseguir en el acto cuanto deseaba, sin que se le hiciera la menor resistencia, encontró sumamente ridículo dejarse desdeñar y burlar por una niña, y formó la

inquebrantable resolución de imponerse á ella por medio de la violencia si no podía conseguirlo de otra manera.

Así, despachó al que le habia hecho la infame delacion diciéndolo:

—Si me has dicho la verdad, habrás conseguido mi reconocimiento; sinó, puedes estar seguro que lo que voy á hacer contigo, ni se usa ni se conoce en el infierno mismo.

Pero el hombre estaba seguro de lo que decia, así es que la amenaza de Quiroga no le produjo la menor impresion, aunque para llenarlo de espanto bastaba solo la cara con que fué hecha.

—Puedes irte á tu casa y no te muevas de allí hasta que yo no te mande avisar: hoy mismo sabrás mi resolución.

Quiroga se vistió entonces con todo el lujo guarango de entorchados y colgajos que tenia para las grandes solemnidades, mandó ensillar su gran caballo, y solo, porque así convenia su plan y se dirigió al convento.

En cuanto doña Rosario supo que Quiroga estaba en Catamarca habia ganado el convento ella misma, calculado que podria ser hallada y descubrirse el paradero de Aurora. Pero por la misma razon la despidió la madre abadesa sin permitirle hablar con Aurora. La buena beata no sabia lo que sucedia en Catamarca ni creta en la exagerada ferocidad de Quiroga.

—Vaya tranquila, le habia dicho, que su sobrina está segura en la casa de Dios, de donde todos los Quirogas del mundo no alcanzarían á sacarla.

La vieja Rosario se volvió á su casa entonces y ganó en un sótano, de donde se decidió á no salir hasta que Quiroga no se fuera de Catamarca.

Allí se le habia reunido Máxima, la hermana de Aurora, esposa del general Ocampo, que se ocultaba tambien, temiendo que Facundo hiciera con ella alguna iniquidad para averiguar el paradero de Aurora á quien creian perfectamente segura en el convento.

Quiroga, vestido lujosamente, se dirigió al convento y habló con la madre abadesa, que sabedora fuera Quiroga salió á recibirlo.

Los entorchados y aspecto de Facundo imponian un temor invencible, temor de que, como la generalidad, participó la beata desde el primer momento.

—Vengo á ver á Aurora Villafañe, dijo Quiroga afablemente, despues de saludar á la beata, tengo encargue de su familia, de la que formo parte yo mismo, y me retiro en seguida.

—No conozco ese nombre, dijo la beata, fingiendo la mayor indiferencia, ni hay en el convento ninguna hermana que se llame así.

—Es una joven bella como un astro del cielo, que vino hace muy poco de La Rioja en compañía de una tia suya, dijo Quiroga creciendo su suavidad, y entró aquí ocultamente; prevengo á usted que estoy en el secreto, porque soy su pariente y que traigo para ella un encargo de importancia.

Quiroga suponía que tal vez la joven se hubiera presentado con otro nombre en el convento y no queria ser áspero sin necesidad.

Un grito de la beata podía dar la señal de alarma y tal vez en el convento hubiera escondites con los que él no pudiera dar. Rosolvió pues tener paciencia hasta el último extremo y no hacer uso de su autoridad sino en un caso muy necesario.

—Usted debe estar mal informado, dijo entonces la beata, yo no tengo conocimiento de lo que usted me dice, ni de las circunstancias que expone: la última monja que ha entrado aquí tiene mas de dos años de profesada y no puede ser por consiguiente de lo que usted dice.

Quiroga empezaba á irritarse: no era posible que el hombre que le dió el dato lo hubiera engañado; entonces la vieja mentía y mentía á sabiendas.

—Mire señora, dijo entonces, queriendo abreviar la entrevista: es inútil pretender engañarme y mas inútil resistir mi voluntad. Yo soy el general Quiroga y estoy acostumbrado á que se me obedezca sobre tablas: usted hace mal en negarse á mi pedido, porque me obligará á hablarle con la autoridad que tengo y á hacer respetar y obedecer lo que mando.

Una monja que no está habituada á ser hablada en ese tono, porque se cree superior á todo poder de la tierra, no podía admitir el tono con que hablaba Quiroga, así es que fingiendo mayor mansedumbre, le replicó.

—Hijo mio, usted tendrá que tener paciencia y contenerse con lo que le he dicho, porque ello es la pura verdad, verdad que usted no puede cambiar con toda la autoridad que tenga. Le suplico entonces que se retire, pues demasiado ha turbado ya la paz de la casa de Dios.

Aquella inesperada despedida, concluyó de irritar á Facundo y dar al diablo con todos sus planes.

—Mira su monja estúpida, gritó enfurecido, ahora mismo va á traer á mi presencia la persona que le he dicho, ó entro yo á latigazos y no dejo ni beata ni monja viva.

—¡Animas del purgatorio! gritó la madre abadesa detrás de la reja que le servía de escudo: este hombre está poseído del demonio! ¡Virgen madre de Dios, sálvalo de los infiernos!

—Del infierno donde yo las voy á echar á todas, rugió Quiroga, es de donde han de salvarte, imbécil de porquería. Pronto á abrir la puerta y á hacerme formar en el patio á todas esas mogigangas!

Pero la beata lejos de obedecer corrió el doble cerrojo y retrocedió llena de espanto.

Recien creyó que Quiroga fuera capaz de hacer cuanto le había contado doña Rosario. A pesar de todo, la abadesa no se figuró que pudiera violentarle el convento, pensando que todo concluiría allí, y que Quiroga tendría que conformarse á lo resuelto.

Quiroga, decidido á sacar de allí á Aurora y castigar á las beatas, sacudió la enorme reja, pero vió que solo no podría nunca lograr su objeto. La puerta era fuerte y estaba bien asegurada. Lleno de ira y formando horribles planes de venganzas contra la abadesa y las monjas, se retiró del convento y fué á buscar un piquete de infantería para hacer echar la puerta abajo.

—Se han figurado esas porquerías que conmigo van á jugar, decía: ahora verán quién es y lo que puede Quiroga.

La abadesa entretanto se habia entrado al convento, haciéndose todo género de cruces, y pensando en no recibir mas á Facundo si volvía á presentarse en el convento. Por no alarmarlas no habia querido decir ni una palabra á las monjas y especialmente á Aurora, calculando que el anuncio de cualquier peligro hubiera sido sumirlas en la mayor confusion y espanto.

En el acto se supo en Catamarca que Quiroga habia ido al convento y que la abadesa lo habia rechazado negándose á sus pretensiones. Así es que cuando lo vieron salir á la calle con un piquete de infanteria y en direccion al convento, ya se sospecharon lo que iba á suceder.

Al frente de aquellos desalmados que no tenian mas ley ni Dios que la voluntad de Quiroga, éste se presentó en el convento, llamando con tal furia á la puerta, que la madre abadesa se presentó en el acto y alarmadísima.

—¿Quién llama de esta manera en la casa de Dios? dijo: ¿quién turba así la paz de esta santa casa?

—El general Quiroga, respondió Facundo, que quiere que se le abra inmediatamente.

—Imposible es eso, respondió la madre, esta casa no se abre á los hombres, retírese usted.

—Poco me importa, gritó Quiroga, ¡á ver! añadió dirigiéndose al oficial del piquete: haga echar esa puerta abajo.

Los curiosos se habian aglomerado á distancia respetable, desde donde contemplaban aterrados aquella profanacion. No se atrevian á acercarse ó hacer el menor comentario, por temor de que Quiroga les hiciera dar una carga, de que era muy capaz.

Los soldados empezaron á echar la puerta abajo, con un estrépito espantoso, lo que produjo entre las monjas un terror indescriptible. No tenian idea de que aquello pudiera suceder y disparaban en todas direcciones sin saber dónde ocultarse.

—¡Por Dios! deténgase usted, gritó la madre abadesa livida y asombrada.

—Pues tráigame usted aquí todas las monjas y hágamelas formar á cara pelada.

—Pero es imposible, señor, mientras estamos muertas para el mundo!

—Veremos si es ó no es posible, exclamó Quiroga: écheume pronto esa puerta abajo.

Los infames siguieron en su obra y poco despues la puerta era forzada y abierta de par en par, entrando Quiroga seguido de los suyos, conio si entrarán á un cuartel.

Las monjas corrían en todas direcciones dando alaridos, como ratas á cuya cueva hubiera entrado un gato.

—Pronto, dijo Quiroga, tomando de un brazo á la madre abadesa: hágame usted formar esa chusma aquí, ó las hago yo traer de las orejas, ¡ue será mil veces peor.

La madre abadesa comprendió que resistirse era peor, porque ya veía que Quiroga era capaz de todo; así es que tocó la campana de reunion en el receptorio, llevando allí á Quiroga para evitar que los soldados presenciáron el escándalo y la profanacion.

Quiroga entró arrastrando sus enormes espuelas y se paró

delante de las monjas que temblaban de terror. El semblante del tremendo caudillo estaba verdaderamente feroz. La emoción era inmensa al pensar que iba á ver nuevamente á Aurora, y se estremecía visiblemente á impulsos de su pasión terriblemente exaltada.

Cuando la madre abadesa mandó á las monjas que se descubrieran el semblante, éstas vacilaron, pero como vieron que Quiroga apartaba las manos para descubrirlas él mismo, se apresuraron á mostrar el rostro. Allí había semblantes de una belleza conmovedora, enflaquecida por el sufrimiento á que estaban sometidas.

Quiroga estaba deslumbrado, pues no tenía idea de cutis tan finísimos y de coloridos tan puros. Entre aquellas caras divinas había algunas de una fealdad suprema. Quiroga no volvía de su asombro y devoraba con una mirada ansiosa á aquellas mujeres bellísimas que no levantaban la mirada del suelo.

Y la madre abadesa, aterrada cada vez más, seguía en el semblante feroz de Facundo todas las impresiones que lo iba experimentando.

Cuando la primera impresión de asombro hubo pasado, Facundo miró la madre con extraña fijeza y le dijo:

— No está entre éstas la mujer que yo busco—hágala usted venir, haga venir á todas las que faltan, ó las hago buscar y traer de las orejas con los soldados. Pronto, que yo no tengo tiempo que perder.

La pobre mujer llamó á las demás monjas que faltaban, pero entre ellas no estaba Aurora, cuyo terror era inmenso. La madre abadesa la había llamado, pero la joven había contestado sencilla y debidamente:

— Prefiero morir.

Cuando Quiroga vió que entre las nuevas monjas que acudieron no venía Aurora, no se preocupó más de la madre y saliendo al patio dió un grito, al que acudieron en el acto el oficial y los soldados.

— A recorrerme ahora mismo toda la casa, dijo Quiroga, y toda mujer que encuentren se la echan al hombro y me la traen aquí.

— ¡Un momento! gritó la abadesa, que vió que los misterios del convento iban á ser del dominio público—un momento, que la voy á hacer venir!

— ¡Ah! exclamó Quiroga sonriendo ferozmente—confesás al fin que estaba aquí y soltando una estruendosa carcajada se cruzó de brazos en actitud de esperar.

Poco después, gimiendo y sollozante, apareció Aurora á quien Quiroga reconoció en el acto por la majestad del andar.

— Mia, gritó; mia al fin, y se lanzó sobre ella con una avidez de tigre.

Al verlo Aurora, al sentir sobre ella la llamarada de aquellos ojos imponderables, soltó un gran grito y huyó al interior del convento.

Quiroga se lanzó tras de ella como un loco. A su vista la pasión había despertado en todo su vigor, y el Tigre de los Llanos enardecido, irritado, se había echado en persecución de su presa.

De cuarto en cuarto y de patio en patio, ambos volvieron al punto de partida, ocultando Aurora su cabeza enloquecida entre el seno de la madre abadesa, como si allí fuera á encontrar la defensa que contra Quiroga necesitaba. Y de allí la arrancó Facundo; tomó entre ambas manos la gentil cabeza, miró con ojos devorantes aquella belleza suprema y jadeante y enardecido, envolvió entre sus labios gruesos y groseros, aquella boca de púrpura.

—¡Mial, gritó, ¡mia para siempre! ahora ni el infierno te arranca de mi lado.

Y la miraba y la besaba siempre con creciente ansiedad.

Aquella escena era repugnante—aquel tigre abatido sobre una gacela, ofrecia un espectáculo bárbaro y conmovedor.

Y las monjas corridas de allí se perdieron en las inmensas piezas, no quedando en presencia de Quiroga más que la madre abadesa que, aturdida por lo que veía, no se había atrevido á moverse de allí.

Quiroga levantó en sus robustos brazos á Aurora y la sacó al patio, encaminándose adonde estaba su caballo con ánimo de montarlo y huir con ella. Pero su pié rápido y firme fué detenido de pronto y una expresion de espanto asomó al semblante de Facundo. ¿Qué lo había detenido con la fuerza de un brazo humano? porque se paraba y miraba con ojos espantados el rostro evangélico de la jóven? Es que Quiroga había sentido una carcajada que heló la sangre en sus venas y había visto en la fisonomía extraviada de la jóven esa expresion vaga y aterradora que oscurece el semblante de los locos.

Aurora acababa de perder la razon, porque su espíritu no había podido soportar aquel sacudimiento terrible. Su razon que había vacilado desde que vió á Quiroga, estalló en su cerebro cuando se vió en brazos del caudillo, besada por él y arrancada del seguro asilo. El horror mas intenso se apoderó de ella, y el juicio escapó en aquella primer carcajada que sintió Quiroga.

El la miró, vió que aquellos ojos extraviados con la pupila terriblemente dilatada, contempló aquella boca estirada como por una sonrisa nerviosa—y por ¡rimera vez de su vida sintió que su espíritu se encojia de espanto.

Aurora no se defendia ya, lo miraba sin verlo y sonreía, sonreía siempre, pero al mismo tiempo lloraba.

—Y ¡oh! ¡qué dulce es la muerte así exclamó. Quiroga me ha mandado fusilar porque no lo quiero, y esta es la única accion buena que cometia en su vida.

—¡Adiós tia Rosario, ya me llevan, ya me llevan! ¡ya siento las puntas de las lanzas que penetran en mi carne!

—¡Ah! bendita sea la muerte que me arranca del lado de este bárbaro!

Y empezó á caminar hácia la calle, sin que Facundo se atreviera á detenerla.

Estaba allí parado, lívido y jadeante, como si sus piernas se hubieran enterrado en el suelo.

Aurora caminó hasta la calle, siempre hablando como con alguien que la fuese á matar y dobló á la izquierda sin que nadie se atreviera á detenerla. De pronto soltó un grito de dolor y se puso las manos sobre un costado, como si hubiera reci-

bido allí alguna herida y echó á correr dando gritos que no parecían humanos.

La noche empezaba á caer, envolviéndolo todo con sus sombras vagas, cuando Quiroga montó á caballo y despidiendo maquinalmente al piquete que habia llevado se dirigió á su casa.

Nadie intentó siquiera dirigirle la palabra, y siguió hasta su casa donde se metió como si no tuviera conciencia de lo que hacia. Era la primera vez que el espíritu de Quiroga se sentia abatido, era la primera vez que Quiroga experimentaba algo como un remordimiento.

Aurora vagó por las calles toda la noche, bajo el mas terrible delirio de las persecuciones. Siempre gritaba que la mataban, dando voces de dolor como si realmente lo hicieran y bendiciendo aquella muerte que la libraba de Quiroga.

Toda Catamarca sabia lo sucedido la tarde anterior, y por lo mismo nadie se atrevia á recogerla ni á hablar siquiera con ella.

Tenian miedo de que Quiroga fuese á enojarse y como Facundo cometia diariamente nuevas atrocidades, todos temblaban de que, por meterse con Aurora, hiciera con ellos una herejia!

Pero Quiroga, como si estuviera aturdido se mostraba indiferente á todo y bebia de una manera bárbara como si esperara hallar en el alcohol, un lenitivo á su sentimiento.

Tanto la tia Rosario, como la señora de Ocampo, en cuanto tuvieron noticia de lo que sucedia, se lanzaron á la calle en busca de la jóven, á quien hallaron con la ropa hecha jirones y en un estado lamentable.

Aurora no las conoció, las trató de cómplices de Quiroga en la infamia de su muerte, y se negó á seguir las porque dijo que ellas la iban á llevar á casa de Facundo.

Las dos mujeres no pudieron convencer á la pobre loca, teniendo que hacer uso de la fuerza para llevarla á su casa.

Quiroga, en la esperanza de que aquella locura pudiera ser pasajera, no se movia de Catamarca.

Pero la enfermedad de Aurora, en vez de disminuir aumentaba. Cuando no se hallaba bajo la accion del delirio de las persecuciones bajo el aspecto mas violento, estaba sumida en una melancolia profunda, en que parecia una estátua, pues no hacia el menor movimiento que acusara la accion de la vida. Sin medios para combatir el terrible mal, ni aún para hacer la alimentacion de aquella infeliz, se iba consumiendo poco á poco por la enfermedad y la falta absoluta de alimentos.

A los pocos dias Aurora parecia un esqueleto cubierto apenas por un pellejo empañado y amarillento.

Máxima, que amaba con idolatria á su hermana, veia con desesperacion creciente que aquella vida se iba consumiendo poco á poco amenazando extinguirse rápidamente.

Aquel era un espectáculo conmovedor, y las mujeres dedicadas á una asistencia imponente, enflaquecian tambien, dejándose ganar ellas mismas por una desesperacion creciente. Aurora cayó por fin en un ataque de melancolia profunda del que no, volvió mas.

Aquellos ojos tan llenos de luz y de vida, fijos é inmóviles, fueron perdiendo su brillo hasta que quedaron helados como to-

do su cuerpo. Y la vida de la carne se apagó como se había apagado un mes antes la vida de la inteligencia. Sobre aquella cara cadavérica, no quedaba ni un solo rastro de aquella belleza tan pura y tan magnífica.

Quiroga al saber la muerte de Aurora, se retiró á La Rioja: no tenía ya nada que hacer ni esperar en Catamarca.

La triste historia de Aurora, había puesto sobre aviso á las niñas de aquellas inocentes sociedades, que temblaban de una visita de Quiroga como de la peor de las desventuras.

Máxima Ocampo no pudo resistir el dolor íntimo que le causó la muerte de su hermana, y enloqueció también. Era su locura una locura mansa é inofensiva, que se distraía en el cúmulo de disparates diversos que hablaba sin cesar. Y vagaba las calles de Catamarca provocando la risa de todos, con sus locuras inocentes y ridículas.

Hace muy poco tiempo la veían todavía cruzar las calles de La Rioja, bajo la sátira de los jóvenes que provocaban con diversos dicharachos su palabra fácil y descalabrada.

Y hablaba horrores de Quiroga declarándose chachina, que era como se llamaban las partidarias del general Peñaloza.

Doña Rosario se fué de Catamarca, olvidando la tradición lo que fué de ella, aunque hay quien asegura que pocos meses después la hizo lancear Quiroga.

Amor de Chacho

Después de aquella muerte, Quiroga volvió á Buenos Aires nuevamente, pues poco tenía que hacer por los Llanos. Con lo que había pasado en Mendoza y Catamarca estaba seguro de que nadie se atrevería á rebelarse contra él, ni aun habiendo sido verdaderamente derrotado, y no tenía nada que temer por ese lado. La vida de Buenos Aires lo atraía poderosamente con su vértigo y sus mujeres, y no quería salir de la capital.

Y Rosas, que desconfiaba de todos sus hombres, prefería tenerlo á su lado, halagando todas sus pasiones y todos sus vicios y aprobando las más bárbaras crueldades que cometía, porque según él era preciso proceder así para tener en un puño á aquellas provincias rebeldes y endiabladas.

El Chacho quedó en La Rioja ejerciendo el doble prestigio de Quiroga y el suyo propio.

El fraile Aldao dominaba siempre en Mendoza por el sangriento sistema de Rosas y de Quiroga. Aquel fraile maldecido vivía en una perpétua orgía de vino y de sangre. Gobernar, para él, no era otra cosa que degollar unitarios, con el único fin de apoderarse de sus bienes y de sus mujeres. Y combatido por tal género de vicios, cometía iniquidades incalificables, ensangrentando la bella y culta provincia de Mendoza.

En aquellos tiempos de sangre y de barbarie desenfrenada, en que cada autoridad degollaba y robaba por su propia cuenta, un hombre como el Chacho era un verdadero fenómeno.

Honrado, exageradamente honrado y de una hidalguia de carácter extraño, se habia hecho querer de todos, que lo miraban como la única salvacion y garantia. Los paisanos lo miraban con verdadera idolatria, y la gente decente lo rodeaba porque Chacho la recibia con agrado, tratando siempre de ilustrarse con la conversacion de los hombres de inteligencia. Él respetaba las opiniones de todos, habiendo concluido en las provincias del Norte, con el sistema odioso de las delaciones, implantado por la federacion.

Cuando alguien venia á avisarle que tal ó cual persona estaba en correspondencia con los unitarios, ó era enemigo del gobierno, Chacho lo despedia cortésmente y enviaba á llamar al delatado para darle sus consejos, que generalmente se reducian á esto:

-Mientras no intente nada contra el gobierno, nada tengo que ver con el modo de pensar de cada uno, pero es bueno que se oculte porque lo mismo que me han avisado á mi pueden avisarle al general Quiroga, y ya saben cómo procede éste. No me comprometan entonces y permanezcan indiferentes á todo hasta que cambie el actual estado de cosas.

Así los unitarios eran tan chachistas como los mismos federales y mantenian con Peñaloza un trato frecuente y una amistad leal.

Jamás se abrió su boca para mandar castigar una falta política, por grave que fuera.

Solo castigaba en sus tropas los robos y los atropellos, y esto de una manera leve, que les hacia, sin embargo, mas impresion que los castigos brutales de Quiroga.

Es que Chacho era unitario por conviccion y por instinto. Comprendia que el sistema que regia los destinos de los pueblos era infame, porque no existia mas ley ni mas derecho que la voluntad de Rosas y sus tenientes, que se hacian dueños de la vida y la fortuna de los que no pensaban como ellos.

Tenia verdadero desprecio por los hombres que mandaban y sentia un horror invencible hácia el fraile Aldao, á quien odiaba desde el fondo de su alma.

Detestaba la tirania, y escuchando á los hombres de algun saber que lo rodeaban, habia concluido por mirar como cosa santa y necesaria la caida de Rosas, pensando que el hombre que lo combatiera y lo venciera prestaria á la humanidad un servicio inmenso. Pero Chacho estaba estrechamente ligado á Quiroga por el cariño y la lealtad.

Era enemigo de su política y miraba con horror la conducta del caudillo, pero era su amigo, y mientras Quiroga viviera no habia que contar con el apoyo de Chacho. Así como el Chacho sin ser federal servia á Rosas por Quiroga, sin averiguar porqué ni de qué manera lo servia, el mismo pueblo riojano, liberal por instinto y de corazon, servia á la misma causa sirviendo al prestigioso Chacho.

Y así como éste servia y obedecia ciegamente á Quiroga sin pedirle la causa ni la razón de sus actos, el pueblo seguia á Chacho sin preguntarle adónde lo llevaba ni porqué lo hacia pelear. Chacho los llamaba y ellos acudian, y peleaban porque peleaba el Chacho, sin darse cuenta de que defendian una cau-

sa buena ó mala. Si Chacho los hubiera llevado á pelear contra Quiroga, hubieran peleado de la misma manera y con el mismo entusiasmo.

Es que Chacho tenia mas prestigio que Quiroga mismo, á quien no amaban, pero que temian, y le temian mas porque el Chacho hacia lo que él mandaba sin escrúpulo de ningún género.

Quiroga era cruel y bárbaro, no podia inspirarles ningun cariño, pero por esta misma razon le temian y no se hubieran atrevido á desobedecer una orden de él emanada, aunque fuera el acto mas feroz.

Y como detrás de Quiroga estaba todo el poder estupendo del tirano, no habia mas que mantenerse en el mismo estado mientras Chacho le permaneciese fiel.

Personas de verdadera importancia le propusieron mas de una vez ponerlo al frente de un movimiento unitario, con los elementos que necesitara, pero Chacho los habia atajado á mitad de la propuesta.

—Mientras Quiroga viva es inútil hablarme en ese sentido, les habia dicho. Cuando falte el general yo me consideraré desligado de todo, y los ayudaré con todo mi corazon. Pero por ahora guarden silencio y no me comprometan, porque si el general llega á saber todo esto, hará con La Rioja lo que ya ha hecho con Catamarca y con Mendoza, y separado yo del mando vendria alguien peor que Quiroga mismo á ensangrentar La Rioja, que es á este respecto la mas feliz de todas las provincias.

Y comprendiendo toda la razon que tenia Chacho, los unitarios se ocultaban por temor á una delacion, y vivian felices hasta cierto punto, pues siquiera con Chacho tenian una garantia de sus vida y sus intereses.

Quiroga no venia al interior sino cuando era necesario y á ponerse al frente de su ejército para esterminar á aquellos que se levantaran contra Rosas. De modo que las provincias, temiendo mas la presencia de Quiroga que la peor de las desventuras, permanecian sumisas sin atreverse sus habitantes ni siquiera á pensar nada contra él.

Es que Facundo, que viajaba siempre con una fuerte escolta, prescindia de toda autoridad en absoluto. Castigaba los delitos ó los que él tachaba de tales, pasando sobre todas las autoridades, sin que ninguna de ellas hiciera la menor tentativa de resistirse, ni resentirse siquiera.

Quiroga sabia que en Mendoza, en San Juan ó en Catamarca se conspiraba contra Rosas y sin más preámbulo mandaba directamente un piquete á traerle las personas sospechadas, á quienes él debia castigar arbitrariamente.

Y no habia gobierno que pusiera el menor obstáculo al desempeño de aquellas comisiones, porque detrás de aquel oficial estaba Quiroga con todo su poder estupendo.

Otras veces acudia él mismo, é instalándose en la policia ó casa de gobierno, mandaba prender en sus casas á las personas delatadas y las hacia lancear á su presencia, ya en la policia, ya en plena calle, pues para él todo era lo mismo.

Así á la voz de que venia Quiroga, los pueblos se echaban á temblar, pensando qué cabezas irían á ser cortadas.

El elemento unitario era poderoso en La Rioja, pero este elemento, como hemos dicho, seguía ciegamente á Chacho de quien era fanático, y como éste obedecía á Quiroga, puede decirse que La Rioja, siendo enemiga de Rosas, era esencialmente federal.

Y como La Rioja lo eran Santiago y Catamarca y hasta San Juan mismo, adonde llegaba la influencia y prestigio del Chacho. Quiroga se habia impuesto de tal manera por su valor personal, que no necesitaba más escolta ni más garantía que el de su nombre mismo. El tenia muchos enemigos que se vengarían de él en la primera oportunidad, porque habia provocado muchas venganzas, pero sucedido al marido de Angela era bastante para contenerlos.

Y Quiroga, cuyo valor era realmente asombroso, no se preocupaba jamás en llevar quien le guardara la espalda, seguro de que no habria quien se atreviera á asesinarlo.

Es que nadie se atrevería ni siquiera á caminar á su espalda, pues no era la primera vez que por esta sola causa, Quiroga habia tomado á un hombre y lo habia hecho degollar. De modo que cuando Quiroga andaba de noche por la calle, ni á su espalda ni por la vereda de enfrente, se veía una persona en un trayecto de más de cuatro cuadras.

Facundo no llevaba más armas que un puñal y una pistola de dos tiros, y con esto solo se consideraba tan seguro como al frente de un ejército. Bastaba que hubiera dado un grito en media calle, para que todos hubieran acudido á recibir sus órdenes, por bárbaros que fueran.

Esta es la causa porque nadie habia atentado jamás contra la vida de Quiroga, aunque éste, por donde quiera que habia pasado, habia dejado tras de sí mil venganzas.

Quiroga estaba habituado á tratar á los gobernadores de provincia como á sus propios asistentes y el que se hubiera rebelado contra este trato, no habria tardado mucho en arrepentirse.

Chacho era feliz: sin odios y sin rivalidades de ningún género que lo habrían entristecido profundamente, pero no habia tenido una sola palabra de reproche para Quiroga, que por otra parte estaba disculpado de cierto modo ante sus ojos.

—Es la fuerza de su pasión poderosa que lo ha arrastrado, pensaba, sin prever las consecuencias que podia tener su acción.

El la amaba poderosamente, y no habria sido capaz de intentar algo que pudiera causarle la muerte.

Y recordaba la belleza magnífica y radiante de Aurora, que no tenia para él, igual sobre la tierra.

Ante aquellos ojos magníficos y radiantes, su corazón habia empezado á despertar á la vida del amor, y no podia recordar sin amargura á aquella pobre niña cuya virtud y cuya pureza le habian llevado á la tumba.

Chacho estaba en todo el vigor de su juventud poderosa, con todas las pasiones de la edad, y en la posibilidad de obtenerlo todo por la posición en que se habia colocado, se divertía de todos modos, pero siempre que estas diversiones no perjudicaran á persona alguna. No habia baile ni tertulia á que no concurriera, prefiriendo siempre las más humildes, adonde lo llevaban sus oficiales, que eran sus mejores amigos. Porque Chacho se retraía siempre de toda reunión donde tuviera que hacer cum-

plimientos, tal vez por cortedad natural de genio ó por especulacion.

Él hacia con sus inferiores una vida de verdadero compañerismo, fuera del servicio, donde declaraba él mismo que era igual á los demás. Y no era un acontecimiento verlo de visita en el rancho de un sargento ó de un simple soldado, en la mayor alegría é igualdad.

Amante apasionado de la zamba y de la chacarera, no faltaba á ninguna reunion que oliera á baile. Muchas eran las muchachas que gustaban furiosamente del Chacho, enamoradas de sus prendas de corazon, pero él no pasaba nunca de cierto límite, dando siempre su eterna razon.

—Desde que no puedo contentar á todas y no puedo preferir á una sin disgustar á las demás, no quiero tener historias con ninguna y así quedan todas iguales y yo en paz con todas.

Y efectivamente, nadie le conocia ningun amor sério entre la sociedad que frecuentaba diariamente.

En La Rioja abundaban las mujeres bellas, exageradamente bellas, en los llanos sobre todo; era imposible mostrarse indiferente á ellas, pero Chacho se manejaba y dominaba de manera que ninguna podia creerse preferida en perjuicio de las demás. Pero no faltaban malicias que aseguraban que aquella indiferencia era obligada, porque Chacho tenia por ahí un rompedero de cabeza. Sus frecuentes viajes á Huaja y su permanencia allí de semanas enteras, corroboraban las versiones amorosas que con respeto á él se hacian.

Esta jóven con quien embromaban á Chacho, era una espléndida muchacha de Huaja, que se habia enamorado de Chacho desde que vivia el cura Peñaloza, y era por respeto á éste que ambos habian ocultado el puro amor que sentian. Pobre y humilde aunque bellísima, Chacho habia tenido miedo que su tío se opusiera á aquellos amores, y por esto los habia disimulado de tal manera, que nadie lo sospechó jamás.

Pero una vez que hubo muerto Peñaloza y Chacho tuvo que salir de Huaja, juró á su Mercedes un amor eterno, promesa que vino á reiterar poco tiempo despues.

Desde entonces y siempre que podia, Chacho venia á pasar una temporada, más ó menos larga, al lado de Mercedes, que lo amaba con idolatría.

Ya no fué posible ocultar aquel secreto con el misterio de antes y los amores de Mercedes con Chacho, despues de hacerse públicos en Huaja, llegaron á revelarse en La Rioja misma, levantando una tormenta de bromazos que sin compasion le daban todos sus amigos.

Pero Chacho no confesaba por nada de este mundo sus amores con Mercedes, pretendiendo tenerlos siempre ocultos, lo que ya no era posible. Y no es que Chacho ocultara aquellos amores porque los consideraba un delito, sino para evitar la lluvia de bromazos que le daban sus amigos y sobre todo sus amigas.

—Chacho se enamora en Huaja para tener quien le haga la famosa mazamorra: hace bien, así nunca le faltará su plato favorito, dicen unas, á lo que Chacho contesta:

—¡Caramba! uno no puede tener una amiga sin que ya lo bau-

ticen de amores; yo no tengo amores, soy libre como el aire pienso serlo toda la vida.

Como siempre, Chacho no tenía reservado nada para sí: lo suyo era de todos, desde su dinero, hasta su ropa misma.

El poder de Chacho era incalculable para él mismo, que como no hacia caso de su autoridad, no sabía él mismo todo lo que valía.

Invitado á una fiesta, no dejaba de concurrir por más lejos que fuera, no por la fiesta misma, sino por no desairar á quien lo había invitado. Allí bailaba siempre sin descanso alguno, y si la población de la fiesta quedaba distante de La Rioja, permanecía allí uno ó dos días más en buena sociedad y armonía.

Aunque se bebiera por alto como ha sido siempre costumbre en las fiestas riojanas, no hubo ejemplo que Chacho se excediera jamás en la bebida, como no se excedía en nada. Así vivía feliz considerado de todos y sin levantar jamás en su contra una sola enemistad.

Los riojanos se sentían orgullosos de Chacho, que tarde ó temprano había de rejir sus destinos.

La federal costumbre, era embriagarse más mientras mayor era la autoridad que se representaba, como Quiroga, el fraile Aldao y Bustos en Córdoba.

Pero Chacho observaba una práctica inversa. Cuando quedaba representando el poder de Quiroga era cuando se divertía menos, puesto que tenía que velar por la seguridad de los demás.

Muchos amigos le decían que para no tener que volver con tanta frecuencia á Huaja, llevara á sus amores á La Rioja y así evitaría que fuera á suceder un descalabro en su ausencia, pues los Unitarios no descansaban un momento.

Chacho dejó entonces de ausentarse á Huaja, lo que desorientó á los que tanto lo embromaban con sus amores.

O Chacho no tenía tales amores, ó su amante, comprendiendo la necesidad que retenía á Chacho, se conformaba con no verlo sino allá muy de tarde en tarde.

La Tablada

Al mencionar el combate de Quiroga contra La Madrid en Tucumán, un error de imprenta nos hizo nombrar aquella batalla bajo el nombre de La Tablada en vez de la Ciudadela. Salvamos hoy el error, al ocuparnos de aquel espléndido hecho de armas del brillante y reposado general Paz.

Los Unitarios se movían por todas partes y Lavalle y La Madrid y Paz, cada uno por su lado operaban contra el poder de Rosas.

El general Paz, el primer táctico de su tiempo, había invadido á Córdoba, derrotando al general Bustos y apoderándose de la provincia, que podría servir de centro al movimiento unitario del interior. El triunfo de Paz era una amenaza tremenda para la Federación, y Rosas que comprendía esto, empezó á reunir

todos sus elementos para enviarlos contra el prestigioso jefe unitario, el que más temor le inspiraba por el talento militar de este distinguido guerrero.

D. Estanislao Lopez, el gran aliado de Santa Fé, habia reunido todos sus grandes elementos y puéستose á la cabeza de su fuerte ejército para batir á Paz. Pero el poderoso caudillo santafecino no se atrevia á batirse con el general Paz, por miedo á un contraste y se contentaba con amenazarlo con su presencia, moviéndose en retirada siempre que Paz avanzaba.

El plan de Paz era apoderarse de todo el interior y con todos los elementos que allí pudiera reunir, dar un golpe de muerte á la federacion.

Solo Quiroga podia salvarlo de aquella emergencia; solo Quiroga era capaz de combatir y vencer al general unitario, y á Quiroga apeló Rosas como su suprema salvacion.

Al Tigre de los Llanos no le arrebatava nada, tenia una fé profunda en su valor y su audacia, y una campaña contra Paz era para él lo mismo que una campaña contra cualquier otro: no dudaba un momento del éxito. Nunca habia tenido un contraste y le parecia que su poder era invencible en el interior.

Rosas puso á sus órdenes cuantos elementos pudo reunir y lo envió á levantar un ejército tan numeroso como fuera posible para batir al general Paz.

—Dentro de un mes, dijo Facundo, tiene V. E. en Buenos Aires las orejas de Paz, que el tonto de Bustos no se ha atrevido á cortar. No se preocupe pues de Paz, que corre por mi cuenta, y atienda libremente á otra parte, pues en el interior no hay quien pueda con Facundo Quiroga.

Y Quiroga, con el propósito de volver á meterse en el bolsillo á las provincias rebeldes, marchó á La Rioja con todos los elementos que Rosas le habia confiado.

La Rioja fué puesta en el acto en pié de guerra. A la voz de Quiroga y del Chacho todos habian acudido á las armas, formando en el acto una division de dos mil hombres de caballeria, de aquella caballeria brava y cargadora que siempre le habia dado el triunfo en los momentos más difíciles.

Avisado el fraile Aldao, reunia tambien sus elementos en Mendoza para concurrir al plan de Quiroga, puesto que el afianzamiento del poder de éste, era el de su propio poder. Triunfante Paz, Mendoza no tardaria en caer, teniendo él que ponerse en salvo, si es que para ello le daban tiempo. La causa de Quiroga era la suya propia y entónces era preciso reunir cuanto elemento tuviera para que el triunfo fuera así más completo.

Quiroga al frente de su poderoso ejército, de caballeria en su mayor parte, aumentado con contingentes de Catamarca y Santiago, se puso en marcha sobre Córdoba sin la menor vacilacion. Para él no habia duda de que Paz seria vencido con la misma facilidad que los otros jefes unitarios.

Avisado de la proximidad de Quiroga, el intrépido y hábil general Paz, salió á la Tablada á esperarlo, dejando en Córdoba organizadas las reservas de que podia necesitar en el caso de un contraste. Era prudente preverlo todo, y como el ejército que traia Quiroga era numeroso, no era imposible un contraste.

Paz no dudaba del éxito, sus tropas, aunque escasas, eran de

primer orden, contando sobre todo con cuatro batallones agueridos y habituados á triunfar, mientras Quiroga era un simple montonero, muy bravo, muy audaz, pero que no tenia la menor idea de la táctica y de todos los recursos que pueden sacarse de un ejército.

Así que Quiroga divisó el campamento de Paz, tendió su larga línea de batalla, dejando esta vez las reservas á órdenes de Peñaloza, y marchando él al frente del ejército, cuya derecha habia confiado al fraile Aldao, cuyo valor imponderable en el combate, era para Facundo una garantía de éxito. Las infanterías eran muy reducidas y malas, pues tanto él como Chacho no tenian ninguna confianza en esta arma.

Guerrilleros famosos ambos, la infantería no tenia aquella rapidez de movimientos tan necesarios á su manera de hacer la guerra, y la miraban más bien como un estorbo que como una ventaja.

El llevaba tambien dos cañones, pero sus artilleros eran malos y poco prácticos, de modo que en realidad aquellas piezas no servian sino para embarazar sus movimientos.

Toda la fé de Quiroga estaba en la numerosa caballería y en la habilidad de Chacho para operar con ella.

Chacho, que todo lo preveia, habia dado ya punto de reunion á los suyos para el caso de un contraste y desbande.

—Quince dias despues, á la noche, les habia dicho, los espero reunidos en la Costa del Medio.

Y seguro de que nadie faltaria á aquella cita, no se preocupó más que de la batalla que pocos momentos despues iba á tener lugar.

Paz dispuso sus fuerzas observando la más rigurosa táctica y rompió sobre Quiroga el fuego de su artillería que empezó á hacerle serios destrozos.

Las infanterías, una vez que estuvieron á tiro, rompieron tambien un fuego nutridísimo que hizo vacilar la derecha de Aldao. El fuego empezó entónces á ser violento por una y otra parte, causando pérdidas sensibles en las filas de Quiroga, que empezaban á vacilar bajo aquel fuego violento.

—¡A apagar esas piezas! gritó Quiroga que veia que en la duracion del fuego estaba el triunfo de Paz.

Y el fraile Aldao se lanzó á la carga con los regimientos á sus órdenes, mientras Quiroga atendia con toda atencion el combate á la izquierda suya, derecha del general Paz.

A pesar de lo rápido y vigoroso de la carga, Aldao fué contenido por el fuego de la infantería y rechazado poco despues con grandes pérdidas. Y la artillería con sus tiros más certeros, abria enormes claros en los batallones de Quiroga. Este estaba ya enfurecido; la batalla se prolongaba demasiado, y no se le escapaba la superioridad del enemigo, en la calidad de sus tropas y las disposiciones de su jefe. Y deseando darle un golpe sensible, cargó él mismo á la bayoneta, con todas sus infanterías.

El Chacho estaba violento, deseaba ardentemente tomar parte en la batalla, pero no se atrevia á moverse sin orden de Quiroga, puesto que á él se le habia confiado la reserva en caso de un contraste que ya no podia tardar en pronunciarse.

Quiroga se metió hasta las piezas de Paz, golpeando con el poncho la cabeza de los artilleros, pero estaba de Dios que aquel día debía ser vencido. Después de tres ó cuatro minutos de un combate tenaz y sangriento, Quiroga fué rechazado. El lugar del choque habia quedado sembrado de cadáveres de una y otra parte, pero las infanterías de Quiroga, no solo habian sido rechazadas, sino deshechas.

Paz, con la serenidad que lo distinguia siempre en los momentos más duros, atendida á todos lados, demorándose allí donde su presencia era necesaria.

Enfurecido Quiroga y queriendo anonadar á fuerza de valor las tropas de Paz, hizo cargar á Aldao nuevamente, poniéndose él mismo al frente de la carga. El choque fué tremendo. Entusiasmado con el valor comunicativo y ardoroso de Facundo, los regimientos se entreveraron y el combate al arma blanca tomó un aspecto de verdadera carnicería.

Paz, viendo que sus caballerías eran sofocadas por el número y la impetuosidad del enemigo, mandó allí un refuerzo, y Quiroga y Aldao fueron de nuevo rechazados con grandes pérdidas, retirándose sus tropas en completo desbande.

La batalla llegaba á su punto culminante, las tropas empezaban á fatigarse y allí estaba Chacho con sus grandes masas de caballería fresca y deseosa de entrar en pelea.

Paz formó cuadros con su infantería, colocando dentro de ellas sus piezas de artillería, mientras con una buena carga de caballería concluía de derrotar el centro y la derecha de Quiroga. Este se vió perdido, y mandó á Chacho cargar los cuadros con la mitad de la reserva.

Chacho, que hacia mucho tiempo esperaba aquella orden, se lanzó en una carga impetuosa sobre los cuadros de Paz. Y el primer cuadro fué hecho pedazos, aunque con terribles pérdidas por parte de Chacho. Entusiasta y ardiente, carga sobre el segundo, pero allí lo esperaba Paz con un regimiento de caballería. Extenuado y algo desorganizado en el primer encuentro, fué rechazado en el segundo de una manera violenta. Chacho no se desanima, se reorganiza y vuelve á cargar con más empuje y valor que nunca. Pero vuelve á ser rechazado con pérdidas enormes. Se combatía de una manera frenética y desesperada. Los cuadros son rotos por el Chacho, que se reorganiza y carga con más bríos que nunca. Pero el valor formidable de aquellos hombres debía estrellarse ese día contra la estrategia notable del General Paz. El Chacho es decididamente rechazado, y Paz acude á su derecha donde combatía el mismo Quiroga, habiéndole causado numerosas bajas.

Las cargas de Quiroga eran impotentes, pues cuando se le creía rechazado, se le veía cargar con más empeño que nunca y con tropas que, á pesar de haber combatido como habian combatido aquellas, parecian tropas de frescos. Paz aglomeró allí todos sus elementos, hizo un esfuerzo y Quiroga fué rechazado con tremendas pérdidas.

Chacho se habia retirado á media legua del campo de batalla, donde organizaba de nuevo sus regimientos para volver á la carga.

Los del fraile Aldao no podian reunirse y una derrota comple-

ta era inevitable. La noche empezaba á caer, siendo muy difícil que los dispersos pudieran reunirse.

Quiroga se retiró adonde estaba Chacho, y resolvió esperar al día siguiente para empezar de nuevo con sus tropas más descansadas.

Quiroga estaba tremendo de ira y de bravura. Era la primera vez que sufría un contraste de aquella magnitud y quería á todo trance vencer á Paz, á pesar de su inferioridad saltante.

— Esperemos á mañana, dijo, reunamos esta noche los dispersos que pueda haber y mañana lucirá un nuevo sol para las armas de Quiroga.

Y toda la noche la pasaron aquellos hombres de fierro en reunirse, juntar sus mejores armas y prepararse para el día siguiente.

El General Paz dormía sobre el campo de batalla, no había, querido moverse de allí, comprendiendo que Quiroga volvería, porque su derrota no había destruido por completo sus elementos. Y lo esperaba completamente tranquilo, y dispuestas sus tropas de manera á poder rechazar vantajosamente cualquier sorpresa que era muy capaz de intentar Quiroga.

Las infanterías estaban con el cuadro formado, en cuyo centro estaban las piezas de artillería, y su caballería dormía con el caballo á la rienda.

Al amanecer del día siguiente, Quiroga se presentó á su frente tendido en batalla. No había podido reunir sus infanterías y éstas solo aparecían como unos cuantos pelotones, pero sus caballerías eran numerosas y marchaban con un aplomo que nadie hubiera sospechado en ellas á tropas que habían peleado todo el día anterior, y de qué manera!

Quiroga marchaba al centro, Chacho á la izquierda y Aldao á la derecha. Quiroga no había dejado reserva alguna, lo que probaba que venía dispuesto á combatir de una manera tremenda.

Paz empezó á hacer jugar su artillería abriendo las caras de los cuadros, con bastante buen éxito.

Quiroga mandó á Chacho que apagara los fuegos de la artillería y Chacho se vino á la carga como una tormenta. Los cuadros fueron cerrados de nuevo y aquella infantería entusiasta y brava, esperó aquella carga con increíble denuedo.

Paz tenía toda su atención en su frente, por donde venía Quiroga haciendo un nutrido fuego de fusilería por pelotones que protegía Aldao con fuerzas de caballería.

El Chacho venía con un lazo en la mano, arma que traían también unos veinte ginetes que venían siguiéndolo en grupo aparte.

Y ni el mismo Quiroga había podido explicarse en el primer momento el uso que Chacho iba á hacer de los lazos, suponiendo que sería para tomar á los jefes de la infantería.

Chacho se estrelló contra los cuadros, rompiendo los dos primeros con un brio insuperable. Y mientras sus soldados sableaban á los artilleros dentro de los cuadros mismos, se vió el Chacho revolver su lazo, enlazar una pieza y sacarla á la cincha de adentro del cuadro. La misma operación repetida por aquellos soldados que lo seguían con el lazo armado, dió por resultado

la toma de dos cañones mas, que fueron llevados al campo de Quiroga.

Este hecho notable entusiasmó á las tropas de tal modo, que prorrumplieron en un inmenso viva al Chacho. Y sus soldados ardorosos y alegres con aquel resultado, cargaron sobre el segundo cuadro, pero Chacho no estaba con ellos, porque habia ido á llevar las piezas, y fueron rechazados de una manera sangrienta.

Como Chacho no solo habia traído las piezas sinó el armon á ésta prendido, Quiroga la empezó á hacer jugar sobre las infanterías de Paz. El combate se habia hecho general, y Chacho, irritado con el primer rechazo, volvió á la carga nuevamente con increíble violencia.

Quiroga entre tanto seguia haciendo un buen fuego de artillería é infantería, mientras espiaba un buen momento para hacer cargar al fraile Aldao.

Paz acude primero donde cargaba el Chacho, y éste es rechazado de una manera tremenda. No por esto se arredra el Chacho, y vuelve á cargar y carga doce veces consecutivas, haciendo verdaderos destrozos en las tropas de Paz, que lo rechazan otras tantas victoriosamente.

Deshecho el Chacho y extenuado, toca á Paz su turno de cargar, y hace cargar á una fuerte columna escalonada, sobre las mismas piezas que le tomara el Chacho despues del choque sangriento y terrible. La derrota empieza á iniciarse como el dia anterior entre las filas de Quiroga; ya el fraile Aldao ha sido vencido y Chacho no puede reorganizarse.

Paz carga á la bayoneta, y el centro de Quiroga es doblado y obligado á dar la espalda. Es preciso no perder tiempo, aprovechar la ventaja antes que puedan reorganizarse, y Paz lanza entonces toda su caballería, que dobla por completo á las pocas tropas que permanecian firmes. La derrota es completa; los restos del ejército de Quiroga huyen y Paz los hace perseguir tenazmente, tomándole prisionera toda su infantería.

—¡A La Rioja! dice Quiroga á Chacho y á Aldao; ¡pronto tendremos el desquite!

— ¡A la Costa del Medio! vuelve á gritar Chacho á los suyos; y todos se dispersaron huyendo de aquel enemigo que los persigue con una tenacidad tremenda.

Los tres caudillos se dirigieron á La Rioja, separándose el dia siguiente en que Aldao toma el camino de Mendoza donde vá á reunir nuevos elementos.

El general Paz, triunfante en Córdoba de aquella manera, queda dueño del Interior, pues su triunfo sobre Quiroga despues de dos dias de combate, dá á su ejército una importancia tremenda.

Quién, vencido Quiroga, se le pondrá al frente? Solo el mismo Facundo, pero para esto tiene que formar y organizar un nuevo ejército.

Aquel ha sido un golpe terrible para Rosas, que se vé perdido en el Interior y cortada su comunicacion con Quiroga.

Facundo estaba tremendo, de sus ojos salian relámpagos de inmensa ira, y su rostro feroz, lívido y desencajado ofrecia un aspecto bien terrible.

—Todo perdido, decía á Chacho, pero momentáneamente perdido, porque es preciso dar un golpe de muerte á Paz, que estará envalentonado con su triunfo. No hay que perder tiempo, no hay que perder un minuto y organizarnos cuanto antes para darle el golpe de muerte.

—En la Costa del Medio encontraremos las tropas que se hayan salvado de la batalla, no lo dude, General, porque allí les cita. Pues con esa base y lo que reuna Aldao en Mendoza, habrá lo bastante para formar un ejército mas poderoso que el que hemos perdido.

Ambos llegaron á La Rioja, nueve dias despues del desastre, con unos doscientos hombres que se le juntaron en el camino. Y en el acto Quiroga puso á toda la provincia en pié de guerra.

Como lo habia asegurado Chacho, en la Costa del Medio lo esperaban formado mas de cuatrocientos hombres, á los que se habian reunido ya otros tantos para esperar á Chacho.

Quiroga, bajo aquella base, pasó inmediatamente á Mendoza donde Aldao encontraba muchas dificultades para reunir gente. En Mendoza habia muchos unitario de influencia, que alentados por el triunfo de Paz no permitian á Aldao formar ejército, validos tambien del desprestigio en que habia caido el fraile á causa de la derrota. Y como le faltaba el apoyo de Quiroga, vencido y extenuado como él, en Mendoza se le hacia una fuerte oposicion, que le habia impedido formar un ejército de mas de doscientos hombres.

Ellos esperaban de un momento á otro auxilios de Paz y no temian ya la preponderancia del fraile, que creian perdida para siempre. Pero á ia noticia de que Quiroga se aproximaba con un ejército de más de mil hombres, las cosas cambiaron de aspecto, y los que más lo habian hostilizado ocultamente, empezaron á ayudarlo entónces.

Quiroga sacó de Mendoza cuantos elementos pudo en hombres y recursos y se puso en marcha al frente de tropas numerosas, despues de hacerles esta terrible prevencion.

—Yo le voy á mostrar á Paz quien es Quiroga, ¡ay de aquel que me hostilice de cualquier manera! ¡pobre de aquel que haya desconocido mi autoridad!

Y como no era difícil que Quiroga triunfara al fin de Paz, sus enemigos quedaron en Mendoza aterrados y esperando ansiosos el resultado de la nueva batalla.

Con aquel ejército fuerte y numeroso, Quiroga marchó á San Luis engrosándolo con cuanto elemento pudo juntar al paso de las poblaciones.

Y al frente de un ejército bastante respetable volvió sobre Córdoba donde permanecía Paz con su ejército hecho y envalentonado por el triunfo de la Tablada.

Quiroga no vacila, se cree seguro del triunfo y cae sobre Córdoba creyendo que nadie lo esperaba. Pero Paz, eminente previsor, que calculaba que no tardaria en volver Quiroga, lo esperaba en Oncativo, decidido á escarmentarlo por segunda vez de una manera más dura. Y es allí donde se encuentran por tercera vez, el hábil táctico y el prestigioso y valiente caudillo.

Ya Paz conocia la manera de combatir de Quiroga, ventaja

inmensa, pues podia prever aquellos golpes de audacia que tan buen resultado le habian dado siempre.

Sus tropas tenian confianza en su jefe y en el triunfo, pero temblaban á la idea de que podian ser cargados por el Chacho. No olvidaban aquellas cargas violentas y continuas, que sembraban la muerte y el espanto allí donde arremetian.

La batalla empezó bajo un violento fuego de artilleria é infanteria que principiò á causar grandes bajas en el ejército de Quiroga, cuyas dos piecitas no podian hacer mayor estrago. Y el Tigre de los Llanos se multiplicaba en todos los puntos de peligro tomando aquellas disposiciones que le aconsejaba el peligro del momento.

Paz cargó á la bayoneta sobre el centro de Quiroga, y éste mandó á Chacho que con cuatro regimientos fuera al encuentro de aquella carga. Las infanterias de Paz tuvieron que formar cuadro sobre la marcha y allí soportaron la carga más violenta de la batalla. Puede decirse que aquel fué el punto de la batalla.

Paz mandó nuevas fuerzas en proteccion de aquellas infanterias que sableaba Chacho, y allí tambien acudió el fraile Aldao en apoyo de Chacho. Paz aglomera allí sus cuerpos, pues comprende que allí está el éxito de la batalla y Quiroga que cree lo mismo que Paz tal vez, acude tambien allí y carga de una manera tremenda.

Quiroga dirige el combate y toma tambien parte en él con un encarnizamiento de fiera.

Chacho y Aldao combaten cada cual por su lado, pero el fuego de las tropas de Paz es inaguantable, y Aldao es el primero que se retira para rehacerse. Esta al menos es su intencion, pero Paz que está en todo, desprende sobre él dos regimientos que no le dejan reorganizarse y que le desbandan su fuerza, poniéndolo en serio peligro de caer prisionero.

Quiroga mira con desesperacion el desbando de Aldao y se retira tambien para proteger cualquier movimiento de organizacion.

Y aquellos dispersos empiezan á volver al lado de Quiroga para reorganizarse y seguir peleando. La resistencia de aquellos hombres es asombrosa.

Chacho queda allí peleando él mismo como un leon y volviendo á cargar cada vez que es rechazado. En su vez lo que sostiene el brio de aquellos soldados rendidos por la fatiga y extenuados por los rechazos.

Paz aglomera sus fuerzas sobre Quiroga para no dejarlo rehacer y terminar su derrota.

Quiroga combate de una manera imponente: ha recibido dos grandes contusiones, pero poco supone esto para una naturaleza como la suya, y el combate sigue aquella parte entre un círculo de cadáveres.

Paz insiste, manda un nuevo refuerzo, y Quiroga es deshecho por completo. Facundo enfurecido comprende sin embargo que se ha perdido todo y que apenas le quedan fuerzas para retirarse de aquel campo de muerte, y acude allí donde combate Chacho con un grupo de trecientos soldados apenas.

Chacho se defiende de una manera heróica sin ceder un palmo de terreno y sin saber cuales el estado de la batalla en los otros

puntos, cuando Quiroga se pone á su lado y manda la retirada de aquellos leones. Y los restos del Chacho se retiran con una bravura magnífica é imponente.

El enemigo queda triunfante de nuevo sobre el campo de batalla, pero en condiciones de prostracion que no le permitian perseguir á aquel grupo donde se retiran Chacho y Quiroga.

Facundo huye de aquel campo de vergüenza para él, sin esperanza de un desquite porque ha agotado sus elementos y comprometido su prestigio. No podia formar de nuevo un ejército que necesitaba para vencer á Paz, y resuelve venir á Buenos Aires en busca de aquellos elementos. Vencer á Paz es el pensamiento único que llena la imaginacion del Tigre de los Llanos, y es en Buenos Aires donde ha de hallar esos elementos. Y licenciando aquel peloton de bravos se retira hácia Buenos Aires, acompañado del Chacho, con una pequeña escolta.

El desquite del Tigre

El general Paz ha quedado apoderado de todo el interior. Córdoba le pertenecía por completo, en San Luis contaba con el decidido apoyo del Gobierno, en Mendoza tenia una division al mando del coronel Videla y en Tucuman todo era suyo, pues allí la reaccion unitaria era siempre superior á las demás provincias. Y aunque Lavalle habia sido vencido en los campos de Alvarez, la revolucion estaba triunfante en el Interior.

Solo el general Lopez tenia en Santa Fé un fuerte ejército, pero no se atrevia á buscar abiertamente á Paz y darle una batalla, contentándose con amenazarlo por medio de marchas simuladas.

La situacion de Rosas era apurada, con el Interior perdido á causa de la derrota de Quiroga, temia fuese vencido tambien Lopez, y que Paz viniera á golpearle las puertas de Buenos Aires mismo.

Fué en esa situacion terrible de su espritu que recibió la visita de los grandes caudillos del interior, y fué en las primeras palabras de Quiroga que comprendio que aquello no era tan desesperado como creyó al principio y que aún podia cambiarse todo con un éxito feliz.

—He sido vencido por la falta de elementos, decia Quiroga, pero el vencedor queda postrado por mis golpes y no está en situacion de moverse por ahora de una manera ofensiva. A pesar de todo, el interior me pertenece y se moverá como un hombre al llamado de mi voz. La Rioja, Catamarca, Santiago, San Luis y Mendoza son míos, no lo dude un momento V. E. Y San Juan, como Tucuman mismo, en cuanto me sientan se entregarán, porque me temen y no querrán exponerse á mi castigo. Yo no necesito más que una fuerza relativamente pequeña para entrar á Córdoba y sorprenderla, mientras Paz, que no me espera en manera alguna, está distraido por el ejército del gene-

ral Lopez. Una vez que yo me apodere de Córdoba, puede decirse que todo el interior es mio otra vez.

Y Chácho apoyaba cuanto decia Quiroga, asegurando que el éxito de una nueva campaña pendia solo de los elementos de hombres y de armas que se llevaran de Buenos Aires.

Quiroga estaba tan interesado como Rosas mismo en el éxito de aquella nueva campaña, porque recuperaba su poder perdido y el prestigio que las derrotas sufridas le habian hecho perder.

Rosas dió á Quiroga cuatrocientos hombres y algunos jefes, con un buen contingente de armas y municiones para atender á las primeras necesidades de la gente que movilizara á su paso.

—Dentro de muy poco tendrá usted noticias mias, dijo Quiroga, y noticias satisfactorias. más satisfactorias de cuanto usted puede imaginarse. Todo el interior es mio; en cuanto sientan que yo me aproximo con tropas, se pronunciarán por mí y vendrán á engrosar mis filas.

Rosas, convencido del prestigio de Quiroga, escribió á Lopez que protegiera su movimiento en cuanto pudiera necesitar, y Facundo emprendió así su nueva campaña, no dudando un momento del éxito más brillante.

Las tropas de Quiroga eran en su mayor parte de infanteria, pues la caballeria la formaria en Córdoba y la artilleria pensaba servirse de la que arrebatara á Paz en Córdoba. Llegó á Santa Fé, se puso al habla con el general Lopez, quien lo previó de doscientos ginetes, que era todo cuanto Quiroga decia necesitar. Con este ejército, las armas que le diera Rosas y las que pudo sacar á López, abrió decididamente su campaña, marchando hácia Rio Cuarto.

—Llame usted la atencion de Paz y lo demás corre de mi cuenta, dijo al caudillo santafecino.

En Rio Cuarto habia un destacamento de Paz, mandado por el coronel Chavarría, y aquel destacamento era el primer objetivo de Quiroga, pues allí el éxito era fácil y podria apoderarse de un buen número de armas, engrosando su ejército con buenas fuerzas de caballeria.

—El general Paz, amenazado por el general Lopez, con un ejército respetable y no figurándose que Quiroga pudiera marchar sobre Rio Cuarto, tenia toda su atencion en el ejército de Sante Fé, esperando de un momento á otro la oportunidad de dar una batalla.

Chavarría no podia tampoco imaginarse la proximidad de Quiroga, y no temiendo nada por el lado de Tucuman ó de Mendoza, permanecia tranquilo esperando órdenes del general Paz.

Quiroga se aproximó como el tigre, marchando cautelosamente y protegido por los montes, esperando la noche para caer sobre el jefe unitario. Y en las primeras horas de una noche clara y hermosa, mandó á Chácho caer sobre el coronel Chavarría, mientras él seguia lentamente para protegerlo en caso de un rechazo.

Chavarría sintió la aproximacion de Chácho, pero como de aquel lado no podia esperar sinó fuerzas del general Paz, no

tomó ninguna medida de precaucion, contentándose con mandar reconocer aquella fuerza. Y el peloton que mandó hacer el reconocimiento, no volvió más, porque fué tomado por Chacho sin disparar un tiro. Fué éste quien llegó al mismo cuartel de Charvarria y cayó sobre él de una manera tremenda.

Sorprendido éste, apenas tuvo tiempo de salvarse con algunos oficiales huyendo hácia Córdoba, mientras sus tropas, despues de una resistencia débil, se entregaban á discrecion á los gritos de viva el general Quiroga, aunque habia atacado Chacho. Si Quiroga estaba allí era inútil resistirse y peligroso provocar las iras del caudillo riojano que, obligado á pelear, no les daria cuartel, pasándolos á cuchillo como era su práctica.

Entregándose así sin combatir, no irritaban al caudilo, engrosaban sus filas y salvaban de este modo la vida.

Cuando llegó Quiroga todo estaba concluido, Chacho era dueño de Rio Cuarto, y habia engrosado su vanguardia con trescientos hombres de infanteria y caballeria y un buen repuesto de armas. Los gritos de viva Quiroga resonaban por todas partes y la poblacion aterrada porque ya sabia lo que queria decir la presencia de Quiroga, repetia los vivas para que Quiroga no tuviera el menor pretesto de venganza para degollar y matar.

El éxito no podia ser más satisfactorio, y Quiroga contento y sonriente distribuyó aquellas fuerzas entre las suyas, sacó de Rio Cuarto todos los elementos bélicos que contenia y siempre llevando á Chacho de vanguardia se dirigió rápidamente á San Luis.

Su éxito estaba en la rapidez de la accion, pues una vez apoderado de San Luis y Mendoza, ni Paz ni nadie podia con los elementos que iba á reunir.

Aquella era la base de sus operaciones, pues dominadas aquellas dos provincias, el resto del Norte quedaba dominado de hecho, con solo la noticia de que él se hallaba al frente de un fuerte ejército.

Quiroga, sentido en San Luis, encuentra una resistencia formidable. El gobierno se prepara á la lucha con buenos elementos, y á su encuentro sale el intrépido y valeroso coronel Pringles al frente de un cuerpo de ejército.

Quiroga ya no le dá tiempo de tomar la menor disposicion y siempre con la teoria de que en la rapidez de la accion está el triunfo, hace cargar á Pringles con Chacho mientras él tiende su ejército en buena linea de batalla.

La carga es como todas las que lleva el Chacho, arrolla lo que tiene á su frente y sablea á las infanterias sorprendidas.

El coronel Pringles combate con todo el ardor de que es susceptible, no ceden sus tropas un átomo de terreno, pero una bala lo baja del caballo y el sable de los soldados rindén la vida de aquel soldado brillante y valeroso.

Muerto Pringles, las tropas se desorganizan, no resisten ya con la misma bravura y concluyen por ceder el campo á Chacho, que las persigue y sablea sin descansar.

En la ciudad el gobierno hace todavia una resistencia desesperada, pero todo es inútil: Quiroga entra triunfante á San Luis, á

sangre y fuego, toma cuantos prisioneros puede y se apodera ante todo de los depósitos de armas y municiones.

Resistir es una locura y todo se somete al feroz caudillo para hacer cesar de este modo la matanza y las persecuciones.

Quiroga encarcela á las autoridades que han encabezado la resistencia, ó las hace lancear, según su capricho, saca de San Luis quinientos soldados y dejando allí autoridades completamente suyas, se dirige á Mendoza forzando su marcha todo cuanto le es posible. Mendoza tiembla á su aproximación, pues ya conoce de cerca al tremendo Tigre de los Llanos y sabe que resistirle es para provocar su más sangrienta venganza.

A la aproximación de Quiroga, el fraile Aldao que montonera por los alrededores, se acerca también y engrosa sus filas con unos cien bandidos que lo acompañan.

Mendoza ante la aproximación de semejante gente, con un ejército poderoso quiere capitular. Pero el coronel Videla que está allí con fuerzas del general Paz, anima á la población y se prepara á dar una batalla, saliendo al efecto hasta el Rodeo de Chacon. Allí tiende una línea de batalla confiado en sus bravas infanterías y dos piezas de á diez y seis regularmente servidas.

Quiroga tiende la suya, y se prepara al combate no dudando un momento del éxito. Sus masas de caballería eran ya enormes, y la infantería enemiga no lo arredra.

Cargado por las caballerías forma sus cuadros y hace jugar con bastante eficacia sus piezas, y la batalla empieza de una manera encarnizada y sangrienta.

Chacho ha roto dos cuadros, haciendo prodigios de valor, mientras Quiroga carga en persona sobre el piquete de artillería y se apodera inmediatamente de las piezas.

Quiroga necesita concluir pronto, pues cree que Paz puede marchar sobre él y quiere esperarlo con entera comodidad. Aun tiene que someter á Tucumán y el tiempo le urge. Entonces hace cargar violentamente á toda su caballería y el coronel Videla es vencido y deshecho.

Sus tropas huyen despavoridas, mientras los infantes que no pueden huir se entregan á discreción pidiendo la vida. Videla ha huido con los suyos que lo han envuelto en la disparada, lo que irrita á Quiroga, que hubiera deseado degollarlo. Y enfurecido por esto, se desquita haciendo lancear y degollar á cuanto oficial le cae á las manos.

Mendoza ha caído nuevamente bajo el poder de Quiroga y del terrible fraile Aldao. Y el Tigre de los Llanos se encuentra al frente del ejército más numeroso que ha mandado hasta entonces.

Paz había salido de Córdoba con su ejército para batir á López y habiéndose separado momentáneamente de su ejército para inspeccionar personalmente la posición de López, fué hecho prisionero por una partida del ejército de Santa Fé.

En nuestra obra «Historia de Rosas» nos hemos ya ocupado detenidamente de este hecho de armas y los acontecimientos á que dio lugar en Buenos Aires la prisión del general Paz.

Quiroga marchó sobre Tucumán inmediatamente, pues allí había un ejército compuesto de restos del general Paz y elementos que había aglomerado La Madrid.

Quiroga arrolla cuanto se le pone por delante, se bate en Tu-

cuman y vencedor, sin que haya nadie capaz de recibir el empuje de su ejército, se apodera de la ciudad y hace allí mil horrores, ensangrentando de una manera feroz la poética provincia.

Quiroga no dá cuartel á nadie, mata y roba de una manera espantosa, y sus tropas puestas á saco no dejan nada en pié ni respetan nada.

Concluida esa obra de sangre, Quiroga regresa á La Rioja acompañado del coronel Vargas, que lleva como segundo jefe de vanguardia.

Asegurado su poder en todo el Norte y libre de enemigos, licencia las tropas que no cree necesitar, mandando á Aldao un refuerzo respetable para que se sostuviera á pesar de todo, dando tiempo de acudir él mismo en cualquier contratiempo.

Aldao, fuerte como nunca, y enfurecido por la oposicion que le habian hecho los unitarios y las derrotas sufridas, empieza á perseguir de una manera sangrienta á los que son sus enemigos ó á los que cree que lo son. Su primera medida es tirar aquellos dos decretos por los que mandaba que ningun unitario podria hacer negocios por más de un peso boliviano ni tener bien alguno de fortuna. Los bandidos que formaban su círculo disponian á su antojo de la fortuna pública y privada, y el puñal es erijido en sistema de gobierno porque no hay otra manera de tratar á los salvages unitarios. Las niñas más disdinguidas son perseguidas á muerte por el fraile, que venga sus desdenes en la vida de los padres y los hermanos.

Y Mendoza se convierte en un abismo donde solo imperan los vicios y la crápula del fraile. Las cárceles no se llenan ya solamente de unitarios que no han de salir de allí sinó para ser degollados. Tambien son conducidas y encerradas allí las vírgenes que han de ser arrastradas á la orgia perpétua en que vive Aldao.

Y Quiroga, que sabe todo esto, rie de una manera desenfrenada, lamentando no tener un fraile Aldao para colocar en cada provincia.

—No hay peligro de que en Mendoza se levante nadie contra el gobierno constituido: el fraile Aldao sabe muy bien el género de rosarios que deben rezarse para que la gente se porte como debe. El entiende la biblia, el fraile Aldao, y sabe aplicar los remedios en la misma madadura. El dia que yo tenga un fraile así para cada provincia, la República tendrá la paz de los cielos.

Y el Tigre reta ferozmente de su propio epigrama.

Por el lado de Santa Fé, el general Lopez se habia apoderado de todo, limpiando aquello de unitarios ó cosa que le pareciera.

No habia pues temor de nuevos convulsionamientos y podia hacer un viajito á Buenos Aires, á gozar de los placeres que en la ciudad abundaban, y del amor de Dominga Rivadavia que dominaba el corazon del Tigre.

Chacho quedó de nuevo en La Rioja, acompañado del coronel Vargas, para garantir por ese lado el poder incommovible de Quiroga y éste se vino á Buenos Aires á descansar de las fatigas de su última y estupenda campaña.

Lopez en Santa Fé, Reinafé en Córdoba y Chacho en La Rioja con la espalda guardada por Aldao, en Mendoza, el poder de Rosas se hizo inmovible en el interior.

El Chacho unitario

Facundo Quiroga se hallaba en Buenos Aires entregado á todos los placeres que puede proporcionar la fortuna inmensa y el poder de que disponia.

Chacho sin embargo estaba horrorizado con las atrocidades que se cometian en Mendoza, en Tucuman y en toda la República. Aquello era cruel é intico y un hombre de corazón como él, no podia estar conforme con aquellos crímenes que se sucedian unos á otros con aterradora frecuencia.

—Esto no es posible que continúe, decia Chacho, el corazón se subleva de espanto y de indignación justa.

Y La Rioja era el amparo de todos los perseguidos en las provincias vecinas. Los Gobernadores se quejaban á Rosas de que Chacho alentaba á sus enemigos, y éste interrogaba á Quiroga.

—El Chacho es tan mio, contestaba el Tigre, como pueden serlo suyos Antonino Reyes ó cualquiera de sus servidores más abyectos. Pero el Chacho es bueno por naturaleza, tiene un corazón sensible y no le gusta hacer mal. Y esto mismo es bueno, porque el que no me siga por mí mismo, aun siendo mi peor enemigo, me seguirá por el Chacho, y así lo domino todo.

Así lo que el Chacho hacia quedaba bien hecho á pesar de las intrigas de Aldao y demás mazorqueros que tenían envidia y temor de Peñaloza. Y los que emigraban de Mendoza, de Tucuman y de Córdoba mismo acudían á La Rioja, donde encontraban en el Chacho un amparo seguro para sus vidas y para sus intereses.

—¡Peñaloza nos pierdel escribia á Quiroga el fraile desconfiado, el día que haya un movimiento unitario, La Rioja va á ser un hervidero.

—Déjenlo al Chacho y no se metan con él, contestaba Facundo, cada uno cuide lo suyo y no se fije en lo que pasa en La Rioja y haga el Chacho.

Y éste que conocia todas estas intrigas, estaba más agradecido y ligado al General, por lo que los unitarios habian perdido toda la esperanza de que Chacho los acompañara en un movimiento contra Rosas.

Las hazañas de Chacho en las batallas de la Tablada y Oncativo eran referidas por todos y en todas partes, con una admiración fabulosa. Aquellos cañones sacados á lazo de entre los cuadros de infantería, aquellas cargas estupendas y terribles que no habia poder capaz de resistir, referidas por los mismos sol-

dados que las presenciaron habian dado á Chacho una nombradía inmensa. Y los riojanos entusiasmados con su noble caudillo, le daban tal importancia, que sostenían que si Quiroga valía algo y habia podido tanto, era porque el Chacho le ayudaba de todas maneras.

—El día que le falte el Chacho, decían caerá para no volver á levantarse más. Y si al Chacho se le pone voltearlo, lo volteará en el acto porque vale más que él y puede más que él.

Pero cuando algo de esto le insinuaban, Chacho sonreía y respondía firmemente:

—Mientras viva el General, es inútil pensar en que yo pueda separarme de él; en cuanto á combatirlo es un desatino que solo un loco puede pensar.

Así, los más empeñados en atraer á Chacho á la causa unitaria, resolvieron esperar los acontecimientos que tal vez lo empujaran al Chacho á sus filas.

El gobierno de La Rioja marchaba sin el menor tropiezo porque Chacho no se mezclaba jamás en las cosas de la autoridad, mientras no fueran actos capaces de alterar el estado de cosas dejado por Quiroga.

En aquellos tiempos, empezaron á sentirse en Salta complicaciones que amenazaron trastornar completamente el estado de las cosas federales, complicaciones que amenazaron tomar un carácter sério.

Chacho se puso sobre aviso en el acto y mandó un chasque á Aldao para que estuviera prevenido.

Los movimientos de Salta repercutieron en Tucuman, y aquellas dos provincias coaligadas empezaron á organizar un movimiento sério contra el sistema federal, que bien podia traer serias complicaciones sino se cortaba á tiempo.

Rosas resolvió entonces mandar á Quiroga como simple interventor primero, pero entendiendo que si como interventor no podia conseguir nada, los pacificaría por medio de las armas y á todo rigor.

Quiroga partió disgustado de Buenos Aires, pues la vida aquí tenia para él un encanto indecible.

Acompañado del general Ortiz como secretario y de una corta comitiva, se puso en viaje con el ánimo de terminar cuanto antes su comision y regresar en seguida.

La mediacion de Quiroga hizo su efecto en las provincias convulsionadas, que no quisieron exponerse á que el Tigre de los Llanos les cayera con el ejército de Aldao ó Chacho.

Se sometieron á lo que él les decia, y resolvieron esperar un momento más oportuno para dar el golpe.

Satisfecho de su desempeño, Quiroga regresó á Buenos Aires despues de haber conferenciado con Chacho en Catamarca, para encargarle que mantuviera el orden á toda costa, que él no tardaría en volver por La Rioja.

Fué entonces que á su paso á Córdoba, en Barranca Yaco, tuvo lugar el asesinato de Quiroga, asesinato que pagaron con su cabeza los hermanos Reynafé y Santos Perez.

De este crimen ruidoso que conmovió á la federacion del interior, nos hemos ocupado con la mayor minuciosidad en nuestra historia de Rosas, por lo que creemos inútil volverlo á referir aquí.

La muerte de Quiroga hizo un efecto tremendo en las provincias del Norte.

El fraile Aldao tembló porque le faltaba su principal apoyo.

Salta y Tucuman no esperaron más y se pronunciaron en contra de Rosas, no tardando Catamarca en seguir el mismo camino.

Chacho estaba completamente desligado de la federación; la muerte de Quiroga le devolvió la completa libertad de espíritu y el derecho de plegarse á la causa que mejor le pareciera.

La Rioja como es natural, nidada de unitarios á quien habia amparado Chacho, se pronunció tambien levantando pendon de guerra contra Rosas.

El pueblo era unitario, pero antes que unitario era chachista y esperaba que el Chacho se pronunciara de uno ú otro modo para seguirlo. Si el Chacho seguia la revolucion el pueblo lo acompañaria sin faltar uno solo, pero si el Chacho seguia como hasta entónces afiliado á los federales, el pueblo se inclinaria con él de aquel lado.

La situacion de La Rioja era tremenda y los que manejan el movimiento, formando entre ellos el mismo general Brizuela, fueron á verlo haciéndole presente que ya Quiroga habia muerto y que nada lo ligaba ya con Rosas.

El fraile Aldao, por su parte, habia enviado tambien comisiones á Chacho, haciéndole presente que era necesario reunirse y juntar los elementos de todos para defenderse de la liga unitaria que no podria tardar en pronunciarse.

Chacho recibió friamente á estas comisiones, contestando á Aldao que él sabia bien lo que deberia hacer, contestacion que dió gran aliento á los unitarios que contaron ya al Chacho entre sus filas.

El fraile Aldao desconfiaba del Chacho, habia desconfiado siempre y aquella contestacion lo puso en alarma. Y se puso en pié de guerra para estar pronto á cualquier acometida.

Los unitarios trabajan incesantemente y lejos de ocultarse del Chacho lo consultaban tomándole su opinion sobre la conveniencia de un pronunciamiento.

—Yo creo que no es necesario, puesto que aqui se vive independiente de Rosas, puede decirse, y para nada se meten con nosotros. Un pronunciamiento no traeria la guerra inmediata y quién sabe si lo podremos resistir.

—Le resistiremos y venceremos, deciale el general Brizuela: el pronunciamiento es necesario, pues es preciso ayudar á las provincias hermanas que están en la misma situacion: dejarlas colgadas es una cobardia que La Rioja no puede cometer, porque sus antecedentes no le permiten obrar con egoismo,

—Pues si usted lo cree así, que se pronuncie La Rioja, pero esperemos siquiera que lo hagan los demás.

—Despues de una conversacion semejante y de un cambio de opiniones como aquel, no se podia dudar de Chacho, y Brizuela hizo pronunciar á La Rioja.

El pueblo acudió á Chacho para consultarlo, para que les dijera si estaban conforme con aquel movimiento, y como el Chacho les respondiera que aquella era la buena causa y que lo tendrían

á su lado, La Rioja se pronunció en masa, con su gobernador Brizuela á la cabeza.

—Es preciso caer sobre Mendoza inmediatamente, se habia dicho el Chacho y dar un golpe de muerte á Aldao: es la manera de que el pronunciamiento tenga éxito, porque si el fraile levanta ejército, va á darnos mucho trabajo.

—No nos conviene la iniciativa, respondia Brizuela: es preciso que ellos la tomen mientras nosotros nos juntamos y nos preparamos con todo nuestro poder.

—La iniciativa y la rapidez de la accion dá toda la ventaja y dá el triunfo, contesta Chacho; es lo que siempre ha hecho salir airoso en sus empresas á Quiroga que profesaba esta gran teoria. Al enemigo es preciso golpearlo antes que se mueva y sin darle tiempo á organizar sus elementos: obrando así no se puede jamás ser vencido.

—Es que nosotros no podemos apresurarnos porque nuestros elementos no lo permiten: en nuestro caso, debemos esperar y buscar la incorporacion de todos los que perseguimos el mismo fin.

—Chacho no se altera, no sale de su fria calma, y acepta el plan de Brizuela aunque él no veia triunfo posible sinó operando sobre Mendoza y anonadando á Aldao.

Las demás provincias se pronunciaron como La Rioja, y nombran todas al general Brizuela como jefe supremo y general en jefe del ejército que formaban entre todas.

Brizuela pide entónces á Chacho el poderoso contingente de su persona y el prestigioso caudillo no vacila y se plega abiertamente á la revolucion. Todos los elementos unitarios se mueven en el interior, como un hombre solo. Tucuman, Salta, Santiago y Córdoba, misma de quien se duda, se pronuncian al paso de La Madrid con quien Rosas creia contar.

Lavalle marchaba sobre Santa Fé, y se creia que ya los dias de Rosas eran contados. Solo le permanecia fiel el fraile Aldao, que con un fuerte ejército se dirigia á operar sobre La Rioja, arteria principal de aquel gran movimiento.

Rosas se asusta de aquel movimiento poderoso que le arrebatá de un golpe todo el interior, con excepcion de Mendoza, y comprende que es preciso operar rápidamente para que los unitarios no se junten y batirlos en detalle, á los del general Lavalle primero y á La Madrid en seguida.

Oribe, aquella especie de fiera tan feroz como Quiroga, aunque mucho menos bravo y hábil, es enviado en seguida con un poderoso ejército sobre el general Lavalle, que es el que está más cerca.

Entre tanto el fraile Aldao y el general Benavidez, con fuerza de San Juan, Mendoza y otras provincias, operan decididamente sobre Brizuela y el Chacho.

Chacho queria salir de La Rioja para buscar y batir la fuerza de Aldao, pero Brizuela se opone con razones poderosas y Chacho cede aunque comprende que la inaccion es la muerte.

Derrotado Lavalle en el Quebracho Herrado, conferencia con La Madrid en Tucuman, y pasa para La Rioja, centro de la resistencia.

Allí el general Brizuela le dá un cuerpo de ejército con buenos

elementos, y él se queda en La Rioja, como siempre, contra todo el torrente de la voluntad del Chacho, que persiste siempre en salir de La Rioja y operar activamente.

Lavalle siempre animoso, siempre infatigable, se encuentra de nuevo con el general Oribe en Monte Grande, y después de un combate tremendo y sangriento, Lavalle es vencido de nuevo y se vé obligado á retirarse ya sin esperanza alguna de poder reaccionar. Y á su paso por la provincia de Jujuy, fué asesinado de la manera casual que se conoce.

Oribe acude á todas partes, con un ejército respetable y envalentonado por sus muchos triunfos, y de victoria en victoria se va apoderando de todas las provincias, una á una, hasta que restablece el poder de Rosas.

Solo queda resistiendo La Rioja, con más bravura y entusiasmo que nunca, por lo mismo que ha visto el descalabro de las demás provincias. Y allí acometen á Benavidez y Aldao, con sus fuerzas numerosas y ávidas de vencer para entrar al saqueo, premio con que Aldao compensaba siempre todos sus triunfos.

El ejército de Brizuela era fuerte y dueño de buenos elementos, porque allí habian acudido los derrotados de todas partes, pero Brizuela persistia en su error de no querer salir de la provincia de La Rioja. Y como Aldao y Benavidez invadian por todos lados era preciso moverse activamente á todos los puntos y combatir todos los dias puede decirse.

De pronto todo el ejército de Aldao se presenta en Sañogasta, cometiendo excesos de toda clase y horrores de todo género.

El fraile Aldao que no se cansa de ensangrentarse cada dia más cruel y más inhumano, despedaza y degüella á cuantos prisioneros le traen sus tropas.

—Así escarmentarán los otros, dice, sabiendo que este es el fin que les espera, y no combatirán más contra mí.

Pero los que ven que caer en las manos de Aldao es ir á una muerte horrible, se preparan á defenderse de todos modos. Y así se ve, que familias enteras, sin más armas muchas de ellas que los cuchillos de los trabajos, pelean contra grupos numerosos de soldados hasta caer muertos. Ninguno quiere entregarse vivo porque ya sabian lo que les esperaba, aunque les hicieran todo género de promesas.

Brizuela se movió sobre Sañogasta con un fuerte cuerpo de ejército y allí recibió Chacho un parlamento de Aldao en que le hacia proposiciones de paz.

—Dígale á Chacho que no le conviene pelear contra mí, que abandone la mala causa á que se ha plegado y se venga con todo su ejército á mí que siempre hemos sido buenos aliados y que los dos juntos podremos mantener la paz en todas partes, como lo hemos hecho siempre. Dígale que es inútil que combata porque no puede conmigo, que tengo que vencerlo por fuerza y que solo un loco como Brizuela se puede atrever á meterse conmigo.

Chacho recibió con su habitual bondad al oficial parlamentario y le contestó que no era á él quien debía dirigirse sino al general Brizuela, jefe absoluto del ejército.

—El gobernador Aldao sabe que usted es la vida de este ejército que lo seguirá á pesar del general Brizuela que nada vale.

Chacho por toda respuesta llevó al oficial ante Brizuela y le hizo repetir su misión.

— Si á mi me mandara decir eso el fraile malvado, yo sabría lo que había de responder, pero no es á mi sino á usted á quien viene dirigido y usted debe contestar.

— Es que yo no soy el jefe del ejército, responde noblemente el Chacho, y no puedo aceptar un mensaje de esa clase.

— No importa, insiste Brizuela, usted le debe contestar.

— Pues bien, dice Chacho al oficial, responda al gobernador Aldao que Chacho no es su igual para que le haga una proposición semejante: que alguna diferencia ha de haber entre el fraile dao y el coronel Peñaloza, y que en la hora que se presente la ocasión, que puede ver si es superior á mí.

El fraile Aldao se enfureció ante la respuesta de Chacho y se preparó á combatir hasta vencerlo y anonadarlo.

Ni en valor, ni en prestigio, ni como soldado, ni como simple combatiente podía ponerse Aldao al lado de Chacho. El lo sabía bien, pero sus elementos bélicos eran mejores y más poderosos que los de Brizuela y estaba persuadido que esto bastaría para vencerlo. Y allí, en la Cuesta de Sañogasta, tendió su inmensa línea de batalla.

Si el Chacho hubiera mandado en jefe ya habría cargado sobre Aldao y lo hubiera echado por delante. Pero Chacho tenía que someterse á lo que dispusiera el general Brizuela, que ni conocía la manera de pelear de Aldao, ni era muy hábil como táctico. En cambio era inmensamente bravo y no se arredraba ante ningún peligro. No quería comprender la causa que sostenía La Rioja, con un solo combate y por esto más que por otra causa se había negado siempre á salir de La Rioja en busca de Aldao.

La batalla principó por encuentros de caballería que ningún resultado podían dar. Era una manera de iniciarla y nada más. Y el general Brizuela hizo romper el fuego de sus infanterías sobre el punto mismo donde se hallaba Aldao.

Este que había aprendido á combatir al lado de Quiroga, no descansaba un momento, andando de un punto á otro y mandando una tras otra diversas cargas de caballería. Pero éstas se encontraban con Chacho que las daba vuelta á mitad de camino llevándolos á sable y lanza hasta el punto de partida.

Varias veces Chacho había pedido permiso para cargar el centro de Aldao, pero Brizuela se lo había negado siempre, creyendo que aquello podía comprometer el éxito de la batalla.

Brizuela hizo cargar su infantería sobre la izquierda de Aldao, con un empuje violento. El fraile lo recibió con todo el fuego de la suya y el de dos piecitas de montaña.

Brizuela que venía él mismo guiando la carga, recibió un balazo en el costado derecho que lo volteó del caballo.

Aldao no espera y se adelanta él mismo sobre la infantería, que se desorganiza al ver caer á su General y la obliga á dar la espalda después de un choque violento. Y Aldao regresa á su línea, pero llevando prisionero al moribundo general Brizuela.

Chacho, desde donde está, no ha podido apreciar bien lo que ha

pasado, pero no vé al general Brizuela y pregunta por él á los jefes del batallon.

—El general ha sido muerto, responde uno, y esta es la causa de que hayan doblado á la infanteria.

Chacho se toma la cabeza con ambas manos en un momento de desesperacion y suelta una maldicion terrible.

El fraile Aldao, que aprovecha la confusion que ha producido en el enemigo la pérdida de su general, hace sobre sus filas un fuego formidable. Pero ahora tiene que habérselas con el Chacho que por la muerte de Brizuela ha quedado como jefe del ejército, con aquel Chacho que, discípulo como él de Quiroga, es un rayo.

Chacho forma rápidamente su caballeria y se viene sobre las infanterias de Aldao, que lo esperan con sus cuadros hechos y dispuestas á rechazarlo. Pero Chacho carga, insiste, vuelve á cargar, y aquellas infanterias son despedazadas, sableadas, y obligadas á huir de la linea.

El combate es general y recio: Chacho se retira, pero para volver á cargar más impetuoso, más terrible que nunca. Aldao empieza á tener miedo, comprende que no puede luchar con el Chacho á pesar de tener fuerzas superiores y se prepara á ponerse en retirada sin dar tiempo á que lo concluyan.

El general Brizuela, cuya herida era terrible, ha muerto después que lo hicieron prisionero, quedando su cadáver sobre el campo de batalla, después de haber sido saqueado hasta en su más íntima pieza de ropa.

Aldao ve que no puedé contra Chacho, que si se detiene más pierde su ejército, é inicia entonces una retirada violenta.

Chacho se lanza sobre él y lo persigue con una tenacidad terrible, sableándole la retaguardia y dispersando los elementos que no puede hacer prisioneros. Y Aldao huye, huye desesperado, tratando de salvar cuanto puede y toma la direccion de Mendoza, tratando de buscar la incorporacion de Benavidez, que no debe andar lejos. Reunidos los dos ejércitos, aunque el suyo no es más que restos desmoralizados, espera que podrá tomar un buen desquite.

Chacho, después de una persecucion corta, pero eficaz, regresa al campo de batalla á recoger el cadáver de Brizuela. Así, vencido Aldao de una manera que lo imposibilita de volver á combatir, Chacho abandona Sañogaste y se retira á La Rioja, después de enviar sus rastreadores y baqueanos en todas direcciones, para que lo impongan no solo de la direccion que lleva Aldao, sino de la presencia de algún otro cuerpo de ejército que se deje sentir.

Muerto Brizuela, el Chacho ha quedado al frente de la resistencia en La Rioja, única provincia que se mantiene en lucha contra el poder de Rosas. Son muchos los caudillos que operan sobre él y teme tropezar con uno ó con todos. Entonces ve que no le conviene por el momento salir de La Rioja, donde tiene todos sus elementos y donde podrá resistir con ventaja al enemigo más poderoso, porque conoce á fondo todos los elementos y recursos del país y porque en su modo de hacer la guerra ningun terreno le ofrece las ventajas que Catamarca y La Rioja.

Y sus tropas, prevenidas en su sistema único de operar, ya saben que, una vez que el Chacho toque dispersion, deben dispersarse como derrotadas, para ir á unirse á un punto indicado de antemano.

El Chacho organiza un fuerte ejército, y seguro de que nadie ha de venir á incomodarlo en La Rioja, espera tranquilo el desarrollo de los acontecimientos que han de marcarle lo que debe de hacer.

Aldao y Benavidez vuelven á invadir el territorio de La Rioja, pero se encuentran con Chacho que los acomete con divisiones ligeras y desaparece con ellas, creyendo que la gente se le huye dispersada. Y al día siguiente, cuando menos lo esperan, se les aparece de nuevo por retaguardia ó por un flanco, para retirarse despues que los ha puesto en conflicto y perdérseles como derrotado y deshecho. Y ellos avanzan, toman sus medidas de precaucion, pero á media noche, á la madrugada, á la siesta, cuando menos lo esperan, ya está encima el Chacho, para desaparecer despues de haberles hecho un daño tremendo.

Aquella nueva manera de hacer la guerra los postra y no les deja esperanzas de ningun resultado favorable. Qué pueden hacer contra un enemigo que no les deja un momento de reposo, que los obliga á estar siempre atentos y que desaparece cuando lo quieren obligar al combate.

Los recursos escasean, porque Chacho no les deja nada á mano y apenas desprenden alguna partida para hacer viveres, es sorprendida por grupos del Chacho que la dispersan ó la toman prisionera.

Benavidez y Aldao no pueden resistir más aquella manera de hacer la guerra y se retiran del territorio riojano de una manera violenta y peligrosa.

Mil partidas ligeras que siguen el rastro del ejército, no le dejan un solo momento de reposo. A cada momento se les aparece por la espalda, por el frente ó por los flancos, sableándolos, sembrando la confusion en las filas y matando ó haciendo prisioneros á los que van quedando rezagados.

Aldao y Benavidez se desesperan, se lamentan de haber pisado territorio riojano y no ven el momento de llegar á San Juan ó á Mendoza, para verse libres de aquel enemigo formidable. Y dejan á Chacho dominando en La Rioja, convencidos que no es posible hacer otra cosa.

Rosas ha puesto en campaña sus mejores elementos, porque comprende que es preciso concluir con el Chacho á toda costa. A la sombra de su poder y de su prestigio puede formarse algun ejército poderoso que vuelva á dominar en el interior, y para evitarlo manda al general Pacheco en apoyo de Aldao y Benavidez. Pero la peor dificultad está en obligar á batirse á un hombre que, como Chacho, parece decidido á no comprometerse en una batalla seria.

El mismo Oribe, jefe tenaz y activísimo, abre campaña contra Chacho, pero se retira al fin, despues de mil encuentros parciales en que sus tropas han sido sorprendidas y sableadas por un enemigo que, apenas se ha dejado sentir de esta manera, cuando desaparece de nuevo para no dejar de sí el menor rastro. Pues las partidas del Chacho se dispersan por todas direcciones, en grupos

de dos ó tres soldados, haciendo naturalmente imposible toda persecucion.

Y como ya tienen indicado de antemano su punto de reunion, adonde todos deben dirigirse por diversos rumbos, dos dias despues se hallan juntos en el punto indicado, esperando nuevas órdenes.

El Chacho no respira un momento: parece que aquel hombre es de fierro, no hay fatiga ni necesidad capaz de acobardarlo. No bien ha despachado por un lado una partida, ya está organizando la que ha de marchar por otro y pensando en la que organizará despues.

Y aquel guerrero original es el idolo de La Rioja, y la única esperanza que queda al extenuado partido unitario. Mientras él resista en La Rioja no se habrá perdido nada, pues queda una provincia para el refugio de todos, y un poder contra el que no puede Rosas, para servir de base á la formacion de un ejército poderoso.

Y Chacho es la esperanza de todos, lo único que aún da aliento para sufrir y esperar, á las victimas de la tirania.

El general Oribe, como Aldao y como Benavidez, se retira tambien de La Rioja, despues de haber tenido grandes pérdidas, y haber sufrido todo género de privaciones. Y la retirada de Oribe, el soldado más tenaz y sufrido, importa la sancion de este hecho desesperante para Rosas: que con el Chacho no es posible luchar, y que es inutil invadir para obligarlo á una batalla, en territorio riojano.

Oribe se retira á Santa Fé, pero por San Juan y Mendoza quedan Aldao, Benavidez y el general Pacheco, que con buenas y numerosas tropas esperan pacientemente la oportunidad de batir al Chacho.

Despues de demostrarles todo su valor, á fuerza de una constancia y actividad asombrosa, Chacho vuelve á retirarse á la ciudad de La Rioja, pero dejando la provincia llena de bomberos y rastreadores que deben avisarle inmediatamente que se sienta la aproximacion de cualquier fuerza ó simple grupo.

Chacho deja organizado este servicio más por hábito que por otra cosa, pues en La Rioja cada habitante es un bombero que llevará á la ciudad la menor noticia que puede interesar á la defensa de la provincia. Todos tienen idolatria por el gran caudillo y se sienten llenos de orgullo de que gracias á él, La Rioja es el único punto de la República donde se resiste al poder de Rosas y donde van á estrellarse todos los esfuerzos del tirano.

Las tropas sufren necesidades de todo género, pero no desmayan un momento; mientras mayor es la miseria, mayor es el entusiasmo y mayor la decision de resistir hasta el último aliento; y aquellas tropas miserables y hambrientas muchas veces, no se atreven á cometer el menor exceso ni la menor accion que pudiera disgustar al Chacho.

Los hombres ricos, los hacendados y negociantes, contribuye cada cual con lo que puede para aliviar la miseria de aquel ejército, pero si aquello sigue así, va á ser preciso, ó renunciar á toda resistencia ó decidirse á salir de La Rioja y dar un golpe á Benavidez ó á Aldao, arrebatándoles elementos de vida.

En esta situación penosa y tirante, La Madrid se deja sentir en Catamarca y reúne allí elementos relativamente fuertes.

El caudillo podrá entonces aconsejarse del ilustrado general y le hace un chasque inmediatamente diciéndole que se le incorpore con los elementos que tenga.

Chacho no se atreva por sí solo á tomar resoluciones que pudieran comprometer la fuerza y poder de La Rioja, porque era cobarde ante la responsabilidad que se echaba encima. Pero estando al lado de La Madrid seria otra cosa, él seria el brazo de aquel pensamiento audaz, y otro llevaria la responsabilidad. Siendo La Madrid su superior en jerarquia militar, él le debia obediencia, deseando verlo pronto á su lado para cambiar ideas y prestárselas.

La Madrid viene á La Rioja y queda asombrado de los elementos bélicos y la gente que tiene allí el Chacho.

—Con esto, dijo, puede darse vuelta á toda la República: es preciso salir á operar, amigo mio, y no tardaremos en alcanzar la más completa victoria. Unidos los dos y unidas nuestras fuerzas, con lo que podemos agregar en cada provincia donde estemos, me comprometo yo á ir hasta Buenos Aires.

—Cuidado, general, que el enemigo es poderoso responde Chacho sonriendo, y sus elementos son grandes; sus soldados están en la mayor abundancia y los jefes son los más prestigiosos de la federación. Nosotros estamos mal de armas, mal de municiones y mal de recursos, por eso me he mantenido yo á la defensiva, no atreviéndome á salir.

—Es que es preciso salir para buscar esos mismos recursos que faltan y que pueden concluirse del todo, repuso el ardoroso La Madrid.

—Creo lo mismo, pero tenia miedo de comprometer en una batalla este último refugio del partido unitario. Benavidez y Aldao nada significan, pero detrás de ellos opera el general Pacheco, y éste tiene el ejército del general Oribe, que es el más terrible de todos. Batiéndolos en detalle, yo no tengo la menor duda del éxito, pero si los hallamos juntos no vamos á poder con ellos, no por falta de brios y de ánimo, sino por falta de armas y municiones.

—Algo es preciso arriesgar, decia el animoso La Madrid, para conseguir los mismos elementos que nos faltan, y la inacción puede sernos tan perjudicial como la mayor derrota. Yo voy á salir de Catamarca con la gente que tengo, tratando de batirlos en detalle y de aumentar mi ejército lo más que pueda: ahora si usted quiere acompañarme, no dudo del éxito, aún tropezando con el mismo general Pacheco, que es quien mayores elementos tiene.

—Los elementos con que yo cuento en La Rioja y mi persona misma están al servicio de la causa unitaria: si usted cree que debemos tomar la ofensiva, tomémosla en buena hora, pero yo no soy más que un coronel y usted entonces es quien debe tomar el mando absoluto del ejército.

La Madrid estrechó efusivamente la mano del noble Chacho y se dispuso á abrir campaña.

—Yo me vuelvo á Catamarca á prepararlo todo, dijo, y allí lo

espero, allí haremos la distribución del ejército y nos pondremos en marcha sobre tablas

—Muy bien, general La Madrid: desde hoy yo no soy más que un subalterno suyo; puede darme sus órdenes con la mayor confianza de que ellas serán cumplidas al pié de la letra.

Chacho había llamado á La Madrid, porque tenía en él la mayor confianza y porque de todos los que había tratado hasta entonces era el general en quien había visto mejores condiciones de tal. Bravo, inmensamente bravo en la pelea, tenía una audacia infinita y una actividad asombrosa. Como Quiroga, era sumamente impetuoso y tenaz, llevando la ventaja de ser un jefe aguerrido y conocedor de la táctica.

Por estas razones Chacho miraba con sumo agrado la incorporación de La Madrid y tenía fé en el éxito de una campaña seguida bajo su dirección. Y puso en pié á su ejército, proclamándolo y dándole cuenta de la campaña que iba á abrirse bajo la dirección del general La Madrid.

Todos escucharon con suma alegría aquella noticia, pues ya empezaban á fastidiarse de andar montonereando sin ningun resultado positivo.

—Si el Chacho está contento, nosotros estaremos contentos también, dijo el pueblo riojano.

Y ni uno solo faltó á la cita de la marcha.

Chacho marchaba sin grandes precauciones, pues sabía por todos sus vaqueanos y rastreadores que no había fuerzas enemigas ni en territorio riojano ni en sus inmediaciones. Y siguió con el mayor orden y tranquilidad hasta Catamarca, donde lo esperaban el general La Madrid y el coronel Acha con todos sus elementos reunidos. La Madrid estaba sumamente contento.

Los elementos de Chacho eran buenos, sus tropas numerosas.

El contaba con unos seiscientos hombres, y era la cooperación del coronel Acha y algunos otros jefes de mérito que se habían reunido.

Chacho fué recibido con las mayores simpatías y demostraciones cariñosas por parte, no solo de La Madrid y sus compañeros, sino de todo el pueblo catamarqueño.

—Estando con nosotros el Chacho, todo debe salir bien, decían.

Y se presentaban voluntarios, llevando sus armas y caballos para engrosar sus filas.

Y La Madrid que veía este prestigio asombroso, no dudaba que solamente de cruzar aquellos pueblos y departamentos, el ejército aumentaría con un veinte por ciento. Hizo un llamado al patriotismo, pidiendo una contribución de víveres, llamado á que respondieron todos, contribuyendo hasta con pequeños pedazos de charque que las familias quitaban á sus propias necesidades, para entregarlos á los bravos que iban á combatir por la libertad de toda la República entera.

Y en medio de un entusiasmo indescriptible, aquellos valientes se pusieron en marcha, buscando La Madrid el medio de tomar en detalle á sus enemigos.

Suprema desventura

El fraile Aldao y Benavidez vetan en la situación de La Rioja una amenaza eternamente suspendida sobre ellos, amenaza que cada día se hacía más seria.

Los dispersos de todas las provincias y los que desertaban de sus filas, acudían á ampararse en el Chacho, cuyo prestigio entonces y cuyo poder aumentaba visiblemente de día en día. Y rodeaban á La Rioja esperando la salida del Chacho, que no se movía de aquel punto estratégico, pero que enviaba sobre ellos y por sorpresa grupos que les arrebatában las mulas ó las reses que tenían para comer.

El general Pacheco con fuerzas del ejército de Oribe, con buena artillería y mejor infantería, se había situado en Mendoza para estar pronto á acudir donde fuera necesario, mientras Aldao y Benavidez andaban cada cual por su lado con un buen cuerpo de ejército.

Esto lo sabía La Madrid por los baqueanos del Chacho y esto era lo que más lo halagaba, pues le ponía en condiciones de batir primero á uno, después á otro y caer en seguida sobre el general Pacheco, contra quien, habiendo triunfado de Aldao y Benavidez, podía ya comprometer un combate decisivo.

Consultado Chacho, encontró aquel plan magnífico y el mejor que podía adoptarse dadas las circunstancias especialísimas por que pasaban.

La Madrid había dividido su ejército en dos grandes cuerpos, uno que mandaba Chacho y otro cuyo mando se había reservado él. De cada uno de estos dos cuerpos había distraído una fuerza de caballería cuyo mando dió al coronel Acha, nombrando su jefe de vanguardia.

Y Acha se adelantó al ejército con el compromiso de no comprometer combate, y avisarles en el acto que encontrara una fuerza, cualquiera que fuese su número.

En San Juan creían poder hallar buenos elementos con que aumentar su poder y allí dirigieron su marcha llenos de fé y esperanza. ¡Qué sorpresa agradable recibirían sus amigos de Buenos Aires y Montevideo al verlos triunfantes y apoderados nuevamente del interior! Entonces quedaban en posición de llevar ataque á Lopezo en sus dominios de Santa Fé, y caer sobre Buenos Aires mismo cuando menos lo pensaban.

La Madrid se sentía renacer ante este cúmulo de esperanzas y olvidaba todas sus fatigas y sufrimientos. Creía que todo había concluido y que una era de felicidad y de gloria le esperaba. Y llenos de esperanzas seguían la marcha, saludados por todas las poblaciones donde cruzaban. De todas partes salían á saludarlos llevándoles socorros con arreglo á las fuerzas de cada cual, y muchos acudían á presentarse voluntarios al Chacho, en cuya

compañía querían seguir aquella campaña. Hasta entonces no había tenido la menor noticia de fuerzas enemigas, por lo que creían que éstas tal vez se hubieran reconcentrado en algún punto ó retirándose á Mendoza y San Juan.

—Sentiría que se hubiera juntado Aldao y Benavidez—decía La Madrid—porque esto nos quitaría la oportunidad de batirlos en detalle, pero no importa, tenemos elementos para batirlos ventajosamente á los dos juntos.

—Y los batiremos, decía Chacho profundamente convencido: yo conozco á Aldao, su modo de combatir y lo que de sí puede dar. Para deshacer al fraile no necesito yo sino cargarlo dos veces: por más ligados á él que estén sus soldados y sus jefes, ya saben cómo combato yo porque han peleado al lado mio y me conocen de cerca.

El coronel Acha seguía siempre sus marchas á vanguardia, comunicándose diariamente con La Madrid y avisándole las novedades que hallaba por medio de chasques. Y La Madrid le recomendaba siempre que no avanzara mucho para poder estar siempre al habla en el día.

Acha á pesar de sus precauciones había sido sentido por Benavidez, que alentado por el corto número de las fuerzas de aquel, se emboscó en la Punta del Monte para esperarlo. Acha cayó á la emboscada de Benavidez, y apenas tuvo tiempo de disponer sus fuerzas en situación de combate, cuando fué reciamente cargado por todo el ejército. Era tan poca la fuerza de Acha, que Benavidez ni siquiera se preocupó de dejar reservas y puso todas sus fuerzas en combate creyendo que de esta manera concluiría más pronto.

¿Qué podía resistir Acha con semejante puñado? Acha los recibió con el fuego de sus tercerolas, fuego que los paró un poco y en seguida lo hizo cargar él con la mitad de su fuerza, empeñándose en récio combate de arma blanca.

Los de Benavidez, forzados en su mayor parte á seguirlo carecían del brio y entusiasmo que tenían las tropas de Acha. Y peleaban flojamente á pesar del ánimo que los jefes querían infundirles.

Acha, que era un soldado valeroso é inteligente, vió desde el primer momento, que peleaba con tropas inferiores, pero que sólo la audacia podía salvarlo, pues eran mucho más numerosas y mejor armadas.

Y mientras los que había mandado cargar combatían cada vez con mayor encarnizamiento, se corrió por el flanco derecho rápidamente y tomó á los regimientos de Benavidez por el derecho entrando en sus filas á sable y lanza. Y pasa por todo el largo de la línea como una tormenta de muerte y flanquea en seguida por la derecha á las infanterías que toma en columna y que no resisten la impetuosidad de aquella carga.

Aquello no se puede llamar siquiera un combate. Es una pelea á arma blanca, donde el cuchillo ha de decidir la batalla, pues esta arma han ido empleando poco á poco, y á medida que se les han ido rompiendo las lanzas y los sables.

Todos pelean en grupos desiguales y en pelotones diseminados por todo. Allí no se sigue ninguna regla de combate: puede

decirse que cada uno pelea por su cuenta y como mejor le parece. Y el combate sigue siempre con creciente encarnizamiento.

Un regimiento de Benavidez que ha sido reducido á la mitad por las bajas sufridas, da la espalda completamente acobardado. Y aquella media vuelta es la señal de alarma para los demás. Nada se comunica mas rápidamente que el pánico en una tropa. Los cuerpos que ven huir este regimiento y que ven al enemigo no dar trégua, creen que la derrota se ha iniciado en las tropas de Benavidez y huyen tambien en mayor ó menor confusion.

El general Benavidez se desespera, con fuerzas para triunfar dos veces de Acha: se ve derrotado por él y hace todo esfuerzo para traer nuevamente al combate sus soldados. Pero todo es inútil y tiene que desistir de su empeño, que puede costarle un desbande completo, y se resigna á emprender una retirada forzada, aprovechando que Acha no queda en estado de perseguirlo.

Benavidez, avergonzado y pesarozo por aquella derrota inexplicable, se retira apresuradamente en direccion á San Juan, centro de sus elementos y recursos, buscando al mismo tiempo la incorporacion del fraile Aldao, que no debe andar lejos.

—Esta debe haber sido la vanguardia del Chacho, piensa, lo que significa que debe haber salido al fin de La Rioja. Es preciso que nos unamos entonces para poder darle un buen golpe.

Acha manda un parte á La Madrid, avisándole el triunfo que acababa de obtener y diciéndole que sigue á Benavidez tan rápidamente como le es posible, para dispersarle sus fuerzas y obligarlo á que abandone á San Juan.

La Madrid desprende entonces á Chacho con el cuerpo de ejército á sus órdenes, para que proteja al coronel Acha. A La Madrid se le ocurre que aquella puede ser simplemente una falsa retirada para alejar mas su vanguardia y llevarla hasta el ejército de Aldao, que no debe andar lejos.

—Usted aprete la marcha lo mas que pueda, le decia el general, que para no fraccionarnos yo lo sigo de cerca. Alcance á Acha y hágalo detener, si es que no lo han batido como me temo, esperando mi incorporacion que no tardará mucho. Si tropiezan con fuerzas superiores, pueden batirse en retirada sin mucha precipitacion, de manera que cuando menos lo piensen se estrellen conmigo y lleven una leccion formidable.

El plan no puede ser mejor á los ojos del Chacho, que lo aplaude efusivamente, y promete seguir las instrucciones recibidas con la mayor exactitud.

Acha no puede ir muy lejos, pero sin embargo Chacho apura su marcha lo mas que le es posible para ponerse al habla con el coronel Acha antes que pueda sucederle algo desagradable.

Aquel, sin pensar que Benavidez y Aldao pueden encontrarse y unirse, sigue marchando confiadamente, pues piensa que en cuanto alcance á Benavidez puede hacerlo pedazos y apoderarse de San Juan.

Entretanto el fraile Aldao, sabedor de lo que ha pasado por los dispersos que encuentra, se viene á marchas forzadas á incorporarse á Benavidez, no solo para ver si entre los dos pueden tomar á Acha sino para evitar ser batido él mismo por separado.

Y apura tanto la marcha, que tres días despues se incorpora con Benavidez cerca de Angaco.

Aldao sabe entonces que la fuerza que ha batido á su aliado es una que viene á órdenes del coronel Acha, y que no puede ser otra que la vanguardia de Chacho, único que puede andar por allí con ejércitos. Y resuelven ambos esperarlo allí para batirlo y hacerlo prisionero.

—Acha vendrá triunfante y sin precauciones, puesto que lo cree deshecho, y entonces podremos tomarlo de sorpresa y destruirlo fácilmente, puesto que solo trae fuerzas de caballeria.

Y lo esperaban emboscados lo mas posible para que cuando Acha los aperciba no pueda ya huir.

El coronel Acha, que teme que Benavidez se haya vuelto á organizar, marcha con sus precauciones bien tomadas para no ser sorprendido. Al llegar á Angaco siente el ejército de Benavidez que está delante, y tiende el suyo en línea, como para repeler cualquiera ataque que puedan traerle. E inmediatamente hace un chasque á La Madrid pidiéndole un refuerzo, porque calcula que las fuerzas que tiene el fraile son mas numerosas que las que ha batido en la Punta del Monte.

Benavidez y Aldao, que calculan que puede llegar á Acha algun refuerzo, deciden batirlo rápidamente para evitar que aquello suceda. Y desprende sobre él una fuerte guerrilla de infanteria, acompañado de caballeria, que empieza á tirotearlo, mientras Aldao y Benavidez tienden una buena línea de batalla en prevision de cualquier contratiempo inesperado.

Acha responde al tiroteo con guerrilla de caballeria ligera que trata de envolver á los infantes. El fuego rompe en toda la línea y Acha empieza á experimentar bajas de consideracion. Seguir resistiendo el fuego á pié firme es un disparate, porque es hacer matar estérilmente á los soldados. Y Acha se decide á cargar y carga con indecible denuedo allí donde cree que la línea está más débil, y hace prodigios de valor con aquel puñado de ginetes que cargan y se retiran y se corren por los flancos como si solo se tratara de un simulacro. Es que son soldados de Quiroga y del Chacho, acostumbrados á vencer todo género de dificultades.

A Acha bien se le ocurre que allí no tiene ninguna esperanza de triunfo, pero quiere resistir lo mas que pueda y retirarse cuando ya no pueda mas, para dar tiempo al refuerzo que pueda mandarle La Madrid, que no debe venir lejos.

Efectivamente, Chacho que viene á una jornada á retaguardia, ha recibido el chasque de Acha y se pone en marcha precipitada.

—Deben ser Benavidez y el fraile Aldao que se han reunido, piensa, y manda al mismo chasque que siga hasta encontrar á La Madrid y le dé cuenta de lo que suceda.

Chacho siente el tiroteo de Angaco y apresura cada vez mas su marcha, temeroso de no llegar á tiempo de salvar á Acha.

Benavidez rodeaba á este valiente jefe que hacia prodigios de bravura, cuando son cargados de una manera tremenda por dos regimientos que nadie sabe de dónde han salido. Aquellos soldados sablean cuanto hallan al frente, y se revuelven en un vértigo terrible de matanza.

—¡Este es el Chacho! gritan los soldados que lo han conocido en el modo de cargar, y se replegan en desbande entre la línea de Aldao.

El Chacho no ha llegado todavía al campo de batalla y ya se ha sentido su influencia poderosa en la primera carga de sus soldados.

—¡El Chacho! ¡el Chacho! repiten en todas las líneas de Aldao y el fraile mismo no puede disimular la inmensa contrariedad que lo asalta.

Si Chacho trae fuerzas iguales siquiera, no hay esperanza de triunfo: demasiado lo conocen y saben cómo combate y cómo carga.

Aquellos dos regimientos habían sido desprendidos por Peñaloza, calculando que el coronel Acha debía hallarse nuevamente apurado. De modo que cuando él llegó, el combate había sido restablecido, y aunque las tropas de Aldao no habían aun sufrido mucho, se habían recogido y no cargaban ya, para esperar el ataque que no podía tardar.

Efectivamente, pocos momentos después y mientras el infatigable Acha trataba de flanquear á Benavidez, apareció en el campo de Angaco, Peñaloza; anunciado por los estruendosos vivas de su tropa, deseosa de entrar en pelea cuanto antes. Y apenas tomó colocación sobre el campo de batalla, rompió todos sus fuegos tomando por blanco el centro de Aldao. Otra vez vuelven á encontrarse frente á frente los dos discípulos de Quiroga, y otra vez tiene ocasión el Chacho de mostrar su inmensa superioridad sobre el fraile.

—El triunfo es seguro, dice á Acha en cuanto puede hablarlo; una cosa es pelear y otra es decir misa: el fraile no quiere convencerse de esto, pero es preciso que se convenza por más que la cosa le haga cosquillas.

Y perfectamente seguro del éxito de la batalla, el Chacho está de buen humor y no trata de apurarse mucho. El fuego es recio y nutrido de ambas partes, y las bajas numerosas. Entonces Chacho resuelve apagar los fuegos del fraile, y pide al coronel Acha lo cargue con dos ó tres regimientos. Aquella no es una orden. Pero Acha la recibe como tal sin el menor orgullo y la ejecuta con asombrosa brillantez. Los soldados que lleva son habituados á que no se les resista, y cargan brillantemente destrozando cuanto hallan al alcance del sable. Aquí empiezan los apuros para las tropas federales, y Benavidez, que es el que más ha sufrido, intenta una retirada en orden para reorganizarse á retaguardia de Aldao. Pero Chacho, que adivina el movimiento, lo carga en persona con tal vigor, que entra entre sus filas de una manera terrible y las deshace y lo aniquila en un momento.

La mitad de la batalla está ganada. Pero aun queda intacta una infantería de Aldao situada á la derecha, infantería que protege dos piezas y que es sostenida á su vez por una división de caballería.

Aldao, tremendo, con los ojos inyectados de sangre, desesperado ante la derrota que adivina, se lanza él mismo con una carga vertiginosa y se estrella sobre la entusiasta y reducida infantería del Chacho. Allí se ensaña, allí ensangrienta su propio sable hasta los gabilanes y destroza las primeras hileras, cuando

á su vez es cargado por Acha, que lo deshace, lo postra y lo obliga á retirarse en medio de la mas terrible confusion.

Chacho lleva sus caballerias triunfantes hasta allí donde están las dos piecitas, y el combate se empeña tremendo por ambas partes.

Allí amontona Aldao todos sus elementos, quiere defender las piezas á toda costa, y se puede decir que en aquel solo punto se dá la batalla. Aldao hace todo género de esfuerzos, se desespera, se bate él mismo, pero todo es inútil.

Chacho acude como una tormenta al punto que cree más fuerte, sablea las infanterias, y obliga á las caballerias á dar la espalda.

Ya para Aldao no hay que pensar ni siquiera en una retirada. Es preciso salvarse y salvarse á toda costa, pues si permanecen allí no tardarán en caer prisioneros. Ya se han desbandado la mayor parte, y Aldao para huir del campo de batalla, solo puede reunir unos trescientos hombres. Y seguidos de éstos y acompañado de Benavidez huye para San Juan, abandonando los restos de aquel ejército que acaba de hacer despedazar. Y huyen desesperados, mientras los restos de aquel ejército que no lo ven huir, siguen batiéndose con verdadera heroicidad. Pero ya aquello no puede durar mucho. Chacho ha mandado un fuerte grupo en persecucion de los que huyen, pero Aldao y los suyos huyen á caballo y las mulas del Chacho están postradas por la inmensa fatiga de aquella larga y séria batalla. Las tropas federales no resisten más y los que no huyen se entregan á discrecion.

El triunfo ha sido brillante, pues en el campo de batalla quedan numerosos elementos de guerra que La Madrid aprovechará en el curso de su campaña. Armas, municiones, correages, cabalgaduras y víveres mismos todo ha quedado en poder del Coronel Peñalosa que establece allí mismo su campamento para esperar la incorporacion del General La Madrid.

El jefe unitario dá á aquel triunfo una importancia colosal. No solo se han destruido dos ejércitos fuertes, sino que se ha debilitado á Pacheco en Mendoza y se ha ganado la provincia de San Juan, tan rica en recursos. Se podia hacer efectiva su ocupacion y dejar allí al Coronel Acha, mientras ellos se dirijan á Mendoza á atacar el General Pacheco, que suponen encerrado allí. Y La Madrid hace recoger todo aquel armamento y municion, que tanta falta hacia á sus soldados. Y despues de dar á su tropa el necesario descanso, da á Acha la tropa que ha de quedar con él y la manda á San Juan á que ocupe la capital y se sostenga hasta su regreso: el Chacho marcha á Mendoza á batir á Pacheco.

Este fué el resultado de Angaco y esta la situacion del partido unitario que bajo las ordenes de La Madrid se ponía en campaña.

Entretanto Pacheco tenia noticia de lo sucedido por los dispersos de la batalla, como tiene noticia que la marcha del ejército victorioso era sobre Mendoza. Pero no tenia el menor cuidado, su ejército era fuerte y aguerrido, tenia buena artilleria, bárbara artilleria relativamente á La Madrid, é iba sin duda á ser atacado en su posicion. Todas las ventajas quedaban así de su parte.

La Madrid no queria dar una batalla con Pacheco, sin tener per-

fectamente organizado su ejército, operacion que hizo en San Luis marchando recién á los quince dias hacia Mendoza. Pero no bien se puso en marcha cuando tuvo una noticia desagradable; el Coronel Acha habia sido sorprendido por fuerzas superiores y batido en toda regla. La Madrid desprende á Chacho en proteccion de Acha, pero era tarde, demasiado tarde. El Coronel Acha no solo habia sido sorprendido y derrotado completamente, sino que habia sido tomado prisionero.

No habia nada que hacer en San Juan, y Chacho se retira para conferenciar con La Madrid que opina debe marcharse en el acto sobre Mendoza.

El General Pacheco, que conoce detalladamente todos los elementos que lleva y que sabe es él infinitamente superior, ha salido de Mendoza con todo su ejército y espera á La Madrid en el Rodeo del Medio, pocas leguas de la ciudad.

La Madrid sabe esto, y sin la menor vacilacion se dirige á su encuentro.

Pacheco ha estudiado bien y conoce todas las ventajas que puede ofrecerle la posicion que ha elegido: su artilleria está bien situada y puede dominar con facilidad todo el campo del lado que debe aparecer La Madrid. Este aparece, hace alto á una lejana distancia y tiende su línea con todo el cuidado y tino que le es posible desplegar, mientras Chacho se adelanta y hace un prolijo reconocimiento para conocer los recursos del enemigo y las fuerzas que van á combatir. La infanteria, aunque escasa, no es mala, y llevan consigo bastante municion: la artilleria es poca y mal servida, pero en cambio trae una caballeria numerosa, magnífica y mandada por el mejor jefe de aquella arma. No vacila un minuto y cree que el triunfo será suyo, aunque tendrá que disputarlo rícidamente.

Cuando el Chacho regresa del reconocimiento, ya La Madrid ha tendido una buena linea de batalla dando á los cuerpos la colocacion más estratégica.

—El enemigo es fuerte, bastante fuerte, dice Chacho: su infanteria es numerosa y mucha su artilleria, sin embargo yo creo que se puede dar la batalla con buen éxito.

—Vamos á darla entonces, coronel, responde La Madrid, con aquella bravura tan entusiasta que le era características; usted tiene fé en sus tropas y yo tengo en usted una fé profunda. En cuanto á la táctica, por lo menos ahí no más hemos de andar: sin ser pretenciosos, no creo que Pacheco sea superior á mi como soldado.

Y avanza con su línea tendida, desplegando á su frente dos fuertes guerrillas y cubriendo á sus flancos con la caballeria mejor montada. Y cuando se encuentra á buen tiro hace alto y estudia prolijamente la situacion del enemigo.

Las guerrillas empiezan á tirotearse, pudiendo notarse desde el principio que al frente de los de Pacheco viene el mismo fraile Aldao.

—¡Ahl ¡fraile curtido! exclama Chacho riendo alegremente: éste no va á escarmentar ni aun despues de estar en el hoyo.

Aquella es una especie de introduccion á la batalla, que solo sirve para mostrar á Pacheco todo lo que vale la caballeria del Chacho, que carga á media rienda y se disemina por el campo

como derrotada, para ir á formar de nuevo en el punto de partida.

Pacheco ha roto de pronto sobre La Madrid el fuego de su gruesa artillería con buen éxito desde el principio, abriendo claros respetables en sus columnas. La infantería, haciendo fuego sobre la marcha, ataca en dos buenas columnas, mientras la escasa artillería de La Madrid trata de ayudarlas, convergiendo sus fuegos sobre el punto donde se dirigen.

Pero los artilleros enemigos han tomado de blanco aquellas dos columnas con tan buena suerte, que antes de llegar á la línea les han abierto inmensos claros. Llegan y chocan, chocan con imponderable bravura, pero han llegado algo desorganizados, y después de disputar el terreno con encarnizamiento, tiene que retroceder, protegido por dos regimientos de caballería que impiden los concluyan de deshacer.

El combate está empeñado en toda la línea de una manera sangrienta y decisiva por ambas partes. El centro y la izquierda de La Madrid, donde opera el Chacho, aún están bien, casi intactos puede decirse, pero su derecha flaquea visiblemente. Hace un cuarto de hora que funciona sobre ella la artillería enemiga, y el estrago causado ha sido mucho.

Chacho se acerca entonces á La Madrid que pone su atención á su derecha, y le pide permiso para irse hasta los cañones.

—Es preciso apagar los fuegos de aquellas piezas, le dice, porque son las que nos causan todo el daño: yo me voy sobre ellas con toda la caballería.

—No por Dios, respondió La Madrid, que es comprometer la batalla si tiene un rechazo.

—A mi caballería no la ha rechazado nadie hasta ahora, responde el Chacho riendo: hay que hacer callar aquellos cañones y para ello necesito toda mi caballería. Así podré dar una buena carga sucesiva y los cañones de Pacheco no tardarán en estar con nosotros.

—Es que un rechazo de toda la caballería sería la pérdida de la batalla, exclama La Madrid; cargue con la mitad, coronel, que puede tener el mismo resultado, y así, si acaso es rechazado, aun le queda con qué combatir y dónde rehacerse.

—Cargando con toda mi gente, yo respondo del éxito, exclama Chacho contrariado: con la mitad no puedo responder de nada porque de nada tengo entonces seguridad.

El fuego de artillería sigue haciendo estragos sensibles y el de infantería aumenta por momentos. Es necesario tomar una determinación rápida, y La Madrid pide nuevamente á Chacho que cargue con la mitad.

—Está bien, responde Chacho, pero bajo su sola responsabilidad.

—Hay que hacer callar aquellos terneros, dice Chacho á los suyos, y se lanza á la carga sobre los cañones de Pacheco.

El fuego de las infanterías que protegen las piezas se rompe nutridísimo sobre la caballería que carga, pero ésta no se conmueve y sigue avanzando sin que los que caen, logren acobardarla. Y carga y se estrella contra las infanterías con un impetu magnífico y llega á enlazar una pieza que pretenden sacar á la

cincha, pero los artilleros se apresuran á cortar el lazo y recuperar el cañon que están próximos á perder.

Chacho echa entonces de menos el resto de su caballeria: si lo tuviera á la mano para hacerlo entrar de refresco, el éxito era completo. Pero La Madrid lo ha hecho quedar y le ha hecho perder el triunfo. Y desesprado Chacho ve rechazadas sus fuerzas con la que viene nuevamente á la carga. Pero Pacheco que sabe lo que vale Chacho ha mandado allí dos regimientos de refuerzo y Chacho es rechazado de nuevo con fuertes pérdidas. Y cuando se retira con algun desórden vé con pena profunda que la derecha La Madrid ha sido deshecha y doblada. Chacho se precipita allí por su propia inspiracion á restablecer el combate, pues La Madrid está á la izquierda sosteniendo dos cuadros reciamente cargados. Y el fuego es tan récio y nutrido por ambas partes, que apenas puede oirse una voz de mando á dos pasos de distancia.

La mala estrella de La Madrid empieza á dejarse sentir sobre el campo de batalla. Hay una fatalidad que persigue siempre á este general tan denodado y bravo y ésta no ha tardado en presentarse.

Chacho restablece el combate á pesar de llegar con sus fuerzas desorganizadas; rechaza al enemigo y dá ánimo á sus tropas. Pero entonces es la izquierda la que flaquea sin que la presencia del mismo La Madrid logre restablecer el combate.

La artilleria sigue haciendo un mal inmenso y Chacho manda decir al general que es preciso á toda costa apagar sus fuegos, que va á cargar de nuevo con toda la caballeria.

La Madrid, que se acusa ingénuamente del descalabro sufrido por Peñaloza, lo autoriza á hacer lo que quiera, pero tarde, muy tarde desgraciadamente. Su centro ha sido deshecho y puede decirse que su izquierda será pronto derrotada.

Chacho entretanto no desmaya y cree que todo puede restablecerse. Y soberbio y bravio, lleva una carga escalonada sobre aquella artilleria maldecida. Esta, envalentonada con el primer rechazo no teme: las infanterias pretenden efectuar el rechazo con un fuego horrible, pero á pesar de todo, Chacho llega como una tormenta de muerte; y carga, y sablea, y rompe el cuadro que ha formado el batallon de la izquierda, enlazando dos piezas que arrastra con armones y todo.

En vano se mandan allí refuerzos, en vano acude el fraile Aldao en persona, Chacho es irrechazable; y sablea y carga denodadamente hasta echar por delante aquellas infanterias que tanto daño han hecho.

El triunfo ha sido brillante y provechoso en aquel punto, pero tarde, demasiado tarde.

Chacho se retira con las piezas, trofeos de su victoria, que tanto sacrificio le cuestan, pero solo la derecha de La Madrid está en pié. La izquierda y el centro han sido vencidos, despedazados.

La Madrid, vé llegar sonriendo con infinita amargura á aquel denodado compañero á quien estrecha la mano efasivamente.

—Es tarde, le dice tristemente, y yo tengo la culpa, me parece que aquí todo está perdido.

Pacheco opina lo mismo y lanza fuertes columnas de ataque sobre aquel punto, único en que se combate.

—Resistir es sacrificar inútilmente á estos valientes, dice el general: vamos á retirarnos, coronel, ya que así lo quiere la desgracia porque pasan las armas unitarias.

—No sin haber escarmentado el fraile, dice Chacho; y al mismo tiempo sale al encuentro de Aldao que cargaba en aquel momento con una fuerte columna.

El choque es violento y terrible: los de Aldao luchan con el valor que infunde el triunfo, pero Chacho sablea de tal manera, que pronto el enemigo le dá la espalda y se pone en fuga acuchillado por aquella caballería imponderable.

La Madrid á pesar de su situación angustiosa no puede menos de asombrarse ante aquel rasgo de valor inmenso, último de la batalla, y recibe entre sus brazos á Chacho que regresa sonriente diciéndole:

—Ahora estoy á sus órdenes, mi general.

Y aquellos leones se retiran de aquel inmenso campo de batalla, donde han quedado sepultadas las más nobles y legítimas esperanzas del partido unitario. Solo han salvado quinientos hombres de la caballería riojana que van tan frescos y animadas, que no parece hubieran batallado de la manera que lo han hecho.

La persecución se inicia cruel y tenaz por las tropas de Pacheco que no se hartan nunca de matar. Pero Chacho va dispersando sus fuerzas sobre la marcha; evitando así que le maten un solo hombre más. Ya no conserva más que unos cincuenta hombres, que considera lo bastante para repeler el ataque de los que puedan alcanzarlo.

—Es un dolor, exclama Chacho: hemos perdido una batalla ganada y yo no me explico la causa.

—¡Es mi estrella, contesta el noble La Madrid, no tengo ninguna fortuna en las armas! Esto por ahora no tiene remedio: ellos vendrán hasta La Rioja cuya causa tal vez yo haya venido á empeorar. Es mejor pasar hasta Chile donde tomaremos algún descanso mientras se presenta alguna nueva ocasión de movernos con algún éxito.

Chacho está impresionado hondamente con aquella derrota. Vé en ella su poder perdido, la ocupación de su provincia por un enemigo terrible, implacable, piensa en los horrores que irán á sufrir sus amigos y no halla consuelo. Él puede hacer la guerra de recursos, pero para ello tendría que abandonar la ciudad que caería en poder de aquellos mismos bandidos que harían en ella mayores horrores para obligarlo á entregarse y encuentra también que para causar menos mal es preciso emigrar para Chile.

El enemigo los persigue de cerca, de muy cerca, y no tardará en estar en La Rioja con todo su ejército. El suyo ha sido completamente desbandado: él está seguro de poder reunir nuevamente las fuerzas que han pertenecido á La Rioja. Pero recuerda también que el que no ha sido muerto ha sido herido ó ha caído prisionero y que del elemento que se ha salvado pocos soldados se podrían sacar. No hay remedio, es preciso abandonar á La

Rioja aunque sea momentáneamente, para que siquiera el enemigo no se ensañe en los vencidos.

Cuando en La Rioja se supo el terrible contraste que habia sufrido el Chacho, la desesperacion y el duelo popular fueron grandes. Y á nadie se le ocurrió hacer á Peñaloza el menor cargo.

— Causa del general La Madrid, decian, lo hemos perdido todo.

— Chacho no quiere convencerse de lo que vale, decian sus partidarios de posicion: se atiene á lo que aconsejan los tales generales y nosotros pagamos las consecuencias. Mientras él mandó en jefe, todos fueron triunfos y glorias: en cuanto obedeció órdenes extrañas nos llevó la traampa.

El incidente de la carga que á juicio de todos habia perdido la batalla, se conocia por la narracion de los oficiales, y éstos hacian á La Madrid los cargos que el mismo Chacho no se habia atrevido á hacerle.

Harta amargura tenia La Madrid con la derrota sufrida, para venir á aumentársela con recriminaciones que á nada conducian ya, puesto que nada podria remediarse con ellas.

Chacho licenció aquellas últimas fuerzas que lo habian acompañado hasta La Rioja, aplazándolas para el dia cercano de su reparacion.

— Porque yo me voy ahora para Chile, decia, á ver si reuno buenos elementos, y entonces vendré á jugarlo todo al lado de ustedes.

Al saber que Chacho emigraba, los habitantes de La Rioja se entregaban á las más locantes manifestaciones de desesperacion.

— ¿Qué va á ser de nosotros? ¿qué va á ser de La Rioja si el Chacho nos deja? decian: nuestro martirio va á ser tremendo, pues ellos han de querer vengarse en nosotros del daño que les ha hecho Chacho.

Y todos se empeñaban en que se quedara, ofreciéndole que La Rioja sin faltar uno solo de sus hijos, combatiría con él hasta el último aliento.

— Seria no ya un sacrificio sino un martirio estéril, respondia Chacho, porque no podemos resistir ni tenemos cómo resistir. Tendríamos que andar montonereando indefinidamente, y abandonando las poblaciones á la rapiña de Aldao, lo que seria mil veces peor. Yo me voy á Chile temporalmente, mientras reuno algunos elementos dispersos allí mismo: La Rioja entretanto se repone de este contraste y puede esperarme fuerte y bien preparada para una nueva campaña. Faltando yo, los enemigos no tendrán que temer nada, ni tendrán pretexto para llevar á cabo sus eternas persecuciones.

Era preciso conformarse, pues, con la emigracion del Chacho y todos se entregaron desde el primer momento á ocultar sus armas y á destruir las pruebas de que habian combatido á la tirania de Rosas y sus tenientes Aldao y Benavidez.

Chacho reunió los pocos recursos que tenia; pues todo lo habia gastado en socorrer á sus tropas, y pasó inmediatamente á Huaja, á cumplir con sentimientos de su corazon. Y acompañando del general La Madrid y algunos jefes que no quisieron que-

darse, pasó á Chile donde no tendria nada que temer, aunque mucho que lamentar. Y mientras el general La Madrid pasaba á Valparaiso donde tenia relaciones y amigos de la República Argentina allí emigrados, Chacho se quedó en un pueblito cercano, desde donde podia estar al corriente de lo que pasaba en La Rioja adonde podria trasladarse en dos o tres dias de buena marcha.

Humilde y sencillo, nada tenia que hacer en las grandes poblaciones, mientras que en el pueblito donde se habia instalado, podia entregarse á cualquier trabajo de campo el dia que escasearan sus recursos. Conocido y respetado en aquellos pueblitos que por su proximidad á La Rioja conocian de memoria la leyenda de sus hazañas, no carecia de nada y pasaba una vida tranquila, en cuanto era posible con el estado de su espíritu.

Chacho ausente, sin que nadie se atreviera á hacerles la menor oposicion, la provincia de La Rioja fué ocupada por tropas del general Pacheco y por el terrible fraile Aldao, que implantó en ella inmediatamente el sangriento y odioso sistema federal. Las persecuciones y el saqueo empezaron desde el primer instante, pero como nadie se resistia y todos acataban con buen modo las disposiciones de Aldao, aunque no cesó el saqueo mientras hubo que robar cesaron las persecuciones y los degüellos. Todos acataban aquel poder y trataban de demostrar por todos los medios posibles que estaban contentos con el nuevo régimen de cosas y los nuevos y feroces caudillos implantados por Aldao, que al fin tendria que salir de La Rioja para trasladarse á Mendoza.

Así La Rioja pagó con su sangre y su dinero la gloria de haber resistido, solo con su caudillo, el poder de Rosas imperante en todo el resto de la República.

Seguro ya de la situacion de La Rioja y que nadie se atreveria á levantarse en ella, el fraile Aldao se retiró á Mendoza, dejando allí sus tenientes de más confianza.

Anita

La emigracion del Chacho vino á revelar un secreto que aquel habia logrado siempre mantener en un misterio impenetrable. Este era la existencia de una hija, fruto de aquellos amores ocultos en Huaja, con que sus amigos tanto lo habian embromado.

Anita, que así se llamaba, tenia ya doce años cuando Chacho emigró. Vigorosa y magnífica, como todas las mujeres de los Llanos, Anita era ya una jóven perfectamente desarrollada y de una belleza soberbia. La bondad de su alma sencilla y buena, asomaba á sus ojos espléndidos, que brillaban como dos soles en aquel semblante bello. Con una esbeltez poco comun y una gracia infinita que desprendia de toda su persona, Anita tenia la doble atraccion del cuerpo y del espíritu.

En Huaja todos sabían que era hija del Chacho, aunque éste desde un principio había rodeado su existencia del mayor misterio. Pero ¿cómo ocultarla en aquel pueblito donde todos se conocían el acto más oculto de la vida? La misma madre orgullosa y feliz con el amor de Chacho, lejos de ocultar á la bella niña, la presentaba como hija de Peñaloza, aunque aquella confesión importaba la de una falta que podía atraer sobre ella el desprecio de los demás.

Chacho tenía un cariño idólatra para aquella hija que había despertado en su corazón sensible, sentimientos íntimos y arrobadores desconocidos para él. El que se había criado sin aquellos afectos íntimos de los padres y los hermanos; él que no había podido jamás valorar el mundo de cariño que como bálsamo eterno encierra el corazón de la madre; él, en fin, huérfano de todo cariño que no fuera el de su tío, cariño respetuoso que no se prestaba á ciertas manifestaciones, reconcentró en su hija todo el amor de su corazón apasionado, y vivió en sus ojos infantiles y hermosos, aquella vida íntima del espíritu que todo lo embellece mostrándolo bajo un prisma de rara felicidad. Y aquellos días que se ausentaba de La Rioja para venir á Huaja, los pasaba entregado á contemplar á aquella criatura bella y prodigarle sus más ardientes caricias.

Y Anita que leía en los ojos del padre todo el amor que para ella atesoraba, le pagaba su afecto con un cariño delirante.

En cuanto Chacho aparecía en Huaja, Anita se transformaba: su alegría era inmensa, manifestándose de todos modos á su padre feliz, creciendo de esta manera el amor del padre, fué para Anita el resumen de toda felicidad sobre la tierra. Estando en Huaja no se le separaba un solo momento y cuando se hallaba ausente, solo vivía pensando en él y en todo aquello que le era agradable para sorprender su vuelta.

Esta fué la causa de que Chacho no quisiera ir á Chile sin pasar por Huaja y dar á Anita su último beso y á la madre su abrazo más noble y cariñoso.

—Me voy tranquilo, le dijo, porque veo que á tu lado Anita queda segura. Yo no puedo tardar: es un viaje á que me fuerzan los acontecimientos de mi última y desventurada campaña, pero que no ha de ser largo. Pronto volveré á tu lado, donde he sido tan feliz, tan fuertemente feliz.

—No dejes de pensar en mí, padre, dijo Anita: mira que á tu vuelta yo te voy á conocer en los ojos que has olvidado á tu Anita, y entonces no te voy á querer más.

—¡Hija querida! exclamó Chacho alzándola en sus robustos brazos; para olvidarte sería preciso que la tierra hubiera cubierto mi cuerpo, yo no puedo dejar de pensar en tí, porque no sé cómo se piensa en otra cosa, y si algo apurará mi vuelta será el deseo de verte, puedes estar segura.

Anita besó la boca de su padre con toda la expresión de su cariño y secó sus lágrimas.

Chacho sintió en cambio las suyas que cruzaban su pómulo y se perdían entre sus negras patillas.

—Adios, dijo, hasta muy pronto: desde hoy seré un cuerpo que marchará sin corazón y sin alma, porque quedan aquí con ustedes.

Y salió de Huaja haciendo un violento esfuerzo, necesario para desprenderse de aquella casa, donde quedaban todos sus afectos sobre la tierra.

Y como lo había dicho, desde entonces no supo pensar en otra cosa que en su hija Anita.

Para una mujer ser linda era tan peligroso como para un hombre tener fortuna. Eran las dos cosas que más despertaban la codicia de aquellos verdaderos salteadores que nada respetaban.

La Rioja estaba hasta cierto punto habituada al régimen de los tiranuelos feroces, pero de una manera moderada hasta cierto punto, pues aunque Quiroga había sido tremendamente cruel, tenía el contrapeso de Chacho que le impedía hacer ciertas iniquidades. Pero Aldao y comparsa no tenían freno alguno, habían entrado á La Rioja y como á tierra conquistada la trataban. Así es que las niñas se ocultaban á ellos, como los hombres les ocultaban su dinero y sus alhajas. Y ellos se daban maña para hallar ambas cosas cuando sus dueños menos se lo imaginaban. Así se habían apoderado de todo, dejando á sus víctimas en la mayor miseria y á las familias en la mayor desesperación por la falta de alguna hija querida.

Anita se iba salvando milagrosamente de caer en poder de Aldao, que era el gran campeador de fruta pintona, gracias al misterio en que vivía.

La pobre niña no se había atrevido ni siquiera á salir al patio de su casa, temiendo que la vieran, y sin más trámite vinieran á buscarla. Y los dos meses que Aldao ocupó La Rioja, no se movió de su cuarto para nada.

Como Huaja era una población pequeña y miserable los federales no la habían ocupado, ni habían creído oportuno ir á buscar nada allá. Entretenidos en la Capital y en los departamentos más importantes, poco se habían preocupado del pueblo de la mazamorra. Fué solo cuando el trenendo fraile Aldao abandonó La Rioja, que Anita salió de su cuarto y se animó á andar por toda la casa.

Pero en La Rioja habían salido de la llama del fraile Aldao para caer en las brazos del tuerto Bárcena, hombre terrible por su crueldad cobarde é insaciable.

El tuerto Bárcena, habiendo hecho de él un buen acopio, poco se preocupaba del dinero, pero perseguía en cambio á las mujeres con una tenacidad incansable. A la vista de una mujer bonita su único ojo brillaba en la órbita de una manera repugnante, y su boca sonreía con la expresión de la crueldad próxima á satisfacerse. Repugnante en su expresión enamorada y tétrica, las mujeres huían de Bárcena como de un ser monstruoso, pero no tenían cómo defenderse de aquel ser horrible para quien el rapto de una joven era una cosa risueña y perfectamente natural.

Aldao era su amigo que le permitía hacer cuanto le daba la gana, tenía tropas á sus órdenes y una gran influencia sobre el corrompido fraile con quien partía sus aventuras amorosas: ¿qué defensa iba á tener el pueblo contra sus terribles avances? No había más remedio que acatar sus órdenes bestiales ó resignarse á morir de una manera horrible.

Si Huaja había escapado á las pesquisas del fraile, porque éstos demasiados entretenimientos tenían en La Rioja, no escapó á las pesquisas del tuerto Bárcena, que no dejaba por visitar ni la población más miserable. En todos los rincones había de brotar el rayo curioso de su ojo imponderable y todo lo había de revisar con una prolijidad diabólica.

El tuerto Bárcena se trasladó á Huaja por el doble motivo de ser el pueblo donde había nacido el Chacho, y porque le habían dicho que allí encontraría criaturas bellísimas. Como era su práctico, empezó á recorrer casa por casa, con diferentes pretestos, para imponerse de lo que había en cada una de ellas y obrar despues con arreglo á lo que había hallado. Sabiendo que un atropello cometido en una alarmaria á las demás, se conducía con recato y decencia hasta conocerlas todas, y entonces daba sus golpes donde mejor le parecía y más aliciente había hallado.

Así conoció Bárcena á la divina Anita, encontrando en ella la niña más espléndida con que había tropezado jamás aquel infernal. La sencillez suprema de aquella casa hizo pensar al tuerto que la conquista era fácil y á ella se dedicó desde el primer momento con toda la tenacidad de que era susceptible. Aunque el tuerto era antipático sobre toda exageración, como las mujeres no lo conocían ni creían tener nada que temer de él, lo recibieron con buenos modos, obsequiándolo con mazamorra, única cosa que tenían.

Entregada La Rioja á los federales, aquel no podía ser sino uno de ellos, y no era entonces prudente tratarlo mal ó demostrarle antipatía, pues sabiendo quiénes eran, podían perseguirlos por el hecho solo de estar tan íntimamente ligados á Chacho. Era preciso ocultar la clase de vínculos que con el Chacho tenían, pues ellos solos podían ser la causa de persecuciones bárbaras y arbitrarias. Así es que ocultaron al tuerto su nombre como quien oculta un crimen, asegurándole que eran de Catamarca, y que estaban en Huaja huyendo de los unitarios que dominaban con La Madrid.

Bárcena, que no tenía por qué desconfiar, creyó cuantos las mujeres le decían, ofreciéndoles toda su influencia y diciéndoles que era él la persona que más mandaba en La Rioja.

Con semejante declaración y oferta, madre é hija fueran más atentas de lo que habían sido hasta entonces pues quien sabe si alguna vez necesitaban de aquel hombre en beneficio del Chacho. Y le ofrecieron su casa para cuando pasara por allí y no tuviera donde descansar.

—Nuestra miseria es grande, pero siempre habrá un bocado y una cama de más.

Aquella misma miseria podía servir de pretexto á Bárcena para sus primeras manifestaciones, y así las hizo desde aquel instante mismo.

—La miseria como todas las cosas, dijo, tiene su término, todo es cuestion de suerte. Yo, por ejemplo, soy muy rico y no sé qué hacer con la plata porque para nada la necesito. Hoy bendigo mi riqueza, porque ella me permite hacer una buena acción: quiero remediar la situación de ustedes, que bien lo merecen, y por lo pronto ahí está lo que llevo encima.

Y sacando diez onzas de oro, las ofreció á Anita, creyendo que la vista del oro deslumbraría á la jóven.

—¿Para qué queremos dinero? respondió ésta, sintiendo subir al rostro toda su sangre. Nada nos hace falta ni lo deseamos: somos felices, así que es cuanto se debe ambicionar y basta. Muchas gracias, señor.

Rechazado por la hija, Bárcena ofreció el dinero á la madre, pero ésta se negó igualmente á recibirlo. En el fulgor siniestro que alumbraba el ojo de Bárcena comprendió todo lo infame que ocultaba aquella dádiva, y la rechazó con una aspereza que no pudo evitar

—El oro está aquí de más, dijo, porque nada hay que comprar con él: guárdelo para quien le haga mas falta.

Bárcena, algo picado por el inesperado rechazo de sus onzas insistió, pero todo fué inútil, las mujeres no quisieron tomarlas, y él haciéndosele violento guardarlas nuevamente, las arrojó al patio exclamando:

—Pues que las tome quien las necesite que á mí ahora no me sirven sino de peso en el bolsillo.

Anita, que habia heredado la soberbia instintiva del padre, saltó ante aquel acto que sonó en su espíritu como una cachetada en la mejilla y suplicó al tuerto llevara el dinero, pero éste se rió con toda la insolencia de su cara cínica y desvergonzada.

—Y ¿qué quiere que haga yo con esta porqueria? preguntó; ¡dénjelo no mas ahí, que no vale la pena!

Aquello iba tomando un malgiro, que no convenia á las pobres mujeres. Pero felizmente ellas lo comprendieron así, y devorando sus lágrimas, guardaron silencio sin insistir mas en la cosa.

—Voy á quedar unos dias en la Costa Alta, dijo, porque debo establecer las autoridades que van á quedar. Ustedes me permitirán que acepte el hospedaje que me han ofrecido por los dias que voy á estar aquí: yo soy buen soldado y á todo me avengo, así es que no las he de incomodar mucho, porque yo viajo con mis provisiones arregladas á toda necesidad.

Bárcena sin esperar respuesta se dió por instalado allí, mandando desensillar su caballo. Por lo que pudiera suceder y como una buena precaucion, el tuerto andaba siempre con ocho ó diez soldados bien armados, que eran al mismo tiempo los que le llevaban sus provisiones, y los que le servian para reducir por la fuerza y castigar á los que se negaran á obedecerlo.

Los soldados desensillaron el caballo y bajaron la provision dealimento al cuarto que ocupaba Chacho, único disponible en la pobre casa. Las pobres mujeres temblaron ante instalacion tan peligrosa, pero ¿qué podian hacer? Contrariar á aquel hombre no serviria mas que para irritarlo y que cometiera tal vez algun exceso. Lo mejor que podia hacer era guardar silencio y acatar su voluntad hasta donde les fuera posible.

Bárcena se instaló en la casa con el único propósito de seducir á Anita: la belleza de la jóven le habia hecho perder los estribos, y no veia el momento de salir con ella de aquel pueblito miserable. Lo mas espedito pensaba que seria montarla en ancas y llevársela sin consultar para nada su voluntad, pero era mas agradable que ella viniera voluntariamente, resultado que obtendria con un poco de paciencia, segun pensó. Y se decidió entonces á

permanecer dos ó tres días en Huaja, tiempo que creyó suficiente para obtener de Anita cuanto deseara.

En cuanto los amigos vieron instalarse á Bárcena en casa de Anita, no dudaron que iria á suceder una desgracia, pues no teniendo nada que hacer en Huaja, aquel hombre no podia estar allí con buenos fines.

El tuerto Bárcena, instalado en aquel cuarto que habia tomado violentamente, puede decirse, se entregó por completo á la pasion que le habia inspirado Anita y á estudiar el mejor medio para terminar pronto y satisfactoriamente su aventura.

—Es gente inocente y sin malicia, pensaba, que les haré creer cuanto quiera, y si no quieren será lo mismo, porque de todos modos tendrá la chica que venirse conmigo.

Así discurría el tuerto, cuando vió á la cabecera de aquella pobre cama, un sable de caballeria que debió llamar su atencion por la calidad del arma y el paraje donde la hallaba. Y se puso á registrar toda la pieza, registro que le dió por resultado el encuentro de algunas ropas de hombre y varias prendas por las que podia comprender fácilmente que el dueño de todo aquello era un militar de graduacion alta.

—¿Tendrán algun amante oculto? pensó Bárcena, mirando celoso aquellas prendas. ¿Y quién puede ser este amante dueño de sable tan lujoso y de prendas tan ricas?

Los celos ofuscaron al tuerto de tal manera, que empezó á registrarlo todo, en la esperanza de hallar algun papel que lo pusiera en posesion del secreto, pero no halló nada absolutamente. Allí no habia otras cosas que las prendas militares y que no revelaba otra cosa sino que allí vivia un militar de graduacion. Instigado por la curiosidad y los celos, Bárcena salió como á recorrer el pueblo, para averiguar lo que probablemente las mujeres no habian de querer decirle.

Quién sabe si el militar no era algun jefe unitario de los vencidos en el Rodeo del Medio y oculto actualmente en la casa! Era preciso averiguarlo á toda costa, y Bárcena iba dispuesto á arrancar el secreto del primer individuo con quien tropezara. Pronto halló un viejo que por el recelo con que lo miraba, supuso que conoceria el secreto que tanto queria conocer.

—Oiga el viejo, le dijo groseramente como para intimidarlo desde el primer momento: ¿quién es el militar que vive en aquella casa ó que ha vivido allí hasta hace poco?

El buen viejo miró á Bárcena sorprendido por el acento brusco y áspero con que le habia hablado.

—Yo no sé, dijo, no sé lo que me pregunta.

—Yo te lo voy á hacer saber, agregó entonces el tuerto enfurecido: ó me dices qué militar ha vivido ó vive en aquella casa, ó te rompo yo el alma.

Y lo sacudió violentamente de un brazo mientras echaba mano á la espada.

Aterrado el pobre viejo por el ademan y el aspecto del tuerto.

—¡El Chacho! gritó, ¡el Chacho! ¿y quién mas que el Chacho ha de vivir allí?

—¿El Chacho vive en esa casa? ¿entonces aquellas mujeres son de su familia?

—¿Y cómo no? siguió diciendo el viejo: la mas jóven es su hija, la otra es una amiga suya y nada mas.

—¿Su amante! gritó el tuerto, ¿no habia tenido mal gusto el bandido? ¿y él dónde se encuentra ahora?

—En Chile, emigró á Chile cuando la entrada del gobernador Aldao, y desde entonces no se sabe nada de él.

—Cuidado con engañarme porque yo puedo hacerte degollar.

—¿Y por qué he de engañarlo? ¿qué interés pue lo tener yo en ello? he dicho lo que sabia y esto es todo.

Bárcena regresó á casa de las mujeres, resuelto á llevarse inmediatamente á la bella Anita.

El Chacho podia presentarse en el momento menos pensado y ponerlo en un sério conflicto, pues no tenia allí mas que sus ocho soldados. Si el Chacho estaba por allí oculto el peligro era inminente, y si realmente habia pasado á Chile podia venir á Huaja de sorpresa, como era su costumbre, y tomarlo prisionero y hacerlo degollar.

Resuelto á llevarse consigo á Anita por buenas ó malas, resolvió marchar en el acto.

Una infamia

El tuerto Bárcena se habia apasionado de una manera tremenda. Él hubiera perdido un poco de tiempo en festejos para seducirla, porque lo enloquecia la idea de ser amado por Anita. Pero desde que supo que ésta era hija de Chacho resolvió llevársela, cualquiera que fuesen los medios que tendria que emplear. Tenia miedo que Chacho fuera á aparecerse cuando menos se esperaba y no solo pusiese á salvo á su hija, sino que lo escabechase á él mismo. Así es que apenas regresó á casa de Anita, mandó á sus soldados que arreglaran todo y dijo á la jóven que se preparase á marchar.

—¿Y por qué hemos de marchar, y adónde? interrogó la madre palideciendo: no tenemos ni razon ni objeto para abandonar á Huaja.

—Al contrario, dijo el tuerto tratando de engañar á las mujeres para hacer más fácil la empresa: se me acaba de decir que viene á Huaja una division del general Oribe, que establecerá aqui el campamento. Los peligros que ustedes van á correr son grandes, porque esa es mala gente, y yo, para pagarles con algo la hospitalidad que me han dado, quiero llevarlas á La Rioja, donde á mi lado nada tendrán que temer.

Sin poder explicar la causa, madre é hija tenian una desconfianza invencible de aquel hombre. No creian lo que les decia y un secreto instinto les anunciaba que siguiéndolo sufririan una desgracia.

—¿Y por qué nos han de hacer mal? preguntó la jóven, que temblaba ante el aspecto formidable del tuerto; ¿por qué nos han de hacer mal, si nosotras no ofendemos á nadie?

—¿Y por qué nos han de hacer mal? preguntó la jóven, que temblaba ante el aspecto formidable del tuerto; ¿por qué nos han de hacer mal, si nosotras no ofendemos á nadie?

—¿Por qué, dijo el tuerto creyendo dar un golpe de gracia, porque ustedes son la mujer y la hija del Chacho, y para obligarlo á éste á presentarse, empezarán por llevárselas á ustedes.

Aquello fué como un rayo para las pobres mujeres, que veían descubierta su secreto. Todo lo que le habia dicho el tuerto fué para ellas la revelacion de lo que realmente pretendia éste; llevárselas con cualquier pretexto fuera de Huaja para hacer con ellas lo que le diera la gana.

—Nosotras no creemos que sea un delito ser la hija y la mujer de Chacho, dijo la última, y no creo que por esto se nos deba hacer daño. No sé además si á Chacho le gustará que nos vayamos sin su permiso, así es que no podemos ni overnos de aquí.

—Pero no sea terca, mujer, insistió el tuerto queriendo aun convencerla: sin el menor motivo de hacer daño á ustedes, las tomarán en prenda para obligar á Chacho á que se entregue, y una vez presas van á correr usteles numerosos peligros. La misma belleza de Anita va á traer sobre ella una tormenta; el raile Aldao se va á enamorar de ella y esto solo basta para que ustedes hagan lo que yo les digo.

Anita tembló toda y ocultó su rostro de ángel en el seno de la madre, como si estuviera delante de aquel peligro formidable. Y el ojo de Bárcena brilló de deseo, pensando que habia triunfado en el ánimo de la jóven.

—Dios me dará fuerza para defender á mi hija de cualquier peligro, dijo, pero no nos podemos mover de aquí hasta la vuelta de Angel, que tal vez sea en el momento menos pensado.

La mujer creia intimidar al tuerto con la amenaza de que Chacho podia volver de un momento á otro, y lo que hacia era afirmarlo más en su pensamiento maldito.

—Yo soy amigo de Peñalosa, dijo Bárcena tentando el último esfuerzo, y les aseguro que no ha de tomar á mal que ustedes me hayan seguido, cuando conozca la causa.

Aquello podia muy bien ser cierto, pero las mujeres desconfiaron siempre y se negaron á seguirlo.

—Mientras Chacho no nos mande salir de Huaja, no nos moveremos de aquí, le damos las gracias por su buena voluntad, pero no podemos hacer otra cosa.

En el terreno del convencimiento el tuerto estaba perdido sin remedio, pues no iba á poder convencer á las mujeres de que debían seguirlo.

—Es particular, dijo, pero hay personas á quienes es necesario servirles á la fuerza: son capaces de desconfiar de Dios padre. Hagan de cuenta que no les he dicho nada, pero no se quejen de lo que pueda sucederles.

Bárcena se retiró á prepararlo todo para la marcha inmediata, hizo ensillar á los soldados y arregló él mismo su propia montura, de manera que en ella pudiera ir Anita con bastante comodidad. En cuanto á la madre no pensaba en llevarla, pues aquella no seria más que un estorbo á sus planes. Anita sola, inocente y la menor malicia, concluiria por ceder, convencida de que era aquello lo que le convenia.

—Saldré inmediatamente de La Rioja, pensaba el tuerto, para estar bien libre de la presencia del Chacho, y descansaré en Mendoza. De allí paso al ejército de Oribe y sigo á Montevideo: que vaya el Chacho á arrebatarme su hija, que vaya nadie á privarme de un tesoro como este!

El tuerto se había enamorado perdidamente de Anita, por su belleza y por el candor juvenil que se desprendía de toda su persona. No era el deseo de poseerla, no era uno de tantos caprichos de su espíritu pervertido. Era una pasión incontrastable que se había apoderado de él y que lo hacía desear el cariño de Anita como el mayor bien de la tierra. Por eso había tratado de seducirla con engaños y frases galanas, antes de hacer uso de los medios violentos, que solo emplearía en último extremo. Así se veía el fenómeno de que Bárcena acostumbrado á atropellarlo todo desde el primer momento procedía para Anita con una suavidad de que sus soldados mismos estaban absortos.

—¿Qué tendrá el tuerto? se preguntaban: ¿andará teniendo miedo de algo, ó le tendrá miedo á la madre?

Y esperaba siembre el desenlace violento, que era por donde había de concluir aquella aventura.

Aquella misma noche, para que la cosa no fuera á levantar un escándalo en todo el pueblo, Bárcena se presentó en la pieza que ocupaban las dos mujeres, acompañado de tres soldados, que quedaron esperando á la puerta. Uno de ellos debía ayudarlo á sacar á Anita, y subirla á caballo. La misión de los otros dos era asegurar á la madre y obligarla y quedarse allí hasta que calculasen que él iba bien lejos.

Cuando el tuerto se presentó en la pieza, á pesar de ser muy tarde, las dos mujeres estaban vestidas, aunque recostadas; era la manera que dormían desde que aquel hombre se alojó en su casa, pues siempre habían tenido miedo de un avance. No se atrevían á dormir de otra manera, pues la puerta de aquella pieza no tenía la menor seguridad. Así es que en cuanto se presentó el tuerto, ambas se pararon como movidas por un resorte, y se estrecharon la una contra la otra como si se tratara de protegerse contra un avance.

¡Despiertas todavía! dijo; mejor, porque así se perderá menos tiempo. Pronto, mis amigas, añadió, es preciso que me sigan, porque en este momento viene entrando á la Costa Alta la fuerza de que les hablé y no hay tiempo que perder. Nosotros saldremos por el lado opuesto y no seremos sentidos: yo lo tengo todo preparado con este fin y no hay que temer nada. Pueden tomar rápidamente lo que les interesa llevar consigo, pero sin perder tiempo, porque la cosa apura.

Anita creyó en aquel momento lo que decía el tuerto, y consultó á la madre con una mirada llena de ansiedad. El tuerto no les daba tiempo de reflexionar, les hablaba con increíble rapidez, intencionalmente, para que el apuro de salir les impidiera la reflexión. Pero aquella mujer, á pesar de la juventud, á pesar de vivir en un paraje tan aislado y sin trato con otras personas que las del pueblo mismo, tenía una rara penetración, una fuerza de carácter de primer orden y un espíritu desconfiado por naturaleza. Así, miró á Bárcena sin demostrale el mismo terror, y le dijo resueltamente:

—Yo no me muevo de esta casa hasta que no me lo diga ó me lo mande decir el Chacho. Si el peligro de que usted me habla es real, tiempo tendremos de salvarnos, para lo cual le pido nos deje un par de caballos buenos.

—En que una vez descubiertas seria inútil que huyeran, porque las seguirian y las tomarian en cualquier parte. No tengan desconfianza, mis amigas: yo las llevaré á Mendoza, y allí estarán libres de todo peligro.

—Es inútil que insista, añadió la mujer como si quisiera dar por terminada la entrevista; es inútil que insista, pues yo no salgo de esta casa y mucho menos de Huaja, sin estar aquí Chacho.

—Bien, contestó el tuerto, tanteando su último argumento, si usted se empeña en correr el peligro que le anuncio, deje que se salve esa inocente niña, que usted no puede sumir, por un capricho, en una situacion desesperante.

—¿Qué es lo que usted dice? preguntó entonces la mujer cambiando de aspecto al conocer adónde iba el pensamiento de Bárcena. ¿Yo separarme de mi hija? ¿entregársela á usted tan luego? usted no sabe lo que dice, mi amigo: es mejor que se vaya y nos deje tranquilas.

—Parece increíble que uno tenga que hacer á esta gente, por fuerza, cierto servició y sin embargo así no más es. Vamos, mis amigas, agregó, ya cambiado de tono: ó ustedes vienen voluntariamente ó yo las haga venir á la fuerza: tengo tal interés en salvarlas, que lo haré, aun contra la voluntad de ustedes mismas.

—Este hombre está loco, dijo entonces la madre á la hija, ni por voluntad ni por fuerza saldremos de aquí: con que déjenos descansar en paz y retírese á hacer lo mismo. No crea que porque nos vé solas y débiles vamos á ceder al miedo, esta casa es la de Peñaloza, amigo, y aquí no se sabe lo que es miedo.

Y la mujer miraba al tuerto resueltamente, como si por medio de sus ojos quisiera convencerlo de la verdad que decia.

—Pues señor, terminó el tuerto como si hablara consigo mismo, por más que me pese no tengo más remedio que emplear la fuerza y como al fin y al cabo esto se ha de hacer no debe perderse un tiempo precioso puesto que esas fuerzas deben llegar de un momento á otro. ¡A ver, aquí gritó asomándose á la puerta: y los tres soldados que hacia rato esperaban aquella orden, entraron en el acto á la pieza.

Por el semblante de la hija cruzó como un relámpago una expresion de espanto inmenso, y gimió apretándose aún mas contra la madre.

—Conforme á lo mandado, gritó Bárcena, previniendo que al que no ande listo, lo dejo frito de un tiro.

La vista de los soldados fué para aquella infeliz una prueba de que todo habia sido preparado de antemano, y que lo que el tuerto queria era llevarse á Anita. Entonces saltó como una leona, colocando á su hija entre ella y la pared, y miró valientemente á Bárcena.

—¡Nosotras no salimos de aquí sino muertas, le dijo, hombre perverso!

—¿Que me importa á mí de tí y de lo que puedes decir? contestó el

tuerto que ya no trababa de disimular la cosa. Lo que yo quiero es salvar á la niña aunque te lleve el diablo.

— ¡Perderla, bandido, es lo que quieres, pero no lo has de lograr, porque has de ser tan cobarde como bandido y has de temer que pueda aparecerse el Chacho y ahorcarte antes que tengas tiempo para moverte!

Aquellas palabras no dejaron de hacer impresion en Bárcena que andaba siempre pensando en la aparicion de Chacho—y miré á todos lados con cierto temor.

— Bueno, muchachos, dijo á los suyos, cada uno á lo que se le ha mandado y basta ya de conversacion, que es tarde.

Todos avanzaron sobre las dos mujeres: Bárcena y el soldado que debian ayudarlo sobre la hija y los otros dos sobre la madre. Esta fuerte y valiente, con su valor y sus fuerzas multiplicadas por su amor de madre, empezó á luchar de una manera tremenda y desesperada.

Anita aterrada y llorando amargamente, desfallecida por el espanto y el dolor, poca resistencia podia oponer á dos hombres fuertes y decididos á todo. Bárcena la tomó de los brazos mientras el soldado, rodeándole la cintura le daba un tiron violento que la hizo desrender de la madre.

Entre Bárcena y el soldado, aunque con alguna dificultad porque no queria hacerle daño alguno, la arrastraron á la puerta, en medio del llanto más desesperado. Cuando la madre vió que le habian arrancado á la hija y que se la llevaban sin remedio, reunió todas sus fuerzas en un movimiento supremo y saltó sobre Bárcena, pero no pudo avanzar ni un paso; los soldados que la sujetaban tenian los músculos de acero, y la oprimian fuertemente: no en vano los habia elegido el tuerto. Y éste seguia arrastrando á Anita en dirección á la puerta, y la pobre niña desfallecida ya, no trataba de oponer la menor resistencia.

La pobre madre sintió pasar por su corazon algo como una ráfaga de muerte, se prendió del cuello de uno de los soldados, y en su inmensa desesperacion le clavó los dedos. El soldado á su vez, con la rabia del dolor cerró sus brazos, y oprimió á la mujer de una manera terrible, para obligarla á soltar.

En aquel momento Anita, sacada de la pieza, lanzaba en el patio un grito de angustia.

Al sentirlo la madre, lejos de soltar al soldado y trastornada ya por el dolor y el espanto, bajó la cabeza y clavó los dientes en aquel cuello que oprimia hasta enterrar en él los dedos. El soldado lanzó un alarido de dolor, pues ella habia retirado sus dientes con el bocado y sacando el cuchillo de la cintura, lo enterró en el costado de la mujer que vaciló y tuvo que apoyarse en la pared para no caer.

En aquel momento se siente un nuevo grito de Anita, y la madre á pesar de la horrible herida, á pesar de conservar clavado en ésta el puñal del soldado, encoge sus piernas y quiere saltar á la puerta; pero cae al suelo como herida por un rayo. El segundo soldado ha levantado su rebenque y lo ha dejado caer con todo el poder de su brazo sobre la cabeza de la desventurada madre.

Nada les había dicho Bárcena en favor de la mujer, les había ordenado contenerla á toda costa y de todos modos, y ellos habían cumplido la orden á su manera: ya no tendría el tuerto quien le estorbara.

Eran tales las heridas abiertas por los dientes en el cuello del soldado, que éste no tuvo tiempo ni ánimo para ayudar á su compañero en el saqueo de la casa, en aquellas cosas de algun valor mínimo que aparecían á la vista. El bueno cargó con cuanto pudo y ayudando á su compañero salieron al patio, calculando que Bárcena no tardaría en ponerse en marcha.

Efectivamente el tuerto se hallaba á caballo, teniendo perfectamente acomodada delante á la gentil Anita, insensible á lo que pasaba á su lado, pues al sentir el grito de la madre, había perdido todo conocimiento.

Bárcena no esperaba sino la llegada de éstos para ponerse en marcha.

Al ver á uno de ellos ensangrentado de aquella manera y viendo que en la casa reinaba silencio absoluto, preguntó lo que había sucedido.

—Ha sido preciso hacerla callar para siempre, dijo el herido mostrando el cuello mutilado: ¡no era una mujer sino una tigre, y en prueba de ello aquí está su primer dentellada.

—¿Quiere decir que la han muerto?

—Era preciso, señor, sino no la hubiéramos contenido: cuando sintió gritar á la muchacha se enfureció de tal modo que casi se me escapa, porque mi herida me dejó sin aliento cuando la recibí.

—Bueno, á caballo entonces, y ahora á cuerpearle al Chacho, dijo Bárcena poniéndose en marcha, porque en cuanto sepa lo que hemos hecho no va á descansar hasta dar con nosotros.

Y aquellos verdaderos foragidos se pusieron en marcha, llevándose á la pobre niña que no había podido darse cuenta de todo lo horrible de su suerte.

Los vecinos más próximos á la casa, sintieron todos los gritos y el sofocado rumor de la lucha y arrastrar de los cuerpos. Pero ninguno se atrevió á moverse, ni siquiera para curiosear lo que pasaba.

Se imaginaban que el tuerto estaría haciendo de las suyas y como tenía consigo ocho soldados, nadie se quiso exponer á que le sucediera alguna desventura.

—Pobre Anita, pensaron, todas estas han de ser operaciones del tuerto para rendirla: si desde que vino aquel hombre debían haber sacado de Huaja á la muchacha!

Pero ¿cómo se sacaba? Este era el gran problema que no pudo nunca resolver la madre, aunque con harta frecuencia se le ocurrió. Y creyendo aquellos vecinos que con solo escuchar se exponían á que el tuerto hiciera con ellos alguna barbaridad, se taparon los oídos é hicieron lo posible por dormirse.

Fué recién al otro día que asomándose á la puerta les llamó la atención el silencio de aquella casa tan bulliciosa siempre por la presencia de los soldados. No se veía ninguno de es-

tos, ni se sentia el menor ruido que acusara la presencia de los caballos.

¿Se habrian ido despues de haber cometido el tuerto alguna iniquidad? Esto fué lo que todos pensaron desde el primer momento. Y pasaron disimuladamente por delante de la puerta en la esperanza de poder ver algo. Pero nada, absolutamente nada podia verse de la calle—la casa silenciosa parecia abandonada. Averiguaron más lejos, pero lo más que pudieron saber, fué que la noche anterior habian sentido pasar un tropel de caballos, por cuyo ruido especial sabian que iban montados por soldados. Nada más podia averiguarse.

Durante aquel dia nadie se atrevió á entrar á la casa, toda la poblacion estaba llena de ansiedad por saber lo que allí habia pasado, pero temian que volviera aquel tuerto feroz y les hiciera pagar cara su curiosidad. Fué recién al dia siguiente que se atrevieron á entrar en la casa, creyendo que estaba abandonada porque el tuerto se habia llevado las mujeres, siendo esta la causa de aquel silencio. Grande y doloroso fué el estupor que se apoderó de todos al ver el cadaver de la madre de Anita, con el cráneo aplastado y el costado abierto por la terrible puñalada.

Anita no estaba en la casa, lo que probaba que la pobre madre habia sido asesinada porque no se prestó á entregar su hija. El sentimiento más profundo fué general en todos, pues á más del cariño que lesian por aquella familia, pensaban con terror el dolor que experimentaria el Chacho cuando supiera lo que allí habia sucedido. Todas las familias de Huaja se juntaron para velar y tributar los últimos cuidados á aquel pobre cadáver á quien dieron sepultura con todo cuidado. Era la sola manera de demostrar su cariño á Chacho, que les quedaba, puesto que ni siquiera habian podido defender á la pobre madre en su trance más amargo.

La pobre casita deshabitada quedó abierta y sola; ¿quién habia de ser capaz en todo Huaja de entrar allí á tomar una hilacha?

Todo lo de valor que allí habia, que eran las prendas del Chacho, habian sido robadas por los soldados de Bárcena que no dejaron sino aquello que por su peso y su tamaño no pudieron llevar. Lo que eran armas, prendas de plata y ropa, todo lo llevaron consigo, sin dejar siquiera las cobijas de la cama! ¡Oh! cuando los federales saqueaban una casa lo hacian con todas las reglas del arte, destruyendo aquello que no podian llevar.

Pero allí no habian podido detenerse porque Bárcena se puso en fuga sobre tablas, y tuvieron entonces que contentarse con llevar lo más liviano solamente.

¿Y qué podia importar todo aquello á Chacho, cuando le llevaban á Anita, la prenda más querida de su corazon? Todo lo demás, fuera lo que fuera, ante esta pérdida no era digno de ocupar un momento la imaginacion del noble Chacho.

Un martirio

Quando la pobre niña volvió en sí y pudo darse cuenta de su situación terrible, estaba en La Rioja, donde se había detenido Bárcena el tiempo necesario para cambiar cabalgaduras y tomar un carrito que allí tenía.

Los amigos habían quedado deslumbrados ante la espléndida belleza de la joven, envidiando la suerte de ahorcado que tenía el tuerto.

Este no había querido decir quien era la joven, por temor que se la disputaran, contestando que era una parienta enferma que llevaba á Mendoza para hacerla ver por un curandero amigo. El tuerto se enamoraba cada vez más de la pobre niña y no deseaba sino llegar al término de su viaje para verla buena y feliz, porque se figuraba que, á pesar de todo lo sucedido, Anita se encontraría feliz, con su amor inmenso.

El primer rostro con que tropezó la niña al darse cuenta de que no se hallaba en su casa, fué el rostro feroz del tuerto, iluminado por una expresión de innoble deseo.

—¿Dónde está mi madre? preguntó, quiero ver á mi madre.

—Ella viene un poco más atrás, dijo el tuerto, no tardará en alcanzarnos.

—¿Y adónde vamos? ¿por qué hemos salido de casa y del pueblo?

—Hemos salido para evitar peligros serios y vamos adonde está Chacho.

—¿Vamos á ver á mi padre? preguntó gozosa, y alumbró su rostro de ángel con una expresión de infinita alegría: ¡oh! ¡qué felicidad! ¿y mi madre por que no se apura?

—No ha de tardar en alcanzarnos, entretanto puedes estar perfectamente tranquila, mi amor, mi amor inmenso vela por ti y nada puede sucederte. Yo te amo, Anita, con toda mi alma, decía el repugnante tuerto, te amo inmensamente, y te haré tan feliz, tan sumamente feliz que las más dichosas han de envidiarte.

Anita escuchaba aquellas palabras sin poder darse de ellas exacta cuenta. Inocente y pura no podía alcanzar el sentimiento de aquellas palabras, suponiendo que aquel amor del tuerto era algo semejante al que le tenía el Chacho ó los amigos de éste que la llenaban de caricias y le hacían oír siempre palabras de ternura.

Fué recién cuando Bárcena rodeó su cintura y quiso estrecharla contra su pecho; fué recién cuando esa boca impura selló su frente virginal, que Anita palideció lentamente y rechazó aquella caricia sin saber ella misma por qué la rechazaba.

—Yo te amo, decía el tuerto, yo te amo como nadie te ha amado sobre la tierra.

—Si usted me lleva donde está el Chacho, yo también siento que lo amaré mucho, decía la joven pensando en el padre y acariciando el placer de verse á su lado.

En la suprema inocencia de Anita, el tuerto maldito veía seguro su triunfo y apuraba la marcha todo lo posible para llegar á Mendoza donde se prometía llegar al colmo de su ambicion. Y viajaban en el carrito tan cómodamente como era posible, olvidando Anita las penurias de aquel viaje por la ansiedad que tenia de ver á su padre.

Y el tuerto depravado seguía arrullando su oído con palabras amorosas que la pobre niña escuchaba con cierto agrado sin poder alcanzar el fin infame que con ellas se proponía.

—¿Y mi madre? preguntaba siempre, ¿por qué no nos alcanza mi madre?

—Tal vez que se hayan cansado las mulas, decía Bárcena, ó haya tenido algún otro inconveniente por el estilo, pero no puede tardar en alcanzarnos, está tranquila.

Y siempre halagada con esta idea y contenta ante el cúmulo de atenciones que le prodigaba Bárcena, la inocente Anita se mostraba alegre y feliz, puesto que de todos modos el fin de aquel viaje sería hallarse al lado del padre querido; y sentía por el tuerto cierto cariño apacible y suave que aquel inspiraba con placer inmenso.

Cuando llegaron á Mendoza eran los mejores amigos de este mundo. El tuerto había explotado su inocencia con un talento infame, y la pobre niña iba sufriendo sin notarlo la horrible transición á que quería llevarla el tuerto.

—Es necesario que te ocultes porque aquí estamos rodeados de enemigos, le dijo el tuerto, de esta manera yo podré ir tranquilo adonde nos debe esperar el Chacho para reunirse á nosotros.

Y la pobre niña, feliz ante la noticia de la proximidad de su padre, consintió en cuanto quiso el tuerto, quien de este modo logró ocultar su tesoro al fraile Aldao que era de quien temía una mala partida.

Bárcena estuvo ausente la mayor parte del día, no solo por algunas diligencias que tenia que hacer en Mendoza, cuanto por hacer creer á Anita que todo aquel tiempo lo había empleado en buscar á Chacho.

Cuando volvió y la joven le preguntó por el padre, llena de ansiedad, le dijo que el Chacho había salido de allí la noche anterior dejándole dicho que más adelante los alcanzaría, pues había tenido que esconderse para evitar persecuciones que podían serle fatales.

—¿Y mi madre, preguntó Anita con cierta desconfianza, por qué no viene mi madre todavía?

—Es muy sencillo, respondió el tuerto, que para mentir se pintaba solo: ella ha sabido que Chacho se hallaba aquí y ha venido á reunirse cortando campo para hacer más corto el camino: ellos nos esperan ya reunidos y así, alcanzando á uno, los alcanzamos á los dos.

Y el tuerto Bárcena era un hombre feliz en todas sus aspiraciones; engañando á la niña la había seducida, le había halagado el gusto y el corazón y se había hecho querer como él mismo no lo había esperado.

Anita le pertenecía en cuerpo y alma, era para ella el hombre á quien más beneficios debía después de su padre y para quien no tenía sino motivos de profundo agradecimiento.

El tuerto no hacia más que espiar su pensamiento y complacerla en todo cuanto podia desear, prometiéndose la pobre niña hacerlo presente á su padre en cuando lo viera, para que premiara tanto cariño y abnegacion. Seguro del amor de Anita y felicitándose él mismo por el talento con que se habia manejado, el tuerto emprendió viaje para reunirse al ejército de Oribe donde estaria á su comodidad y libre de toda zozobra.

Anita se iria costumbrando á verlo á su lado y no pensar ya en el Chacho y en la madre, cuya ausencia disculparia siempre con alguna nueva mentira.

El tuerto Bárcena empezó su viaje con este programa de disculpa y haciendo creer á Anita que pronto, muy pronto encontrarian á Chacho que iba en la misma direccion.

Como desde Mendoza la niña no veia más que caras terribles y expresiones de bárbaros, siempre se ocultaba trás del tuerto, con cuya repugnante cara se habia ya habituado. Y el tuerto se creia que éstas eran manifestaciones de amor de la jóven, que lo queria con locura.

El tuerto era siempre con ella cada vez más fino y atento, no dejándole carecer de nada y complaciéndola en su menor deseo.

Y Anita lo queria realmente, se habia habituado á él, no tenia malicia alguna del mundo y ni siquiera pensó que algun día podia romper los vínculos que le ligaban á aquel truhan.

Cuando Bárcena se incorporó á Oribe, despues de dos meses, el tuerto dijo á Anita que se habia perdido y habia caido entre enemigos.

—Es preciso ocultar aquí quien eres y que ni siquiera nombres á Chacho, porque sabiendo que anda por aquí pueden salir á buscarlo y si lo llegan á hallar lo asesinarán sin remedio.

—¿Quien diria que no volveré á ver á mi padre? preguntó la jóven coa los ojos preñados de lágrimas.

—Momentáneamente nó, pero pronto nos reuniremos á él para siempre.

La aparicion de Anita fué en el campo de Oribe la aparicion de un meteoro. Nunca habian visto una criatura tan exageradamente bella y no se esplicaban cómo un tuerto tan feo podia haber hecho una conquista tan famosa. Y el tuerto vano, lleno de orgullo escuchaba las bromas de sus amigos exclamando:

—Qué quieren ustedes! cosas de la suerte y nada mas.

Al principio Anita se retraia y se ocultaba de todos, porque tenia miedo, pues ya le habia dicho Bárcena que todos aquellos eran bandidos de que debia de desconfiar. Es que indigno del amor de la jóven, temia que algun travieso se le arrebatara.

Los oficiales mas calaveras se echaron tras de la averiguacion al misterio, y no tardaron en descubrirlo con todos sus bárbaros detalles. Los mismos soldados que lo habian ayudado en la iniquidad, refirieron cómo habia sido robada Anita y de qué modo la habia engañado despues el tuerto para que la jóven lo siguiera sin violencia.

Un capitán Rivero, del batallon Rincon, que se habia enamorado de la jóven con toda su alma, y que habia emprendido su conquista de una manera silenciosa y disimulada, fué quien, dueño una vez de aquel secreto, decidió usarlo en perjuicio del tuerto Bárcena y en beneficio propio.

Rivero era un joven fuertemente simpático, de un corazón noble y de un valor proverbial. De un genio vivo y jovial, no conocía imposibles y bastaba que un cosa pareciera de insuperable dificultad, para que Rivero la emprendiera con todo ánimo y constancia hasta conseguirla. Habitado en su vida aventurera á las mujeres de campamento, la belleza delicada y candorosa de Anita había alumbrado en su espíritu, proponiéndose desde el principio no descansar hasta no haber conseguido su amor.

Ella había mirado siempre con sumo agrado al joven capitán, cuyo rostro franco y abierto le había llamado la atención. El inocente y no creyendo hacer mal con ello, no había tratado nunca de disimular la alegría que la presencia del joven le causaba. Aprovechando las ausencias del tuerto y ayudado por su asistente, Rivero logró conversar con el joven, inspirándole desde el primer momento una confianza ilimitada. Y ella le refirió candorosamente cómo se encontraba allí y las esperanzas que tenía de ver pronto á sus queridos padres.

Rivero, por no hacer de golpe la revelación de un secreto que iba á causar á la niña una terrible impresión de dolor, le dijo que no fuese á decir que se habían visto y que en otras entrevistas él le revelaría de qué infamias se había valido Bárcena para arrancarla de su hogar.

El capitán y el joven siguieron viéndose cada vez que Bárcena salía, y él empezó lentamente á hacerle conocer toda la horrible verdad.

Si Rivero no hubiera tenido el tino de ir preparando el espíritu de la joven para recibir la tremenda noticia, indudablemente hubiera enloquecido.

Huérfana y á la merced del malvado que la había reducido á aquella situación, ¿qué le quedaba en el mundo?

—No te aflijas, le dijo Rivero después de consolarla en lo que le fué posible: todo tiene remedio y yo te restituiré al lado de tu padre, pero es preciso que disimules en lo posible, para que el tuerto no sospeche que estamos de acuerdo.

En posesión del terrible secreto, Anita empezó á sentir por Bárcena un odio invencible; á medida que este se volvía más cariñoso, ella lo aborrecía más y no veía el momento de verse lejos de su alcáncel. En cambio, el capitán Rivero había herido delicadamente las cuerdas de aquel corazón purísimo y se había hecho amar de una manera poderosa, con el alma y con los sentidos.

—Ante todo, mi vida, es preciso que huyamos de aquí, donde el tuerto lo puede todo; yo prepararé todo de una manera segura y entonces podremos ser felices casándonos.

Y con toda la delicadeza posible, explicó á Anita la enorme diferencia que había entre su situación y la que podía crearse casándose con él.

Y Anita se resolvió á esperar todo el tiempo que fuera posible al logro de su anhelo, para huir del lado de aquel bandido. Toda su dicha la cifraba en ver á Rivero, aunque fuera un momento, y cambiar con él una palabra de amor.

Desconfiado como buen tuerto, Bárcena empezó á notar que Anita no era la misma, que ya no le preguntaba cuándo verían á Chacho y que se retrahía á sus caricias. Muchas veces había crei-

do ver en su mirada una expresion de amenaza que le revelaba un odio profundo; pero como nada le habia dicho la jóven, lo atribuyo á recelos de su excesivo cariño y no quiso dirijirle la menor pregunta hasta no tener mayor seguridad.

Bárcena empezó á sentir celos, celos profundos, celos terribles y espío á Anita con toda tenacidad, sin poder descubrir nada al principio. Siempre atento á lo que pasaba en su casa, no tardó en ver una noche á un oficial que saltaba las tapias del fondo, y se perdía en la oscuridad de la noche. En vano buscó, en vano averiguó, no pudo saber quien era aquel oficial. Ciego de ira y con la calma perdida por los celos, Bárcena interrogó groseramente á Anita, pero esta aunque no supo disimular siquiera, se encerró en un mutismo perfecto. No hubo forma de arrancarle una palabra. Para el tuerto no hubo ya duda: Anita amaba á otro y lo que era para él más desesperante, en su ausencia mantenía relaciones amorosas.

—¡Cuidado, cuidado Anita, le dijo de una manera amenazadora y levantando el puño; mira que tú sabes de lo que soy capaz!

Sangre del Chacho al fin, Anita se sintió invadida de un valor desconocido bajo aquella amenaza, y miró á Bárcena como jamás lo habia mirado.

—Si sé de lo que eres capaz, le dijo, sé de lo que eres capaz, porque ahora sé lo que ha sido de mi madre y lo que has hecho conmigo, pero así mismo no te temo porque yo no soy la niña inocente de aquellos dias malditos en que te conocí.

—Pues me alegro que lo sepas, gritó el tuerto trastornado por lo celos, porque lo que hice con tu madre, lo haré contigo si te atreves á faltarme en lo más mínimo.

Y tomando á la jóven por un brazo la sacudió de una manera violenta.

Anita no se sintió intimidada por esto; al contrario, ante aquel sacudon cobarde se irguió con toda su soberbia y lo rechazó fuertemente.

—¡Cobarde! le gritó: si asesinaste á mi madre no me asesinarás á mí, porque no estamos en Huaja y aquí habrá quien me defienda.

—¿Quién era el oficial que estaba aquí y te ha llenado la cabeza de estupideces?

—Eso no lo sabrás hasta que él no te lo diga de la manera que lo mereces: lo que es de mi boca no lo sabrás nunca.

Enfurecido hasta el delirio, Bárcena saltó sobre Anita y le dió un golpe de puño que la arrojó contra la pared.

—¡Socorro! gritó la jóven. ¡socorro que me matan!

Bárcena cargó sobre ella como una fiera y una lucha repugnante y desigual se entabló entre el asesino y la jóven, que á medida que se defendia seguia pidiendo socorro con toda la fuerza que le daba la desesperacion.

Una patrulla entró á la casa y se dirigió hasta donde sonaban las voces. Era una patulla que habia enviado el capitán Rivero, en prevision de lo que pudiera suceder.

Ante la presencia de aquella gente, Bárcena se contuvo y soltó á Anita que fué á implorar el auxilio del oficial. En el primer momento el tuerto pensó que aquel seria quien le habia arreba

tado el amor de Anita, pero en la manera con que éste procedió comprendió que estaba engañado.

—Cret que algo sucedia, dijo el oficial, pero como son cosas de familia me retiro.

—No se vaya usted, que este hombre me quiere matar, dijo la jóven prendiéndose del oficial.

—Eso es una locura, y para probarlo, yo me retiro ahora mismo porque tenzo que hablar al general, dijo el tuerto.

Y salió acompañado al oficial, despues de ordenar al asistente cerrase la puerta y no permitiese entrar ni salir á nadie hasta su regreso.

La pobre Anita quedó en un estado miserable: su hermoso rostro estaba desfigurado por los golpes de puño, y en su cuello como en sus brazos mórbidos se veían las enormes manchas cárdenas que dejaron allí los dedos del tuerto cobarde. Y cuando vió salir el tuerto, recién sintió que su espíritu delicado desfallecia y se puso á llorar amargamente.

Pero poco debía tardar en ser consolada. El asistente de Bárcena que pertenecía á Rivero en cuerpo y alma, apenas salió aquel fué á darle aviso de que no se hallaba en casa y de todo lo que habia sucedido. El capitán Rivero acudió inmediatamente, aprovechando la ausencia del tuerto, y á pesar de todo lo que el soldado le habia dicho, grande fué su espanto al contemplar el estado de Anita.

—¡Pobre alma mia! dijo: yo te juro que cada uno de estos golpes los va á pagar de una manera tremenda, te lo juro por tu amor.

—¡Qué me importa mi venganza! gimió la pobre jóven, yo lo que quiero es huir del lado de este hombre, huir ahora mismo, porque tengo miedo: ese hombre me va á matar.

—Pues huyamos antes que vuelva, dijo Rivero, porque si le en cuentro no voy á tener fuerzas para contenerme y lo voy á matar. Huyamos pronto y que ese infame no vuelva á verte más en la vida.

Y los dos jóvenes salieron de la casa, seguidos del asistente que no se atrevió á afrontar las iras del tuerto.

Rivero tomó caballos en un regimiento de caballería cuyo jefe lo queria con locura y estaba al cabo de sus amores, y esa misma noche huyó á Mercedes, ocultando á la jóven en casa de unos parientes suyos, pues para evitar se le consideraba como desertor, le era forzoso regresar á su batallón en el acto.

Así escapó la hija de Pacheco, al cautiverio horrible á que la habia sometido un tuerto Bárcena. La desesperacion de éste fué inmensa cuando á su vuelta halló la casa sola, regresando en el acto á casa del general, para averiguar quien habia sido el autor de aquel rapto.

El general Oribe, con esa insolencia de los tiranos, mas tratándose de un migo, prometió ocuparse de ello al día siguiente y castigar ejemplarmente á los autores de aquel rapto, no por servir al tuerto Bárcena, sino porque esto le proporcionaba el placer de castigar á alguien. Oribe mandó al día siguiente hacer un registro en todo el campamento y en todo el pueblo, pero Anita no apareció.

El mismo Aárcena, relampagueando su ojo, enfurecido y sol-

tando cada amenaza que de puro brutal hacia reír, acompañó á los oficiales encargados de la pesquisa, sin obtener mejor resultado

Y el jefe de aquel regimiento que habia protegido la fuga del capitán y que estaba en el secreto de la cosa, para mortificar mas al tuerto que le era fuertemente antipático, le infundió una idea diabólica.

—Mi amigo, le dije, extraño que un hombre tan finamente astuto como usted no haya caído en la cosa.

—¿Cómo que no caigo en la cosa? ¿usted sabe dónde está Anita?

—Yo no sé donde está, pero se me ocurre donde puede estar, sin que esto importe una afirmación.

—¿Y dónde cree usted que pueda estar?

—Hombre la cosa es muy fácil: en el campamento no aparece, no aparece tampoco en el pueblo y no la pueden tampoco haber llevado fuera, porque se sabría. ¿Por qué no podría entonces estar en poder del general Oribe?

El tuerto pegó un brinco enorme, palideció intensamente y su ojo brilló de una manera siniestra. Y no se atrevió á decir una palabra, por no decir sin duda algo de terrible. Encontraba tan puesto en razón lo que acababa de oír, que fué para él como una revelación.

En efecto, si Anita no estuviera en poder de Oribe, ya habria aparecido por alguna parte.

Y desde aquel momento se puso á espiar la casa del general, porque aunque tenia sospechas vehementes no se atrevia á dirigirle el menor cargo sin una prueba plena.

Entre tanto el capitán Rivero habia regresado al campamento y confeccionaba, de acuerdo con su amigo el comandante, un plan que debia darle los mejores resultados.

Rivero era uno de los oficiales mas estimados de Oribe, tanto por sus prendas personales, como militares. Era un oficial vivo y esperto, capaz de desempeñar la comision mas difícil y dotado de un valor de primer orden. Oribe lo ocupaba con frecuencia para sus comisiones mas reservadas y tenia en él confianza ilimitada.

El comandante se encargó de hacer saber al general que Bárcena sospechaba de él, de lo que Oribe no tuvo duda, pues Bárcena cuando no se hallaba en su casa no salia de sus alrededores.

—Tuerto estúpido, decia, como si me fuera yo á ocupar en ocultarla tanto si tuviera la muchacha!

El se habia irritado de tal modo contra Bárcena, que se le oyó decir que, aunque supiera ahora donde estaba la muchacha, no se la haria entregar.

Este fué el momento que aprovechó Rivero para obtener lo que tanto ansiaba. Aprovechó la mañana, hora en que Oribe se hallaba de buen humor, y fué á pedirle permiso para casarse.

—¿Pero hombre, que ya te han mordido en el corazón? ¿quién diablo ha hecho esta hazaña?

—Una muchacha preciosa, mi general, que me quiere bien y de quien me he enamorado como un recluta.

—¿Pero esa muchacha se llamará de alguna manera, de qué familia es?

—Yo no quisiera nombrarla, mi general, porque usted se va á enojar conmigo: cuando me case se la presentaré.

—¿Por qué he de enojarme? no seas loco, quemala de una vez que ya me tienes saltando de curiosidad.

—Me promete, mi general, no enojarse?

—Te prometo no enojarme.

—¿Sea quien sea?

—Sea quien sea, ¿qué puede importarme á mí si no tengo novia y no puedo temer un desbanque?

—Pero pudiera ser de un amigo.

—No importa, quemala que ya estoy lleno de curiosidad.

—Pues, señor, la muchacha con quien voy á casarme, es Anita Peñalosa, la misma que con tanto afán busca Bárcena.

—¡Ah bandido! ¿con qué tu eras el reo? á ver, cuéntame la cosa. Pobre tuerto, cómo se va á poner!

Y Oribe soltando una estruendosa carcajada volvió á pedir á Rivero le contara cómo habia hecho aquella gauchada, anticipándole que no habia de enojarse, pues al contrario se alegraba mucho de poder mortificar al tuerto, que andaba espiándole la casa, al extremo de pasarse noches enteras rondando la cuadra.

Rivero refirió á Oribe quién era Anita y cómo la habia sacado él tuerto de su pueblo despues de haber asesinado á la madre. Y contó detalladamente cómo la tenia engañada con la esperanza de ver á sus padres, y como la habia estropeado cobardemente la noche que él la robó y la llevó á Mercedes.

—¿Pero habrá tuerto mas bandido? exclamaba Oribe verdaderamente asombrado, con que la muchacha que él buscaba era la hija del Chacho. ¡Ah! ¡hijo de perra! y cómo habia ocultado la cosa, cuando ella misma puede servirnos de rehenes para reducir al Chaco! ¿Pero cómo fué que supiste todo esto y logras-te pegársela al tuerto?

Rivero contó lleno de jovialidad cómo se habia manejado para enamorar á la niña y las mil travesuras de que habia tenido que echar mano para engañar al tuerto y alzarle la prenda.

—¡Qué tuerto tan bandido! pues mira, lejos de enojarme, no solo te doy el permiso para casarte, si no que te autorizo á traer aquí á tu mujer, para divertirnos ante la ira del tuerto. ¡Pero cuidado, Rivero, mucho cuidado con el tuerto Bárcena, mira que tiene malas entrañas y es capaz de hacerte partir las espaldas si encuentra con quien!

—No tenga cuidado que yo tengo ojos en todas partes y no es un tuerto el que me va á pegar. Con que con su permiso, mi general, que yo estoy ansiando hallarme en Mercedes para casarme cuanto antes. El tiempo de casarme solamente y estoy de regreso á recibir sus órdenes.

—Bueno, anda pronto, que si tu estás rabiando por casarte, yo estoy rabiando por ver la cara que pondrá el tuerto cuando te vea casado con la prenda de su corazón: trae contigo tu certificado de casamiento para salir con él al encuentro de todo reclamo que pretenda hacer, ¿entendés?

—¿Cómo, mi general? yo le prometo que se va á reir más de lo que se espera.

Y aquel mismo día el capitán Rivero se ausentó á Mercedes, donde contrajo matrimonio con la espléndida Anita Peñaloza, cuya presencia tenia trastornados á todos los mozos del pueblo. Rivero se quedó en Mercedes los días, regresando al campamento con su mujer, y la partida de matrimonio que la acreditaba como tal.

Toda ponderacion es poca para pintar el bochínche y algazara que se levantó en el campamento á la aparicion de Rivero, acompañado de la mujer de Bárcena, como llamaban á Anita, con quien se habia casado. La farra fué formidable, habiendo hasta décimas que en burla del tuerto se improvisaron y cantaron en la guitarra.

Cuando el tuerto supo que Anita estaba con Rivero y que éste decia haberse casado con ella, tuvo tal acceso de ira, que permaneció más de diez minutos sin poder moverse del sitio donde recibió la noticia. Y tembloroso y relampagueando su ojo espantable, se hacia repetir la noticia, como si no la hubiera entendido bien. Y no queriendo creer lo que se le decia, se fué en el acto á casa del general Oribe para imponerlo de lo que pasaba, y pedirle le hiciera entregar inmediatamente aquella jóven, que era la misma á quien él habia hecho buscar dias antes por todo el campamento y el pueblo.

El general Oribe tuvo que hacer un esfuerzo terrible para contener la risa; la cara descompuesta y el ademán enfurecido del tuerto le hacian como cosquillas.

Al ver éste la fiera con que el general escuchaba su queja y su pedido, se irritaba mucho más y á su vez temblaba haciendo más confusa la palabra y su ademán era violento y airado.

—En toda demanda hay que oír las partes, dijo Oribe gozándose ante la desesperacion del tuerto: voy á mandarlos llamar á ambos para que den una explicacion de su mala conducta.

Y manió en el acto un ayudante que ordenara al capitán Rivero se presentara en el acto con esa jóven, que decia ser su mujer.

—Yo por respecto á usted no he ido yo mismo á hacerme justicia, gemia el tuerto, pues no es para menos lo que me ha sucedido: pero prefiero que sea usted mismo, general, puesto que el capitán Rivero ha ocultado en su poder una mujer que el general Oribe habia dado orden se buscara en todo el campamento.

—Yo di el otro día permiso para casarse á un Rivero, pero ignoro si será el mismo, ni si se habrá casado: no me dijo tampoco con quién debia hacerlo.

Al oír esto, el tuerto se demudó más todavía, y una expresion de muerte pasó por su único ojo. ¿Se habia casado Anita? Si tal hubiera sucedido se proponia tomar una venganza tremenda.

Oribe con'emplaba disimuladamente las diversas expresiones que iba tomando la fisonomia del tuerto y se gozaba interiormente en la desesperacion acusada fuertemente por su ojo infernal.

Al cabo de una larga hora de espera, aparecieron el capitán

Rivero con el semblante iluminado por su más franca alegría, y la gentil Anita radiante de hermosura, verdaderamente espléndida. El mismo Oribe, habituado á tratar mujeres hermosísimas, no pudo menos de contener la respiración ante la belleza suprema de Anita, exclamando:

—¡Qué espléndida mujer! Esto sale del límite de lo humano para entrar en lo divino.

Y azorado miraba á la jóven, sin atinar á levantar de ella los ojos.

El tuerto Bárcena, estremecido de amor, se lanzó sobre Anita: nunca la habia visto tan bella.

Pero el capitán Rivero se le cruzó por delante, diciéndole sencillamente:

—¡Cuidado, que es mi mujer!

Ciego de furor al extremo de no respetar la presencia de Oribe, el tuerto Bárcena levantó el puño para descargarlo sobre Rivero ó sobre la jóven, pero él se lo tomó violentamente y detuvo el golpe oprimiéndole el brazo como una tenaza.

—¡No es esta la manera de proceder en mi presencia! gritó entónces Oribe cada vez más gozoso: ¿qué es lo que reclama usted, Bárcena? preguntó al tuerto.

—Esa jóven ha sido robada en mi casa, vociferó éste, y pido se me entregue en el acto.

—¿Qué dices tú? preguntó entónces el general á la jóven, deslumbrando aún por su belleza.

—Yo digo, respondió la jóven que estaba sin duda aleccionada por Rivero, que no he sido robada de la casa de ese hombre de donde he salido voluntariamente: yo he sido robada de mi casa por ese hombre que, para lograr su objeto, hizo dar muerte á mi pobre madre; él no tiene sobre mí ningún derecho.

—¿Y el capitán Rivero, qué dice de esto? preguntó Oribe.

—Yo digo, mi general, replicó el jóven, que esta mujer es mi esposa, y que yo no puedo haberla robado.

—Mienten, mienten, rugió el tuerto, esa jóven me pertenece, me la han robado y aleccionado en mi contra: general, haga usted que me la entreguen.

—He dicho que esta jóven es mi esposa, volvió á repetir Rivero, y por consiguiente no puede salir de mi lado.

—¡Miente! gritó de nuevo Bárcena; miente con toda su alma!

—¡El capitán Rivero no miente nunca! gritó el jóven palideciendo densamente; en otro paraje, yo le haría tragar esa palabra como lo merece: aquí está el general presente y no puedo hacerlo: en cambio aquí está la prueba de lo que digo.

Y sacó del pecho un papel que pasó al general Oribe. Era su fé de casado extendida por el mismo cura y firmada por todas las personas que habian presenciado la ceremonia. Anita era la legítima esposa del capitán Rivero y nadie tenia derecho de reclamársela.

—Yo quisiera complacerlo, amigo Bárcena, decia Oribe al mismo tiempo que le mostraba el documento, pero este es un caso de todos los diablos. Indíqueme usted mismo cómo podemos proceder.

—Es muy sencillo, gritó el tuerto ya fuera de sí: mis derechos

son anteriores á esa fé de casado, esa mujer ha sido robada de mi casa y ante todo yo pido que se me haga entregar.

—¿Y cuáles son sus derechos, señor Bárcena? preguntó Rivero. Esta niña estaba en su poder violentamente, usted la habia robado á su familia; libre y sin el menor compromiso, ella ha salido de su encierro y se ha casado conmigo. Si ella fuera su esposa yo nada tendria que decir, pero no es así y por lo tanto no tiene usted ningun reclamo que hacer.

—¿Y tú qué dices á todo esto? preguntó Oribe á la jóven.

—Yo no digo nada; lo que ha dicho mi marido es la verdad: ese hombre me robó de mi casa de una manera infame y haciendo matar á mi madre, me ha tenido á su lado á la fuerza y ha llegado hasta pegarme de una manera infame. Yo no quiero estar sinó con mi marido, ese hombre no tiene ningun derecho sobre mí.

El tuerto Bárcena estaba tremendo, temblaba como un perlático y sus mándibulas trémulas y caidas en una expresion de suprema angustia; parecia un condenado á muerte.

—Yo no puedo hacer nada, dijo Oribe, nada absolutamente, desde que ellos son marido y mujer y no puedo separarlos.

—Cuando el general Oribe quiere hacer una cosa no pregunta si puede ó no puede, balbuceó el tuerto; pero si el general Oribe no quiere hacerme justicia, soy capaz de hacérmela yo por mi mano.

—La única persona que tiene derecho á pedir justicia soy yo, y sin embargo no la pido, dijo Anita: soy feliz al lado de mi marido y esto me basta.

—Todo es falso, gritó por fin el tuerto no sabiendo qué decir, todo es falso, falso cuanto han dicho y falso ese mismo documento que han mostrado.

Y acercándose adonde estaba Anita pretendió otra vez tomarla de una mano para obligarla á seguirlo, pero otra vez se interpuso Rivero agarrándole el brazo y oprimiéndoselo fuertemente.

Bárcena quiso levantar el puño, pero esta vez fué Oribe el que se interpuso, diciendo:

—Supongo que aquí no habrán venido á pelear, y espero recuerden que algun respeto se me debe; no es en mi casa y en mi presencia el sitio más aparente para hacer escándalos.

—Con su permiso, mi general, yo voy á retirarme, dijo Rivero, si usted me lo permite.

—Está bien, retírese, pero tenga entendido, capitan, que yo no quiero escándalos en el campamento. Por ahora puede estar con su esposa, pero este asunto es preciso arreglarlo de alguna manera, aunque, segun mi opinion, esto no tiene más arreglo que dejar las cosas como se hallan actualmente.

Rivero saludó militarmente á su general y salió acompañando á su esposa sin siquiera mirar al tuerto.

—Pero esto no puede ser, general, exclamó éste, esto no puede ser, esa muchacha ha sido robada de mi casa.

—¿Pero qué quiere que yo le haga si se han casado? descasarlos es imposible, y quitarle al marido la muje no es posible tampoco.

—Todo es posible, queriéndolo usted.

—Convengo, ¿pero cómo quiere que yo obligue á una mujer á que viva con un hombre que ella no quiere? Esto no seria ni siquiera decoroso, y supongo que usted no querrá que yo haga cosas semejantes. Procediendo arbitrariamente yo podria separarlos hasta que se aclarara la cuestion, pero yo no quedo ni siquiera obligado á ella á que vaya con usted.

El tuerto Bárcena era demasiado inteligente para comprender que el capitán Rivero se hallaba protegido por Oribe, y que ante éste, aquella cuestion estaba perdida para él.

Pero el tuerto no podia conformarse con la pérdida de Anita, que tanto trabajo le habia costado traer consigo. Decidido á obrar por su cuenta, puesto que no le quedaba otro remedio, se fué á su casa á meditar lo que debia hacer. Despues de lo sucedido, el tuerto no podia permanecer en el campamento de Oribe, porque todos conocian su aventura y todos lo miraban de una manera burlona y conteniendo la risa. Porque el capitán Rivero hacia ostentacion de la cosa, paseando por todas partes con su bella esposa. Todos sabian ya cómo habia sido burlado Bárcena por el capitán, arrebatándole una jóven de espléndida belleza, que habia traído para sí de La Rioja.

Y desesperado y corrido, jurando vengarse de todos aunque tuviera que matar á la misma Anita, Bárcena pidió á Oribe pasaporte para Buenos Aires y se vino á tramar sus intrigas de una manera más descansada y con más libertad de espíritu. El misero tuerto empezaba á pagar su infamia.

Libre de todo el capitán Rivero, se quedó en el campamento con su bella esposa, que era el asombro de cuantos la veian, porque cada dia se ponía más hermosa, á medida que se iba desarrollando su cuerpo esbelto. Para un caso de marcha, Rivero, ya le habia preparado alojamiento en casa de sus parientes, en Mercedes, donde podria dejarla con perfecta seguridad. Y era feliz, todo lo que puede serlo el marido de una preciosa jóven, de quien se siente amado apasionadamente.

Pero Anita no era la misma, no podia ser la misma; la mano maldecida del tuerto le habia hecho perder aquella delicadeza arrobadora que forma el encanto de una mujer; y la facilidad con que habia abandonado el hogar del tuerto para pasar al de Rivero, le habia hecho perder lo poco que le quedara. La vida de campamento habia concluido por familiarizarla con el lenguaje tremendo de los cuarteles, hasta habitar su oído virgen á las expresiones más groseras. Ella amaba inmensamente á su esposo, pero no creia faltar á éste en lo más mínimo escuchando agenos galanteos y recibiendo alguna caricia traviesa. Es que Anita no solo no habia recibido ninguna educacion moral, sino que cuando más la habia necesitado era cuando la habia robado al tuerto Bárcena, esmerándose en hacerla perder sus sentimientos naturales, única manera susceptible de hacerle conseguir el cariño ó la indiferencia de la jóven.

Y así se explica que ella hubiera aceptado las caricias del tuerto como una cosa natural é inocente.

¡Pobre jóven! sin darse cuenta de ello, habia sido lanzada en la pendiente del vicio, con violencia terrible. Solo podria salvarla la compañía de un hombre culto y de espíritu delicadísimo, y el capitán Rivero, aunque era noble y de sentimien-

tos naturalmente buenos, era un espíritu tosco y educado en los cuarteles.

La hora de marchar llegó por fin, y el capitán Rivero tuvo que llevar su esposa á Mercedes porque no quería exponerla á las fatigas de las marchas continuas, ni á los peligros de los combates frecuentes. Su servicio estaba además en la vanguardia, y de ninguno modo podría estar un momento á su lado.

La joven se separó de Rivero con la mayor naturalidad, porque estaba ya acostumbrada, desde niña, á separarse de personas tan queridas como su padre.

--No tardes, fué lo único que dijo, y si el ejército demora mucho, pide una licencia aunque no sea más que del tiempo necesario para estrecharme la mano.

--No temas, nuestras campañas son penosas, pero no largas, piensa en mí, que el momento que menos lo esperes me tendrás á tu lado.

Así se separaron aquellos dos jóvenes que se habían unido en matrimonio cuando menos lo esperaban y merced á una sucesión de casualidades.

Dolor supremo

El Chacho no podía tardar en saber lo que había sucedido en La Rioja; era cuestión de que pudiera disponer de un hombre para mandarlo á Huaja á informarse de su familia.

Muchos unitarios asilados en Chile, al saber el paraje donde se hallaba Chacho, se le habían reunido, incitándolo á abrir una nueva campaña.

--Por su prestigio asombroso y por su manera especial de hacer la guerra, Chacho les merecía más confianza que La Madrid mismo, á quien los últimos contrastes habían abatido mucho.

--No es el tiempo, respondía Chacho tranquilamente, no es el tiempo de abrir una campaña, ni tenemos para ella los elementos necesarios. Recuerden que en cada provincia hay un ejército poderoso, y que será necesario combatir diariamente sin la menor esperanza de éxito.

--Algunos elementos podemos sacar de aquí, le decían: á su presencia se levantará La Rioja como un solo hombre y podrá dominar á las provincias vecinas.

Pero Chacho sostenía siempre que aún no era tiempo y que para abrir una campaña con éxito era necesario tener antes reunidos no solo elementos buenos, sino enviar á La Rioja un par de vaqueanos á llevar avisos á ciertos amigos prestigiosos para que estuvieran prevenidos y lo esperaran reunidos.

Los unitarios, interesados en la invasión de Chacho, buscaron en Chile dos hombres como éste que necesitaba para mandar sus avisos y se los trajeron, para darle más ánimo.

Y Chacho, más por complacer á sus amigos de emigración, que por el deseo que de hacerlo tenía, mandó pedir informes sobre la

situación de La Rioja y Catamarca, y cómo estaba allí preparado el ánimo para abrir una nueva cruzada.

—Segun las noticias que reciba, dijo, podremos proceder: quién sabe qué habrán hecho por allí aquéllos bárbaros y quién sabe por dónde andarán nuestros amigos!

Chacho esperaba la vuelta de sus chasques, no por las noticias que de la situación de La Rioja podía recibir, sino por las que debían traerle de su hija querida, á quien no veía hacia ya seis meses. Solo el deseo de ver aquellos seres queridos era lo bastante para decidirlo á abrir una campaña. Su pensamiento estaba constantemente en Huaja, al lado de aquéllas que tanto amaba y en quienes había refundido todo un mundo. Y pensaba en el semblante bello y purísimo de Anita, como se piensa en el cielo, en la promesa de otra vida mejor.

¡Cuántos proyectos de felicidad suprema hacia al pensar en la casita de Huaja! Y en su deseo de tenerlas á su lado, había decidido hacerlas llevar allí en caso de que una nueva campaña fuera imposible. Es que Chacho no tenía ninguna ambición de mundo ni de poder: si había combatido constantemente, había sido solo por la felicidad de la patria y sin consultar para nada las conveniencias personales que el triunfo pudiera darle. Su persona era lo último que ocupaba su pensamiento, siéndole indiferente por completo la vida de emigración ó la vida tranquila y apacible del hogar. La sola diferencia sencilla para él era que de un modo estaba al lado de Anita y del otro no la veía.

Porque aquella hija había llegado á ser, verdaderamente, el mundo del Chacho.

Los chasques del Chacho fueron á La Rioja á pasar la palabra á los amigos y hacerles la consulta sobre la invasión. La voz circuló bien pronto y todos contestaron, sin vacilar, que en cuanto se mostrara en cualquier punto de la provincia, tendría un ejército.

En Huaja se recibió aquella noticia con indecible júbilo, pues la vuelta de Chacho importaba la redención de La Rioja. Pero era preciso disimular la alegría que les produjera aquella noticia, pues era forzoso reservarla con el mayor tino para que la autoridad no pudiera apercibirse de lo que pasaba y tomara medidas tendentes á impedir la invasión.

Reflexionando que lo mejor sería ir á hablar con el Chacho para imponerlo del estado del país y de las cosas, se decidió que un amigo y vecino suyo fuese á verlo para darle las explicaciones necesarias y traerles las instrucciones que les enviase el querido caudillo. Este amigo se puso en camino llevando aquella misión importante y el doloroso encargo de poner en su conocimiento lo que había hecho Bárcena con su familia.

Aquella era una noticia tremenda para el Chacho, que era preciso darla con mucha cautela y muy poco á poco, para que pudiera resistirla aquel espíritu eminentemente delicado y afectuoso.

El amigo éste había decidido hablar antes con las personas que rodeaban al Chacho, para que éstos lo ayudaran á dar aquella

noticia formidable, pues él no se sentía con fuerzas suficientes para hacerlo.

Grande, inmenso fué el placer que experimentó Chacho al ver una cara amiga que venía de la patria querida. En su entusiasmo lo abrazaba y lo miraba de todas maneras, haciéndose la ilusión de que se hallaba en La Rioja, en Huaja, al lado de los suyos y cerca de su Anita adorada. Y empezó á dirigirle un torrente de preguntas sobre todas las cosas y las personas. Y sin esperar una respuesta sola, le iba preguntando por éste y por aquél y por todos á la vez.

Y el amigo le refería cuánto habían padecido y cuanto habían sido perseguidos por la autoridad federal, que todo lo había saqueado y destruido de la manera más salvaje. Y como en los ojos de Chacho viera brillar una lágrima que había arrancado el sentimiento patrio, trataba de consolarlo en lo posible, diciéndole que Huaja era el pueblo que menos había sufrido, porque siendo el más pobre de todos, nadie había fijado allí su atención.

El momento crítico se acercaba y el amigo temblaba ya por temor de que las preguntas de Chacho fueran á dirigirse á su familia y á su hija.

Sabiendo que habían vuelto los chasques de La Rioja y que había venido una persona de allí á hablar con el Chacho, los que lo invitaban á hacer una nueva invasión á La Rioja, se apresuraron á venir á rodearlo para darle más ánimo, segun las noticias que les comunicasen.

El amigo del Chacho sintió que se le levantaba un enorme peso de encima pues no sería ya él quien diera la tremenda noticia; y mientras Chacho cambiaba ideas con unos, él refirió á los otros la infamia del tuerto Bárceña, añadiendo que nadie sabía lo que había sido de Anita.

Aquella noticia, lamentando como era natural el efecto doloroso que iba á producir en el espíritu del Chacho fué escuchada con cierta satisfaccion por aquellos hombres que no pensaban en otra cosa que en la revolucion unitaria, porque ella sola bastaria para que el Chacho se decidiese á invadir. El sentimiento de la venganza sería la primera manifestacion de su alma y sin mirar para atrás se lanzaria á la revolucion. Esta fué el arma que decidieron usar en caso que Chacho vacilara aún.

Y Chacho vacilaba porque veía que el poder de Rosas estaba fuerte y no tenía elementos, no ya para triunfar, sino que ni siquiera para resistirlo.

—De qué nos sirve triunfar en La Rioja si en Catamarca y en Santiago tenemos ejércitos con los que no es posible luchar? Tendríamos que andar huyendo montonereando, lo que traeria perjuicios de suma consideracion sin la menor ventaja.

—No puede haber mayor perjuicio que el martirio horrible que sufre La Rioja, le decían: sus habitantes son tratados como enemigos á muerte y los negocios saqueados, como las haciendas y como todo lo que presenta algún valor, por infimo que sea.

—Más perseguidos serian si los vieran alzarse con las armas en la mano, porque entonces la persecucion sería contra las familias, contra los hijos, contra las mujeres, contra las madres y hermanas.

—¿Y no lo es ahora mismo? ¿no se llevan como esclavas á las hermanas damas, á las niñas que por su belleza interesan el corazón de todos? La Rioja sufre horriblemente, Chacho; es preciso libertarla de los bárbaros que la oprimen, á costa de cualquier sacrificio: lo que ha sucedido á usted puede sucederle á todos, y yo sé que es una cosa bien triste.

—¿Qué es lo que me ha sucedido á mí? ¿tener que emigrar y abandonar todo? Eso no es nada, amigo, ya cambiarán los tiempos y todo quedará en el mismo estado de antes.

—No es eso, amigo mío: veo que usted no sabe lo que ha sucedido en su casa, ocultárselo más es un crimen: es preciso que usted lo sepa para que tome sus medidas, y no sufra despues una sorpresa que le cause alguna enfermedad seria.

—¿Y qué es lo ha sucedido en mi casa? preguntó Chacho palideciendo, á pesar de su calma habitual y de su temperamento valiente.

—Lo que ha sucedido, es que su casa ha sido saqueada por una partida que mandaba un tuerto Bárcena muy conocido, que ha hecho en ella horrores de todo género.

Chacho se demudó completamente, sus lábios temblaron en un movimiento convulsivo, sus ojos se dilataron de una manera horrible y preguntó sombríamente:

—¿Y Anita? ¿qué es de mi hija? ¿por qué no me la han traído? y se dirigia con una ansiedad suprema á la persona que habia venido de La Rioja.

—Su hija no ha venido, mi coronel, porque no está en Huaja hace mucho tiempo; la llevó con él ese tuerto Bárcena á quien el diablo se ha de llevar algun dia.

—¿No está en Huaja? ¿pues dónde está Anita? ¿dónde la han llevado? Vamos, mi amigo, yo quiero saber en sus menores detalles lo que ha sucedido, yo quiero saber todo, porque la incertidumbre va á hacerme un daño terrible:

El Chacho estaba completamente transfigurado, la ansiedad ahogaba en su garganta la palabra y el asombro habia dilatado fuertemente sus pupilas. En su boca habia algo como la expresion de una amenaza terrible, y sus puños se cerraban de una manera nerviosa. Indudablemente aquel corazón bueno pasaba por una angustia suprema, por una agonía inmensa.

—No me oculten nada, dijo: quiero saberlo todo.

Y con un espanto indecible recordó los amores de Quiroga con Aurora Villafañe á quien él mismo habia sacado de sobre los cañones donde la tenia amarrada. ¿Habia sucedido lo mismo con Anita? ¿la habrian sometido á todo género de torturas para vencer su resistencia?

—¡Oh! exclamó, lo que yo me figuro es mil veces peor que la realidad más espantosa, porque conozco la maldad tremenda de aquellos bárbaros!

—No me oculten nada, absolutamente nada, que todavia hay lugar en mi alma para cualquier desventura.

Y sonrió, pero con aquella sonrisa de los mártires que esgrimen la conformidad más estoica, como última arma de defensa, porque solo piensan en Dios sabiendo que en la tierra nada tienen ya que esperar.

Y todos lo miraban asombrados, conociendo cuánta era su

grandeza de alma y cuánto el valor de aquel espíritu inquebrantable.

Aquel amigo riojano que habia tenido hasta entonces miedo de relatar á Chacho lo sucedido, empezó á hacerle la historia de aquellos tristes sucesos, refiriendo cómo Bárcena, desde el primer momento, se habia apoderado de su casa, enamorando á la inocente y gentil Anita.

—Y la madre y los amigos ¿qué hacian? preguntó Chacho con una calma terrible.

—Esperaban los sucesos que no podian tardar, porque nada más podian hacer. Otra cosa habria sido irritar á Bárcena, que habria procedido con más violencia ayudado por los soldados que no lo abandonaban un solo instante. El momento terrible llegó por fin: una noche mientras Huaja dormia tranquilamente, el tuerto Bárcena dió cima á su horrible plan. Al dia siguiente todos los habitantes se vieron sorprendidos al levantarse y encontraron que ni Bárcena, ni sus soldados estaban en Huaja. Nos asomamos á la casa, concluyó sordamente, y nos convencimos de que el tuerto Bárcena habia abandonado el pueblo en compañía de sus soldados.

—¿Y Anita? ¿qué fué de Anita? preguntó Chacho con una serenidad imponente.

—A Anita habiala llevado consigo, pues no aparecia en ninguna parte.

—¿Y la madre?

—La madre era lo único que quedaba en la casa; pero fria y silenciosa, tendida sobre un charco de sangre y sin átomo de vida. No pudiendo arrancarle la hija de otra manera, sin duda, la habian muerto á golpes y puñaladas.

Chacho se levantó de un golpe, trémulo y livido, pero sin hacer la menor manifestacion de ira: tembló todo como bajo la accion de un hilo eléctrico y miró una una á las personas que lo rodeaban. La única manifestacion exterior de su dolor era una lágrima que habia cruzado su semblante livido y se habia detenido sobre su negra barba.

—¿Quiere decir, que me han arrebatado cuanto tenia, exclamó con la voz perfectamente segura, llevado á la hija y asesinado á la madre? Está bueno, por el momento nada puedo remediar, pero trataré de hallar á Anita, que es lo único que me queda que hacer.

Aquella calma aparente, hija de una resolucion inalterable, era mil veces más imponente que la más violenta manifestacion de ira.

—Yo estoy todavia exento de una accion mala, nunca di motivo para que tuvieran que vengarse en los míos de la menor ofensa, pues siempre traté de hacer todo el bien posible. Sin embargo, ellos me hieren en la parte más dolorosa. Está bueno, ya nos veremos frente á frente algun dia y entonces veremos si se puede ser impunemente cobarde.

Y como si quisiera huir á aquel dolor que le roia el corazon, empezó á hablar de otras cosas y sobre todo, de los elementos con que se contaba para hacer el movimiento proyectado.

—En La Rioja todo está pronto, y todos esperan tan solo el sonido de su palabra para lanzarse al combate. Las fuerzas que

hay en la ciudad no resistirán un ataque llevado por el Chacho, siendo muy fácil que se entreguen sin combatir.

—¿Y con qué elementos se puede pasar desde aquí para llevar siquiera con qué resistir un ataque, ó con qué vencer una resistencia?

—Por el momento no disponemos más que de cincuenta hombres, bien armados, pero que guiados por el coronel Peñaloza pueden dar el mismo resultado que quinientos.

Chacho sonrió con profunda amargura ante aquel cumplimiento, replicando:

—Está bien, traigan esos cincuenta hombres y en el acto me pongo en campaña. En caso que no puedan venir, será lo mismo, porque marcharé solo y algunos amigos se me han de reunir en el camino.

Aquel fué un día de júbilo para los unitarios que empujaban á Chacho á la revuelta. Herido en lo más sensible de su espíritu, Chacho se lanzaba al combate con el desco y la voluntad de anadar á los que lo habían ofendido. Podían estar entonces seguros de que Chacho triunfaría no solo en La Rioja sino en el resto de las provincias con los elementos que de aquella sacase.

Los amigos se dispusieron en el acto á reunir los elementos dispersos en la frontera chilena, mientras la persona que había venido de La Rioja emprendía su viaje de regreso para prevenir que estuvieran preparados á la llegada del Chacho, que no debía tardar. Y en vez de esperar cada cual en su casa con sus armas listas y sus caballos preparados, empezaron á salir al campo, de uno á uno y por diferentes rumbos, para esperarlo reunidos del lado de la cordillera.

En el departamento de la Costa Alta, la primer noche que se tuvo noticia de la aproximación del Chacho no quedó ni un hombre: todos salieron al campo y formaron el regimiento sin faltar uno solo, para esperar dignamente á su antiguo capitán.

Chacho entretanto organizaba aquellos pocos hombres que le iban remitiendo los amigos, hasta formar un pelotón de cincuenta y cinco hombres, de los cuales solo una docena tenían armas de fuego, y de éstos solo la mitad tenían municion escasa. Lo demás era gente de lanza y sable, pero que valía tanto como el soldado mejor armado para el género de campaña que iba á emprender Peñaloza.

Quando estos miserables elementos estuvieron prontos, el Chacho decidió ponerse en marcha asegurando á los que se quedaban, que muy pronto podrian volver á La Rioja, en la seguridad de que nadie los molestaría.

—Yo no puedo prometerles que los llevo á la gloria ó al triunfo, les dijo, porque en nuestro camino podremos encontrar el desastre y acaso la muerte. Vamos á hacer una campaña penosa y ruda, y por el momento no somos más que los presentes. En cambio les prometo llevarlos al combate y hacer todo esfuerzo para conquistar con ustedes todo lo perdido. Si caemos, caeremos como buenos y como patriotas, mostrando á los demás que á la patria se le debe todo, y que para combatir por la libertad de los pueblos, no se debe mirar nunca el número de los combatientes.

Aquellos pocos hombres llenos de entusiasmo dieron un viva estruendoso al Chacho y se pusieron en marcha alegremente, diciendo que muy pronto estarían descansando en sus hogares.

Chacho pasó la cordillera por los desfiladeros de Vinchina, habiendo aumentado sus tropas hasta el número de sesenta y dos hombres con los que pisó el territorio riojano, en medio de un entusiasmo indescriptible. Las poblaciones por donde iban pasando se iban pronunciando como un solo hombre. Y aquel ejército de doscientos ó trecientos bravos que habían reunido á esperarlo por propia inspiración, le salió al encuentro cuando menos lo esperaba, sofocándolos con sus manifestaciones más cariñosas.

Cuando el gobierno tuvo conocimiento de que Chacho había invadido, ya éste tenía consigo más de ochocientos hombres de caballería, número suficiente para lanzarse sobre la capital.

Chacho no quiso ir allí sin pasar por Huaja. Allí se detuvo un momento, pasó por su casa donde había dejado todo su mundo y no pudo contener sus lágrimas al verla sola y abandonada, en ruinas casi, por la destrucción del tiempo. Allí miró el paraje donde había caído su buena compañera, el lecho donde había descansado su hija inocente la última vez que la vió, y salió jurando vengar á la una y salvar á la otra, á costa de todos los sacrificios posibles. En el corazón del Chacho tenía lugar una tempestad verdadera; el dolor más íntimo se mezclaba á la ira más justa, y al más profundo sentimiento de venganza.

Así salió Chacho de Huaja al frente de un ejército entusiasta y bravo, en dirección á la capital de La Rioja.

El gobierno que había reunido elementos para salir á repeler la invasión de Chacho, se encontró con que no tenía bastantes para sostenerse en la misma ciudad contra el pueblo que se había alzado en masa.

Al saber que Chacho había invadido la Provincia al frente de un ejército, el pueblo se había lanzado á la calle viviendo al prestigioso caudillo y amenazando de muerte á las autoridades federales. La gente más distinguida se ponía al frente de los grupos de pueblo, haciendo comprender al gobierno que debía perder toda esperanza y entregarse á la revolución.

El Gobernador, que se vió perdido, aprovechó el descuido de la primera noche y se ausentó con unos pocos leales para el lado de Catamarca, donde había un ejército relativamente poderoso, con el cual podría volver á La Rioja á recuperar su autoridad.

Cuando el Chacho llegó á La Rioja tomando mil precauciones para el caso de ser atacado, se encontró con que el pueblo estaba apoderado de la ciudad á su nombre, y lo esperaba ébrio de júbilo haciéndole toda clase de manifestaciones.

Así sin derramar una sola gota de sangre se apoderó de toda la provincia, con los buenos elementos de armas y municiones que allí habían aglomerado los federales.

Caudillo y padre

Una vez en La Rioja y dueño de todo, rodeado de los hombres de más valor y de la juventud ardiente y entusiasta, Chacho les dejó por completo la organización del gobierno y él se entregó á buscar á su hija con todo el cariño y anhelo de que era susceptible; pero bien pronto y con desesperación suprema, se convenció que Anita no estaba en toda la provincia de La Rioja.

Bárcena no se había demorado en La Rioja y según le dijeron había pasado á Mendoza inmediatamente que consumó el asesinato de la madre y el robo de la hija.

—Yo la encontraré, dijo Chacho, yo la encontraré mientras esté en tierra argentina, y aun cuando esté en otra parte, yo he de hacer tanto que he de encontrarla también, aunque sea necesario hacer un milagro.

Y convencido de que lo haría como había dicho, quedó perfectamente tranquilo, y entregado á la organización del ejército con que había de empezar sus operaciones. Con los elementos que allí encontró había lo suficiente para armar unos mil hombres, que era por el momento cuanto se necesitaba.

En Catamarca había como unos tres mil hombres, otro tanto había en Tucumán y en San Juan y Mendoza, donde se hallaban Benavidez y Aldao, que era donde estaba el ejército más terrible. Sin embargo, con aquel plantel de mil hombres, Chacho estaba animado á abrir la campaña, pues decía que de Catamarca, Santiago y Tucumán, sacaría elementos mayores de los que necesitaba. Los que habían influido en que Chacho abriera aquella campaña no querían que empezase sus operaciones con tan poca fuerza, pero Chacho sonreía alegremente, convenciéndolos que tenía más de la que necesitaba.

—Para la guerra de sorpresas y de movimientos rapidísimos que yo hago, decía, no es necesario más de lo que tengo: un ejército más numeroso me serviría de estorbo y no me permitiría andar con la rapidez que necesito. Así como yo les dejo á ustedes obrar en completa libertad en cuanto á la organización del gobierno y cosas que no entiendo, es preciso que ustedes se fien de mí en aquello que es de mi exclusivo resorte y que yo entiendo mejor que nadie.

Y ante la seguridad con que hablaba, no tenían más remedio que guardar silencio y dejarlo obrar.

El gobernador de La Rioja en fuga, había impuesto á sus vecinos de lo que pasaba, y éstos se preparaban á la lucha de una manera formidable. Tenían terror al Chacho, por la influencia que él representaba en todas las provincias y por lo que valía este gran caudillo al frente de sus tropas, por escusas que éstas fueran. Sabían ya por experiencia que los pueblos se levantaban en masa al paso del Chacho y que una

vez éste en campana, tendria un ejército más poderoso que los de todos ellos reunidos. Y aunque confiaban ellos en el poderoso apoyo que podrian prestarles Aldao y Benavidez, temian á Peñaloza, porque era más influyente y más soldados que todos ellos.

Chacho á su vez tenia un profundo desprecio por todos los caudillos que se levantaban en las provincias vecinas.

El único hombre que le merecia respeto y consideracion era el general Benavidez, hombre de carácter y de leales procederes. El general Benavidez no se ensañaba jamás con el enemigo vencido, ni perseguia á sus enemigos con el encarnizamiento y el odio de los otros jefes de la federacion. Y esta simpatia y este respeto habian crecido por un rasgo de caracter que sedujo á Peñaloza.

En uno de tantos combates, cuando Chacho andaba con La Madrid, un oficial á quien aquel estimaba mucho, habia caido prisionero entre las tropas de Benavidez. En el acto que le vieron caer herido, un grupo de soldados se precipitó sobre él, cuchillo en mano para degollarlo.

Aquel oficial peleó como un héroe mientras tuvo fuerzas, pero los enemigos eran numerosos, su fatiga inmensa y pronto fué vencido y desarmado. En momentos que lo tomaban de los cabellos para degollarlo, apareció el general Benavidez que recorria el campo con un par de escuadrones.

—¿Qué hacen con ese hombre? preguntó.

—Lo vamos á degollar, dijo el que lo tenia del pelo, porque es un pillo que nos ha muerto dos soldados.

—¿De qué fuerza es usted? le preguntó entonces el general, haciendo retirar á los soldados que querian degollarlo.

Soy de las fuerzas del Chacho, respondió el jóven con infinita fiereza: de los que mueren sin pedir gracia.

—Ese oficial está bajo mi amparo, dijo entonces el general Benavidez, ¡ay! del que le toque un cabello. El Chacho es un jefe bueno y humano, que no se ha manchado nunca con un acto de crueldad, y sus oficiales, lejos de merecer la muerte por el hecho de serlo, son dignos del mayor respeto y consideracion.

Aquel oficial que habia salvado de una manera tan milagrosa, volvió al lado de su familia por consentimiento del mismo Benavidez y en primera oportunidad refirió al Chacho lo que le habia pasado.

—El general Benavidez es un hombre, respondió Peñaloza, á quien yo estimo en lo que vale: quiera Dios que tenga ocasion de probárselo.

Así fué como empezó el respeto de aquellos dos hombres que más tarde habian de ligarse por una de aquellas amistades leales é inquebrantables.

Chacho preparó con las mejores armas que halló en La Rioja una columna lijera como de mil hombres, con los que debia abrir sus operaciones y se puso en marcha sobre tablas en direccion á Catamarca.

Si antes habia luchado por la libertad de su provincia y por la noble causa unitaria, ahora lo impulsaba un sentimiento más íntimo que le daba unas fuerzas que jamás habia notado en él.

Era el sentimiento del dolor causado por la muerte de su compañera y la desaparición de su hija, mezclado á un sentimiento de odio profundo por el malvado autor de aquellas dos desgracias y el deseo de vengarse de él castigándolo de una manera tremenda. Y él, que nunca habia conocido una pasión mezquina, él que nunca habia deseado el menor mal, sentia su corazón lleno de odio y de venganza. Todo lo que pertenecía á la federación lo miraba con el mismo rencor y los que en sus filas formaban, eran para él no solo ya enemigos suyos, sino enemigos de todo el género humano, y como á tales pensaba tratarlos.

Yo comprendo, decia, que se venguen de mí, que me hagan todo el daño posible, y que me charquen vivo el día que lleguen á agarrarme, porque yo los he vencido y por mí han perdido todo su poder muchas veces. Pero ellas, ¿qué mal les han hecho para que mataran á una y se llevaran la otra para infamarla y hundirla en la desesperación y la vergüenza. ¿Es delito quererme? ¿es delito tener mi sangre? ¿soy yo algun bandido cuya raza ofenda á la humanidad? Ese es un crimen inútil y cobarde y los que cometiéndolo me han destrozado el corazón, sufrirán el castigo que han merecido el día que caigan en mis manos. Ellos merecerían que yo me vengara de la misma manera en sus mujeres y en sus hijas, pero mi espíritu no es el de un bandido, y nunca podré hacerlo. ¡Ay del tuerto Bárcena el día que se me ponga al alcance de mi lanza! no he de quedar satisfecho hasta que no entierre la moharra en su corazón!

Y al pensar en esto, Chacho sentia no tener las entrañas de Quiroga, para proceder como hubiera procedido aquel. Se sentia sin fuerzas para ser tan cruel como deseaba, y esta era su mayor desesperación.

Chacho se puso en marcha despues de haber dado á su gente un punto de reunión, para el caso en que por una fatalidad que no esperaba tuviera que desesperarlos. Y lleno de fé en el éxito de su empresa, cruzó á la provincia de Catamarca, sublevando contra el poder de Rosas todos los pueblos por donde pasaba.

Las fuerzas del gobierno se habian reconcentrado en número de dos mil hombres, en Coneta, punto estratégico, para moverse sobre el Chacho en cuanto supieran con exactitud el paraje donde se encontraba. Aunque no sabian fijamente el número de las tropas con que habia invadido el Chacho, sabian que sus elementos en armas eran escasos y que no podría presentar un ejército capaz de competir con ellos.

El Chacho traia consigo cuatro de los mejores rastreadores de los Llanos, á quienes dió la comision de rastrear el ejército de Catamarca, y traerle la noticia tan pronto como llegaron á descubrirlo.

Los rastreadores se internaron en territorio catamarqueño, no tardando en hallar el rastro de las tropas acampadas en Coneta, conociendo con esa seguridad pasmosa del rastreador riojano, el número de soldados que allí habia, y el número de las cabalgaduras que llevaban regresando con la noticia exacta adonde estaba el Chacho.

— ¡Es preciso sorprender esas tropas, dijo Peñaloza, para tomarlas sin que se escape uno, y poder aprovechar no solo

sus armas sinó sus muladas, que buena falta han de hacerlos.

Y emprendió su marcha sobre Coneta, con las mayores precauciones para no ser sentido y poder sorprenderlos como deseaba.

Estos no solo no esperaban á Chacho, sinó que ni se imaginaban que aquel pudiera haberlos sentido marchara sobre ellos.

Chacho forzó sus marchas, hasta que se puso á una jornada de camino. Allí acampó, hizo montar sus tropas en los caballos y mulas de refuerzo, y á la caída de la noche se puso en marcha lentamente para no llegar á Coneta antes de amanecer y para conservar frescas sus cabalgaduras.

Y la marcha fué tan bien calculada, que cuando empezaba á amanecer, el ejército de Chacho se hallaba sobre el enemigo. Este lo sintió y montó á caballo, pero no tuvo tiempo de formar.

La confusion de la sorpresa habia sido grande y los soldados se habian mezclado en los cuerpos, aterrados, y sin atender á nada.

Chacho no esperó más, escalonó sus regimientos y cargó con una impetuosidad tremenda, irresistible. Aquel enemigo ni siquiera trató de defenderse, ni aún de entrar en formacion, y huyó despavorido en todas direcciones bajo el sable de las fuerzas del Chacho.

Algunos cuerpos más bravos ó menos sorprendidos que los otros, quisieron contener á aquel enemigo entusiasta, pero la débil resistencia que pudieron oponer les cos ó más cara, porque fueron sableados con terrible encono.

Irritado como estaba el Chacho, miraba impassible aquella carniceria, sin decir una palabra.

Era la primera vez que no contenia á sus soldados en medio de la matanza. Mas de cuatrocientos hombres se habian plegado desde el primer momento, siendo éstos los que más enconados se mostraban en aquella sangrienta escena.

Eran chachistas que servian en el ejército del gobierno, violentamente y para evitar que los persiguieran y los mataran como enemigos. Estos soldados, desde el principio y aprovechando la confusion de la sorpresa, se habian pasado á los gritos entusiastas de ¡viva el Chacho! y se pasaron á los escuadrones que trajeron la primera carga.

En menos de veinte minutos el enemigo se habia dispersado dejando en el campo gran cantidad de muertos y heridos y abandonadas sus armas y cabalgaduras, pues los más habian huido á pié internándose en el monte y sin armas para andar con más soltura.

El triunfo no podia ser más brillante ni el resultado más espléndido, pues con él conseguia Peñaloza lo que más falta hacia á sus soldados: armas y caballos.

Sin querer perder tiempo y para aprovechar la confusion, la desmoralizacion que aquella derrota debia haber causado en el gobierno, Chacho armó precipitadamente el resto de su gente y se puso en marcha hácia la misma capital.

Cuando el Chacho llegó, ya se conocia allí su triunfo y la con-

fusion era enorme. Teniendo en Catamarca tanto partido como en La Rioja mismo, el gobierno no podia juntar gente alguna, pues toda la disponible salia al encuentro de Chacho, pidiéndole ser admitida en sus filas.

Chacho juntó así dos batallones de infanteria y se asomó en la ciudad, en condiciones de poder resistir ventajosamente cualquier ataque que se le trajera. Así podia dedicarse exclusivamente á buscar á Anita, que era la gran preocupacion que dominaba á su espíritu. Y recibia felicitaciones y visitas de todas partes, como si no se diera cuenta de lo que decian, porque estaba completamente dominado por el recuerdo de su hija querida. Y la buscó en toda la ciudad, casa por casa, sin respetar siquiera los conventos, donde entró por medio de súplicas, pues no queria hacer uso de la violencia. Pero como en La Rioja, su hija no estaba en Catamarca; allí no habia llegado el tuerto Bárcena y hasta se ignoraba el triste suceso.

—¡Yo la encontraré! exclamaba Chacho tristemente, yo la encontraré, como encontraré tambien á ese tuerto miserable. Yo nunca he sido cruel, pero creo que si llevo á tomar á ese hombre, voy á serlo por primera vez de mi vida.

Y muchos que se hallaban en su misma situacion, lo incitaban á la venganza, consolando su dolor con la referencia del propio.

Convencido de que Anita no estaba en Catamarca, el Chacho decidió seguir su campaña con toda rapidez para que fuese más eficaz. Le habia entrado una inmensa ambicion de pelear sin descanso y exterminar cuanto ejército se le pusiese por delante.

—Con alguno ha de venir el tuerto Bárcena, pensaba, y entónces le cobraré una á una las amarguras que me ha hecho pasar.

En el Habra, segun las noticias de sus rastreadores, se hallaba el coronel Pintos con una fuerza respetable de caballeria é infanteria, y á Habra se dirigió sin vacilar un momento. Aunque hubiera tropezado con un ejército de cinco mil hombres, le hubiera presentado batalla con la misma decision y la misma seguridad de triunfar.

El coronel Yanzon que se habia plegado en Catamarca, marchaba al frente de una division, como vanguardia de Chacho. Era este un militar distinguido, de buena reputacion y de valor inestimable, amigo leal de Peñaloza desde su infancia y separados solo por la enemistad que Yanzon tenia á Quiroga.

El Chacho y el coronel Yanzon se encontraron en Catamarca y se unieron, pidiendo éste un puesto en el ejército y señalándole aquel la vanguardia para que la mandara desde ese momento.

En marcha hácia el Habra, supo Chacho que en las «Callesitas» departamento de Piedra Blanca, habia una division de más de mil hombres, decidiendo entónces contramarchar hasta ese punto.

—Es mejor destruirlos en detalle, dijo Yanzon, y antes que se reunan y presenten un fuerte ejército: de esta manera conseguiremos el mismo resultado final sin cansar nuestras tropas.

La fuerza que estaba en las Callesitas, de infanteria y caballe-

ria, esperaba en aquel punto la incorporación del coronel Pintos, pero perfectamente prevenida á un avance, pues tenían una sorpresa de Chacho.

La infantería no abandonaba un momento su formación de cuadros y la caballería estaba constantemente con el caballo ensillado y de la rienda. Chacho no era de fiarse y seguramente iba á caer sobre ellos en el momento menos pensado.

Chacho creía sorprenderlos, pero á su llegada los encontró perfectamente formados en actitud de combate. Las infanterías formaban buenos cuadros en el centro, protegidos por dos largas alas de caballería en actitud de cargar.

Chacho no vacila un segundo, escalona cuatro regimientos y dejando á Yanzon al frente del ejército formado en batalla, se lanza en una carga tremenda. Los cuadros de infantería hacen un fuego diabólico y las caballerías se desprenden á su encuentro, pero son doblados en aquella carga vertiginosa que va á estrellarse contra los cuadros.

Allí el combate se hace imponente y al arma blanca. Las infanterías resisten, pero aquella carga sucesiva es bárbara; los regimientos empiezan á romper los cuadros y se meten por fin entre su centro, sableándolos con un empuje incontrastable.

Ya las tropas no resisten, porque temen las cargas de aquella brillante reserva que no espera mas que una orden, y empieza á arrojar sus armas y á huir espantados. Los infantes no pueden huir y son hechos prisioneros en medio de una verdadera matanza que Chacho no trata de evitar. Es preciso que paguen la muerte de su compañera y el martirio de Anita, porque ellos también han formado parte del ejército del general Pacheco, y quién sabe sino ayudaron también al tuerto Bárcena en sus horrores.

Pero el corazón de Chacho, á pesar de la ira que lo dominaba, no pudo resistir mucho aquel espectáculo terrible y empieza á contener los soldados que están dominados por el vértigo del exterminio. Y mientras los soldados de caballería huyen en todas direcciones porque nadie los persigue ya, él se ocupa de hacer recoger los heridos que están diseminados por todas partes y que se ven protegidos y atendidos en el momento que creían los irían á degollar.

Chacho los hace acomodar lo mas prolijamente que le es posible, y con los mismos prisioneros que ha tomado, los deja en el cuerpo de guardia con mas de doscientos hombres que pueden conducirlos cómodamente hasta la primera población. Y emprende él su marcha hácia el Habra, donde espera que el combate será mas reñido, porque el coronel Pintos es un jefe bravo y se encuentra al frente de tropas buenas y numerosas. Su ejército va lleno de entusiasmo y de esperanzas, envalentonado con los triunfos tan fácilmente alcanzados. Los soldados identificándose con su gran caudillo, no desean sino enemigos con quienes combatir y á quines vencer.

Chacho no se equivoca, en Habra la batalla va á ser mas dura y disputada.

Las fuerzas de Pintos son elejidas, y Pintos mismo es el mejor jefe con que allí cuentan los federales.

Chacho llega por fin al Habra, y á la vista del ejército de Pintos se acuerda de Quiroga y dispone sus fuerzas en dos grandes fracciones, una de caballería solamente con la que ha de estar atento á todas para acudir adonde sea mas necesario, y otra de las dos armas que tiende en batalla dando su mando á Yanzon.

En cuanto se aproximó Chacho, Pintos hizo romper sobre él el fuego de dos piezas de artillería colocadas á la izquierda de su línea, causándole poco daño.

Chacho desprende dos guerrillas de infantería acompañadas de pelotones de caballería y espera tranquilo el aspecto general de la batalla. Los dos ejércitos desean venirse á las manos, así es que el combate no tarda mucho en empeñarse en toda la línea.

Las infanterías avanzan, se hacen un fuego terrible y vuelven á ocupar sus respectivas posiciones para rehacerse al abrigo de la caballería. Las municiones son escasas y se agotan pronto, razon por la cual el Chacho indica á Yanzon la conveniencia de cargar á la bayoneta, carga que lleva impetuosamente el mismo coronel Yanzon.

Pintos se prepara al choque, y mientras atiende al punto sobre que éstas cargaron, Chacho aprovecha su distracción y se lanza con un regimiento sobre las piezas. Los artilleros y los infantes que las protegen son sableados sobre las piezas que las hace enlazar Peñaloza y huir con ellas antes que Pinto se dé cuenta de lo que le ha sucedido á su izquierda.

La infantería de Yarzon es recibida bravamente y en cuadro, el choque es bárbaro y sangriento, el ala derecha de Pintos protege entonces su centro y Yarzon es rechazado con grandes pérdidas.

Chacho, que no ha dejado de observar un momento las alternativas del combate, cree que ha llegado el momento, y sarga con su reserva con toda la violencia que le fué posible. Y cae allí como una tormenta de muerte, dando orden de avanzar el resto del ejército.

La batalla se ha empeñado de una manera decisiva; el que flaquea allí será vencido. La infantería de Yarzon, reanimada con la protección del Chacho, vuelve á la carga y hace prodigios de valor.

Pintos comprende que en éste no está el éxito de la batalla y aglomera allí todos sus elementos. Pero todo esfuerzo es inútil, las cargas sucesivas del Chacho no pueden resistirse mucho tiempo. Pintos se centuplica en el combate, atendiendo todos los puntos, pero Chacho le ha roto ya los cuadros á filo de sable y se le ha entrado lanceando de un modo terrible. Pintos, sin embargo, no cede: hace esfuerzos supremos, y aunque comprende que está vencido dentro de breves momentos, no quiere abandonar el combate en su punto mas recio.

Chacho se retira, vuelve, redobla la impetuosidad de las cargas, y la derrota por fin se pronuncia en las filas de Pintos, que se vé rodeado por todas partes por tropas que parecen refrescarse en la misma fatiga del combate. Y perdidas ya todas sus esperanzas ante la realidad desastrosa, se retira del campo de batalla acompañado de un grupo de ginetes bastante numeroso.

Chacho impide que se le persiga, temiendo que si los alcanzan

los soldados vayan á ultimarlos, y se preocupa solo de los heridos con el mismo objeto.

—¡Que no se mate un solo herido! ¡que no se mate un solo herido! grita recorriendo el campo por todos los puntos donde ve aglomeracion de grupos.

Y antes que llegue la noche, la calma se ha restablecido por completo, pues los mismos prisioneros que al principio temian ser muertos, se han convencido de que sus vidas serán respetadas por aquel enemigo magnánimo y generoso.

La campaña en Catamarca queda concluida, no hay un solo enemigo y los pocos que han huido se habrán dirigido al lado de Tucuman, donde los federales aglomeran fuertes elementos.

Chacho dió en el mismo campo de batalla un largo descanso á sus tropas, fatigadas de una campaña tan ruda como rápida. Era preciso recuperar por medio del descanso las fuerzas perdidas, porque aquellos no eran mas que los preliminares de una gran campaña. Aun quedaba mucho que andar y combatir con fuerzas que cada vez serian mas poderosas en número y elementos.

Nobleza riojana

Las noticias de los triunfos del Chacho habian llegado hasta Rosas, alarmando á la federacion, porque el caudillo riojano no tardaria en apoderarse de todas las provincias del Norte. Obligarlo á una batalla decisiva no era posible, pues ya se sabia que Chacho no aceptaria si no estaba seguro de triunfar, y seguiria en su sistema de montoneras dando golpes de mano allí donde mas débiles los notara.

El fraile Aldao no se atrevia á salir de Mendoza, á provocar un encuentro con Chacho y preferia quedarse en Mendoza donde creia que Chacho no intentaria un ataque.

Rosas mandó que aglomeraran en San Juan todos los elementos de que pudieran disponerse, porque allí estaba el general Benavidez, hombre de toda confianza, á quien escribió que tratase con el Chacho para que se sometiera, bajo cualquier condicion que fuese, porque aquella guerra podia ser muy larga y obligarlos á distraer por allí un fuerte ejército que tanta falta hacia en otras partes.

Benavidez, así que recibió la comunicacion de Rosas, envió una persona de su confianza para que hiciera á Chacho proposiciones de paz, garantiéndole en su nombre, que seria respetada la vida de todos aquellos que habian tomado parte en la última campaña.

La conferencia tuvo lugar en Catamarca, pero sin ningún resultado en el sentido que se buscaba.

Chacho escuchó al comisionado, manifestando el mayor aprecio por la persona del general Benavidez, pero muy poco por la causa que defendia. En seguida refirió al comisionado para que lo repitiera al general, lo que con su familia habia hecho el tuerto Bárcena, añadiendo:

—Yo no puedo escuchar ninguna proposición de paz, mientras mi hija no me sea devuelta. Dígale al general que la haga venir á San Juan en completa libertad y entonces, recién entonces escucharé proposiciones de arreglo.

La respuesta fué á Rosas, y éste ordenó se buscara por todas partes á la hija de Peñaloza y se le remitiera bajo segura custodia.

Entre tanto Chacho preparaba sus elementos para caer sobre Tucuman, donde estaba el general Gutierrez con un fuerte ejército.

Allí los elementos bélicos eran mas poderosos, pues como se habia combatido siempre con denuedo, el parque de artilleria habia quedado bien provisto tanto en armas como en municiones, La artilleria era mucha y buena, y la infanteria de Gutierrez aguerrida y brava.

Pero Chacho se atenia á sus grandes masas de caballeria que le merecian una confianza ciega. La caballeria para él, era la base de toda operacion de guerra, y no daba á los cañones la menor importancia, porque decia que teniéndolos el enemigo los tendria él mismo, sin mas trabajo que irlos á enlazar de entre las tropas:

El Chacho emprendió su marcha hácia la provincia de Tucuman, con un ejército de tres mil hombres bien armados, y casi todos de caballeria. Chacho sentia alejarse de Catamarca y La Rioja, centro de todos sus recursos, pero estaba convencido que era preciso moverse, pues allí no habian de irlo á buscar.

El general Gutierrez, que tenia bomberos en todas direcciones, supo inmediatamente que Chacho se le venia encima y salió á esperarlo á los Manantiales, punto estratégico donde podria jugar su artilleria con gran ventaja y comodidad.

Fué pues en Manantiales donde se encontraron los dos ejércitos, el de Gutierrez compuesto de fuerzas de las tres armas, y el de Chacho, de caballeria casi en su totalidad; pues no llevaba mas que trescientos infantes.

Escusemos describir esta batalla en todos sus incidentes, la mas grande que habia dado entonces el coronel Peñaloza.

Como la ventaja del enemigo estaba en sus armas de fuego, Chacho antes de tender su linea, decidió que se atacara á Gutierrez por dos frentes con una sucesion de cargas violentas. Así inutilizaria las armas de fuego y lo obligaria á pelear al arma blanca y cuerpo á cuerpo, género de batalla en que se consideraba infinitamente superior.

Gutierrez esperaba tranquilamente que Chacho tomara posiciones para romper sus fuegos, siendo grande su sorpresa al ver cargar sobre él decididamente aquella enorme masa de caballeria. No tuvo más tiempo que el necesario para formar sus cuadros cuando llegaron los primeros regimientos golpeandose la boca y revoleando los sables. Detrás de aquellos regimientos cargaron otros y otros, de tal manera y con tal impetu, que pronto rompieron la linea, pasaron del otro lado y la tomaron por retaguardia.

La confusion fué grande: no habituados á combatir de aquella manera los soldados del general Gutierrez y cargados con aquel impetu, empezaron á perder terreno, las infanterias se envolvie-

ron perdiendo toda orden de formacion y negándose á obedecer la voz de los oficiales.

Chacho comprendió que aquel era el gran momento y lanzó los últimos quinientos hombres.

El ejército de Gutierrez, completamente dominado, se pronunció entonces en la más vergonzosa derrota. Los artilleros abandonaron la piezas, los infantes arrojaron las armas, y todos empezaron á huir bajo el sable de las tropas de Chacho, que no les daban un momento de tregua.

El general Gutierrez, arrojando aquellas prendas de uniforme que podian hacerlo conocer del enemigo, se confundió entre un grupo compacto de caballeria, tomando la direccion de Mendoza.

El triunfo de los Manantiales no podia haber sido más completo. El coronel Yanzon se habia apoderado de la artilleria enemiga, y aglomeraba allí todos los fusiles que estaba diseminados en el campo de batalla. En oposicion con las teorías del Chacho que sostenia que para triunfar no se preciaba más que buena caballeria, recogia aquellas armas para formar batallones de infanteria, que era su arma. Sintió de pronto un nutrido fuego á su espalda y dió vuelta rápidamente para ver lo que sucedia. Era un jóven jefe enemigo, que se defendia de una manera heroica, con un peloton de infanteria sin querer rendirse. Yanzon acude allí, y ofrece al jóven la vida bajo su palabra de honor, si se entrega y deja de resistir inútilmente. El jóven sonrie, y dirige sus fuegos hacia los infantes que rodean á Yanzon.

—Es inútil resistir, ¡le grita el bravo Coronel, ríndase usted, jóven, se lo propongo con todos los honores de la guerra.

—¡Yo no me rindo! á tomarme si son capaces, grita, y manda seguir el fuego.

Yanzon lo carga, el grupo de caballeria avanza, y pronto el jóven se ve rodeado de cadáveres. Pero no por esto desmaya y con ocho ó diez leones que le quedan, sigue haciendo fuego, dispuesto á resistir mientras tenga vida. Los soldados del Chacho diseminados en todas direcciones, acuden á aquel único punto donde se combate, y el jóven por fin es bajado de un lanzaso del soberbio caballo que monta.

En aquel momento llega tambien Chacho, atraído por aquellas únicas detonaciones que suenan en el campo de batalla. Los soldados se han precipitado sobre el jefe caído, que como última defensa ha abandonado su espada sacando un par de pistolas.

—¡Altol! grita Chacho, nadie lo toque!

Los soldados retroceden ante la voz de Chacho, pero el jóven vuelve á sonreir y repite á los dos ó tres hombres que le quedan la voz de fuegol Cree sin duda que lo quieren tomar vivo para lancearlo y se decide á defenderse hasta la muerte. Pero los soldados han concluido ya la municion y no pueden hacer más fuego.

Chacho, rapido como un relámpago, arroja su poncho á la cara del jóven jefe, y se precipita sobre él mientras manda que tomen á los soldados.

Oprimido entre los brazos vigorosos del Chacho, y herido, aquel jóven no puede resistir más, y es desarmado y aprisionado.

Ya no queda más que hacer allí, y Chacho se dirige á la ciudad

de Tucuman, con sus prisioneros, y nadie trata de hacerle resistencia, temiendo exasperarlo, pues todos creen que va entrar á sangre y fuego. En cuanto Chacho pisa la ciudad, su primer medida es poner en libertad á los prisioneros, para que puedan ir á sus hogares y calmar la agitacion de sus familias.

—¿Quién es usted? pregunta á aquel jóven jefe que ha hecho su prisionero: se lo pregunto para mandarlo á su casa en caso que usted viva aqui, ó llevarlo conmigo adonde yo me aloje.

- Sé que en cuanto se sepa quien soy me vá á mandar lancear, pero poco me importa puesto que tarde ó temprano lo han de saber. Yo soy el mayor Gordillo, yerno del general Benavidez, Gobernador de San Juan.

—Pues lejos de ser este un motivo para que se le mate, respondió sonriendo Chacho, es un motivo más para mi consideracion. El general Benavidez es un jefe que respeto y estimo, y no desearé jamás que tenga la menor cosa que reprocharme.

Con gran sorpresa del mayor Gordillo, desde aquel momento el Chacho lo llenó de consideraciones de todo género. El jóven vivía en Tucuman con su esposa, la hija de Benavidez, hermosa niña con quien se habia casado dos años antes, y de quien tenia un hijito de pocos meses. Chacho hizo conducir el jóven á su casa hasta que tuviera mejor, le dijo, en cuyo caso lo remitiria á San Juan para su mejor asistencia.

Chacho se habia alojado en el domicilio del general Gutierrez, que no tenia familia, y allí habian acudido las personas más respetables de Tucuman á pedir garantias, pues temian que la ciudad fuera saqueada por aquel ejército acampado en sus alrededores.

—Mis soldados son soldados de orden, respondia Peñaloza, aunque como una injuria nos llaman montoneros. Nadie tiene que abrigar el menor recelo, y pueden dormir más tranquilos que antes.

A pesar de estas seguridades las familias temian y se encerraban en sus casas, pero pronto se convencieron que no debian temer nada; á pesar de estar en los suburbios, los soldados no se atrevian á entrar en la ciudad.

Chacho, como siempre no se metió para nada en el establecimiento de las nuevas autoridades, exigiendo tan solo que éstas fueran unitarias.

El nuevo jefe político, por persecuciones anteriores, era enemigo personal é irreconciliable del mayor Gordillo. Así es que en cuanto le vió con poder bastante, lo mandó arrancar de su casa, sin respetar su estado y lo encerró en su calabozo, notificándole que iba á tener el gusto de hacerlo fusilar.

La hija de Benavidez, aterrada ante el crimen que se proyectaba y por consejo de algunos amigos de Gordillo, fué á ver al Chacho, y le refirió lo que pasaba.

—Lo ódian á muerte, decia, y lo van á asesinar si usted no lo impide.

—Yo protejo las autoridades que Tucuman se ha dado, dijo Peñaloza, con tal que ellas sean unitarias, pero esto no quiere decir que deba proteger á los asesinos que se apoderen del Gobierno y de la Policia por unitarios que sean. Para que usted

esté más tranquila puede quedarse aquí, que yo voy á hacer traer á su marido inmediatamente.

La jóven fué en busca de su pequeño hijito, instalándose desde entónces y sin el menor recelo en el alojamiento de Chacho.

Este, profundamente dolorido, disgustado con lo sucedido, mandó venir al jefe de policia, trayendo consigo al mayor Gordillo.

—Es un bandido, dijo aquel hombre feroz, yerno del tiranuelo de San Juan, que nada respeta.

—Yo no quiero conocer su opinion, replicó Chacho severamente, sino prevenirle lo siguiente, que la policia no puede ser elemento de venganzas personales, y que si yo llego á saber algo parecido, tengo el sentimiento de anunciarle que será preciso que renuncie.

—Cuando imperaba la federacion él persiguió á mi familia con feroz encarnizamiento y ahora es preciso vengarse.

—Nadie se vengará de nadie, mientras yo esté en Tucuman, y el mayor Gordillo queda aquí en mi casa, que bien puede ser la de un enemigo, pero jamás la de un bandido.

Dos dias despues, y encontrándose repuesto de su dolorosa herida, el jóven se ponía en marcha para San Juan, acompañado de su esposa y de su hijito y doscientos hombres de la escolta de Chacho que la formaban milicias de la Costa Alta.

—Yo no sé cómo pagar á usted todos los beneficios recibidos, dijo el jóven al despedirse, pero en todas las situaciones de la vida tendrá usted en mí un hermano.

—Nada me debe, respondió Peñaloza: lo que he hecho por usted ha sido un homenaje rendido al valor heróico, lo poco que haya podido hacer por ella, lo hago en honor del general Benavidez, y en muestra del respeto que le tengo. Nada tendrán que temer en el camino de fuerzas mias, concluyó. Ahora buen viaje y hasta muy pronto, pues creo que no tardaré en hallarme como enemigo frente al general Benavidez. ¡Qué le hemos de hacer! hubiera deseado estar siempre unido á él, pero marchamos por distintos rumbos y hácia distinto fin, él sirviendo el poder de Rosas y yo combatiéndolo. Pero dígamele que no importa, que vencido ó vencedor seré para él siempre el mismo.

El mayor Gordillo emprendió su viaje á San Juan llevando á su esposa y su hijo en una especie de coche que les proporcionó Chacho.

El oficial que mandaba aquella escolta y que tenía orden de acompañarlos hasta la misma ciudad de San Juan, los trataba con el mayor respeto, pidiendo y recibiendo sus órdenes como hubiera pedido y recibido las de Chacho mismo. Al salir de Tucuman y pedir sus órdenes, el oficial habia preguntado á Chacho lo que debia hacer si llegando á la ciudad de San Juan quisieran hacerlo prisionero.

—Usted se resistirá y en caso preciso, combatirá hasta donde sea posible. El General Benavidez hará respetar, estoy seguro, á los que han ido escoltando á su hija, pero en caso contrario, ya sabe usted, combatirá hasta donde alcancen sus fuerzas. El Mayor y su señora le merecerán tanto respeto como yo mismo, y de su vida hasta San Juan, usted es el único responsable ante mí.

Y fuerzas del general Benavidez mismo, no hubieran cum-

plido su mision con tanto esmero y tantó cuidado. En el coche donde iba la jóven, el Chacho habia hecho poner todo género de provisiones, de manera que nada pudiera faltarles, y este fué un cuidado más que los jóvenes tuvieron que agradecer al caudillo riojano.

Gordillo estaba asombrado de la hidalguia de Chacho, á quien siempre habia oido tratar como un gaucho bárbaro y cruel. El mismo habia presenciado cómo trataba á los prisioneros de la guerra, poniéndoseles en libertad una vez desarmados, y cómo hacia respetar los intereses y personas de los pueblos donde entraba. Y este era para él tanto más asombroso, cuanto que estaba habituado á ver cómo se conducian los federales en igual condiciones.

En cuanto pisaron territorio de San Juan, fuerzas de Benavidez avanzaron la escolta de Gordillo queriendo hacerla prisionera á todo trance. Y para evitar un combate fué necesario que el jóven Mayor se mostrara y ordenase en nombre de su suegro que aquellas fuerzas se retiraran.

Grave y decidido á pelear contra un ejército, aquel bravo oficial intimó más de una vez á los sanjuaninos le franquearan el paso, preparándose á cargarlos, pero la voz del Mayor Gordillo le contuvo, haciéndole permanecer tranquilo.

—A la vuelta será otra cosa, pensaba el jóven, y veremos quien se atreverá á cerrarnos el paso.

El Mayor Gordillo envió á su suegro un chasque para prevenirle que llegaba, lo que sorprendió á Benavidez, pues le habian asegurado que su yerno habia muerto en Manantiales y que su hija se hallaba en poder del enemigo. Y él mismo se adelantó con una escolta al encuentro de su hija querida. El oficial de la escolta se adelantó á reconocerlo y cuando supo quien era, le hizo entrega formal de las personas que escoltaba.

—El coronel Peñaloza me ordenó no regresar hasta no haberlos entregado á V. E. mismo, cumplida aquí esa orden, V. E. me permitirá que regrese.

—Un momento, repuso el General, que quiero darle algunos pliegos para el Coronel.

El oficial se retiró entonces, y Benavidez avanzó hasta el carricoche donde venian los suyos. Su yerno no habia descendido á su encuentro, porque el viaje habia hecho algun daño en su herida y no se encontraba bien.

Cuando Benavidez supo todo lo que en beneficio de ellos habia hecho Chacho, no demostró ninguna extrañeza.

—Yo sé quien es Chacho, dijo, conozco toda la nobleza de sus sentimientos y nada de esto me sorprenderá; quiera Dios que algun dia pueda retribuirle lo que por ustedes ha hecho.

Todos regresaron á San Juan, narrando Gordillo á su suegro todos los incidentes de la batalla, la manera formidable como habia combatido Chacho y su conducta magnánima con los prisioneros de guerra.

Fué entonces que el General Benavidez escribió una larga carta á Chacho, invitándole que se retirase á La Rioja é hiciera tratados que siempre serian ventajosos para él. El le garantiza que su hija sería remitida sana y salva á La Rioja misma, bajo

su responsabilidad. Y le rogaba tuviera en cuenta su pedido, aunque más no fuera que para evitarle el disgusto de tener que pelear contra él, que había recibido orden de salir en su busca con un ejército, pero que demoraría su cumplimiento hasta recibir su respuesta. Y concluía dándole las gracias por lo que había hecho en obsequio de sus hijos, y asegurándole que siempre podría contar con su amistad personal, leal y sin límites.

Y la escolta se puso en marcha, conduciendo aquellos pliegos y un salvoconducto para que nadie lo detuviera en el camino.

Lo que era Peñaloza

Cuando Peñaloza recibió las cartas de Benavidez, sintió en el alma no poderlo complacer; él combatía por una causa que no podía abandonar, y siendo su objeto libertar á todo el Norte del azote de la tiranía, no podía hacer concesiones, hasta no ver implantado en todas ellas el gobierno unitario.

Y siguió sus preparativos para seguir la campaña que había iniciado con aquella série de triunfos. Y decidió, lejos de retirarse á La Rioja, esperar en Tucuman la remision de su hija, ó al ejército que viniera á combatirlo.

Rosas había sabido el paradero de la hija de Chacho, y ordenando al general Oribe le remitiera á San Juan para que fuese entregada al general Benavidez, quien debía mandarla entregar á Peñaloza.

Oribe no tenía más remedio que cumplir aquella orden de Rosas y así lo hizo saber al capitán Rivero, que quedó aterrado al conocerla.

Cuando la jóven conoció de lo que se trataba, se sintió verdaderamente feliz—al fin iba á ver á su padre, por quien tenía verdadera locura. El cariño de Rivero no era bastante á retenerla aunque el jóven la amaba con idolatría.

—Esta separacion de todos modos ó momentánea, le decia, porque lo que yo quiero lo querrá mi padre, y cuando sepa todo lo que has hecho por mí, te amará como el mejor de sus hijos.

—¡Pero yo no puedo ir allí sin desertar mi causal

—Irás cuantas veces quieras sin desertarla, puesto que allí serás respetado y podrás volver aquí en cuanto lo desees.

—¿Y cómo vuelvo aquí despues de estar con el enemigo? Mi situacion se hace violenta, Ana, terriblemente violenta, pues sé que si te separas de mí, no volveremos á vernos. Dicen que te llevan al lado de tu padre, Ana, pero yo te voy á decir una cosa tremenda: el padre á cuyo lado te llevan, es el tuerto Bárcena, que tiene influencias en Buenos Aires y habrá conseguido de Rosas tu entrega. Aquí se hacen monstruosidades, terribles, Ana, mía, y por no meter bulla y que tú vayas voluntariamente te hacen creer la historia de que vas al lado de tu padre, cuando en realidad quien te espera es el tuerto Bárcena,

que viendo su causa perdida ante el general Oribe, ha ido á entenderse con Rosas.

Aquella fué para Anita una revelacion que la dejó aterrada. Las sospechas de Rivero era exactísimas para ella y ajustadas á la más rigurosa lógica.

¿De dónde nacía en Rosas ese empeño de complacer á su padre? Y oprimiendo á su esposo entre sus brazos, como se si sintiera arrancar de ellos, le dijo toda trémula:

—No me separo de tu lado por nada este mundo.

—Y harás bien, respondió Rivero cubriéndola con su caricias más apasionadas. La enemistad de Bárcena tiene el peligro de que Rosas lo pr tejia sabe Dios si con la promesa de tu misma hermosura ha seducido el tuerto al tirano!

—¡Oh! ¡no había caído yo en esto! exclamaba Anita llorando, ¡é iba á oír como una inocente hácia la lazada que me tendian! Me salvas de un peligro y este es un nuevo motivo que tengo para amarte.

Y desde aquel momento se borró del semblante de Anita toda la alegría que lo había alumbrado á la idea de ver á su padre.

Al día siguiente le mandó preguntar Oribe si estaba pronta para el viaje, y ella contestó que en seguida iría Rivero á hablar con él.

El capitán confiado en el cariño que le tenía el general, fué á verlo en efecto, rogándole que lo salvara de tan violenta situación.

—Es que es una orden terminante del general Rosas, orden que no se puede desobedecer ni demorar en su cumplimiento.

—Pero es que Anita no quiere ir, mi general, y me parece que no puede obligárselo á hacer lo que no quiere.

—Con el general Rosas no es posible discutir órdenes, amigo mio, no hay más remedio que cumplir lo que de él emanen y estas es terminante porque se refiere á un plan político de contentar al Chacho.

—Es que aquí no hay mas Chacho que el tuerto Bárcena, mi general, dijo el joven capitán, repitiendo á Oribe lo que había dicho á Anita.

—Todo es posible, capitán, pero no tengo más remedio que obedecer. Lo más que podía hacer en su obsequio sería demorar su cumplimiento, pero una vez que se me retirara, no habría más remedio que cumplirla.

—¿Y si ella no quisiera ir? ¿si se resistiera de todos modos?

—Sería inútil porque la orden de Rosas no se consulta para nada, su voluntad es terminante y precisa, y lo peor de todo es, que nada puede hacer en su obsequio.

Rivero se retiró de allí positivamente desesperado, para él era indudable que se trataba de una infamia del tuerto Bárcena, y el dolor y la vergüenza que sentía empezaba á alterar su razón. Desesperado y sintiendo decaer su ánimo por primera vez de su vida, se retiró á su alojamiento.

Allí lo esperaba Anita presa de la mayor agitacion. Al verlo llegar en aquel estado no pudo reprimir las lágrimas y se puso á llorar amargamente. La palidez y el asombro de Rivero,

era prueba indudable para ella de que nada habia podido conseguir.

—Quieren arrancarte de mi lado á toda costa, le dijo, ya vés que aqui hay un interés mayor que el de complacer á tu padre.

—Sí, pero yo no quiero ir y no iré, gimió ella; podrán llevarme, pero será cuando me hayan quitado la vida.

—Hay otra cosa antes, contestó el jóven, y es que para arrancarte de mi lado tendrán antes que arrancarme la vida, no lo dudes.

Rivero sentia una angustia suprema; amaba á Anita con verdadera pasion y aquella separacion violenta era la peor desventura que podia sucederle. Y estaba decidido no solo á resistir á la órden, sinó al mismo general Oribe si éste venia á cumplirla por fuerza.

Aquella misma noche recibió Oribe pliegos de Buenos Aires, y entre ellos uno en que Rosas le ordenaba que si no se habia cumplido la órden referente á la hija de Peñaloza, le diera cumplimiento en el acto de recibir aquella.

Oribe, profundamente disgustado por aquello, pues tenia verdadero cariño por Rivero, lo mandó llamar para prevenirle lo que sucedia.

—Es preciso tener ánimo fuerte, qué diablo! y no aflijirse por una contrariedad.

—Piense, general, que es mi mujer, contestó Rivero, y que no es cierto que la mandan al lado de su padre: es para mí cuestion de honor y de corazon. ¿Qué haria usted en mi lugar? yo se lo estoy conociendo en la cara y le aseguro que es lo mismo que yo haré, no lo dude, mi general.

—Es preciso tener conformidad, amigo mio, yo voy á darle un pasaporte para Buenos Aires y una carta para el general Rosas; tal vez así logre arreglarlo todo, aunque me parece difícil, pues realmente se trata de complacer al Chacho.

Rivero se retiró á su alojamiento, cargó su pistola de dos tiros y se preparó á recibir como él creia que debia hacerlo, á la comision que viniera á buscar á su esposa.

Al saber ésta que nada habia conseguido Rivero, porque nada podia hacer Oribe, se entregó al llanto mas desconsolador.

—No te aflijas que no te han de llevar de mi lado, le dijo, tén confianza en mí y en la fuerza que me darás tú propia, yo te aseguro que no te han de sacar de mi lado.

Oribe envió á un jefe para que condujera hasta allí á la esposa de Rivero.

—Diga á éste en mi nombre, ordenó, que no haga resistencia, que le encontraremos remedio, que por el momento tenga conformidad.

—¿Y si á pesar de esto el capitan Rivero hiciera resistencia?

—Entonces no habrá mas remedio que usar de la fuerza: usted me la trae entonces, cuidando de que no se le haga el menor daño.

El jefe salió á cumplir la órden acompañado de cuatro soldados, por el caso probable que tuviera que emplear la fuerza. Y conociendo al capitan Rivero, se trasladó á su alojamiento en la segu-

ridad de que iba á tener que usar la mayor violencia, porque Rivero no entregaria á su consorte.

Así fué en efecto: á pesar de todas las reflexiones que se hicieron, á pesar de invocar la orden terminante del general Oribe, Rivero declaró que no entregaba á su esposa, puesto que ella misma se resistia á obedecer. Fatigado de tanta reflexion inútil y despues de haber agotado los escasos recursos de su lógica, le declaró que, en ese caso, tenia orden del general Oribe de llevarla á la fuerza.

— El primero que le ponga una mano encima será el primero á quien le volaré los sesos.

El mayor, que se habia ido irritando gradualmente, quiso contener á Rivero mientras intimidaba á los soldados que con toda suavidad tomaran á la jóven.

Pero el capitán se sacudió violentamente, tomó de un brazo á la jóven que se guarecia á su espalda y antes que pudieran ver lo que iba á hacer, descargó uno de los tiros de su pistola en la cabeza del primer soldado que llegó hasta ella.

Anita estaba embargada por el mas tremendo espanto, al extremo de que no se daba ya cuenta de lo que aqui sucedia.

Los soldados que vieron que se resistia de aquella manera á una orden del general Oribe, echaron mano á sus armas y avanzaron resueltamente hasta Rivero, mientras el mayor trataba de acercarse á la jóven.

Un segundo pistoletazo de Rivero fué seguido de una caída de otro soldado, empezando en seguida un combate terrible: Rivero, sin armas de fuego ya, habia tirado de su espada y habia caido como un rayo sobre el mayor, que habia tomado ya de un brazo á Anita y trataba de atraerla á sí.

Este, puesto en el caso de defenderse, tiró tambien de la suya, teniendo apenas tiempo para parar los primeros golpes que le dirijera aquel ágil y terrible adversario.

— ¡A mí! gritó el mayor.

Y los soldados cargaron sobre Rivero, abandonando á Anita que habia caido desmayada.

Rivero combatia como un leon contra el mayor, que era un enemigo terrible, pero su espalda quedó entregada á los soldados, que aprovecharon rápidamente el descuido.

Para ellos aquel oficial debia haber caido en desgracia de Oribe, segun la escena que presenciaban, y ninguna consideracion debian tenerle, desde que él tampoco las tenia al mayor que obraba por orden del general. Y los dos le acometieron á puñaladas por la espalda.

Rivero lanzó un rugido, un verdadero rugido, y cayó. Y arrastrándose hasta donde Anita seguia desmayada, dijo al mayor que contemplaba absorto aquel fatal resultado:

— Muero con el consuelo de saber que este asesinato no ha de quedar impune. Cuando él vea mi espalda partida á puñaladas sabrá castigar el mas cobarde de los asesinatos.

Y reposando su cabeza lívida sobre el seno de su amada, expiró murmurando palabras de amor.

Al contacto de aquel cuerpo y al sonido de aquellas palabras, Anita volvió en sí, pero fué para caer en un sopor mas terrible aún.

El mayor quedó místico y pensativo: las últimas palabras del capitán le habían hecho una impresión tremenda, pues comprendía que se había dejado arrastrar por la ira y se había cometido un crimen. Pero ya no tenía remedio lo hecho y era preciso conformarse con lo que viniera detrás.

Hizo acomodar en una mantas el cuerpo inanimado de la joven y la condujo á casa de Oribe

Cuando éste vió el estado de Anita y la sangre que empapaba su cuerpo, lanzó un terno formidable y preguntó qué significaba aquello.

—No se alarme, general, respondió el mayor atemorizado, no se le ha tocado ni un pelo; está desmayada solamente.

—Y esa sangre, ¿qué significa esa sangre? gritó Oribe echando mano á la espada.

—Es sangre de dos soldados que nos ha muerto el capitán: no quería entregar á la joven y cuando se acercaron á tomarla, mató con los dos tiros de su pistola á los dos soldados que llegaron primero.

—¿Y el capitán Rivero cedió al fin á mis órdenes?

Oribe estaba livido de coraje, tenía la mirada dilatada poderosamente y miraba con una fijeza aterradora.

—Muertos los dos soldados, continuó el mayor Gondra, Rivero sacó su espada y cayó sobre mí que pretendía apoderarme de su esposa; en ese momento y mientras yo me defendía, los soldados los acometieron por la espalda y sin que yo pudiera evitarlo, porque toda mi atención era poco para defenderme, lo hirieron con los cuchillos.

—¿Y lo han muerto? ¿dónde está el capitán Rivero?

El mayor empezaba á confundirse, y á comprender que había hecho una barbaridad que iba á costarle cara.

—¿Qué han hecho del capitán Rivero? volvió á preguntar Oribe hiriendo el suelo con el pié.

—El capitán Rivero, señor, no ha muerto, pero como he dicho antes ha sido herido de gravedad por los soldados que lo vieron cargar sobre mí.

—Nosotros no tenemos la culpa, se apresuraron á decir los soldados para disculparse, pues el aspecto de Oribe era tremendo; como nosotros vimos que había muerto dos compañeros y que el mayor lo peleaba, creímos cumplir con nuestro deber y lo matamos para que él no matara al mayor.

—¡Ah! bandidos, gritó Oribe golpeando con su espalda el mayor y soldados indistintamente; han muerto, han asesinado al capitán Rivero! ahora yo los voy hacer degollar para que aprendan á cometer iniquidades!

Y seguía descargando golpes de plan y de hacha, como caía, sobre soldados y mayor.

A las voces del general y ruido de los golpes, acudieron en tropel los jefes y oficiales de servicio en su alojamiento, apoderándose de aquellos tres hombres antes de averiguar lo que pasaba.

—¡Esos miserables! ¡esos bandidos! gritó Oribe fuera de sí, que los lleven al cuerpo de guardia para hacerlos degollar! ¡yo voy á enseñarles cómo se asesina al mejor de mis oficiales!

En el acto fué ejecutada aquella orden, sin saberse aún de lo que

se trataba, pero presumiendo de que debia ser algo de muy grave, cuando el general se hallaba tan furioso.

Este, mientras se llevaban los soldados y al mayor, hizo llamar á un médico y se trasladó con él al domicilio del capitán Rivero, para hacer por salvarlo todo lo humanamente posible. Pero no habia salvacion posible, puesto que se trataba de un cadáver y no de un herido.

—Ha sido muerto por la espalda, dijo el cirujano despues de examinar ligeramente el cadáver: no tiene ningun rasguño de frente, y cuidado que parece que se ha defendido réciamente.

—¡Si lo han de haber asesinado de miedo! dijo Oribe: porque sabian que era un bravo como las armas.

Pero he de hacer con ellos tal ejemplo, que en su cabeza han de escarmentar cuantos cobardes haya en el ejército.

El capitán Rivero fué velado militarmente toda aquella noche, y al otro dia conducido á la ciudad de Mercedes donde se le dió sepultura con todos los honores de su rango.

Anita fué confiada al medico de Oribe con todo género de recomendaciones, porque según éste mismo, su estado era sumamente grave. Este estado, atribuido por el médico á las impresiones sufridas, podia traer alguna grave complicacion que era preciso evitar por medio de los mayores cuidados.

Oribe mandó que se cumpliera la órden dada contra los matadores de Rivero, y pasó una nota á Rosas manifestándole cuánto les costaba la devolución de la famosa hija del Chacho.

La pobre jóven, sufriendo inmensamente, fué remitida á San Juan para que el general Benavidez la hiciera llegar hasta el Chacho.

Rosas exigia en cambio de aquella hija, que el Chacho entregara la persona del coronel Baltar, que se habia plegado á él en Tucuman, para fusilarlo, pudiendo retirarse á La Rioja en seguida, en la seguridad de que Rosas no le molestaria para nada.

Solo la seguridad de que al fin iba á hallarse al lado de su padre, podia mitigar en algo el dolor que le hacia experimentar la pérdida de su marido y el horror de haber sentido sobre su propio pecho el calor de aquella sangre generosa derramada en su presencia. Así es cuando en San Juan le anunció el general Benavidez que la iba mandar adónde estaba Chacho, olvidó por un momento todas sus desventuras, experimentando el placer más grande de su vida.

Benavidez remitió á la jóven acompañada de una buena escolta, y escribió á Chacho una larga carta en que le daba sus mejores consejos y le pedia en nombre de Rosas la remision del coronel Baltar, traidor á la federacion, á cuyo precio podia dominar á La Rioja tranquilo é independiente y sin que el poder federal le hiciera la menor oposicion. Y es preciso aceptar esto, concluia aquella carta afectuosa, pues de otro modo el general Rosas va á aglomerar allí todos sus elementos de guerra y al fin y al cabo tendra que sucumbir.

Al recibir á su hija en el momento que nadie la esperaba, fué tal su sorpresa, que quedó un largo rato sin poder darse cuenta de lo que pasaba.

Y la jóven lo estrechaba en los brazos, lo llenaba de caricias y lo cubria de besos, sin que él embargado por la alegria, pudiese

pronunciar la menor palabra ni hacer el menor ademán. Su corazón había sido sacudido de una manera violenta y el estupor más profundo se había dibujado en su fisonomía bondadosa y expresiva. Y ella lo acariciaba, lloraba, le recordaba sus días felices, y preguntaba si ya no la quería más, que no le contestaba una sola palabra.

Por fin Peñaloza fué dándose cuenta de todo, tomó entre sus manos la cabeza de su bellísima hija que miró con pasión, y un raudal de lágrimas, como una lluvia, envolvió aquel semblante juvenil. Peñalosa, aquel carácter firme, aquel corazón valiente y rudo, lloraba también, lloraba á la par de su hija, para desahogar su corazón, oprimido desde que vió en su presencia á la jóven.

—¡Qué feliz sería yo, padre mio, si de mi felicidad pudiera participar el hombre que me arrancó de la infamia uniéndose á mí!

—¿Y por qué no te acompaña? preguntó Peñaloza con extrañeza, ¿por qué no te acompaña al lado de tu padre?

—Porque él creía que me arrancaban de su lado para entregarme al tuerto Bárcena, el asesino de mi madre, y me defendió hasta caer sobre mí acribillado á puñaladas.

Y sollozando y trémula refería á su padre cómo el placer de verse reunidos, por una falsa creencia había costado la vida de su marido y salvador.

—El pobre creía que todo no era más que un pretexto y que lejos de traerme á tu lado me llevaría al de mis verdugos y como allí se vive entre bandidos, padre mio, el pobre combatió como un león contra los que fueron á buscarme, hasta que cayó acribillado á heridas, y yo senti sobre mi seno correr su sangre tibial ¡Oh! mi padre, nunca podré olvidar aquel momento tremendo.

—Llora, llora, mi hija, decía Chacho oprimiéndola al noble pecho: llora que el llanto es el mayor consuelo, como es el que dá Dios á sus criaturas desventuradas. Las lágrimas aliviarán tu pena, y como yo recuerdo por tranquilo cariño á tu buena madre, así recordarás al compañero que has perdido de una manera tan dolorosa!

Todo aquel día y aquella noche los pasó la jóven refiriendo todas sus angustias y dolores, y el Chacho escuchándolas, arrobado en la contemplación de su espléndida hermosura.

Fué necesario que le avisaran que la comision que había acompañado á su hija esperaba para retirarse, la respuesta del pliego que había traído, para que recordara que había recibido uno y que debía leerlo para poder dar una respuesta.

Cuando Chacho supo lo que de él se exigía, tuvo un momento de profundo disgusto.

—El general Benavidez me cree capaz de cometer una infamia, exclamó, y porque lo cree me lo propone. Lo siento mucho y siento mas todavía que sea el general Benavidez quien me lo dice porque á él no puedo dar la contestacion que se merece.

Y envió á llamar al coronel Baltar, su amigo, á quien hizo leer aquella nota, pidiéndole su opinion, no solo sobre lo que debía de hacer sino sobre la manera más comedida de reprochar al general Benavidez el hecho de haberle propuesto semejante infamia.

El coronel Baltar leyó la nota y preguntó tranquilamente lo que pensaba hacer.

—Lo mismo que usted haria en mi lugar y lo mismo que haria todo hombre de corazon.

—Tal vez usted haga mal, replicó Baltar, y las consecuencias de sus negativas sean fatales á la causa que defendemos. Usted debe remitirme no más y asegurar de este modo la paz con Rosas y su dominio en La Rioja. De otro modo mandarán aquí un fuerte ejército y sabe Dios como nos val

—Estraño mucho que mi amigo el coronel Baltar me aconseje una infamia que no cometeria yo aunque se hundiera ¡La Rioja y la República entera! Mándeme una persona que sepa escribir, para contestar al general Benavidez y despachar esa comision.

El gran espíritu

Baltar envió á Chacho un ayudante que podia servirle de secretario, y éste escribió, bajo el dictado de Peñaloza, la respuesta que daba á la carta de Benavidez. Agradecia profundamente todas las consideraciones de él recibidas y aseguraba que nunca olvidaria que le era deudor de la inmensa felicidad de tener su hija á su lado. Lo estoy profundamente obligado y espero con ansiedad el momento en que pueda demostrarle toda la gratitud que por usted guardo. En cuanto á la proposicion de entregar al coronel Baltar en cambio de que se le dejase tranquilo en La Rioja, le respondia terminantemente que no podia aceptarla. Y siento en el alma que esta proposicion sea hecha por usted, añadia, porque ella me prueba que usted me cree capaz de una accion mala y por consiguiente no me conoce todavia. El coronel Baltar es mi amigo y forma parte de mi ejército, honrando sus filas con su persona y mientras esta sea su voluntad, no se separará de mí un momento. Sentiré en el alma encontrarme en un campo de batalla con el general Benavidez, pero si el destino así lo quiere, sufriré resignadamente esta nueva amargura, como he sufrido tantas otras.

Y Chacho remitió esta nota con la comision que habia acompañado á su hija, la que fué tratada con todo género de consideraciones el tiempo que permaneció en su campamento.

El oficial que la mandaba, como todos los que se acercaban á Chacho, estaba asombrado de hidalguia y la bondad del caudillo. Acostumbrado al rigor y la barbarie de los jefes federales, el Chacho crecia ante ellos de una manera fabulosa, y su asombro era profundo.

Allí en Tucuman, donde no imperaba mas que su voluntad, los mismos enemigos que lo habian combatido, gozaban de tanta tranquilidad y libertad como sus propios partidarios. El ser enemigo era motivo suficiente y razon bastante para que prohibiera se les persiguiese bajo las más severas penas.

—Nosotros somos los salvadores de los pueblos y no sus verdugos, les decia, y es preciso convencer de esta verdad con nuestra conducta, á aquellos que no tienen motivos de conocernos.

Y atendia con benevolencia extrema toda queja traída por su enemigo.

Así los más encarnizados de éstos, se convertían bien pronto en sus partidarios más entusiastas, puesto que con el Chacho tenían mayores garantías que con sus mismos jefes.

El comercio y los negociantes, por pequeños que fueran, se habían hecho chachistas de alma, pues desde que éste se apoderara de Tucuman no habían tenido que lamentar el menor incidente, mientras que bajo el gobierno federal, tenían que vender al crédito á cuanto oficialillo lo pedía, por temor á una persecucion, y ya se sabia que estos créditos no los cobrarían nunca.

Chacho envió su hija á La Rioja, recomendándola á sus amigos, y quedó en Tucuman concluyendo de organizar su ejército para esperar los acontecimientos, consultando con Yanzos y Baltar el punto á que debían dirigirse primero.

No queriendo ser él el agresor de Benavidez, no pensó para nada en San Juan, resolviéndose á marchar sobre Mendoza y librarla del oprobio y la vergüenza en que la tenía sumida el fraile Aldao.

Pero era otro el giro que iban á tomar los acontecimientos y otros los resultados que debía obtener Peñaloza.

Benavidez se preparaba á ponerse en campaña contra Chacho á quien era preciso contener en su camino de triunfos, ó resignarse á dejarlo dominar en todo el interior, lo que no era posible.

Rosas se había irritado al conocer la contestacion dada por el Chacho con respecto á la entrega de Baltar, recomendando á Benavidez hiciera lo posible por vencerlo y destrozarlo de una manera definitiva, puesto que para ello tenía elementos de sobra.

El general Benavidez reforzado con el fraile Aldao, se puso en marcha sobre Tucuman.

Su artillería era de primer orden y la infantería inmensa y bien armada, lo que debía darle superioridad sobre Peñaloza, que no se preocupaba sino de tener buena caballería, no dándole importancia á las otras armas. Su infantería era escasa, pues no tenía mas que los batallones que habían organizado á gran prisa los coroneles Baltar y Yanzon. Una sola pieza componía su artillería, pieza que de poco podía servirle, porque la munición era escasa y mala.

Sin embargo, con aquel ejército engreído y bravo, el Chacho estaba dispuesto á combatir con el mismo infierno. Lo único que lo preocupaban algo eran los conocimientos militares del general Benavidez, á quien él reputaba el mejor jefe de la federacion.

El general Benavidez sabia que el único medio de vencer á Chacho era darle una batalla seria, donde tuviera que entrar en lucha con todos sus elementos, pues conocía todos los recursos del caudillo á quien no impresionaban en manera alguna los pequeños contrastes, y se había preparado á una gran batalla, echando mano de todos sus recursos, llevando á mas de su ejército, los contingentes forzados y voluntarios de Mendoza y Santiago.

Chacho no se descuidaba: en todas direcciones y á largas distancias había apostado destacamentos de vaqueanos bien montados, que destinaba á que le avisaran de cualquier movimiento

de fuerzas que sintieran. Así es que en cuanto Benavidez se movió de San Juan, Chacho lo supo con el detalle de las tropas que traía.

Segun aquellos datos que reputaba exactísimos, las fuerzas de Benavidez eran muy superiores, pero Chacho creía también que una batalla dura, aseguraría su dominio en todo el interior, pues dueño de San Juan y de Mendoza, solo un ejército que fuera de Buenos Aires podría darle trabajo.

Yanzon creía que no debía aceptarse una batalla definitiva cuyo resultado podría ser fatal, pero Chacho y Baltar tenían confianza, asegurando que aún les quedarían recursos de que echar mano.

Pero así mismo, Chacho quería salir de Tucuman y retirarse á La Rioja ó Catamarca, donde conocía el terreno palmo á palmo, y donde en un caso imprevisto dispersaría su ejército como lo había hecho otras veces para volverlo á reunir en un momento dado. Y le hacían presente que aquella contramarcha iba á fatigar sus caballadas, dando así un resultado negativo.

— Aquí no tengo la mitad de la confianza que tendría allí, pero no me encierro en mis ideas: yo siento, pero combatiremos aquí ya que ello es preciso. Una retirada huyendo al combate es peligrosa, y ya que en los Manantiales hemos sido felices una vez esperaremos allí á Benavidez y allí lo venceremos si Dios nos protege.

Decidido á dar allí una batalla decisiva, Chacho salió con su ejército á los Manantiales, disponiéndolo todo de manera á no ser sorprendido.

Benavidez venía sobre Tucuman, pero á jornadas cortas y marchas lentas, calculando no fatigar á sus tropas y conservar en buen estado sus caballos y mulas. Sabía que Chacho no huiría la batalla y no tenía entonces objeto alguno en apresurar sus marchas ni impacientarse.

Estando cerca de Tucuman, envió en parlamento á Chacho á su mismo yerno, encargado de tentar un arreglo que evitara la batalla. No se le pedía sino que entregara al coronel Baltar y se retirara á La Rioja licenciando su ejército, y que, como se había prometido antes, no sería allí molestado. Desde que él no tenía la menor ambición de mando, debía aceptar aquellas proposiciones, mas, desde que ellas iban á evitar el derramamiento de mucha sangre.

El joven fué recibido por Peñaloza con la misma cordialidad de siempre y tratado como un viejo y buen amigo. Pero no pudo convencer á Chacho de que debía aceptar su propuesta, aunque el no derramamiento de sangre influía poderosamente en el espíritu de Peñaloza.

— Eliminemos lo referente al coronel Baltar, decía, y tal vez entremos en un arreglo, pero esta es una condición que ni siquiera debo discutirla, aunque supiera que iba á ser vencido y hecho prisionero yo mismo.

Baltar, que presenciaba la conferencia, apoyó los argumentos del parlamentario, diciendo que era justísimo que él se sacrificara para evitar una batalla sangrienta y que en vista de esto estaba dispuesto á pasar en el acto al campamento del general Benavidez.

—Si usted me vuelve á hablar una sola palabra en ese sentido, repuso entonces Chacho poniéndose serio, solo logrará hacerme perder la estimacion que le tengo. Mi última palabra en ese sentido, está pronunciada: el coronel Baltar está bien donde está y se queda. Si el general Benavidez cree que con una batalla puede apoderarse de su persona, las armas decidirán.

El jóven se despidió de Peñaloza reiterándole su amistad y su estima á su nombre y al general.

—Su negativa, lejos de disminuir, aumenta el aprecio que le tenemos; sabíamos que esta sería su respuesta, pero teníamos el deber de insistir en esta proposicion hasta el último momento, antes de dar una batalla que será dura y sangrienta.

—Tanto el general Benavidez como usted, jóven, terminó Chacho acompañándolo hasta fuera del campamento, pueden contar con todo mi respeto, en el triunfo como en la derrota.

Y apenas aquel se hubo retirado se tomaron las últimas disposiciones para la batalla que no debía tardar en principiarse.

Efectivamente, dos horas despues sonaba el primer cañonazo disparado por la artilleria de Benavidez sobre el centro del Chacho, cañonazo que fué seguido del mas nutrido fuego de artilleria

La batalla principiaba y principiaba de una manera tremenda. Chacho habia proclamado á sus tropas por vez primera de una manera elocuente y sencilla.

—Amigos queridos, les habia dicho, solo el valor puede darnos el triunfo en esta jornada, porque el enemigo es muy superior en número y armas. Vamos á pelear mucho, pero tengo seguridad en el triunfo, porque yo no sé que entre las filas de mis soldados haya un solo cobarde. Mañana á estas horas estaremos festejando una nueva victoria.

El fuego de la artilleria era bárbaro y bien dirigido, y como el Chacho no tenia cañones con que apagarlo, resolvió cargar allí como siempre: arrebatar los cañones y dispersar los artilleros. Y se largó en una carrera vertiginosa con toda su ala izquierda sobre la derecha enemiga.

Baltar atendiendo el centro y Yanzon la derecha, hacian prodigios para contener y rechazar las cargas que traia la numerosa infanteria de Benavidez, que cargaba impetuosamente fiada en su gran superioridad.

Chacho fué sobre los cañones con increíble violencia, deshaciendo las compañías y enlazando una pieza. Pero Benavidez que conocia su táctica habia apoyado la artilleria con su mejor infanteria que habia formado cuadros á la proximidad del Chacho. Éste rompió un cuadro, hizo prodigios de valor, sembró el terror entre los artilleros, pero al fin tuvo que retirarse con algún desorden y sin la pieza que habia enlazado. Porque el enemigo reforzaba decididamente aquel punto, comprendiendo que si Chacho llegaba á entrar en los cuadros, el éxito de la batalla seria muy dudoso.

Chacho se retiró dejando muchos cadáveres, pero habiendo causado destrozos incalculables, y habiendo logrado su principal objeto: apagar los fuegos de aquella artilleria destructora. Su derecha flaqueaba algo, pero el centro se hallaba entero y bien defendido. Pero el enemigo no daba un momento de trégua, era

numeroso y podía distraer fuertes columnas atendiendo á todos los puntos.

Chacho acudió á su derecha, rechazó al enemigo que la hacia flaquear, restableció el combate, y volvió á cargar con una fuerte columna.

Benavidez, que no desatendia un momento al Chacho, corria fuertes refuerzos al punto donde éste se dirigia, de modo que cuando Chacho llegó se encontró esperado por fuerzas numerosas y bien dispuestas. Y sin embargo cargó, cargó con un denuedo asombroso y una violencia terrible. Y chocó y combatió y se rodeó de cadáveres en un momento, pero sin conseguir un resultado positivo! Mientras mas tiempo demoraba, mayor era el número de enemigos que llegaba, y menos posible se hacia el triunfo. Y antes de sufrir un rechazo que intimidara á sus soldados, se retiró dejando como la vez anterior, muchos heridos y muertos. La derecha habia vueltó á flaquear iniciándose en ella la derrota, mientras el centro luchaba con ventaja siempre y de una manera lucida.

Chacho, con aquella tranquilidad que no lo abandonaba un minuto, aunque empezaba á temer una derrota, organizó nuevamente sus caballerias y se retiró á cargar con mayores bríos el centro de Benavidez, donde luchaba la mejor infanteria que formó cuadros apresuradamente así que lo vió venir.

Esta vez Peñaloza fué mas feliz que las anteriores, volviendo á abrigar buenas esperanzas. Los cuadros resistieron heroicamente una y hasta tres cargas sucesivas, pero al fin tuvieron que ceder hechos pedazos. Las caras se habian hecho un peloton, otros huian bajo el sable exterminador de la caballeria de Chacho, que no reposaba un momento.

Benavidez mandó allí dos refuerzos poderosos, siquiera para que aquella matanza horrible no siguiera adelante. Pero ya Chacho, logrado su objeto, se retiraba llevando á cincha dos cañones que habia enlazado. Si hubiera tenido artilleros, habria podido usar ventajosamente aquellas dos piezas para luchar con mas ventaja. Pero así como él habia deshecho y sableado el centro enemigo, Benavidez habia aglomerado sobre Baltar tales refuerzos y tales columnas, que el centro y la derecha del Chacho habian sido á su vez despedazados y vencido de una manera terminante.

La batalla estaba perdida, irremediamente perdida. Chacho podria aún hacer mucho daño al enemigo cargándolo y doblándolo en algunas partes; pero la batalla estaba terminada como resultado final y sin la menor compostura para él. Mas de ochocientos cadáveres estaban diseminados en aquel vasto campo y por todas partes se escuchaba el lastimero gemido de los heridos, heridos de arma blanca en su mayor parte.

—Es preciso retirarnos para no hacer matar estos restos de bravos, dijo Chacho á Baltar y Yanzon, pero es preciso retirarnos de una manera digna, por entre el enemigo en nuestra última carga.

Yanzon y Baltar sonrieron al contemplar tanto valor y tanta grandeza de alma. Era el Chacho el jefe mas extraordinario de que tuvieron memoria.

Empezaba recién á caer la noche cuando Peñaloza reunió el

resto de sus fuerzas para dar aquella última carga. Escalonó aquellos pocos y heroicos escuadrones, y seguido de Yanzon y Baltar cargó al centro enemigo, donde estaba Benavidez absorto en presencia de aquel último movimiento que no comprendía y que lo hacía pensar en que Chacho estaba decidido á combatir, hacercargar á él solo cuando no le quedaran mas soldados. Chacho cargó á sable y lanza, chocó con el grueso de las columnas y pasó al otro lado, siguiendo adelante á todo lo que daban los caballos.

Asombrado de tanto valor y creyendo que Chacho tomaba distancia para atacar por retaguardia, el general Benavidez hizo cambiar de frente unos batallones para esperar aquella carga: pero esperaron inútilmente, Chacho siguió marchando sin siquiera mirar para atras.

Benavidez comprendió entonces el objeto de aquella última carga y de qué modo valeroso emprendía Chacho su retirada, pero era ya demasiado tarde, y pensar en perseguirlo hubiera sido un disparate porque la noche se venia encima, y dada la postracion de las tropas, hubiera sido casi imposible darle alcance.

Era aquella una retirada digna del Chacho y de las tropas que habian combatido aquel dia. Con un enemigo tan hidalgo y tan valiente, no era posible proceder de una manera federal, y Benavidez mandó recoger todos los heridos, enviándolos á Tucuman para que los atenderian como merecian.

Algunos grupos que no habian podido seguir al Chacho en su última carga se habian dispersado en diversas direcciones, pero buscando decididamente su incorporacion. No querian abandonar á su caudillo en su peor momento, pues durante el camino podia muy bien necesitar de la ayuda de sus leales.

— Los que pertenezcan á Tucuman ó á los pueblos del tránsito, dijo Chacho, pueden irse quedando. Ahora se ha perdido todo, pero no está lejano el dia en que volvamos por un desquite mas feliz.

Ninguno, sin embargo, quiso quedarse. Todos siguieron á Chacho, deseando combatir con él hasta la última desventura.

Aquella pequeña columna, pequeníssima en relacion á las fuerzas que Chacho habia tenido á sus órdenes aquella mañana, siguió en direccion á Catamarca. El coronel Yanzon mandaba á vanguardia con un peloton de veinte soldados y un oficial. Chacho y Baltar venian mas lejos y con toda lentitud, porque era necesario conservar aquellos pocos caballos hasta el fin de la jornada.

Al pasas por el departamento de Santa Maria, Yanzon fué atacado reciénamente por una fuerza muy numerosa, al mando de un mayor Gutierrez, catamarqueño y antiguo oficial del fraile Aldao.

El mayor Gutierrez andaba por aquellos departamentos cometiendo todo género de abusos y bandalajes, saqueando á los negocios y á las personas que llegaba á encontrar en el camino. Al encontrarse con el coronel Yanzon mandó reconocerlo, y al saber quién era y que pertenecia al Chacho, lo cargó de una manera decisiva, fiando en la gran superioridad numérica de su gente.

Yanzon no podia huir el combate, porque se exponia á ser perseguido y alcanzado. Envió un soldado que contramarchase á

imponer á Chacho de lo que pasaba, é hizo alto á esperar la acometida.

Gutierrez y los suyos cargaron y el combate se trabó cuerpo á cuerpo y de una manera encarnizada. Eran cinco contra uno y no habia duda respecto al éxito. Yanzon creyendo que si mataba á Gutierrez huirían los gauchos, salió á su encuentro y descargó sobre él sus pistolas con tan buen éxito, que el mayor rodó con la cabeza despedazada. Los gauchos, lejos de intimidarse por esto, cargaron sobre Yanzon, aislándolo de su gente y acosándolo de tal manera, que por mas esfuerzo que hizo, no pudo defenderse por mucho tiempo, siendo apuñaleado de una manera terrible. Los soldados de Yanzon no se acobardan, saben que Chacho no ha de tardar en venir y luchan de una manera heróica y desesperada.

Por ambas partes ha habido muertos y heridos en bastante número relativamente á los que combaten. Pero mas han sufrido los asaltantes, que han perdido como quince hombres.

Al saber lo que pasa, Chacho fuerza su marcha cuanto le es posible y se desprende de la columna seguido de veinte ó veinticinco hombres. Ama á Yanzon como á un hermano, y quiere protegerlo á toda costa porque conoce su arrojo y teme una desgracia.

Cuando Chacho llega, todavia luchan los gauchos para avasallar á los soldados. Es que éstos llevan unos cargueros que los bandidos creen puede ser plata y quieren apoderarse de ellos á toda costa. Chacho cae sobre ellos como una tormenta, quieren huir aterrados, pero son hechos prisioneros despues de matarles un buen número.

Grande fué el dolor de Peñaloza al ver el cadáver del coronel Yanzon. Y lo alzó en sus robustos brazos, como si pretendiera reanimarlo al calor de su mirada. Pero su valiente y leal amigo no era mas que un cadáver rígido é imposible de volver á la vida.

Chacho tuvo que hacer un esfuerzo violentísimo para contenerse y no mandar lancar aquellos bribones. Allí estaban todos prisioneros, y los suyos no esperaban mas que una orden para tomarlos á lanzas ó á puñaladas.

—No quiero que se les haga el menor daño, gritó el Chacho temiendo que los suyos fueran á cometer alguna maldad: son mis prisioneros y yo sé el castigo que he de imponerles.

El coronel Baltar llegó mas tarde, participando del dolor que experimentaba Chacho por la muerte del valeroso compañero, acampando todos allí hasta el siguiente dia. Recien entonces y cuando el espíritu pudo desprenderse de la primera impresion dolorosa, se ocupó de lo que era necesario hacer para prestar al amigo el último servicio y castigar tambien á sus asesinos, que estaban temblando, de que Peñaloza les hiciera aplicar el castigo á que se habian hecho acreedores.

Chacho los hizo acercar hasta el cadáver de Yanzon, haciéndoles comprender todo lo monstruoso é inútil de aquel crimen.

—Sin motivo ninguno y sin ningun objeto, ustedes han asesinado á un hombre valiente y noble, que estaba consagrado á la causa de ustedes mismos, como á la de todos los pueblos. Son pues ustedes unos miserables que no tienen ningun perdon y

que merecian un castigo eficaz y que por lo menos estuviera en relacion con el crimen cometido.

Y los gauchos miraban el cadáver y el rostro de Peñaloza y temblaban ante el castigo á recibir y que suponian ser lanceada en regla, segun práctica de todo jefe.

Chacho hizo cargar el cadáver de Yanzon, con el religioso respeto, por sus mismos asesinos, obligándolos á romper á pié la marcha, marcha bien triste por cierto, á la cabeza de la columna.

-- Nos llevan sin duda hasta el lugar del suplicio, pensaron aquellos y echaron á andar con su fúnebre carga, arrepentidos aunque tarde de aquel inútil crimen y lamentando haber caido en desgracia del Chacho.

Pero ya no tenian mas remedio que soportar las consecuencias. Chacho emprendió su marcha hácia el departamento de Belen, obligando á los asesinos á marchar por los caminos mas escabrosos y dificiles, las quince leguas mas ó menos que lo separaban de un punto á otro.

El cadáver fué llevado hasta la capilla de Gualfin, donde Chacho los obligó á cavar con sus cuchillos la fosa que habia de encerrar para siempre los queridos restos. Y los asesinos cavaban lenta y penosamente, suponiendo que despues de aquella operacion les harian cavar otra mas grande para sepultarlos á ellos mismos. Pero bien lejos de esto estaba el pensamiento del noble Chacho.

Así que Yanzon estuvo colocado en el foso lo hizo cubrir de tierra, colocar encima una cruz improvisada y mandó á los asesinos se arrodillaran y pronunciaran en voz alta la última oracion.

— Ahora, les dijo, quedan ustedes en completa libertad seguros que el remordimiento de este crimen inútil ha de perseguirlos hasta la hora de la muerte. Yo tengo la memoria larga para las fisonomias y la de ustedes no se me despintará nunca. El castigo que les doy será de que nunca puedan formar en las filas del Chacho, á quien han ofendido de una manera mortal.

Y los echó de su presencia sin permitirles llevaran ni armas ni cabalgaduras.

Este fué todo el castigo y el mas duro que podia haberles aplicado á juzgar por la impresion que les hizo.

Cuando Peñaloza se puso en marcha del departamento de Belen, dos de ellos alegando que no habian tomado parte en la muerte del coronel Yanzon, mandaron empeñarse con él para seguir con el pequeño ejército, pero Chacho se mantuvo inflexible y los hizo echar. Agobiado por el dolor que le habia causado la muerte del coronel Yanzon, Chacho siguió en marcha hácia La Rioja, y pasando por el departamento de Famatina se dirigió á los Llanos.

Allí pensaba formar un nuevo ejército con que poder montonear y repeler á cualquier invasion que trajera el enemigo á su provincia.

Pero sus elementos eran tan escasos ya, que le dejaban muy poca esperanza en caso de ser atacado por un ejército numeroso. Gran parte de los dispersos de los Manantiales empezaban á llegar á La Rioja y á buscar su incorporacion, con un cariño particular. Y con una firmeza suprema y un ánimo asombroso, Chacho empezó la reorganizacion de su nuevo ejército, en los Llanos

de La Rioja, creyendo que tendría tiempo de ponerlo en buen pié antes que al enemigo se presentara allí.

Benavidez, que había recibido reiteradas y terminantes órdenes de Rosas de deshacer a Chacho, y tomarlo vivo ó muerto, le mismo que al coronel Baltar, se puso en marcha en cuanto hubo descansado un poco la tropa. Suponia que Chacho se había dirigido á La Rioja a tentar una resistencia imposible y por lentamente que marchara calculaba llegar antes que aquel hubiera podido organizar la menor resistencia.

Su ejército había sufrido de una manera terrible en la batalla de Manontiales, pero el de Peñaloza había sufrido mas y entonces siempre quedaba en las mismas condiciones de superioridad. Y el general Benavidez lamentaba profundamente tener que perseguir á aquel hombre a quien estimaba cada vez mas, por los infinitos rasgos de carácter que desplegaba dia á dia.

Su conducta en aquella última batalla había sido magnífica y su bravura insuperable, no teniendo Benavidez ni idea de que se pudiera combatir con tal denuedo y brillo. Y para compensar en algo la hidalguia desplegada por el Chacho en sus triunfos, llevaba consigo todos los prisioneros que en clase de oficiales y jefes había hecho, para restituirlos á la libertad, así que se internara en la provincia de La Rioja.

Pues era una vergüenza que, mientras Chacho trataba con la mayor bondad á los prisioneros que hacia, se enviaran los suyos á Buenos Aires á sufrir las herejias de Santos Lugares, ó se sometieran á los mayores tormentos como hacia el fraile Aldao.

Cuando Benavidez llegó á La Rioja, dió libertad á sus prisioneros, mandando decir á Chacho con uno de ellos que le enviara un oficial para que acompañara un parlamento que no queria mandar solo, porque sabia que toda La Rioja era enemiga suya.

En cuanto Chacho recibió el recado, mandó en el acto al campamento de Benavidez una comision para que sirviera de garantía al parlamentario que no era otro que el yerno del general.

Benavidez mandaba decir á Chacho, que renunciara á toda resistencia, porque seria inútil, y que él venia dispuesto á retirarse sin causar el menor daño, siempre que le hiciera entrega de la persona del coronel Baltar.

Chacho sonrió con pena al escuchar aquella proposicion tantas veces por él rechazada, y contestó con una negativa terminante.

—Diga usted al general, repuso, que aun sin elementos de gran resistencia, lo espero tranquilo, pero que el coronel Baltar no le será entregado bajo ningun pretexto ni condicion.

El jefe parlamentario, como la vez primera, agotó su dialéctica con un cúmulo de observaciones, mostrándole todas las ventajas que traeria á La Rioja la entrega de Baltar; pero Chacho le rogó que no insistiera y que se fijase en que aquella proposicion envolvia una sangrienta injuria, pues lo suponian capaz de cometer una villania incalificable. Y mandó nuevamente la comision con orden de acompañar al parlamentario hasta el campamento enemigo, haciéndoles entender que aquella persona era tan sagrada para ellos como él mismo.

Benavidez recibió con disgusto la respuesta del Chacho que lo obligaba á un nuevo combate, experimentando al mismo tiempo

el mayor agrado, porque Peñaloza, no descendía un átomo ante el justo aprecio que le profesaba. En cuanto el parlamentario se hubo alejado de su campamento, Chacho llamó á Baltar y le manifestó que era necesario que en el acto emprendiera marcha hácia Chile, donde estaría libre de todo peligro.

— Todo el empeño de esta gente, dijo, es llevarse á usted: yo no tengo elementos de gran resistencia y es seguro que en una nueva batalla seré vencido. Es preciso entonces que usted se salve con tiempo, para evitar que en la derrota pueda ser hecho prisionero.

Baltar no quiso separarse de su lado diciendo que quería acompañarlo hasta su último contraste, pero Chacho no solo insistió, sino que le dijo que si se quedaba, él mismo se iría á Chile abandonando su ejército, lo que le haría cometer una acción cobarde. Con profundo disgusto, el coronel Baltar tuvo que hacer lo que Chacho le decía y separarse emigrando á Chile.

— Nunca me olvidaré que le debo más que la vida, le dijo abrazándolo: ya sabe que no soy un ingrato y que puede disponer de mí sin la menor reserva. Dios me es testigo de que me separo de usted violentamente y por no ocasionarle mayores trastornos: gracias entonces y hasta pronto.

Y acompañado de una comisión bastante fuerte para salvar de un mal encuentro, Baltar tomó la dirección de Chile, donde quedaría en completa seguridad. Chacho siguió apresuradamente organizando su ejército, aunque comprendía que era demasiado tarde y que el enemigo no le dejaría tiempo. En todo previsora, y queriendo evitar el estéril sacrificio de sus soldados, formó su ejército, y de compañía por compañía fué personalmente dando la siguiente orden:

— Es posible que no podamos luchar con el enemigo que se nos viene encima: si yo veo que todos los esfuerzos son inútiles, no quiero que nadie se sacrifique por una causa perdida. En ese caso yo haré que mi trompa toque retirada, lo que será repetido por todos los trompas y que significará que todo el ejército debe desbandarse para evitar toda persecución, escondiéndose cada cual como mejor pueda hasta que brillen mejores días para nuestras armas. Desde el toque de retirada no quiero que uno solo permanezca en el campo de batalla.

Después de dada esta orden, Chacho envió otra comisión para que acompañase á su hija Anita hasta Jacha, donde estaría más segura, por ser allí desconocida, y esperó tranquilamente la aproximación de Benavidez.

Todo el ejército que había podido reunir era de ochocientos hombres de caballería con buenos sables y lanzas, pero sin armas de fuego. El general Benavidez, sacando el cuerpo á las poblaciones para evitar que sus soldados hicieran en ella menor daño, se dirigió á los Llanos buscando á Chacho, cuyo campamento conocía ya el mayor Gordillo, que había ido de parlamentario.

Benavidez sabía que Chacho no se movería de allí, conocía ya el número de fuerzas que lo acompañaban y creta inútil entonces apresurar sus marchas lo que le hubiera sido molesto dado el número crecido de sus tropas y el gran convoy que llevaban. Chacho no perdía su tiempo y aprovechando la tardanza de Benavidez

seguía reclutando gente que llegaba de todas partes y aumentaba con ella su ejército. Benavidez llegó por fin á los Llanos y desde que Chacho lo avistó, tuvo que hacer alto y formar su ejército apresuradamente, porque se vió en serios apuros.

Chacho habia fraccionado su ejército en diez fuertes guerrillas que lo cargaron por todas partes causando gran confusion en sus filas y arrebatando á lazo algunos prisioneros, entre ellos el mayor Gordillo, yerno de Benavidez. Aquellos grupos se cruzaban se replegaban, se dispersaban y volvian á cargar con un empuje violentísimo. Era esta una nueva táctica de Chacho para hacer inútil la artillería enemiga, evitar en todo lo posible el fuego de infantería y obligar al enemigo á pelear al arma blanca. La confusion de las filas de Benavidez era grande, porque á pesar de la superioridad inmensa de sus fuerzas, las infanterías con aquella infernal sucesion de cargas no podian desplegar sus compañías ni tomar una formacion regular.

La caballería cargaba con denuedo, pero entonces los grupos del Chacho se desbandaban y se reunian de nuevo para cargar á otra parte. Y Chacho se multiplicaba de una manera fantástica, pues se le veía al frente de todos los grupos, cargando en todos los puntos y desapareciendo en el acto que se le buscaba.

Benavidez estaba asombrado de tan pasmosa actividad y de aquella táctica endiablada con la que no contó nunca.

Con aquella manera de combatir Chacho le habia causado grandes destrozos y numerosas bajas, mientras que él no habia sufrido nada relativamente. Y los batallones de infantería seguian luchando por desplegar, sin poder conseguirlo. Si Chacho hubiera tenido una reserva mediana, una regular infantería con que evitar que el enemigo pudiera reaccionar más tarde, el triunfo hubiera sido suyo indudablemente. Pero no contaba con más fuerzas que las que componian aquellos grupos endiablados y éstos al fin tenian que postrarse por el mismo movimiento continuo á que están obligados y porque al fin y al cabo no eran hombres de hierro.

Chacho lamentaba profundamente no tener siquiera unos quinientos hombres más de caballería con que reemplazar aquellos, pues segun el destrozo causado hubiera sido el triunfo más completo.

A la hora de aquel combate titánico, puede decirse, las fuerzas del Chacho estaban postradas; ya los golpes de sable no producian heridas de consideracion y Benavidez multiplicándose á su vez en todas partes, empezaba á infundir en sus tropas el ánimo que habian perdido. Las infanterías diezmadadas por aquellas cargas, pudieron al fin desplegar y rompieron un fuego nutrido sobre los grupos, pero fuego que no podia hacer mucho daño, porque los grupos se diseminaban sin presentar blanco alguno.

Chacho, que habia causado al enemigo el mayor daño sin sacrificios por su parte, en cuanto vió que aquel reaccionaba y entraba á la lucha tomando la ofensiva, hizo tocar retirada como habia convenido y los demás tropas repitieron el toque; y aquel ejército que tan rudamente habia combatido más de una hora, se diseminó como una nube. Solo Chacho abandonó á Ilisca, donde habia tenido lugar la batalla, acompañado de un grupo de

doscientos hombres, donde iba el mayor Gordillo y algunos prisioneros más.

Los demás, siguiendo sus órdenes de último momento se habían dispersado en tan pequeños grupos, que hicieron imposible toda persecución.

El enemigo por otra parte no quedaba en condiciones de perseguir, por lo que habían rufido en la batalla.

Chacho trajo cerca de sí á los prisioneros hasta Huaja, donde hizo alto para licenciar la tropa que hasta allí le había acompañado. Fué entonces que llamó al mayor Gordillo y demás oficiales que lo acompañaban, significándoles que estaban en completa libertad.

—Ustedes son dueños de La Rioja, les dijo, y es inútil entonces que yo me le ofrezca; sin embargo, quiero ponerlos á cubierto de cualquier venganza personal ó atropello de grupos aislados. Aquí quedan en mi casa, que es la de ustedes, y perfectamente salvaguardados hasta que el general Benavidez los mande buscar ó puedan ustedes incorporársele sin peligro.

Y llamando al más prestigioso de sus oficiales, lo instaló allí diciéndole:

—Las personas que aquí quedan son dignas de mi mayor consideración; usted me responde de ellas en cualquier momento, bajo la inteligencia que deben ser atendidas y respetadas como si fuera yo mismo. Cualquier cosa que necesite el mayor Gordillo, aun la remisión de chasques á campo enemigo, proporciónesele en el acto. Pronto nos volveremos á ver, amigos míos, y entonces les significaré todo mi agradecimiento.

Chacho puso á disposición de sus prisioneros cuanto tenia en la casa, en aquella casa de su buen tía para que dispusiera como cosa propia y en seguida montó á caballo solo y se dirigió á Chile, diciendo á Gordillo antes de irse:

—Lo único que le pido es que ruegue al general en mi nombre, que considere á los riojanos y los proteja de las persecuciones políticas. Él es un hombre noble y un hombre de honor: me voy tranquilo entonces, en la seguridad que no se ejercerá ninguna venganza.

—¡Vaya tranquilo, coronel! repuso el joven; ya sabe usted quién es el general Benavidez. Dígame ahora y antes de partir ¿qué ha sido del general Baltar que no lo veo á su lado? ¿ha caído en el combate ó ha sido hecho prisionero?

—Ni una cosa ni otra: sospechando que perdería esta última batalla, lo mandé á Chile, antes de darla para evitar una desgracia por el empeño que ustedes tenían en tomarlo. Es inútil, pues, que lo busquen en tierra argentina, él está salvo; adiós y hasta muy pronto.

Y clavando las espuelas á su famoso mulo marchero, bien pronto se perdió de vista.

Chacho abatido por los últimos sucesos, aunque algo consolado al pensar que siquiera esta vez el vencedor era el general Benavidez, hombre humano y recto, regresó á Chile por Vinchina y se internó hácia el paraje donde había estado la última vez.

Solo y desterrado, Chacho lamentaba las desgracias de la patria y las suyas propias, aterrándose ante el porvenir lleno de nubes que se le presentaba. Y por el momento no podía hacer nada, ni

siquiera pensar en un nuevo pronunciamiento, pues La Rioja como las demás provincias vecinas quedaban postradas.

El general Benavidez supo por chasque de su yerno lo que habia sido de los prisioneros y que Chacho se habia internado solo á Chile. Como no habia visto huir con Peñalozá al coronel Baltar, lo buscó entre los muertos del campo de batalla y entre los pocos prisioneros que habia hecho, y no hallándolo se dirigió á Huaja con una pequeña columna en busca de sus prisioneros, la mayor parte de los cuales eran oficiales que pertenecian á las principales familias de San Juan.

Todos ellos no hallaban palabras suficientemente expresivas para ponderar la manera cómo habian sido tratados por Peñalozá.

Benavidez dejó en la Costa Alta las mismas autoridades que existian, puso en libertad á los pocos prisioneros que tenia y pasó á la ciudad de La Rioja á tranquilizar al vecindario, sin permitir á los suyos que cometieran el menor avance.

La Rioja fué tratada con la misma consideracion que Chacho habia tratado á Tucuman, al extremo que Benavidez ni siquiera cambió de gobierno. Nada tenia que hacer allí, así es que despues de acomodar á sus heridos de la mejor manera que le fué posible, emprendió su marcha de regreso á San Juan, dejando restablecido en todas partes el poder de Rosas y seguro que por mucho tiempo nada tendria que hacer.

En prevision de cualquier movimiento subversivo, recogió todas las armas que fué encontrando, haciendo imposible toda tentativa contra el orden de cosas que dejaba.

Y Benavidez se retiró tranquilo, sin pensar en que cada uno de los soldados que Chacho dispersó despues de la batalla, se habian ocultado con todas sus armas y pequeños pertrechos de guerra.

Y desde San Juan, envió á Rosas sus comunicaciones dando cuenta del resultado final de su campaña, y haciendo rigurosa justicia al valor y suspicacia desplegadas por Chacho en la última batalla ganada por él, pero á costa de grandes sacrificios.

Los dos amigos

Chacho no podia conformarse con su destino en Chile, por la clase de penurias que éste representaba para él y para La Rioja que habia quedado pobre y miserable. Continuamente recibia chasques de sus amigos, que le pintaban la situacion más desesperante y le pedian tentara algo para librarlos de aquella situacion precaria. Solo en su gran caudillo espera La Rioja la cesacion de este estado de cosas insostenible. Y le repetian que no olvidara que La Rioja, sin más armas que sus manos mismas y los garrotes de sus algarrobos, estaba dispuesta á seguirlo adonde los llevara.

Y Chacho con una pena profunda les mandaba responder que tuvieran paciencia como la tenia él mismo, que no se queria mover sinó á cosa segura, que tuvieran confianza en él y esperaran.

Por otra parte, su situación misma era tremenda: tenía que trabajar en las haciendas vecinas como el último peon, para ganar un miserable jornal cuya mayor parte atesoraba para mandarlo á su hija, que aunque la atendian, sus amigos y relaciones, tenía que participar de la miseria general.

Chacho deseaba ardientemente traerla consigo, tenerla á su lado y consolarse siquiera con sus caricias, pero no se atrevia á exponerla á los peligros y miserias de una emigracion. ¿Y si el trabajo le faltaba? ¿y si llegaba un dia en que no tuviera que darle de comer? Chacho temblaba ante estas ideas y se resolvía á sufrir su soledad y su miseria esperando mejores tiempos.

Por lo pronto en La Rioja no podia temer persecucion alguna. El fraile Aldao no se movia de Mendoza, de Benavidez nada tenían que temer y ningun otro caudillo federal aparecia por las inmediaciones.

Se podia esperar tranquilamente é ir juntando elementos poco á poco, hasta que llegara el momento oportuno de hacer algun movimiento provechoso.

Él tenia seguridad de dominar La Rioja y aún Catamarca mismo, en cuanto se presentara. ¿Pero de qué le servia todo esto, si en el acto que llegara Benavidez ó cualquier otro ejército, tendria que dispersarse y hacer la guerra de recursos, sin ningun resultado positivo? Era mil veces preferible estar á la expectativa y moverse en momento oportuno.

Chacho trabajaba de luz á luz en las haciendas chilenas para ganar miserables dos reales bolivianos, y eso los dias que tenia trabajo, que los que no, tenia que consumir de lo ganado los anteriores. Y para tener que mandar á su hija, Chacho vivia en una economia exagerada: puede decirse que no comia sinó lo estrictamente necesario para vivir. Pero aquel género de vida no podia prolongarse mucho; su salud se iba quebrantando poco á poco y una melancolía profunda empezaba á apoderarse de él.

Para vivir de esta manera, pensaba, es preferible concluir de una vez, de una manera ó de otra.

Y fué entónces que meditó el más atrevido y peligroso de los planes.

Benavidez era un hombre recto y humano, que nada de comun tenia con los bandidos de la federacion que dominaban en las otras provincias. De esto tenia suficientes pruebas en la conducta observada por este jefe despues de sus triunfos. Benavidez le era deudor de muchos servicios personales que un hombre de su carácter no podia olvidar, pues estos servicios importaban la vida de su yerno salvada dos veces y la de su hija misma. No habia en San Juan, como en parte alguna, motivo de odio contra él, pues él nunca habia hecho mal á nadie, ni permitido que nadie lo hiciera á su sombra. ¿Por qué entónces no podria irse á San Juan é invocar la proteccion de Benavidez? Él no intentaba nada contra San Juan, como no habia intentado contra ninguna provincia: su causa habia sido santa, porque él habia luchado por la libertad de las provincias del Norte. No tenia más delito que no haber querido entregar al coronel Baltar, pero esto no era

más que un acto de desobediencia hacia Rosa-, que en nada perjudicaba sus relaciones con Benavidez.

Peñaloza pensó en lo que él haría si Benavidez viniera á pedirle igual servicio, y juzgando las acciones de aquel por las suyas propias, decidió irse á San Juan y poner en practica su idea. De todos modos y en último caso no arriesga, más que su vida en las condiciones que lo llevaba, y no valia la pena de la menor defensa.

Chacho maduró y meditó bien este plan atrevido, y resolvió realizarlo en el acto. Y montando en su mulo marchero, que á costa de enormes privaciones habia logrado tener consigo, pasó á La Rioja y se dirigió á Jacha á reunirse á su hija.

Chacho se habia hecho afeitar todo para poder atravesar La Rioja sin ser conocido, porque temia que si lo conocian se levantarán en armas todos los pueblos y lo obligaran á abrir una nueva desastrosa campaña. Caminando disfrazado y de noche lograria pasar á San Juan sin que nadie lo supiera y ver allí lo que podria esperar en beneficio de su provincia.

Chacho no llevaba más armas que su pistola, y ésta la tenia destinada á hacerse volar los sesos en caso que Benavidez no lo atendiera y quisiera hacerlo su prisionero para remitirlo á Buenos Aires.

De este modo quedaba arreglado y escapaba él á la vida miserable del destierro que se veia obligado á llevar.

Chacho se detuvo en Jacha con gran sorpresa de su hija que no lo conoció en el primer momento, y contra todo lo que pensaba, conocido por otros, se corrió la voz en todo el pueblo, que acudió en acto á saludarlo.

Chacho tuvo que suplicar terminaran aquellas manifestaciones, diciendo que solo habia venido de Chile á visitar á su hija, apreciar la situacion de La Rioja y regresar á Chile para tomar la determinacion que le conviniera.

Y fué en vista de estas razones que el pueblo dominó su entusiasmo para no turbar la accion de su caudillo.

—Cuando sea el momento oportuno de moverse, vendré á avisárselo yo mismo, pero ahora la menor imprudencia puede causar daño porque una vez sentido tendré que modificar todo mi plan.

Y así Peñaloza pudo pasar una semana en Jacha, sin que su presencia causara el menor trastorno. Fueron ocho dias de suprema felicidad para aquel hombre tan digno de una vida feliz, y que no hacia otra cosa que experimentar y sufrir resignadamente las mayores desventuras, todo en beneficio de la patria y de la libertad.

—Yo me vuelvo á Chile, hija mia, dijo á ésta entregándole el poco dinero que para ella habia atesorado. Voy de nuevo á tentar la suerte, á ver si soy más feliz; y pronto, muy pronto nos reuniremos para no separarnos más.

Anita lloró, suplicó á su padre la llevara consigo, pero tuvo que ceder al fin ante las razones poderosas que éste le expuso.

—Ir á mi lado me quitarás toda la libertad de accion, le dijo, y yo necesito moverme mucho, moverme sin descanso y luchar contra todos los elementos que voy á encontrar á mi frente. Ten paciencia, hija mia, que ya nos queda lo menos que sufrir.

Y aunque Chacho amaba á su hija entrañablemente, y sentía inmensamente aquella separacion tal vez eterna, estaba decidido á no llevar nunca á cabo su atrevido plan, pues cada vez se convencía más de que era necesario terminar con aquella situacion tremenda.

Chacho salió de Jacha una noche, diciendo á su hija que iba á apurar los elementos que tenía en Chile para volver en son de guerra, pero el camino que tomó fué el de Catamarca para de allí pasar inmediatamente á San Juan. De todos modos si Benavidez no se portaba como él creía, aún tenía en su cintura el último recurso para hacerse volar los sesos.

A pesar de lo conocido que era, nadie sospechó que aquel individuo lampiño con traza de roto chileno, fuera el prestigioso y valiente caudillo riojano. Lo miraban pasar con la mayor indiferencia. Para evitar de todos modos que lo reconocieran. Chacho marchaba de noche solamente, y á la madrugada cuando andaba por entre el monte. Y solo comía Algarrobos ó alguno que otro pedazo de charqui que le daban en alguna poblacion aislada, únicas que se atrevía llegar.

Y sufriendo todo género de privaciones, llegó por fin á la provincia de San Juan, despues de quince días de marcha continua y sin reposo. Aquí era preciso mayor número de precauciones, pues se hallaba entre enemigos que podian tomarlo si lo conocian y llevarlo á presencia del gobernador, haciéndole perder así todo el efecto del golpe que proyectaba. Siempre finjiéndose el arriero, llegó á ciudad de San Juan muy de madrugada, y se hospedó en una casita de las orillas. Y como en San Juan era menos conocido, no le fué tan difícil guardar la incógnita hasta la noche.

En la casa donde se hospedó manifestó que se hallaba muy enfermo, que iba pasando para Mendoza y que le permitieran dormir un poco para reponerse.

Hospitalarios y generosos como son todos los sanjuaninos, los habitantes de aquella casita obsequiaron á Chacho con arreglo á sus escasos medios. Le dieron masas, un buen vaso de anisado que Peñaloza apenas probó porque no sabia beber, y pusieron á su disposicion la mejor cama de la casa.

Y él que no tenía por qué temer nada, pues su conciencia se hallaba perfectamente tranquila, se acostó y durmió un sueño reparador de seis horas por lo menos. Y al despertarse, se entregó á las últimas reflexiones de su situacion peligrosa.

¿Respondería Benavidez á la idea que tenía formada de él? ¿Aún tenía tiempo de retroceder y de volver á afrontar todos los peligros del largo viaje?

Pero no era hombre de titubear mucho, y resuelto á hacer lo que habia pensado, se levantó y se preparó á ir á casa de Benavidez lo más tarde que fuera posible, por temor de que lo conociera algunos de los ayudantes ó jefes que lo rodeaban.

No era su intento guardar la incógnita una vez en casa del general, pero no quería ser reconocido porque tenía el más vivo interés en ser él quien se descubriera, para tener su primera impresion en la misma fisonomia del general.

Para entretener mejor el tiempo y ver si podia permanecer

allí hasta la noche, empezó á hacer algunas interesantes narraciones militares de sucesos que suponía pasados en Santa Fé, con lo que los dueños de casa estaban entretenidísimos.

Chacho narraba con una verdad latente y los que le escuchaban, sobre todo las mujeres, hubieran deseado estar toda la tarde y toda la noche oyéndolo hablar.

Y lo invitaron á comer un puchero que á Peñaloza le pareció algo de celestial. Hacia quince dias por lo menos, que solo comía algarrobo, masas y charque, de modo que un bocado de comida caliente era para él algo de sublime. Así comió y charló largamente, hasta que llegó la oracion, hora en que empezó á hacer sus preparativos de marcha, preparativos que consistian solamente en arreglar su mulo, única cosa que poseía, pues el mismo apero que llevaba no hubiera valido la pena de disputarlo á nadie.

Mucho sintió aquella buena gentela marcha de un viajero tan entretenido, haciendo lo posible por retenerlo hasta el siguiente dia. Pero tales necesidades les pintó éste, que no insistieron más y lo dejaron ir, bajo la promesa de que, á su regreso volvería á visitarlos. Le ofrecieron acompañarlo, pero como Chacho les dijese conocer perfectamente el camino, no insistieron más tampoco y lo dejaron marchar.

Peñaloza entró al pueblo, pero no sabia dónde quedaba la casa del general, contratiempo que lo molestó mucho, pues lo forzaba á preguntar por ella. Dió vuelta pacientemente hasta que encontró un individuo de facha bastante infeliz como para que no fijase su atencion en la pregunta que se le dirigia y á éste pidió la señas de la casa que buscaba, señas que obtuvo sin la menor dificultad. Y allí se encaminó resueltamente.

En la casa de Benavidez habia ese movimiento natural en casa de los personajes, aún de los de la más infeliz. Se notaba la presencia de las visitas y podia constatarse aquella alegría franca é íntima que proporciona el bienestar.

Chacho preguntó por el general al soldado estacionado en la puerta, quien al ver la facha del solicitante le dijo que estaba ocupado.

Esta fué una dificultad con que el Chacho no contaba. ¿Cómo anunciarse de manera que Benavidez lo recibiera sin saber quién era? Y como su vacilacion podia despertar una sospecha en el soldado, le dijo prontamente:

—Dígale que soy un chasque que acaba de llegar de La Rioja y que desea hablarle sin pérdida de tiempo.

Chacho fué introducido en el acto á presencia del general, que se hallaba con algunas personas de su amistad, y preguntando qué traía para él, repuso con la mayor serenidad:

—Traigo comunicaciones verbales para V. E., pero se me ha ordenado las trasmita á solas y en la mayor reserva.

Para Benavidez era indudable que algo de grave pasaba en La Rioja, tal vez una invasion del Chacho, así es que en el acto hizo pasar al titulado chasque á una pieza reservada.

Benavidez, que era un hombre sumamente precavido, y á pesar del apuro que tenia en conocer aquella comunicacion, guardó cierta distancia con aquel hombre, recelando que tal vez se tramara algo contra él.

—Pronto, dijo, comuníqueme usted lo que trae, que tal vez sea de la mayor urgencia.

Y como Chacho vacilara un momento no sabiendo cómo empezar, el recelo de Benavidez se acentuó más, y se aproximó á la puerta en prevision de cualquier avance. Y no es que Benavidez tuviera miedo, pues era hombre de afrontar situaciones más difíciles, sinó que no tenia armas consigo y conceptuaba un disparate descabellado ponerse á la merced de un asesino.

Chacho leyó en sus ojos lo que pasaba en su espíritu, y se apresuró á tranquilizarlo para evitar que fuese á llamar gente.

—No se alarme, mi general, dijo sonriendo: por más mala que le parezca mi facha, soy hombre de tal confianza que el coronel Peñaloza me envia con comunicaciones verbales para V. E. me retiraré si quiere, pero no se alarme ni llame, que lo que yo voy á decirle solo V. E. debe escucharlo, así por lo menos me lo dijo el Chacho con estas palabras: «En cuanto sepa el general que soy yo quien te manda, tendrá confianza.»

Las palabras del chasque y la sonrisa plácida con que las acompañó tranquilizaron completamente á Benavidez, que tomó asiento haciendo sentar tambien al titulado chasque.

Y lo miraba fijamente como si quisiera conocerlo, pues aquella fisonomia, bella en su expresion franca y cariñosa, le parecía una fisonomia familiar á él.

--Yo lo he visto á usted otras veces, dijo, no recuerdo cómo ni dónde, pero su cara es muy conocida.

—Puede ser, señor: muchas veces nos hemos hallado uno con el otro, pero como ha sido peleando, creí que usted no se hubiera fijado en mí.

—Es raro, porque hasta el mismo sonido de la voz me es familiar: no debe ser esta la primera vez que la oiga.

—No es extraño, yo en la batalla grito mucho y es fácil que usted haya oido mi voz de mando.

—¿Era usted oficial de Peñaloza acaso?

—No, señor: era jefe de su caballeria.

—Es extraño, exclamó Benavidez mirando á Chacho cada vez con mas fijeza, ó yo lo conozco ó usted es muy parecido á alguien que yo conozco. ¿Será usted acaso hermano ó pariente del coronel Peñaloza?

—No señor, respondió Chacho sonriendo siempre— el coronel Peñaloza soy yo mismo que vengo á visitar y á ponerme al amparo de mi amigo el general Benavidez.

Este no pudo dominar su gran sorpresa y se puso de pié rápidamente acercándose á Chacho.

—¿Qué, duda de lo que le digo? preguntó éste poniéndose tambien de pié; no me reconoce aún?

—Ahora no, ahora no, exclamó el general tendiéndole los brazos: ahora lo reconozco, pero ¿qué misterio envuelve esta aparicion y este disfraz?

—No queria que me conocieran para que no se levantaran mis leales á mi paso; ni queria tampoco que tuviera usted noticias de mi presencia por otro que por yo mismo. Vengo á entregármele sin condiciones, porque conozco su corazon y su carácter y estoy aburrido de la vida que llevo y de este eterno

luchar y batallar sin resultado alguno, puesto que vencemos hoy para ser derrotados mañana y volver á empezar pasado. Esta lucha sangrienta va á concluir con la ruina de nuestras provincias, y esto es lo que yo quiero evitar. Por esto me he resuelto á venir á entregarme á usted sin condiciones, á ver si termina esta lucha eterna. Si usted me ampara y me protege, me felicitaré de no haberme equivocado: si me remite á Rosas en Buenos Aires, habré concluido de todos modos, puesto que me matarán y el resultado será el mismo.

Benavidez, sin poder dominar su emoci6n, abrazó de nuevo á Peñaloza y despues de agradecerle la opinion que de él habia formado, le dijo que él seria para Peñaloza lo que Peñaloza habia sido para el coronel Baltar.

—Desde este momento usted tiene en mí un hermano, más aún, un amigo firme con el que puede contar sin la menor reserva. Mi honor responde de su vida, coronel Peñaloza, se lo juro por la de aquella hija querida que usted salvó. Al recibirlo de esta manera, no hago sino retribuir de una manera harto mezquina todo lo que le debo --quiera Dios que se presente una ocasion de demostrarle cuánto le aprecio y cuánto respeto sus prendas de carácter!

Y aquellos dos hombres igualmente nobles, igualmente bravos y decididos, conmovidos hasta las lágrimas, se unieron en un fuerte y estrecho abrazo.

—Mi familia desde este momento es la suya, como mi casa lo es tambien sin reserva; vamos adentro porque nadie pueda ignorar que usted está conmigo, quiero lucir mi amistad y la prueba de confianza que usted me ha dado.

Y despues de mandar á sus caballerizas el mulo de Chacho, llevó á éste á su salon, donde se hallaban reunidos su familia y amigos, esperando llenos de curiosidad las noticias que habia llevado aquel chasque.

—Amigos míos, dijo Benavidez dejando asomar á sus ojos y temblar en su palabra el inmenso placer que experimentaba: tengo el honor y el placer de presentarles á mi amigo leal y noble el coronel Peñaloza: él viene á vivir algun tiempo entre nosotros, como prenda de paz y de amistad.

Aquella presentacion cayó como una verdadera bomba entre las personas á quienes fué hecha, acercándose todos á Chacho para felicitarlo y estrecharle la mano..

Chacho era conocido en San Juan por las muchas anécdotas militares que de él se referian, entre otras, la salvacion del mayor Gordillo y su esposa.

De modo que, sin conocerlo personalmente, todos lo apreciaban, deseando que terminara cuanto antes una guerra tan triste entre provincias hermanas y vecinas.

Chacho fué obsequiado con verdadero cariño, corriéndose la voz entre todas las relaciones de Benavidez, que bien pronto llenaron sus salones y aún sus patios.

Y en el acto se improvisó un baile que duró toda la noche, entre la mayor animacion, teniendo que ceder Chacho el compromiso de bailar una zamba agitada con la esposa del general.

Peñaloza fué durante toda la noche el objeto de todas las felicitaciones y halagos, ponderando su noble resolucion de poner

término á la sangrienta guerra entre provincias hermanas, de una manera tan terminante.

Ya Chacho no sabia cómo responder á tantos cumplidos y demostraciones de aprecio, alegando que él no tenia ningun mérito para que se le tratara de aquella manera, pues no habia hecho otra cosa que seguir los impulsos de su corazón.

Concluido el baile, Benavidez lo llevó á la pieza que le habia hecho preparar, para que se entregara al descanso que tanto necesitaria. Allí se habia colocado todo aquello que podia hacerle falta al hombre más exigente.

—Le suplico con la mayor prueba de amistad que pueda darme, le dijo al dejarlo en su plaza, que no carezca de nada, que disponga como lo hacia en su propia casa sin la menor reserva: es la mejor prueba de cariño que puede darme.

Chacho estaba sorprendido con tanta demostracion de cariño y tanto obsequio. Benavidez se portaba con más generosidad de lo que habia esperado y lo trataba como á un amigo querido.

—Gracias, no encuentro términos que expresen la gratitud que por usted guardo, general, dijo Chacho: cuente conmigo de todos modos sin la menor reserva, para todo lo que no sea combatir la causa unitaria.

Benavidez se retiró á tomar algunas medidas referentes á su huésped, mientras éste se entregaba al reposo. Por fin iba á dormir con un descanso completo, que harto lo necesitaba.

Los dos aliados

La noticia de la llegada de Chacho habia corrido por San Juan con celeridad increíble, y el pueblo acudia á casa del gobernador con el deseo de conocer al caudillo generoso, como todos lo llamaban.

Los soldados de Benavidez, á su regreso de su última campaña, referian cómo combatia aquel hombre extraordinario y cómo trataba á los vencidos y prisioneros, y todos deseaban conocer al protagonista de aquellas interesantes leyendas. Y al saber que estaba en San Juan y que era amigo de Benavidez, acudian presurosos de todas partes, aguzados por la mayor curiosidad.

Para festejar aquel acontecimiento feliz, el gobierno habia dispuesto toda clase de fiestas, á las que debia concurrir Chacho para hacerlo conocer, y que oyera de sus propios lábios que en él ya no tendrian un enemigo sino un aliado.

Peñaloza, humilde y sencillo, se hacia la mayor violencia para concurrir á aquellos festejos, pero no tenia más remedio que complacer al general y halagar al pueblo que tantas pruebas de simpatias le daba. Y asistia con la misma resignacion á cuanto baile, jarana ó comilona se daba en su obsequio. Y comia, se entretenia y bailaba, no como un placer muchas veces, sino como quien se resigna á una cosa sin consultar la suma de desagrado que pueda causarle. Porque su espíritu no estaba aún para fiestas: ignoraba cómo apreciarian lo que habian hecho

sus amigos políticos y la situación de su hija lo preocupaba inmensamente.

Me parece que usted no está contento, que algo le falta, decía Benavidez cuando le sorprendía alguna manifestación de tristeza.

—Es que la felicidad del presente no ha podido aún borrar las angustias del pasado, respondía sonriendo; necesito tranquilizar á mi provincia respecto á su porvenir y tranquilizarme yo mismo respecto á mi hija que ha quedado en La Rioja sin más recurso que los miserables que yo le dejé antes de venirme.

—Eso podía hacerlo usted dentro de poco, cuando estos pueblos se hayan convencido que entre nosotros no puede haber motivo de guerra y por consiguiente entre ellos tampoco. Yo le daré recursos para que mande á su hija, con la noticia de donde se halla y cómo se halla usted: de esta manera podrán esperar con tranquilidad que usted regrese á darles informes verbales.

Peñaloza aceptó con la mayor franqueza el ofrecimiento de Benavidez y aquel mismo día envió un chasque á Jacha con dinero para su hija y con un recado á sus amigos diciéndoles que había asegurado la paz con el general Benavidez, que él se hallaba en San Juan y que pronto iría él mismo á darles cuenta de la nueva y resueña situación que se había producido.

Y como aquella había sido realmente la causa de su malestar, desde que salió el chasque para La Rioja, empezó á manifestarse más alegre y más expansivo en las fiestas á que asistía. Su prestigio y valor por una parte y su físico agradable por otra, le habían granjeado la simpatía de las mujeres. Su conducta sería y su comportacion intachable en su vida privada, le habían abierto la puerta de todas las familias, que lo recibían con el mayor agrado, demostrándole toda la simpatía que por él tenía.

Siempre ha sido obsequiosa y hospitalaria la sociedad de San Juan. Allí el hombre de buena conducta y antecedentes, encuentra abiertas todas las puertas y la más franca hospitalidad en todas las casas. Porque esta es la índole de aquella sociedad cuyo adelanto y cultura es hoy extraordinaria. Distinguidísimas en su trato y cultas hasta la exageración, las damas sanjuaninas se captan desde el primer momento la simpatía del viajero, que no sabe qué ha de admirar primero, si el adelanto de su sociedad intachable ó la sencillez generosa y leal de sus familias.

Así Chacho se encontraba en un centro sumamente agradable, y lamentaba haber tenido que luchar con un pueblo que tantas pruebas de cariño le daba. Pero felizmente y gracias al hombre noble que los dirige, les decía. San Juan tiene hoy en Peñaloza su mejor amigo, como lo tendrán más tarde en el pueblo riojano cuando éste oiga de mi boca todo lo que les debo.

Y jovial y alegre, era la primera pierna en todos los bailes y el invitado que más se disputaban las familias.

Ningun bailarín de zambas había sentado más pronto una reputación de maestro en este baile tan pintoresco y sensual.

Los jóvenes trataban de imitar la gracia infinita de sus movimientos y el lenguaje especial de su cuerpo, decimos, pues bailando la zamba agitada, el Chacho hacía hablar desde sus ojos,

hasta el pañuelo que agitaba en su mano derecha. Y las niñas deseaban acompañarlo, porque el Chacho no solo tenía el talento de lucir él, sino de hacer lucir á su pareja misma.

Chacho era mirado como un miembro de la sociedad sanjuanina y como uno de sus mejores miembros.

Los calaveras, que los hay en San Juan, como en todas partes del mundo creyendo halagar los gustos del Chacho, lo habían llevado á las jugadas y reuniones del mundo alegre.

Como soldado creían que Chacho amaría el juego y las mujeres de vida alegre, gustos que enjendra facilmente la vida monótona de campamento. Pero se encontraron con que Chacho no sabía jugar ni se encontraba bien entre mujeres corrompidas.

Por ceder á los ruegos de aquellos jóvenes fué las primeras veces, pero despues se negó á acompañarlos. No se encontraba en sus elementos ni en sus medios de agrado.

Trataron de hacerlo beber, creyendo que fuera este su vicio favorito, pero se encontraron con que Chacho no bebia sinó con una moderacion exagerada. Y se convencieron con asombro de que el coronel Peñaloza era un hombre que no conocia vicio y cuyo espíritu delicado no había podido torcer quince años de vida militar y de privaciones.

La noticia de esta moralidad perfecta cundió por todas partes y fué esto precisamente lo que franqueó la amistad de las principales familias, que lo trataban con una franqueza y con una confianza extremas, confianza de la que Chacho no abusó jamás manteniéndose siempre en su justo limite.

Y cuando el general Benavidez le preguntaba si estaba contento, le replicaba que era aquella la época más feliz y tranquila de su vida.

—Si yo fuera á consultar solo mi conveniencia propia, decia, no me moveria jamás de San Juan. Pero mi pobre Rioja me necesita y no es justo que yo la olvide por mi felicidad personal.

—¿Está usted contento entónces? Me alegro que lleve de aquí tan buen recuerdo y que este recuerdo lo haga volver siempre de cuando en cuando.

—Ya le he dicho, General: solo el cariño de mi Rioja puede arrancarme de San Juan, que es para mi otra Rioja, aunque lo confieso humildemente, más culta, más bella y más adelantada. Aquí me han tratado como un viejo y querido amigo y Chacho es más agradecido que un perro, nunca olvidará lo que debo á San Juan y á su valiente caudillo y espera ansioso el momento de póderselo demostrar.

Si Chacho estaba satisfecho, igualmente satisfecho estaba Benavidez, que sabía apreciar en lo que valia la amistad leal del Chacho á quien estaba seguro no habría fuerza capaz de enemistarlo con él. Dos meses solo hacia que estaba en San Juan, y era considerado como uno de los mejores miembros de su sociedad. Las familias no podían tratarlo con más cariño ni abrumarlo con más obsequios. Pero aquella vida apacible y feliz no podía durar mucho, porque aquella alianza de los dos caudillos más poderosos del Interior, no podía convenir á los intereses de la federacion.

Rosas tuvo conocimiento de que Chacho se hallaba en San

Juan en poder del general Benavidez y mandó ordenar á éste lo remitiera á Buenos Aires sin pérdida de tiempo, haciéndole responsable de cualquier demora ó desobediencia que pudiera dar por resultado la fuga de Peñaloza.

—Es preciso concluir de una vez con los miserables enemigos de la federacion, decia aquella nota terrible, y hacer con ellos un escarmiento ejemplar. Así V. E. remitirá al Chacho bajo la más segura custodia, y haciendo entender al oficial que venga al frente de ella, que él me será responsable con su propia cabeza de la persona del caudillo riojano.

Benavidez quedó aterrado ante semejante nota, porque ella importaba para él una ruptura con el gobierno de Rosas, pero no por esto vaciló un momento, resuelto á desobedecer y no entregar la persona de Peñaloza. Sin embargo, ántes quiso tentar todos los medios á su alcance para arreglar aquella cuestion apurada que lo colocaba en una situacion terrible. Y escribió una larga nota á Rosas, haciéndole presente que el coronel Peñaloza se hallaba sometido y que no habia nada que temer de él, que él respondia de que la paz no seria alterada y que Peñaloza no abria nuevas campañas.

—Es más conveniente dejarlo en completa libertad, decia, porque él mismo es el más interesado y comprometido en mantener la paz á todo trance. Así es preciso conservarlo como un aliado, pues si se le remite preso á Buenos Aires, tal vez esta puede ser causa de que se alcen sus parciales y nos obliguen á nuevas campañas y nuevas batallas.

Tal vez en vista de todas estas conveniencias, pensaba Benavidez, no insistirá Rosas, y se pueda conjurar esta situacion difícil.

Rosas leyó aquella comunicacion y se irritó de una manera horrible, porque sospechó que bien podia tratarse de una alianza entre Peñaloza y Benavidez para preponderar en el Interior. Y pensando que Chacho en su poder seria una prenda para que La Rioja no se alzase, volvió á pedir su entrega á Benavidez, pero de una manera más terminante.

Rosas enviaba con la nota la comision que habia de recibirse de Peñaloza para conducirlo á Buenos Aires. De esta manera Benavidez no podia demorar su entrega y vendria con mayor seguridad. Ya no era posible tentar medios de arreglos sinó entregar á Chacho ó romper terminantemente con Rosas. Y Benavidez no vaciló un momento y despachó á la comision con este mensaje verbal:

—Diga usted al general Rosas que el coronel Peñaloza es mi prisionero, mi amigo y mi aliado: que está bajo mi techo, al amparo de mi honor militar y bajo la fé sagrada de mi palabra: que entónces no puedo entregarlo como lo haria con cualquier otro prisionero de guerra, pero que al mismo tiempo le respondo de su persona como de mí mismo, que no intentará nada contra los intereses de la federacion.

Aquello era romper abierta y terminantemente con Rosas, que por aquella contestacion miraria á Benavidez como á un enemigo, pero éste no podia proceder de otra manera.

Cuando Chacho supo lo que sucedia, noble y abnegadamente.

dijo á Benavidez que lo entregara no más, que aquella negativa podia causarle disgusto de gran consideracion.

—Yo mismo iré á presentarme á Buenos Aires y usted quedará así bien parado.

Benavidez miró á Chacho fijamente y le dijo:

—¿Qué hizo usted cuando ofreciéndole mayores ventajas se le pidió la entrega del coronel Baltar? ¿qué hizo usted y qué me contestó la primera vez que le hice tal pregunta? ¿por qué quiere ahora que yo sea menos que usted?

Chacho sonrió y tendió sus brazos al general Benavidez: estaba vencido. Lo que Benavidez hacia con él era lo mismo que él habia hecho con el coronel Baltar. con la diferencia que Benavidez estaba en mejores condiciones para resistir, y lo tenia de aliado.

—Esto va á costarle un sério disgusto, general, dijo, y es un motivo más de agradecimiento para mí, que tanto le debo.

—Ante todo, primero está mi honor empeñado, dijo el general á su vez, además de no haber tal necesidad de remitir á usted á Buenos Aires. Si se enoja Rosas, que se enoje, pues lo que es por la fuerza no lo llevarán á usted de aquí.

Rosas, á juzgar por la nueva comision que envió á Benavidez, estaba terriblemente irritado. Le mandaba intimar por última vez le entregara la persona del coronel Peñaloza, previniéndole que si no lo hacia así, lo tendria como á un rebelde y lo trataria como á tal.

Pero eran aquellas amenazas perdidas, porque el general Benavidez era demasiado altivo para ceder ante las amenazas, y sabia que aliado con el Chacho, Rosas no podria con él.

Así es que recibió la comision de la manera más burlona, contestando á Rosas que tuviera presente que él no era un don Eusebio, ni un Antonino Reyes, para que le tratase como de patron á sirviente; que ya le habia dado buenamente las razones porqué no remitia al coronel Peñaloza, cuando pidió su remision en términos aceptables, pero que, ante semejante intimacion, solo podia y debia contestar secamente que no queria.

El oficial y la comision se retiraron, y Benavidez conferenció ese dia larga y amistosamente con el Chacho.

—Antes que Rosas se anime á venir sobre nosotros, dijo, ha de pasar mucho tiempo, porque la empresa no es tan sencilla. Sin embargo, bueno es que usted se retire á La Rioja y apronte con toda tranquilidad los elementos que crea necesitar para hacer frente á cualquier emergencia.

—Yo no tengo más que alzar la voz en La Rioja, general, para levantar á todos sus hombres; Catamarca y Santiago estarán conmigo y sinó será cuestión de una ligera sacudida á sus gobernadores. Si para defenderme de usted puse en pié un ejército numeroso, para defenderlo, levantaré unos diez veces mayor. Yo no soy simplemente un aliado, general, soy su subalterno á quien puede ordenar con entera confianza y sin miramiento alguno. Aprecio en lo que vale, lo que le debo, y sabré responder como debo en el terreno de los hechos.

—Usted no me debe nada, amigo mio, yo le era deudor de servicios preciosos que trato de retribuir como puedo, reconociendo esta superioridad: que usted obró espontánea y noblemente,

y yo obro por reconocimiento. Váyase pues tranquilo á La Rioja y aliste sus elementos, yo voy á estar en observacion de Mendoza, para caerle al fraile Aldao en cuanto intente moverse.

—Déjelo al fraile por mi cuenta, general, que yo entiendo su manera de rezar, y tengo una larga cuenta con él: en cuanto quiera moverse, me lo hace saber y yo me encargo de ponerlo en el camino de la penitencia. En Mendoza tengo yo más prestigio que él mismo, y basta que yo me acerque á la ciudad para que me rodeen los mejores elementos y los caudillos más importantes. Con toda esta suma de poder y el armamento que usted tiene, general, no podrá jamás Rosas con nosotros. Yo me encargaria de despedazar sus ejércitos en las marchas, mientras usted lo barria en campo raso.

Benavidez sonrió al recordar la manera como Chacho habia combatido en Ilisca, y repuso: yo sé prácticamente cómo usted combate, mi amigo, y como lo único que puede faltarle el armamento, yo le daré por el momento una parte, y le remitiré en seguida todo el que pueda conseguir.

—Y yo deseo que Rosas lo obligue cuanto antes á ponerse en campaña, para que vea la importancia del amigo que pierde y se convenza de que el Interior es para él cuestion perdida.

Rosas tuvo que tragar aquella soberbia respuesta de Benavidez, pues no podia distraer un solo hombre para enviar á San Juan un nuevo ejército á luchar con los más importantes y temidos caudillos del Norte. Por todos lados se sentia amenazado de una manera tremenda: los Unitarios se decidian á una lucha titánica, y todo le era poco entónces para aglomerar en los alrededores de Buenos Aires. Enviando un ejército á las provincias se debilitaria en Buenos Aires, exponiéndose á un fracaso.

Chacho y Benavidez tenian por delante mucho tiempo para organizarse y preparar un ejército respetable. Chacho regresó á La Rioja contento y feliz, pues habia asegurado á su provincia una situacion magnífica y conseguido la alianza del jefe más importante de Rosas. ¿Qué podia temer ya respecto á Rosas? Nada, absolutamente nada. El tenia en un puño la situacion de La Rioja, Catamarca, Santiago y San Luis, mientras Benavidez le respondia de San Juan, Mendoza y Tucuman. Podia pues presentarse la situacion más difícil, en la seguridad de que seria respetado ventajosamente.

Peñaloza se fué pues á su provincia, llevando buenos elementos en armas y municiones y una buena escolta para evitar cualquier tentativa en el camino.

Imposible es pintar el inmenso júbilo con que el caudillo rioja no fué recibido en su provincia. Sus amigos y partidarios idólatras que lo habian creído perdido para siempre, salieron á recibirlo al saber su llegada con vivas estruendosos y muestras del mayor regocijo. Les parecia un sueño verlo salvo, y más todavía, verlo llegar con armas y en posicion de entrar en campaña nuevamente. Y cuando supieron que el general Benavidez estaba con ellos, que era amigo del Chacho y que de él no tendrían que temer nada, el regocijo no conoció limites. ¿Quién les meteria diente ahora? ¿quién vendria á invadir La Rioja que

no lo atajara el gobernador de San Juan con su inmenso ejército?

Antes de armar un hombre, antes de dar sus órdenes para que la Provincia se pusiera de pié, Peñaloza se ocupó de su hija, y mandó una comision á Jacha para que la trajeran á La Rioja.

Anita se habia convertido en una necesidad de su corazon y no podia estar sin ella. Harto hemos estado separados, decia, y harto hemos de tener que separarnos aún para que no desee no perder un minuto de tenerla á mi lado. Y preparó á Anita un cuarto con todas las comodidades y regalos imaginables, para que olvidara pronto las miserias por que habia pasado.

Anita era una mujer de exuberante belleza; su fisonomia habia perdido ya esa expresion de candor que formaba antes su mayor encanto; pero su belleza se habia completado, habia concluido de desarrollarse en la transicion de la niña á la mujer y sus formas mismas habian ganado en esbeltez y suavidad.

Muchos se habian enamorado de Anita al extremo de olvidar su pasado triste y se hubieran casado con ella deslumbrados por su hermosura; pero Anita, sin rechazar del todo á sus pretendientes, iba aplazando el desenlace de sus pretensiones, hasta que viniera su padre para consultarle sobre la persona á quien deberia dar preferencia. Aunque habia querido mucho al capitán Rivero, la situacion terrible por que habia pasado, habia muerto en ella aquella delicadeza de espíritu que forma el mayor encanto en la mujer. Así es que, aunque habia sentido profundamente su muerte, pronto se habia conformado con ella, y sin olvidarlo precisamente, miraba con la mayor naturalidad la transicion de su estado y el hecho de casarse nuevamente.

Es que Anita no habia amado verdaderamente y su espíritu no habia pasado nunca por la impresion del amor primero, de ese amor espontáneo é incontrastable que la mujer no olvida nunca porque en su mismo recuerdo está siempre su mayor encanto.

Y ella recordaba con su cariño tranquilo y dulce al capitán Rivero, pero sin que este recuerdo pudiera influir para nada en sus sentimientos de mujer, porque lo recordaba como á un amigo, como á un hermano, si se quiere, cuyo recuerdo nada influye en los demás cariños del corazon. Y decidida á casarse nuevamente, solo esperaba á Chacho para que la aconsejara en la eleccion, lo que prueba que Anita no amaba á ninguno de sus pretendientes, y solo se casaba por tener marido y nada más. La sola afeccion que Anita conservaba en toda su pureza y su intensidad, era el cariño por su padre, que la amaba, ya sabemos de qué manera.

Al verse nuevamente al lado de su hija, Chacho se consideró feliz, mas estando su espíritu tranquilo por la paz de La Rioja y su alianza con el general Benavidez. Y despues de tenerla á su lado fué que pensó en la organizacion de su ejército que debia tener dispuesto en todo momento. Y como no necesitaba tenerlo á su lado, ni todo reunido para estar suguro de él en el momento preciso, repartió las armas á los soldados que habian de quedar con él, previniendo á los demás que estuvieran prontos para

acudir á su primer llamado, que seria cuando le trajeran más armas que repartir.

En Catamarca la situacion era de los federales; pero éstos, temiendo irritar á un pueblo del que no estaban seguros, y provocar algun movimiento revolucionario, no cometian grandes violencias, aunque llevaban una persecucion tenaz contra aquellos unitarios mas conocidos y sobre todo contra aquellos que tenian intereses que embargar.

Así es, que para mayor tranquilidad, Chacho decidió cambiar la situacion de aquella provincia, lo que logró hacer con solo presentarse allí, seguido de doscientos hombres. Las autoridades se entregaron sin varilar, porque al fin aquel no era un enemigo que venia á ejercer venganzas y persecuciones, ni permitir que á su sombra nadie las ejerciera.

Seguro ya de que la situacion de Catamarca no la cambiaria nadie; repuestas sus antiguas autoridades que respondian á él en todo sentido, volvió á La Rioja, para entregarse al descanso, mientras llegaba el momento de la lucha.

A su amparo empezaron á regresar sus amigos, emigrados en Chile, y la situacion de aquella provincia, en general, empezó á prosperar poco á poco, y á desaparecer esa miseria espantosa en que estaban las poblaciones mas desamparadas. Chacho no tenia ya á qué moverse de La Rioja hasta que Benavidez no le pasara la voz de alarma.

Lo único que se hacia necesario era libertar á Mendoza de la influencia maldecida y sangrienta del fraile Aldao, pero para emprender esta cruzada santa, Chacho necesitaba juntar todos sus elementos y consultar el punto con Benavidez, pues no queria causarle el menor disgusto porque, si bien es cierto que habia cambiado con Rosas notas violentas por la entrega de su persona, no habia quebrado por esto con la federacion á que pertenecia. Y considerando Chacho que no era noble ni leal valerse de los elementos que su amigo le entregaba, para darle un disgusto, aplazó su campaña sobre Mendoza hasta ver cómo se presentaban los sucesos.

Por orden de Rosas, el fraile Aldao podia muy bien operar contra Benavidez, y entonces quedaba éste de hecho separado de la federacion y en condiciones de abrir contra ella una campaña seria y provechosa.

Al poco tiempo de estar en La Rioja el general Benavidez envió á Chacho una fuerte remesa de armas, con las que éste pudo organizar un buen cuerpo de ejército, que licenció en el acto, permitiendo á cada soldado llevarse sus armas á su casa. Tenia la plena seguridad de que á su llamado no faltaria uno solo y no habia razon entonces para mortificarlos con un acuartelamiento inútil.

Dispuesto así á sostenerse á la expectativa, se entregó al descanso y á esperar los sucesos que de todos modos no habian de tardar en pronunciarse.

Y al lado de su hija querida, el hombre se consideró feliz en toda la extension de la palabra.

El amor de Chacho

Peñaloza no se sentía satisfecho plenamente con el amor de Anita, que si llenaba por completo su aspiración de padre, no llenaba de la misma manera las afecciones de su corazón esencialmente amante y apasionado.

Chacho necesitaba un amor más íntimo, que sirviera de consuelo á las desventuras de su vida, tan llena de sinsabores. El necesitaba un corazón donde volcar sus penas, donde hallar un consuelo á sus amarguras, y con quién compartir todas sus impresiones. Necesitaba ese afecto leal y abnegado que solo puede darlo la esposa y que es la vida del espíritu.

Chacho completó el vacío que había alrededor; pensó que este vacío se aumentaría el día que se casara Anita, y pensó que era necesario buscarse una compañera que lo comprendiera y que fuera digna de toda la ternura que encerraba su corazón.

Ya hemos dicho que en La Rioja las mujeres hermosas, las mujeres bellas, se encuentran en todas partes con rara profusión. No era pues una belleza lo que buscaba Chacho, sino una mujer buena y de espíritu, que no se arrojara ante la miseria ni ante la situación más penosa. Por eso es que, al pensar en darse una compañera, se retiró de la sociedad acomodada y rica, y llevó su atención sobre aquellas familias humildes á quienes no podría asustar la situación más desesperante de la vida, porque habían pasado ya por todas las necesidades.

Y aunque las principales familias se disputaban el placer de tener siempre á su lado al querido caudillo, éste encontraba siempre disculpas aceptables para huir de ellas, ausentándose con frecuencia y con diferentes pretextos á los departamentos cercanos, con preferencia á la Costa Alta, donde había una muchacha que llenaba por completo su ojo y sus ambiciones.

Victoria, que así se llamaba ella, era una muchacha lindísima, de formas magníficas, de una esbeltez encantadora, y de alma de un raro temple.

Victoria en las diversas situaciones porque había pasado La Rioja fué objeto de infinitas persecuciones por parte de los muchos que vieron en ella una belleza arrobadora. Pero ella los había desdeñado á todos, teniendo en sí toda la fuerza de corazón necesaria para repeler cualquier violencia.

Una tarde que un oficial fué á sacarla de su casa violentamente, porque se hallaba perdidamente enamorado, Victoria tomó un fusil de su hermano ausente, que cargó y manejó con tal precisión, que el oficial creyó más prudente retirarse y no insistir más en una conquista que lo recibía de una manera tan militar y amenazadora.

Así había logrado Victoria hacerse respetar de todos y ponerse á cubierto de cualquier avance. Y se habían habituado de tal ma-

nera á respetar á Victoria y á mirarla como un imposible, que cuando alguno llegaba con pretensiones amorosas, los vecinos se reían alegremente y prevenían al amante que no se tomara tanto trabajo para pelarse la frente.

Victoria era una muchacha sumamente vigorosa y varonil, y reía siempre de los peligros que solían pintarle los que habían pretendido intimidarla.

Alta y nerviosa, vestida siempre con una sencillez encantadora, parecía increíble que en aquella naturaleza que parecía tan delicada, hubiera tanto carácter y tanta fibra.

Lo que era en La Rioja, no había quien perdiera su tiempo en un empeño amoroso con la Victoria, como la llamaban, y los que venían de las provincias vecinas ya sabían que todo empeño era inútil.

—Es una victoria, decían riendo, que no la consiguen ni con el ejército más poderoso.

Para que un hombre la redujera á sus pretensiones hubiera sido necesario luchar con ella como se lucha con el hombre más denodado; y en un caso {apurado, como ya había sucedido, era muy capaz de tomar un garrote de algarrobo y sacar con él peinando al pretendiente más decidido.

¿Era adversión que Victoria tenía por los hombres, ó era que no había encontrado todavía al hombre que había de llegar á su corazón?

La primera vez que Chacho vió á la hermosa llanista, se sintió impresionado por aquella belleza tan acentuada y tan vigorosa; pero como siempre, no lo dió á entender, tratando de borrar de su espíritu toda impresion que pudiera haberle causado.

Y al poco tiempo sintió la necesidad de volver á ver á la joven y fué nuevamente á los Llanos, tratando de encontrarse con ella de una manera casual, pues no quería dejar traslucir el verdadero interés que allí lo llevaba.

Algunos maliciosos que pretendían ver un interés amoroso en la mirada del Chacho, sintieron íntimamente que éste fuera á enamorarse y á sufrir un chasco doloroso. Así es que como quien no quiere la cosa, le refirieron lo que era Victoria y lo inútil que era requerirle de amores.

Esta dificultad picó el amor propio del Chacho, que se propuso entónces emprender la conquista de la joven, pero de una manera tan disimulada, que nadie pudiera apercibirse de un fracaso, si es que sucedía.

Victoria, cuando se había encontrado con el Chacho, le había tratado con el mismo comedimiento que á los demás y también con la misma indiferencia, lo que hacía sonreír á los más maliciosos. Y cuando alguno le daba alguna broma con Peñaloza, respondía:

—Ha de ser un pillo como todos, porque todos los hombres son iguales, y el día que me diga media palabra de amores será peor para él, porque entónces habrá perdido la buena amistad que le profeso.

Chacho veía aquella buena amistad y nunca había querido forzarla con palabras, aunque con sus ojos expresivos decía al corazón de Victoria más de lo que hubiera podido decirle en un discurso.

Victoria comprendía este lenguaje poderoso y disimulaba fingiendo no comprenderlo, ó no lo comprendía en realidad. El hecho es que no se veía en ella la menor acción que pudiera acusar una preferencia por Chacho.

El caudillo hubiera sido un partido soberbio para la muchacha más exigente, pero Victoria era una joven excepcional, muy capaz de no haber mirado más á aquel si le hubiera venido á cantar amores. Chacho empezó á venir con tanta frecuencia, que nadie tuvo duda del interés que lo traía á pesar de su empeño en disimularlo. Se veía claramente que Chacho estaba enamorado de Victoria, al extremo que empezaron á dar á ésta bromas de todo género y de las más picantes.

—Pues si él está enamorado, respondía ella cuando la apuraban mucho, tiene el buen talento de no decirlo, porque á la primer palabra que suelte, le suelto yo un desencanto que lo dejó seco.

Sin embargo de esto, había quien aseguraba que Victoria no era indiferente á Chacho y que en cuanto éste le hiciera el menor envite le había de querer con resto.

Esto lo conocían, decían, en la alegría inmensa que demostraba Victoria cada vez que venía Chacho, y en la seriedad y recogimiento en que se sumía cada vez que el caudillo se ausentaba. Y cuando alguno le daba con éste alguna broma demasiado picante sa enojaba y concluía por amenazarlo.

—Esta vez la Victoria es del Chacho, decían haciendo juegos de palabras.

A lo que ella respondió un día:

—Pues para que me dejen en paz y vean que son todos unos tontos, la primera vez que venga á casa lo despido pidiéndole que no vuelva más.

—¿A que no? dijeron todos.

—¿A que sí? dijo ella.

Y todos esperaron aquella vuelta, en la duda de si Victoria cumpliría ó no su amenaza.

Pero Chacho se ausenta á su última y desgraciada campaña dejando sus amores para una ocasión más favorable. Durante este tiempo Victoria estuvo sumida en una tristeza que no podía disimular.

No iba á ninguna parte, no hablaba con nadie ni salía en sus matinales paseos á caballo, como tenía por costumbre. Ya no era posible dudar de que Victoria se había enamorado del Chacho de una manera poderosa, al extremo de que ya ella misma no hacía el menor esfuerzo por disimular, aunque no lo confesaba. Y este amor se vió claramente cuando Chacho volvió á La Rioja y dió su primer paseo por la Costa Alta.

Victoria ni siquiera trató de ocultar la inmensa alegría que le causó la presencia de Peñaloza, á quien recibió con cariño delirante.

—¿No ves cómo te has enamorado? le dijeron; ¿no ves cómo amas á Chacho? Si alguna vez te había de llegar tu San Martín!

Victoria se ponía colorada como un granate y confesaba amar á Chacho, pero simplemente como á un hermano y participando del cariño que todos le tenían.

Chacho vió con delicia el amor que le tenía Victoria, aspiró con un placer inmenso la atmósfera purísima y perfumada que

se desprendía de su hermosura poderosa, y entrecerró los ojos en un éxtasis de pasión, pero no dijo nada.

Abrió los ojos y bañó á Victoria con toda la luz poderosa de aquellos ojos tan expresivos.

Sin embargo, el momento había llegado: Victoria era la mujer nacida para él, y Chacho resolvió hablarle al alma, buscando la solución que formaba ya su aspiración suprema.

Y entre el silencio de la noche perfumada, arrullados por la brisa perfumada y tibia, bajo aquellos enormes naranjos vestidos con el blanco de sus azahares, y muriendo en un desmayo la voluntad suprema, Chacho pronunció al oído de Victoria la primer palabra de amor. Y ambos temblaron como temblaban las hojas al soplo de las brisas embalsamadas, y sus espíritus se abrieron á sus caricias como se abrían las flores bajo el hábito tibio de la noche, que cubrió con sus alas negras aquel cuadro de pasión suprema. Y las manos nerviosas del guerrero, habituadas tan solo á acariciar la lanza y la espada, se hundieron con delicia sublime, entre la noche de aquellos cabellos de seda.

Y Chacho escuchaba arrobado el paso de aquella respiración jadeante y temblorosa, con o al sonido de las brisas, y á cuyo calor su espíritu se dilataba como al contacto de una vida sobrehumana. Y ella reclinaba su cabeza espléndida sobre el pecho generoso del guerrero, como un astro desprendido que buscara su punto de reposo. Chacho tomó la cabeza de Victoria, la miró á la luz mansa y tranquila de la luna que pasaba por el claro de los follajes, y hundió su mirada entre aquellos dos ojos de terciopelo, humedecidos por el rocío del amor.

Y quedaron así silenciosos y trémulos como los mismos azahares bajo la caricia de la noche y enviándose el perfume de su aliento.

El gran problema se había resuelto y al día siguiente toda La Rioja supo que Chacho se casaba.

¡Oh! ¡las noches de La Rioja! El que no haya pasado una bajo la luz de aquella luna arrobadora, entre el perfume embriagador de las flores y sintiendo el beso supremo de aquellas brisas tibias, no puede comprender toda la majestad que encierra la naturaleza!

Los pastos tiemblan como personas, las plantas viven de una manera humana y poderosa y la brisa parece la circulación de aquella sangre que vivifica desde el átomo del polvo hasta el tronco vigoroso del árbol secular.

Allí se comprende cuán pequeña es la vida humana y cuán grandiosa es la vida suprema de la naturaleza, allí donde los trópicos parecen tener á la madre tierra en eterno estado de vegetación. La misma voz humana suena de un modo imponente, y la palabra del hombre parece la de un gigante, repetida por el eco en los inmensos montes.

Bajo la palabra mansa y apasionada de Peñaloza, el espíritu de Victoria despertó á la vida del amor, con una impetuosidad imponderable. Amó á Chacho sobre todas las cosas de la tierra y vió con delicia que el amor de la mujer encerraba otro cariño más íntimo y poderoso que el cariño á los padres y á los hermanos.

Acarició con delicia las últimas palabras de Peñaloza que aún

sentia sonar en su oído y lloró, lloró por primera vez de su vida pero de una manera dulce, encontrando en aquel llanto un consuelo desconocido.

Chacho no huyó ya al encuentro de Victoria: se alojó en su casa y recibió el cumplimiento franco y verdadero de los amigos que iban á felicitarlo.

—Lleva usted la muchacha más digna y mas pura, le decian, y de cuyo corazón nadie hasta ahora habia logrado triunfar.

Solamente el Chacho era capaz de una hazaña semejante, pues nadie creyó que Victoria fuese susceptible á la palabra del amor.

Chacho pasaba allí una vida verdaderamente encantada, sobre todo para él que habia vivido siempre de la fatiga ruda y en el mayor aislamiento de afecciones. Su hija misma, que era lo único que le quedaba en el mundo, habia vivido separada de él, que concluyó por perder toda esperanza de volverla á ver.

Así es que al lado de Victoria se habia visto renacer, y no se cansaba un momento de tener estrechadas entre las suyas, aquellas manos suaves y pequeñas, ni de oír la palabra enamorada de la jóven traducida en suspiros donde iba envuelto todo un idilio de amor.

Y allí acudian todos los amigos y conocidos que llenaban la casa, improvisando todo género de fiestas y diversiones.

El bombo y el triángulo, instrumentos que formaban allí la música de los bailes, no reposaban un momento y á la zamba, seguia la chacarera y á la chacarera la zamba, que se bailaba dia y noche, sin reposo, de un segundo, pues siempre habia parejas que reemplazasen á las que no podian mas tenerse en pié.

—¡Qué tall preguntaban á Victoria los mas bromistas—¿por qué no saca á Chacho á garrotazos y le corre de aquí como á los demás?.

—¿Acaso Chacho es un roñoso como ustedes? preguntaba ella con aire zumbon; él es un hombre capaz de interesar á una mujer y de enamorarla en toda regla, pero ustedes... vamos, hombre ¡ni que una hubiera perdido el juicio!

Y la broma seguia con gran alegría de Chacho que sentia su espíritu poderosamente halagado. Y el aguardiente de uva corria con tal profusion, que con excepcion de Chacho, todos se sintieron con las piernas flojas. Y al verlo tan sereno y tan fresco, cada cual se le acercaba con su correspondiente copa pretendiendo hacerlo beber, pero él mojaba en todas los labios para no hacer un desaire, pero sin que todas aquellas mojadas juntas importaran un par de tragos.

—¡Que beba el Chacho! es preciso que alguna vez se encandile gritaban los mas pesados; pero Chacho sonreia y seguia mojando los labios en las copas, sin querer tomar un trago mas de lo que ya habia bebido.

El dia de la partida llegó por fin, pues Peñaloza tenia que volver á la ciudad para estar á la expectativa de los sucesos: no queria que algun enviado de Benavidez fuera á desencontrarse con él perdiendo un tiempo que muy bien podia ser preciso.

—Me voy por dos razones, dijo á Victoria, dando como primera la que hemos mencionado. La segunda, añadió, es mas íntima y agradable; me voy á arreglar mis cosas para que nos casemos, pues si es que nos hemos de casar, cuanto mas pronto será me-

zor. Dentro de quince días vendré á buscarte y nos iremos juntos para no volver á separarnos, salvo en el caso de que alguna nueva guerra me obligue á salir de La Rioja.

—Eso sí que no, dijo Victoria, si nos casamos ha de ser para no separarnos en la vida, ni en el caso de una nueva campaña, porque entonces yo marcharé contigo, estando siempre á tu lado.

Chacho sonrió ante aquella exageracion de cariño y se preparó á partir.

—Ya sabes que no te espero mas que quince días, y si para entonces no has venido, iré yo á buscarte á la ciudad. Y esto no te lo digo para apresurar tu viaje, sino por el contrario para que no te apures en caso que tengas que hacer. Con que así mismo ¿quién sabe si resistiré los quince días de ausencia?— ¡si me parece que ya somos marido y mujer y no debemos separarnos!

—No tengas cuidado, en quince días tengo el tiempo de sobra para lo que tengo que hacer y como mi mayor felicidad es estar á tu lado, no demoraré un solo instante, ¡no tengas cuidado!

Chacho partió por fin de la Costa Alta, y Victoria se encerró en su casa sin querer salir de allí para nada. Ya no paseaba por la mañana como antes, ni se sentía cantar de noche al suave y melancólico acompañamiento de la guitarra. Estaba llena de la imágen y del recuerdo del Chacho y absorbida por el pensamiento de su casorio. Y contaba las horas y los días que veía pasar con una lentitud desesperante.

Ya no se esquivaba como antes de los jóvenes del pueblo, que habian seguido yendo á su casa, habituados á reunirse allí noche á noche. Su casamiento era cosa tan natural y tan sabida, que ya ninguno la embromaba con aquel suceso. Despues de los primeros ocho días, ya el plazo se le hacia tan largo, que empezó á hacer sus preparativos de viaje dando por hecho que Peñaloza no vendria entre los quince días fijados.

Y el corazon de Victoria no se equivocaba; Chacho habia recibido nuevas comunicaciones de Benavidez, adjuntándole mas armas y habia tenido que irse á Catamarca á hablar con los caudillos de aquella provincia, creyendo regresar dentro de los quince días ofrecidos, no habia mandado ningun aviso á Victoria, para que extrañara su demora; pero Chacho se demoró en Catamarca mas de lo que creia y los quince días lo tomaron en aquella provincia. Salió inmediatamente forzando la marcha cuanto le fué posible, pero en vano marchó día y noche: cuando llegó á La Rioja hacia ya diez y ocho días que se habia separado de Victoria.

Chacho se dirigió á casa de su hija, pues pensaba seguir viaje inmediatamente hácia la Costa Alta, pero no fué Anita quien salió á recibirle, sino la misma Victoria, mas bella que nunca y mas cariñosa y amante que el día que la dejó.

—¿Qué quieres hacerle? dijo, ya no puedo vivir lejos de ti y antes que se cumplieran los quince días me he venido á buscarte, pero me encontré con que te hallabas en Catamarca y aquí me quedé á esperar tu vuelta que no podia demorar mucho, segun tu promesa.

—Y á los quince días hubiera estado en la Costa Alta, pero

tuve que hacer algo con que no contaba y me demoré tres días más.

—Bueno, no importa, puesto que ya no tienes el trabajo de ir hasta la Costa Alta á buscarme, ya me tienes aquí para siempre, porque no tengo á qué moverme desde que nos vamos á casar.

Victoria habia venido á quedarse: en efecto, ella se manejaba como una persona dueña de sus acciones, sin que su familia le hubiera hecho nunca la menor observacion, porque ya sabian que á Victoria nadie se atrevia á faltarle al respeto. Así es que la vieron salir para la ciudad sin hacerle indicacion alguna y como la cosa mas natural de este mundo. Solo le recomendaron que les avisase el día del casamiento para asistir á la fiesta y tomar un jarro de vino á su salud.

Ella se vino sin mas compañía que la de un marucho que cuidaba los cargueros, y encontrando en casa de Chacho todo preparado, allí se instaló definitivamente como dueña de casa, dispuesta á no moverse mas de allí. Así cuando Chacho llegó, puede decirse que se halló con su mujer en su casa sin tener que tomarse el menor trabajo.

Anita, que sabia ya que el Chacho se casaba, la recibió alegremente, con muestras del mayor cariño, atendiéndola en todo con solicitud paternal. Y unidas ambas por el amor del Chacho, aunque de distinto género, hicieron desde el primer momento, una amistad tan franca y cariñosa, que les parecia haberse tratado toda la vida.

Chacho, lleno de un placer inmenso, estrechó contra su pecho aquellas dos espléndidas cabezas que formaban el encanto de su vida.

Victoria era una belleza mas vigorosa y acentuada que la de Anita, que era mas delicada y suave en sus facciones puras. Porque en Victoria habia algo de varonil que quitaba á su rostro parte del encanto que debia tener, dada la belleza del conjunto.

—Es preciso entonces casarse cuanto antes para que la gente no murmure, dijo Chacho, y para aprovechar la tranquilidad que se puede perder de un momento á otro. De todos modos desde que es una cosa que se ha de hacer, no hay que dilatarla un momento, que sabe Dios lo que sucederá mañana.

La casa de Chacho, como siempre que éste llegaba, se habia llenado de amigos que eran testigos llenos de júbilo, de la inmensa felicidad de Peñaloza, felicidad que se le subia al semblante, manifestándose hasta en el más lijero ademan. Y como Chacho hablaba delante de todos sin hacer misterio de nada, todos se ofrecieron con la mayor voluntad de este mundo, á hacerle las diligencias necesarias para la celebracion del matrimonio.

—Usted está cansado de su viaje y no puede andar en esas cosas que ni tampoco entiende, decian los amigos: nosotros arreglaremos todo y así usted no tendrá más que ir á casarse.

Y sin siquiera esperar su respuesta salieron á arreglar todo.

El cura queria poner sus resistencias para efectuar el casamiento sobre tablas, porque tenia que publicar amonestaciones y confesorios, etc., etc. Por lo menos era necesario comprar las dispensas de todo aquello y así se abreviaria mucho el tiempo.

¿Pero cómo se hacia esperar al gran caudillo riojano por tanta formalidad que en aquel caso nada significaba?

Se trataba de dos personas enteramente libres que se querian casar sobre tablas y no habia más que ir á echarles la bendicion. Pero el cura alegaba que era preciso guardar los ritos de la iglesia, y que por lo menos, si estaban muy apurados era preciso que le compraran las dispensas.

Pero aunque era Chacho quien se casaba, los tiempos no estaban para andar haciendo gastos. La dominacion federal los habia puesto á sacco, y precisamente Peñaloza era el individuo más pobre de La Rioja.

Como por un capricho ó una avaricia del cura no se habia de contrariar al Chacho, le hicieron presente á lo que se exponia, y que tuviera cuidado porque aquello le podia costar caro.

—Lo que se puede vender se puede dar, ó fiar por lo menos. Dé ó fie á Peñaloza las dispensas que se necesitan porque peccará que lo tenga que casar de valde y mediante alguna mala reprimenda; no olvide que quien necesita este servicio es el Chacho, que no tiene nada que no sea de todo el mundo, incluso su vida misma que la ha jugado á cada momento por la felicidad de La Rioja.

El cura vió que no le convenia resistirse á aquel pedido que le hacia lo más selecto del vecindario en favor del hombre más querido y respetado de todo el norte de la República, y decidió al fin en casarlos aquella misma noche.

—Pero ya saben, dijo, que cuando puedan es preciso que me compensen todo lo que he hecho, porque al fin estos son mis únicos recursos de vida y si hiciera lo mismo con todo el mundo no tendria ni con qué decir una misa.

Y todos prometieron compensarle su trabajo más adelante, aunque Chacho, en cuanta tuviera, podia estar seguro que le haria algún buen regalo.

Consolado con todas esas promesas, el cura hasta se mudó la camisa para concurrir á aquella solemnidad, porque el casamiento de Chacho era un acontecimiento mayor aún que si se casara el Gobernador.

La voz de que Chacho se casaba aquella misma noche, empezó á circular y la gente á acudir de todas partes, al extremo de que á la tarde, todas las cuadradas de los alrededores estaban llenas de gente que venian no solo á acompañar á su caudillo sino á conocer á la coronela, de cuya gran hermosura ya tenian noticias. Y el deseo era tal y tales los gritos que de cuando en cuando, Chacho tenia que salir á la puerta ó mostrar al pueblo su futura consorte, que era saludada por un estruendo de vivas y una algazara de que no habia memoria en toda La Rioja.

Victoria radiante de belleza y alegría no sabia lo que pasaba, y ante aquella idolatria popular por el qué iba á ser su marido, se sentia ahogar por la emocion más íntima y pura.

Los que tenian vino y aguardiente, cosas ambas abundantes por allí, le habian remitido á Chacho para que obsequiara á sus amigos invitando éste á todo el que queria entrar á beber.

El sonido del bombo y del triángulo se escuchaba por todas partes, acompañado del chocar de las manos y los braves de la

multitud. Eran las chacareras y las zambas con que el buen pueblo festejaba espontáneamente á su gran caudillo.

La noche se presentó espéndida, iluminada por una luna llena que envolvía en su luz pálida y lánguida aquella multitud entusiasta y alegre.

Cuan to llegaron el cura y los amigos, venían sofocados y jadeantes. Para llegar á casa del Chacho, apartando los grupos, habia necesitado más de dos horas. Y eso, porque los grupos sabian quiénes eran y á lo que iban aquellos, hacian todo género de esfuerzos para dejarles el paso libre por entre aquella multitud compacta que llenaba las calles.

Con gran sorpresa del cura, así que hubo terminado la ceremonia del casamiento, Chacho sacó tres onzas de oro, y se las puso en la mano. Aquellas valian veinte veces más que la suma que podia haber cobrado por todas las dispensas y concesiones. Era el último dinero que tenia Peñaloza y que habia querido gastar de aquella manera en nombre de su amigo Benavidez, que era quien se lo habia dado.

Y como era completamente imposible dar un paso por entre aquella multitud que cada vez se hacia más compacta, el mismo cura tuvo que quejarse á formar parte en la fiesta.

Chacho estaba dominado por la felicidad que experimentaba y miraba absorto la belleza de Victoria que le parecia que aumentaba por momentos.

Y como el estruendo de la calle aumentaba de una manera infernal, pi liendo saludar á los recién casados, éstos tuvieron que salir á la puerta á recibir los alegres y cariñosos vivas de aquel pueblo tan leal y tan valiente. Y para compensar en algo tanta prueba de cariño, Chacho dejó un momento á Victoria en los patios de la casa, convertidos en salon de verano, y salió á mezclarse al regocijo popular, acercándose á todos los grupos y á todos los fogones improvisados en plena calle.

Entonces el entusiasmo de aquel pueblo degeneró en una especie de vértigo de alegría. Las bombos y triángulos sonaron á un tiempo todos y el clamoreo y los gritos se hicieron verdaderamente imponentes.

Cuando Victoria supo lo que pasaba, salió también á la calle, pero no la dejaron dar un paso, porque la llevaron en andas y en triunfo hasta donde estaba Peñaloza.

Y aquel acto de sencillez acabó de enloquecer al pueblo que vió en Victoria la digna compañera de su caudillo, tan buena y digna como él y sin el menor inconveniente para mezclarse con el pueblo pobre y humilde. Y hombres y mujeres la rodearon con un sentimiento de veneracion y de cariño llevado á su último limite.

Chacho acompañado de Victoria, no quiso retirarse hasta no haber recorrido grupo por grupo y fogon por fogon, agradeciéndoles aquella prueba de cariño que nunca se borraría de su corazón. El pueblo no reconocia límites en su entusiasmo, y gritaba y bailaba y bebía, en una especie de vértigo interminable. Cuando Chacho volvió á la casa, no se podia dar allí materialmente un paso, tal era la aglomeracion de gente.

Y aquel entusiasmo y aquella alegría, sin decaer un segundo, duraron toda aquella noche y todo el dia siguiente en que recién

empezaron á llegar los que venian de mas léjos y no habian tenido el tiempo material de llegar. Y aquellos retardados vinieron á renovar la fiesta que parecia no terminar nunca.

Solo el cansacio y la necesidad del sueño, pudo terminar una fiesta tan alegre y espontánea. Los grupos fueron disipándose poco á poco, y dejaron libres las calles, haciendo poco despues lo mismo los amigos de confianza que los habian acompañado hasta aquel último momento. Aquella gente no habia dormido en dos dias y dos noches. que habian pasado de baile y jarana sin descansar un solo momento.

Victoria y Anita, que no estaban acostumbradas á farras semejantes, no sentian la menor fatiga, hubieran sido capaces de pasar otros dos dias de la misma manera. Y aquello puede decirse que duró una quincena, porque concluida la fiesta en casa de Peñaloza, empezó en la de las familias amigas y más pudientes, que dieron tambien bailes en celebracion de aquel casamiento feliz.

Victoria era feliz, todo lo feliz que puede ser una mujer ambiciosa. Se veia amada apasionadamente por un jóven lleno de méritos, respetado y festejado por todos, con la más bella posicion en todo el interior y que habia preferido sobre mujeres de resaltante mérito. Y extasiada en el Chacho pasaba su vida contemplándolo y acariciándolo con toda la vehemencia de su alma.

Su amistad con Anita se habia hecho fraternal é íntima. Ambas amaban hasta el delirio á aquel hombre, aunque de distinta manera, y por consiguiente sin que una sombra de celos pudiera enturbiar aquella amistad sin reserva de ningun género.

Así el casamiento de Peñaloza vino á ser el acontecimiento más ruidoso de que se tenia memoria en La Rioja, y la fiesta mas alegre y popular que se habia celebrado, fiesta en que habia tomado parte desde el más copetudo hasta el más humilde y miserable.

Y era tal el cariño que habia por Peñaloza, que hasta de los departamentos más lejanos, vinieron para Victoria regalos que aunque pobres y humildes los mas, demostraban cuanto queria á su marido el pueblo riojano, que lo acompañaba con su sentimiento y cooperacion, desde el mayor peligro hasta su alegría mas íntima y personal.

Chacho en su matrimonio empezó á saborear una felicidad desconocida para él, cuya vida habia sido siempre un tejido de desventuras y fatigas, sin que su corazon hubiera logrado jamás una temporada de reposo placido. Y bendijo el momento en que habia hallado á su paso aquella mujer que parecia nacida para él, para comprenderlo y elevar su espíritu hasta Dios mismo.

Una leona

Peñaloza había olvidado sus preparativos de combate, ocupado solo en cultivar el amor de su mujer y ver abrir su espíritu como flores, bajo el sonido de su palabra tierna y apasionada.

Tenia en pie: de guerra y prontos para cualquier momento de conflicto unos quinientos hombres, y esto para él era más de lo que necesitaba.

En vano sus parciales y caudillos unitarios lo acusaban para que se pusiera en campaña y cambiase toda la situación del Norte, cayendo sobre la misma Córdoba; él se resistía de una manera terminante.

— Soy amigo de Benavidez, decía, soy su mejor amigo puesto que le debo la vida y la felicidad que hoy mismo me la hace querida, y jamás faltaré á mi palabra y á mi lealtad. Lejos de hacer un movimiento para cambiar la situación que él ha establecido estoy dispuesto á ayudarlo con todos los elementos de que dispongo, y aún con mi sangre misma.

No había pues medio de reducir á Chacho, y comprendiéndolo así los que querían empujarlo á una nueva campaña, se resolvieron á esperar los acontecimientos que suponían no podían tardar.

Benavidez no había roto con la federación, de que era su columna mas fuerte en el interior, porque él era federal por convicción.

Había resistido la entrega del Chacho con toda energía y lo hubiera resistido hasta combatir con Rosas. Pero no por esto se había separado de la política del tirano cuyas órdenes estaba dispuesto á atacar en todo sentido.

— Yo no entrego á Chacho porque no debo, le había escrito, pero en cambio yo me hago responsable de que Chacho no se moverá de La Rioja sino en su propia defensa.

Esto, lejos de hacer mal, importaba un bien para el gobierno de la federación, porque el no moverse Chacho importaba la inacción de una provincia tan brava y belicosa como La Rioja.

Rosas encontró razón á lo que le decía Benavidez, vió que no le convenía romper con él y reanudó sus buenas relaciones con el general, bajo la inteligencia de que él respondía de Chacho.

Así estaba seguro de que Benavidez no permitiría á Chacho el menor movimiento. Pero al mismo tiempo escribió al fraile Aldao que tuviera toda su atención puesta en La Rioja y que en cuanto tuviera seguridades de éxito le cayera encima, y tratara á toda costa de hacerlo prisionero.

Y con aquel objeto había mandado al fraile buena cantidad de armas, sin contar con que Benavidez se las mandaba á Chacho en tanta cantidad como podía necesitarlas el caudillo riojano.

Así pasaron ocho meses de eterna delicia para Peñaloza, en que estuvo exclusivamente contraído á la vida apacible del hogar sin sospechar que el maldito fraile espiaba el momento oportuno para invadir á La Rioja.

Victoria no se separaba un solo momento del Chacho; ella lo acompañaba en sus excursiones y paseos á los departamentos donde iba á revestir sus guardias nacionales y atender á sus más apremiantes necesidades. Aunque no en mucha abundancia, Chacho siempre tenía dinero que le mandaba Benavidez como los amigos pudientes. Y este dinero lo empleaba, despues de cubiertas las necesidades de su familia, en socorrer las de sus capitanes y soldados más pobres y de menos recursos.

Las guerras y las desgracias habian destruido las pequeñas haciendas de los que no contaban con otra cosa para vivir y que por consiguiente habian quedado en un estado de verdadera miseria. Y Victoria acompañaba á Peñaloza en sus repartos de socorros, haciendo ella la mayor parte por propia mano. Así se habia hecho tan conocida y prestigiosa como el mismo Chacho.

Y los milicos, que lo eran todos los riojanos, lo saludaba bajo el nombre de la coronela unos, la Chacha otros, y la Victoria y la Victor en toda la Costa Alta y los Llanos, donde era más conocida. Infatigable para la marcha y tan práctica en los caminos como el mejor vaqueano, en aquellos ocho meses no se separó del Chacho un solo momento.

Muchas veces éste queria hacerla quedar en la casa porque le parecia la fatiga demasiado ruda, pero ella se resistia enérgicamente.

—¿Para qué soy tu mujer? le decia, ¿quién te cuidaria y te atenderia en un caso que llegaras á enfermarte lejos de aquí? La mujer no debe separarse del marido y yo quiero ser tu compañera eterna: no insistas más porque voy á creer que no me quieres y que deseas verte libre de mí para tunear libremente.

Chacho daba un beso á Victoria y le demostraba que solo una razon de cariño le hacia hablar así.

—Es preciso que te vayas acostumbrando á verme ir solo, porque puede venir una campaña de un momento á otro, y entonces la separacion te seria más sensible porque seria la primera y la más peligrosa.

—¿Y quién te ha contado que una campaña habia de separarnos? ¿te figuras acaso que no soy capaz de hacerla á tu lado? Que se te quite eso de la cabeza mi querido, porque no lo verás nunca. Si marchas á campaña, he de marchar yo á tu lado para atenderte en cualquier desgracia, y veremos á ver si tienes ayudante mejor que yo.

Es que no hay que pensar solo en la campaña, respondia Chacho lleno de angustia porque Victoria era muy capaz de hacer lo que habia dicho: es preciso contar con que toda campaña termina con una batalla y yo no estoy loco para consentir que te expongas á semejantes peligros.

—Tan loco estas que crees poder impedirlo: ¿cómo te figuras que yo me voy á estar tranquila en parte alguna, cuando sé que tu corres un peligro de muerte? ¡pues sería curioso! Es preciso que te desengañes, que en ningun caso me he de separar de tí y basta. No disputemos ahora sobre cosas que no suceden; cuando llegue el caso de una campaña y de una batalla, entonces veremos lo que se hace, en la seguridad de que no has de lograr verme separada de tí en ningun caso y mucho menos habiendo peligro de la vida para tí.

Chacho se mortificaba profundamente, porque sabia que Victoria haria al pié de la letra lo que acababa de decir, porque tenia bastante corazon para arrostrar todos los peligros de la batalla más reñida y sangrienta.

Y en medio de su angustia se sentia orgulloso de su mujer, deseando que nunca llegara el dia en que tuviera que poner su valor á prueba. Porque aparte del peligro que podia correr, ella se convertia en un inmenso estorbo al caso de una campaña, pues él mismo huiria del combate, por la vida de su mujer, que jamás pondria en peligro.

¿Cómo habia él de estar en la batalla con toda su serenidad y libertad de accion, si tendria que estar atendiendo el punto donde se hallara su mujer y tal vez sin poder moverse de allí por temor que ella se viniera detrás!

Todas estas reflexiones hacia Chacho á Anita y á Victoria para que la primera influyera sobre la segunda, pero eran inútiles.

—Yo no quiero engañarte, le decia ella, n hacerte consentir en lo que no habia de cumplirse. Es preciso que te acostumbres á la idea de verme en campaña á tu lado, sin que esto te importe un estorbo en la batalla. Al contrario, los soldados al verme entre ellos, pelearán con más brío, con más entusiasmo, y no tendrias que disputar el triunfo mucho tiempo.

—Pero es preciso que consideres que yo no soy de fierro y que te amo con toda mi alma. Estaria siempre pensando en el peligro que corres, en que podria matarte y hacerte prisionera y no acertaria á dar una disposicion ó una orden que valiera un medio. Me volveria cobarde, Victoria, me volveria cobarde, y al primer signo de que pudiera perder la batalla, seria el primero en disparar por salvarte. Y ya calcularás que yo no podria sobrevivir á un suceso semejante, y una vez que estuviera fuera de todo peligro me haria saltar los sesos.

—No seas loco, contestaba Victoria abrazándolo estrechamente: lo mismo que te pasa á ti me pasaria á mí. ¿Cómo quieres que yo estuviera tranquila y pudiera vivir contenta, sabiendo que tu andas en peligro de muerte? Yo te garantizo que me enfermaria y el caso seria lo mismo porque estaria pensando en mí y en la posibilidad de que á tu vuelta me hallaras muerta de pena y detritiza. El marido y la mujer deben correr juntos la caravana de la vida y yo estoy decidida á no separarme nunca de ti, mucho menos cuando estés en peligro.

Chacho veia con desesperacion que aquello no tenia más que un remedio, remedio que solo el tiempo podia dar y que por el momento no habia más que conformarse con la voluntad de Victoria.

—El dia que Victoria tenga un hijo, decia Anita, no pensaré de la misma manera y si piensa se encontrará con un imposible, con algo superior á toda su voluntad y que sin decirle una palabra la retendrá á su lado á pesar de todos los peligros que yo pueda correr. Yo sé lo que son las madres y lo que es el cariño de los hijos: Victoria no se atreveria á dejar el suyo y mucho menos á exponerlo á todos los rigores y peligros de una campaña. Y tendrá que dejarme ir solo por más grande que sea el deseo de acompañarme. El primer rival del hombre, Anita, es su primer hijo. El

viene á robarle la mitad del cariño de su mujer, y toda la plácida tranquilidad de su vida. Junto con su aparicion, terminan en el matrimonio todos los placeres que el cariño engendra. Tu mujer no te pertenece ya, y solo te dedica los momentos rapidos y contados que aquel le deja libres. Tus caricias, aquellas conversaciones intimas y profundas á la luz de la luna, el reposo en la hora de la mesa, el paseo en compañía de tu amante esposa, todo concluye con su primer llanto, que es lo que en adelante gobernará el corazon de tu consorte. Entre tu súplica más intima y el llanto más inmotivado, la mujer no reflexiona un momento y sin con-testarle siquiera, volará á la cuna del pequeñito, porque él te ha arrebatado su cariño y entre la súplica del marido y el llanto del hijo, la mujer se evapora y solo queda la madre, la madre que no piensa, que no medita, y que ha consagrado al hijo toda su vida y toda su sangre, sin reflexionar para nada en el sacrificio que esto puede importar para ella. Por eso te digo que el primer enemigo del hombre es su primer hijo, que viene al mundo quitándole de un solo golpe todo el cariño de su mujer. Ya es entón-ces que tengo razon para asegurar que, en cuanto Victoria sea madre, olvidará todo lo que dice ahora, y por más que no quiera me dejará marchar solo al peligro, porque no podrá abandonar á su hijo ni lo querrá llevar consigo, aunque fuera yo mismo que se lo pidiera. Por eso la dejo y espero aquel remedio que solo el tiempo podrá darme.

Pero el tiempo pasa y la naturaleza no enviaba á Chacho aquel remedio que tanto esperaba, y en el que cifraba su tranquilidad futura, bajo este punto de vista.

Anita por su parte, y al ver la desesperacion de su padre, tra-bajaba en el espíritu de Victoria para que ésta lo dejara ir solo á sus excursiones militares.

—Ya puedes calcular lo que yo quiero á mi padre, le decia, y sin embargo lo dejo, no porque no tenga deseos de acompañarlo sino porque comprendo lo que esto lo mortificaria.

—Pues yo pienso de otra manera, respondia Victoria, porque sé todo el bien que mi compañía le reportará, empezando por-que estando yo á su lado no se expondrá tanto, ni hará las locu-ras que todos cuentan.

Y Anita concluia por renunciar á convencer á su madrastra porque con ella no habia convencimiento posible. Felizmente el tiempo pasaba sin que ningun acontecimiento viniera á turbar la tranquilidad de aquel hogar feliz, y segun iban las cosas, sin que nada amenazara la paz de La Rioja.

El fraile Aldao acechaba siempre, pero no se atrevia á mover-se, sospechando por lo que habia pasado, que no tenia que con-tar con la cooperacion del general Benavidez, que se interpondria siempre entre él y Chacho. El fraile estaba en todo el apogeo de su poder, disponiendo de todo en Mendoza y su influencia en Santiago del Estero era sumamente eficaz.

Además de que él tenia ya, Rosas le habia enviado buen armamento, de modo que Aldao podia poner con comodidad un par de mil hombres sobre las armas. Y tenia sus bomberos sobre la frontera de La Rioja, espiondo siempre el momento oportuno de caerles encima de manera que nadie lo sintiera. Y asi, antes que

Benavidez quisiera mezclarse, ya él habria dado su gran golpe, apoderándose de La Rioja y de la persona del Chacho.

En Santiago, que conócian todo lo que valia y podia Peñaloza no querian obedecer las sugerencias del fraile, que queria hacerlos invadir por un lado para caer él por otro cuando Chacho hubiera acudido sobre los santiaguenses.

Así el fraile se convenció que tendria el que traer la invasion si queria que ésta se realizase, porque de otro modo la provincia de Santiago no se moveria nunca.

En Catamarca no se habia atrevido á pensar el fraile, porque sabia que allí Chacho tenia tanta influencia como en La Rioja, y temió ser descubierto. Y como en la sorpresa estaba la mitad del éxito, y su intencion se descubria, era casi inútil tentar la sorpresa, no hizo nada de la de Catamarca.

Apremiado por Rosas y viendo que Chacho se robustecia cada vez más, pero sabiendo que no tenia sobre las armas más que un par de regimientos, el astuto y perverso fraile se lanzó por fin á la empresa vigorosamente apoyado en la provincia de Santiago.

El fraile Aldao tenia como dos mil hombres de las tres armas que habian entrado cuando menos se les esperaba, por el Departamento de Costa Alta, que era el más solo. Los llanos de La Rioja ofrecian buen campo donde combatir con éxito, dado el caso en que Chacho quisiera atacarlos; y allí cayó el fraile como un ave de rapin.

Grande fué la sorpresa de Peñaloza al saber lo que sucedia, pues nunca esperó una invasion así de golpe, y cuando menos lo esperaba, puesto que su actitud pacífica y amistosa no autorizaba un golpe de tal naturaleza. En el acto envió sus chasques en todas direcciones, llamando á sus leales, sin discuidar uno especial para el General Benavidez, noticiándolo de lo que pasaba.

—Yo me limitaré á repeler esta invasion injustificable, le mandaba decir, hasta recibir sus órdenes, porque no quiero que en ningun caso vaya usted á creer que yo he podido provocarla, ó que la hago mas sangrienta de lo que se merece. Si el fraile me ataca, yo me defenderé hasta darle una batalla decisiva, pero aquí me detendré hasta esperar sus instrucciones. Yo podia salir y deshacer al fraile, concluyendo con el ejército que ha traído, pero como no quiero que se me haga el menor cargo, me abstengo y espero hasta donde sea posible. Ya sabemos que la Guardia Nacional de La Rioja aunque licenciada, está pronta para acudir sin pérdida de tiempo al primer llamado. Cada soldado tenia consigo sus armas, municiones y cuanto le era necesario, de modo que todos llegarían para formar en el acto.

Chacho sonreia con la mayor calma, porque estaba seguro del éxito de un combate con el fraile, que aunque lo reputaba como hombre bravo y tenaz, militarmente lo miraba con el mayor desprecio.

—No es enemigo para mí, decia, ni sus soldados ¡han de engordar en La Rioja: mañana no va á encontrar el fraile camino bastante cómodo para emprender su retirada.

Habia algo que desesperaba á Peñaloza, á pesar de todas sus seguridades, y este algo era la actitud que habia asumido Victo-

ria, desde el primer momento, pretendiendo salir con él á campaña. Chacho se agarraba la cabeza con ambas manos y le suplicaba que se quedara, pero ella silenciosa y triste al ver la contrariedad de su marido, hacia sin responderle una palabra sus preparativos de marcha.

Desesperado Chacho viendo que por ningun medio podia reducir á Victoria á la razon, le hizo un argumento tremendo.

—Si no te quedas en casa, le dijo, si persistes en el disparate de seguirme, me quedo yo tambien aunque el ejército de Aldao entre á la ciudad y venga á golpearme la puerta. Y mañana tal vez al verme marchar prisionero del fraile, ó muerto por defenderte, La Rioja escupirá mi cadáver como el de un cobarde y tendrá mucha razon. Así habrás logrado tu objeto y te habrás complacido en un capricho que da muy pobre idea de tu criterio.

Victoria lloró, lloró con amargura conmovedora y prometió á Chacho quedarse aunque con la más firme resolucion de asistir á la batalla. Chacho la abrazó conmovido ante su dolor y prometiendo estar muy pronto de regreso, se despidió de ella y de su hija con las mas tiernas y apasionadas palabras.

—El deseo de volver á verlas me hará esquivar todo peligro, les dijo, ya saben que Dios está conmigo, porque conmigo están la justicia y la razon, y así como me ha protegido siempre me protegerá tambien hoy.

Y salió de la ciudad al frente del ejército más entusiasta y ardoroso que habia mandado hasta entónces.

—Ahora, dijo, que se ate bien las solanas el fraile, porque si yo lo agarro será esta su última maldad, no le he de perdonar la cobardia alevosa con que se ha conducido y las iniquidades que habrá cometido en los Llanos.

Apenas habia salido Chacho, siguió Victoria haciendo sus preparativos de marcha, y no habia andado tres leguas, cuando se ponía tambien en camino, siguiendo el rastro de la columna. Todas las reflexiones de Anita habian sido inútiles, Victoria estaba decidida á marchar á la Costa Alta en seguimiento de Chacho.

—Piensa en el disgusto enorme que le vas á dar, cuando te vea á su lado.

—Es que él no me verá sino cuando le haga yo falta, y entónces será mayor la utilidad que el disgusto.

—Si á tu solo proyecto de ir se ha desesperado tanto, calcula lo que hará cuando te vea en medio del peligro.

—Es que no me verá, yo te lo garanto, no me verá sino en el caso de que algo le sucediera, y entónces su placer será grande, yo te lo aseguro.

Victoria concluyó sus pocos preparativos y se puso en marcha sola, pero tratando siempre de guardar una buena distancia entre ella y la columna cuyo rastro seguia. Como todos la conocian, la iban deteniendo al paso para agasajarla y proporcionarle cuanto le hiciera falta en el camino. Y ella seguia su marcha diciéndoles que no necesitaba nada, pues iba á incorporarse al coronel Peñaloza. Todos se asombraban de aquel acto de arrojo, porque sabian que Peñaloza marchaba al encuentro del enemigo y creyendo que Victoria tal vez lo ignorase, se lo hacian presente pidiéndole se guardara, pero ella reia alegremen-

te al responder;—«Pero si precisamente á la batalla voy! ¿ó se fi-
guran ustedes que tengo miedo?»

Aunque ella no queria, de todas partes se ofrecian para acom-
pañarla, con tan buena voluntad, que antes de llegar á la Costa
llevaba ya una escolta respetable.

Chacho, inocente á lo que pasaba y persuadido de que Victoria
quedaba en su casa, de donde no se moveria, se habia contraido
exclusivamente á sus preparativos para la batalla, que no podia
tardar.

El enemigo lo habia sentido y reuniéndose á gran prisa lo es-
peraba en Ilisca, paraje únicamente á propósito para un en-
cuentro.

Chacho para revisar aquella tropa entusiasta, y teniéndola en
línea de batalla, marchó tranquilamente sobre el enemigo invasor.

Este habia cometido en los Llanos todo género de iniquidades,
de modo que á la llegada de Chacho las poblaciones se levanta-
ban alborozadas á su paso, saludando á su libertador.

Cuando la columna llegó á Ilisca llevaba ya unos mil quinien-
tos hombres de caballeria y unos doscientos infantes que Chacho
creia más que suficientes, pues ya sabemos que no tenia fé
ninguna á esta arma, ni á ninguna otra que no fuera su caba-
lleria.

El enemigo tendido en línea, ocupaba una buena superficie.
Aldao creia anonadar al Chacho con su infanteria, y la habia
colocado toda reunida en un solo punto, para repeler mejor
cualquiera de las grandes cargas que indudablemente le traeria
el Chacho. Aldao manejaba esta arma mejor que él, y se
proponia sacar todas las ventajas posibles contra su adver-
sario.

Chacho, sin más preámbulos ni preparativos desprendió dos
guerrillas de infanteria y empezó á tirotear al ala derecha de
Aldao, compuesta toda de caballeria, con el objeto de hacerle
perder la formacion y acobardarla un poco. Del ala izquierda
no se preocupaba mucho, pues siendo infanteria, él se encar-
gaba de hacerla con un par de cargas.

Victoria, que se mantenía siempre á una corta distancia, en
cuanto sintió los primeros tiros apuró el paso de su caballo, y á
la media hora ya se encontraba sobre el campo de batalla. El fue-
go de infanteria era nutrido y el estrépito inmenso, pero Victo-
ria no se mostró impresionada en manera alguna. Se acercó
por el extremo opuesto adonde se hallaba Peñaloza, siendo salu-
dada con un clamoreo entusiasta por las tropas que primero la
conocieron, y que quedaron asombradas de verla allí.

Como ella lo habia calculado á su presencia, aquellas tropas
desplegaron un valor formidable, y empezaron á pelear con ex-
traño brillo, y Chacho, dominado por el ardor de la lucha y
absorbido por las alternativas del combate, ni siquiera se aper-
cibió de lo que pasaba. Acababa de dar una de sus cargas im-
ponderables sobre los infantes de Aldao, sableándolos en toda
regla. Y Victoria, orgullosa y feliz, y tratando de ocultarse
entre los escuadrones para no ser vista por él, no le quitaba un
momento los ojos de encima.

En aquel momento Aldao comprendió que la batalla estaba per-
dida para él si no sucedía algo de extraordinario. Y ansioso de

cambiar la faz del combate con un golpe de audacia infinita, desprendió sus mejores tropas combinadas para que cargaran allí donde se hallaba el Chacho, llevando por principal objeto apoderarse de su persona. Así, mientras los más cargaban de firme á las tropas que la rodeaban, una compañía debía acometerlo él, y tratar de tomarlo vivo ó muerto, sin atender otra cosa. Y mientras el grueso cargaba réciamente, aquella compañía logró rodear á Chacho y dos soldados más, acusándolo de todas partes.

Chacho, semejante á un leon, habia echado pié á tierra, y sirviéndose de su propio caballo para proteger su espalda, se defendia de una manera heróica.

Victoria que vió aquel circulo que estrechaba á su marido, adivinó lo que pasaba, y poniéndose al frente de un escudron, voló en su auxilio, mientras decia:

—¡Cobardes, están dejando matar al Chacho!

Y cayó como una tormenta de muerte sobre aquel circulo que luchaba con Peñalosa de una manera desesperada.

Muchos soldados habian echado pié á tierra creyendo concluir más pronto, y lo estrechaban poniéndolo en sérios apuros para poder defenderse.

Cuando Chacho vió á Victoria en peligro tan inminente, acudiendo en lo más serio del combate, quedó espantado, abandonando toda defensa y quedando á merced de los soldados que lo acosaban. Pero Victoria llegaba á su lado en aquel momento y protejia su espalda para ayudarlo á montar á caballo.

La lucha se trabó entonces encarnizada y feroz, cuerpo á cuerpo y al arma blanca, sonando de cuando en cuando el disparo hecho por algun oficial en momentos apurados. Ya no habia que pensar en tomar á Chacho, salir de aquel circulo de muerte que lo estrechaba, sino en cómo ellos habian estrechado á Chacho momentos antes. La presa se les habia escapado y no se trataba ya sino de defender la vida, que corria sério peligro, pues ya una mitad habia pagado con la suya, la audacia de su pretension.

Uno de los soldados que mostraba en salvarse el mayor apuro, encontrando á Victoria como único obstáculo que le cerraba el paso, cerró con ella, descargando un terrible sablazo sobre su hermosa cabeza, que la volteó del caballo. Un grito inmenso partió de todos lados, y mientras Chacho con unos acudia en socorro de Victoria, el capitan Ramon Ibañez acometió al soldado ultimándolo á golpes de sable.

El combate en aquel punto quedaba terminado.

Chacho comprendió que si no atendia en general á la batalla podia perderla á pesar de las ventajas obtenidas, y abandonando un momento á Victoria, que la sacaban del campo de batalla, cargó al enemigo con aquella impetuosidad tremenda que lo caracterizaba. Sus soldados combatian con más ardor que nunca, porque querian á todo trance vengar á la Victoria, que creian muerta.

Poco tiempo pudo resistir Aldao á aquellas cargas repetidas y tenaces; sus tropas empezaron á desbandarse, y temiendo él caer prisionero, resolvió retirarse, abandonando á los cuerpos que aún quedaban entretenidos en el combate.

Si Chacho se hubiera apercebido de la retirada de Aldao, lo hubiera hecho perseguir hasta tomarlo. Pero oprimido por la desgracia de Victoria, y deseando concluir pronto para volar á su lado, apenas vió que el enemigo se retiraba, encargó á sus jefes de cuerpo hicieran una persecucion ligera y volvió al lado de su esposa.

Victoria habia vuelto en sí del desmayo que le causó al principio la herida y preguntaba por el Chacho. No le importaba tanto saber si su herida era muy grave, como si se habia ó no triunfado y si su marido estaba libre de todo peligro. Su herida era grave y dolorosa; el sable con que fué inferida no era muy filoso y habia roto la carne fracturando el hueso.

Peñalosa llegó hasta Victoria profundamente conmovido: debia la vida á su mujer y era causa de aquella herida que iba á dejar sobre su hermoso rostro una cicatriz tremenda.

—Vida mia, le dijo con acento de cariñoso reproche, ¿por qué saliste de casa cuando me habias prometido no moverte de allí? ¿Cómo y para qué has venido aquí á correr tal peligro? ¿no sabes que si te hubiera sucedido una desgracia mayor, yo me hubiera hecho volar los sesos?

—No seas loco, mi querido, y déjame saborear la felicidad de haber venido y haber llegado á tu lado tan á tiempo! Mi corazon preveia que iba á sucederte una desgracia y que yo te iba á salvar. Mis presentimientos se han cumplido y mis deseos tambien, puesto que te he servido de alguna utilidad.

—Me has salvado la vida, exclamó Chacho besando las manos de Victoria: cuando tú llegaste allí ya no podia de fatiga, me acosaban por todos lados á pié y á caballo, y ya me era difícil toda defensa. Fué entónces que llegaste tú; aquellos bribones tuvieron que atender á tus soldados y á tí misma, mi valiente querida, y recién pude yo tomar aliento y subir á caballo aunque la sorpresa de verte me inutilizó por completo en el primer instante. Pero tu herida debe hacerte sufrir mucho y es preciso atenderla ante todas las cosas.

Ya los oficiales y jefes que desde el primer momento rodearon á la herida, habian improvisado un lavaje de caña y la habian vendado con una prolijidad extrema, para lo cual habian desgarrado sus ropas.

—No te aflijas por mí que estoy muy bien, ni descuides por ello el final de tu triunfo. La herida no me molesta ni tiene peligro mayor, segun los que la han visto.

—¡Qué no te ha de molestarte, si es un bárbaro hachazol decia Chacho aflijidísimo; todo esmero será poco para atenderte como mereces. El enemigo ha sido bien escarmentado, te lo garanto, y huye en sus más espantosas derrotas, perseguido de cerca por mis grupos. El no volverá más á pisar tierra riojana, yo te lo garanto, pero ahora seré yo quien irá á buscarlo adonde se halle. para tomarle cuenta de esa herida, la más cruel y cobarde que se haya jamás inferido.

—No te aflijas, que yo estoy ya vengada: el capitán Ibañez deshizo á sablazos la cabeza de aquel bandido.

Chacho se acercó al capitán Ibañez y le estrechó cordialmente la mano.

—El capitán Ibañez, dijo, es acreedor al agradecimiento del Cha-

cho, agradecimiento que no olvidaré nunca. Acepto esta deuda sagrada y no daré lugar, lo juro, á que se me cobre.

—Nada hice, más que cumplir con mi deber, dijo aquel, y demasiado pago estoy con el ascenso que acaba de o'orgarme.

—Lo dicho, mayor, puede usted contar con mi agradecimiento eterno.

Chacho mandó varios ayudantes para que hicieran cesar en sus persecuciones á los diversos grupos que lo hacian, y vinieran á incorporársele—y se puso á improvisar una ambulancia para llevar á su esposa hasta La Rioja, donde seria mejor cuidada.

—No te molestes, decia ella, yo puedo montar á caballo cómodamente y hacer la travesía sin dificultad alguna.

—Puede sobrevenirte una fiebre que lo eche todo á perder; las heridas de la cabeza son delicadas y es preciso cuidarlas mucho.

—Pero si mi herida no es más que un golpe de sable, sin mayor consecuencia que el dolor consiguiente! Esto no es nada, no te aflijas, ya verás que pronto estoy buena.

Chacho, que estaba habituado á andar entre valientes, no podia menos que asombrarse ante el valor y resistencia de aquella mujer extraordinaria. Muchos hombres, con aquella herida, se hubieran acobardado y por lo menos hubieran hecho las naturales demostraciones del dolor que debia producirle.

Es que Victoria se dominó á todo cuanto le era posible, para no aflijir á su marido mostrándole cuanto sufría. Comprendía que Chacho, de verla sufrir, sufría él mismo, y escondía cuanto le era posible el sufrimiento doloroso que experimentaba.

Chacho, con cueros, mantas y guardamantas, improvisó una ambulancia de primer orden, donde fué colocada Victoria con un esmero y un cuidado dignos de ella. Y con un cuidado exquisito la acomodaron á la cincha de la mula mas mansa, empujando de aquella manera original la marcha de regreso.

Sobre el campo de aquella victoria que habia sellado con su sangre la mujer de Peñalozá, quedó de destacamento una fuerza bastante para repeler cualquier nuevo avance. avance que no se efectuaría, pues el enemigo no habia quedado en estado de volver, poco le seria el tiempo para huir y ponerse fuera del alcance de los suyos. El resto de aquel ejército victorioso formó en columna de honor detrás de la ambulancia dando estruendosos viuas al pasar por las poblaciones del trásito.

Al tener noticias del triunfo completo de Chacho y de la hazaña de la Victoria, una gran comitiva de paisanos se iba agregando á la columna en marcha, para tener el honor de acompañarla siquiera hasta la poblacion vecina.

Chacho, orgulloso y feliz, marchaba al lado de la ambulancia, á pié, vigilando que el camino se hiciera con toda proligidad, de manera que la ambulancia tuviera menor movimiento. De aquella manera estaba tambien mas próximo á Victoria en cualquier caso de necesidad. En vano ella le pidió que montara á caballo y siguiera la marcha con mas comodidad; él no quiso, asegurando que así iba mas contento, con lo que ella no insistió mas.

Como muchos se adelantaban llevando la doble noticia del triunfo obtenido y de la hazaña de la Chacha, la comitiva era

esperada por todas partes por el pueblo, que saludaba poseído de delirante entusiasmo, á su caudillo y á la heroica Victoria.

Así llegaron á La Rioja donde la herida fué puesta en condiciones inmejorables, renovando el vendaje el mismo Chacho, ayudado por los mejores curanderos de la ciudad, porque allí no se conocían médicos. En la práctica continua de las heridas, había muchos de estos curanderos, que eran habilísimos; así es que Victoria fué curada en consulta, declarando todos ellos que la herida no ofrecía ninguna gravedad de muerte, aunque era preciso cuidarla mucho para que no sobreviniera ningún complicación.

La Rioja se había conmovido profundamente con aquel suceso, y los unitarios que siempre temaban con que Chacho debía emprender una campaña en regla empezaron de nuevo á fastidiarlo, diciéndole que aquello era motivo suficiente para que marchara en el acto sobre Mendoza y tomara el desquite consiguiente. Y para hacerle mayor fuerza, le decían que era preciso vengara la herida de Victoria de una manera ejemplar.

— No se puede culpar á un pueblo por la acción de un soldado, respondía Chacho noblemente: el soldado que hirió á Victoria, pagó con su vida su cobardía, y basta.

La invasión del fraile Aldao al territorio de La Rioja y los desmanes cometidos, es preciso que los pague el fraile, pero antes yo preciso recibir comunicaciones del general Benavidez, para conocer su modo de pensar, porque no quiero contrariar á su política ni causarle un mal rato que pueda muy bien ser serio. Yo estoy seguro que él va á condener el proceder del fraile y á tratarlo malamente: entonces no debo aprovecharme ni valerme de los elementos que me ha dado Benavidez, para causarle un disgusto.

Chacho en ese caso procedía con una lealtad exquisita. Cuanto tenía incluso su misma tranquilidad de espíritu, lo debía á aquel hombre leal y bueno, y él no podía pagar con una felonía los beneficios recibidos.

La respuesta al chasque que hizo cuando la invasión de Aldao no podía tardar mucho, lo que hacía inútil el envío de uno nuevo. Y contra todas las esperanzas y deseos de los unitarios de La Rioja, Chacho se resolvió á esperar hasta tener noticias del general. Este en cuanto recibió el chasque, respondió él mismo á Peñaloza, que se ponía en camino y que mientras él llegaba se mantuviera á la defensiva como lo prometía. Pero el chasque cayó ante una partida enemiga que lo tomó y degolló para rárarlo. Así es que Peñaloza no pudo recibir la respuesta del general en el momento oportuno.

El general Benavidez se puso en marcha con una escolta que parecía un ejército, temiendo que Peñaloza se dejara arrastrar por sus instintos guerreros, recibiendo en el camino la noticia de lo que había pasado.

Y apresuró entonces la marcha, temiendo que Chacho, entusiasmado en su persecución, fuese á seguirlo hasta Mendoza, haciéndolo quedar mal, por lo que él se había responsabilizado con Rosas de que Chacho no se movería.

— Si le han herido la mujer, pensaba, el caudillo no va á parar hasta no agarrar al fraile, y entonces se va á vengar ahorcán-

dolo del primer algarrobo que encuentre, en lo que tendrá mucha razon. ¿Quién lo mete al fraile de porqueria á andar provocando aventuras? Bien merecido tendria cualquier desgracia que le sucediera.

Pero así como tuvo en el camino la noticia de la derrota de Aldao y la herida de la mujer del Chacho, supo tambien que éste, á pesar de todo no habia querido perseguir al derrotado fraile, esperando el regreso del chasque que habia enviado á San Juan y que hasta entonces no habia vuelto, lo que hizo suponer á Benavidez la verdad de lo que habia pasado, y fué para él una nueva prueba de la lealtad y la nobleza con que procedia el Chacho.

Benavidez campó á inmediaciones de la ciudad, y pasó solo á hablar con Peñaloza, oyendo de su boca la narracion de lo sucedido, narracion de cuya veracidad no era posible dudar un momento.

Ageadezco la confianza y seguridad que en mí tiene, amigo mio, le dijo; esta es una iniquidad del fraile, ó quien ya pondré en su lugar. Puede quedar tranquilo á este respecto y licenciar la tropa que tenga en armas, porque es conmigo con quien va á entenderse el fraile.

El general Benavidez descansó un par de dias en casa de Peñaloza, recibiendo con placer la hospitalidad leal del noble caudillo y pasó en seguida á Mendoza á conferenciar con el fraile, de quien supo que habia procedido así obedeciendo á órdenes terminantes de Rosas.

—Es bueno que sepa entonces, contestó con severidad Benavidez, que si el Chacho no ha traído su persecucion hasta Mendoza, ha sido por esperar mis instrucciones. Entonces sírvale de precedente esta declaracion que le hago de la manera mas terminante. Si yo soy responsable ante el general Rosas de que Peñaloza no se moverá de aquí para turbar el órden actual de cosas, no permitiré tampoco que ninguno vaya á turbarlo en La Rioja, y si alguno invade su territorio en son de guerra, no será con Peñaloza solo sino conmigo mismo con quien se encontrará.

—¿Quiere decir que el general Benavidez toma el partido de ese caudillo?

—El general Benavidez tiene el honor de proteger á ese hombre noble, que con la influencia y el poder que tiene, si no fuera por mí, cambiaria el dia que quisiera la situacion de todo el Norte.

—Está bien, respondió el fraile con el mayor enojo; yo sabré entonces lo que he responder al general Rosas, si me pregunta por qué no cumplo sus órdenes.

—Aquellas órdenes nunca las podria haber cumplido, pues ya vé cómo le ha ido con Peñaloza—puede responder lo que quiera, pero cuidado con intentar una nueva invasion á La Rioja!

Benavidez se retiró á San Juan en la seguridad de que el fraile, solo por temor al Chacho mismo, no intentaria una nueva campaña, y el caudillo riojano, fiel á su promesa, licenció gran parte de su ejército. Pero quedó con bastante fuerza en pié

para defender siempre su provincia en caso de cualquier avance federal.

Benavidez estaba demasiado lejos para contar con su auxilio inmediato, en caso de apuro ó de invasión.

Tiempo de calma

Chacho volvió á quedar tranquilo en La Rioja, pudiendo dedicarse al trabajo de campo en una pequeña hacienda que habia formado con los regalos que le hacian sus amigos pudientes.

El gobierno de La Rioja marchaba con toda tranquilidad, sin que Chacho se metiera con él para nada, ni llegase jamás por la casa de gobierno.

Chacho, humilde y sin la menor ambicion de mando, no salia de su casa sino para ir á su pequeña hacienda, huyendo del boato y de los agasajos que le hacian; sin embargo, sin quererlo y sin saberlo tal vez, él era el poder mas fuerte, el único poder que habia en La Rioja.

Todo el que algo necesitaba, á él acudia y no al gobierno, y Chacho con su infinita bondad, atendia á todos sus solicitantes, otorgando al momento cuanto se le pedia, sin ver que al hacerle contrariaba muchas veces las disposiciones del gobierno. Y éste, aunque se mortificaba de aquellos avances á sus atribuciones, no reclamaba nunca, por no ir contra lo que Peñaloza habia dispuesto, de donde se deducia que el verdadero gobernador de la provincia de hecho era el Chacho.

Por eso, cuando el caudillo riojano hizo proponer el gobierno á don Tomás Gordillo, una de las personas mas notables de La Rioja, éste contestó que no aceptaba, porque aunque tenia condiciones para hacer un buen gobierno, sabia que nunca podria gobernarlo á él. Chacho sonrió ante esta respuesta y no insistió mas, diciendo:

—Nadie mas fácil de gobernar que yo, porque nadie puede estar mas dispuesto á acatar las órdenes emanadas del gobierno. Pero tambien es cierto que yo no tengo la fuerza de carácter de decir que no, y cuando alguien me pide una cosa, y este alguien es un constante servidor de la patria, yo no puedo negarle lo que pide, ¿es esto acaso un crimen?

Victoria se iba restableciendo poco á poco de su herida, herida que se habia hecho célebre. Los gauchos hablaban de ella como de un caudillo entrañado, pues los testigos de aquella sangrienta batalla, habian narrado con exagerado colorido la manera como ella habia combatido para salvar á Chacho. Y puede decirse que tenia tanto prestigio como Chacho mismo, pues con su arrojo y valor habia despertado verdadero fanatismo entre las multitudes. Y como su ascendiente sobre Chacho era grande, á ella acudian en sus empeños mas fuertes, seguros de que habian de salir airosos, pues para Chacho no habia sobre la tierra mayores satisfacciones que la de poder complacer á aquella

buena rompañera de su vida, á la que amaba cada día con mayor pasión.

Cuando Victoria se hubo restablecido del todo y pudo montar á caballo, no se separó un momento de Peñaloza, acompañándolo en todas sus correrías, ya fuesen las que hacía para ir á la pequeña hacienda, ya las excursiones á los demás departamentos, para mantener con su presencia el espíritu militar y guerrero.

Ya Peñaloza se había habituado de tal manera á la compañía de su mujer, que no podía andar sin ella, esperándola para emprender cualquier viajecito, si ella tenía cualquier inconveniente. Un año y otro año trascurrieron así, sin que se produjera en La Rioja ningún acontecimiento que turbara la paz.

Aunque las demás provincias se hallaban bajo el juego del partido federal, sus gobiernos creían prudente no meterse con Chacho, por el respeto que éste les inspiraba y por el decidido apoyo que sabían le prestaría el general Benavidez.

El único que no se daba por vencido era el tenaz fraile Albalá, que aliado con Santiago, no perdía la esperanza de dar á La Rioja el golpe de gracia.

Los federales entonces tenían tal pasión desenfrenada por el robo, que llegaban á robarse entre ellos mismos, sin el menor miedo ni escrúpulo. Los grupos que merodeaban por su cuenta, ni siquiera respetaban la propiedad de sus mismos caudillos, por terribles que éstos fueran.

Un día cruzaba de Tucuman un cargamento destinado al general Benavidez. En este cargamento iban tres mil pesos plata, tabaco y cueros por valor de otro tanto, con que Tucuman concluía de pagar á Benavidez su última contribucion de guerra, por haberlos librado del Chacho y vuelto el poder á los federales. Aunque la escolta que llevaban los arrieros era de primer orden, se juntaron en el camino cuatro ó seis grupos de federales, pelearon á la escolta y le arrebataron la carga y los mulos. El capataz del arreo disparó en cuanto fueron atacados, desparramando la voz por el camino, de lo que le había sucedido y la cantidad que les arrebataban, porque el capataz lo había dado todo por consumado.

Supo Chacho la noticia y en el acto se puso en marcha con el regimiento que siempre tenía sobre las armas y listo para marchar.

Era una carga federal arrebatada por federales, y el botín no podía ser mas lícito. ¡Qué bien vendrían á la provincia de La Rioja aquellos treinta mil bolivianos! no podía darse una campaña mas rápida y provechosa.

Victoria, completamente restablecida de su herida, lo quiso acompañar, y Peñaloza no pudo hacerla desistir de su pretension; en vano le mostró que aquella campaña no tenía ningún peligro y era sumamente penosa por la rapidez con que sería necesario andar; en vano le hizo ver las mortificaciones de una marcha tan rápida y tal vez demasiado larga, no hubo forma de que quisiera quedarse, y fué preciso que Chacho consintiera en que Victoria lo acompañara, ó renunciase á aquella campaña, la mas provechosa de todas cuantas hasta entonces había hecho.

Ya estaba habituado á la compañía de Victoria y como realmente no habia el menor peligro en la aventura porque los ladrones huirían en cuanto se les echara encima, emprendió su marcha alegre y rápidamente, hacia el paraje donde habia tenido lugar el asalto. Allí hizo tomar el rastro por los rastreadores que llevaba consigo, los dos mas famosos de los Llanos, y sobre el rastro siguió con admirable seguridad la direccion que habian llevado aquellos.

El rastreador riojano es algo de admirable y útil en las guerras de montoneras que allí se hacen. Basta mostrarle una vez el rastro que hay que seguir, para que sin equivocarse nunca, lo siga entre las diferentes huellas.

Ya se ha hablado mucho del rastreador riojano, escribiéndose sobre él admirables capitulos, para que intentemos hacer aquí una descripción de este hombre asombroso. Sin embargo, á lo mucho dicho y escrito, queremos añadir una anécdota que dará una idea completa de lo que es éste.

En la caballada y mulada de una fuerza que cruzó los Llanos, se mezclaron quince mulas de un arriero, que fueron llevadas por los soldados sin que lo notaran ni ellos ni el dueño de las mulas. Quince dias despues de esto y estando aquella fuerza campada en la provincia de Catamarca, se presentó al jefe un paisano reclamando sus quince mulas.

—¿Cómo sabes que están aquí? preguntó el jefe.

—Señor, respondió el paisano; porque he seguido su rastro hasta el paraje donde están rodeados los animales de estas fuerzas.

El jefe no podia creer que entre el rastro de mil animales, que produce por lo menos diez mil pisadas, una sobre otras, borrando las segundas á las primeras, el paisano pudiera reconocer sus mulas por lo que le hizo esta observación:

—¿Cómo me vas á hacer creer que en esa cantidad de pisadas confundidas, vas á conocer las de tus mulas?

—Nada mas fácil, señor, contestó el gaucho sonriendo; yo conocería las pisadas de mis mulas aunque sobre el rastro de las caballadas que usted lleva pasaran cinco mas.

Y como el jefe manifestara aun duda, el paisano ofreció probar lo que decia.

Salieron, y allí donde los rastros del paisanos se confundian unos con otros en pasmosa confusion, se agachó el paisano, y señalando unas pisadas, casi perdidas entre todas las demás, dijo al jefe:

—Estas, todas estas son mis mulas.

—¿Y nadie te ha dicho que estaban aquí?

—Nadie, señor.

—Entonces yo te digo que no seas tonto, que aquí no están tus mulas y que lo que estás haciendo conmigo es una farsa.

El paisano quedó azorado de aquella duda pareciéndole increíble que hubiera quien no creyese lo que él aseguraba como rastreador, y miró el rastro de sus mulas diciendo:

—¡Pero si aquí está la prueba de lo que digo! ¿por qué no quiere usted creerlo?

—Porque me parece imposible—¿qué te hago si tus mulas no estan aquí?

—Primero, dijo el paisano, necesito ver si nó las han sacado y en seguida podré contestar á usted.

Y el paisano dió rápidamente unas vueltas por todo el rededor del campamento. Concluida ésta, volvió adonde esperaba el jefe sonriendo de lo que creia una farsa, y exclamó:

—No las han sacado, porque no he hallado el rastro en ninguna direccion, pero hay una que no está entre la caballada, porque he visto el rastro entre un trozo mas pequeño que va en aquella direccion, pero que no sale del campamento. Es una mula zaina malacara muy grandota; las otras catorce están entre la gran caballada.

El jefe pidió al paisano las señas de aquellas catorce mulas y las apuntó prolijamente, para que el paisano no pudiera indicar unas por otras y en seguida volvió á preguntarle:

—Y si las mulas de esta suma no están donde decís, qué le hago yo?

—Usted, en ese caso, hace lo que quiera, me fusila ó me hecha de veterano, pero en cambio si están me las entrega.

Todos acompañaron al rastreador riendo del chasco que presentian, y éste se puso á buscar sus mulas entre aquellos mil y pico de animales. Mas trabajo le dieron éstas para ser halladas, que el que le habia dado hallar el rastro de las pisadas entre aquella confusion de rastros. Pero al fin triunfante y lleno de satisfaccion señaló una por una las catorce mulas cuyas señas habia ya dado.

En seguida pasaron al cuerpo de guardia, hallando allí la mula que faltaba y que él ya habia asegurado haber sido sacada de entre las demás. La prueba no podia ser mas concluyente, y el jefe, admirado, le mandó entregar en el acto sus mulas.

Así los rastreadores que llevaba Chacho, una vez que vieron el rastro que era preciso seguir, rastro que enseña el mismo capataz del arrio, se lanzaron tras él con pasmosa seguridad. Y apuraron la marcha de tal manera, que dos dias despues alcanzaban á los ladrones que descansaban en las inmediaciones de la «Punta del Negro».

Al principio formaron en son de guerra, intentando una resistencia en toda regla; pues el tesoro que llevaban, bien valia la pena de defenderlo en toda regla. Pero apenas los cargó el Chacho y les causó algunas bajas, se dispersaron en todas direcciones, parándose cuando vieron que no eran perseguidos, á observar lo que Chacho hacia, y la direccion que con el tesoro llevaba. Pero Chacho los hizo cargar de nuevo, dispersándolos por completo.

Las bolsitas de los bolivianos, como los atados de los cueros estaban intactos, lo que probaba que aun no habian ni siquiera tentado el reparto, sin duda porque no se creian en seguridad completa.

Chacho regresó á La Rioja con el tesoro que destinó desde el primer momento á repartirlo entre sus tropas. Pero el capataz, creyendo salvarlo, le hizo presente que aquello provenia del gobierno de Tucuman.

—El gobierno de Tucuman es enemigo, como enemigos eran los ladrones, respondió Chacho; es un botin de guerra que yo

aprisiono y que el gobierno de Tucuman puede venir á reclamar si se cree capaz de medirse conmigo.

—¿Y qué contesto yo entonces al general Benavidez?

—¿Qué tiene que ver en esto el general? ¿acaso es el dueño de ésto?

—¿Y cómo no, señor? Ese dinero como todo lo demás, pertenece al general Benavidez á quien lo manda el Gobernador de Tucuman porque se lo debe.

La cuestion variaba entonces de aspecto para Chacho. Siendo bienes de la federacion podia tomarlos sin el menor escúpulo y repartirlo á sus tropas. Pero siendo dinero particular del General Benavidez, su amigo, cometia un robo quedándose con él, y esto era distinto.

Chacho reflexionó un momento, y pensó que aquello no podia ser considerado como un botin de guerra y por consiguiente no podia quedarse con él sin dar derecho para que lo llamaran ladron. Y despues de consultarlo con Victoria, á quien consultaba todo, decidió remitir á San Juan, bajo segura custodia, todo aquel tesoro, de la misma manera que lo habia rescatado. Y señalando para aquella comision al mismo regimiento que habia hecho la persecucion á los ladrones, avisó al capataz que al dia siguiente podia seguir viaje, llevando todo aquello al general Benavidez.

Cuando se supo la determinacion tomada por el Chacho, los hombres de La Rioja quisieron influir en su ánimo para que no hiciera la devolucion. Pero él les tapó la boca con estas simples palabras:

—¿Que quieren ustedes dar á los federales el derecho de llamarnos ladrones? Si este dinero fuera del Gobierno no digo que no, pero es de un particular y de un particular amigo; no es posible obrar de otra manera.

Y de tal modo les presentó la lealtad de la accion, que los mismos que antes le aconsejaban se quedara con todo, no insistieron más. Chacho remitió al dia siguiente el tesoro, escoltado por el regimiento, cuyo jefe llevaba para Benavidez el más expresivo recado.

—Haga presente al General en mi nombre, que traje esto á La Rioja, porque creí que pertenecia al Gobierno de Tucuman, y yo lo habia tomado á fuerzas federales. Pero habiendo sabido que le pertenecia personalmente, me apresuro á remitirselo bajo segura custodia, porque el coronel Peñaloza no ha nacido para ladron. Si él les regala algo como compensacion al trabajo de haber rescatado el tesoro y escoltádolo hasta San Juan, pueden aceptarlo, porque será una compensacion bien ganada. Pero si nada les da, nada pidan que no hay compensación más grande que el cumplimiento del deber.

Y Chacho, obrando así, quedó más satisfecho que si se hubiera apoderado de todo.

El General Benavidez sabia ya que el tesoro que le habian remitido de Tucuman, habia sido arrebatado en el camino por un grupo de salteadores, que no se sabia adónde se habian dirigido. En vano habia enviado comisiones á todas partes para indagar el rumbo que habian seguido con el árrio, pero nada habia podido conseguir. Así es que cuando vió llegar aquella árria tan bien

escortada y supo que era la que habia lamentado perdida, su alegría fué inmensa. Recibió alborozado el recado con que Chacho acompañaba la remesa, alojó á aquel regimiento en el cuartel mismo de su escolta, tratandolo régicamente.

Aquella nueva accion de Chacho obligaba á Benavidez profundamente. El hubiera podido quedarse con todo aquello sin que nadie lo supiera, puesto que eran grupos de federales los que habian cometido el primer salteo. Pero habia preferido mandarlo a su dueño para que nadie pudiera hacerle un cargo injusto.

—Mientras ustedes estén en San Juan, dijo al jefe del regimiento, serán tratados con todas las consideraciones posibles: pueden estar con la misma confianza que en La Rioja.

Pero el jefe chachista manifestó que tenia orden de regresar en cuanto hubiese cumplido su comision, y que si se le permitia, lo haria al siguiente dia.

Benavidez no puso ningun inconveniente, y aquella misma noche el jefe se despidió, pues al otro dia, á la primera luz del alba se pondria en camino.

El General Benavidez apartó diez mil pesos, diciendo al jefe que los llevara á Peñaloza para que éste les diera el destino que creyera más conveniente; pero el jefe rechazó el presente, diciendo que tenia orden de no recibir nada.

—Como general, le dijo, yo le ordeno á usted que lleve estos diez mil pesos y los entregue al coronel Peñaloza para que éste le dé el destino que crea más justo.

Ante una orden del general, el jefe no tuvo más remedio que obedecer, y acomodando los diez mil pesos en su carguero, se puso en camino á la madrugada siguiente, llevando para el caudillo riojano una carta del general. Este agradecia cariñosamente á Chacho la nueva prueba de amistad que le daba, y le pedia distribuyese aquellos diez mil pesos, entre los soldados que habian ayudado al rescate.

—Esta es una prueba más, que estrecha fraternalmente la amistad que nos unia, concluia aquella carta; ya sabe que puede disponer de mí de todos modos.

Chacho recibió la respuesta de Benavidez y el dinero, que distribuyó en el acto entre los soldados del regimiento, con excepcion de dos mil pesos que reservó para atender á la miseria de otros muchos tan dignos como ellos mismos, aunque no hubieran tomado parte en la accion del rescate.

Aquel reparto de dinero puso de fiesta á toda La Rioja; el buen pueblo hacia muchos años que no veia tanto dinero en circulacion. Habian concluido por habituarse á la miseria, al extremo de que ya veian como cosa de magates el hecho de poder cocinar un poco de carne de vaca.

Y las simpatias de Benavidez se afirmaron tanto en La Rioja, que los mismos paisanos lo miraban como un amigo particular, visto que lo era de su caudillo. Los demás Gobernadores empezaron á desconfiar de Benavidez y á coaligarse entre ellos para aprovechar el primer momento de darles en la cabeza. Benavidez estaba muy ligado con el Chacho, para ser un buen federal, y temian que ligados ambos, el dia menos pensado se apoderaran de todo el Norte.

El fraile Aldao era el director de esta farra, porque era el que más miedo tenía. Sabía el odio que le profesaba Peñaloza y el deseo que de derrocarlo tenía. Chacho estaba sujeto por Benavidez, y á la hora que éste dejara de contenerlo, no le quedaba la menor estabilidad de su dominacion. Por esto es que empezó á trabajar en una liga de gobiernos contra aquellos dos caudillos terribles, á quienes debian derrocar en un momento dado.

Todas estas confabulaciones tenían que hacerlas bajo la más estricta reserva, pues si Benavidez ó Chacho llegaban á sospechar algo, estaban perdidos.

Chacho entretanto seguía en La Rioja, tranquilo y feliz, pues su liga con Benavidez habia traído el bienestar absoluto de toda su provincia. Rodeado por los seres que más amaba en el mundo, Anita y Victoria, solo pensaba en cuidar su pagueña hacienda y cultivar aquel pedazo de tierra, única cosa que poseía. De tiempo en tiempo enviaba un chasque á Benavidez para saber lo que pasaba en el resto de la República y estar siempre de acuerdo en todas las cosas, chasques que volvían con las más cariñosas respuestas y regalos de dinero que el General hacia al Chacho, porque conocía su pobreza nacida en su honradez acrisolada, pues á pesar de haberse colocado al lado de Quiroga, y conociendo el proceder de éste, se hubiera cortado las manos antes que tocar un centavo que no le perteneciera.

La gran campaña

Gracias al respeto profundo que habia logrado infundir á sus vecinos y á la proteccion decidida y leal del general Benavidez, Chacho logró vivir en paz muchos años siendo el verdadero padre de su provincia.

Para los riojanos no habia gobierno, ni habia leyes, ni habia poder que estuviera arriba de su caudillo. A él acudían en todas sus dificultades y él sabia remediarlas prontamente, pues para servir á un necesitado el Chacho no conocía dificultad capaz de detenerlo. Porque lo mandaba llamar el paisano más obscuro, se galopaba diez ó quince leguas, pues para él todos eran iguales, lo mismo el jefe más importante que el más infeliz soldado.

Y si alguno le hacia la menor observacion sobre el trabajo que se tomaba con un hombre que podia hacer venir hasta él para que dijera lo que se le ofrecia, respondia alegremente:

— Cuando él me manda llamar será porque me necesita y porque no puede venir él hasta donde yo estoy. ¿No vienen ellos en el acto y alegremente cuando yo los hago llamar para disponer de sus vidas? ¿No abandonan sin mirar para atrás intereses y familia para seguirme á mí, sin preguntarme adónde los llevo y qué voy hacer de ellos? Pues entonces yo estoy obligado á acudir cuando me llaman, más sabiendo que ésto solo

lo hace el que por un motivo poderoso no puede venir adonde yo esto.

Y abandonando cualquier cosa que tuviera entre manos se iba á la casa del que lo llamaba, quien generalmente era un enfermo grave que queria recomendarle sus hijos antes de morir, ó alguno que tenia la familia enferma en el último estado de miseria y que no habia podido salir por haber vendido para comer su última mula. Y Chacho con un cariño paternal y un interés vivísimo mitigaba todas las desventuras haciéndose cargo de los miserables.

Por esto es que Chacho, por más que lo regalase, por más dinero que le mandaran sus amigos para mejorar su fortuna, nunca tenia un centavo. Eran tantos los pobres de La Rioja que á él acudian, que todo dinero le hubiera sido poco para partirlo con ellos. Y para él no habia situacion más agradable, que cuando tenia que pedir prestado para comer, por haber dado á alguno la última provision que le quedaba.

—Yo no tengo que comer, exclamaba, pero en cambio á nadie le falta, porque nadie viene á pedirme.

Los negociantes no tenian para él la menor reserva, le hubieran dado todo el negocio sobre su sola palabra si se los hubiera pedido. Pero él jamás habia hecho uso de su crédito para sí; cuando lo habia usado era solo para salir de garantia de alguna infeliz necesitado, por quien pagaba siempre sin permitir que fuera á cobrarle. Así la idolatria que aquel buen pueblo tenia por su cau-tillo era asombrosa.

Hablaban de Checho como si hablaran de Dios y andaban espiándole en la cara sus deseos para complacerlo en el acto. Cualquiera de aquellos hombres hubiera sacrificado su vida, sin mirar atrás, por complacer á Peñaloza.

Las cuestiones más enredadas y las disputas más ágras eran llevadas ante el Chacho como ante el Juez supremo, para que éste las arreglara. Ninguno acudia á la justicia á pleitear su derecho. En un solo juicio verbal Chacho se enteraba de la contienda con todos sus antecedentes, reflexionaba un momento y daba su fallo, fallo que era acatado al momento, sin que ninguno pensara en desobedecer, porque desde que Chacho lo habia dado es porque así debia de ser.

Y como Victoria no era para ellos otra cosa que el mismo Chacho, en ausencia de éste á ella acudian, aceptando sus fallos como si fuesen los de él mismo. Lo que hay es que Victoria, como mujer y más bondadosa, nunca fallaba dejando un descontento, pues algo dejaba siempre para el pobre que no tenia razon y que debia quedar en la calle.

—Tú tienes razon, decia, y todo te lo mando entregar porque esto es lo que debo hacer en estricta justicia, pero es preciso que seas generoso y compasivo y dejes algo á este infeliz, que tambien tiene mujer y hijitos que mantener.

El ganador no resistia nunca un pedido hecho de aquella manera por la Victoria, y así, el que perdia la cuestion, siempre venia á salir ganando algo. Conforme acudian á Chacho los litigantes y los desconformes, á él acudian tambien los que querian obtener algun favor del gobierno y reclamar alguna injusticia ó abuso de

poder. Y Chacho resolvía por sí en el acto, siempre concediendo lo que se le pedía.

Nadie había escuchado jamás un no, salido de sus labios. Si algún juez cometía una injusticia, ó un acto de odiosidad ó de venganza, poniendo preso a un individuo, en el acto estaba la familia quejándose á Peñaloza, que mandaba lo pusiera inmediatamente en libertad y lo dejase tranquilo.

—Pero, señor, si es un malvado que no quiere hacer caso ni respetar la autoridad, solía argumentar el juez ó la autoridad que recibía la orden, y es preciso que algún castigo reciba.

—Yo lo haré entrar en vereda y que se porte en lo sucesivo como un hombre de bien, pero póngalo en libertad no más, que su familia necesita de sus brazos.

Y no había más remedio que obedecer porque nadie hubiera querido ponerse mal con el Chacho. Por eso es que Gordillo había dado aquella graciosa respuesta cuando le ofrecieron el gobierno pues el gobernador de La Rioja lo era solo en el nombre, siendo el Chacho el único gobierno real que allí existía.

Con lo único que Chacho no transigía era con el robo, vicio que detestaba con toda su alma. Nadie iba á empeñarse con él por un ladrón, porque sabía que era inútil, pero iban á empeñarse con Victoria que, compasiva siempre ordenaba la libertad, y el del empeño salía airoso. Cuando Chacho sabía que ella había intercedido por algún ladrón, se enojaba con ella, diciendo que era preciso dejar castigar severamente á los ladrones. Pero Victoria por toda defensa daba un beso á Chacho que concluía por hacerle un cariño y darle la razón, bajo la promesa que no volvería más á interceder por ladrones.

La palabra de Chacho disipaba siempre el mayor rencor, venciendo la obstinación más grande sin la menor dificultad. Así todos eran felices, y vivían sin la menor dificultad é inconveniente. Pero aquel estado de paz absoluta no podía durar mucho, y un nuevo golpe de mano, más serio que los demás fué llevado á La Rioja.

Rosas había sido prevenido secretamente, por mensajes de Aldao y del mismo Lopez, que desconfiara de Benavidez porque éste estaba aliado con el Chacho para imponer ambos en las demás provincias.

Chacho según hacían saber á Rosas, trataba malamente á los gobernadores que respondían á éste, quienes no se atrevían á hacer nada, porque sabían que tendrían encima á Benavidez con todo el poder de la provincia de San Juan, que era mucho.

— Entre los dos nos imponen su voluntad como quieren, decían, y día va á llegar en que nos derroquen porque no querramos apoyar sus miras unitarias ó darles toda la plata que exigen.

Rosas, que no quería ponerse mal con Benavidez de quien podía necesitar de un momento á otro, resolvió abrir campaña contra Chacho de una manera reservada, porque sabía que éste era su enemigo irreconciliable y que bien podía levantar contra él todo el Norte, á pesar de la garantía que por él había dado Benavidez, de que nunca se movería contra el gobierno de la federación. Mandó al fraile Aldao un mensajero seguro para

que le transmitiera sus instrucciones y dió orden al tremendo Oribe para que enviase á Mendoza una division de su ejército mandada por Maza, que debia recibir las órdenes de Aldao como las suyas propias.

Aquella division de las tres armas, con buena artilleria y mejor infanteria, compuesta de unos ochocientos hombres, se puso en marcha en el acto sobre Mendoza. Las instrucciones enviadas á Aldao eran de atacar á Chacho por sorpresa, si era posible, y anonadarlo y despedazarlo en un solo combate, tratando de tomarlo prisionero ó matarlo.

Se debia obrar con todo sigilo para que Benavidez no se impulsara de la operacion y suspenderla hasta recibir nuevas órdenes en caso de que aquel quisiera tomar cartas en el asunto.

En vista de aquellas instrucciones que lo llenaron de gozo, el fraile Aldao empezó á reunir y armar su guardia nacional, mientras llegaba el coronel Maza con su division. Y para que nadie pudiera sospechar la causa de aquellos preparativos, dijo que temia una invasion de Chacho y que se preparaba para repetirla.

Así, si Benavidez sabia la cosa, se limitaba á convencerlo de lo contrario, pero no se moveria de San Juan. Una vez dado el golpe, poco le importaba que aquel lo supiera ó no, porque él habia obrado por órdenes de Rosas que aquel no se atreveria á contrariar una vez vencido el temible Peñaloza.

El fraile Aldao, con el contingente que le traia el asesino Maza, no tenia más que pensar que en la organizacion de un gran cuerpo de caballeria. ¿Para qué queria más infantes y más artilleria que la que aquel debia traer?

Para no perder la costumbre y para aumentar aquella, prepararia dos ó tres batallones de infanteria, pero todo su anhelo desde el primer momento, fué organizar un inmenso cuerpo de caballeria con que poder hacer frente á la lucida caballeria de Chacho tan terrible en la batalla.

Si Benavidez lo supo, Chacho supo que Aldao se armaba, y aunque le dijeron que se armaba para estar prevenido contra él, él sonrió picarescamente y dijo:

— Si Aldao se arma es para caernos nuevamente, armémonos bien para que no nos tome de sorpresa, que si yo llego á agarrar al fraile, no es mala la letania que le voy á hacer rezar.

Y llamó á las armas á la provincia de La Rioja que se levantó sin que faltara uno solo de sus hijos. Y Chacho con todas las armas que habia mandado Benavidez y las que habia tomado al mismo fraile en su última accion, empezó á armar los más brillantes regimientos que hasta entonces habian presentado en batalla.

Así, sin que el fraile lo sospechara, se preparaba á recibirlo de una manera harto contundente.

Así Chacho tenia listo para entrar en pelea unos dos mil quinientos hombres, perfectamente armados. Y destacó un cuerpo ligero de bomberos, para que le avisaran en cuanto el fraile se moviera de Mendoza. Así, el fraile que esperaba sorprender á Chacho, se iba á encontrar sorprendido él mismo al verse esperado por aquel semejante pié de guerra.

En cuanto llegó la division de Oribe, Aldao se preparó á abrir

inmediatamente la campaña. Y puso á Maza al corriente de lo que se trataba, haciéndole revisar la gran masa de caballería que tenía preparada.

—Y todo esto es para pelear á Chacho? preguntó Maza al ver los grandes preparativos que hacía el fraile. Las tropas que yo he traído no más bastan para deshacer á ese gaúcho miserable.

—Con lo que usted trae solamente, apenas tiene para empezar la caballería de Chacho, yo sé lo que ese caudillo vale, y puede en la batalla, y no hay que equivocarse. Solo porque vamos á tomarlo de sorpresa es que voy tan confiadamente, que sinó no me atrevería á hacerlo.

Como Maza iba á obedecer las órdenes de Aldao, no quiso discutir con él, pero rió alegremente de los temores que aquel demostraba. Le parecía increíble que con aquellos elementos pudiera tenerse duda de triunfar de un pobre caudillo, que no tenía más que lo que pudiera sacar de La Rioja en un momento de apuro.

Aldao no se puso en marcha hasta que no hubo reunido cuanto creía necesitar, y eso contando con que iba á sorprender á Chacho. En cuanto el fraile se puso en marcha y se vió la dirección que llevaba, los bomberos del Chacho se movieron rápidamente para llevarle el aviso. Con infantería y artillería, Aldao tenía que moverse muy lentamente, de modo que los bomberos podían llegar á La Rioja antes que el ejército hubiera hecho una jornada.

En cuanto Chacho tuvo la noticia de que Aldao se movía con fuerzas que habían llegado de Buenos Aires en su auxilio, se movió también para salirle al encuentro. Y aumentando en su marcha el ejército con cuanta gente se le iba incorporando, apuró su marcha para llegar cuanto antes al encuentro del fraile, en el límite del territorio riojano, para que los pueblos de sus provincias no sufrieran en ningún caso las consecuencias de una batalla. Pero la lentitud que traía Aldao en su marcha para no hacerse sentir y la confianza con que venía, hicieron cambiar por completo á Chacho su plan de campaña, decidiendo sorprender al fraile y desmantelar su famoso ejército.

Este plan pareció á Chacho más eficaz porque con él destruía la acción de la artillería enemiga, empezando á marchar de noche para realizar su sorpresa.

Aldao marchaba de día, ocultándose durante la noche en campamentos seguros, mientras Chacho hacía lo contrario. Marchaba á largas jornadas durante la noche, ocultándose durante el día entre los montes.

Así se fueron acercando uno al otro, sin sospecharlo el fraile, hasta que se pusieron á una corta jornada de camino que el Chacho calculó andar en una noche. Así mientras el ejército de Aldao dormía confiadamente y sin la menor vigilancia, Chacho forzó la marcha del suyo con el mayor recato, hasta ponerse á unas diez cuadras de adonde dormía aquel. Así perfectamente preparado, esperó los primeros destellos del día, cayendo sobre el dormido ejército del fraile Aldao cuando éste ménos lo esperaba, como una tormenta. Los cuerpos no tuvieron tiempo de formar, y la mayor parte ni siquiera de tomar sus armas.

La caballería de Chacho había entrado por sus filas, sableando

de una manera vertiginosa en medio del mayor pánico. Según lo llevaba pensado y resuelto el Chacho, su primera operación con un regimiento que lo seguía, fué enlazar los cañones y sacarlo á la cincha con los arzones á que se hallaban prendidos antes que los artilleros pudieran darse cuenta de ello.

El terror y la confusión más espantosa se apoderó de aquel ejército que ni siquiera trató de defenderse. Los artilleros huyeron y la infantería buscando allí un refugio contra la muerte. Pero la infantería era en un pelotón informe y confuso, que ningún amparo podía prestar.

Tropas de combate todas y bien aguerridas, al principio habían tratado de formar apresuradamente, pero los batallones se habían mezclado, las compañías se desconocían y los soldados abandonaban el fusil y huían. Las caballerías no habían tenido tiempo de ensillar y habían saltado en pelos sin tratar de hacer frente, hasta una pequeña población que había á treinta cuadras de allí, donde había pasado la noche el fraile Aldao y Maza. Dos batallones que por un exceso de precaución habían llevado con ellos, era lo único que se había salvado.

El fraile, como siempre, se había acostado la noche anterior, con un soberano peludo, peludo que había disparado por completo á los primeros tiros y la gritaría espantosa de sorprendidos y sorprendidos. Y el fraile y Maza con el caballo de las riendas, se miraban aterrados sin saber qué partido tomar.

Es que no hay nada tan terrible como la sorpresa de un campamento. El hombre más bravo despierta bajo el tiroteado y el vocerío, se asusta porque se aturde, no está bien despierto y que cree que sueña, no atina á tomar sus armas ni se le ocurre disposición salvadora alguna, y aún atacado personalmente no acierta á defenderse.

Por esto es que un ejército sorprendido es un ejército vencido y deshecho sobre tablas. El soldado ha perdido el tino, no se da cuenta del paraje en que se hallan ni del sitio que ocupa su compañía y su batallón; yendo de un lado al otro forman una pelota que el sable enemigo se encarga de deshacer.

Tan asustado el uno como el otro, el fraile y Maza se miraban aún á la cara, cuando llegaron jadeantes y aterrados los primeros que habían podido huir á la matanza y que sabían allí estaban los jefes superiores. Y antes que estos les preguntaron algo, decían ellos la noticia de lo que pasaba con exageración consiguiente al terror que tenían.

—¡Nada se salva, nada! dijeron: el enemigo en número tremendo, como nunca hemos visto, ha sorprendido el campamento y no se harta de matar.

La artillería y la infantería han sido concluidas á sablazos.

—¡Ni un minuto que perder tenemos, gritó el fraile en el colmo del terror, si queremos salvar! Con estos dos batallones y algunos cuerpos que se nos incorporen podremos salvarnos de la matanza.

Y Maza completamente de acuerdo, hizo montar á los dos batallones, colocándose en el centro con el fraile, y emprendió la retirada con una rapidez vertiginosa.

Aún no había aclarado por completo y con el polvo levantado por la disparadas y el ir y venir, no se distinguía lo que pasaba

á una cuadra de distancia. Apenas habian andado dos cuadras los fugitivos, cuando se sienten avanzados por un gran trozo de caballeria, que venia en buena formacion.

—Aquí nos embromamos, gritó el fraile, y mandó echar pié á tierra en el acto y formar cuadros.

Pero poco despues respiraba á pulmon pleno, al ver que aquel trozo de caballeria era la de ellos mismos que habia escapado intacta de la sorpresa y la matanza.

—Con esto tenemos para hacer frente y salvar bien haeta Mendeza, dijo el fraile alborozado. Haga seguir la marcha, coronel; y echando al gañote un trago de aguardiente de uva, volvió á colocarse en el centro de la infanteria y á seguir la marcha.

Al fraile Aldao no faltaba nunca un buen frasco de aguardiente de uva, que usaba metido en un bolsillo hecho expresamente para llevarlo, colgado al cuello, por mayor precaucion con un cordoncito. Este era su consuelo en los grandes momentos y al que acudia siempre para calmar sus miedos.

Ninguno de los dos podia explicarse cómo Chacho los habia sorprendido de aquella manera, sin que lo hubieran sentido temiéndolo tan cerca como lo habian tenido.

—Solo el Chacho hace estas pruebas, decia el fraile menio punteado ya, es un hombre extraordinario con el que nadie ha de poder, hay que confesarlo.

Y seguia dando besos á su limeta, á medida que se le iba pasando el jabon. Felizmente para ellos, en la inmensa confusion del combate y el placer consiguiente á la victoria, no habia sido notada ni la fuga de aquel gran trozo de caballeria, ni la fuga del fraile Aldao con aquella brigada de infanteria.

Chacho creia que debia estar el fraile y lo buscaba entre las pocas carpas que se veian á retaguardia del campamento, pero estas eran las carpas de los gefes de batallon y regimientos, la mayor parte de los cuales se hallaban mezclados al combate tomando disposiciones salvadoras, que eran perfectamente inútiles, porque la tropa y la oficialidad, aterrados, solo atendian á la lucha individual sin obedecer á las voces de mando que se perdian mezcladas al tremendo estrépito de la pelea.

Temiendo Chacho que el fraile pudiera haberse escondido allí no más, empezó á ordenar que cesara la matanza y que el campamento fuera rodeado por una ala de caballeria. Y sus soldados habituados á obedecer aquellas órdenes en todo momento, dejaron de matar, y empezaron á formar la gran ala circular.

Las bajas sufridas por el ejército del fraile eran numerosisimas, como que los riojanos desde el primer momento no habian hecho otra cosa que herir. En cambio ellos habian sufrido muy poco porque aquel enemigo no habia atinado á otra cosa que á huir y rendirse, defendiéndose desesperadamente solo aquellos que se veian más acosados.

Y como los rendidos eran respetados por las fuerzas del Chacho, todos los que no podian huir, tomaban aquel temperamento para salvar por lo menos la vida. Cuando se vieron completamente rodeados y vieron que no quedaba la más remota esperanza, empezaron á pedir gracia, yendo los mismos gefes, en medio de aquella confusion al encuentro de Peñaloza para rendirse

sin condiciones. Pero ya el generoso caudillo habia dado orden que cesara la matanza y se respetase á los rendidos.

Fué entonces que Chacho supo que ni Aldao ni Maza dormian con el ejército, buscando la comodidad de las poblaciones indicando donde habian pasado la noche anterior escoltados por dos batallones de infanteria.

Allí acudió Chacho en el acto, pero inútilmente, viendo con pena que el fraile debia ir ya muy lejos, si como lo decian se habia retirado desde el principio del combate. Así mismo, Chacho, que tenia un vivo deseo de tomar al maldito fraile, para que terminaran de una vez aquellos sangrientos hechos, despachó tres grandes grupos perfectamente montados, para que trataran de alcanzarlo. Pero al mismo tiempo les ordenó no intentaran ninguna persecucion inútil, regresando si llegaba la noche y no los habian avisado.

Como el fraile se habia retirado en caballos perfectamente frescos, y apurando su fuga cuanto le era posible no era creible que le diera alcance aquellos soldados que habian peleado toda la mañana y montados en animales que no habian tenido un sólo momento de reposo.

Concluido todo combate por la rendicion del enemigo, mientras volvian los persiguidores, Peñaloza se ocupó en hacer recoger todas las armas diseminadas en el campo, formando un buen monton con ellas.

Como se trataba de una sorpresa en cuyo éxito se tenia la mayor seguridad, Victoria habia consentido en quedarse á media legua á retaguardia del ejército, escoltada por un regimiento de los mejor armados. Fué recién cuando todo combate hubo cesado que se acercó donde estaba su marido y le dió un fuerte abrazo.

Victoria montaba espléndido caballo mendoecino, pisador, que hacia caracolear á su gusto, arrancando las mas vivas exclamaciones de aquellos que la vieron por primera vez y que llenos de asombro preguntaban quien era. Y Victoria, magnífica y esbelta, cruzaba el campo de batalla, cacheteando al briso corcel, pues se asustaba de los cadáveres á cuyo lado se veia obligado á pasar. Y la esbelta mujer iba felicitando á su paso á jefes, oficiales y soldados, recomendándoles la mayor compasion para los heridos y que no abusaran del triunfo.

Los heridos fueron trasportados sobre los arcones prisioneros, y en andas ó á caballo segun se podia, hasta la próxima poblacion, para evitar que pasaran la noche á la intemperie, y para que fueran allí mejor atendidos. Y á esta ocupacion estuvieron dedicadas las tropas del Chacho todo aquel dia y gran parte de la noche.

Los soldados rendidos, que no habian sufrido gran cosa en el combate, ayudaban á la operacion de trasportar heridos, mirándose vencidos y vencedores, no como tales, sino como viejos compañeros que hubieran combatido juntos por la misma causa.

Como el ejército del fraile habia carneado en abundancia la tarde anterior, las fuerzas de Peñaloza tuvieron como comer abundantemente, lo que les habia buena falta, pues la marcha

de la noche anterior y el combate de aquella mañana les habiabierto un apetito infernal.

El fraile Aldao, que hacia siempre sus campañas á lo principe, llevaba dos carretas de provisiones que no hubo forma de salvar y que fueron abandonadas por el fraile, temiendoy que por ellas fuese a ser mas morosa la retirada.

Allí encontró el Chacho cuanto podia desear, no para él que era un hombre sóbrio y moderado, sino para sus jefes y oficiales que harto se habian ganado aquel banquete. Allí habia fiambres abundantes y variados, vinos de primer orden y aves escabechadas de la manera mas apetitosa. Con decir que aquellas eran provisiones de fraile, queda hecho el mejor elogio del improvisado banquete. Las carretas fueron vaciadas y tendidas las exquisitas provisiones sobre el verde, á la luz de una magnifica luna, y á unas veinte cuadras del campo de batalla. Y á aquel inesperado banquete presidido por el Chacho y por Victoria, se sentaban á suelo limpio no solo los jefes y oficiales chachistas, sino tambien los prisioneros que quedaban allí, á pesar de que Peñaloza les habia notificado que estaban en completa libertad.

Se encontraban allí muy bien y querian reposar del susto y la fatiga antes de ponerse en camino. A ninguno de ellos se les habia tocado un pelo de la ropa, al extremo que Chacho no habia permitido ni siquiera que les tomaran las armas.

Para ellos, habituados siempre al saqueo del vencido hasta dejarlo desnudo, era aquella una cosa que les llenaba del mas completo asombro. Y admiraban profundamente á aquel caudillo tan valiente y noble, que compartia la felicidad y ventajas del triunfo con el mas humilde é infeliz de sus soldados. Porque á cada momento mandaba llamar á uno y otro para darles alguna botella de vino, y recomendarles el mayor orden y la mayor compasion para los vencidos.

Y Victoria, feliz, todo lo feliz que puedeser una mujer amante y apasionada, presidia aquella fiesta fraternal é improvisada, al lado de su marido, siendo el objeto de todos los cumplidos, de todas las felicitaciones y de todos los brindis.

Chacho, que jamás habia pecado en una falta de prevision, habia ordenado á sus tropas tomaran parte en el regocijo general, pero con todo listo para entrar en pelea en cualquier momento que fuera necesario.

Aldao se habia retirado, las fuerzas que habia enviado en su persecucion estaban de vuelta diciendo que era imposible alcanzarlo, el ejército habia quedado destruido y prisionero. Pero el fraile podia tener cerca alguna fuerte reserva y caer sobre ellos en el momento que menos lo esperaran, aprovechando el descuido natural á que se entrega un ejército victorioso.

Chacho juzgaba á los demás por sí mismo: suponía en el fraile la misma tenacidad y la misma audacia que él tenia, y encontraba muy posible y lógico que el fraile tratara de avanzar al campamento. Así es que todos estaban pronto para cualquier sorpresa, con los caballos ensillados y atados al pié ó á la mano.

Los jefes enemigos daban á Chacho detalles sobre la manera como se habia hecho aquella campaña y el objeto que tenia, de-

talles que Chacho escuchaba atentamente asegurando que no comprendía el interés que Rosas tenía en destruirlo, cuando él no se metía con nadie para nada.

—Visto que ha sido el fraile Aldado el encargado de realizar la expedición, es porque ella ha sido provocada por informes que él había dado á Buenos Aires. ¿A quién conviene la desaparición del coronel Peñaloza? decían razonablemente. Es claro que Aldado, quedaria preponderando en todo el Norte. Entonces no puede ser otro que el fraile Aldado el autor de esta expedición desgraciada, de cuyo éxito se mostraba tan seguro.

Debe ser así, respondía Chacho, sonriendo siempre, pero es preciso convenir que el fraile tiene hecho pacto con el diablo para no caer en mis manos. Yo nunca he hecho matar á nadie, impidiendo que los demás lo hagan, cuando he podido. Pero si ese fraile infame cayera en mis manos yo no sé hasta qué punto podría contenerme: creo que lo ahorcaria de un algarrobo, sin el menor remordimiento, pues él es la causa de la ruina de todas estas provincias. Es un hombre que no se harta de robos y de sangre, y que no le basta con lo que ha hecho y hace en Mendoza, pretendiendo ensangrentar también á La Rioja y cuantas provincias tuvieran la desventura de caer bajo su dominación. Yo considero una obra santa el exterminio de ese fraile infame y con lo que ha sucedido, espero que el general Benavidez no mirará mal que yo expedicione sobre Mendoza y la libre de semejante azote.

El improvisado y opíparo banquete fué tan entretenido, que duró toda la noche sin que la animación decayera un solo momento. Se había vaciado una respetable cantidad de botellas y damajuanas, pero ninguno se había excedido en lo más mínimo.

Al amanecer del nuevo día todos charlaban de la manera más alegre. Solo Victoria, rendida por la fatiga, dormía plácidamente con su espléndida cabeza recostada en el hombro del generoso Chacho, que permanecía inmóvil por no incomodarla. Hacía dos noches que Chacho no dormía y no descansaba, y sin embargo en su rostro no se hubieran visto las huellas del cansancio. Parecía un hombre que recién se levantara de descansar á toda comodidad.

El fin de un tigre

Concluido aquel banquete, Chacho empezó á dictar sus órdenes para la marcha, que no debía retardarse ya. Dispuso un magnífico servicio de guardias avanzadas para que no se moviera una paja en aquellos alrededores sin que él sintiera, y previno á los cuerpos que podían entregarse al reposo hasta el medio día, hora en que se rompería la marcha.

Y era curioso ver á Chacho repartir todas aquellas órdenes y tomar todas aquellas medidas, en la más absoluta inmovilidad.

para no turbar el sueño de su compañera que seguía durmiendo sobre su hombro.

En cuanto á los jefes y oficiales prisioneros, ellos eran perfectamente libres, había dicho, y dueños de salir de este campamento á la hora y la direccion que quieran.

En aquellos tiempos de barbarie y de sangre, un vencedor semejante era digno de la mas absoluta admiracion.

Cuando los jefes federales mandaban sus prisioneros á ser degollados en Santos Lugares, como los del Quebracho, y esto, despues de haber degollado ellos hasta cansarse, semejante proceder les parecia un sueño. Creian que era un engaño cruel, para degollarlos cuando fueran á hacer uso de su libertad y no se atrevian á moverse del campamento. Fué solo cuando vieron que aquel ejército se entregaba al reposo, sin notar ningun semblante que acusara una mala intencion, que se atrevieron á acercarse al Chacho para agradecerle su generosidad y pedirle permiso para ponerse en camino.

—Ustedes nada me deben, dijo el caudillo: han sido arrastrados tal vez á este combate porque les era imposible desobedecer las órdenes de sus superiores, y yo no tengo entonces derecho ni razon para proceder de otra manera. Y aunque fueran mis enemigos, no lo haria, porque no está en mis costumbres, y porque quiero que cuando un oficial ó un jefe mio caigan prisioneros tengan el derecho de reclamar para ellos, el respeto que yo les hago observar con los demás.

—Para nosotros un prisionero suyo será sagrado desde hoy en adelante, dijeron: queremos ser dignos del beneficio que hemos recibido.

—Yo nada exijo, ni para mi ni para nadie, observó aquel caudillo extraordinario: solo les pido respeto por los prisioneros que pueden hacerse entre los míos. Ustedes están perfectamente libres y si necesitan que alguien los acompañe, pueden pedirlo no mas.

—Desearíamos que hasta las avanzadas nos acompañase alguno, dijo uno de ellos, para evitar que nos hagan volver hasta aquí.

Chacho llamó á uno de sus ayudantes y le pidió acompañara á aquellos señores hasta la guardia avanzada, y que no les pusieran el menor obstáculo en su marcha, en cualquier direccion que la emprendieran. Y si algun soldado prisionero quiere seguirlos ó salir del campamento en cualquier otro rumbo, que se le dé franca salida.

Los prisioneros no volvian en sí de su asombro ante la noble y hidalga conducta de aquel hombre, á quien habian tenido siempre por un caudillo vulgar y sanguinario, una especie de Quiroga, pero sin los méritos militares del Tigre de los Llanos. Y se despidieron por fin de Peñaloza, deseándole todas las felicidades posibles para la hermosa compañera que seguía reposando en su hombro.

Algunos de aquellos jefes, los más crueles y menos susceptibles de una accion generosa, no creian todavia en la buena fé de Peñaloza. Y oprimian las culatas de sus pistolas como si quisieran

tenerlas prontas para el indudable momento de la matanza, según ellos.

Y salieron del campamento por entre los cuerpos de guardia, sin que una sola palabra descomedida ó ágría pudiera autorizarlos á un mal pensamiento. Se veían libres, galopaban en dirección á Mendoza, buscando la incorporacion á las que habian salvado con Aldao y Maza y no volvian aún de su asombro.

Si Chacho hubiera procedido de una manera calculada, no lo hubiera hecho mejor: aquellos hombres salian de su campamento siendo más chachistas que cualquier riojano.

Muchos soldados que los vieron salir del campamento quisieron venirse con ellos, y para ninguno hubo el menor inconveniente. Y la fama del Chacho, llevada por aquellos hombres agradecidos se extendió por todas partes, aumentando la que ya tenia. Y llegaron á Mendoza con la relacion de lo que les habia sucedido, hecha de una manera tan apasionada, que el fraile Aldao prohibió bajo las más severas penas que se hablara una sola palabra en elógió de Peñaloza pues aquello importaba una traicion á la patria de que el Chacho era enemigo.

Es que Aldao comprendia que mientras más se realizaba la personalidad de Peñaloza, más se deprimia la suya indirectamente, y esto no le convenia en manera alguna, porque se traducia en simpatias ganadas para el caudillo riojano, que tan vergonzosamente lo habia sorprendido y despedazado.

Su descrédito con Rosas iba á ser grande, porque Maza relataria con exactitud la manera como habia sucedido aquella catástrofe y la conducta de Peñaloza con los prisioneros de guerra. Y trató entonces de ganarse á Maza, permitiéndole hacer todo género de atropellos é iniquidades durante el tiempo que allí permaneci6. Como Maza estaba á órdenes del fraile, no podia salir de Mendoza hasta que aquel no le despachase.

Y el fraile que lo que queria era captarse la amistad del jefe, le dijo desde un principio, que pasara hasta que se aburriese y que le dijera cuando quisiera que lo despachara. Con semejante autorizacion y fuerzas á sus ordenes, no quedó iniquidad que aquel bandido no cometiera, llegando muchas hasta eclipsar al mismo fraile Aldao, que es cuanto puede decirse.

Cuando ya estuvo harto de borracheras, robos y todo género de crueldades, recien pidió al fraile lo despachara para volver al ejército de Oribe.

Aldao le entregó entonces un parte falso para Rosas, desfigurando los hechos, y lo leyó Maza para que hablara él de una manera acorde. Y para adquirir completamente la complicitad de éste, le regaló al despedirse una buena suma de dinero y algunas de las muchas y ricas alhajas que tenia en su coleccion de robos.

El fraile estaba seriamente empeñado en desfigurar los hechos, pues la verdad de lo sucedido lo hubiera desacreditado completamente con el tirano mostrándole la inmensa superioridad de Peñaloza.

Así terminó aquella desastrosa tentativa para el fraile, última

que debía emprender contra Chacho, porque ya se había convenido que ni solo ni ayudado por fuertes elementos podría nunca con el caudillo riojano.

Este, después que dejó reposar tranquilamente á su valiente ejército y á su noble compañera, se dispuso á regresar á La Rioja. Su campaña no podía haber sido más feliz y provechosa. Había tomado gran cantidad de armas y municiones, dos piezas de artillería con sus arzones correspondientes y una buena cantidad de mulas y caballos. Además de aquellas dos carretas llenas de víveres, habían tomado en la población donde durmió el fraile, una galera que contenía dinero, ropas finísimas y todo cuanto puede necesitar el viajero más exigente.

Aquella galera, vista su comodidad, la destinó Chacho desde el primer momento, para que su compañera hiciera la travesía de regreso. Pero ésta no quiso aceptar, diciendo que volvería como había venido, en su caballo y al lado de su marido.

—Que quede la galera, dijo, para aquellos heridos de mayor gravedad.

Los heridos graves, que eran pocos, fueron acomodados en la galera y las carretas, donde se encontraron vendas y una cantidad de medicamentos con sus indicaciones, que les vinieron de perilla. Con las armas tomadas se hicieron tantos cargueros que la noche se vino encima sin que hubiera terminado. Y para que todo fuera completo, desnudaron los cadáveres de sus ropas exteriores, que les hacía gran falta, mientras que ellos no la precisaban para nada. Y se emprendió una marcha triunfal de regreso, como nunca se había visto, por la cantidad de cosas tomadas al enemigo.

La entrada á La Rioja fué un acontecimiento como nunca se había visto. Conociendo ya por chasques el resultado de aquella brillante y corta campaña, el pueblo verdaderamente entusiasmado, había salido al camino á esperar á su caudillo, para saludarlo y acompañarlo hasta la ciudad con todo género de alegres manifestaciones.

Después que se hubieron depositado las armas en la casa de gobierno, se pusieron los cañones en exposición en la plaza pública, para que el pueblo pudiera darse cuenta de la importancia de la presa, que venía á darles una preponderancia guerrera sobre sus vecinos. Y el pueblo entusiasmado hasta el delirio, se reunió alrededor de las piezas, donde proclamó y victorizó frenéticamente á la Victor.

La Rioja acababa de probar una vez más, que sus hijos eran invencibles, aunque se aglomeraran sobre ellos todo género de elementos.

En seguida Peñaloza hizo repartir entre los más necesitados el dinero y la ropa tomada al enemigo, con que el entusiasmo popular no reconoció límites; el dinero era bastante, de modo que en pequeñas cantidades había alcanzado para hacer la momentánea felicidad de muchos.

Aquellas fiestas duraron más de quince días en que no se oía por toda La Rioja, más que el alegre sonido de los bombos y triángulos, tocando las zambas más saladas y las más alegres chacareras.

Chacho habia enviado un hombre de toda su confianza para que diera cuenta á Benavidez, con la mayor minuciosidad, de lo que habia sucedido.

El general sanjuanino sabia ya que habia tenido lugar un choque entre fuerzas de Aldao y Peñaloza, pero no conocia el menor detalle. Así es que cuando llegó el chasque de Peñaloza ya habia enviado comisiones por todos lados para conocer la verdad de los hechos. En vista de lo sucedido, Peñaloza le mandaba avisar que iba á abrir una campaña sobre Mendoza, para librarla de la denominacion de aquel bandido y para librar á La Rioja de un eterno peligro, porque mientras Aldao estuviese allí, él se veria obligado á mantener un ejército sobre las armas, lo que no era posible.

Por las armas y municiones tomadas al fraile, Chacho tenia como poner en pié de guerra un respetable ejército, con los elementos que de todo el Norte lo requerian. Volvia á hacerse Chacho un enemigo sumamente terrible para él mismo en caso que se rebelara contra su amistad.

Era preciso completarlo todo lo posible, que hasta razon tenia para estar enojado.

Peñaloza debia estar rabiando, con mucha razon, puesto que no habia dado el menor motivo para autorizar el proceder del fraile; pero á Benavidez no se le ocultaba que Rosas habia tenido mucha parte en esto. Así es que mandó decir á Peñaloza que no emprendiera ningun movimiento ni hiciera la menor cosa hasta no hablar con él, que así convenia á los intereses de ambos, y sobre todo al de La Rioja.

Las comisiones de Benavidez regresaron trayéndole los datos exactos de lo que habia sucedido. El triunfo de Peñaloza tenia mas importancia que la que él mismo le daba, pues habia quitado al fraile todos los elementos de guerra de que podia disponer Mendoza y aumentado su prestigio de una manera fabulosa.

Si Chacho volvia á emprender una campaña como la que concluyó en Manantiales, todo el interior caeria irremediabilmente en sus manos, pues Santa Fé mismo nada podria contra él, si se presentara allí con un ejército de cinco ó seis mil hombres.

Pero Benavidez se equivocaba por completo respecto á los propósitos de Chacho. Leal antes que nada, el gran caudillo no habia pensado un momento en faltar á la amistad que lo ligaba con Benavidez. El esperaria hasta oír la opinion de su amigo y estaria de acuerdo con él segun lo que á ambos conviniera. En vano sus amigos politicos empezaron á tantearlo de nuevo poderosamente, mostrándole las condiciones excepcionales en que se hallaba para emprender una campaña en toda regla y volver á apoderarse de todo el Norte.

—No tenemos al frente mas enemigo sério que Benavidez y con los elementos que hoy tenemos, Benavidez no podria resistir. Rosas puede mandar un ejército poderoso y entonces sernos muy difícil hasta el sostenernos en La Rioja.

Chacho resistió todas esas tentaciones y no quiso escucharlas.

—Antes que todo está mi fé empenada, decia, mi fé empenada con Benavidez, que no ha desmentido la suya y á la que no puedo faltar como cualquier maula. Nuestros elementos serán siempre los mismos y nada habremos perdido con esperar un poco. Siempre valdremos lo mismo y nuestra superioridad será indiscutible.

Y convencidos que á su primer llamado acudiria toda La Rioja, Chacho licenció sus fuerzas, no dejando en pié de guerra mas que dos regimientos con los que pensaba establecer una severa vigilancia del lado de las provincias vecinas, de manera á tener conocimiento del menor amago de invasion. Y esperó tranquilamente la venida de Benavidez, quien lo mandó llamar para tener con él una conferencia á mitad del camino.

—No vaya, coronel, le dijeron sus amigos, los federales juegan todo por el todo y serán capaces de hacer cualquier infamia por verse libres de usted.

—El general Benavidez no es capaz de cometer una infamia, respondia Chacho, es mi amigo y yo lo conozco, mucho mejor que ustedes: ¿por qué habia de cometer conmigo un acto de deslealtad?

—Entonces no vaya solo, lleve por lo menos un regimiento que lo ponga á cubierto de una traicion.

—¿Y por qué voy á hacer semejante injuria á un hombre como aquel? ¿con qué cara voy á escuchar el reproche que éste tendria el derecho de hacerme? Iré solo con mi secretario, que es como debo de ir, y ya verán ustedes que nada me sucede.

Viendo que el Chacho no les hacia caso, y temiendo realmente sus amigos que fuera á sucederle una desgracia, vieron á Victoria para que ésta no le permitiera ir solo, haciéndole entender que tal vez se tratara de una traicion.

—¿Por qué no viene aquí Benavidez? decia en apoyo de sus sospechas: es claro que porque intenta algo en contra de Chacho.

Victoria habló con el Chacho, pidiéndole que llevara un regimiento de escolta, pero éste le contestó con el mismo sentido que conocemos, añadiendo:

—Es posible que seas tú quien me aconseje una accion cobarde? Solo un cobarde es capaz de precaverse de un amigo, y gracias á Dios yo no lo soy, ni quiero dar á nadie el derecho de que lo presuma.

—Está bien, respondió Victoria perfectamente convencida, pero yo voy á acompañarte; yo no represento ni siquiera la fuerza de un hombre, y por ir yo á tu lado nadie va á tratarte de cobarde.

Y como Chacho consintiera en el acto, Victoria no solo quedó tranquila sino que tranquilizó á sus amigos con la siguiente cuerda reflexion:

—Si Chacho consiente en que yo lo acompañe, es porque está seguro de que no hay ningún peligro que correr, y cuando el Chacho está tan seguro que me lleva á mí, es claro que no hay ni la menor sospecha de peligro.

Chacho acompañado de su esposa y de su secretario Alvarez,

una de las personas mas distinguidas de La Rioja, marchó al encuentro de Benavidez con la tranquilidad del que nada teme, pero el gobierno tomó en el acto todas las medidas para estar á cubierto de cualquier desgracia.

— Peñaloza puede tener toda la confianza que quiera, dijo, pero el gobierno está en la obligacion de temerlo todo de aquella gente, y de tomar sus medidas para poder proteger en un caso dado á su gran caudillo y con él á su provincia.

Y movilizó en el acto cuatro regimientos con lo que se puso en marcha lenta hácia el punto donde se dirigia Chacho, bastante despacio para que el caudillo no lo notara, pero no tanto que no pudiera protegerlo en un momento de peligro.

Benavidez quedó sorprendido ante la escolta con que se le presentaba Chacho, su esposa y su secretario.

— ¿Y á qué debo, preguntó, el placer y el honor de semejante visita?

— Es que ésta es así, respondió Peñaloza; no quiere dejarme andar solo por ninguna parte, porque tiene miedo que me coman los tigrrs.

— La verdad ante todo, respondió Victoria sonriendo bondadosamente.

Y refirió al general Benavidez la causa de que ella hubiera ido acompañando á su marido, para tranquilizar á los que querian se viniera con un ejército.

El general dió un abrazo á Peñaloza y tendió sus manos á Victoria.

— Nunca me hubiera creído que Peñaloza sospechara de mí, dijo, y me creyera capaz de una infamia como esta. El me ha hecho justicia y me ha mostrado su espíritu en toda su nobleza, porque generalmente el hombre piensa de los demás por sí mismo. Aquí está todo lo que he traído para asistir á esta conferencia, y esto, porque tengo muchos enemigos que podrian quererse aprovechar de hallarme solo en el campo.

Y Benavidez hizo formar toda su escolta, que se componia de algunos jefes y oficiales y un escuadron de caballeria.

— Yo no he ido hasta La Rioja por ahorrarme camino, dijo, pues haciendo la mitad cada uno nos encontraríamos mas pronto. Pero si yo hubiera sabido que esto iba á dar lugar á semejante duda, hubiera hecho toda la jornada.

— Es que á usted no lo conocen bien, general, decia Chacho, pero yo me encargo de hacerlo conocer: en La Rioja ha de ser usted tan estimado como yo mismo.

— Bueno, eso vendrá cuando me conozcan mas; pero hablemos ahora de lo que nos interesa y urge. Creo que es necesario que usted permanezca tranquilo, con los elementos que ha conquistado últimamente.

— Es que esto se ha repetido dos veces ya, con el amparo y fuerzas de Buenos Aires y esto no puede permitirse. Yo creo que estoy en mi derecho de hacer una campaña hasta Mendoza y no solo derrocar al fraile, sino traérmelo prisionero á La Rioja para que responda ante la justicia de todo el daño que ha causado.

— La situación no es buena; es preciso que el gobernador Rosas se convenza que el fraile Aldao es un pillo que no mira por la federación sino por él mismo. Si usted cae sobre Mendoza, puede creer que yo me he dado vuelta y he protegido un movimiento que puede costarle la pérdida del interior. Yo le garantí que usted no se movería de La Rioja en contra de los gobiernos que á él respondían. Entonces creo que tengo la obligación de avisarle que en vista de los avances del fraile Aldao, yo no puedo responder de usted mas tiempo y que son esos avances é invasiones lo que lo han hecho salir de su propósito. En seguida yo no me empeño mas y usted puede hacer lo que mejor le parezca. Entonces, convenimos en que por ahora usted no hará nada.

Arreglado así todo, los dos caudillos se quedaron allí dos días hablando amistosamente.

— Yo creo que el poder de Rosas vacila, decía Benavidez, precipitado á un fin trágico por sus muchos errores. Los elementos que se levantan en su contra son muchos, según mis noticias, y día va á llegar que no podrá con todos. Entonces nos hemos de entender aquí, Peñaloza, y sus amigos no tendrán nada que reprocharle por haberme atendido y guardado consecuencia. Marchando de acuerdo podemos hacer mucho y mucho será que el interior de la República nos deba la paz y el bienestar.

— Yo estoy muy contento que mi secretario Alvarez, lo oiga expresarse así, decía Peñaloza, pues él podrá entonces convencer á los que aun vacilan y desconfían de usted.

Don Francisco Alvarez era una persona de respeto, por su conducta recta y la firmeza asombrosa de su carácter. Era un joven entonces de inteligencia clarísima, lo que le había dado cierta influencia entre los chachistas.

Peñaloza escuchaba atentamente su palabra razonada y recta, y mas de una vez había seguido sus consejos prudentes; por esto Peñaloza estaba contento de que Alvarez mismo escuchara las palabras de Benavidez para que pudiera formarse una idea exacta de aquel general é inculcarlas á los partidarios mas incrédulos.

Benavidez vió en Alvarez una persona ilustrada y de clara razón, encontrando un placer verdadero en conversar con él y cambiar ideas sobre todas aquellas cuestiones.

Y Alvarez á su vez encontró en Benavidez un hombre de una viveza natural soberbia, aunque de escasa ilustración.

Y ambos simpatizaron íntimamente, con gran placer del Chacho que tenía por Alvarez un cariño exagerado.

Se convino pues en que Chacho suspendería su campaña á Mendoza y se quedaría en La Rioja prevenido, pero sin provocar á nadie, lo menos hasta no ver por donde resollaba Rosas después de la derrota del fraile.

Pero ya sabemos que Rosas, apurado de todas partes, poco ó nada tenía que hacer. El tirano no halló mas amparo que Benavidez y á él le escribió para que arreglara amistosamente al fraile y al caudillo.

— Sé que Aldao es así como Dios lo ha hecho, decía Rosas, y que ha ido á buscar á Peñaloza, pero es preciso que todos sepan también que ahora mas que nunca necesito la unión de to-

dos mis elementos. Los enemigos de la federacion y de la América, se alian con el inmundo extranjero para venir á saquear la patria y someterla á la mas negra degradacion. Es preciso olvidan todo resentimiento de provincia y pensar en la patria y la federacion.

Benavidez volvió á escribir entonces y Chacho, diciéndole que pronto se verian nuevamente para comunicarle noticias graves. Y empezó á preparar un fuerte ejército echando mano de todos los elementos que tenia, no para defender á Rosas en caso de apuro, sino para defenderse él y la provincia de San Juan, de cualquier avance federal y unitario mismo. Porque Benavidez queria conservar una importancia y valor, que le impusieran á cualquier partido que lo necesitara.

Benavidez empezaba á comprender que Urquiza jugaba sucio á Rosas, y entre uno y otro, se quedaba con el primero, no solo por ciertas simpatias personales, cuanto por las mas claras conveniencias políticas. San Juan tenia entonces mucho comercio con Buenos Aires, y por los negociantes que iban y venian, Benavidez tenia conocimiento, aunque con algun retardo, de los acontecimientos mas graves de la política federal. Y veia que Rosas estaba sobre un volcan que haria erupcion tarde ó temprano, abrazando la infame tiranía. Y se entendió con el Chacho para sostenerse mutuamente, en prevision de todo, no estando dispuesto á someterse á nadie, sino á obrar por su sola y exclusiva cuenta de manera que mas conviniese á los intereses políticos.

Lo que se venia previendo hace tiempo, sucedió por fin: Urquiza, el prestigioso y poderoso caudillo de Entre Rios, se sublevó contra el poder de Rosas y le declaró la guerra decididamente. Y mientras Rosas impartía sus órdenes á sus jefes y caudillos, declarando traidor á la patria y á la América al loco Justo José de Urquiza, éste enviaba sus comisiones para entenderse con los gobernadores, solicitando alianza para la gran campaña que abria apoyado por Entre Rios, Corrientes, y todo el partido unitario de la República.

Los gobernadores de Rosas, vieron en aquella propuesta una verdadera locura de Urquiza, porque creian que el poder de Rosas era insuperable. Y como defendiendo al tirano defendian la dominacion y el robo ejercido por ellos mismos, negaron al caudillo entrerriano su cooperacion, aunque especulativa y solapadamente prometieron no hacerle daño y prescindir de la lucha hasta no ver claro en ella. Así creian quedar bien con Urquiza, sin ponerse mal con Rosas, exponiéndose á que éste les diera en la cabeza una vez que sofocara al temerario caudillo.

Solo Benavidez y Chacho respondieron á Urquiza de una manera leal y decidida, comprometiéndose á sostenerlo en el interior y ayudarlo eficazmente en el triunfo de su noble idea y que diera en tierra con aquella bochornosa y degradante tiranía. Ambos mandaron ofrecer á Urquiza el contingente de su ejército con ellos á la cabeza, pero haciéndole ver que entonces las provincias quedarian entregadas á la federacion sin la menor defensa, siendo mas difícil dominarlas despues.

—Allí es donde los necesito yo, respondió Urquiza viendo en

aquella manifestacion el triunfo de su causa, porque para luchar aquí con Rosas, tengo elementos sobrados. Quedándose allí, ustedes podrán responderme del interior y sofocar allí los últimos restos de la federacion.

El convenio no podia ser mas ventajoso para ellos, comprometiéndose á cumplir toda instruccion que en aquel sentido recibieran.

Si la empresa de Urquiza fracasaba, ellos nada habian hecho, y entonces Rosas por conveniencia propia seguiria teniéndolos á su lado. Y si Urquiza triunfaba de Rosas, ¿quién podria meterles diente en el interior?

Así, para responder á toda situacion dificil que pudiera presentarse, ambos en sus respectivas provincias empezaron á preparar sus ejércitos, de modo que aún licenciados pudieran estar prontos al primer llamamiento.

Los gobiernos vecinos empezaron á alarmarse con aquellos preparativos y á pasarse la voz de «¡alerta!» no atreviéndose á preguntarles directamente por qué se armaban, aunque ya suponian que seria con motivo del pronunciamiento de Urquiza, conocido ya en toda la República por las mismas comunicaciones en que Rosas lo declaraba loco, traidor, salvaje unitario.

El general Urquiza se habia puesto en campaña con todo el esfuerzo de su gran carácter y la gran actividad que hacia su condicion mas remarcable. Ya Entre Rios y Corrientes se habian levantado en masa al sonido de su palabra prestigiosa y lo simpático de la causa que abrazaba. Y los unitarios acudian de todas partes á engrosar sus filas deseando verlo de una vez lanzarse sobre Buenos Aires y aplastar la tirania. La Banda Oriental concurría al movimiento con sus mejores tropas, y el Brasil ponía á disposicion del caudillo, soldados y armamentos, que era lo que mas necesitaba.

Rosas estaba fuerte como nunca, tenia inmensas tropas y jefes caracterizados; tenia en su favor la creencia general de que Urquiza no lo derrocaria, pero asimismo el caudillo entrerriano no vaciló ni un momento. Y con mayor entusiasmo mientras mayores eran las dificultades á vencer; se preparó á marchar sobre Buenos Aires, á buscar al tirano en su propia guarida.

Urquiza tenia todas las condiciones necesarias para dirigir una empresa de aquella magnitud: disponia de grandes elementos bélicos, y entonces el éxito mas completo debia coronar todas sus esperanzas.

Todos conocen el resultado de aquella campaña grande y salvadora, y nosotros mismos lo hemos narrado con sus mayores detalles en nuestra «Historia de Rosas».

La batalla de Caseros se produjo, y la tirania de Rosas se hundió para no volver á alzarse mas. Los gobiernos federales del interior, aquellos caudillos bárbaros y sanguinarios no podian sostenerse mas, y una era de paz y felicidad empezó á sonreír á la República.

La noticia del triunfo de Caseros, tomó á las provincias en lo mejor de sus preparativos bélicos, con excepcion de San Juan y La Rioja, cuyos caudillos las habian levantado respectivamente

á una condicion temible por la suma de fuerzas y armamentos de que ambos disponian, quedando en situacion de imponer la ley á las demás el dia que fuera necesario.

Viéndose perdidos los tenientes de Rosas, en el interior, se sometieron á Urquiza. El poder de Rosas habia caducado, y ellos no podian luchar contra Benavidez y Chacho, que se habian puesto por completo de parte de la organizacion nacional.

El general Gutierrez en Tucuman estaba con Urquiza tambien, pero su provincia nada habia ganado con esto, pues aquel federalote seguia tiranizándola como antes, lo que habia sublevado al partido unitario tan perseguido allí, hasta asesinar sus hombres mas culminantes.

El fraile Aldao á quien le parecia un sueño aquel cataclismo federal, fué hecho prisionero al fin, muriendo de la manera tremenda que narramos en nuestra «Historia de Rosas». Así Mendoza fué librada de aquel fraile feroz, que debia morir entre los tormentos horribles que causaron en él el alcohol, el remordimiento de sus bárbaros crímenes, y las úlceras tremendas que devoraban su cuerpo podrido en vida por la crápula y la vida formidable que habia llevado hasta su caída.

Peñaloza se retiró á La Rioja despues de haber concluido con la dominacion federal, recibiendo allí los despachos de coronel de la Nacion, que le mandó entregar el general Urquiza, en prueba de su estimacion y en premio de sus buenos é infatigables servicios.

Chacho no quiso tomar parte en las cuestiones políticas: abandonó el Gobierno á los hombres que el pueblo habia designado y se retiró á la vida privada, feliz, en medio de su mujer y de su hija que se habia casado con un Comandante Fernandez. En la pacificación del interior, Chacho se habia hecho conocer en la mayor parte de las provincias, dejando en todas ellas numerosas simpatias tanto por su modo de ser, cuanto por lo que él debia al partido unitario. A pesar del prestigio que tenia Benavidez entre los federales, y la poca resistencia que le hacian los unitarios, allí en el mismo San Juan, Chacho era más prestigioso y más querido que él. Aquel pueblo tenia idolatria por el caudillo riojano, en quien habia siempre hallado un protector despues de la batalla.

Las provincias se hallaban divididas por los múltiples caudillos que brotaban de todas partes, caudillos de ambiciones desmedidas y que querian buscar á toda costa, como habian buscado los federales bajo el poder fraternal de Rosas. Y se disputaban el poder á toda costa, tratando cada cual por su lado de captarse para sí el apoyo del General Urquiza, que estaba en el apogeo de su poder y simpatia como vencedor de Caseros.

—Que hagan lo que quieran, pensó Chacho, no tocando á mi Rioja.

Y se retiró á Jacha, tranquilo y feliz, esperando los acontecimientos que lo habian de arrojar más tarde á la más brillante escena.

El General Urquiza, hombre de una rara penetracion á quien era difícil engañar con apariencias, se fijó en este gran caudillo, vió que era el hombre más potente en las provincias

del Norte, y trató de atraerlo á su lado. Y lo llamó al Paraná para hacerle tomar parte en el memorable acuerdo de San Nicolás. Allí se entendieron los dos grandes caudillos, comprometiéndose Peñaloza á sostener las ideas y política de Urquiza, que la creía santa, con toda la leal voluntad de que era susceptible. Fué entonces que Urquiza le regaló aquel célebre puñal de oro, de que hemos hecho mencion al principio de este romance, y que conservó hasta el dia de su trágica muerte.

Urquiza entonces era una bella figura política. Acababa de derrocar la más infame tiranía de que haya memoria, y se habia hecho acreedor á la simpatía y respeto del país entero. Por eso Chacho, que procedia sin cálculo, sin malicia y sin estudio, se comprometió con Urquiza, haciendo una de aquellas alianzas de corazon que no se quiebran nunca.

Urquiza hizo remitir á Peñaloza sus despachos de general, acordados por el primer Congreso del Paraná, con lo que Peñaloza concluyó por entregarse por completo al astuto general Urquiza, que sabia que teniéndolo á Chacho en el interior, no se moveria allí nadie en contra de su política.

Siguiendo su noble costumbre de amparar y proteger á sus leales, á costa de lo poco que poseia, Peñaloza repartió entre los suyos todo el dinero y prendas que los últimos acontecimientos habian hecho venir á sus manos. Lo tomado á Aldao, lo regalado en la mayor parte de las provincias y lo enviado por el mismo Urquiza, fué repartido por Peñaloza entre los más infelices, reservando para sí la más pequeña parte.

Aun en esta época de reorganizacion y descalabro, entra la parte más lúcida é interesante de este hombre extraordinario, que con solo los elementos que podia sacar de la pobre y desamparada Rioja, tuvo en apuros, por años enteros, á la Nacion, con todo su ejército y sus mejores jefes.

«Los Montoneros»—segunda parte de «El Chacho», ofrece un interés dramático de primera fuerza, porque es una de las más asombrosas páginas de nuestra historia nacional.

Aun no se ha hecho al General Peñaloza la justicia debida, pues todavia permanecen desconocidos los hechos más notables de su vida.

FIN.

INDICE

Un caudillo.....	Pág. 3
Antecedentes juveniles.....	» 19
El Tigre de los Llanos.....	» 25
El Capitan Peñaloza.....	» 36
La muerte de un justo.....	» 48
El poder de Chacho.....	» 68
El Coronel Peñaloza.....	» 76
El fraile Aldao.....	» 87
Una historia triste.....	» 92
Amor de Chacho.....	» 132
La Tablada.....	» 137
El desquite del Tigre.....	» 145
El Chacho unitario.....	» 150
Suprema desventura.....	» 161
Anita.....	» 172
Una infamia.....	» 178
Un martirio.....	» 185
Dolor supremo.....	» 197
Caudillo y padre.....	» 204
Nobleza riojana.....	» 211
Lo que era Peñaloza.....	» 217
El gran espíritu.....	» 224
Los dos amigos.....	» 236
Los dos aliados.....	» 243
El amor de Chacho.....	» 251
Una leona.....	» 246
Tiempo de calma.....	» 257
La gran campaña.....	» 264
El fin de un tigre.....	» 272
